

A

1.2.4

+ 165554
C. 1212547

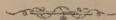
W

LA
HEROINA ZEGRÍ

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. FLORENCIO LUIS PARREÑO.



MADRID:

—
IMPRESA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1862.

HERNANDEZ

HERNANDEZ

HERNANDEZ

HERNANDEZ

HERNANDEZ



LA HEROINA ZEGRI.





Sein Rosenthal

CAPÍTULO PRIMERO.

La edad media.—Sancho IV el Bravo.—El punto de vista más delicioso de Europa.—Los náufragos.—La muerte.—La mano de Dios.—La galizabra marroquí.—El liberto y su compañero.—Hambre, sed, tristeza, cansancio y congoja.—Sorpresas, juramento y temeridad.—Osuna.—El Saucejo.—Invocacion.—Pensamiento atrevido.—Los selvícolas y los montañeses.—Mágico silencio.—Pedro el Temerario.

Hay en la historia de nuestro país periodos tan sombríos, terribles y sangrientos, que al fijar la vista en su lectura se comprime el corazón, tiembla la mano y se conmueve el espíritu. La edad media tiene páginas brillantes que admiran y deleitan sin embargo de las rudas costumbres y atraso en que vivían entonces los hombres; mas también presenta á menudo esos cuadros de espanto, desolacion y luto que hacen época en la vida de las naciones.

La novela histórica, á que estamos dando principio, se funda en uno de esos periodos en que la intriga, las terribles maquinaciones, la traicion, el puñal y el veneno, ejercian su mas cruel y mortífero influjo; si bien se dejaba ver de continuo, formando extraño contraste con el vicio y la maldad, el heroismo incomparable de muchos hombres, la virtud y fortaleza de algunas damas, y la galantería, brio y gentileza de aquellos gigantes cuyos hechos asombran todavia al mundo.

Reinaba á la sazón en Leon y Castilla, Sancho IV, llamado el Bravo, rey valiente, astuto y mas entendido en asuntos de Estado que su padre, á pesar de que al uno se le apellidaba Sábio y al otro Fuerte; pero el atrevido monarca se veía obligado á luchar dia y noche con la nobleza más turbulenta y maquinadora que existió; con su sobrino el pretendiente don Alonso la Cerda; con los reyes de Francia y de Aragon, que apoyaban los derechos de aquel; con el califa de Granada, dispuesto siempre á morder á los cristianos; con el rey de Marruecos, su eterno enemigo; con el tristemente célebre su hermano D. Juan, primer traidor del universo, y hasta con un pueblo sumiso é ignorante, pero que á veces se cansaba de dar sangre y dinero sin encontrar recompensa alguna. Pedro el Temerario, aquel héroe tan valiente, generoso y entendido; aquel ariete contra los enemigos de D. Sancho el Bravo; aquella poderosa lanza que imponía y domeñaba formando el incontrastable dique del rey de Castilla, habia desaparecido y nadie daba razon de él. Pedro el Temerario ó sea el conde de Lara, jefe por derecho propio de su poderosa familia, marchó á la Meca y luego á Jerusalem, en compañía de su esposa Fátima Zegrí, de su suegro y de su padre; transcurrió un año, y ni él ni los emisarios que partieron en su busca por orden del soberano regresaban. Era lo probable que el fiero Jacob, rey de Marruecos, hubiera dado fin de todos al cruzar por sus Estados, vengando de este modo la humillacion que Lara y Sancho le hicieron sufrir ante las murallas de Córdoba donde le vencieron y derrotaron. Enfermo el monarca y sin el poderoso brazo del Temerario, figúrense nuestros lectores qué seria de él con tanto enemigo como dentro y fuera de sus tierras acechaba la ocasion de arrebatarle trono y vida; pero no adelantemos el discurso.

Corria el año 1285 de la era cristiana y 684 de la egira musulmana. En tan lejana época ya se elevaba en la serranía de Ronda el célebre Gaucin, villa perteneciente á la comarca de Málaga, en la cual existe, á nuestro juicio, el pri-

mer punto de vista que tiene Europa. En prueba de que es así, daremos á conocer, á aquellos de nuestros lectores que lo ignoren, la posicion topográfica de tan privilegiada villa.

Gaucin se alza, cual hercúlea matrona, al descenso de la mencionada serranía. Forman sus robustos brazos la sierra Crestellina y el monte Hacho, los que se apoyan en la ladera oriental de la serrata, ó mejor dicho, en la cordillera de montañas que le sirven de pedestal. A su espalda se extiende la bella Andalucía y en frente y dominando á una y á otros están Gibraltar, Algeciras, San Roque, Tarifa, parte del Mediterráneo, el Estrecho, algo del Océano y gran trecho de la costa de Africa. Desde sus torres se distinguen perfectamente los puntos indicados, el terrible precipicio que gime bajo las plantas de Ronda y un radio de veinte leguas donde todo es mar, pueblos árabes, montes ó un suelo que bendijo Dios y la naturaleza le dió su fuerza, vigor, poderío y grandeza. Arboles de todas clases, plantas, flores, aromas, azahares, rugientes olas, sorprendentes montañas, ciudades musulmanas, torres, castillos y murallas; todo se ve clara y distintamente desde la elevada villa. La pura brisa que allí se respira llega embalsamada por los tallos odoríferos del monte y las innumerables y variadas rosas de los campos. Los ecos del proceloso Océano suelen hacer coro con el chirrido de las aves, el sonido de las campanas y el dulce trino del ruiseñor, formando un conjunto aterrador, plañidero, áspero y á la vez tierno y agradable cual la melodía; como si aquel sitio tuviese el privilegio de armonizar lo imponente, duro, monótono y sublime.

Gaucin es el atalaya de los cristianos; cuantas ciudades, pueblos, fuertes y castillos tiene delante son árabes; en todos ondea el estandarte de Mahoma. Y no obstante el horrible enjambre de moros que hormiguean bajo sus plantas en Tarifa, Algeciras, San Roque, Africa, etc., la deliciosa villa sostiene incólume la cruz del Redentor, apoyada en el castillo y leon del escudo cristiano. Hay al pié de sus murallas

y en sus góticas torres 600 serranos y 50 caballeros que aman á su Dios y á su patria, y en cada uno de estos atletas hallan la cruz, el castillo y el leon un pecho de bronce, un brazo de hierro, un corazon de roca y un escudo incontrastable.

Son las cuatro de la mañana del dia 1.º de mayo. Todavía extiende la noche su fúnebre manto, mas comienza ya á rasgarlo insensiblemente el crepúsculo matutino, vengando la humillacion que sufrió ocho horas há el vespertino, quedando envuelto y vencido entre los pliegues del negro crepon nocturno. La aurora comienza á presentar sus tintes de púrpura abriendo paso al monarca de los planetas; cuyos rayos inundarán en breve parte de la tierra. Reina un silencio pavoroso; la naturaleza animal y vegetal, el aire y las ondas del Mediterráneo aguardan ansiosas la llegada del luminoso astro con la admiracion y respeto que merece su benéfico influjo. La aurora principia á desaparecer y el sol empañado aún por los restos de la fatal tormenta que nubló su ocaso hace diez horas, asoma su magestuosa faz. A su aparicion le saludan las olas, los pájaros, la brisa y las hojas de los árboles, de las plantas y de las flores; la superficie del mar y de la tierra se doran, la naturaleza se conmueve y la mirada del hombre puede fijarse y distinguir. Detengámonos en Gaucin; mirad hácia el Estrecho ¿qué veis? Un peñon y las olas. ¿Nada más? Sí; á cuatro leguas mar á dentro se distinguen las cabezas de dos séres humanos; el rostro de la una es negro y el de la otra está lívido. Parecen dos náufragos que, rendidos de tanto luchar con el fuerte oleage, van á sumergirse. ¡Infelices! ¡cómo flaquean sus fuerzas! ¡antes de cinco minutos habrán dejado de existir! No os equivocais; son efectivamente dos hombres, únicos que pudieron salvarse á nado, pertenecientes á la tripulacion ó pasaje de un buque genovés, estrellado la tarde anterior. Se embarcaron en Africa y al llegar al Estrecho naufragaron. Llevan once horas de agonía en medio de aquel rugiente

mar y ya apenas pueden sostenerse sobre el agua. Cesó el oleage, mas se agotaron sus fuerzas, y no obstante, el negro alarga su mano al blanco y este la coje queriendo ayudarse el uno al otro, cuando ninguno puede por sí solo sostenerse. ¡Ya sucumbieron!... No; vuelven á reaparecer sus rostros á los cuales se agolpa la sangre estallando sus sienes.

—Señor—exclama el negro—morimos y lejos de ella: ¡ay!

—Valor, africano,—le responde el otro.—Dios es grande y su misericordia infinita.

—¡Ah! ¡solo nos resta morir! ¡Él nos reciba en su gloria!... Señor, yo...

—Cójete á mí, no tiembles... ¡maldicion! me hundes contigo!... ¡Por María y la Cruz!... Sal... nada...

—¡No puedo! ¡déjame morir y sálvate tú que eres de bronce! ¡Ah!

—¡Morir! No; lucharé con el mar, con la tierra y con el mundo entero y he de poder más que todos. Negro, déjate conducir por mí. Así.

Y el blanco nadando con una mano y llevando con la otra á su compañero, siguió avanzando; ¡pero de qué modo! Ya no eran las sienes sino toda la piel la que iba estallando, y aún le faltaba cerca de cuatro leguas para llegar á la orilla, cuando solo podían continuar haciendo aquellos desesperados esfuerzos unos cuantos minutos. ¡La muerte posaba, segura de arrebatár su presa, sobre las cabezas de los infelices! ¡Sucumbirán? No. En el momento de espirar les alarga el Señor su bondadosa diestra. De pronto y como salida de entré las olas, se ve una pequeña embarcacion de vela latina que se dirige á ellos viento en popa. Es una galizabra árabe que cruza desde Africa á Algeciras. ¡Llegará á tiempo? Sí: parece que surca el agua empujada por un poder superior á los conocidos; vuela; se acerca; se detiene; gritan, echan una gavia y exclaman:

—¡Ah del naufrago! ¡á la cuerda!

—No—les contesta el nadador.

Y haciendo un esfuerzo que sorprendió á los tripulantes, lanzó al negro en medio del buque y en dos brazadas llegó él, y saltando, les dijo en árabe.

—Gracias, moros, el Dios único os premie la accion.

Poco despues volvió á la vida el africano, abrazó á su señor y provistos ambos de un jaique marroquí, preguntó el blanco al patron de la galizabra.

—¿Vas á Tarifa ó á Algeciras?

—A Algeciras.

—¿Y luego?

—A Sevilla.

—¿Me quieres dejar en la costa?

—Sí.

—Pues juro que en Sevilla he de pegar fuego á tu barco.

—¿Por qué?

—Porque es pequeño é incómodo.

—¡Ay de mí! si tal hicieras.

—Te lo daré mas grande y llevará oro en su cámara.

—¿Tan rico eres?

—Pronto lo sabrás.

—Estamos en la costa.

—Moro, Dios te proteja y hasta que te halle en la capital.

—Alá te guarde, cristiano, y te conserve esas fuerzas y valor.

Los náufragos no diéron tiempo al pequeño bote que los conducia para que se detuviera, pues antes de llegar á la orilla saltaron y en dos brinco ganaron la costa. La lancha partió y unida á su barco se fueron alejando como blanca paloma que agita sus alas, ensancha los pulmones, inclina la cabeza como para reconcentrar más sus fuerzas y cruza el éter imitando su vuelo á la ráfaga eléctrica que desaparece en el mismo instante que se presentó á nuestra vista.

Los náufragos quedaron frente al Sur mirando el surco que dejaba atrás la galizabra, y luego el punto blanco que esta formaba entre las ondas, perdida en la inmensidad del

espacio. El valeroso cristiano contemplaba arrobado aquella mancha movible que por instantes desaparecia ante sus ojos y á la que indudablemente debia la vida. El traje de este hombre extraordinario era, como igualmente el de su africano compañero, un jaique raído, súcio y roto que le dieron para cubrir sus carnes los marineros del buque que los salvó. Ambos quedaron desnudos en la terrible lucha que sostuvieron con las olas por espacio de once horas. Sus piés los cubria con miserables galochas y su cabeza y larga melena estaban al aire. No obstante su harapiento traje, imponia la esbelta y arrogante figura del nazareno. Tenía la frente ancha, rasgados y negros los ojos, de los que parecia salir un fuego irresistible. Su estatura gigantesca y su rígida musculatura le daban el aspecto de un alcides; pero bello, sorprendente, varonil. Sus elevados pensamientos, atrevida imaginación, modales, fuerza de leon é indomable brio unidos al conjunto de su sér, formaban una excepcion maravillosa del resto de los hombres. Luego que perdió de vista la galizabra, tendió su mirada de águila hácia Oriente, Norte y Occidente de la tierra, y exclamó:

—¡Patria mia, yo te saludo! ¡Bendito el Dios que te colmó de tantos dones! ¡Bendita su poderosa mano que me conduce otra vez á tu seno!

Despues se fijó en los castillos, torres y murallas que se presentaban á su vista y con voz de trueno continuó:

—¡Do quier el estandarte de Mahoma, el turbante blanco y los signos arábigos! ¡Maldicion sobre vosotros, piratas marroquíes! ¡Ya estamos otra vez frente á frente y por María y la Cruz que os he de hacer pasar el Estrecho como yo acabo de cruzarlo! Negro, á Osuna, si es que conservas aquel ardimiento que un dia te valió estrechar mi mano. Sígueme y no intentes otra cosa que el llegar lo mas pronto posible.

—Señor—le contestó el africano—te seguiré hasta el mismo infierno; mas hace veinticuatro horas que nada has comido; permíteme te traiga otro traje y algun alimento.

—¿Vas á mendigarlo de mis contrarios, de esos miserables bandidos? Tu antiguo señor te hizo liberto, mas yo te esclavizaré nuevamente si llega á tu pobre imaginacion otra idea como esa.

El negro inclinó la frente, besó el jaique del cristiano y le contestó:

—Tú y tu incomparable esposa sois dueños de mí; os amo más que al sér que me dió la vida; perdóname, señor, si te ofendí. Corre á Osuna, que el africano, fuerte como las rocas de su patria, como los huracanes del desierto, te seguirá, y ¡ay! del hombre que pretenda detener tu paso.

El nazareno le tendió una mano que él besó con entusiasmo delirante, lo miró despues con ternura y añadió:

—Por ese camino de la derecha dista Osuna veintidos leguas; por entre esos montes, cerros, cortados y valles diez y seis. Hijo del desierto; ve delante, y cual la reina del éter vuela por encima de esas montañas, rocas y precipicios; el nuevo sol lo he de ver desde Osuna.

Sin vacilar miró el negro á su señor como el noble y agradecido lebel á su amo, sonrió de un modo extraño y terrible, arrojó sus galochas y comenzó á correr por la playa, luego á trepar por la estribacion de una cordillera, despues á saltar sobre las empinadas sierras y parecido al corzo, continuó así valeroso, atrevido y temerario, sin que le detuviese el peligro, la fatiga ni el cansancio. Su arrogante jefe le seguía impávido, sereno, despreciando la muerte que á cada paso los saludaba, sin dignarse volver la vista atrás, ni pensar en otra cosa que en continuar adelante, venciendo con osadía pasmosa los insuperables estorbos que á cada paso les presentaba el áspero, desigual y sinuoso terreno por que caminaban.

De este modo anduvieron ocho horas. Imposible parecia que hubiese dos séres humanos capaces de sufrir sin caer exánimes aquella fatiga, cansancio y golpes, que ambos despreciaban y apenas sentían. Sus morunos jaiques se hallaban

hechos girones, las plantas del negro vertían sangre, sus manos estaban arañadas; no obstante lo cual, aún marchaban aceleradamente, si bien iba aminorando la velocidad con que empezaron su carrera.

Dos horas despues descendían por una pendiente larga y difícil; el negro exhaló un ¡ay! y cayó en tierra. Su amo le cogió en sus brazos, lo levantó del suelo, y mirándole con cariño exclamó:

—¡Infeliz! tu sangre es tan ardiente como el sol de tu país y tus carnes tan duras como la piedra que asentó allí la naturaleza; pero tanta fatiga ya es superior á las fuerzas humanas. Tambien yo, que me creía incontrastable á todo, siento hambre, sed, tristeza, cansancio y hasta congojal. Descanso y agua hallaremos á la orilla de ese arroyo que serpentea á nuestros piés; y Dios mediante, tambien mitigaremos el hambre.

Poco despues volvió en sí el africano y ambos apagaron la sed, comieron dátiles y reposaron dos horas.

Luego se dirigieron á la izquierda, fueron dejando á la derecha el monte, entraron en el arrecife que conducía á Osuna, continuando por él toda la noche sin incidente alguno que detuviera ó estorbara su arrogante paso. Debía serles muy conocido el terreno, pues lo mismo antes que luego caminaban sin vacilar ni ofrecérseles duda alguna. Ahora seguían sobre una superficie cómoda, alumbrada por la luna, cuya pálida luz se extendía sobre los verdes campos de la poética tierra que pisaban. Habían encontrado varias partidas de moros granadinos; mas reparando estos en los andrajos con que se cubrían aquellos, los dejaron pasar sin dignarse saludarlos, creyendo sin duda que serían pordioseros ó míseros montañeses.

Pasó la noche, asomó la aurora y nuestros viajeros distinguieron en lontananza las sombras de la ciudad de Osuna.

El caballero respiró fuertemente, se ensanchó su corazón y asomó á sus labios una imperceptible sonrisa. Estaban á me-

dia legua, y allí les esperaba, segun creian, el premio á tantas fatigas y peligros. Comenzaron á descender una empinada cuesta, la ciudad desapareció nuevamente, y solo vieron montes y campos.

La aurora fué poco á poco siguiendo á la noche, reemplazando á ambas los dorados y brillantes rayos de un sol que habia de humedecer con lágrimas el náufrago cristiano. Este y su negro acompañante concluyeron de descender la pendiente, y á buen paso subieron una colina, distante de Osuna mil varas, y desde la cual se dominaba á esta.

Era ya completamente de dia; el atleta castellano con el corazon palpitante de alegría y la sonrisa en los labios, fijó su mirada con avidez en la arrogante ciudad que tan cerca veia, y la cual se le presentó blanca, imponente, severa, con sus góticos palacios, altas torres, almenas, templos, alcázares, y un conjunto, en fin, magestuoso. De pronto, se contrajo el rostro del valeroso nadador; sus ojos comenzaron á despedir chispeantes ráfagas; se estremeció, anduvo dos pasos atrás, se detuvo, apretó los puños, y encrespada su melena, exclamó:

¡Dios de Israel, qué tengo ante mi vista! ¡Osuna en poder de los Castros! ¡En el palacio del conde de Lara los estandartes del pretendiente Cerda! ¡En todas partes los colores de los Castros! ¡Los estados de Pedro el Temerario, sus tesoros, sus alcázares presa de una raza maldita! ¡Su escudo rotó y pisoteado; sus vasallos muertos ó vencidos! ¡Es un sueño horrible! ¡Por fuerza duermo ó veo ilusiones engañosas!

Y se frotaba los ojos intentando vanamente mirar otra cosa diferente de lo que en realidad tenía delante. Convencido de esta verdad, penetró en Osuna y comenzó á recorrer sus calles y plazas con delirante afan, miradas y accion.

Todo se ha perdido! —prosiguió.— ¡Pero ay de los Castros y de los Cerdas si el gigante del Saucejo reaparece entre sus montañeses!

Era poco despues de la madrugada, por cuya razon se ha-

llaban casi desiertas las calles de la ciudad; no obstante esta circunstancia, el náufrago llamó tanto la atención entre los pocos que transitaban por aquellas, efecto del contraste que formaba su arrogante y esbelta figura con el pobre y rasgado jaique que le cubría, que se vió obligado á emprender la retirada, intentando salir lo antes posible de un pueblo, donde unos creyéndole loco le silbaban, y algunos le seguían, ex-piando sus pasos. Entró, pues, en una calle estrecha y tortuosa, luego en otras más angostas aún, corrió, viéndose al poco tiempo libre de los curiosos que le acosaban. Un minuto despues, dió frente á la salida de Osuna; pero á la vez se presentó á su vista un caballero armado de punta en blanco, y en pos de él una escolta de cien ginetes. El náufrago se estremeció de ira, volvió á enrojecerse su piel, y se detuvo, exclamando para sí:

— ¡Un Castro! ¡El jefe acaso de esa maldita raza que debí exterminar por completo! ¡Paciencia; no lo perdamos todo, que Dios me mira, el rey me espera y ella... ella tiene su vida en la mía!

Dirigió la vista en torno, y reparando en un mal figon que había á su izquierda, entró en él, y recatándose en lo posible, dejó que pasara la comitiva que le salió al encuentro; si bien contempló con avidez al jefe, que suponía con razón ser un Castro. Cuando llegó cerca de él, se contrajo más su rostro, despidiendo sus ojos más fuego que nunca. A la vez, le cogió el figonero por la espalda y le tiró fuertemente del jaique, diciéndole:

— Moro ó judío, desde mi casa no se observa á nadie; fuera de aquí; á la calle.

Al mismo tiempo le empujó; pero al sentirse el valiente náufrago acometido de aquel modo, se volvió, y cogiéndolo de un brazo, lo levantó, lanzándolo al suelo, donde cayó sin sentido. Daga en mano, y como tigres, se arrojaron sobre él dos hijos del figonero que estaban en el mostrador; el atleta clavó en ellos su ardiente mirada, y les hizo retroceder. En

este instante reconocieron los dos hermanos á aquel hombre extraordinario, pues tiraron los aceros, inclinaron las rodillas, y con el mayor ahinco, gritaron:

—¡Piedad, gran señor! ¡Nuestras vidas, hacienda y cuanto tenemos os pertenece; todo, señor, todo! ¡Perdon!... ¡Perdon!...

—¡Cobardes!—exclamó el padre levantándose.—¡Matad al osado!...

Tambien el figonero hubo de conocer al que acababa de magullarlo, pues cayó en tierra, añadiendo:

—¡Miserable de mí!... ¡Perdon, señor, perdon!... ¡Ved que os amo más que á mis hijos! Matadme, si quereis; mas perdonad á la impía mano que tocó vuestra ropa. ¿Quereis que me la corte?

—Alzad, nobles hijos de Osuna—les dijo el caballero—nada temed, mas sellad los labios. ¿Dónde se halla Pedro el Temerario?—les preguntó con intencion.

El figonero le contestó sin vacilar.

—¡El señor conde de Lara ha muerto en la Meca!

—Eso es, murió en la Meca. Hasta mañana, valientes de Osuna.

—Hasta mañana, poderoso señor. ¡Hijos, vuestras hachas y la mia! ¡Viva!...

El incógnito fijó el dedo índice en su boca y se ahogaron las frases del figonero. Aquel salió, estos se abrazaron tiernamente demostrando una alegría febril. Casi unidos sus rostros, exclamaron á media voz los hijos y el padre:

—¡Silencio! ¡Silencio, que así lo quiere nuestro señor! pero ¡mañana!... ¡mañana!...

Y una carcajada tan febril como el placer que sentian, cerró el cuadro; los ecos de esta risa intentaban decir, ¡sangre! ¡sangre!...

El náufrago salió de la ciudad, se le unió el negro y ambos corrieron hasta llegar á los montes del Saucejo. Internados en un pequeño bosque que habia á la entrada, detu-

vieron su paso, miró el gigante atrás, adelante y á los costados y no viendo á nadie, exclamó con acento solemne.

—Hijos de la montaña, leones de Castilla, ¿dónde estais? Vosotros los fuertes, leales y varoniles ¿os dejasteis vencer? ¿Desconocéis mi voz? ¿Temblasteis ante el tirano y os hallais escondidos en las entrañas de las rocas? Salid, selvícolas, montaraces, y admire otra vez el universo el bronce de vuestros pechos, el mármol de vuestros corazones; si os ocultais por falta de un brazo que os guie al combate, hélo aquí in-contrastable á todos vuestros enemigos.

El cristiano alzó su mano derecha, inclinó la frente y calló. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas tan ardientes como la lava del volcan. Cruzó luego los brazos y continuó:

—¡Todos abandonasteis á Pedro de Lara! Murió, os digeron, y no le quedó un amigo, un hijo, un vasallo, un hombre, en fin, que defendiera su casa, sus estados, su escudo, su honra. ¡Villanos! si un dia fuisteis valientes se lo debisteis á él que os prestó su aliento y brio; solo el cobarde se olvida de su padre, de su amigo y de su señor. No importa, yo solo lo defenderé, triunfando de sus contrarios, de vuestra perfidia y del mundo entero.

—Y yo, señor, que tengo el corazon tan negro como mi cara para vuestros enemigos, y tan leal como el vuestro para el conde de Lara.

—¡Alí, fiel amigo mio, estrecha mi mano! con nosotros dos sobra.

—Gracias, generoso señor.

Y el africano en vez de estrecharla besó la potente diestra del incógnito. Luego continuaron avanzando, salieron del bosque y entraron en la aspereza del monte; el negro se detuvo y exclamó:

—Señor, esa hilera de piedras quiere decir algo; ved como sigue todo el monte á derecha é izquierda. ¿Son letras eso que forman de trecho en trecho?

El caballero leyó «atrás» cuyos signos estaban hechos efec-

tivamente con piedras. Despues observó y poco á poco se fué animando su semblante, hasta asomar á sus labios una sonrisa llena de esperanza.

—¡Adelante!—dijo—sepamos que quiere decir esto.—Y anduvo.

—¡Atrás!—le contestó un acento parecido al rugido del leon.

—¡Adelante!—repitió sin dejar de avanzar.

Luego se oyó un silbido prolongado, más tarde variás voces, que no se comprendieron, y un segundo después se hallaron rodeados de dos mil hachas, manejadas por hombres tan negros como sus madres las montañas que tenían en derredor.

—¡Mueran!—articulaban, y cayeron sobre ellos.

El incógnito los recibió con los brazos abiertos, la risa en los labios, una alegría desconocida en él y una ternura paternal.

—¡Hijos!—exclamó—con tal de veros valientes y defendiendo estos montes donde yo nací, heridme, no temais, ¡hé aquí mi pecho!

Las dos mil hachas rodaron por el suelo; los ojos de aquellos fieros montañeses se cubrieron de lágrimas, cayeron de rodillas, y como un sólo hombre exclamaron:

—¡Gracias, Dios mio!

Seguidamente se fueron levantando, y con acento aterrador prorumpieron:

—Castilla y Leon por D. Sancho el Bravo! Osuna y su comarca por...

—Silencio—gritó con imperio el incógnito, y bajando la voz, repitieron los otros:

—¡Silencio!... ¡Silencio!...

—¡Silencio!—contestaron sus compañeros de las montañas vecinas; y en las tres leguas restantes de monte fué corriendo la voz de:

—¡Silencio!... ¡Silencio!... ¡Silencio!...

Los montes del Saucejo, donde tiene lugar la presente escena, se extienden al Sur de la ciudad de Osuna, ocupando un radio vastísimo que presenta á cada paso terribles precipicios, escarpadas rocas, negras montañas, arbustos, charcas y abundantes manantiales de agua salada. En la parte Norte y en la estribacion de la cordillera hay varios pueblecitos, algunas aldeas, chozas, barracas y casas sin comodidades; pero donde no falta nada de lo indispensable á un matrimonio. Entre las rocas y en el centro del monte se alza un castillo feudal extenso, rodeado de muros y tan fuerte por fuera como suntuoso y espléndido por dentro. Tiene todas las grandezas del mas rico palacio y las defensas de la torre mas inespugnable. Quinientos hombres trabajaron dia y noche con celo incansable hasta que, en cumplimiento de la órden que les dió su poderoso dueño, concluyeron aquel primer castillo de Europa.

Tan magestuosa morada fué mandada construir por Pedro el Temerario, conde de Lara, con ánimo de que le sirviese á él y á su varonil esposa, la heroína Zegrí, de agradable y seguro retiro, donde ambos pensaban habitar la mayor parte del tiempo ó al menos el que les dejase libre la guerra y los asuntos de Estado, á los que Pedro se veia obligado á dedicar muchos dias á ruegos de su amigo el bravo rey de Castilla y de Leon.

En estos momentos se halla la fortaleza defendida por mil guerreros dignos de servir á las órdenes del sin igual caudillo que los manda; mas todos están tristes y cabizbajos; pasean, hablan poco, apenas comen, y no obstante ese terrible estado, no hay uno que no se halle dispuesto á dar su vida, la de su esposa é hijos por su señor el conde de Lara, el cual, ausente há mas de un año, temen que haya perecido; única causa que motiva el malestar que sufren.

Los montañeses participan del desasosiego que atormenta á los habitantes de la torre y escondidos entre sus agrestes breñas, sufren el hambre y los rigores del tiempo, suspirando

por su amado señor, rogando al cielo que lo traiga con bien y jurando defender aquel terreno dedo á dedo hasta confundir á cuantos intenten penetrar en él.

Los enemigos de Lara sorprendieron á Osuna, degollaron á los vasallos del conde y se apoderaron de la ciudad sin dar cuartel á ninguno de sus defensores; mas tres ó cuatro veces que intentaron pasar el *atrás* hecho con piedras en los montes del Saucejo, pagaron bien cara su osadía. Los montañeses escondidos á todas horas entre la maleza y sus formidables rocas, y tan valientes como el famoso jefe á quien defendían, ni se dejaron sorprender como los de Osuna, ni perdonaron tampoco á los temerarios que cruzaron el *atrás*. Fija la muerte en las terribles piedras que componían el fatal letrero, perecieron cuantos lo pisaron.

Sepamos ahora qué poderosa causa hizo que los montañeses no solo respetasen al incógnito náufrago, si que también cayesen á sus plantas como inocentes ovejas, cuando en ellos era todo leonino.

A las ahogadas voces de ¡silencio! ¡silencio! que fueron corriendo de boca en boca, de monte en monte, y de selva en selva, siguió un instante de calma, durante la cual contempló el harapiento náufrago á los montañeses y selvícolas con alegría y un placer indecibles. Aquellos le miraban con los ojos húmedos y ternura impropia de sus feroces rostros; á la vez dirigían la diestra hácia Osuna en actitud amenazante.

—Leales montañeses—gritó por último el náufrago—llegó vuestro padre, vuestro señor...

—¿Y vuestra esposa, la heroína Zegrí, nuestra madre y señora?—le preguntaron varios con gran interés.

—Vive y en breve la vereis.

—¡Vive! ¡Dios sea loado! ¡Ay de vuestros enemigos! ¡ay de Osuna y su comarca con Pedro el Temerario!...

—¡Silencio!

—¡Silencio! que lo manda nuestro señor.

Mas al repetir los montes el eco, al arrebatarse el viento

aquellos sonidos, se oyó una exclamacion unánime, sublime, que corrió por todo el Saucejo como una chispa eléctrica.

—¡Pedro el Temerario! ¡Bendito sea Dios!—decían con voz apagada los hombres, clara las mujeres, y tierna y dulce los niños. No habia un solo sér entre aquellos ásperos cerros que no amara al conde, que no se estremeciera de alegría al escuchar su nombre, en el cual hallaba una egida. El caballero feudal, el amo de vidas y haciendas, el señor de horca y cuchillo, el Temerario aristócrata no tenia verdugos, tiranía, ni era otra cosa para sus valientes vasallos que un padre digno de aquel amor y respeto.

—Callad, hijos—exclamó—que nuestros enemigos están cerca y es preciso que todos caigan en nuestro poder.

—¡Todos!—le contestaron los de la montaña con actitud amenazante.—¡Todos bajo las plantas de nuestro señor!

—Montañeses, selvícolas, á vuestros puestos. Pedro de Lara murió y no resucita hasta mañana.

—¡Mañana!... ¡Mañana!...

Y fueron desapareciendo todos, mirando con placer al conde y á la vez blandiendo sus hachas, mazas, etc.

Quedaron solos él Temerario y el negro Alí. Luego se dirigieron á la derecha, entraron en un angosto sendero y por él caminaron en busca del castillo.

—¡Pedro! ¡señor!

Oían pronunciar á cada momento, cuyas voces salían de entre las rocas, los árboles, las matas, las cuevas, las hondonadas, las alturas, las cavernas, las chozas, las cabañas y las barracas. Por todas partes se veían mortíferos aceros que se humillaban ante el náufrago, mujeres que le saludaban con llanto y niños que bendecían su nombre. Viejos, jóvenes, párvulos, enfermos, sanos, á media voz, pero con el mas tierno interés nombraban al harapiento y salían á contemplarlo y á dar gracias á Dios que, bondadoso para con ellos, les devolvía á aquel reyezuelo, cuya conducta de-

bieran imitar los grandes de la tierra, si es que quieren ser grandes, queridos y respetados de los que llaman pequeños; de esos desgraciados que no siempre hallan un Pedro de Lara que los gobierne y mande.

El conde, despues de caminar media hora, vió por fin su hermoso é inespugnable castillo. Parecia el César de los montes que salia de las entrañas de las rocas, magestuoso, colosal, sublime.

Lara sonrió al contemplar las torres, los muros, los puentes, las férreas puertas y la inmensidad de aquel gigante que guardaba parte de sus tesoros y á mil valientes que veia en aquel instante pasear tranquilos, silenciosos y tristes.

—Adelántate Alí y avisa mi llegada—dijo, y el leal africano partió y llegando cerca del primer puente exclamó:

—¡Abajo esos rastrillos! paso á mi amo y señor el poderoso conde de Lara.

La voz del negro penetró hasta en las habitaciones mas recónditas de la fortaleza, y hombres, mujeres y niños quedaron en el primer instante como anonadados; luego asomó placer á sus rostros, exclamando por fin:

—¡El señor conde!... ¡Nuestro padre!... ¡Bendito sea Dios!

Y en confuso tropel corrieron todos hácia el último puente. Los centinelas arrojaron las armas, y revueltos los caballeros con los pajes, criados, arqueros, mayordomos, doncellas y hacheros salieron á recibir á su amo de un modo que honraba tanto la fama del Temerario como la nobleza de alma de sus asalariados.

—¡Hijos!—exclamó el conde, y les alargó las manos que ellos besaban bañándolas con llanto de alegría.

El cuadro era magnífico; recibian como á rey idolatrado á un hombre molestado por el hambre, el insomnio y la fatiga; que iba envuelto en un asqueroso jaique moruno, y al que en Osuna acababan de confundir con los dementes. El castillo, cuyas puertas no hubieran conseguido abrir las pri-

meras potestades de la tierra, se humillaba ante el mísero andrajoso que acababa de salvar la reducida tripulación de una mezquina y ruin galizabra rifeña. Cuando salió de su país era el más rico, el más poderoso del reino; vuelve al año y solo le queda aquel castillo oculto entre los montes, los árboles, la maleza y la sal. Sus cobardes enemigos no se atrevieron con él; pero sí con sus ciudades, tesoros y riquezas; mas ha regresado, el despecho aumentó su incomparable valor, destreza y fuerzas hercúleas, y es lo probable que amargue á sus contrarios la infamia que no há mucho cometieron.

—La condesa, señor; ¿y la condesa?

Le preguntaron sus vasallos en coro.

—Quedó en Jerusalem buena. Gracias, hijos; creo que pronto la veremos tan hermosa como los ángeles, tan pura como las vírgenes, tan varonil como vosotros, invencibles soldados.

Despues miró en torno y alargando su diestra á un caballero que estaba á su derecha, le dijo:

—D. Ricardo, pasada una hora me dareis cuenta de vuestra conducta como jefe supremo del castillo, durante mi ausencia; luego recibiré al consejo de ancianos y acto continuo sitiare á nuestros enemigos. Procurad que cada uno ocupe su puesto, y soldados, montañeses y selvícolas estén preparados para el combate. Hijos, gracias por vuestra alegría; nada temed, que vuestro padre se halla entre vosotros y Dios no nos abandonará. Encended las lámparas y blandones de la capilla, preparadme el baño y un traje de córté.

Pajes, caballeros, soldados y sirvientes le abrieron calle y corrieron despues á sus sitios.

La animacion, alegría y movimiento reemplazaban ahora á la tristeza, monótonos paseos de la gente de armas y mal-estar de todos. Canciones guerreras, órdenes terminantes y precisas, rostros amenazantes, actitud hostil, se escuchaba y veía do quier; y á pesar del contento que reinaba, sombreaba

el cuadro un tinte guerrero que auguraba el estallido del horripilante volcán que debía en breve sembrar la tierra con su mortífera lava.

Pedro el Temerario, seguido de su fiel negro, penetró en el castillo y se detuvo en una preciosa galería de pinturas delante de un cuadro en el cual se destacaba una bellísima huri que parecía alargarle sus blancos y torneados brazos. Lara la miró con amor vehemente, exclamando:

—Fátima Zegrí, heroína musulmana, Blanca de Molina, cristiana ya, esposa, único sér con quien he partido mi lecho, ¿te acuerdas de tu Pedro? ¿Condesa adorada, piensas en mí? ¡Vanas preguntas! Tu corazón de bronce solo se mueve con el aliento de Lara; tu espíritu de ángel solo es de Dios; tu blanca epidermis, tu esbelto talle, tu hermosura de querube, solo puede ser de tu marido; tu voz, tus pensamientos, tu mirada solo pueden dirigirse á mí; Dios nos hizo al uno para el otro, y lo que Dios hace no puede deshacerlo ningún hombre. Por eso el cielo te dió tanto valor y destreza como hermosura, para que defendieras tu honra y la mía; que la época es terrible, los hombres muy malos y todo es necesario para que una casta virgen como tú pueda estar al abrigo de las villanas asechanzas de tanto malvado. ¡Ay, Blanca! ¡cuánto sufro lejos de tí!... es preciso, sí; si estuvieses á mi lado querrias seguirme á la guerra, y aun cuando no conozco hombre que te iguale en valor y destreza, me asusta la idea de que pudieras hallarte entre mis enemigos. Sigue, sigue en Jerusalem, bellísima Blanca, que yo daré fin de todos. ¡Por María y la Cruz que pronto he de acabar con ellos!

En este instante vinieron á distraer al Temerario los sollozos del negro, el cual arrodillado ante el retrato de Fátima alzaba los brazos en actitud tan tierna que hubo de decirle su señor.

—Allí, de ese modo solo á Dios se le adora y bendice.

El africano se levantó, miró á Lara con cariño y le contestó.

—Señor, es mi ama, mi madre, el sér á quien más amo en el mundo; la dejé porque ella me lo mandó y no sé contradecirla. Ya que no puedo estar á su lado déjame que bendiga su efigie.

—Pobre Alí, cómo ha de ser! nos ha separado de ella el destino y fuerza es resignarse: pidamos á Dios que nos la traiga con bien. Sígueme.

Y ambos llegaron á la capilla que era muy grande y tan suntuosa como la del real alcázar de Sevilla.

Pedro oyó misa y quedándose solo con el negro oró largo rato. Cuando se levantó tenía húmedos los ojos y encendido el rostro. Este hombre extraordinario á quien nada imponía y cuya fortaleza de alma era superior á cuanto pudiéramos decir, se prosternaba ante Dios, tierno, sumiso y tan humilde que jamás salía de la iglesia con los ojos secos. Esto hacia el Temerario, jóven que apenas contaba veintinueve años de existencia y cuyo irresistible brazo, desbarataba ejércitos, confundía escuadrones y arrollaba á cuantos intentaban estorbar su paso. Su ardiente amor á Dios era la preciosa egida que le alargaba la victoria y lo hacia superior á los demás séres.

Luego que salió de la capilla le rodearon cuatro pajes, le desnudaron y le dieron un baño oriental que arrancó lo tostado de su rostro, suavizando y perfumándole el cútis.

Un cuarto de hora despues se hallaba sentado en un gótico sillón condal; vestía un traje recamado de oro, y era, en fin, en su accion, movimientos, casa y ropas, el poderoso caballero, primer grande del reino. Poco há no comió por no tener alimento ni con qué comprarlo, y si cubria sus carnes se lo debió á la caridad de unos pobres marineros que le prestaron un jaique; ahora de todo le sobraba, y muchos miles de hombres esperaban oír su voz para obedecerle. Estos contrastes de la vida debian estudiarlos un poco más los soberbios de la tierra, y sacar de ellos la sana moral que suelen desconocer por completo.

El conde de Lara, rodeado de una semi-régia comitiva, gritó:

—Que pase D. Ricardo.

Este entró, saludó á su jefe y señor y quedó esperando.

El otro le preguntó:

—¿Por qué habeis tolerado que el pretendiente Cerda se apoderase de Osuna y su comarca; y los Castros y sus parciales de mi palacio y posesiones?

—El señor conde me ordenó que defendiera su castillo y montañas que le rodean, y el que pisó estos con intento málévolo pereció. Ni un solo dia, ni un instante se halló abandonado el monte por vuestros vasallos. Solo unas veces, acompañado otras, á pié, á caballo y á todas horas he recorrido la selva, los caminos, las emboscadas, y siempre hallé á esos valerosos montaraces y selvícolas en sus puestos, oprimiendo el hacha ó la maza, dispuestos á perecer por vos. Cuatro veces intentó el enemigo pisar estas tierras, y el que no murió, emprendió la huida más vergonzosa.

—¿Han perecido algunos de mis hijos del monte?—preguntó Lara con interés.

—¿Quién resiste á esos leones batiéndose entre sus montañas y por Pedro de Lara?

—Es verdad. ¿Por qué no fuisteis con ellos en auxilio de vuestros compañeros de Osuna?

—Señor, Cerda y los Castros tomaron la ciudad del modo más traidor que puede imaginarse. Esperaron á que todos durmiesen, y cayendo entonces sobre ellos de sorpresa, los degollaron sin piedad. Cuando llegó aquí la noticia, ya no quedaba uno, y se hallaban los contrarios perfectamente encastillados. No me hubiera sido imposible vencerlos; mas sin prévia orden vuestra no me atreví á abandonar la fortaleza y montes que dejásteis á mi cuidado.

—¿Cuánto tiempo hace que tomaron á Osuna?

—Un mes; los miserables no se atrevieron hasta que corrió la voz de que os habían asesinado en los desiertos de la Arabia.

—Bien, Ricardo; habeis obrado como cumple á vuestra lealtad, valor é inteligencia; os estoy agradecido, y en breve encontrareis la recompensa; ínterin hé aquí mi mano.

El caballero oprimió la diestra de Pedro, contestándole:

—Señor ¡qué mayor recompensa que esta!

El conde volvió á exclamar:

—Que pase el consejo de ancianos.

Y un segundo despues penetraron doce hombres, que el más jóven habria cumplido ya setenta años, y el mayor noventa y tres. Sus blancas y ralas melenas, sus arrugas, gravedad y trajes montañeses, daba á estos caducos jueces un aspecto imponente y algo de magestad.

Lara, al verlos, se puso en pié; pero ellos se adelantaron, y con voz ahogada por el llanto y el hielo de la vejez, exclamaron cogiéndose á sus vestiduras y besándolas:

—Pedro, hijo mio, ¿por qué has tardado tanto?

—Abrazadme, amigos míos, vosotros sois la justicia, la verdad de mis estados.

—¡Cuánto hemos sufrido por tí, por tus padres y por nuestra señora la condesa! ¡Válganos Dios, cuántas lágrimas y oraciones nos cuestas!

—Gracias, ancianos, ya sé que me amais mucho.

—Por supuesto; tú no eres el amo, sino el padre de nuestros hijos y nietos; el hombre más valiente y generoso que existe. A los diez años de edad repartias ya tu hacienda entre los cristianos, y tus mortales botes de lanza entre los moros: ¡qué niño, qué corazón y qué brazo! ¡Cómo huían de tí los adoradines y hasta los abencerrajes!

Luego se sentó nuevamente el conde y le rodearon los ancianos, á los cuales preguntó:

—¿Qué han hecho mis montañeses durante mi ausencia?

El mayor de todos anduvo dos pasos, y frente á frente de Lara le contestó:

—Defender tus estados, pedir á Dios por tí, por tus padres y esposa, y suspirar día y noche por su amado señor.

—¿Qué castigos habeis impuesto?

—Ninguno; se han cometido algunas faltas; pero tan leves, que ha bastado con reprenderlas en público.

—¿Os ha dejado de obedecer alguno de mis vasallos?

—¡Ay de él, si se atreviera contra el poder que el conde de Lara puso en nuestras manos!

—Muy bien. ¿Hay algun mal que corregir, algo que enmendar, algunos que estén descontentos de mí, que algo quieran, pretendan ó soliciten?

—Solo anhelaban verte.

—¿Se hallan dispuestos á seguirme á la guerra?

—Todos; manda, señor, que tuyos somos.

—D. Ricardo, al anochecer que tomen mis montañeses todas las avenidas de Osuna; ni dejarán entrar ni salir á nadie de la ciudad. Los restantes dormirán hasta las dos, en cuyo momento vendrán seis mil al castillo, quedando los demás en la montaña. Con ellos y ochocientos de vosotros atacaremos al ser de día. Procurad que el enemigo no comprenda nada hasta que amanezca. Soy el jefe superior del ejército de S. A. el rey D. Sancho IV, y en nombre del monarca os lo mando; aquí teneis la orden por escrito. Que no quede camino, sendero ni vereda por tomar; y puesto que sobra gente, no economizadla y que quede bien aislado el traidor. Que usen mis hijos del monte sus armaduras de baqueta, y velad por ellos, Ricardo; ya sabeis cuánto los amo. Ancianos, señores todos, hace cuarenta y ocho horas que no como ni duermo; permitid que me retire.

Lara se sentó á la mesa, y luego buscó el lecho, encargando que lo despertasen á la una de la noche. Su africano lebel se recostó en un sillón de la alcoba de su amo, y allí descansó las mismas horas que aquel. Fátima le encargó que no se separase del lado de Pedro, y era preciso matarlo para que él dejara de obedecer tal orden.

CAPÍTULO II.

Preparativos.—El figonero.—Los habitantes de Osuna.—Sorpresa.—Asalto.—
Lucha terrible.—Exterminio.—Victoria y perdon.

El famoso conde de Lara durmió tranquilamente hasta la una de la noche. Dos pajes le ciñeron despues una tupida cota de malla, encima una marlota morada, un precioso casco de acero con pluma negra y el manto blanco con la roja cruz de Santiago.

En este instante se presentó un caballero de los que estaban á su servicio, y le dijo que un figonero de Osuna habia llegado al monte, y sorprendido por varios selvícolas manifestó que intentaba hablar con el conde, sobre un asunto del mayor interés.

—¿Dónde está ese hombre?—preguntó Lara.

—Los que le detuvieron añaden—respondió el caballero—que es adicto á vuestra causa, lo han traído y esperan con él cerca de aquí.

—Que pase, y dejadlo solo conmigo.

Poco despues penetró el figonero que en Osuna empujó al noble náufrago, saludó á este y quedó parado contemplándole.

—¿Qué ha sido del conde de Lara?—volvió á preguntarle

el Temerario, con la misma intencion que lo hizo la mañana del dia anterior.

El figonero, con entereza y bastante resolucion contestó:

—Todos creen en Osuna que murió en la Meca; mas yo opino que va á resucitar.

—Entonces, ¿qué pretendes de mí?

—Daros, gran señor, muchas noticias.

—¿A quién se refieren?

—A los parciales del pretendiente, á los Castros, á la ciudad de Osuna y al muerto.

Pedro fijó su penetrante mirada en el figonero, mas halló á este tranquilo, sereno y muy seguro de lo que expresaba.

—Habla—le dijo—que te oiré con gusto, pero abrevia en lo posible.

—Señor, esta mañana, cuando salisteis de mi casa, me encerré con mis dos hijos, con ánimo de trazar algun plan que pudiera... vamos, que pudiera darnos el desquite de las heridas que recibimos en defensa del señor conde de Lara el dia que entraron los Cerdas y los Castros en nuestra querida ciudad.

—¿Y qué pensasteis?

—Discurrimos, señor, un gran proyecto.

—Escuchémosle.

—Empezamos por extender la voz de que el señor de Osuna habia muerto en la Meca, pero añadíamos que era preciso armarse y estar dispuestos para la presente madrugada.

—Mucho os duelen, figonero, las heridas que os hicieron los Castros.

—Tanto como los tributos que nos han hecho pagar en el mes que llevan en Osuna; pero mucho menos, gran señor, que la villanía practicada contra los parciales, amigos y deudos de Pedro el Temerario.

—¿Qué gente hay dispuesta dentro de la ciudad?

—¡Mucha!...

—¿Serán valientes?

—Probadlos.

—¿A qué número ascienden?

—No os lo puedo decir con exactitud, mas son todos los jóvenes y viejos de Osuna; los ricos y los pobres; los nobles y los pecheros.

—Figonero, por lo visto no desperdicias el tiempo.

—Me duelen mucho las heridas, señor.

—Por María y la Cruz que vas á vengarte.

—Hace un mes que lo estoy deseando.

—¿Quieres algo mas?

—Me falta lo principal.

—Habla.

—En Osuna hay cerrajeros, vecinos que tienen puerta á la parte adentro de la ciudad, otra de la parte de afuera y hombres que os acompañarán cuando gustéis.

—Tambien hay medios que no puede emplearlos nunca un caballero.

—Tambien hay hombres, señor, con quien no se puede ser hidalgo ni noble.

—Mucho sabes, figonero, para la profesion que ejerees.

—Voy siendo ya viejo y la experiencia es una gran maestra.

—Abrevia, pues á las dos en punto resucita Pedro el Temerario.

—Bendito sea él y la hora en que vuelva al mundo. Tengo, gran señor, una puerta por donde entrareis conmigo en la ciudad y la gente además que os deba seguir; y hay un postigo por el cual se penetra en el palacio de Castro y se puede llegar hasta su misma alcoba.

Al escuchar estas últimas frases, Pedro de Lara dió un salto, y cogiendo por el hombro al figonero, le preguntó con ansiedad:

—Es cierto cuanto acabas de decir?

—Exacto, gran señor, seguidme y lo vereis.

—Buen hombre, Dios te envia á mi presencia.

—O el demonio; á bien que la noticia va á producir un rio de sangre.

—Sí, pero indispensable, necesaria al bien del país.

—¡Quién lo duda!

—¿Has venido solo?

—Me acompaña uno de mis hijos.

—¿Está en el secreto?

—Sí, señor.

—Partamos, figonero.

—¿Con ese traje?...

—Sí; resucitó ya el conde de Lara y le basta con el acero de su espada para vencer á todos sus enemigos.

—No han dado las dos todavía.

—No importa, se adelantó la resurreccion, la cual acaba de tener efecto.

—Pues viva el conde de Lara y mueran los Castros!

—¡Corramos á Osuna!

—¡Salvemos á nuestros hermanos!

—¡Vengüemos á Pedro el Temerario!

Y este último, Alí y el figonero bajaron aceleradamente la escalera principal del castillo, cruzaron tres puentes y salieron al monte.

La noche estaba alumbrada por la luna, á cuya amarillenta luz pudo distinguir el conde ochocientos guerreros y seis mil montañeses que, unos á caballo y otros á pié, descansaban tranquilamente y en el mayor silencio; aquella calma era positivamente precursora de una horrible tormenta. Sin embargo de no ser aún las dos, todas las órdenes del conde estaban cumplidas, y esperando sus vasallos: ninguno quiso dormir, comprendiendo por el mandato de aquel la importancia del servicio que iban á prestarle.

El Temerario llamó aparte á D. Ricardo, y le preguntó:

—¿Están tomadas las avenidas de Osuna?

—Todas, señor conde.

—¿No podrá escapar ninguno de esos traidores?

—No, señor.

—Pues bien; partid inmediatamente á la ciudad, situaos cerca, y en cuanto oigais tocar á arrebato, penetrad por la puerta que os enseñe el hijo de ese figonero, y matad al que se defienda; perdonad al que se rinda. Os advierto, que los habitantes de la ciudad os secundarán admirablemente. Cuando cesen de tocar las campanas, suspended el combate. Evitad sospechas, y hasta el momento de la lucha sed cauto.

Luego eligió cuarenta montañeses de los seis mil que esperaban sus órdenes, y con estos, Alí y el figonero se dirigió á Osuna.

El conde de Lara abrigaba un corazón noble y generoso hasta lo infinito; mas connaturalizado desde la infancia con la guerra, la muerte y el exterminio, era para él el combate una necesidad imperiosa, de la que no podía prescindir. La época, la perversidad de sus enemigos, su temperamento y lo atrevido de sus ideas, le conducian continuamente á la pelea, sin violencia alguna por su parte. Por eso en la presente noche caminaba hácia el sitio de la catástrofe con paso tranquilo, y como si se tratara únicamente de un acontecimiento de poca significacion. Su mente se hallaba fija ahora en la idea de encontrarse solo y frente á frente con el jefe de los Castros, y poderlo matar en buena lid, sin la ayuda de otro ni la presencia de nadie. De este modo llegaron cerca de los muros de la ciudad. Entonces caminaron el conde, Alí y el figonero delante y los montañeses detrás, divididos en varios grupos. Ninguno hablaba, hacian el menor ruido posible, llegando así al pié de una casa, cuya pared maestra servia de muro á Osuna. El figonero estornudó tres veces consecutivas, se abrió una ventana que habia encima de aquella muralla-pared, echaron una escala, y una voz gruesa dijo muy quedo:

—Subid sin cuidado.

El dueño del figon fué el primero que se avalanzó á las

cuerdas y trepó hasta arriba con la mayor facilidad; á este siguió el conde, despues Alí, y últimamente lo fueron verificando á intervalos los cuarenta montañeses. Esperaban á los recién llegados el segundo hijo del figonero, los vecinos de aquella casa y varios caballeros de la ciudad, uno de los cuales preguntó con ansiedad al primero:

—¿Quién os acompaña?

—Vedlo, el invicto conde de Lara, que ha resucitado, y algunos de sus vasallos.

Una exclamacion entusiasta saludó al Temerario, disputándose todos el estrechar la potente diestra que aquel les alargó.

—Silencio, señores—exclamó Pedro;—no alarmemos al enemigo, pues conviene sorprenderlo, evitando así que corra mucha sangre.

Reunidos despues los hijos de la montaña y los de Osuna, dispuso Lara lo que tuvo por conveniente, perdiéndose poco despues entre las estrechas y tortuosas calles de la poblacion, la cual hallaron triste y solitaria como las tumbas. Marcharon por diferentes sitios, de cuatro en cuatro, viniendo á reunirse en un punto dado.

Los Castros, jefes ahora de la guarnicion de la plaza, creian por lo visto, que hubiese muerto el conde de Lara y adormecidos entre sus laureles de há un mes, daban lugar á que sus contrarios de dentro y fuera minasen sin peligro alguno el edificio que ellos creian estable y seguro. Su inicua traicion iba á recibir el castigo que merecia.

El figonero, seguido del conde, de Alí y de otro caballero, llegó á una calle excusada, observó los alrededores, y satisfecho de su reconocimiento, buscó la puerta pequeña de un edificio que ocupaba la acera de la derecha, y sacando una llave abrió la mencionada puerta ó postigo sin dificultad alguna. En el mismo instante se quitó el embozo el caballero de Osuna que los acompañaba, presentó una linterna encendida y dijo al figonero:

—Tú, con los montañeses, cumples las órdenes del conde; vos, señor—añadió á Lara—seguidme si gustais, que este palacio es mío y os conduciré á la estancia de D. Alonso de Castro.

Sin detencion alguna subieron el Temerario y su guia acompañados únicamente de Alí, por una escalera de caracol que terminaba en el piso principal del edificio. A la vez, y yendo al frente de ellos el figonero, entraron en el alcázar, provistos de hachas, mazas y picas, el hijo de aquel, varios naturales de Osuna y los cuarenta montañeses; los que, sin hacer ruido, sorprendieron á los vasallos y criados de Castro, extendiéndose despues por todo el edificio.

Mientras ocurría esto en la parte interior se iban llenando los alrededores del palacio de embozados que hablaban muy bajo y con el mayor misterio. Entre ellos habia nobles y plebeyos, todos estaban armados y algunos escondian hachas de viento que debian encender muy pronto. En las demás calles y plazas comenzaron tambien á circular hombres recatados hasta los ojos; en los campanarios habia una luz y gente dentro, y entre todos estos, conspiradores al parecer, corria la voz de «Lara ha resucitado; el Temerario está en Osuna.»

La luna se escondió, las tinieblas de la noche llenaban el espacio y solo interrumpian el silencio y calma de aquellas tristes horas las cautelosas pisadas y prudentes cuchicheos de los conjurados.

Eran las tres de la madrugada; Lara y Alí, precedidos de su guia penetraron en una estancia donde dormian varios pajes de D. Alonso de Castro. El caballero los fué despertando con las siguientes frases:

—¡Arriba, vergantes! vestíos y decid á vuestro amo que le espera el jefe supremo del ejército de S. A.

Los pajes le obedecieron aturridos y embotados aún sus sentidos por el sueño que intentaba todavia dominarlos. Encendieron luces, despertaron á su señor, el cual oyendo á la

vez las pisadas de los montañeses y el movimiento que habia en su casa, se tiró de la cama é hizo que lo vistieran inmediatamente. Verificado esto corrió al salon contiguo; pero en el mismo instante se cerraron las puertas de este y se halló frente á frente de un caballero que presentaba su rostro perfectamente cubierto con la celada del casco. Castro intentó vanamente reconocerlo, se echó dos pasos atrás y le preguntó:

—¿Quién sois? ¿qué quereis de mí?

—Soy el jefe supremo del ejército de S. A. el rey D. Sancho IV; y quiero haceros el honor de que midais vuestro acero conmigo en lucha igual. De este modo verá el mundo la diferencia que existe entre los nobles y valerosos amigos y vasallos del conde de Lara y sus cobardes asesinos, los Castros y parciales de estos.

—¿Quién sois? ¿cuál es vuestro nombre? esa honrosa cruz de Santiago sienta muy mal en el hombre que, cual vos, sorprende é insulta de ese modo.

El incógnito lanzó una mirada llena de desprecio sobre Castro, contestándole:

—¡Miserable asesino! Cuando sorprendiste á los vasallos del conde de Lara y hallándolos dormidos los mandaste degollar, ¿dejaste á alguno de aquellos bizarros caballeros en actitud de defenderse como yo te dejo á tí?

—¿Eres Lara?

—Ahora lo sabrás.

—¿Piensas herirme?

—Sí.

—¿Y si no quiero medir mi acero con el tuyo?

—Te mandaré ahorcar de una almena de este palacio.

—¿Tanto poder tienes?

—Inmenso.

—¿Y no podrá abrirse la tierra y tragarte?

—No, porque si Lucifer viene en tu ayuda yo tengo de mi parte la Providencia.

—¿No es una farsa esa cruz, la actitud y hasta la entonacion de tus palabras?

—No.

—Yo aseguro que sí.

—Nécio, escucha.

El incógnito abrió un balcon y gritó:

—¡Castilla y Leon por D. Sancho IV! ¡Luces, campanas y atacad al enemigo!

Una exclamacion unánime y tan terrible que heló la sangre de Castro, contestó á las frases del encubierto.

—¡Viva el conde de Lara!—dijeron—Castilla y Leon por D. Sancho IV! ¡Mueran sus enemigos! Gloria y honor al poderoso y noble Pedro de Lara!

Estas voces fueron repetidas de calle en calle y de plaza en plaza. La ciudad comenzó á iluminarse, las campanas á tocar, y estalló por fin la revolucion con todo el furor consiguiente á tales luchas civiles.

Lara alzó entonces la celada de su casco y le dijo á don Alonso:

—Llegó el momento de la expiacion: ó batíos conmigo ó entrego vuestra cabeza al verdugo, elegid:

Castro no era cobarde; mas la sorpresa, el entusiasmo popular que tan cerca oia y cuanto le rodeaba, le hicieron temblar de ira y hasta de miedo. Su perversa índole y dañinas intenciones le aconsejaban buscar un medio infame para salir de tan grave peligro; pero en la terrible alternativa en que le colocó el Temerario no hallaba ninguno. Así es que dudó, retrocedió dos pasos, exclamando por fin:

—Asesíname si quieres; mi espada no se desnudará nunca contra el montaraz del Saucejo.

—Me agrada tal resolucion, pues es mas propio del verdugo que de un caballero, arrancar la vida de tan miserable gusano. Si estuviesen reunidos al menos los Castros y los Cerdas, entonces puede que os obligará á batiros conmigo todos juntos.

—Si yo os hiciese el honor de desnudar mi espada, puede que os bastase conmigo.

—¿Por qué no probais?

—Era preciso descender tanto que no me hallo con fuerzas suficientes.

—¿Tan malo soy?

—El hombre mas vil que conozco.

El rostro de Pedro el Temerario se contrajo extraordinariamente; sus ojos despidieron fuego, mas hizo un esfuerzo sobre sí, contuvo el justo enojo y acercándose á Castro cuanto pudo, le contestó:

—Todas las puertas de esta habitacion están cerradas; nadie entrará aquí sin mi permiso, y si tan valiente sois probadlo.

Y estampó la mano sobre la cara de su contrario, haciéndole dar media vuelta; pero Castro se cruzó de brazos, bajó la vista y nada contestó. Lara lo miró con desprecio, soltó una carcajada y se dirigió al balcon, contemplando desde allí la espantosa lucha que tenía lugar en las calles de Osuna.

Las campanas seguian tocando á arrebato; el choque de aceros se aumentaba considerablemente, la ciudad estaba alumbrada por todas partes y la muerte se hallaba do quier ostentando su horripilante guadaña. Los montañeses y los ochocientos soldados del Temerario unidos á los hijos de Osuna, herian y mataban sin compasion á los parciales de D. Alonso de Castro. Con una agilidad y fuerza pasmosas escalaban los fuertes, rompian las puertas y sin temor al número ni reparar en las seguras posiciones de sus contrarios, caian sobre ellos vengando la muerte que tan traidoramente dieron á sus compañeros.

El Temerario veia y escuchaba aquel sangriento combate con fria tranquilidad sin demostrar placer ni sentimiento alguno. Castro lanzó sobre él su mirada de tigre, sonrió de un modo siniestro, y sin hacer el menor ruido sacó el

acero y le tiró por la espalda una estocada mortal; pero antes de llegar la punta de su espada al sitio que iba dirigida, le cogieron los dos brazos y lo arrojaron al suelo, chocando su cabeza fuertemente con el pavimento de la estancia. Pedro volvió la cabeza, y pudo contemplar á Castro tendido en tierra y á su leal africano sujetándole por la garganta.

—Alí—exclamó el Temerario con enojo—¿dónde estabas?

—Detrás de esas cortinas—le contestó el negro.

—¿Quién te ha mandado penetrar aquí?

—Mi señora que quiere permanezca siempre á tu lado; y ya ves que tiene razon, pues la estocada que te dirigia por la espalda este miserable, te hubiera atravesado el corazon si yo no lo evito.

—Es verdad, Alí; y era porque ese noble y poderoso señor tiene á mengua el batirse frente á frente con los pobres montañeses como yo. Toma mi espada, liberto, levántalo del suelo, y pruébale que el antiguo esclavo de Mahomad Zegrí, sirviente hoy del montaraz del Saucejo, es más hábil, valiente y noble que él.

Alí cogió el acero de su amo, se dirigió á Castro que ya estaba de pié, y le tocó en el rostro con la punta.

Atontado D. Alonso por el golpe que acababa de recibir, ciego por la ira y el despecho, y comprendiendo, por último, que no tenía más remedio que matar á aquellos dos hombres ó morir, acometió al africano inclinándose á la derecha con ánimo de herir al conde, el cual se hallaba indefenso. Este se cruzó de brazos, y con su innata sangre fría, miraba el fiero combate que tenía delante.

El negro, tan ligero como la pantera del desierto donde él nació, saltaba, se corria á derecha é izquierda, defendia á su amo, é infinitamente más fuerte y diestro que Castro, le iba agujereando la piel sin que el otro le pudiera tocar á la ropa. Este usaba las reglas del arte, mientras aquel saltaba, corria adelante y atrás, giraba á los costados, sin detenerse

un momento, mas teniendo siempre encima de Castro el extremo inferior de su mortífera espada.

Lara seguía sin movimiento alguno mirando al valeroso africano batirse con un consumado profesor de esgrima. De pronto llegó á sus oídos un rumor angustioso y triste de cien ayes exhalados á la vez por las víctimas de sus parciales. Estos acababan de asaltar su antiguo palacio, convertido ahora en cuartel, y herian y mataban sin compasion. El noble conde vió á la rojiza luz de las hachas de viento correr la sangre de sus contrarios, y caer estos á docenas al terrible golpe de las férreas mazas de los montañeses; notó que sus enemigos apenas se defendian, y compadecido de la suerte de aquellos desgraciados, volvió el rostro á la estancia donde tenia lugar el duelo, exclamando:

—¡Alí, concluye de una vez!

El negro se echó atrás, torció á la derecha, dió un salto hácia la izquierda, clavando su acero en el pecho de Castro. La sangre comenzó á salir por la boca de aquel, se le cayó la espada de la mano, flaquearon sus piernas, inclinó la cabeza y dando en tierra su cuerpo, exhaló el último suspiro.

Lara gritó al mismo tiempo:

—Hijos de Osuna, montañeses, cese el ruido de esas campanas y el combate!

Nadie le escuchó; unos y otros cebados en sus víctimas no oían otra cosa que la voz de la ira y de la venganza.

Entonces Pedro se arrancó la bocina que llevaba pendiente de un cordon y comenzó á tocarla fuertemente. Sus mágicos sonidos llegaron á los oídos de los montañeses, y como un solo hombre exclamaron:

—¡Alto! Pedro nos llama, ¡corramos en su busca!

Un cuarto de hora despues habia cesado la lucha, el ruido de las campanas, é imperó en la ciudad el silencio interrumpido á intervalos por los quejidos del moribundo. Delante del palacio de los Castros y esperando las órdenes de Lara se hallaban todos los montañeses y la mayor parte de los

naturales de Osuna, mientras la aurora comenzaba á extender su manto de azucena sobre la superficie de la tierra.

Poco mas de una hora necesitaron los vecinos de la ciudad unidos á los moradores del Saucejo para domeñar con su potente garra al tirano que pretendia esclavizarlos. El nombre del Temerario, su sola presencia, su poderoso aliento habian bastado para alentar á aquellos hombres y encaminarlos hácia un enemigo que se juzgaba invencible detrás de sus murallas. El atrevido guerrero no quiso tomar parte en una lucha desigual, cuya gloria cedió por completo á la nobleza de Osuna. En cambio se reservó imposibles que pretendia realizar, como veremos mas adelante.

CAPÍTULO III.

La maga.—La rebelion.—A Sevilla.

El conde de Lara elogió como merecia el valor, destreza, agilidad y extraordinarias fuerzas de su negro, y unido al caballero, dueño de aquel palacio, y seguido siempre de Alí pasó al salon principal donde ya le esperaba D. Ricardo, al cual preguntó:

—¿Han perecido algunos de mis vasallos ó párcialés?

—Hay varios heridos; mas no tengo noticia de la muerte de ninguno.

—¿Y de los contrarios?

—Se aproximará á ciento el número de los muertos y al doble el de los heridos.

—Resisten algunos todavía.

—Si, señor; pero se entregarán si se les ofrece la vida.

—Basta ya de sangre; que entierren los cadáveres; que se curen y traten con el mayor cuidado á los heridos y en mi nombre perdonadlos á todos. Aumentad las fuerzas que rodean á Osuna; que no entre ni salga nadie, y que quede ignorada para los de fuera de aquí mi llegada. Tomad posesion de todos los estados que me habian usurpado los Cas-

tros; que se habilite mi palacio lo mismo que estaba antes de partir; tratad á los prisioneros con la mayor consideracion; hospedad en mi propio alcázar á los montañeses heridos y dad las gracias al pueblo de Osuna, añadiendo, que el conde de Lara pagará por ellos el tributo de este año; basta con lo mucho que les han robado los Cerdas en el mes que permanecieron aquí. En esta comarca concluyó la miseria; abrid mis arcas para todos los necesitados y que se dé pan á los pobres, ropas á los andrajosos, mi cariño y dinero á la gente honrada y que á la vez levanten una horca para los malvados.

—Todo se hará así, gran señor.

—¿Queriais algo mas?

—Deciros únicamente, que la nobleza de Osuna se está reuniendo para venir á visitaros, si le permitís esa honra.

—Que entren cuando gusten.

—El abad y los monjes de San Pablo, imploran vuestra piedad en favor de nuestros enemigos y desean felicitaros.

—¡Y me olvidé de esos santos varones! Ricardo, id en persona y decidles que he perdonado ya á los desgraciados instrumentos de los Cerdas; y que á las diez pasaré al monasterio y almorzaré con ellos. Estrechad al anciano abad en mi nombre. Esperad, en esa estancia contigua hallareis el cadáver de D. Alonso de Castro, disponed que sea enterado en el panteon de mi palacio, que al fin llevaba el apellido y sangre de mi madre. Los restantes cadáveres serán depositados en el cementerio de Osuna. Partid.

Lentos, amarillos y como presintiendo las desgracias que acababan de tener lugar en Osuna, comenzaron á salir de Oriente los rayos de un sol empañado aún por la bruma de la madrugada.

El Temerario referia al caballero que le acompañaba el duelo habido entre Castro y su negro, y este contestaba á los elogios de su amo con una sonrisa que recogia sus labios, enseñando dos hileras de dientes tan blancos, iguales y per-

fectos como negra y fina era su epidermis. Lara estaba sentado en un sillón, el caballero en otro y Alí recostado á los piés del primero, lo miraba besando de vez en cuando la mano que el atleta le alargaba.

En este instante vino á llamar la atención de los tres una voz de contralto, aguda, sonora y vibrante como el tañido de la campana. Alí dió un salto parecido al de la pantera, Pedro se lanzó á un balcón y el de Osuna escuchaba con temor el lejano acento que llegaba hasta allí.

—¡La maga!—exclamaron el conde y el africano, desapareciendo este y quedando pendiente de los labios de aquella misteriosa mujer el primero. Los hijos de Osuna y los montañeses oyeron también la voz, reconocieron á la hechicera y se agruparon con cierto pavor supersticioso.

El conde de Lara distinguió hácia el Sur y en la parte más elevada de una colina á una mujer desgreñada, cubierta con un tosco sayal, que alzaba la mano derecha señalando á Oriente. Con pausa y dando á su acento una entonación extraña, lúgubre, terrorífica, cantó en árabe la siguiente estrofa:

Entre huracanes que al orbe
columpian con feroz saña;
sin que la nube le estorbe
ni la orgullosa montaña,
Corre segura,
cruza ligera
la desventura
con la hechicera.

Pavor á todos infunde
mi rostro, harapos y greñas,
la tierra á mi voz se hunde
y me abren paso las peñas.

Mágica daga
mi mano hiende
¡ay! si á la maga
alguno atiende.

Corre tú por quien yo vengo
que así lo quiere la Huri;
corre, vuela, cerea tengo
la bella sultana, Alí.

Pedro el Temerario no pudo comprender bien las frases que expresó la maga, pero supuso con razon que la traia cerca del él algun acontecimiento grave. Por eso se fijó en ella con el mayor interés, intentando no perder uno solo de sus movimientos.

Los montañeses y los de Osuna seguian apiñados y como temerosos; eran valientes hasta lo infinito, no obstante lo cual, les impuso extraordinariamente la débil voz de aquella africana, hechicera, maga ó lo que fuese. Tal era el estado de supersticion en qué se hallaban entonces los castellanos y aun los moros.

Los ardientes rayos del sol destruyen por fin la neblina de la mañana, y Pedro el Temerario pudo distinguir perfectamente, y sin temor alguno, el tostado rostrò de la maga, sus ensangrentados piés, sus ásperas manos, y aun el fuego de sus negros ojos. Despues que concluyó de cantar, se sentó sobre la colina, apoyó la frente en la palma de sus manos, quedando como entregada á tristes pensamientos. Algo más tarde, corria en direccion del sitio donde ella estaba, el negro Alí, el cual trepaba por el monte con la agilidad de un corzo. Lara vió llegar á su africano, la maga le echó los brazos al cuello, le miró con interés, y cogidos de las manos desaparecieron, impelidos, al parecer, por un poder sobrenatural. Nada más se vió; los montañeses comentaron el hecho sin darse razon cierta de nada, y el conde se encogió de hombros, y retirándose del balcon, aguardó el regreso de su leal servidor. Un cuarto de hora más tarde, le avisaron que la nobleza de Osuna deseaba felicitarle, á lo que él accedió gustoso. Segun iban entrando, los estrechaba á todos tratándolos como de igual á igual; luego se sentaron y comenza-

ron á referirle la manera que tuvieron los Castros y Cerdas de sorprender la ciudad y las vejaciones cometidas con los grandes y los chicos, seguros como estaban los contrarios del cariño que todos tenian al señor de aquel pueblo. Lara lamentó el hecho y les ofreció evitar que en lo sucesivo fuesen victimas de acontecimientos como aquel. Seguidamente les preguntó por el estado del país, y supo con el mayor sentimiento que se hallaba en completa rebelion: la autoridad del monarca no la respetaban cual debian; este se encontraba enfermo, y la traicion, las conjuraciones y el puñal ejercian en todo el reino su fatal influjo. En la misma córte, añadian, se presentan los traidores, minan el trono y hasta amenazan á Sancho IV y á su entendida esposa Doña Maria Alfonsa de Molina.

Nada de esto le extrañaba al noble conde; conocia perfectamente la época, las bastardas pasiones que dominaban á la mayor parte de los grandes y la inmoralidad y corrupcion de muchos que se tenian por nobles, y eran en verdad la escoria del país. Despues que los oyó con calma y se enteró de cuanto acontecia, meditó, y alzando, por último, su hermosa y varonil frente, les dijo:

—Bien sabe el cielo, señores, que deseaba á mi regreso encerrarme entre vosotros y mis montañeses, pasando de este modo el resto de mi vida; mas Dios ha dispuesto otra cosa, y cumpliré, pese á esos miserables asesinos, la voluntad Divina. Sumiso, tranquilo y en envidiable calma dejé á los nobles, al pueblo y al reino todo; ya veis en el estado que lo hallo; y pues que se ha empeñado en triunfar la maldad y la infamia, yo penetraré en su alcázar, destruiré los cimientos y pulverizaré á los malvados. Ellos me han enseñado á conspirar, á conocer sus intrigas, manejos y arteros planes; y ni me asustan los hombres, ni temo las conjuraciones, ni me hallarán jamás desprevenido.

Todos aplaudieron las nobles intenciones del guerrero, le ofrecieron seguirle do quier y ayudarle en empresa tan difi-

cil y arriesgada, si bien grande y digna del elevado infanzon que intentaba llevarla á cabo.

El conde les encargó que ocultasen cuidadosamente su regreso, y despues de recibir otra nueva ovacion, despidió cortesmente á aquellos hidalgos. Esta larga entrevista duró cuatro horas, y á pesar del tiempo trascurrido, no parecia Alí, lo cual tenía impaciente á su amo. Pasó una hora más, y el negro no asomaba; Pedro se disponia á marchar al monasterio de San Pablo, cuando distinguió por último á su valiente negro que llegaba sudando, fatigado de tanto correr, pero muy satisfecho y al parecer alegre. Lara se sentó de nuevo y esperó á que se le acercase el africano; entró este, se cruzó de brazos delante de su señor, le miró con semblante placentero y nada le dijo.

—¿No te ha encargado tu señora—le preguntó el impaciente conde—que permanecieses á mi lado dia y noche?

—Sí, amo mio, mas...

—Habla, Alí. ¿Por qué has salido de Osuna?

—Me llamó la maga...

—¿Conoces tú á esa hechicera?

—Mucho, señor conde. Doña Blanca la ha protegido siempre.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, señor.

—¿Qué dice esa mujer?

—Que vuestra esposa se halla buena.

—¿Cómo lo sabe?

—Esos privilegiados séres no ignoran nada.

—¿Te ha dicho algo para mí?

—Sí; que ames mucho á la antigua sultana, cristiana hoy como yo, y digna de llamarse esposa tuya.

—Es inútil el consejo, Alí. ¿Qué más te dijo?

—Añade, que no seas temerario y que te guardes de los cortesanos.

—Si la vuelves á ver, dila que desco hablarla.

—Será en vano, gran señor; esa mujer no obedecé más que al poder sobrenatural que la inspira y á Fátima Zegrí, como llama á la condesa.

—¿Nada más tienes que decirme?

—No, señor.

—Pues sígueme.

Y Lara, acompañado únicamente del negro, se encaminó al monasterio de San Pablo, mandado construir por él muy cerca de las murallas de Osuna, y en cuya portería le esperaba la comunidad. Aquellos monjes, y muy particularmente el abad, habian salvado la vida al Temerario, lo amaban y lo recibieron, en consecuencia, con un afecto que el conde les devolvió estrechándolos uno por uno, y especialmente al anciano superior. Despues les rogó que le acompañasen á la iglesia, oró con el fervor que tenía de costumbre, almorzó en el refectorio, y despidiéndose de todos, se retiró á la ciudad, donde fué reconociendo los hospitales y cuantos heridos encerraban estos.

Instalado luego en su propio palacio, pues al efecto le habian habilitado varias habitaciones, mandó correos al príncipe Muza, su amigo íntimo, y á varios grandes, individuos de su familia.

El resto del dia lo pasó dictando órdenes, que eran obedecidas en el mismo instante; y en cuanto anocheció, se cubrió con una pesada armadura, montó á caballo, y seguido únicamente de Alí, partió á Sevilla por senderos ocultos y estrechas veredas, conocidas de muy pocos. El terreno que pisaban era bastante malo, en cambio tenía la ventaja de ocultarlos cuanto era posible de las muchas partidas que pululaban por todas partes, compuestas de enemigos de don Sancho, de salteadores, moros y hasta de cristianos. Lara iba bien armado, no temia á nadie y jamás le impuso ni contó el número de sus contrarios; pero en esta ocasion deseaba permanecer ignorado para poder sorprender mejor el núcleo de la conspiracion enemiga. Por esa razon no dió su

nombre desde luego, ni presentó en ciudades, pueblos y caminos su rostro varonil. De este modo anduvieron toda la noche, internándose á la mañana siguiente en un espeso bosque que juzgaron á propósito para entretener el día, dando descanso y alimento á los caballos y seguridad á los ginetes.

Sujetaron, pues, á aquellos, y partió el negro en busca de lo necesario para unos y otros.

Tres horas despues regresó con provision de cuanto deseaban, lo que le facilitaron en una aislada casa de campo que halló bastante lejos de allí. Comieron los corceles y seguidamente sirvió Ali á su amo algunos fiambres.

Luego que Pedro hubo concluido se hizo quitar el casco, se sentó en un sitio ameno y frondoso, y comenzó á discurrir sobre los medios que debia emplear para asegurar el trono de D. Sancho, tranquilizar el país y acallar las bastardas pasiones que con tal furor se habian desarrollado. El valiente y entendido jóven trazó planes, sujetó sus cálculos á una sábia prudencia, y cuando hubo concluido, apoyó su brazo izquierdo en el duro suelo, la frente en su mano y se quedó sumido en un sueño tranquilo, propio de su edad y del sosiego de su conciencia.

Una hora despues le despertó el ruido de muchas pisadas de caballos; llamó á Ali; pero este no se hallaba cerca de allí; entonces se puso el casco, soltó su caballo y montó empuñando á la vez su terrible lanza.

El ruido que antes sintió se fué aproximando cada vez más hasta distinguir una inmensa multitud de moros mandados al parecer por dos guerreros castellanos. Volvió á llamar nuevamente á su criado, pero Ali no le escuchaba ó habia desaparecido de aquel sitio. Notó luego que los escuadrones musulmanes se detuvieron, dirigiéndose hácia él los dos caballeros que parecian cristianos. Lara bajó su celada, se dispuso á la defensa y esperó tranquilo. No tardó mucho en llegar á treinta varas de él un brioso caballero, el cual

ostentaba en su pecho las armas de la casa de Molina, ó sean la de la esposa del rey D. Sancho. A este acompañaba un escudero, cubiertos ambos de acero desde los piés á la cabeza.

El conde los saludó con un cortés movimiento de cabeza, se acercó á ellos, y les dijo:

—El escudo de armas que ostentais garantiza vuestras personas. ¿Quereis algo de mí?

—No—le contestó secamente y fingiendo la voz el que hacia de escudero.

—¿Podré saber quiénes sois?

—No, conde de Lara—replicó el mismo.

—¿Qué pretendéis entonces?

—Daros un consejo.

—Hablad.

—No esperéis la noche para continuar vuestro camino; seguid á Sevilla y llegad lo antes posible, que nadie os estorbará el paso y haceis mucha falta en la córte.

Pedro se alzó la celada y enseñando su rostro, respondió:

—El que á nadie teme á nadie se oculta.

Los incógnitos callaron, pero el jefe lanzó una mirada al Temerario, cuyo fuego llegó hasta el corazón de este; por las hendiduras de su casco parecia salir una fuerza magnética que atraía á Pedro y lo dominaba de un modo desconocido para él.

—¿Quién sois?—le pregunto Lara.

Tampoco esta vez le contestaron; pero el que miraba de aquel modo al conde hizo una seña á su escudero y este exclamó, fingiendo siempre la voz:

—Adios, Pedro; seguid mi consejo, que en Sevilla nos conoceréis.

Y sin mas explicaciones picaron sus caballos y partieron de allí como dos exhalaciones. Lara quiso seguirlos, atraído siempre por el fuego de aquella mirada, pero fué inútil; cristianos y moros salieron del bosque y atravesando cerros,

saltando precipicios y volando, en fin, desaparecieron de su vista dejándole asombrado con aquella atrevida y sin igual carrera.

—Van quinientos zegrías—exclamó—y por María y la Cruz que no he visto en mi vida mejores ginetes ni tan briosos caballos. ¿Quién podrá ser ese caballero?... ¡Oh! me pierdo en conjeturas sin conseguir absolutamente nada!... ¡Aquella mirada era tan noble como ardiente, y las palabras del escudero no son hipócritas!... ¡Por primera vez de mi vida siento un deseo vehemente, un malestar que no me explico!... ¡parece que esos hombres se han llevado un pedazo de mi alma!... ¡Corren hácia Sevilla!... ¡pues yo tambien iré á la córtel!... ¡pero este Ali!...

—Estoy aquí, señor conde—le contestó el negro que se hallaba á caballo y muy cerca de Pedro.

—¿Qué ha sido de tí? ¿Por qué me has dejado?

—¡La maga, señor, la maga!

—¿Has vuelto á ver nuevamente á esa misteriosa mujer?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

—¿En dónde?

—Entre aquellos cerros.

—¿Te llamó?

—No, señor.

—Explicate, africano.

—Lo haré. Dormias tranquilamente apoyado en el duro suelo mientras mi atrevida mano separaba de tus ojos los ensortijados extremos de tus largos, negros, sedosos y rizados cabellos. Despejé tu frente y la miré con tal entusiasmo que no pude por menos de exclamar:—Hé aquí el espejo de la mas bella de las hijas de Oriente, de la incomparable Fátima Zegrí, de mi señora la hurí cristiana, la sultana de ayer, reina hoy de la hermosura castellana.

—La maga, Ali, la maga.

—Perdona, amo mio, y déjame proseguir. Hé aquí, añadia, el terror de los valientes, el asombro de los cobardes, el tema de los poetas, el blanco á donde se dirigen los suspiros de las bellas; la frente, en fin, inspirada por el génio, coronada por la gloria, orlada por el amor y hermo세ada por el choque de unos labios mas finos que el brillante, mas suaves que la pluma del cisne, mas agradables que la rosa y mucho mas admirados que los tuyos.

—¿Te enseñó todo eso la maga, Ali?

—¡La maga, señor, la maga!

—¿Acabarás?

—Al momento.—Ved—exclamé—al leon de Castilla, al poderoso infanzon de esta egira dormido sobre el duro suelo y á merced del hijo del desierto, de un africano que para arrebatarle la existencia le bastaba decir quiero. «Mientes» me contestó una voz que parecia salir de entre las rocas. «Mientes, añadió, ese nazareno tiene ya un ángel que vela dia y noche por su preciosa existencia.» Al oir aquel acento me estremecí, miré en torno y ví á la maga á tres pasos de mí.—¿Dónde está ese ángel? le pregunté. «¡Insensato!—replicó—¿dudas de mis palabras! pues sígueme!» Y cogiéndome de una mano me arrastró en pos de sí y de este modo cruzamos el bosque, la sierra y el espacio. Mis plantas apenas chocaban con la tierra, no volábamos; pero aquello no era tampoco una carrera, se parecia mas al rápido movimiento del aire, al escape de una exhalacion. Aturdido, confuso, delirante ví á mis piés el mundo, con sus montes, valles, rios, mares, inmensidad de árboles, variedad de aguas, multitud de gentes y un conjunto deslumbrador que imponia y arrobaba presentando la obra maestra del sublime autor de la tierra.

—Negro, ¿quién te ha enseñado todo eso?

—¡La maga, señor, la maga!

—Prosigue, que me interesa el cuento.

—Continúo, señor, la historia. De pronto comenzamos á

descender hasta chocar con la superficie del globo. «Aquí, torpe africano—me dijo la hechicera—detente y mira.» Un ruido lejano fué lo primero que sentí; luego muchas pisadas de aquellos poderosos corceles que yo montaba un día entre los movibles montes de arena del suelo que me vió nacer, y pasado un instante más llegaron frente á mí quinientos caballeros zegríes, jóvenes, apuestos y valerosos como tú. Delante iba un guerrero mas jóven aún que ellos, mas hermoso que todos juntos y tan elevado como el conde de Lara. A su lado le contemplaba un viejo escudero lleno de cicatrices y con tanto fuego en sus ojos como el leon de mi país. El caballero cristiano paró su carrera al ver á la maga; los hijos de Mahoma se cubrieron el rostro, mientras la hechicera se acercó al nazareno, le besó la mano, contempló su faz con entusiasmo crecienté, y fijando su diestra en su roja cruz, igual á esa que tú llevas, exclamó: «Mira el ángel de Pedro el Temerario, Alí! ¡ay! de los que intenten detener el paso del hombre á quien defienda el brazo de este sér!»—Esto dijo, y maga, caballero, escudero y zegríes desaparecieron. Me volví y nada mas he visto.

—Alí, ¿quién era ese caballero de la cruz encarnada?

—La maga no me lo dijo, señor.

—¿Le viste el rostro?

—Sí.

—¿Y no lo has conocido?

—No.

—¿A quién se le parece, africano?

—Cuando mira con amor, á los ángeles; cuando se fija con ira á la muerte. El fuego de sus ojos abrasa; su voz extremece y su frente domina.

—Pero ¿á quién se parece, Alí?

—No conozco á nadie tan afortunado que tenga parecido con él.

—¿Estás cierto de lo que dices?

—Seguro.

- ¿No dormías?
- No.
- Eso es un sueño, ó un delirio que llegó á tu mente.
- Vi, escuché y tan despierto como ahora, contemplé á un caudillo que vale más que tú.
- ¿En qué te fundas?
- En que se humilló la maga ante él y me hirió además con su irresistible mirada.
- Me has hecho perder un tiempo precioso.
- Es verdad, pero convenia así, amo mio.
- ¿A quién? ¡mísero negro!
- A la maga, señor, á la maga.
- ¿Te lo dijo?
- Sí.
- Tú no has mentido nunca, Alí.
- Ni ahora tampoco, señor.
- Pronto lo sabré.
- Tarde, sí; pronto, no.
- A Sevilla, africano.
- ¿Por ese sendero?
- Sí.

—La maga y el ángel cruzaron por aquellos montes, entraron en el camino real y por él siguieron.

—Vé delante, negro, llévame pronto á Sevilla y corre por donde quieras. La mirada de ese guerrero y tu cuento han enloquecido mi mente. Volemos, Alí, volemos en busca de ese incógnito.

Ambos aguijonearon á sus potros y tomando la misma direccion que los zegríes, corrieron por igual camino y con gran velocidad. Cruzaron montes, saltaron zanjas, entraron en el camino real y por él continuaron como dos meteoros fugaces y pasajeros.

Al llegar á la hondonada, oprimia el Temerario los ijares de su caballo y lo hacia subir las empinadas cuestas con rapidez pasmosa; pero al ascender á la eminencia suje-

taba las riendas y lanzaba una mirada ansiosa sobre el terreno que se presentaba á su vista. Buscaba con ávidez al caballero que mandaba los zegríes; mas aquel le adelantó dos horas y corria infinitamente mas que el conde de Lara.

Un cuarto de hora despues vió á derecha é izquierda y á gran distancia varios ginetes que parecia caminaban en dispersion. Anduvo mas y contempló á sus plantas cráneos rotos, miembros mutilados, cadáveres y heridos. Lara se detuvo, miró el espantoso cuadro que tenia ante sí, y recorriendo su vista do quier, se fijó por último en un cartel sujeto al tronco de un árbol y en el cual leyó: «Paso al conde de Lara: ¡partidarios del pretendiente, huid ó pereced!—*Los zegríes.*»

—¡La maga, Alí, la maga!—exclamó el Temerario.

—¡El ángel, señor, el ángel de la cruz roja!

—¿Negro, va ese ángel á Sevilla?

—A Sevilla, señor, á Sevilla.

—Corre, africano, que me hirió su mirada, me atrajo su vista y me causa envidia su valor.

—A Sevilla, señor; pero no te iguales á él que vale más que tú.

—Quisiera ver si es cierto; mas creo que mi espada no podria dirigirse contra él.

Y cruzando por encima de cadáveres, heridos, miembros, cráneos y sangre, corrieron otra vez.

Estaba anocheciendo; el sol doraba únicamente las elevadas copas de los gigantescos árboles y el crepúsculo vespertino descendia como heraldo precursor de las tinieblas, cuando el conde de Lara distinguió la perfumada odalisca que baña el caudaloso Bétis. Sevilla, mas musulmana que gótica, mas árabe que cristiana, se alzaba á los ojos de Pedro, triste, silenciosa y cual cautiva de un pánico que escondia, agitaba é infundia pavor á sus habitantes. Su pintoresca, variada, risueña y encantadora campiña parecia cubrirse entre el os-

curo verdor que la primavera le prestaba. Aquellos cantos, cuyas cadencias deleitaban poco há, no se oían; la cítara manejada por los delgados y hábiles dedos de la hija del Guadalquivir, callaba, como la zambra moruna, el trino del ruiseñor y el diálogo amoroso. Se oye únicamente el lejano murmullo de la corriente que lucha con el empuje de la marea que intenta detener su curso. El caudillo castellano la contempla, suspira y por entre una nube de partículas de oro dirige su vista al cielo, el cual se le presenta tan azulado y brillante como las aguas del Océano; comprende que sus hermanos en lucha fratricida temen, se esconden y callan; y siente sus penas y dolor. Por eso abandona las bridas de su potro, inclina la frente y medita. De este modo llega á la puerta de la ciudad, la cual está ya cerrada.

—¡Paso!—grita Alí.

—¡Paso al conde de Lara!—repite desde la parte de adentro una voz varonil.

Las puertas se abren y Pedro penetra en las calles de la córte, la que halla tan triste y solitaria como creyó mirarla desde afuera.

—Mi incógnito, Alí—le dice al negro—ha sido descubierto y por María y la Cruz que no me pesa. Hé aquí la prueba.

Y se alzó la celada de su casco, presentando arrogante y bello su varonil rostro.

Cinco minutos despues miró á dóscentas varas de distancia su opulento alcázar y á cien soldados que, unos de centinela y otros en amistosa plática paseaban por encima de sus murallas. Luego oyó gritar:

—¡Nuestro amo y señor el conde de Lara!

Y abriéndose á la vez las grandes puertas aparecieron multitud de caballeros, soldados, mayordomos, pajes y criados que salían á recibir á su amo. Pedro exclamó:

—Cuando creía que todos ignoraban por aquí mi inesperado regreso, oigo do quier pronunciar mi nombre; me sa-

luda la guardia de la plaza y me esperan los habitantes de mi palacio. ¿Quién hace estos milagros, Alí?

—¡La maga, señor, la maga!

—¿Quién me recomendó á esa hechicera que tanto se ocupa de mí?

—El ángel, señor, el ángel.

—¡Quiera el cielo que esa maga y ese ángel no sean los instrumentos de mis terribles enemigos!

—El ángel y la maga son mas enemigos que tú de tus fieros enemigos.

Pedro hechó pié á tierra, abrazó á su antiguo mayordomo Rodrigo, alargó la mano á varios caballeros de los que estaban á su servicio, y subió al salon principal de su opulento alcázar de Sevilla. Nada echaba de menos de cuanto dejó en él al salir la última vez. Los mismos cuadros, todas las preciosas molduras, las sedas y tapices de Oriente, las ricas estátuas, las escaleras de jaspe, mármol y alabastro; las fuentes, los jardines y los parques; la fuerza que lo defendía y hasta su régia servidumbre permanecian como há mas de un año.

Lara pidió un traje de córte, se vistió, sirviéndole acto continuo de comer. La mesa estaba rodeada de caballeros que en pié y fija la vista en su señor le contemplaban con placer; pero todos callaban, incluso el viejo mayordomo, al que preguntó el Temerario:

—¿Quién os ha anunciado mi regreso?

—Un caballero zegrí.

—¿Llegó solo?

—Sí, señor.

—¿Cómo le diste crédito?

—Porque es sobrino de Mahomad Zegrí, primo de mi señora la condesa.

—¿Quién lo mandaba?

—Lo ignoro.

—¿A quién sirve?

—No lo sé.

—¿Habrás medio de averiguarlo?

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque no quiere la maga, señor—le contestó Alí, el cual comía detrás, aun cuando no lejos de su amo, si bien en mesa aparte.

—¿Han intentado algo mis enemigos contra vosotros?—preguntó el conde.

—No, señor.

—¿Cómo sigue el rey?

—Mas aliviado.

—¿Y su esposa?

—Buena.

—Alí, mientras esté en Sevilla serás uno de mis escudero; vístete con arreglo á tu nuevo empleo, que me vas á acompañar al real alcázar.

—Poco habeis comido, señor.

—Me falta el apetito y me sobra ansiedad, Rodrigo!

—¿Quién la motiva?

—Un hombre á quien quisiera conocer.

—Un ángel á quien no tardarás en hallar—añadió Alí.

—¿Quién te lo ha dicho, negro?

—¡La maga, señor, la maga!

—Es africana como tú y á ambos os puede costar la vida, si molestais demasiado á Pedro de Lara.

—Si otro lo intentara—replicó Alí, enseñando sus preciosos dientes—si otro, si otros lo intentasen y no pasaran de diez moririan ellos; pero si tú la quieres héla aquí, que tengo á gala el entregársela á mi señor.

—¡Noble eres y valiente, africano, yo te quiero y tú me atormentas!

—No, y mil veces no, que si vivo es por tí y para tí; que se acerque alguno y toque tu cruz, te mire ó enoje y verás si yo te amo ó no.

—¿Por qué callas entonces lo que yo deseo saber?

—Si alguna cosa hago contra tu voluntad, cuenta, señor, que aquello te conviene.

—¿Luego sabes más que yo?

—Ahora sí.

—Hijo del Desierto, ¿quién te lo ha enseñado?

—¡La maga, señor, la maga!

—¡Una linterna! que quiero ver otra vez la inanimada faz de mi pobre madre.

—¿Me aborreces, señor?

—A tí, al leal esclavo que salvó la honra y vida de mi esposa? Negro, cuando yo estoy en mi palacio, eres mi amigo; cuando salgo, el señor de mi casa; si alguno te desobedece arrójalo por el balcon y bien muerto está.

—¿Te sigo al panteon?

—¿No te vistes?

—Lo haré despues y mientras te cubres con tu manto.

—Pues coje la linterna y vé delanté.

Así lo hicieron y comenzaron á descender una magnífica escalera de mármol; luego entraron en un ancho pasillo, despues en un salon y seguidamente se detuvieron delante de una puerta de hierro. Lara oyó los acelerados pasos de un hombre que al parecer huia de ellos y exclamó:

—Ningun habitante del palacio se hubiera atrevido á llegar hasta aquí. ¡Quién será el osado!...

—No lo sé.

—¡Acaso la maga, Alí!...

—O el ángel, señor, el ángel. ¡Abro la puerta!

—Sí.

Y los dos penetraron en un silencioso panteon donde habia varias esculturas preciosas que representaban invictos héroes de la familia de Lara, y cuarenta urnas funerarias, unas esperando ser ocupadas y otras encerrando los restos mortales de los que un dia obtuvieron los primeros puestos de su país. Pedro contempló con religioso silencio aquel

cuadro de muerte que tenía en derredor, se inclinó despues ante el altar que habia en un extremo del panteon y oró largo rato. Luégo se incorporó y brillando en su rostro la alegría se dirigió pausadamente al centro del panteon, hizo uso de todas sus fuerzas, y destapando una de las marmóreas urnas, quedó fijo en el cadáver que se presentó á su vista.

—¡Madre!—exclamó con acento amoroso—solo es dable al hijo de tus entrañas contemplar el polvo que un dia fué carne humana, que no pudo ver, que no le dejó la suerte admirar. Dicen que eras hermosa, ¡qué me importa á mi! fuiste el ángel á quien debí mi existencia; que estampó el primer ósculo amoroso en mi rostro infantil, y que llorosa abandonaste el mundo, solo porque dejabas en él al triste huérfano, olvidado de todos por espacio de veinticinco años. ¡Madre mia, otra vez me he visto obligado á verter la sangre de los Castros tus parientes; perdona el hecho, que harto sensible me fué; y á no haber sido ellos tan malos, los perdonara por tí, porque llevan tu apellido!

Y Pedro cayó á los piés del túmulo y apoyando en él su cabeza comenzó á regar con llanto el frio alabastro de aquel pavimento. Despues se puso en pié, besó el sudario que cubria los restos de su madre, cerró la urna y salió de allí, exclamando:

—¡Quién sabe si mañana vendré á haceros compañía por luengos años! ¡Quién sabe si en breve ocupará la estatua que me represente, ese hueco fatal que parece atraerme á sí! Entre tanto, esperadme tranquilos, restos de mis mayores, que ni mi pecho cobijará el temor, ni en mi alma estampará su huella hecho alguno indigno de este vástago infeliz de vuestra familia!

Y saliendo llamó á Alí, mas el negro habia desaparecido otra vez, por lo cual cogió el conde la linterna, cerró el panteon subiendo nuevamente al piso principal de su alcázar. Con penetrante mirada fué observando el valeroso gigante

á todos sus caballeros, dependientes y vasallos; pero nada notó en ellos que excitara sus sospechas.

—¿Dónde se halla Alí?—preguntó con indiferencia.

—Salió, le contestó el anciano Rodrigo.

—¿Hace mucho?

—No.

—Mi manto.

—¿Vais á partir solo, señor conde?

—Sí.

—Que el cielo os acompañe.

—¿Temeis que me suceda algo?

—Acaso, mas si son pocos basta con vos, si fuesen muchos ya os salvarán.

—¿Quién, Rodrigo?

—Vuestro ángel bueno, señor.

—¿Dónde se halla?

—En todas partes.

—Pues corro en su busca.

Y desapareció perdiéndose al poco tiempo entre las estrechas, tortuosas y oscuras calles de la metrópoli de Castilla y de Leon.

Su clara inteligencia le hacia ver que en la indiferencia de sus mas leales sirvientes y en el abandono de Alí, habia un misterio que todos trataban de ocultarle; pero su fuerte espíritu, su corazon de roca, sus incomparables brios á nadie temian; todo lo desdeñaban; con todo podian. Solo, sin cota de malla ni otro ataque y defensa que la delgada hoja de su espada, caminaba por el centro de un pueblo que le queria, de una nobleza que le admiraba, pero donde existia una terrible conspiracion contra él y todos los suyos. Y no obstante esto, ni volvía la vista atrás ni temía á sus terribles rivales, ni suponía siquiera que se atreviesen á estorbar su paso. Lo mismo se hubiera batido con uno que con veinte; y en las tinieblas como á la clara luz del día es lo probable que diera fin de cuantos intentasen atacarle si no pa-

saban de cuarenta; sus incomparables fuerzas, destreza y valor no tenia rival en el mundo. Sus enemigos eran tambien valientes y tenian la ventaja sobre él de no hallar armas ni medio que no les pareciesen buenos si conducian al fin deseado. Sepamos si en la terrible lucha á que los va á provocar sale vencido ó vencedor este hombre extraordinario.

CAPÍTULO IV.

El conde de Lara, Sancho IV y doña María Alfonsa de Molina.—Sorpresa.—
Misterio.

Eran las nueve de la noche cuando el hijo del Saucejo llegó á la puerta principal del real alcázar de Sevilla.

—¡Atrás!—le gritaron á la vez dos arqueros que estaban de centinela.

—¡Paso al conde de Lara!—exclamó;—los soldados le abrieron calle y en union de sus jefes se descubrieron, dejándole franca la entrada.

Pedro penetró en los patios del semi-gótico y árabe edificio, subió la escalera principal, y sin detenerse ni bajar el embozo entró en las habitaciones interiores. Pronto le detuvieron dos capitanes, preguntándole uno de ellos:

—¿A dónde vais?

—A la cámara.

—¿Qué pretendéis?

—Ver á S. A.

—Imposible.

—Esa palabra jamás existió para mí.

—Mucho vale esa cruz que ostenta vuestro manto; pero es superior vuestra altanería.

—Es que valgo yo más que esa insignia y que todos vosotros.

—Probadlo.

—Estoy ya cansado de hacerlo.

—Pues es preciso que lo verifiquéis de nuevo.

—¡Paso!...

—¡Atrás!...

—¡Miserables!—y dejó caer el embozo.

—Perdon, señor, que á saber quién erais, nuestros labios callaran y nuestras cabezas se descubrieran.

—¿Conocéisme bien?

—Quien que tenga nobleza en el alma, valor en el corazon y fuerza en el brazo podrá desconocer á Pedro el Temerario; á Pedro el deseado!

—¿Luego vosotros no sois ingratos al amo que os paga, al señor que os protege, al rey que os tolera?

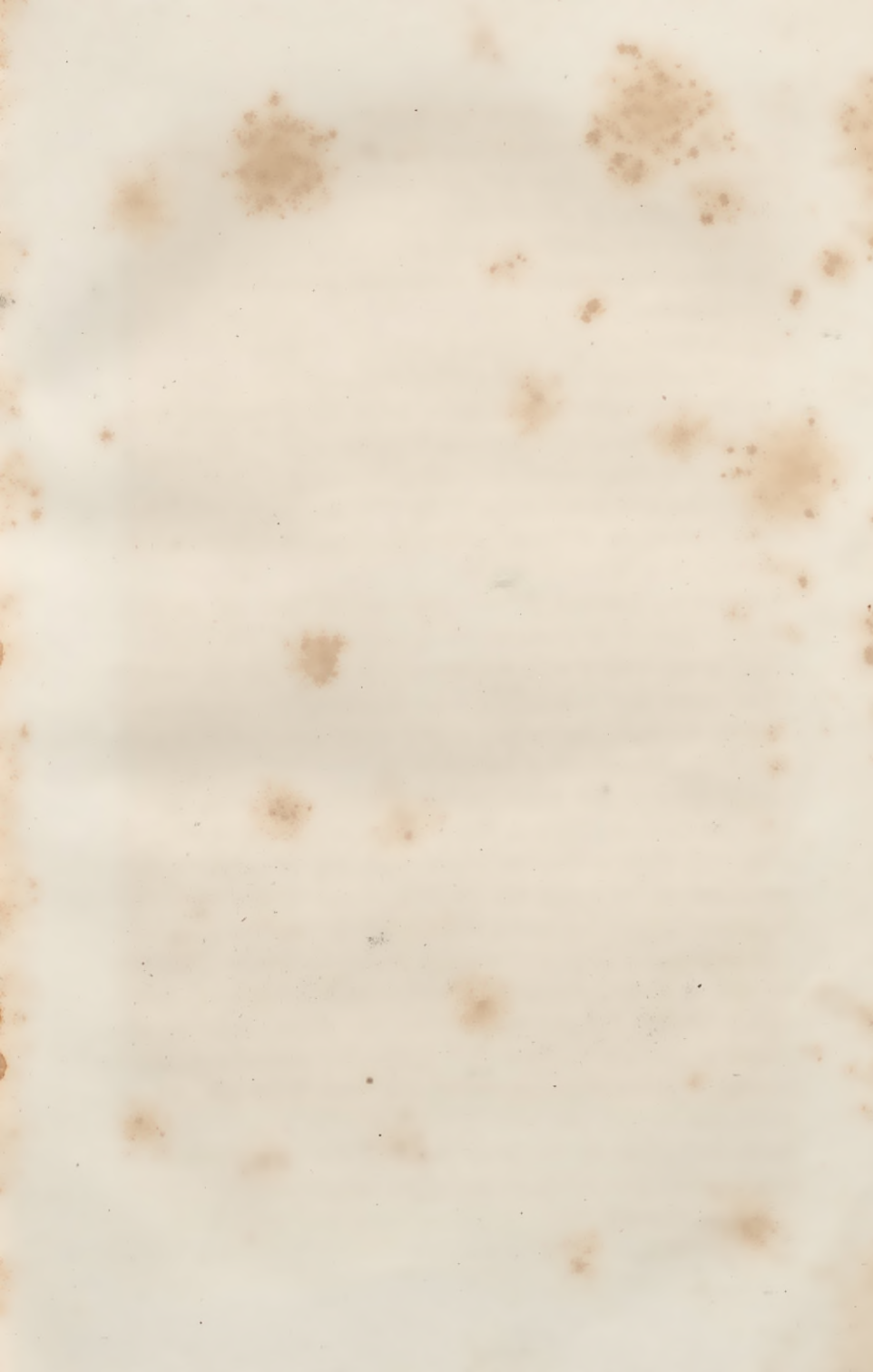
—Cuanto somos se lo debemos á S. A. y por María y la Cruz, como dice á menudo el primer caudillo castellano, el invicto conde de Lara, que si por él vivimos, por el rey daremos nuestras vidas y haciendas.

—Estrechad mi mano, caballeros, y no temed, que si Lara ha tardado llegó á tiempo de ayudaros á vencer. Me place que seais de los buenos y nada en ello perdeis, porque á ser de los malos era ya tiempo de ser acabados bajo la potente garra del leon que dejasteis de esperar.

—Gracias, señor, que es gran merced estrechar una mano que estrecha, anonada y confunde á los que en estrechos y ocultos lugares se refieren sus cuitas, fraguan sus planes y pretenden estrechar, anonadar y confundir á los buenos. No llegais tarde, señor, que aun viven SS. AA. y viene con vos el que todo lo pudo un dia y el que todo lo puede hoy; que es tan inmenso su poder que puede tanto como quiere que pueda su poderosa imaginacion.

—Está el rey?

—En cama.





C. MUGNOA dib^o y lit^o

Lit de J. DONON Madrid.

—Los reyes deben velar día y noche por la
felicidad de sus pueblos.

—¿Y su esposa?

—Dicta órdenes desde su régio asiento.

—¿Me acompañais á su cámara?

—De heraldos ó de sirvientes, como vos querais.

—Id delante, mancebos, pero dejad que yo me anuncie.

Los tres cruzaron varios salones, separaron despues á un mayordomo que intentaba detenerlos, abrieron la puerta de la cámara real, entraron, y mientras los capitanes se situaban á la izquierda de S. A. llegó Lara, inclinó la rodilla izquierda, besó la mano de Doña María Alfonsa de Molina y alzando su brazo derecho exclamó:

—Los reyes deben velar dia y noche por la felicidad de sus pueblos.

Hubo un momento de pausa; la reina miraba á Lara sorprendida, confusa y aturdida: levantó la mano izquierda y quiso hablar, pero le faltó la voz. El conde continuó:

—Así anhelaba hallaros, así creí encontrar á la poderosa reina de Castilla y de Leon, dictando órdenes, velando por su pueblo y luchando dia y noche contra la rebelion y los miserables que la provocan. Llamasteis á Dios y no desoyó vuestro ruego; preguntasteis por Lara y os escucharon; le mandasteis venir y aquí le teneis, que Dios es justo, vuestra causa tambien y el caballero no tiene esposa, padres, amigos ni afecciones cuando el deber lo llama, cuando la justicia lo atrae. Si mi ausencia aumentó el número de vuestros enemigos, las traiciones, vuestro dolo y desventura, el mago que vino de Jerusalem curará las dolencias, y el brazo que protege el cielo, confundirá la ruin polilla que intenta carcomer el trono de mis reyes!

—Lara, há un momento lloraba por la suerte de mi amado pueblo; me sentia débil, afligida, temerosa; temblaba mi mano al trazar esas líneas y daba cortos intervalos á mi amargura con ayes que dirigia al cielo! Mas os he visto; he contemplado la hidalguía castellana en vuestra frente; llegó á mí vuestro poderoso aliento, y la reina que poco á poco,

de pena en pena, de dolor en dolor, de abrojo en abrojo, se trocó en débil mujer, temerosa y abatida, cambió de pronto en soberana. Há un momento besasteis la mano de una mujer; mas ahora, digisteis bien, os hallais delante de la reina. ¿Cómo está Blanca, vuestra esposa, mi hija, mi hermana; esa dama tan valerosa como vos, tan bella como los ángeles?

—La he dejado buena; ansiaba acompañarme, mas tuve miedo de que llegara aquí antes de acabar con tanto hipócrita como al partir se arrancó la careta.

—Os halló por fin el quinto emisario que os mandé!

—Conmigo naufragó y aun cuando le busqué no pude encontrarlo, perdido entre las ondas de aquel rugiente é inmenso Océano.

—¿Luego, pereció vuestro buque?

—Sí, señora.

—¿Quién os libro de morir?

—Dios.

—¿Sabeis que Sancho se halla enfermo há dos meses?

—Sí; ¿pero no está mejor?

—Al veros esta noche creo que sanará del todo. ¡Cuánto ha suspirado por el conde de Lara! ¡Cuánto ha sufrido en su angustioso lecho!

—¿Me dejais que le vea?

—Ni él ni yo deseamos otra cosa.

—¿Me dais vuestro permiso?

—Antes conviene que lo prepare; la alegría que va á sentir pudiera serle funesta. Esperad un poco, conde, que pronto vuelvo. Seguidme vosotros, capitanes.

La reina abrió sin hacer ruido una puerta de su cámara que daba paso á la inmediata alcoba donde dormia con sueño intranquilo el bravo señor de Castilla, dejando solo á Pedro el Temerario. Este comenzó á pasear por la estancia, cuando de pronto vió á su lado y vestido de escudero á su valiente africano. Lara le miró con sorpresa, preguntándole:

—Ali, ¿cómo has llegado á esta cámara? ¿quién te aconsejó penetrar hasta aquí?

—¡La maga, señor, la maga!

—¿Qué quieres?

—Verte.

—¿Para qué?

—Para hablarte.

—Hazlo pronto.

—Da tu nombre á todo el mundo; descubre tu faz y que nadie ignore que te hallas en la córte.

—¿Quién lo mandó, Ali?

—¡El ángel, señor, el ángel de la cruz roja!

—Negro, ¿dónde está?

—Cerca de aquí.

—¿Podré verlo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—¿Sin celada, embozo ni careta que cubra su faz?

—No lo sé.

—No importa, yo descubriré su rostro.

—¡Si tal hicieras, Pedro, si tu mano tocase la ropa del ángel, lágrimas de dolor verterían tus ojos!

—¡Pedro! ¡Pedro!—exclamó la enfermiza voz de D. Sancho.

Al escucharla, desapareció el africano, salió la reina y Lara corrió en busca del soberano.

—¡Lara!...

—¡Señor!...

É incorporándose en su lecho, abrió el rey los brazos, aprisionó en ellos á su valeroso amigo y ambos cayeron sobre la almohada.

Doña María Alfonsa de Molina vió esta escena desde la puerta, se limpió dos lágrimas que surcaban sus preciosas mejillas, y sentándose sobre el mismo sillón que anteriormente, exclamó:

—¡Todo lo merece ese gigante de la tierra! ¡La nobleza de su alma, la hidalguía de sus acciones, valor, destreza, fortaleza de espíritu, todo en él es grande, poderoso, sublime! ¡Feliz yo que cuento ya con su brazo; dichosa Blanca que tiene su corazón!... ¡Temo, no obstante, por él; presiento que sus terribles enemigos, que mis contrarios lo asesinen!... ¡Es tan leal y ellos tan malvados!... ¡Oh, miles de puñales estarán alzándose ya contra su varonil pecho! ¡La traición, la infamia y la cobardía le pondrán en cada calle una emboscada, una daga en cada esquina, una celada en cada edificio!... ¡Y lo asesinarán villanamente, rodará el trono de mi esposo, mancharán de sangre hasta la púrpura real, y con Lara, todo se habrá perdido!... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Quién velará por él, quién escudará su vida de tanta alevosía!...

—¡Yo!—le contestó una voz fina como la de una mujer, dulce como la de un ángel, agradable como el trino del ruiseñor, imponente como la de la magestad.

—¡Tú!... ¿y quién eres tú, que penetras en mi cámara, sorprendes y expías á tu señora?

Y la reina se puso en pié, retrocedió dos pasos y quedó frente á frente de un guerrero cubierto con armadura y escondida la faz con la celada. Sobre el costado izquierdo llevaba una cruz roja y en el centro del pecho ostentaba el régio escudo de armas de la casa de Molina. Era el mismo que mandaba los quinientos zegríes y que tanto excitó el interés del conde de Lara.

—¿Por dónde has entrado?—le preguntó la reina con chispeantes miradas y temblando de ira.

—Por esa puerta secreta.

—¿Quién te la abrió?

—El oro y este régio escudo.

—¡Sí, la traición y la infamia!

El jóven guerrero se acercó con pausa á la reina; se alzó un poco la celada y la preguntó:

—¿Os asusta este traidor?

Y volvió á cubrirse el rostro. Doña María echó dos pasos atrás, se restregó los ojos como queriendo salir de un sueño, como dudando de lo que veía, se agolparon las lágrimas á sus pupilas, cayó sobre el guerrero y abrazándose á él gritó:

—¡Bendito tu valor, bendita la mano que te ha empujado hasta aquí!

—¡Silencio!—exclamó el de la cruz—si nos oyen todo se ha perdido.

—¡Silencio!—replicó la reina—contigo todo se ha ganado.

Y continuaron abrazados; pero el rey habia escuchado las voces de su esposa, se incorporó cuanto pudo sobre la cama y viéndola abrazada á un hombre, exclamó:

—Maldicion sobre vosotros, asesinos de mi honra!

Y quiso arrojarse sobre ellos; mas Lara le contuvo diciéndole á la vez:

—Deteneos, señor! para él basto yo; para ella sobra V. A.

Y corrió hácia el grupo que formaba Doña María y el incógnito y alargó la mano para coger al guerrero y estrellarlo contra el pavimento; mas vió la cruz y el escudo de armas de este, sintió el fuego de sus ojos, vaciló, quedandó como anonadado. La reina cubrió al jóven con su cuerpo y siempre abrazada á él, le dijo al conde:

—¡Guay! si tocais su armadura: lo defienden sus soberanos.

Y sin soltarlo llegó á la cama de su esposo, le alzó un poco la celada, sin que Lara lo viese, y se la volvió á bajar. D. Sancho, asomando á su rostro una alegría febril, exclamó:

—¡Ah!...

Y tendiéndole una mano á su esposa, añadió:

—Perdona, María, mi ardiente amor hácia tí me hizo sospechar de dos ángeles.

Lara continuaba en medio de la cámara, confuso y atur-

dido por el mágico influjo que habia ejercido sobre él el flúido magnético del incógnito. El monarca se apresuró á sacarle de aquel estado con las siguientes frases :

—Conde, amigo mio, llegad aquí, cerrad esa puerta y sentaos. Ambos nos equivocamos; este valiente guerrero es un pariente muy allegado de mi esposa; se aman mucho, pero su cariño es tan puro y santo que á nadie ofende.

El Temerario obedeció al rey maquinalmente, quedando los cuatro mirándose con sorpresa, interés y misterio.

A veinte pasos de allí sonreía maliciosamente el leal africano de Lara. En la plaza real y tendida sobre el frio suelo se hallaba la maga de las Alpujarras. En las calles que desembocaban en torno del alcázar estaban quinientos caballeros zegríes, los mas valerosos y apuestos que tenia su poderosa tribu y el reino de Granada; y al frente de ellos, sobre su alazan tostado, de sangre árabe, permanecia inmóvil y altanero el arrogante escudero del jóven incógnito de la cruz roja.

Los cobardes enemigos de Lara temblaban; los atrevidos aflaban las puntas de sus puñales; la ciudad continuaba tranquila, triste, oscura y solitaria; la Providencia se hallaba en este momento velando por el trono de Castilla y de Leon y por el incomparable Lara, amigos y parciales.

CAPÍTULO V.

Historia de Lara.

Pedro el Temerario se sentó á la derecha y junto á la cabecera del lecho de D. Sancho, el incógnito al lado opuesto y Doña María Alfonsa de Molina, próxima al de la cruz roja. El rostro del monarca se iba poco á poco animando, siendo lo mas notable, que la enfermedad parecia huir de él de un modo visible y rápido. Miraba continuamente al caudillo del Saucejo, sacudia su negra melena y alzaba la vista con una satisfaccion que há tiempo no sentia. La llegada del conde no solo desterró sus pesares, si que tambien aminoró sus dolencias, cuando no las destruyera del todo. Pedro y el encubierto se lanzaban mútuas miradas, profundas, escudriñadoras, constantes; y la reina, que cada vez se acercaba mas al último, miraba al uno con esperanza y al otro con pasion. Reinaba en la estancia un profundo silencio, pero interesante, significativo.

El rey cogió por quinta vez entre las suyas la mano de su amigo Lara, trocó una inteligente mirada con el incógnito y le dijo á aquel:

—Pedro, hace año y medio que dejamos de vernos; vuestra partida comprometió mi causa, acibaró nuestra existen-

tencia y nos condujo al estado mas deplorable; pero regresais bueno, nos queda tiempo para destruir la maldad que se extiende y aumenta por mis reinos, y opino que dejemos para mañana, en que Dios mediante espero abandonar el lecho, el ocuparnos de los asuntos de Estado. Entre tanto referidme la causa que os ha retenido en Jerusalem, pues infero que debe ser grave y creo que su relato nos ha de interesar. No temais por mí; me hallo bien, mi cabeza se va fortaleciendo y os oiré con el mayor gusto. Hablad, amigo mio; pretendo adivinar el motivo de vuestra tardanza y anhelo escucharlo de vuestros labios.

El conde dejó de mirar al de la roja cruz, el cual continuaba siempre con el rostro perfectamente cubierto, y fijándose en Doña María, la preguntó:

—¿Señora, opinais como vuestro esposo ó creeis que podrá perjudicarle mi relato?

—Antes por el contrario, noto con placer que vuestro acento reanima la vida que há poco consumia la enfermedad de Sancho. Hablad, amigo mio, yo os lo ruego tambien.

Lara reconcentró sus ideas, alzó despues la vista, exhaló un suspiro que solo él sintió y dijo:

—No es solo en Castilla y Leon donde se presenta la traicion y la infamia; hasta en los desiertos de la Arabia las ví potentes anhelando triunfar de los buenos. Hasta en aquella abrasada zona contemplé á un poderoso de la tierra persiguiendo, acuchillando á hombres y mujeres que inocentes caminaban al antiguo y solitario retiro de Mahoma, donde un débil anciano pretendia inclinarse y orar. Dios es la suma bondad, la misericordia infinita; mas ¡ay! ambas hacen falta á unos séres tan depravados y malévolos. ¡Miserós de nosotros en aquel supremo instante en que la justicia divina reemplaza á tan sublime bondad y misericordia!

Calló Lara, se limpió el sudor que humedecía su frente, y continuó:

—Después de la noche de mi boda, pasé diez días en mi palacio de Osuna contemplando á mi padre, viendo el ejemplo de virtud y abnegación de mi suegro Mahomad Zegrí, estrechando á mi casta y angelical esposa y aspirando entre las flores el ambiente de la mañana, el viento del día y la brisa de la noche. Era un eden, donde de dicha en dicha, de placer en placer y de deleite en deleite, cruzaba mi vida riente y agradable como la aurora, ardiente como el sol, sosegada como la noche y feliz como la bella hora en que la rosa abre su cáliz para saludar al nuevo día de su principio y de su fin. Mi esposa me adoraba, me amaban mis padres y no había un solo sér de cuantos me rodeaban, que no viese en su señor la egida de su existencia, el báculo de su vejez. Pareciéndome poco aquel paraíso con sus flores, encantos y dichas, corrí con mi idolatrada Blanca al castillo del Saucejo; solos, entre aquellas agrestes breñas, nos requeríamos por la mañana, nos enamorábamos por la tarde y bendecíamos á Dios por la noche. Cada tres días bajábamos á Osuna, comíamos con nuestros padres y en disputada carrera cruzábamos los montes, los cerros, las empinadas cuestras y los bordes de los precipicios. Sobre un caballo negro, bajo, corto, redondo, de piel fina, de ojo ardiente, de sangre pura de la Arabia; con su precioso traje blanco de odalisca, sus sombras de carmin sobre campo de azucena, su pié diminuto y su mano de seda, corría Blanca siempre delante de mí, más diestra, hábil y atrevida que yo. Mi corazón latía fuertemente, estallaban mis sienas y temblaba todo mi sér al ver cuál se precipitaba por las terribles cuestras, las empinadas montañas y los insondables abismos. La llamaba, quería detener su vuelo y hasta la imponía una prudencia que yo no tuve jamás. «Temerario—me decía—¿te asustas de tan poco? pues mira» y saltaba una zanja tan peligrosa que me obligaba á apartar la vista del sitio aquel. Luego reía fuertemente, los cóncavos repetían los ecos, el suelo dibujaba su perfecta figura, me daba un adiós y aquel

ángel desaparecia de mi vista para encontrarme despues en un recodo del camino, darme un beso más dulce que el placer, burlarse de mi miedo y encargarme la prudencia que yo le habia recomendado. Su caballo era el cuerpo del ave, Fátima las alas y lo escabroso del monte el espacio por donde cruzaba la paloma, sin temor ni peligro alguno. ¡Dios conserve su existencia si yo he de vivir en el mundo!

Lara volvió á limpiarse la frente, los reyes le miraron con interés y el incógnito arrojó de sus ojos dos lágrimas nacidas en el corazon y ocultas cuidadosamente con su celada. El primero prosiguió:

—Un dia hallamos á mi padre y á Mahomad Zegrí más cariñosos aun que de costumbre; se miraban continuamente hasta que uno de ellos nos dijo en breves palabras y con tierno acento, que Mahomad deseaba orar en el sepulcro de Mahoma y D. Manrique en el monte Calvario. Mi esposa dió asentimiento con la vista á tal proposicion y yo les contesté: padre mio, iremos primero á la Meca y luego á Jerusalem; y de este modo cada cual podrá cumplir el voto que há tiempo tiene hecho. Fátima y yo, á vuestro lado, correremos las inmensas llanuras del Africa primero, cruzando despues los montes de la Siria y admirando por fin el pico Himalaya del Asia.

Quince dias despues, vestidos todos de zegries, partimos en direccion de la costa marroquí. Nos acompañaban el señor de Márcia, que continuó sirviéndome de escudero, veinte caballeros castellanos, otros tantos musulmanes parientes de mi esposa y hasta cien individuos más entre doncellas, pajes y sirvientes. De este modo llegamos á Tarifa, y en un buque árabe nos hicimos á la vela, desembarcando en Tánger. En este hermoso puerto formamos una caravana y acompañados de cuatro guias prácticos en la marcha que ibamos á emprender, nos dirigimos á la Meca. Guardábamos el mas riguroso incógnito, mas yo imaginaba, con sobrada razon por desgracia, que llegaría á noticia de Jacob, rey de Fez

nuestro arribo á sus estados; pues era demasiado dilatada nuestra comitiva para que el secreto pudiera estar guardado mucho tiempo; en cuyo caso era lo probable que el monarca marroquí intentase vengar la derrota que le hicimos sufrir al pié de los muros de Córdoba. Por eso dispuse que caminásemos inclinándonos siempre á la izquierda, con objeto de no perder la costa del Mediterráneo, y en caso de ser atacados por fuerzas superiores podernos embarcar en el puerto mas inmediato. Esto hasta que, dejando á Fez atrás, pudiéramos dirigirnos á la Meca sin peligro alguno. Así continuamos por espacio de diez dias, atravesando áridos desiertos, hermosas campiñas, ásperos montes y un terreno, en fin, abrasado por los ardientes rayos del sol. Llegamos á Harach, descansamos dos dias, tomamos las provisiones necesarias y nos dirigimos á Yedi, para desde allí seguir ya directamente á la Meca. Mis presentimientos se realizaron. A los quince dias de marcha y cuando nos encontrábamos á la mitad del extenso despoblado que separa á Harach de Yedi, nos avisaron nuestras avanzadas que venia en seguimiento nuestro una cohorte inmensa de ginetes. Les salí al encuentro y bien pronto me convencí de que era cierto lo que acababan de participarme. Sabedor el rey Jacob de nuestra larga permanencia en su país, mandó mil caballos con orden de atacarnos y dar fin de todos nosotros. Nos encontrábamos á diez leguas de Harach, á cinco de Aguita y á siete de Yedi, y éramos solo cien hombres contra los mil; la defensa debia ser hija de la desesperacion, la victoria segura para ellos y la muerte para nosotros. Felizmente estaba anocheciendo, teníamos cerca una hermosa campiña donde por el pronto pudimos internarnos, y allí pensar el modo de morir lo menos incómodamente posible á manos de aquellos cafres. En trance tan terrible ví con satisfaccion que hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, todos oyeron sin palidecer la triste nueva que acababa de darles. La noche cubrió la tierra con su negro manto, nos apiñamos en el centro del bosque, sin-

tiendo á la vez el lejano piafar y relinchos de los caballos que poco á poco nos iban rodeando con ánimo, al parecer, de caer sobre nosotros al asomar la aurora. En vano buscábamos un medio de librar la vida; éramos pocos, desconocíamos el terreno y nada llegaba á nuestra mente que al menos aminorara el peligro. Llevaba á la sazón mi amada esposa un valeroso africano llamado Alí, el cual reunía á su excesivo valor una privilegiada imaginación. Este negro nos oyó hablar, y no obstante el conocimiento que tenía del sitio donde nos hallábamos, permanecía callado, inclinada la frente y como meditando. De pronto alzó la cabeza, sonrió, y dirigiéndose á mí, me dijo: «Amo mio, si tú quieres aceptarlo, creo haber hallado un medio que te libraré de morir.» Habla, Alí—le dije—y sepamos qué medio es ese. «Señor, añadió; á legua y media de aquí, están las montañas del Riff que se extienden hasta la orilla del Mediterráneo y se elevan al cielo. Amo mio, rompamos la línea enemiga, internémonos en el monte antes que nos alumbre el sol y nos habremos salvado.» Todos aprobamos la idea del negro, bien es verdad que no era fácil hallar otra mejor. Formamos, pues, nuestra vanguardia, centro y retaguardia, y unidas las tres masas partimos. La primera la componíamos mi escudero Márcia, Alí, los veinte caballeros zegríes y yo; en la retaguardia iban los castellanos y diez sirvientes; y en el centro los ancianos, mujeres y restantes criados. Caminábamos con precaución y haciendo el menos ruido posible, hasta el punto que conseguimos llegar á cien varas del círculo enemigo sin ser vistos ni oídos por aquel. En este instante, oí una voz que gritó: «A mí, zegríes!» Y partiendo como un rayo, se adelantó mi esposa seguida de los veinte caballeros musulmanes. Un instante después chocaron los aceros, corria la sangre, y Blanca y los suyos habían dado fin de los primeros marroquíes que se les presentaron. ¡Qué valor de mujer! ¡qué destreza! ¡qué serenidad! Cuando llegamos mi escudero y yo, entre ella, su temerario negro y los ze-

gries, habian roto el círculo y abierto paso, por donde todos cruzamos con la rapidez que nos permitia la espesa arboleda y la oscuridad de la noche. El enemigo se rehizo, reconcentró sus fuerzas y nos picó la retaguardia, en cuya lucha recibí una herida y perdí diez hombres, si bien matamos gente sin cuento, siendo Blanca la más audaz, la más diestra de cuantos estábamos allí. ¡Qué noche me hizo pasar! No oia mis ruegos, ni escuchaba mis órdenes; antes por el contrario, y convertida en general, mandaba, dirigia sin dejar de atacar. Por último, llegamos á la falda del monte, guiados siempre por el intrépido Alí, abandonamos cabalgaduras, provisiones y cuanto llevábamos, á excepcion de las armas, el oro y la ropa que nos cubria, y auxiliando á los ancianos y á las mujeres, trepamos tan ligeros como el águila por entre aquellas agrestes breñas, internándonos en direccion de la costa. De este modo pasamos toda la noche. Al amanecer solo vimos el cielo, los montes, precipicios y unas empinadas sierras que parecian confundirse con el firmamento. Sobre el duro suelo hallamos reposo, y á las seis horas partió Alí con orden de averiguar la suerte que el destino nos deparaba en tan agrestes lugares. El negro recorrió parte del monte, observó al enemigo, volviendo con las manos y los piés ensangrentados, rotas las vestiduras y en un estado terrible de cansancio y debilidad. «Los soldados de Jacob, me dijo, desesperados, no solo porque se les haya escapado la presa que tanto les encargó su amo le llevasen, si que tambien por la muerte de su caudillo y varios de los jefes principales, están sublevando todo el Riff y en breve harán imposible nuestra huida, viéndonos obligados á perecer á sus manos sin defensa posible. Creo, señor, que debemos ganar á todo trance la costa sin abandonar un instante estas escabrosas montañas.» Alí era el único que conocia el terreno y la ferocidad de los montañeses rifeños; por cuya razon no dudamos un momento en seguir su consejo. Otro hubiera sido mi deseo, otro mi anhelo, otra mi huida; con mi escudero, el

leal y valeroso Alí y mis veinte caballeros castellanos habria penetrado en el corazón del enemigo, y la muerte ó la victoria me abririan camino seguro. Jamás conté el número de mis contrarios ni me impuso la calidad de ellos, mas ¡ay! tenía al lado á la más intrépida de las mujeres, á mi varonil esposa tan audaz como todos nosotros juntos, y por primera vez de mi vida temblaba, no al recordar que tenía que velar por ella, al pensar que no podia sujetarla, que su heroismo la precipitaba en medio de aquellos tigres sin corazón ni piedad. Ya saben VV. AA. cuánto me ama, ¡qué obediente y sumisa es á su adorado Pedro! pues bien; en el momento que siente al enemigo, que lo ve, que lo percibe, ya no me oye, escucha ni atiende; fija en la idea de arrollarlo, vencerlo y confundirlo, no obedece más que al irresistible génio que la abstrae, domina y conduce á la victoria. Tenía además cerca de mí á mi anciano padre que tanto habia sufrido por espacio de veinticinco años, al desventurado Mahomad Zegrí, á diez doncellas y seis pajes, y ante la imperiosa necesidad bajé la cabeza y continué siguiendo á Alí, ocultándome entre las breñas del Riff. Veinte dias pasamos durmiendo sobre las rocas, alimentándonos de la caza y sufriendo continuamente el hambre, la sed, la tristeza y el insomnio. No obstante aquellos rigores, aquel padecimiento sin intervalos, sombreaba continuamente la alegría á mi desventura. La más fuerte de todos era mi esposa; el sol parecia respetar su blanquísima piel; los vendabales matiszaban sin herir su preciosa epidermis; sus ojos despedian un fuego que nada podia extinguir; y en sus labios de coral brillaba dia y noche una sonrisa terrible cuando miraba al sitio hácia donde estaban mis enemigos, dulce y tierna como el amor cuando se fijaba en mí. Llegamos por fin á la costa, pero la hallamos desierta, árida, montuosa y por ella caminamos, comiendo mariscos y durmiendo sobre la arena; dejamos la sierra, mas nos siguió el hambre, la sed y los andrajos con que cubriamos nuestras carnes. Tornó á

partir mi fiel africano y regresó á los seis dias con la noticia de que teníamos el enemigo á tres leguas, el cual, aumentado considerablemente, rodeaba los montes, llegando hasta la misma orilla del mar. Anduvimos una legua más y asaltando quince cabañas que encontramos esparcidas en la playa, maniatamos á sus dueños para que no pudiesen descubrirnos al enemigo, y allí pasamos tres meses perfectamente resguardados de los rifeños y soldados del rey de Fez. Los dueños de las cabañas tenían lanchas y redes, pescábamos para alimentarnos, habiendo situado una de las primeras en alta mar, la cual, al cabo de ese tiempo divisó un buque inglés, cuyo patron no halló inconveniente en llevarnos al Cairo, mediante una gran recompensa. En los mismos botes que apresamos á los dueños de las cabañas llegamos al buque británico y gracias al mucho oro que pudimos salvar y á la desmedida ambicion del jefe del barco, fuimos dueños de cuanto este llevaba en cámaras, ropas y alimentos. Nuestro destino no se habia cansado todavía de hacernos padecer; soplaron los fuertes vendabales y cinco veces creímos naufragar en el espacio de ocho dias. A estos siguió una terrible calma que nos tuvo dos meses sin poder andar una milla por dia; se concluyeron los alimentos y volvió á sitiarnos la muerte, mas segura y feroz al parecer que nunca. A la tercer noche de agonía arreció el viento, y en pocas horas pudimos, cerca de Trípoli, proveernos de cuanto nos hacia falta. Desde allí seguimos ya viento en popa hasta frente de Alejandría, donde desembarcamos, siguiendo por tierra hasta el Mar Rojo; cruzamos este y volvimos á desembarcar y ya en la Arabia recorrimos Medina, Jumbo, la Meca y Djedda. Estábamos en el imperio turco y en un país donde Mahomad Zegrí tenía parientes, amigos y valimiento; el padre de Fátima y los zegrís oraron en el sepulcro de Mahoma, mientras nosotros los cristianos recorrimos en briosos corceles árabes el escondido retiró donde el falso profeta escribió su célebre Alkorán. Luego contem-

plamos los monumentos y sitios que recordaban las batallas ganadas por aquel; vimos las tribunas y eminencias desde las cuales predicaba, convencia ó fanatizaba á unas tribus semi-salvajes, pero entusiastas, independientes, formando de ellas un pueblo al que, malas ó buenas, les dió leyes, dogmas, destruyendo la adoracion á las estrellas, los sacrificios á los ídolos y la creencia en génios y sortilegios que los sabeos é idólatras antiguos habian legado á la familia árabe. Vimos la casa de la judía Khaiban y el sitio donde esta vengativa mujer sirvió al supuesto profeta el cordero envenenado que causó su muerte cuatro años despues. Corrió la voz por Oriente de nuestra llegada y fueron los principales personajes de Asia á felicitarnos y á ofrecernos cuanto pudiéramos necesitar. Palacios, ricas sedas, presentes fabulosos, con todo se nos brindó, viéndonos obligados á aceptar parte de tan preciosos regalos. Al año de haber salido de Osuna dejamos la Arabia y nos dirigimos á la Siria, encaminándonos directamente á Jerusalem. Los zegríes nos abandonaron entonces á nuestras oraciones, y mi padre, esposa y demás cristianos que me acompañaban, inclinamos nuestras frentes en el Gólgota y ante el sepulcro del Divino hijo de Dios. Al besar aquel privilegiado monte, testigo perenne del primer sacrificio habido en el mundo, de la redencion del género humano, se ensancharon nuestros corazones, se robustecieron nuestras fuerzas y dimos por bien empleados los tormentos, sinsabores y penas que habiamos sufrido. Regamos con llanto aquél camino de amargura y aquellos sitios de eterno recuerdo; y noté con satisfaccion que mi padre parecia rejuvenecer en aquel lugar tan digno de admiracion. A su ruego, y con el beneplácito de mi esposa y mio, recorrimos la Siria y el Egipto. ¡Qué momentos tan gratos pasamos sobre las pintorescas colinas, en las orillas de los lagos, en los huertos de olivas! A pesar de haber transcurrido trece siglos todavía, contemplamos la huela de aquel pueblo habitado un dia por judíos, helenos y

romanos; allí estaba aún la mano del conquistador Pompeyo, la planta del opresor Herodes, el suelo devastado por Tito, los restos de las cincuenta ciudades y novecientos ochenta y cinco pueblos aniquilados por Adriano. Por las noches reunía en torno á algunos incrédulos y les leía las profecías que sobre el Divino Salvador habian escrito Abel, Isaac, Jacob, Joseph, Moisés, Josué, Gedeon, Sanson, David, Salomón, Jonás, Daniel, Ageo y Malaquías, y por el día les enseñaba los sitios donde habian tenido lugar aquellos acontecimientos profetizados muchos siglos antes de suceder. El orbé estaba en guerra, les decía, y según el anuncio de los profetas, llegó el año 4004 del mundo y cesó el estruendo de las luchas, se cerró el templo de Jerusalem y la poderosa reina de Ethiopia, el nuevo rey de los árabes, el de Armenia, el de los partos, los escytas, los sarmatas, los reyes de la India y hasta la misma China imploraron la paz; y el reinado de Augusto se prolongó tranquilo y pacífico para recibir al príncipe de la Paz, nombre que dió al Salvador muchos años antes de nacer el profeta Isaias. No olvidaré nunca la impresión que causó en mí la vista del pequeño pueblo de Nazareth y aquella gruta cortada en la roca donde la Virgen María habitó los primeros años de su preciosa existencia. Creía ver todavía la privilegiada casa de la Virgen rodeada de montañas; me parecía contemplar á los hijos de la tribu de Zabulon descender por los montes seguidos de sus rebaños: aquello era todavía para mí la antigua y baja Galilea con los encantos que la naturaleza tuvo á bien otorgarla y el resplandor que aún le presta el nombre de María, que yo leí en las aguas, en las montañas, en el sol, en el cielo que nos cubria y en el suelo que pisaba con temor y respeto. Desde allí pasamos á Bethlen, antes Eppratha, mezquina villa hoy de la antigua Judea, trayendo á nuestra memoria el nacimiento del Rey de reyes en el mísero portal, cuyo sitio teníamos en frente. En las orillas del Jordan, en el desierto de la Cuarentena, en la gruta rodeada de es-

carpadas rocas, de horribles precipicios, donde el Salvador pasó los cuarenta días de ayuno y penitencia; en Caná, en el lago Tiberiades, en Samaria, en Jethsemaní y en todos los sitios y lugares en fin, de la Siria, donde tuvieron efecto las predicaciones, los hechos ó los acontecimientos que motivó la presencia del Hombre Dios, allí nos deteníamos, orábamos y creíamos contemplar la divina figura del piadoso mártir del Calvario. Nuestro espíritu se ensanchaba, llegaba á nosotros una satisfaccion, un dulce placer santo, inesplicable, dichoso. Noventa días de calma sin tregua, de recogimiento sin dolor, de una vida sin manchilla, afliccion ni dolor; tres meses sin experimentar los efectos de la ira, del orgullo, de la vanidad, de ninguna pasion bastarda. Noventa días, señor, en los únicos que no hubiera echado de ménos á mi esposa, á mi padre ni á mis parientes y amigos. ¡Corto periodo de mi existencia, donde me acerqué á las gradas del trono de Dios! Allí lo veía, lo amaba como nunca, lo admiraba como jamás. ¡Cuán grande es todo aquello, señor! ¡Qué de recuerdos emanan de su suelo, de sus piedras, de sus montes, de sus árboles! ¡Qué dicha halla el cristiano en la rojiza aurora de la Siria; en los ardientes rayos de su sol; en el suave ambiente que se respira; en los objetos que se ven; en las sensaciones que se experimentan; en el consuelo que se recibe! ¡En tan bendita tierra todo es grande, sublime, no obstante lo cual, se halla en poder de mahometanos; de esa raza torpe y fanática que cree en los cuentos de Mahoma, adora y ensalza á un poeta que tuvo el privilegio de inventar patrañas para hacerse rey y vicario de un pueblo crédulo é ignorante! ¡Mengua y baldon para los valientes que ostentamos una cruz en nuestro pecho y dejamos abandonada al poder mahometano la tierra santa, donde tuvo origen la Divina, la verdadera cruz! Perdónenme VV. AA. si me he extendido mas de lo que debía, si he abusado de vuestra paciencia.

—No, amigo mio—le replicó el rey—oyéndoos hemos re-

corrido el Africa, la Arabia y la Siria; y participando de vuestras ideas y creencias nos hemos juzgado en Jerusalem, bendiciendo al Hijo de Dios y desdeñando nuestro poder, el cual debe valer bien poco cuando tolera y consiente que el Jordan riegue todavía el suelo mahometano. Continúad, Pedro; oyéndoos desaparece mi mal, se aumentan mis fuerzas y siento palpar de alegría mi corazón.

—Gracias, noble señor; y toda vez que lo desea así V. A. prosigo: Era una tarde de hermosa primavera en aquel delicioso país; me hallaba rodeado de mi esposa, padre, suegro, amigos y caballeros del Asia, y con entusiasmo creciente les hablaba de Jerusalem y les ofrecía no abandonar en mucho tiempo aquel sagrado suelo. De pronto, y sin anunciarse, llega hasta nosotros un caballero castellano, el cual, amante de su monarca y arrostrando peligros sin cuento, había cruzado los mares, acortado la distancia, y hambriento, vestido con andrajos y enseñando sangre de las heridas que recibió en su largo viaje, me saluda y exclama: «Conde de Lara, nuestro soberano D. Sancho IV se halla postrado en el lecho; su reino en revolucion, peligra el trono, y vos, su primer baluarte, os encontrais tan distante que no han podido dar con vos los cuatro emisarios que me han precedido. El rey os llama, señor, y es tan inminente el peligro, que si no correis, tarde llegará la esperanza, el sosten, el salvador de S. A. Este pergamino confirmará lo expuesto, tomad; mi señor estampó su firma, vedla: llevo tres días sin descanso, uno sin comer y ciento de sufrir; mas si os hallais dispuesto partiremos á Sevilla en este momento.» Leí, se humedecieron mis ojos, sentí por primera vez ira en aquel santo lugar, besé la rúbrica del escrito y contesté al mensajero: comed, dormid, que á las cinco horas de haber llegado regresareis conmigo á Sevilla en un caballo tan ligero como el viento, en un buque tan rápido como plazca á los aquilones. Mi mesa os espera; mi propio lecho os aguarda, y un traje zegrí con espada castellana os defenderán del tiempo y

de los hombres. Partid, que mi escudero os guiará. Las breves, pero significativas frases que estampó vuestra régia mano en el pergamino y el relato del valeroso mensajero, me impusieron de cuanto acontecia en el reino. En consecuencia hablé á mi esposa para que se quedase en Jerusalem rodeada de sus padres y de cuantos me siguieron. Blanca, con una abnegacion que me llenó de agradable sorpresa, se avino á que partiese solo, sin imponerme otra condicion, que la de ser acompañado dia y noche por su negro Alí, fiada sin duda en la lealtad y valor de ese africano. Mi padre y el suyo aplaudieron su resolucion, y cinco horas despues los estreché á todos, monté en un caballo árabe, y seguido del castellano y de Alí, crucé parte de la Siria, nos embarcamos luego y llegamos con toda felicidad hasta dar frente y vista á las costas de mi querida patria. ¡Pronto dió fin la grata impresion que recibimos! Serian como las cuatro de la tarde cuando nos vimos envueltos en una horrible tormenta que intentaba arrojar el mar sobre la tierra; el trueno sonaba de una manera espantosa; silbaba el huracan y el barco que nos conducia era juguete de unos montes de agua que le empujaban en diferentes direcciones. Poco á poco fuimos perdiendo toda la obra muerta del buque; las olas nos llevaron el timon, corrió la nave diez minutos, se oyó un choque violento y nos cubrió el agua por completo. La embarcacion se habia estrellado contra una roca y su tripulacion y pasajeros fuimos al fondo del mar. Poco despues, y haciendo esfuerzos casi sobrehumanos, conseguí respirar la atmósfera del mundo; miré en torno, pero nada me dejaba ver aquel continuo y corpulento oleaje que me elevaba, descendia y agitaba moviéndome furiosamente como á débil paja. ¡Qué poco somos; nada valemos, aun aquellos que nos creemos mas fuertes! Por fin hallé un intervalo, un instante de calma; volví á mirar, grité; solo un hombre se habia salvado conmigo hasta aquel instante; mi buen Alí, que al verme exclamó: «Sentí haber llegado á este sitio porque no te veia ni

escuchaba, y en el momento que iba á enterrarme contigo en este inmenso piélago, me llamas; Dios quiere que viva, Pedro; por lo visto se lo ha rogado Blanca y el Señor escuchó la voz de ese ángel.» Toda la noche continuamos luchando en tan proceloso mar, unas veces con esperanza de salvacion y otras maquinalmente y por instinto, pensando solo en la otra vida. Asomó la aurora, calmaron los aquilones y desapareció la tormenta; mas nos hallábamnos á cuatro ó cinco leguas de la costa, y tan débiles y fatigados que apenas podíamos sostenernos en el agua. Sobre aquella extensísima superficie no se veían mas objetos que nuestras dos cabezas, las cuales iban inclinadas ya por el peso de la muerte que las empujaba hácia la eternidad. Mi valiente Alí, ese negro más fuerte que las rocas de su patria y con un corazon de bronce, desfallecia por momentos, y yo, en idéntico estado que él, no podia prestarle auxilio; hice no obstante, un esfuerzo supremo y quise salvarlo; pero me inutilizó un brazo y los dos nos hundimos; hice otro mayor aún, y tornamos á ver la aurora; y de esfuerzo en esfuerzo continué sosteniéndome y sosteniéndole hasta que oí la voz de un marinero que me gritaba, miré, vi á veinte brazas una pequeña galizabra marroquí, y dirigiéndome á ella nos salvamos por milagro de Dios.

—¡Milagro por el cual todo se ha ganado!—dijo el rey con alegría.

—¡Todo lo encontré perdido!—añadió Lara.—Cuando arribé á Osuna lo primero que se presentó á mi vista fué el estandarte del pretendiente Cerda; en mi palacio estaba el escudo de los Castros y en la ciudad esparcidos los soldados y parciales de uno y otros. Nada respetaron de cuanto yo tenía, castigando cruelmente la grave falta de tenerme amistad, afecto ó consideracion. Me arrebataron parte de mis tesoros, estados y hacienda, destruyendo lo que no pudieron utilizar. Mi nombre fué insultado y sirvió de escarnio y befa, y tan malos fueron, que hicieron buena la maldad de los demás.

—¡Pronto os vengareis de ellos!—exclamó Sancho lleno de indignacion.—Mis soldados, tesoro y poder os prestarán ayuda contra estos tigres. Sí, amigo mio, de todo vais á disponer contra los Castros vuestros mas crueles enemigos; yo mismo sitiare á Osuna, si vos lo deseais.

El conde asomó á sus labios una melancólica sonrisa, y contestó:

—Gracias, señor; es tarde ya.

—¿Qué decís?

—Cerca de Osuna está el Saucejo, de donde soy tambien señor y dueño y entre aquellas ásperas breñas se alza mi castillo feudal rodeado de catorce mil leones que nadie venció.

—¿No penetraron los Castros en el Saucejo?

—Llegaron algunos de sus parciales; mas todos murieron.

—¿Sitiásteis con ellos á Osuna?

—No, señor.

—¿La sitiareis?

—Tampoco.

—Explicaos, conde.

—A las pocas horas de haber llegado, entré en la ciudad, mi negro mató al jefe de los Castros en lucha igual y los míos hirieron ó apresaron á todos los suyos.

—¡Hariais como de costumbre prodigios de valor, Pedro el Temerario!

—No desnudé la espada, gran señor.

—¡Cada vez os entiendo menos! Ó yo estoy equivocado ú Osuna se hallaba defendida por fuerzas numerosas y aguerridas.

—Eso dicen todos; mas es lo cierto que entré en ella por una puerta escusada, dí el nombre de V. A. y el mio, penetraron mis montañeses y unidos á los hijos de Osuna dieron principio y terminaron el combate en poco más de una hora.

—¡Luego Osuna no es ya de los Cerdas!

—No, señor, es de V. A.

—Quien tales milagros hace, merece mayor recompensa de la que yo puedo darle.

—Si por honores ó riquezas debiera yo pelear, no sacaria jamás el acero.

—Es verdad; mas yo quisiera premiar á un hombre que tanto vale.

—El premio fomenta el estímulo y yo lo tengo de sobra sin premio.

—¿Volvereis mañana?

—A la hora que V. A. me designe.

—¿Cómo quereis que os reciba?

—Delante de toda la córte.

El rey meditó, despues le dijo:

—Teneis razon; arrojemos el guante á nuestros enemigos.

Al medio dia me sentaré en el trono.

—A esa hora besaré vuestra mano.

—Estrechadla ahora.

—Gracias.

Lara oprimió entre las suyas las diestras de Sancho y de María, lanzó una profunda mirada al encubierto, se hicieron ambos una cortés reverencia y salió de allí acompañado luego del misterioso y leal africano.

—Quien tales milagros hace, merece mayor recompensa de la que yo puedo darle.

—Si por honores ó riquezas debiera yo pedir, no sabría jamás el secreto.

—Es verdad; mas yo quisiera premiar á un hombre que tanto vale.

—El premio fomenta el estímulo y yo lo tengo de sobra sin premio.

—¿Volvereis mañana?

—A la hora que V. A. me designe.

—¿Cómo podreis pues recibir?

—Delante de toda la corte.

El rey meditó, después le dijo:

—Ponedos traxos, arrojados el guante á vuestras enemigas.

Al medio día me sentaré en el trono.

—A esa hora posaré vuestra mano.

—¡Estrechadla ahora!

—Gracias.

Las opúrdió entre las suyas las diestras de Brando y de María, lanzó una profunda mirada al empuñante, se hizo con ruidos una cortés reverencia y salió de allí acompañado luego del misterioso y leal alcaide.

CAPÍTULO VI.

El incógnito y los reyes de Castilla y de Leon.—Continúan los misterios.—Lara y su mayordomo.—Escena muda.

Así que partió Pedro el Temerario, se fijaron en el incógnito el rey D. Sancho y su esposa, le cogieron una mano cada uno y con gran ternura le dijo la reina:

—Vais á exponer vuestra preciosa vida por nuestra causa y á la verdad me duele el sacrificio.

El encubierto sonrió con melancolía, besó la diestra de S. A. y contestó:

—Gracias, madrina, por vuestro interés; iré efectivamente á la guerra y cerca de vuestro esposo y de Pedro de Lara me batiré al frente de los zegríes.

—¿Os sirven de buen grado esos caballeros musulmanes?

—Con un entusiasmo que raya en delirio. Reuní toda la tribu y les pregunté quienes querian seguirme, y todos, sin excepcion alguna, se ofrecieron á acompañarme. «Contigo—me decian—venceremos siempre; á tu lado es segura la victoria y en pos de esa frente orlada por el genio iremos doquier. Manda, avasállanos y ten en cuenta que nos engrie tu sonrisa, nos complacen tus órdenes y nos agrada tu tira-

nía.» Y sus fieros y altaneros rostros se encendieron como en el momento de la lucha, me rodearon y como un solo hombre dijeron en coro: «¡Zegrí eres, manda!» Elegí quinientos y con ellos os ayudaré á vencer; son pocos; pero tan buenos, tan diestros, audaces y valerosos, que llegarán conmigo á donde Pedro el Temerario.

—Bien quisiera—exclamó el rey—prescindir de vuestro valor, en cuyo caso os daría por prision desde este momento la mejor cámara del alcázar, siendo mi esposa y yo vuestros carceleros; mas ¡ay! tanto ha avanzado la revolucion, que necesito de todos; y en verdad que si en vuestra frente brilla el genio de la gloria, de vos es de quien ménos puedo prescindir.

—Gracias, señor; haceis bien en no encerrarme, pues he de seguir á Pedro de Lara, he de rivalizar con él y nada hay que se oponga á mi deseo. Desde que he entrado en este país se abren á mi voz todas las puertas sin hallar nada que detenga mi atrevido paso.

—¿Que mágico poder os acompaña que hace tales milagros?—le preguntó la reina.

—Llevo, señora, conmigo un rio de oro, un caudal de valor y una maga... una mártir á quien el mundo juzga hechicera. Solo me falta la firma de D. Sancho IV que espero me pondrá en estos tres pergaminos.

Y el de la cruz roja le alargó al rey los escritos que acababa de citar, la reina aproximó un tintero y aquel lo rubricó sin tomarse la molestia de leerlos.

—¿Por qué no mirais lo que acabais de autorizar?

—Porque en vuestra mano nada puede existir que no sea aceptable por mí. Supongo que habitareis mi alcázar.

—No, señor.

—¿A dónde vais?

—No lo sé. Pienso hallarme en todas partes y en ninguna.

—¿No temeis?...

—Lo mismo que vos á quien llaman el Bravo, y lo mismo que Pedro el Temerario. El miedo es propiedad únicamente de vuestros cobardes enemigos. Siento mucho dejaros; pero la noche avanza y há tiempo que me esperan.

—¿Quereis que os acompañen?

—Si teneis algun caballero que sea capaz de defenderme mejor que yo lo hiciera...

—Es verdad. ¿Os veremos á menudo?

—Puede.

—¿Nada mas quereis de mí?

—No.

El incógnito estrechó afectuosamente las manos de sus reyes y salió de allí cubierto siempre con la celada de su casco. Cerca del real alcázar le esperaban su escudero, los quinientos zegríes, que ya conocemos, y la maga; montó á caballo y seguido de todos ellos, se perdió entre las oscuras, estrechas y tortuosas calles de Sevilla.

El temerario conde de Lara despues que hubo salido de la cámara se embozó en el manto blanco y seguido de Alí se dirigió á su opulento palacio. A excepcion de unos pocos, todos los habitantes de Sevilla ignoraban su regreso; es más, creían como la mayor parte de los castellanos, que habia muerto en Africa. Así es, que nadie interrumpió su paso con la ovacion de otras veces, ni con emboscadas tan comunes en aquella época y tan propias de los miserables que no se atrevian á herir frente á frente y en lucha igual.

No obstante ser ya más de media noche, cuantos caballeros, soldados, pajes, mayordomos y sirvientes tenía Lara le aguardaban en pié y con alguna ansiedad: al ruido que hicieron sus pisadas y las de Alí, harto conocidas de aquellos leales servidores, se abrieron las puertas del palacio y penetró el conde por entre dos hileras de criados, que con hachas encendidas cubrian las dos alas de la preciosa escalera de mármol.

—Que se retiren todos á descansar—gritó Pedro—á ex-

cepcion de los arqueros de servicio. Vos, Rodrigo, me acompañareis; no necesito de nadie mas.

El Temerario se dirigió á su alcoba; entre Alí y el anciano mayordomo le desnudaron, despidió al primero y obligando al otro á que se sentase le dijo desde el lecho donde ya descansaba:

—Sé, Rodrigo, que hasta mi tío D. Juan, en alas de una exagerada ambicion, ha faltado á su rey y señor.

—La mayor parte de los grandes—le contestó el anciano—abandonaron al monarca, creyendo todos que habiais muerto, y en venganza de la negativa de D. Sancho á sus desmedidas exigencias. Unos se pasaron al bando de los Cerdas y otros, formando coro con el traidor D. Juan y su ambicioso suegro D. Lope de Haro, conspiran dia y noche y en horrible trama anhelan sorprender al bravo señor á quien tanto deben. ¡Oh! cuando mañana sepan que vive el conde de Lara y que su poderoso brazo puede alcanzarlos, temblarán de miedo y de ira y serán algo más cautos, pero no ménos traidores; guardaos, señor, de sus asechanzas; el cobarde vela noche y dia con el puñal alzado esperando que se acerque la víctima para hundírsele en el corazon.

—Ya lo sé, Rodrigo; conozco á esos malvados y comprendo que para conseguir su intento no hallan jamás medio alguno que los ruborice por inicuo que sea. De tales hombres Dios me libraré, toda vez que para sus ardides é iniquidades no hay prevision posible. No merecen por otra parte que nos ocupemos tanto de ellos; hablemos de otra cosa, amigo mio. Vos, Rodrigo, me educasteis y vuestro elevado talento me enseñó á conocer en poco tiempo lo bueno y malo que encierra la córte. No os debo eso únicamente, vuestro cariño hácia mí me probó en diferentes ocasiones que amais al hijo tanto como al padre, y por este os habeis sacrificado varias veces; dadme otra prueba de ese noble afecto.

—Cien y mil y cuantas querais, hijo mio; ¿qué podria

yo negar al heredero de mi amigo y señor D. Manrique de Lara?

—Veámoslo. ¿Quién es un guerrero de brioso porte, mirada de fuego, audaz, que ostenta el régio escudo de la casa de Molina, que lleva la roja cruz de Santiago, que manda quinientos valerosos zegríes, y á quien sigue la terrible maga de las Alpujarras? ¿Quién es ese misterioso incógnito, cuya mirada me abrasó, el cual destruye á mis enemigos, los ahuyenta y aterra? ¿Quién el poderoso sér que abraza á la reina á presencia de su esposo, y este lo tolera, lo contempla, y áun creo que lo respeta? No hallé hombre en el mundo que me impusiera, que no le obligase á bajar la vista ante mí, hasta que ese encubierto se fijó en mi rostro, hizo palpitar mi corazón, recibiendo una impresion desconocida. ¿Quién es ese hombre, Rodrigo, que impuso á Pedro el Temerario?

—No lo sé, gran señor.

—¿No mentís, anciano?

—¡Señor!...

—Perdonad, amigo mio; ese caballero trastornó mi cabeza; y hay momentos en que me obliga á delirar. Retiraos y descansemos el resto de la noche, que harta fatiga llevo arrojada en los dias que acaban de trascurrir.

El viejo mayordomo salió de allí, y el conde de Lara alzó la mano derecha, exclamando:

—¿Quién me diría el nombre de ese doncel!

—Yo—le contestó Alí, que como de costumbre se hallaba acostado muy cerca de su amo.

—¿Quién es, noble africano? Habla pronto.

—El ángel, señor, el ángel bueno que te envía la maga.

—Duerme, Alí, y oculta tu secreto si así te lo mandaron. Tuve curiosidad, interés, por saber quién era ese incógnito; mas cuando todos callais su nombre, no debo yo obligaros á lo contrario de lo que os aconseja vuestro deber. En este instante concluyó mi curiosidad; no lo conozco, ni lo

pretendo, ni me importa su nombre, condicion y clase. Durmamos, Ali; la vida es un sueño donde se padece cuando están los ojos abiertos, y se descansa cuando se hallan cerrados: el purgatorio en el mundo, y el limbo en el lecho. Durmamos, negro, y que Dios se apiade de nosotros.

Pedro cerró los ojos efectivamente, inclinó un poco la cabeza y se quedó dormido. Aquella materia tan fuerte y varonil se halló inerte al adormecerse la vida; respiraba con tranquilidad; no veía ni escuchaba; su conciencia se mecía en la calma del justo; sus sentidos no existían en aquellos momentos; mas su corazón latía fuertemente, y sus labios parecían articular:— ¡Blanca, Blanca, por qué me dejastes solo en este valle de dolor!

En el mismo instante se abrió la puerta de la alcoba de Lara, entró Ali sin hacer ruido alguno, y observando el tranquilo sueño de su amo, hizo un signo con la mano derecha y seguidamente llegó hasta la cama el guerrero de la cruz roja. Este sér misterioso miró al dormido con afectuoso interés, besó la larga melena extendida sobre la almohada, miró con ternura el crucifijo que tenía sobre la cabecera, y salió de allí con los ojos húmedos. Al llegar á la contigua estancia, se volvió y le dijo á Ali:

—Retírate: de noche al pié de su lecho, de dia pegado á su armadura, y á todas horas dando por una gota de su sangre toda la tuya. Ali, toma mi mano, y continúa haciéndote digno de mi cariño.

El negro cogió la diestra que le alargó, y cayendo de rodillas á sus plantas, la besó repetidas veces.

El jefe zegrí desapareció, y el africano, de pié y con los brazos cruzados, lo devoró con su vista hasta que salió de allí: luego quedó escuchando el ruido de sus pisadas, y cuando ya nada percibía, tornó á echarse, atravesando con su cuerpo la puerta de la alcoba del conde.

Un silencio sepulcral siguió á tan corta escena. Poco despues todos dormían en el palacio, á excepcion de los arqueros

que paseaban sosegadamente sobre los muros, dando de vez en cuando el tan conocido «¡alerta!»

El de la cruz roja salió del palacio de Lara por una puerta excusada que abrió, y tornó á cerrar guardándose la llave. Luego miró la fachada principal del edificio, exhaló un suspiro y se incorporó con su escudero que le esperaba cerca de allí.

—¿Has hablado con ese miserable?—le preguntó.

—Sí—le contestó el escudero.

—¿Qué te prometes?

—Cuanto tú quieras.

—¿Le distes oro?

—Mucho.

—¿Habló?

—Sí.

—¿Qué dice?

—Que hoy se reunen los congregados.

—¿A qué hora?

—Despues de media noche.

—¿En dónde?

—En el palacio de su amo.

—¿Te dió llave?

—No.

—Torpe, ¿por qué economizas dinero? Quiero entrar y oír á los conspiradores.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No puede ser.

—¿Tienes miedo?

—Por tí.

—¡Cobarde! Márchate, que no te necesito.

—¿A dónde vas?

—A la guarida, casa ó palacio de esos traidores.

—¿Piensas?...

—No pienso nada, adios.

—Espera... ¡voto á!... Te acompaño; vamos á ese alcázar y... y los escucharás.

—¡Gracias al cielo que vas siendo hombre!

—¡Y tú!... Ves mas despacio y haz menos ruido, que estamos cerca.

Y los dos se perdieron entre aquel laverinto de casas, palacios y alcázares semi-árabes y semi-góticos de la antigua y poética Sevilla.

CAPÍTULO VII.

Incendio.—Lara y los cortesanos de Sancho IV.—Contraste.

Serian las nueve del siguiente día cuando Pedro el Temerario abandonó el lecho y cubriéndose con un modesto traje pasó al comedor, donde le sirvieron un frugal desayuno. Concluido este, llamó á Ali y le dijo:

—Lléname de oro los bolsillos, tráeme un manto sin insignia alguna y sígueme:

Algo más tarde embozados ambos hasta los ojos salieron del alcázar en dirección al muelle.

Lara tendió la vista sobre el río y fué reconociendo uno por uno todos los buques que se hallaban anclados; luego hizo que se le aproximase el negro y le dijo:

—Mira hacia la izquierda, junto á la orilla de enfrente; ¿distingues la galizabra que nos salvó la vida cerca de Tarifa?

—Sí, señor.

—Prepara uno de los botes del rey, que te acompañen dos marineros reales y haz que vengan inmediatamente el patron y los tripulantes de la galizabra; díles que traigan consigo cuantos documentos, dinero y objetos de interés ten-

gan en su barco. Haz uso de mi nombre, y cuando boguen hácia aquí los marroquíes, incendiais la galizabra, volviéndote inmediatamente.

El negro obedeció á su señor y apoyando sus palabras con el escudo de armas de la casa de Lara que llevaba sobre el pecho, subió al bote real encaminándose luego al sitio que le habian indicado, seguido de los dos mencionados marineros.

Entre tanto, se cruzó de brazos el conde, y fijo en la galizabra, quedó como fria estátua mirando las débiles tablas que Dios le mandó en su ayuda dias antes.

Un cuarto de hora despues se le presentaron el patron y marineros marroquíes y haciéndole una respetuosa cortesía esperaron á que les preguntase. Pedro se bajó el embozo é interrogó al patron:

—¿Me conoces?

—Dicen que eres el poderoso señor conde de Lara; pero no creo haberte mirado hasta ahora.

—Te equivocas, patron. ¿No recuerdas que un hombre te ofreciera no há mucho pegar fuego á tu barco?

—Sí, señor, un náufrago de fuerzas y valor sorprendentes.

—¿Diste crédito á tal amenaza?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ni mi buque ni yo le hicimos daño alguno.

—¿Sabías que era cástellano?

—Sí.

—Entonces debisté creerlo.

—Juzgué y supongo todavía que fué una broma irrealizable.

—Mal pensaste y piensas, patron. Vuelve la vista y mira aquellas llamas que brotán de las tablas de tu barco. La broma se convirtió en realidad.

El marino contempló efectivamente el fuego que consumia su galizabra, miró despues al Temerario, exclamando:

—¡Eres tú al que yo salvé la vida, el poderoso conde de Lara, la primer lanza de estos reinos, el hombre más valiente que existió! Por Alá que me alegro; los hijos del rugiente y proceloso mar, los que de dia y noche luchamos con el viento y el agua, admiramos á los hombres de tu temple de alma. Entre las cenizas de esos maderos que consume el fuego, queda ahogada mi única fortuna, mi porvenir; pero no importa con tal que te haya agradado á tí. Dinero tengo para volver á mi patria y nada mas necesito.

En este instante regresó Alí, el cual acercándose á Pedro le dijo:

—Amo mio, tus órdenes quedan cumplidas y tu nombre corre por el puerto llenando de alegría á unos y asustando á otros.

—Muy bien, africano, entrega ese oro al patron y partamos de aquí.

El afortunado marino contempló á sus piés el dinero suficiente para comprar diez barcos mejores que el suyo y con los ojos húmedos por el agradecimiento, exclamó:

—¡Gracias, cristiano! ¡Alá te hizo tan generoso como fuerte! Acepto el oro que me das y el resto de mi vida lo pasaré contando que te salve de morir, siendo esta la accion mas noble y honrosa que se puede referir en la tierra.

Lara se despidió de ellos, estrechó la callosa mano del patron y embozándose nuevamente en el manto, partió á su palacio con ánimo de dirigirse luego al real alcázar.

Sepamos ahora que es de D. Sancho IV y de su bella y entendida esposa.

Cuando la noche anterior salieron del alcázar Pedro el Temerario y el incógnito, los régios esposos trocaron algunas frases, retratándose en sus rostros la satisfaccion producida en ambos por la llegada de aquellos dos personajes. Despues dieron algunas órdenes y ambos buscaron el reposo. El resto de la noche lo pasó el rey entregado á un sueño tranquilo; á las ocho de la mañana despertó, hizo que en el

acto lo vistieran y se encaminó al despacho de doña María Alfonsa de Molina, donde halló á esta trabajando. Iba el monarca desconocido; su semblante no tenía ya aquella palidez enfermiza que antes lo sombreaba; sus fuerzas aumentaban por momentos y lejos de continuar la desgana y dolor de estómago que antes sufrió, se sentía con apetito. Su esposa lo miró con marcada alegría, preguntándole:

—¿Cómo te encuentras, Sancho?

—Muy bien, esposa mia. ¿Y tú, has dormido?

—Tres horas.

—Es muy poco.

—Basta, Sancho.

—Trabajas demasiado y puede resentirse tu naturaleza.

—Dios que vela por nosotros me dará fuerzas.

—Tienes más talento que belleza, y yo, á decir verdad, no he encontrado mujer que te iguale en hermosura.

—Eso prueba que no reparaste en la esposa de Lara.

—Blanca es efectivamente bellísima y reúne á la vez gran talento y un valor tan impropio de su sexo como digno de admiracion; mas si te he de ser franco, no la preferia á tí. ¿Cómo están los asuntos de mis reinos?

—Mal, esposo; el pretendiente ha recibido un refuerzo de diez mil hombres entre aragoneses, napolitanos y navarros.

—Con solo los montañeses de Lara sobran para los Cerdas y sus parciales. ¿Qué más?

—Continúan conspirando y engrosando sus filas tu hermano Juan, su suegro D. Lope y restantes descontentos.

—Para esos basto yo. ¿Qué mas?

—El pueblo murmura, se queja y le duele pagar tributos.

—El conde de Lara lo convencerá de que no tiene razon y callará.

—Hoy todo lo ves de color de rosa.

—Es que ayer éramos tú y yo solos y hoy tenemos al Temerario y al de la cruz roja.

—Por eso has sanado en tan poco tiempo.

- ¡Quién lo duda!
- Luego es lo que he dicho siempre, que tu enfermedad estaba en la cabeza, no en el estómago.
- Ahora comprendo me amenazaba una pasión de ánimo que de desarrollarse me hubiera hecho padecer mucho.
- Creo, Sancho, que te hubiera costado la vida.
- Si te parece invitaremos á los grandes para el mediodía.
- Ya están avisados.
- Entonces pasaremos recado de atención á nuestros verdaderos amigos para que concurren esta noche á un consejo secreto.
- Ya están citados.
- ¿Quieres mandar que nos sirvan el desayuno?
- Dispuesto se halla y solo esperan nuestra presencia.
- ¡Todo lo prevees, María! Con una esposa como tú se gobierna con pasmosa facilidad.
- Gracias, Sancho; vamos al comedor que estarás débil y hoy necesitas presentarte digno de la fortaleza que te conceden propios y extraños.
- No tendrás queja de mí; gracias al cielo no existe causa alguna que amortigüe mi brio ú ofusque mi razon.

Se cogieron del brazo y ambos almorzaron, hablando á la vez de la próxima reunion. Despues pasaron dos horas en la cámara de la reina y seguidamente se fueron á vestir con arreglo al acto que en breve iban á presenciar.

Cerca del mediodía comenzaron á llegar cortesanos, los cuales pasaban á la cámara anterior al salon de embajadores é iban formando grupos y comunicándose en voz baja sus ideas, pensamientos é intenciones. A la derecha se reunian todos aquellos grandes que, ménos ambiciosos ó más leales, permanecian fieles y sumisos á S. A.; y á la izquierda los que ansiando cada cual ser el favorito y el que dictase su voluntad al rey, murmuraban de este acusándole de inepto, y hasta fraguando planes y tramas inícuas contra la respetable persona á quien tanto debian. Estos hombres, que

eran los más en la cámara, formaban esa polilla ruin y miserable, que siempre descontenta y queriéndolo todo, por lo mismo que nada vale, jamás se ve satisfecha, siendo inútil otorgarle riquezas y honores, pues si bien esto los acalla por el pronto, desarrolla más su desmedida ambicion, llegando el caso de tener que ofrecer á cada uno un trono, si se intentaba dejarlos contentos.

Esta clase de seres heredan de sus padres una posicion y grandeza que nunca merecieron y tienen necesariamente que manchar el elevado puesto en que la suerte los colocó; creen que todavía está mas alto su asiento y procuran por todos los medios posibles alzarse más y más, sin comprender que debieran moverse sólo en la cenagosa charca de su torpeza, innobles acciones y perversa conducta.

Los amigos de Sancho IV, en los que estaba representada la hidalguía castellana, demostraban en esta ocasion tristeza y abatimiento, mientras que los de enfrente hablaban mucho, se encontraban contentos, ufanos y altaneros como nunca; en medio de ellos, como jefes y amigos, se hallaban el infante D. Juan y D. Lope de Haro. Unos y otros ignoraban el regreso de Lara, al que suponian muerto, y el alivio del monarca; antes por el contrario creian todos que la reina los llamaba ese dia para participarles que la enfermedad de su esposo se habia agravado y que era preciso nombrar una regencia, visto los prosélitos que iba teniendo la causa de los Cerdas. Los malos llevaban ya nombrados su regente, que era el infante D. Juan, y los buenos, que comprendian la intencion de aquellos, pensaban sostener en aquel puesto á doña María Alfonsa de Molina.

Tal era el tema de las conversaciones palaciegas, cuando se abrieron las grandes puertas del salon de embajadores y aparecieron sentados en el trono Sancho IV el Bravo y su esposa. Los cortesanos fueron entrando y besando las régias diestras por orden de categorías, segun costumbre, situándose luego los partidarios del monarca á la derecha, y á la

izquierda los descontentos; en los primeros reemplazó la alegría al pesar que sintieron anteriormente, y entre los segundos comenzó á correr la voz de «es preciso destronarlo»; y dando la mayor parte asentimiento á esta idea, miraron con desdenosa altanería á sus contrarios de enfrente.

SS. AA. se presentaron sin orgullo ni vanidad; pero ostentando esa aureola de magestad que tanto realza al que ciñe una corona y está satisfecho de sí mismo.

D. Sancho IV devolvió á sus descontentos cortesanos una mirada compasiva, que ellos no comprendieron por ignorar la causa que la motivaba.

Al primer murmullo y entrecortadas frases, siguió un silencio que nadie se atrevía á interrumpir; y no adivinando ahora ninguno el motivo por que era llamado, se fué poco á poco retratando en los semblantes de todos una ansiedad que crecía á la vez que se aumentaba la satisfacción de los reyes y la altanera gravedad de las damas, mayordomos, heraldos, pajes, y hasta de los guardias reales que rodeaban aquel sólio hecho para cubrir la venerable cabeza de San Fernando. Un momento despues gritó la robusta voz del capitán de guardias:

—El muy poderoso señor conde de Lara.

Al escuchar este nombre palidiecieron unos; otros no pudiendo contenerse exclamaron: «¡todo se ha ganado!» y no quedó uno que no dirigiera su vista llena de temor ó de esperanza hácia el sitio por donde se habia escuchado la voz.

Un momento despues aparecieron en las grandes puertas del salón de embajadores, dos heraldos, cuatros pajes, y entre dos escuderos, Pedro el Temerario, al cual seguian ochenta caballeros de los que estaban á su servicio y que formaban ahora su régia comitiva. En los pechos de uno y otros lucía el escudo de armas de la casa de Lara. Iban vestidos con traje de córte el conde y sus caballeros, y llevaban un lujo propio del espléndido, rico y poderoso señor, cuyo nombre honraban en aquel momento. Pedro vestia túnica de

terciopelo morado, manto de grana, birrete negro, botas encarnadas, espada con vaina de oro; y recamado su traje de ese precioso metal, apenas se veía la tela, por cubrirla la inmensidad de brillantes, esmeraldas, rubíes, amatistas y cuantas piedras de valor se conocían. Contra su costumbre, se presentó en la cámara con altanería, desden y hasta desprecio. De sus hermosos ojos negros salía un fuego irresistible; su tostada y ancha frente se elevaba como la de un César, y su esbelta y arrogante figura parecía hoy más gigantesca y magestuosa que nunca.

Al llegar á la puerta, miró á los cortesanos, saludó á sus reyes, y con mesura y dignidad se acercó á las gradas del trono y fué á inclinarse; mas el rey le alargó sus manos, exclamando:

—Conde amigo, venid á mis brazos, que es digno de un rey estrechar la hidalguía castellana, representada en vos.

—Gracias, señor—le contestó Lara;—nada hay más noble, más digno, ni más honroso que servir á un rey tan valiente, justo y bondadoso como V. A.

Sancho se sentó, y Pedro, despues de besar la mano de la reina, anduvo dos pasos atrás, y en el mismo instante se vió rodeado de los grandes adictos al soberano, los cuales se disputaban el estrechar su diestra y felicitarlo de ese modo que en tal sitio puede hacerse sin faltar á la etiqueta.

Los heraldos, escuderos y pajes del conde quedaron á la puerta, mientras que sus caballeros avanzaron hasta situarse al lado casi de los grandes descontentos, á los cuales lanzaban miradas provocadoras que aquellos demostraban no ver.

Cesó el nuevo murmullo que produjo la sorda ovacion hecha al Temerario, y tornó á reinar el silencio anterior, el que fué interrumpido por D. Sancho con las siguientes frases:

—Grandes, poderosos y ricos-homes de Castilla y Leon, siguiendo la costumbre de mis gloriosos antepasados, os he reunido aquí para tratar con vosotros los asuntos del Estado.

Calló el monarca, los descontentos inclinaron la frente,

los otros miraban á Lara, y este, sin demostrar ahora sensacion alguna, contemplaba al rey con cariño é interés. Don Sancho continuó :

—Todos sabeis que he sufrido, postrado en el lecho por espacio de dos meses, una enfermedad que los magos calificaron de mortal. Durante ese largo período dirigió la nave del Estado la reina mi esposa y señora; y á pesar de su innegable talento, desvelo, energía, celo é interés, no han marchado los asuntos de un modo que pudieran hoy llenarme de satisfaccion. La Providencia, que me colocó en este puesto, curó mis dolencias y me devolvió una vida que contemplé á la puerta de su ocaso; pero al recobrar la razon, al incorporarme sobre el lecho de muerte, al tornar á ver la luz del dia y los objetos que me eran tan caros, hirió mi corazon un alevoso puñal, el cuchillo de la revolución, de la anarquía, de la traicion; esa arma vil que solo maneja el cobarde, el asesino y el miserable que no tiene valor, honra, ni patria. Esperaron á que su rey estuviese agonizando para engrosar unos las filas del pretendiente, y otros para en horrible y encubierta trama fraguar planes, intentar crímenes y cometer delitos que debian horrorizar á todo buen caballero. Asesinatos, robos, usurpaciones, hé ahí el cuadro que se presentó á mi vista al volver á la vida. Por desgracia, señores, nada bueno me es dable participaros; lo malo que os acabo de indicar todos lo conoceis; creo que no habrá uno entre vosotros que no lo haya deplorado, y no siendo posible tolerar por mas tiempo la revolucion ni á los insensatos que la provocan, yo os ruego que en brazos de ese patriotismo y amor á vuestro rey de que blasonais, exponga uno á uno ó como os plazca mejor el medio más acertado, ménos sangriento y más seguro de concluir con la maldad que alza potente su cabeza en los estados que heredé de mis mayores. Hablad, señores, el rey os escucha y espera oir vuestra opinion, empuñando en una manó la vara de la justicia y con la otra la espada de la ley.

D. Sancho habló en esta ocasion con una energía y entereza dignas de su renombre de Bravo; su voz resonaba en los ámbitos del alcázar, como el sonido fuerte y acompasado de la campana. Sobre su anterior debilidad y postracion renacia mas fuerte que nunca su varonil acento y fortaleza de ánimo.

Los grandes se miraron unos á otros; pero ninguno osó desplegar los labios; tal era el efecto que en los más habia causado la entereza del rey.

El conde de Lara viendo que ninguno se atrevia á replicar, se echó el extremo derecho de su manto sobre el hombro, apoyó la mano izquierda en la empuñadura de su espada y quedándole espedita la diestra para la accion natural, con pausa, que fué avivando segun lo requeria su discurso, dijo:

—Gran señor, ya que todos callan, fuerza será que yo hable, si VV. AA. me lo permiten.

—Con mucho gusto, amigo mio—le contestaron los reyes. El conde continuó:

—A fuer de noble y de caballero; de amante de mis reyes y de mi patria; de celoso sosten de los derechos del reino; de seguro escudo de la justicia y de las leyes, siento en esta ocasion no poder hablar en nombre de todos como lo hice en otras no muy distantes y las que llegan á mi memoria con placer. Hablo, gran señor, en mi nombre solo; voy á emitir únicamente mi opinion, porque son tantos los traidores, tan pocos los buenos y tan escasos los leales, que es ya difícil distinguirlos.

Un murmullo confuso, prolongado y terrible siguió á las frases del Temerario. Acostumbrados la mayor parte de los que estaban allí á imponer su voluntad, á hablar solo ellos; y comprendiendo por otra parte que Lara les aludia, se estremecieron de ira y maldijeron la intempestiva llegada de aquel hombre á quien odiaban y temian á la vez; pero tuvieron la prudencia de disimular cuanto les fué posible su

sangriento enojo. El conde comprendió no obstante el efecto que causaron sus palabras y continuó:

—Señor; V. A. tiene razon; la perversidad se ha extendido por todo el reino, y lo mismo se alberga en la ruin cabaña que en el opulento alcázar del grande.

Otro murmullo siguió al primero; mas el conde dominándolo con su clara y robusta voz y sin que nada lo detuviera prosiguió:

—La ambicion, las bastardas pasiones y el egoísmo se han desarrollado de una manera pasmosa; y no me extraña, pues es la consecuencia natural y legitima de ocupar altas posiciones hombres que no debieran salir nunca de la última esfera social. Los que sirven á V. A. por lo que les pueda dar, los que vienen aquí á pedir, serán traidores al dia siguiente de aquel en que no se les otorgue nada. Cuando un monarca es justo, como lo es V. A., no hay necesidad de solicitar galardón, puesto que el rey se adelanta siempre á recompensar los merecimientos; ni jamás mendiga por otra parte el hombre de verdadero mérito, aquel que por amor á su patria y reyes se sacrifica dia y noche. Luego el que pide aquí no lo ha ganado, no lo merece y sin embargo de lo que ha recibido ya, debido á la excesiva bondad de su señor, se convierte en traidor porque no le dan más. Miseros pordioseros de honores y riquezas que en su avaricia y estúpida vanidad se juzgan temibles, porque ocupan una posicion que no ganaron, que no merecian, que se la deben los más el polvo que cogieron cuando arrastrándose por esas gradas mendigaban un título ó un poco de riqueza.

Calló nuevamente el conde fijándose en la multitud que tenía en frente. Acababa de hacer la historia de la mayor parte de aquellos hombres: á la ira y enojo que les produjeron las primeras frases del Temerario siguió la confusion, vergüenza y espanto en todos ellos. Moralmente los tenía ya vencidos y hasta humillados un solo hombre; pero este era el conde de Lara que valia infinitamente más que todos juntos,

El rey y la reina fijos en Pedro le oían y contemplaban con la admiracion que merecia este sér extraordinario; de vez en cuando daban asentimiento á sus palabras con marcados movimientos de cabeza, sonriendo otras maliciosamente viendo el estado en que el valeroso Lara dejaba á unos séres que poco há se creían incontrastables.

El Temerario bajando un poco la voz, añadió:

—A la edad de diez años empuñé la lanza y desde aquel momento hasta hoy que hace diez y ocho, he combatido dia y noche por mi patria y por mis reyes. En la línea que separa al sarraceno del cristiano; en los campos de Castilla y hasta muy adentro del dominio árabe, he vencido trescientas cincuenta y ocho veces á los enemigos de mi patria y religion; mis tesoros y sangre corrieron con una abundancia que elogié el mundo; mal elogiado, que la patria es mi madre, y sangre, vida y dinero le pertenecen; y si todo es suyo ya comprendereis que nada he podido darla. Por eso cuando llego á las gradas de ese trono, donde se sientan sus mas excelsos hijos, vengo á ofrecerles mi vida, sangre y tesoros; y como jamás solicité de mis reyes otra cosa que justicia para todos y proteccion para su mísero pueblo, no me lo han negado, en cuyo caso no he podido sublevarme, ni ser traidor, ni faltar á mis deberes; que solo mendiga el por-diosero y yo nací grande y grande quise ser en hechos y acciones; que solo pide el que no lo merece; que solo es traidor el villano.

Lara tornó á callar, pero sus palabras habian causado una impresion terrible entre todos sus enemigos; unos sudaban, otros temblaban de ira, algunos de miedo, y encendidos los rostros de la mayor parte se hallaban incómodos, desasosados, impacientes y como fuera de la atmósfera en que se movian y daban aliento á su existencia. Si otro que no fuese el Temerario se atreviera á hablarles de aquel modo, sin consideracion al acto y sitio donde estaban, le hubieran atravesado el corazon; pero el que de tal modo se expre-

saba les imponía con su valor, actitud, hechos y palabras.

Cuando el entendido conde comprendió el efecto que habían hecho sus frases, prosiguió:

—Tiene razón V. A.; no es posible tolerar por más tiempo la infamia y la maldad que se extiende desde el opulento palacio á la humilde cabaña: deben, gran señor, en mi juicio, perecer á manos del verdugo los chicos y los grandes que provocan la anarquía é intentan conducirnos á un caos tan fatal como su perversa índole. Participando de las mismas creencias que V. A.; conociendo la necesidad de poner un pronto remedio al mal que acrece, tengo la honra de proponer á la régia aprobación de V. A. el siguiente edicto que deberá pregonarse en todos los pueblos del reino. Dice así:

«Nos D. Sancho IV rey de Castilla y de Leon, á presencia de los grandes y ricos-homes de nuestros reinos, hemos venido en acordar y promulgar el siguiente edicto:—D. Alonso y D. Hernando la Cerda y cuantos parientes, amigos y parciales han promovido la rebelion iniciada por el primero, saldrán en el término de dos dias de todos nuestros estados.—Será entregado al verdugo una hora despues de ser cogido, el rebelde que, despreciando el plazo concedido, permanezca en nuestros dominios en actitud hostil. Será asimismo condenado á muerte el grande, noble ó pechero que contraviniedo á las leyes del Estado conspire, intente hacer armas contra Nos ó deje de prestarnos la sumision, obediencia y respeto á que tenemos derecho. Probado el delito ó cogido en el acto de cometer el desacato ó rebelion será entregado al ejecutor en el término de dos horas.—El conde de Lara, jefe de mis ejércitos y alferéz mayor del reino queda encargado del exacto cumplimiento de esta nuestra soberana voluntad.—Dado en Sevilla, etc.»

Pedro dobló una rodilla y alargó al rey el pergamino donde estaban trazadas por su mano las líneas que acababa de leer. D. Sancho dirigiéndose á los grandes, les preguntó:

—Ya lo habeis oido, señores, ¿qué os parece esta medida?

—¡Bien, bien!—exclamaron unos, callando otros, y demostrando varios temor y sobresalto.

—¡Nada teneis que oponer contra tal determinacion?— preguntó nuevamente el bravo monarca; mas todos callaron. Sancho añadió:

—Rigurosa es á fe mia; pero necesaria, indispensable. La acepto con placer: esta tarde quedará firmada y en el acto saldrán emisarios que dispondrán sea pregonada en mis reinos; es una terrible espada de un solo filo, con el cual se han de segar lo mismo las cabezas de los grandes que las de los chicos.

En este instante gritó otra vez el capitán de guardias:

—Un incógnito: le abonan el escudo de armas de la real casa de Molina, la orden de caballeros á que pertenece, su porte y la poderosa tribu zegrí.

—Dejadlo pasar—gritaron á la vez el rey y la reina, poniéndose de pié.

El de la roja cruz que ya conocemos, se presentó seguido de su escudero, llevando ambos perfectamente recatado el rostro con la celada. Era de notar, que en esta ocasion ostentaba el sirviente insignias de caballero, impropias del empleo que ejercia, de lo cual se infiere que su señor tenia sangre real, pues de este modo únicamente se podia justificar que un caballero sirviese á otro de escudero, dando por otra parte mucha fuerza á esta idea el régio escudo del incógnito.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que amo y sirviente llegaron al trono, besaron las manos de SS. AA., alzándose un poco la celada de modo que nadie los reconociera; despues se situaron ambos á derecha é izquierda del conde de Lara. A la vez penetraron ochenta zegrís, y haciendo una reverencia ante los monarcas, segun costumbre entre mahometanos, se confundieron con los caballeros de Pedro el Temerario. Ni este, ni ninguno de los cortesanos presentes sabian quién era el incógnito, fijándose en él por esta razon las

miradas de todos. En el fuego que solian llevar sus miradas, en la viveza de sus movimientos y hasta en su accion, demostraba ser jóven; y en su negligencia, aire y modales parecia persona de las más distinguidas; pero nada más pudieron comprender. El recibirlo SS. AA. en pié, la arrogancia y clase de su escudero, el ocupar la derecha del conde de Lara, primer grande del reino, la régia comitiva que llevaba, y el componer esta los caballeros mahometanos más orgullosos y valientes de Granada, eran circunstancias todas que confundian al mejor observador. El incógnito que usaba no era tanto de extrañar en aquella época; mas unido á lo que dejamos expuesto, formaban un conjunto tan extraño y misterioso, que no habia conjetura posible ni sagacidad profunda capaz de penetrar el arcano.

Lara y el reciénvenido se hicieron un ligero y cortés saludo, y seguidamente volvió á tomar la palabra el primero, contestando al soberano:

—Señor, tristísimo y sensible es tener que sembrar el suelo castellano con sangre de sus hijos; mas en mi concepto, la debilidad ó compasion en casos dados, como el presente, es una falta que suele traer consigo males sin cuento. En consecuencia, y puesto que así lo dispone V. A., será inexorable con los traidores, sea cual fuese su clase y condicion; el que delinea, morirá, y no habrá castillo ni palacio que lo libre de perecer; á sus soldados opondré los de V. A., y á sus muros y torres, mis leones del Saucejo, los cuales no hallaron jamás hombres á quienes no hicieron huir, ni muros suficiente altos para que no pudiesen asaltarlos.

Al llegar aquí hizo pausa el conde, miró á los grandes descontentos y les dijo:

—Aún es tiempo de corregir errores, de contener la anarquía, de que impere la paz en el reino, y de que unidos me ayudeis á conjurar la tempestad levantada sobre nuestras cabezas. Me olvido completamente de todo lo pasado; no recuerdo tener un solo enemigo, pues anhelo entrar en el por-

venir sin verme obligado á derramar sangre. S. A. se ha dignado poner en mi mano la espada de la ley; antes de cogér-la, os alargó mis brazos; venga á ellos el que quiera; rechácelos el partidario de la anarquía y del desórden. Hé aquí á vuestro hermano; ya no veo á Cain; si me ayudais, habrá muerto entre nosotros para no levantar nunca la cabeza.

Las nobles frases del conde promovieron un murmullo, que fué aumentando hasta concluir por una ovacion hecha al rey y al primero de sus caudillos. La mitad de los grandes descontentos, temiendo á Lara unos, y otros reconociendo el compromiso y error á que los condujeron el engaño, falacia y consejo de algunos perversos que se llamaban sus amigos, abandonaron á estos y se pasaron al partido de enfrente, empezando por estrechar al que acababa de hablarles de un modo tan generoso é hidalgo, que no pudieron resistir á sus palabras. El infante D. Juan, su suegro D. Lope de Haro y varios grandes más desaparecieron á la vez de allí, humillados por la derrota que habian sufrido y sin fuerzas para olvidar lo pasado y aceptar los brazos que el magnánimo conde les alargó. La accion de este los avergonzaba mucho más que el ver deshecho por entonces su partido, desbandadas sus huestes, rehecho y potente su enemigo. Se pusieron en completa dispersion; pero salian infinitamente más perversos que entraron, más soberbios y más dispuestos que nunca á emplear la maldad. En los nobles brazos que les alargó el Temerario creyeron ver los cordeles del verdugo, porque tales hombres preferian la muerte á seguir el recto camino que el conde les imponia: tan cierto era, que apenas pisaron los patios del alcázar, ya comenzaron á conspirar y á discurrir el medio de acabar lo más pronto posible con lo más grande, digno de respeto y hasta de veneracion que existia en el país.

Los pasados al bando de Lara habian sucumbido anteriormente á la coaccion que ejercieron en ellos los dispersos, por algo de ambicion y por una gran debilidad, hija de su po-

breza de espíritu y de la falta de una voluntad propia que su destino les negó. En torno ahora del valiente, popular y justiciero conde de Lara reconocían sus errores, estrechaban tiernamente á aquel, adulaban á SS. AA., y creían pasar de un horrible letargo á la realidad que les aseguraba la vida, el porvenir, la tranquilidad y hasta parte de la gloria que coronaba la hermosa y tostada frente del hijo del Saucejo.

Los reyes abandonaron el s6lio, y r6deados de los grandes y caballeros que permanecían en el salon de embajadores, trataron de estrechar la alianza que acababan de hacer con sus amigos, los descontentos pasados al bando de Lara.

Ahora eran los m6enos los promovedores de la rebelion, los conjurados, los traidores; pero habia entre ellos un infante y v6arios poderosos, los cuales bastaban para fomentar la anarquía, conmover el país, y con sus tesoros, vasallos y parciales asesinar al conde de Lara y á cuantos designara el perverso enojo que su soberbia les engendraba.

En este instante volvi6 á gritar el capitán de guardias:

—El príncipe Muza y los jefes de las poderosas tribus abencerrajes, aliatares, reduanes y adoradines.

Los cortesanos abrieron el círculo que formaban, penetrando en medio el hermano del rey de Granada y los cuatro jefes de las mencionadas tribus; quedando á las puertas del régio alcázar multitud de caballeros que formaban las escoltas del príncipe y de los musulmanes que le acompañaban. Los cinco saludaron á los reyes, exclamando el primero:

—Alteza, mi hermano y señor te ofrece sus respetos y me encarga que en union de tu sultana te demuestre el afecto que os profesa y su vehemente deseo de que cada día aumenten nuevos lazos la sagrada amistad que os une.

—Gracias, príncipe—le contest6 Sancho;—agradezco mucho las sinceras frases que acabas de dirigirme, y aún cuando tengo queja de algunos atropellos cometidos por los vasallos de tu poderoso hermano, creo que se han llevado á efecto

sin su conocimiento, por lo cual en nada ha disminuido la concordia y buena amistad que existe entre ambos. La reina mi señora y yo nos congratulamos de recibir embajada tan noble, y te ofrecemos nuestra casa, la que espero habites con los tuyos mientras permanezcas en Sevilla.

—En mejor ocasion—replicó Muza—expondrás tus quejas, y mi hermano, que anhela la justicia y tu amistad, segará las cabezas de los traidores que hayan causado tu enojo. No puedo aceptar tu opulenta morada, porque ya dí mi palabra de caballero de habitar otra, sintiendo tener que rehusar tan gran merced; mas puedes hacerme otra, si lo tienes á bien, y no te lo agradecerá ménos el nieto de Abusaid.

—Habla, príncipe, y serás complacido.

—Está á mi lado mi mejor amigo el conde de Lara; ¿nos permites darle una prueba de cariño?

—Cuántas quieras, que yo tambien lo estimo como tú.

El príncipe moro se volvió á Pedro y le dijo:

—Un dia te juré amistad eterna, y á la vez guardé la tuya en mi pecho: no haré armas, añadí, contra el conde de Lara, y antes moriria que faltar á mi juramento. ¿Qué has hecho del tuyo, Pedro?

—Repetirlo todos los dias, no por temor de faltar á él, sí por gozar recordando el lazo sagrado que me une al más noble, al más valiente de los hijos de Granada.

—Pruébalo, cristiano.

El príncipe abrió los brazos y recibió en ellos al conde; luego se retiró, dejando que los cuatro jefes de tribu lo estrechasen tambien, y seguidamente se dirigió al incógnito y le dijo:

—Tú, el de la roja cruz de Santiago, el caudillo que elogian los cristianos y al que admiran y cantan trovas los poetas de Granada; comprende que en nombre de mi hermano he venido á visitar á tu rey, y en el mio vengo á visitarte á tí. Mis poderosos ginetes tuyos son, y las tribus abencerrajes, aliatares, reduanes y adoradines tuyas son tambien. Incóg-

nito, diez mil caballeros aguardan oír tu voz para obedecerte; y que no se ofenda tu alteza, rey de Castilla, ni tu amistad, conde de Lara, pues este guerrero quiere, piensa é intenta lo mismo que vosotros; es tan bueno y os estima tanto, que sirviéndole á él se os sirve á vosotros; y si tan deferentes nos hallais, creed que en nuestro lugar obraríais de idéntico modo.

Lara y los cortesanos quedaron sorprendidos al ver el respeto y ofrecimiento del príncipe hácia el de la roja cruz; pero lejos de abrirles el impenetrable arcano, los confundia más, habiendo entre ellos quienes se atrevieran á suponer que el encubierto era un rey llegado allí de lejanas tierras, para defender los derechos de Sancho IV contra todos sus enemigos; y se fundaban en que, lejos de herir á los monarcas de Castilla las deferencias que el moro usaba con aquel, habian dado muestras de aprobacion y de agrado.

Poco despues despidió el monarca á sus cortesanos, y cogiéndose al brazo de Lara, saludó á los musulmanes, marchando á su cámara. La reina se apoyó en el del incógnito, y seguida de los moros, se dirigió á la suya. El primero comió con aquel, la segunda con estos; y mientras tenía lugar esta doble conferencia, corria por Sevilla la noticia de la llegada del Temerario, del restablecimiento de D. Sancho, y de la humillacion que aquel hizo sufrir en la córte á los enemigos de este. Al escuchar tales nuevas, acudió el pueblo entero á las puertas del alcázar, ansioso de ver y aplaudir otra vez á su ídolo el conde de Lara.

saludaron, exclamando el primero: — Si venis en paz, en vuestro palacio os hallais; desgracias o permaneced encubierto; que siempre honra y se estima la presencia de un caballero del porte y brío que vos demostrais. Decid cuanto tengais á bien, que ni me asustan las amenazas, ni me excitan los insultos, ni el conde de Lara trata mal al que le ofrece su amistad, sus amigos ó enemigos y traiza con él la embajada que quiere.

Ovacion. — Otro encubierto. — Nuevos misterios. — De Sevilla al monte. — La cueva. — Los bandidos. — Otra vez la maga, los zегríos, y el de la cruz roja.

Serian las cinco de la tarde, cuando el conde de Lara se despidió del rey dirigiéndose acto continuo á su morada. El pueblo obstruia el paso; pero al verlo le abrió calle, prorumpiendo en entusiastas aclamaciones, hijas del afecto é interés que les inspiraban el admirable valor; rectitud y nobles acciones de tan famoso caudillo. Lara contestaba á la merecida ovacion con atentos saludos y una sonrisa tan tierna como cariñosa. De este modo llegó á su palacio, entrando en él, interin varias músicas, dispuestas por los sevillanos, le saludaban con dulces melodías y con himnos guerreros. Rodrigo salió á recibir á su señor, diciéndole con la mayor reserva:

— Hace algun tiempo que os espera impaciente un hombre cubierto el rostro con la celada de su casco; no ha querido dar su nombre ni trae insignia alguna que lo dé á conocer.

— Que pase al salon principal y que espere breves instantes.

Y el Temerario cambiando de traje corrió en busca del

guerrero que con tanta impaciencia le esperaba. Ambos se saludaron, exclamando el primero:

—Si venís en paz, en vuestro palacio os hallais; descubrios ó permaneced encubierto; que siempre honra y se estima la presencia de un caballero del porte y brio que vos demostrais. Decid cuanto tengais á bien, que ni me asustan las amenazas, ni me engrien los aplausos, ni el conde de Lara trata mal al que favorece su morada, sea amigo ó enemigo y traiga con él la embajada que quiera.

—Permitidme, noble señor—le contestó el encubierto, con voz varónil—que guarde el incógnito, porque de este modo podré hablar con mas expansion, claridad y franqueza; y son tantas y tan graves las noticias que he de daros, que no os admirará cubra los labios que han de expresar lo que os llenará de espanto.

—¿Sois noble?

—Hace siglos que lo es mi apellido.

—Pues que nada os detenga: hablad.

—Me duele que oigais lo que os voy á decir.

—¿Por qué?

—Porque nada bueno escuchareis y os estremecerá lo malo que descubrirán mis palabras.

—Males háy que se pueden corregir, y el enseñar esos males es el bien que evita el daño. Presentadme al enfermo, que si el mago puede lo sanará.

—De ese modo pienso; mi opinion es esa y mi deseo el vuestro; que há poco me arrancasteis la venda y vi la luz; y al salir de las tinieblas recordé lo que dejaba atrás y vengo á enseñároslo.

—Con poco que alumbre vuestra luz todo lo veré; que yo jamás tuve tapados los ojos:

—Por eso he venido.

—¡Contabais entonces con mi vista!

—Y con vuestro valor.

—¡Y con mi poder!

—Y con vuestra energía.

—¡Y con mi nobleza!

—Y con todo lo grande que abarcais.

—Pues hablad, incógnito, que si la maldad es grande y poderosa, yo pulverizaré el brazo que la tenga asida y el apoyo y sosten de ese brazo.

—Voy á hablar.

—Decid.

—Digo, señor, que ayer formaba parte de los malos, atraído por ellos como el acero al iman; pero se interpuso el conde de Lara entre el iman y el acero y logré verme libre del fiero poder que me sujetaba. Esta tarde me puse á vuestro lado y juré en silencio no separarme de vos; pues la nobleza é hidalguía que brotaron de vuestros labios era la misma que mis mayores usaban y la que yo heredé con la sangre que ellos me prestaron. Si erré fué porque no nací infalible; mas salí bueno y aunque anduve descarriado vuelvo al sitio de donde he salido para encerrarme allí con vos mientras dure mi vida. Pruebas quiero daros, cada vez me voy acercando mas á la verdad y despues de lo dicho preciso será que mi rostro lo confirme.

—Si no os violentais á sitio os llevaré que solo yo os reconozca.

—Eso quiero ya.

—Cogeos á mi brazo.

—El izquierdo, que ese no me corresponde.

—El derecho que al honraros me honro; que sois mi huesped y estais en vuestra casa.

Ambos cogidos, segun queda expuesto, cruzaron varios salones, y despues de prohibir el conde que se aproximasen á él, abrió una puerta pequeña, la cerraron por dentro y los dos se sentaron, teniendo ya el incógnito alzada la celada y entre sus dos manos cogida la diestra de Lara.

No obstante la terminante orden del conde, de que ninguno se acercase, apenas acababan de entrar, cuando llegó

Alí, se tendió en el suelo y aplicó el oído en el pequeño espacio que había entre la puerta y el pavimento; luego sacó un lápiz, y sin dejar de escuchar, comenzó á trazar signos que interrumpía por cortos intervalos para fijar más su atención en lo que hablaban dentro. Así permaneció mas de una hora que el hiesped y el conde continuaron hablando:

Pasado este tiempo se abrió la misteriosa puerta saliendo acto continuo el incógnito, el cual habia tornado á cubrirse el rostro, y el conde de Lara, que presentaba ahora algo encendido y descompuesto su varonil semblante. Cuando llegó al estrado gritó:

—Honren todos mis vasallós y servidores á este caballero como á mi misma persona.

Se estrecharon las manos y por entre dos largas y compactas hileras de soldados y sirvientes cruzó el encubierto, hasta salir fuera del alcázar.

Cuando Lara lo hubó perdido de vista se volvió, hallándose frente á frente de Alí, que con los brazos cruzados y asomando á sus labios una terrible sonrisa, le dijo:

—Amo mio, pesaroso estás y me amarga verte de ese modo.

Pedro se acercó al negro y reconociendo su rostro con una mirada que intentó penetrar hasta el corazon del hijo del Desierto, exclamó:

—Alí, tú eres leal como el perro, fuerte como el mármol y valiente como el mejor de mis montañeses. ¿Es cierto, africano?

—Sí.

—Pues bien, me vas á seguir.

—¿A dónde, señor?

—Al infierno; el valiente no hace nunca esa pregunta, negro.

Este sonrió nuevamente de un modo extraño y le contestó:

—Si yo soy cobarde, tambien lo serán tus leones del Saucejo. ¿A dónde vamos, señor?

—Al bosque, al monte, á las entrañas de las rocas; al campo, á los pueblos, á las ciudades; entre bandidos y malvados; donde haya perversos que confundir, traidores á quienes matar y hombres que nos estorben el paso y tengan en poco su vida.

—Gracias, amo mio. ¿Vamos solos?

—Sí.

—Entonces no pasarán de cien nuestros enemigos.

—Africano, Pedro de Lara no cuenta nunca el número de sus contrarios.

—Ni yo tampoco cuando los tengo delante. ¿Qué armas llevamos?

—Mi baston-lanza, una daga y mi fraje será cota de malla interior y un jaique moruno. Tú puedes llevar lo mismo; pero pronto, Alí: voy á escribir breves instantes y quiero que inmediatamente partamos.

Un cuarto de hora despues entregaba el conde de Lara á uno de sus caballeros un pergamino lacrado, dándole la siguiente orden:

—Llevad, ese escrito á S. A.; no perdais tiempo y al regresar aumentad el número de centinelas y velad por mi casa dia y noche hasta que yo vuelva.

A la vez decia su negro á un zegrí:

—Toma este pergamino y sin perder un instante entrégaselo de mi parte á tu jefe el de la cruz roja.

Luego abrió una puerta secreta é hizo salir por ella al mahometano sin que fuese visto ni oido de nadie.

—¡Alí!—gritaba al mismo tiempo el impaciente Pedro llamando á su negro por tercera vez.

—Aquí estoy, señor—le contestó por fin el africano.—Toma tu cota, lo necesario para cubrirla y ese jaique con el baston y la daga. Cuando quieras podemos partir.

Lara se vistió solo, llamó luego á su mayordomo Rodrigo, le dió algunas órdenes y unido al atrevido negro, salieron por la misma puerta secreta que el zegrí.

Eran las ocho de la noche; la luna en toda su redondez extendía sobre la campiña sevillana su pálida luz, sombreando de amarillo el oscuro verdor de los árboles, las plantas y las flores. Reinaba un silencio interrumpido únicamente por el áspero chirrido del ave nocturna que corría de un punto á otro con incansable afán. La brisa húmeda con el aliento del caudaloso Betis y perfumada con el aroma de las flores, llegaba pegajosa y agradable. Tristes y solitarios los caminos, senderos y veredas que cruzaban los alrededores de la corte de Castilla parecía hallarse el reino en paz y en esa tranquilidad precursora del bien; pero el observador echaba de ménos el alegre canto pastoril; la ruidosa danza y la entusiasta voz del enamorado que en otros tiempos y á tales horas se dejaban sentir en la hermosa campiña que riega el Guadalquivir. Aquella calma, en consecuencia, no era hija de la paz sino del recogimiento promovido por el temor. La presencia de Lara en aquella comarca no era todavía otra cosa que una esperanza; los sevillanos suponían con fundamento que el gigante de Osuna concluiría por destruir la maldad; más creían con razón que tendría que preceder una terrible lucha. El nombre del Temerario asustó á los malvados, pero no evitaba aún que los caminos estuviesen infestados de ladrones y que el asesino alzase su puñal oculto entre las sombras de la noche.

El impresionable, enérgico y terrible conde de Lara abandonó su alcázar, saliendo por un portillo de la ciudad en direccion de la sierra que se alzaba entre Levante y Sur. Seguido de su africano lebré, cubiertos ambos con groseros jaiques y empuñando cada cual un largo baston de bronce, en cuya parte superior nacía la afilada moharra de una lanza; cruzaban á buen paso la perfumada campiña, sin hablar, ligeros como el viento y atrevidos como el huracan. De este modo llegaron una hora despues al monte.

—Camina detrás de mí, negro— exclamó por fin el Temerario—no hagas ruido y observa.

Y por un sendero estrecho y tortuoso que serpenteaba casi todo el monte, comenzaron á caminar mas despacio y con precaucion; pero nada veian, un silencio sepulcral reinaba do quier sin que indicase nada existiese en aquella parte de la sierra otros séres que los dos á quienes vamos siguiendo.

El conde se detuvo, subió luego á una altura que tenía á á la derecha, exclamando:

—Equivoqué la vereda, Alí, sigamos por ese otro sendero que se ve junto á aquellas matas.

Y guiados por el resplandor de la luna descendieron una empinada cuesta, bordearon una sima y sin temor alguno continuaron por otro sendero mas estrecho, sinuoso y de peor andar que el que dejaron anteriormente.

—Así siguiéron media hora que tardaron en dar vista á una cueva formada por las grietas del monte. Pedro se detuvo otra vez, observó y meditando breves instantes, le dijo á Alí:

—Negro, ¿ves esa cueva que tienes á quinientos pasos?

—Sí, señor.

—¿Distingues á lo lejos, en direccion del Norte un inmenso bosque?

—Sí, señor.

—Pues bien; aproxímate cuanto puedas á la cueva, te tienes sobre el suelo, y ocultándote lo que te sea posible, observas.

—Señor, en el bosque nada puedo distinguir y en esos montes no creo que habite nadie...

—Alí, á la media noche, si continúa favoreciéndonos la luna, verás salir de entre la espesura varios ginetes, cuyos caballos dejarán sujetos á los últimos árboles, despues treparán por encima de esas rocas como acabamos de hacer nosotros, silbarán, asomará una luz á la puerta de la cueva y luego penetrarán todos dentro de ella. Estudia bien el terreno, prepara tu sagacidad y escudriña cuanto quieras, y si talento y valor te ayudan, oye tambien, que es de mucha cuenta lo que puedes escuchar.

—Luego, ¿quieres que me introduzca entre las grietas de esas rocas?

—Si no tienes miedo...

—Estoy seguro, amo mio, que eso último me lo dices de bromá.

—Como tú quieras, Ali, pero ve, oye y atiende. Cerca de tí, á la espalda de esa cueva, al concluir el descenso, hay una cabaña donde se albergan pastores; allí estoy yo; si te vieses obligado á herir, lo que rehusarás cuanto sea dable, me llamas y correré en tu auxilio.

—Seré, pues, un escucha á prueba de oído.

—Sí, y un lince á prueba de vista, un perro á prueba de olfato y una serpiente á prueba de intención y de...

—Comprendo, amo mio.

—Pues corre, Ali, que avanza la noche.

Ambos se separaron, dirigiéndose cada cual al punto designado; mas el sagaz africano, en cuanto dejó de ver á su señor y perdió el ruido de sus pisadas, volvió atrás y saltando por el monte con mas ligereza que un corzo, trepó al punto mas elevado. Ya allí, sacó una mecha y la encendió, formando con ella varios círculos en el aire y en diferentes direcciones. Poco despues, y á gran distancia, vió la luz de otra mecha igual con la que trazaban también círculos como él lo hizo anteriormente.

El negro sonrió, exclamando para sí:

—Me vieron y me atienden; hablemos.

Y comenzó á describir signos arábigos con el fuego de la mecha; la otra le contestaba, al parecer, estableciéndose una especie de telégrafo, por medio del cual se comunicaba Ali con otra ú otras personas. Terminada esta operación se apagaron las dos mechas, guardó el africano la suya, descendió de la eminencia y corrió en dirección de la cueva; muy cerca ya de esta, observó nuevamente; despues se tendió en el suelo, y arrastrándose como una culebra, conteniendo la respiración, y sin hacer el menor ruido fué poco á poco des-

lizándose hasta penetrar en la cueva. Ya habia avanzado mas de ocho varas, pero nada escuchaba ni distinguia; siguió mas adelante y percibió una luz; se arrastró más y vió dos hombres que preparaban una abundante comida; continuó todavía y miró en una especie de esplanada que habia en las entrañas de las rocas, varias mantas, puñales, mazas, asientos formados con piedras, las llamas, los peroles y á los dos que hacian de cocineros, cuyo aspecto no estremeció á Alí, porque al tal discípulo del Temerario no podia atemorizarle nada; lejos de eso y sin dejar de arrastrarse como la serpiente llegó á dos varas de distancia de aquellos hombres recorriendo toda la guarida cuanto creyó necesario. Despues ascendió, y empuñando nuevamente el baston-lanza que dejó á la entrada, se metió dentro de una grieta situada á la boca de la cueva, y desde cuyo sitio veia el bosque, los alrededores de su escondite y el descenso de aquella; quedando allí tranquilamente, sin temor alguno y sin que nada pudiera escapársele de lo que ocurriera cerca ó lejos del terreno que dominaba.

Sigamos ahora al conde de Lara. Este hombre de mas entereza y resolucion que Alí; este poderoso de Castilla, que se educó entre las agrestes breñas del Saucejo; que á pesar de haber nacido rico, adulado y servido por leales y sumisos vasallos desdeñaba los goces de su opulenta clase; este sér, en fin, que despreció desde la adolescencia las comodidades y bienestar para cruzar montes, saltar precipicios, y en lucha continúa con los árabes más valientes y agueridos, ni temia á sus contrarios ni su fuerte musculatura se resentia al pisar de noche los sitios mas incómodos y peligrosos; que acostumbrado á dormir en el campo de batalla, sobre el duro suelo, al aire libre, cogido siempre á su formidable lanza, no se violentaba jamás por falta de comodidades, tranquilidad y sosiego; era un verdadero grande en poder, riqueza, fortaleza de espíritu, hidalguía, valor, sufrimiento y hasta abnegacion. Bien es verdad que al hombre

únicamente se le puede llamar grande cuando reúne todas estas cualidades.

Mis lectores me preguntarían de buen grado «¿y dónde hay un sér que reúna en sí todo eso?» ¿Y dónde están los hombres grandes? os pregunto yo á mi vez. Pues donde estén los unos con él existirán las cualidades de Pedro el Temerario, que aún cuando haya habido pocos no ha dejado de presentarse alguno que se le parezca al nuestro.

Pedro de Lara descendió pausadamente el declive ó pendiente, de que ya hemos hablado, hasta llegar al final de la cordillera, donde halló efectivamente una mísera cabaña escondida entre las pequeñas colinas que formaban la base ó ladera del monte. El conde la reconoció detenidamente, llamando luego á su puerta; pero nadie le contestó; tornó á golpear y á los pocos instantes oyó una voz que le decía:

—Ya voy, ya voy, ¡malditos! ¡voto al demonio que no os esperaba tan pronto! Estoy encendiendo la luz, esperad.

Cinco minutos despues se abrió la puerta y apareció un hombre como de cincuenta años, de mal aspecto y mirada oblicua y desconfiada. Iba cubierto con toscas pieles, pendía de su cintura una ancha y extensa daga y llevaba en la mano derecha una linterna, cuya luz fijó en el rostro del Temerario. Al verlo tiró de la daga, exclamando:

—¿Quién eres? ¿qué pretendes aquí y á estas horas? ¡Miserable!...

Y cayó sobre Lara intentando asesinarlo. Este alzó su baston-lanza, y dándole un golpe en la mano con que empuñaba el acero, le hizo verter sangre por ella, dejándosela inútil, hasta el punto de caérsele el puñal. Seguidamente le dió un nuevo golpe en el hombro que lo hizo retroceder tres pasos adentro de la cabaña, diciéndole á la vez:

—¡Atrás, cobarde asesino!

El dueño de aquella mísera vivienda, aturdido y confuso al contemplar la serenidad y valor de su huésped, y cruelmente dolorido por los golpes que acababa de recibir, dió

media vuelta sin saber qué hacer, qué le acontecía, ni qué iba á ser de él.

El conde penetró en pos del otro, le quitó la linterna, cerró la puerta y viendo una mesa rodeada de sillas de madera, dejó la luz sobre aquella y cogiendo una de estas tranquilamente se sentó, preguntándole al amo de la baña.

—¿Te llamas Juan?

—Sí—contestó el interrogado saliendo de su asombro.

—¿En qué te ocupas?

—Soy pastor.

—Tráeme al momento un jarro de leche.

—Lo haria, pero es el caso que tengo las ovejas lejos de aquí.

—Juan, si llegas á mentir otra vez, te arranco la lengua.

—¿Podria saber quién sois? Perdonad, mas vuestro traje no corresponde...

—Voy á satisfacer tu curiosidad. ¿Has oido hablar alguna vez del conde de Lara?

—¿Habrá alguno que ignore las hazañas de Pedro el Temerario?

—Pues soy uno de esos montaraces del Saucejo, que van á todas partes con el terrible conde.

—¡Buen discípulo tiene en vos, voto á Lucifer!

—Vota menos, miserable pastor, y contesta á mis preguntas, si tienes en algo tu vida. ¿Por qué no me sirves el jarro de leche?

—En mi rebaño, señor montañés, no hay cabras ni ovejas.

—¿Qué hay entonces?

—Unos cuantos carneros, con los cuales...

El Temerario le interrumpió diciéndole:

—Aparentas ser pastor, mientras que tu rebaño se compone de una horda de foragidos, de la cual eres su expía y protector, ¿no es eso?

—No tengo noticia...

—Juan, ¿ignoras que los amigos de Lara jamás faltamos á nuestra palabra?

—¿Por qué me decís eso?

—Porque veo ya fuera de tu boca esa lengua embustera y vil.

—Sea entonces como vos queráis.

—Quiero oír la verdad, y te cuesta la vida la primer mentira ó inexactitud que proferas.

Lara separó un poco la mesa, quedó enfrente del fingido pastor, sin estorbo de por medio, y empuñando su bastonanza en actitud amenazadora, añadió:

—¿Cuántos bandidos componen la partida á que perteneces?

—Cuarenta—contestó Juan, temblando ante la mirada y aspecto de Lara.

—¿A qué hora regresarán?

—A media noche.

—¿Habitarán en esa cueva próxima?

—Si no ha habido contratiempo ahí deben cenar y dormir.

—¿Te anunciarán su llegada?

—No.

—¿De dónde vienen?

—De Guadaira.

—¿A qué han ido?

—Lo ignoró.

—¿Pero lo supones?

—Doy por hecho que han robado esta noche.

—¿Llevan plan combinado?

—Sí.

—¿Contra quién?

—No lo sé.

—¿Tú vida!...

—Señor, ha tiempo que unidos á algunos nobles de Sevilla, fraguan sus planes y los llevan á cabo sin contar conmigo para nada. Ya se ve, tienen ahora grandes señores que les sirven de expías y necesitan bien poco de mí.

—¿Quiénes son esos nobles?

—He visto á varios, mas no los conozco.

—¿Cómo se llaman?

—Cuando viajan por estas tierras van de incógnito y con nombre supuesto.

—¿Cómo sabes entonces su calidad?

—Una noche... Como mi oficio es expiar...

—Comprendo; los escuchastes tambien á ellos... Dime cuanto oistes.

—No pude entender todo lo que dijeron; pero saqué en limpio, que varios nobles sevillanos, arruinados y sin medios de volver á su antigua opulencia, se unieron á ellos, y matan, roban y son peores que los de aquí.

—¿Y esos, ascienden á muchos?

—A quince nada más.

—Son bastantes.

—Creo que hay disidencia entre ellos, pues los nobles, á pretexto de las buenas ocasiones que proporcionan, quieren llevárselo casi todo, y á los otros les duele el arrancar mucho y traerse poco.

—¿Quién es vuestro capitán?

—Un aragonés llamado el *Buitre*.

El conde quedó meditando largo rato; despues alzó la cabeza y volvió á preguntar:

—¿Van los tuyos á Sevilla?

—Nunca.

—¿Cómo se entienden con los nobles?

—Viene uno de ellos aquí, se ponen de acuerdo y luego se reunen en un punto dado.

—¿Y dices que asesinan?

—Los de Sevilla no tienen compasion de nadie; los de aquí son menos sanguinarios.

En este instante se oyó un silbido lejano casi apagado por la distancia.

—¿Qué quiere decir eso?—interrogó Lara.

—Son ellos que anuncian su llegada á los de la cueva.

—Veo, Juan, que no has mentido. Coje ahora esa linterna y reconozcamos tu cabaña.

Esta se componia de la estancia donde se hallaban y de otra que servia de alcoba al pastor; la que solo se comunicaba con aquella por medio de una puerta hecha con trozos de madera á medio labrar. Tenia tambien un corral con un pequeño cobertizo, en el cual apacentaban seis flacos y hambrientos carneros.

Enterado de cuanto deseaba, encerró en el dormitorio á Juan, sujetó la puerta por fuera, cuanto era posible, y le dijo:

—Miserable expía de bandidos, si sales de tu encierro antes de amanecer te costará la vida.

Y haciendo la misma operacion con la puerta de la cabaña se dirigió pausadamente hácia la guarida de los malhechores, donde juzgaba se encontraria Ali.

Con calma, meditabundo y triste, comenzó á subir el Temerario la extensa y empinada cuesta que lo separaba de la terrible cueva. A los cien pasos se detuvo y observó; un silencio pavoroso reinaba en torno; al frente, á derecha é izquierda solo veia montes, elevadas rocas y sitios escabrosos, por los cuales era muy difícil trepar, y á la espalda el descenso de la cordillera y un extenso campo cuajado de olivos, y de entre los que sobresalia magestuosa la erguida palmera que formaba con sus tallos el quita-sol de su largo y delgado tronco. La luna continuaba extendiendo su opaca luz sobre una parte de la superficie de la tierra, sin que nube alguna se atreviera á empañar su escasa claridad. Lara contempló el cuadro, como abstraído por una idea, y cuando concluyó su observacion, apoyó el codo izquierdo en una gran peña que tenia al lado, la frente en la mano y quedó ensimismado. De este modo permaneció mucho tiempo, y aún hubiera continuado mas, á no haberle sacado de su letargo un ruido lejano, parecido al choque repetido de un cuerpo humano con las piedras del monte. Al escucharlo

alzó la cabeza con sobresalto y vió efectivamente un bulto que se asemejaba á la figura de un hombre, el que arrojado desde la altura rodó al profundo del abismo. Lara exclamó á media voz:

—¡Alí! ¡será mi pobre, mi valiente, mi leal Alí!... ¡Maldición!...

Y corrió desalentado, se aproximó al borde del precipicio, pero nada vió; ó no tenía fin aquella sima ó estaba tan distante que la mirada del hombre no llegaba al fondo. Con ira, terriblemente contraído su rostro y con angustioso dolor, se fijó en las paredes del abismo, pareciéndole distinguir manchas de sangre exténdidas sobre aquellos agudos picos. Loco, fuera de sí, abrasando su mirada, y hasta conmoviendo las piedras con su fuerte respiracion, comenzó á subir la pendiente que conducia á la guarida de los bandidos; á la vez gritó:

—¡Alí!... ¡Ay de los que hayan osado asesinate!

Y prosiguió trepando, sin que le contuviera estorbo alguno en su atrevida carrera. De pronto se detuvo, fijó su atencion, y apareciendo en sus labios una sonrisa placentera como la dicha, añadió:

—¡Tú eres, sí; ese graznido con que tan admirablemente imitas al ave, me dice que vives y que calle!... ¡Callo, sí; ¡Dios te perdone el tormento que me acabas de dar!... ¡Loco de mí! ¡Como si fuera posible asesinar á Alí, en tan poco tiempo y por esos bandidos! ¡Pues alguno ha rodado por el precipicio... sí, alguno; pero no siendo Alí, que rueda toda esa horda de asesinos!... ¡Oh! ¡ahora me dice que espere! Siéntome y aguardo, que cuando él lo manda, motivo tendrá para ello.

El aristocrático conde se recostó sobre una peña, quedando pendiente del graznido que oia de vez en cuando, el cual imitaba admirablemente al de algunas aves nocturnas.

De este modo permaneció mas de un cuarto de hora el afortunado esposo de la *Heroína Zegrí*. Al cabo de este tiempo

percibió un ruido cerca de sí, volvió la vista y miró á Alí, que al llegar le dijo:

—¿Creías, ámo mio, que me habian muerto esos bandidos?

—¡Buen rato me has dado, negro!

—Lo siento, mas permóname te diga, era una locura suponer que esos hombres acabasen conmigo sin oír tú mi voz y sin que yo me defendiera lo bastante para que llegases.

—¿Has muerto á alguno?

—No, señor; lo he arrojado á la sima.

—¿Qué te hizo ese desgraciado?

—Comenzaré antes por enterarte de lo ocurrido: me acerqué á la cueva; no, penetré en ella; ví la suntuosa estancia de esos señores, la comida que les preparaban sus cocineros, la sala de armas, y contemplé, en fin, cuanto nos hacia falta. La culebra se arrastró bien, lo que le ha proporcionado algunos rasguños en su negra piel; luego me escondí en una grieta y desde allí comencé á observar; algo mas tarde distinguí varios ginetes en el bosque; tus noticias, señor, son exactas: echaron pié á tierra, quedaron dos con los caballos y subieron treinta y seis. Casi rozando conmigo pasaron uno á uno, por lo que pude contarlos perfectamente. Lanzando votos, juramentos y mas ternos que se pueden formar con las estrellas, se reunieron en la opulenta estancia que les sirve de estrado, cocina y sala de armas; entre ellos hay jóvenes, entrados en edad y hasta un viejo que lanza denuestos por diez de sus compañeros; tienen un capitan bajo, grueso, de frente chica y de mirada traidora; y todos ellos presentan una piel casi tan blanca como lá mia, rostros salvajes y una intencion de bandido. La mayor parte es gente de fatiga, fuerza y que se batirá mal, pero con tenacidad. Unos usan mazas, otros picas, y algunos, aunque pocos, espada. Sus trajes son iguales á los nuestros, sin otra diferencia que la de estar mas mugrientos y pobres. Ya en su espléndida mansion, ordenó el capitan que

uno de ellos se situase de vigía cerca de la cueva. Suponiendo yo que ese hombre nos estorbaba, me fui tras de él, y cuando le vi separado lo suficiente, me eché encima, luchamos, él con dos manos y yo con una, pues la otra la ocupé en taponarle la boca para que no gritase; y resultando tener yo más fuerza, más habilidad ó más razon, lo mandé á descansar debajo del sitio que ocupan sus compañeros. Acto continuo me dirigí nuevamente á la cueva, pero escuché, gran señor, tu voz, y comprendiendo que tu inmerecido afecto hácia mí comprometia nuestra mision cerca de esas *honradas gentes*, te hablé en el idioma de las aves, me entendiste, torné á la cueva y escuché.

—¿Les oistes bien?—preguntó Lara con ansiedad.

—Demasiado; mas disponte, amo mio, á escuchar una noticia terrible.

—Habla, Alí, que supongo lo que es.

—Esos miserables, unidos á unos cuantos señores de Sevilla, peores que ellos, han sorprendido esta noche á tu tío D. Juan, que corria en busca tuya, y lo han robado, dejándolo cubierto de heridas atado á un árbol.

—Me lo anunciaron—exclamó Lara con sentimiento—pero era ya tarde para poderlo evitar. Continúa.

—Despues de hablar sobre el robo y el valor con que se defendió D. Juan de Lara y los pocos vasallos que le seguian, trataron de las muchas riquezas que arrebataron, deplorando y maldiciendo que los sevillanos se han llevado la mayor parte. Cansados ya de blasfemar se pusieron á comer treinta y seis, mientras uno salió, llevando consigo su cena y la de los dos que quedaron cuidando de los caballos. Pien-san dormir algunas horas, pues al ser de dia les esperan en el bosque los de Sevilla, para tratar de un nuevo asalto, si bien estos intentan imponerles condiciones tan duras, que de seguro no las aceptan.

Calló el africano, en tanto que Lara se entregó por quinta vez, en aquella noche, á profundas meditaciones.

—Esos hombres—exclamó al concluir de reflexionar—no merecen que por ellos se desnude una espada castellana. ¿Podrías, Alí, proporcionarme lumbre sin hacer ruido?

—Llevo conmigo lo necesario para encenderla. —¿Te sería fácil reunir en poco tiempo yerbas secas, ramaje y combustible, en fin, que prendiera al momento?

—¿Quién lo duda! —Explicame como está la entrada de esa cueva.

—Empieza muy ancha, luego hay una galería que va estrechando hasta el punto de que solo puede penetrar por allí un hombre, inclinado y con gran trabajo; sigue á continuación un declive que va descendiendo y formando recodos hasta que se llega á la esplanada donde están ellos.

—¿Qué mas huecos existen? —Ninguno.

—¿Podrá tener esa esplanada otra comunicacion que la que tú conoces?

—No, pues hasta el aire lo recibe por allí.

—¿En qué te fundas? —En que se respira con dificultad por escasear aquel.

—Entonces deben hallarse esos hombres á bastante profundidad del nivel que tiene la entrada de su guarida.

—Sí; lo menos habrá treinta varas.

—¿Estás seguro? —No lo dudes, señor.

—¿El vigía que tú has muerto será relevado para cenar?

—No, llevaba consigo el alimento que le destinaron; y debia pasar la noche en ese puesto, quedando al dia siguiente descansando en la cueva.

—¿Los del bosque permanecerán allí?

—Creo que duermen entre los caballos.

—¿Y el que les llevó la cena, se queda con ellos?

—No, debe regresar.

—Alí, es preciso reunas todo el combustible que puedas, y cuando estén dormidos los facinerosos, lo vas intro-

duciendo en la parte mas estrecha de la galería de esa cueva; hecho esto, le prendes fuego de modo que el humo asfixie á esos criminales, la muerte nos libre de ellos y podamos llevar á cabo mi intento. ¿Te atreverás?

—Sí, señor; pero, y tu tío lo vamos á dejar perecer?

—Alí, debe hallarse á cinco leguas y estamos solos.

—Se sacá gente de entre estas breñas y que corran en su auxilio.

—¿Quién sería capaz de hacer tal milagro?

—¡La maga, señor, la maga!

—Negro, ¿hablas con formalidad?

—Sí, amo mio.

—¿Dónde está esa mujer, y qué va á hacer ella para librarlo de morir?

—Esa hechicera há tiempo que me sigue á todas partes; es posible que se lo haya encargado doña Blanca, y ya sabes que la obedece en todo; pues bien, la llamo, llega, la pido gente de armas y estos se encargan de recoger y conducir á tu palacio á D. Juan.

—¿Alí, estás delirando?

—Señor, si no cumplo lo ofrecido me arrojo á ese abismo.

Lara cruzó los brazos, é inclinó la cabeza, exclamando:

—¡Te creo, amigo mio, que mi vida está rodeada de arcanos impenetrables! Desde que tuve uso de razon me he visto cercado de anacoretas, hechiceros, secretos y misterios. ¡Oh! ¡paso por hombre entendido y soy el más ignorante de todos! No importa; sigamos adelante. Alí, yo no he querido venir acompañado de gente de armas por evitar sospechas y asegurar el éxito de mi empresa; pero si tú pudieses disponer de algunos hombres, salvaríamos á mi tío, dejaríamos de asesinar á los bandoleros, y ya en nuestro poder reformaría mi plan con la esperanza de triunfar sin derramar mucha sangre humana.

—¿Cuánta gente necesitas, señor?

—Diez, veinte, treinta hombres. ¿Cuántos tienes?

- Doscientos.
- ¿Son buenos, leales, que pueda yo mandarlos?
- Zegriés, señor, zegriés.
- ¡La maga, los zegriés! positivamente está con ellos el de la cruz roja.
- Acaso; es su jefe, y nada tendrá de extraño.
- ¡Quién será ese hombre!...
- ¡El ángel, señor, el ángel que el cielo te envía!
- ¡Pues si es un ángel, por Dios, que esta noche va á tener que habérselas con diablos!
- No importa, será otro Gabriel con treinta y nueve demonios bajo sus plantas.
- Entonces, bastan con él y contigo: Allí, prended á los treinta y nueve bandidos, sujetadlos bien y llevadlos á esa cabaña donde os aguardo á todos. Si podeis, no obstante la incomprendible conducta de mi tío D. Juan, salvadlo y conducidlo á mi alcázar de Sevilla. Que el cielo te ayude, africano.
- Pronto nos volveremos á ver, señor.

Y ambos desaparecieron marchando en diferentes direcciones.

CAPÍTULO IX.

Asalto.—Prision.—Pruebas de lo ofrecido por Ali.—Bandidos nobles y bandidos pecheros.

Era mas de la media noche: Lara, segun hemos visto, se despidió de su negro, marchó á la cabaña, y abriéndola, desató á Juan y le dijo:

—Me has obedecido y te perdono la vida que debia arrancarte por malvado. ¿Qué te ha obligado á permanecer sujeto y tranquilo en ese rincon; el miedo ó el deseo de obedecerme?

—Lo ignoro, señor montañés—le contestó Juan—pero es lo cierto que me impuso vuestro acento y arrogancia, hasta despues que me quedé solo. No sé qué tiene vuestra voz que hace estremecer, ejerciendo un poder sobre mí que no tuvo hombre alguno. No pude dormir, por mas que lo intenté, ni salir del encierro en que me dejasteis.

—Veamos si es cierto; Juan, tengo sed, trae un jarro de agua al conde de Lara y pon ese baston-lanza en el rincon de tu derecha.

El expía facineroso miró con ojos espantados á Pedro, despues con admiracion, y descubriéndose con temor y respeto, le dijo:

—Sentia que me hubieseis vencido con tanta facilidad, pero ahora me alegro, porque á dicha debo tener el que os hayais dirigido á mí. ¡Perdonad, señor, al miserable que osó amenazaros, que pretendió herir al invencible caudillo del Saucejo! Malo he sido, que malos consejeros tuve y por mal camino me condujeron; pero á saber que erais vos el que llamaba á mi puerta, de otro modo os hubiera recibido; entonces, no hablara por temor, lo haria por respeto y voluntad; que hasta en las entrañas de los montes, en las cavernas de los bandidos, en los pechos de los criminales, laten con orgullo los corazones de hombres que oyeron relatar vuestras hazañas, y que vieron en vos un castellano que no hallaba rival en el mundo.

—Agua, Juan, que tengo sed, y deja ese baston apoyado ahí, que harto lo he llevado en la mano.

—Voy, señor, que á poder ser criado vuestro, os serviria de rodillas.

—Gracias; á Dios quisiera yo que sirvieras, Juan.

—Mala estrella encaminó mis pasos y mala suerte cobijó mi destino. Bebed, señor, es buena, áun cuando la mano que os la da no lo sea. Ya descansa el baston lejos del hombre que venciendo con mirada y acento, le estorban las armas, porque vencido está el que tiene la dicha de mirarlo.

—Fresca y delgada; mejor que la de Sevilla, Juan.

—En todas partes se halla algo bueno, señor; y preciso era el agua aquí para que nó fuese malo todo.

—Mejor discurre el expía que algunos señores de la córte.

—Tanto me obligó la suerte á discurrir para defender la vida que en mal hora me otorgó, que á fuerza de limar se rompió el bronce y apareció, aunque opaca, algo de luz.

—¿Por qué no eres bueno, Juan?

—Porque no me enseñaron á serlo.

—¿Nada te ha dicho tu conciencia?

—Jamás estuvo callada; pero no hay peor sordo...

—¿Por qué no la escuchaste?

—Me lo impidió el hambre.

—El vicio.

—Primero el hambre, señor; luego lo que vos queráis.

—¿Y ahora?

—No lo sé, acaso la costumbre.

—¿Quieres dejar esa vida de crímenes, cambiándola por la del hombre valiente, honrado, laborioso y leal?

—Sí, señor.

—Vé á habitar en los montes del Saucejo.

—Lo haré.

—Juan, yo te he perdonado la vida, y entre mis montañas no hay hambre, sed, ni disgustos; pero se ahorca por una falta grave.

—Cuándo me lo permitáis, partiré al Saucejo.

—Mi consejo de ancianos es inexorable, Juan.

—Con vos perdí la vida, señor; quiero ver si la gano en el Saucejo.

—Me incomoda esa daga, Juan; déjala al lado del bastón.

—¿Indefenso os quedáis, gran señor, y á merced de un bandido á quien há poco habeis herido?

—Sí.

—¿No teméis...?

—No.

—La accion es atrevida como pocas.

—Se iguala á todas las mias; por eso me llaman Temerario.

—Gran confianza os inspiro.

—Ninguna; fío en Dios y en mi brazo.

—Se os cierran los ojos.

—Tengo sueño; sella los labios y déjame dormir. La vida es el insomnio, la fatiga y el tormento; el sueño la tranquilidad, el sosiego y el descanso; durmamos, Juan, durmamos... Al concluir esta vida pobre y miserable; al salir de este valle de amargura, nós espera la eternidad dichosa y feliz para los justos. Dios es la suma bondad y misericordia; tengamos confianza en él y... ¡qué sueño tan dulce...!

Y apoyado el codo sobre la mesa y el rostro sobre la mano, se quedó profundamente dormido. El bandolero, aquel hombre que poco há intentó asesinarlo, el fiero expía que contaba cincuenta años de vida y treinta y cinco de crímenes, vió su sosiego y abandono, cruzó los brazos y exclamó para sí:

—¡Se há dormido! ¡Qué valor! ¡Qué confianza en Dios! ¿Será cierto que existe ese poder invisible que oculto é inmenso todo lo ve, lo penetra y lo comprende? Ese extenso cielo, adornado de brillantes estrellas, ¿sostendrá un trono desde el cual se rige el universo entero? Desde que ese hombre extraordinario me habló, pienso de un modo contrario á como lo hice antes. Nacido en el crimen, habitando entre rocas, bandidos y fieras, ¿cómo he de saber yo distinguir lo bueno de lo malo! ¡Y no obstante, las breves frases del conde me han iluminado! He visto una luz que jamás lució para mí. ¡Dios, el Padre comun de todos los séres!... ¡Es indudable que existé, que vela por sus hijos y que los protege y ampara! ¡No hay duda; en este momento está deteniendo mi brazo traidor; porque si yo matara á ese hombre que indefenso duerme tranquilo ahí, sus poderosos enemigos me darían por su cabeza cuanto les pidiera! ¡Sería rico, conseguiria el anhelo de toda mi vida!... ¡Rico, adulado!... ¡Maldicion!...

Juan se restregó los ojos, movió la cabeza, cruzó los brazos y continuó:

—Si lo mato, lograré además lo que no pudieron los más valientes; mi fama correria por el mundo y todos me temerán, pues nadie podria probarme que no fué en lucha igual. Y sus contrarios me darían talegas y más talegas de oro... de oro! ¡Maldicion!

Juan cogió el baston-lanza, miró la moharra, y sonrió al contémporar lo agudo y cortante de su extremo y filo. Lara soñaba en aquel instante; sus labios de coral articularon:

—Blanca, esposa mia, ¿dónde estás? ¡Ah, me dejaste abandonado á mis enemigos! ¡Tú, tan valiente, hábil é intré-

pidal!... Hiciste bien, que basto yo sólo para dar fin de todos... de todos!... ¡Dios, á quien tanto amo, me da fuerza y brio para combatir sólo contra veinte, cuarenta ó más; y su bondadosa mano detiene los rudos golpes de mis contrarios! Su divina gracia me inspira, me enseña el recto camino, y mi causa es siempre la suya, la de la justicia y la de la razon. Sigue, Blanca mía, sigue en Jerusalem, lejos de estos miserables, que yo los confundiré á todos, á todos. El ángel del bien va delante de mí... Ahora lo estoy viendo que abre sus alas de oro, me cubre con ellas y fija su mano de seda sobre mi frente. ¡Qué hermosos son los ángeles del Señor... del Señor!...

Pedro calló y Juan alzó el baston-lanza, se coloreó su tostado rostro, exclamando:

—¡Hay un Dios!... Sí, el mismo que detiene mi brazo, que me impide clavar esta aguda moharra! Yo queria matar á ese hombre y no puedo; está dormido y le tengo miedo!... Se rie de mí!... Se burla de mis amenazas! ¡Maldicion!... Se me cae la lanza de las manos! me faltan las fuerzas!... Rie sí, conde de Lara, indefenso y dormido me vences!... Y todo porque tú tienes Dios y yo no! ¡Pero si nadie me guió, si me empujaron al crimen y entre bandidos y fieras pasé toda mi vida! Mi padre, mis hermanos, mis amigos, ¿no eran ladrones? pues ¡qué habia de ser yo! Dios mio! Dios mio! perdona á este desgraciado que fué cruel porque no te conocia! ¡Yo pasaré mi vida entre los montañeses de Lara, que allí no existe maldad ni nada contrario á tí! ¡Conde! conde! me perdonasteis la vida y me acercasteis al bien! Así pagais al que os quiso asesinar. Gracias, señor; desde hoy en adelante veremos si hay entre vuestros montañeses otro que os ame más, que se halle tan dispuesto á pe-
recer por vos.

En este instante se oyó la precipitada carrera de muchos caballos que cruzaban el monte con tal ímpetu que conmovian las rocas por donde pisaban. Juan exclamó:

—Los bandidos! ¡ay de nosotros! pero ¡ay tambien de los primeros que intenten penetrar aqui!

Y alzando el baston-lanza quedó junto á la puerta de su cabaña, defendiendo la entrada. Despues añadió:

—Dormid vos, hombre extraordinario, que no os he de despertar hasta que cubierto de heridas y sin aliento os entregue esta lanza para que la manejeis mejor que yo.

La carrera de los corceles continuaba en diferentes direcciones; despues se fué alejando cada vez mas hasta que se perdió por completo; mas pronto volvió á escucharse de nuevo otra. Juan, fijo en el ruido que producian las fuertes pisadas de los caballos no se movia ni aun respiraba.

—Ahora se dirigen aquí,—exclamó por fin!—Oh! algo ocurre de extraño entre los habitantes de la cueva!

Y aplicó el oido queriendo percibir algo más que aquel ruido.

—No hablan—dijo—positivamente no son los bandidos. ¡Bien corren! ¡Ya se aproximan, maldicion! ¡Ah! ¡rodean mi cabaña, se detienen! ¡Estamos perdidos! ¡Qué veo! son fantasmas? Van cubiertos de blanco imitando á espectros envueltos en sudarios! ¡Si estaré yo tambien dormido! ¡Maldicion! si son moros! moros que habrán averiguado el paradero del Temerario y sabiendo que estaba solo vienen á asesinarlo vengando de este modo las mil derrotas que el caudillo castellano les hizo sufrir.

Y sin abandonar la entrada gritó:

—Señor! señor! el enemigo! Despertad por Dios, que os van á asesinar.

—¿Qué es eso Juan?—le preguntó Lara abriendo los ojos.

—Al lado de mi cama hay una espada, cogedla, señor, que nos sitian los moros.

—Juan, déjame dormir.

—Señor, que son zegríes; la tribu mas poderosa y valiente que tienen los granadinos!

—Si llaman, ábreles la puerta, que los manda un ángel.

— ¡Un ángel, sí! un demonio que acabará con los dos. ¡Maldicion! está medio dormido y no sabe lo que dice ni ha podido comprenderme! ¡No echan pié á tierra! ¡Cual mudas estátuas permanecen allí sin intentar atacarnos! ¡Cada vez me confundó más!... Por fuerza duermo yo también y estoy soñando como lo hacia poco há el conde de Lara. ¡Terrible noche! ¡milagro será que mañana á estas horas aliente! Me duele morir cuando empezaba á andar por el buen camino. ¡Cómo ha de ser! ¡nací desgraciado y llegó el caso de no haber perdon para tanto pecado cometido por mí!

Y Juan se resignó con su suerte; pero sujetó bien la puerta de su cabaña y aguardó pesaroso el ataque para defender la vida de Lara y la suya con el valor de la desesperacion.

Pasó un cuarto de hora, que le pareció un año al defensor del conde. Durante este tiempo solo interrumpieron el silencio de la noche los relinchos y piafar de los corceles; en cambio parecian mudos los ginetes que rodeaban la cabaña y los que debian hallarse esparcidos por el monte. Juan los observaba por los agujeros que tenía la puerta, pero solo veia la blanca franela de sus mantos, los turbantes y el brillo de sus cortantes aceros.

Poco despues percibió el ruido de muchas pisadas de hombres que se acercaban pausadamente; miró á Lara y notó que continuaba durmiendo y soñando. Un instante despues dieron un golpe acompañado de las siguientes frases:

— ¡Alí, señor.

Juan nada contestó; el conde permanecia dormido. Seguidamente se oyó un terrible mazazo, cayó la puerta y el negro se precipitó sobre Juan; pero á la vez gritó el conde que despertó al ruido y reconoció á su sirviente:

— ¡Alí; déjalo!

Ya era tiempo, pues el africano dió un salto igual al de la pantera, burló el bote de lanza que le tiró Juan, se abalanzó á su cuello y ya lo tenía medio ahogado.

—¿Negro, qué ocurre?—le preguntó el conde.

—Susto por susto, señor; ya estamos en paz.

—¿Qué quieres decir?

—Que creí te habian muerto y...

—¿Juan!—exclamó Pedro con interés—¿estás herido?

—No, señor; mas ese tigre se me abalanzó al cuello de un modo que me ahoga si vos no lo evitais.

Lara y el africano sonrieron al ver los movimientos de cabeza que hacia el dueño de la cabaña queriendo expeler el agudo dolor que sentia en la garganta. El conde preguntó luego al africano.

—¿Qué has hecho, negro?

—Señor conde, veinte zegríes conducirán en breve á tu tio al sitio que desees; y á la puerta de esta cabaña esperan los treinta y nueve bandidos aprisionados y algunos de ellos heridos.

—¿Se defendieron?

—Cinco nada mas.

—Cuéntame lo acontecido sin omitir nada.

—Llamé á la maga, señor, á la maga; esta á los zegríes; veinticinco corrieron en busca de D. Juan; con otros tantos á pié sorprendí á los del bosque; rodeé después la cueva; penetramos en ella, inutilizamos á los cinco que se atrevieron á hacer armas, los atamos á todos con sus propias cuerdas y aquí los tienes.

—¿Y el de la cruz roja?

—No lo he visto esta noche, señor. Habrá comprendido como tú, que para tales bandolores basto yo solo.

—¿Qué gente rodeó poco há esta cabaña?

—Veinte zegríes.

—¿Qué intentaban?

—Defenderte.

—¿Contra quién?

—Contra todos tus enemigos.

—Cuidadosos están de mí, africano.

—Así se lo ordenan.

—¿Quién?

—¡La maga, señor, la maga!

—Tráela á mi presencia.

—No vendrá, señor.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—¿Juan, cómo está tu garganta?

—Mejor, señor; mas ese tigre!...

—No le mires de ese modo, que vale mas que tú.

—Es negro, señor conde.

—Pero tiene muy noble el corazon, Juan, y tú...

—Comprendo.

—Hay, además, pocos castellanos que puedan luchar con él.

—Mucho debe valer, cuando vos lo elogiáis.

—Vale tanto, que no puedes comprenderlo tú, Juan. Allí, que entre el capitan de bandidos, soldadlo y dejadme solo con él.

Los dos salieron, penetrando poco despues el jefe de los salteadores. Le habian quitado efectivamente las cuerdas y llevaba manchada la ropa con la sangre que vertia aun por la herida que no há mucho le hizo un zegrí. Lara le mandó cerrar la puerta y cuando lo tuvo frente á frente y á tres pasos de distancia, le preguntó:

—¿Me conoces?

—No.

—Soy el conde de Lara.

—¡Pedro el Temerario!—exclamó el bandido palideciendo.

—Há tiempo que corre por Castilla la noticia de tus muchos crímenes y atentados. El mundo entero escucha tu nombre con horror, y has podido continuar robando y asesinando, porque yo no estaba en el reino. Perseguido, acosado por los vasallos del rey de Leon, entraste en Castilla y no tuviste miedo de fijar tu inicua planta en las cercanías de la córte.

¡Miserable, llegó el último instante de tu vida! Te sobran delitos para morir en un patíbulo; mas por si algo te faltaba tendiste una emboscada esta noche y sorprendiste á mi tío, hiriéndole y robándole, sin cuidarte del apellido que lleva.

Calló el conde, en tanto que el malhechor inclinó la frente sin hallar nada que contestar. El primero continuó:

—Mil vidas que tuvieras perderias mañana en un patíbulo afrentoso, á manos del verdugo, silbado por el pueblo y escarnecido por la multitud.

El rostro del foragido palideció más, movió la cabeza y con frases entrecortadas contestó por último:

—Todo lo que me pidierais daria porque no me matasen en público, y tened entendido, señor, que yo no herí á vuestro tío; fueron otros.

Esto era justamente lo que deseaba saber el conde; mejor dicho, sobre lo que queria entablar cuestion. Así es, que con indiferencia, pero con doble intencion, le dijo:

—Esos otros no pueden ser mas que tus facinerosos.

—No lo creais; son sevillanos, que pasan por caballeros y obran peor que nosotros. Los míos, han robado, es verdad, mas ellos roban y asesinan.

—Supongo, que será una calumnia de bandidos, por cuya razon pagareis vosotros los robos y los asesinatos.

—Moriremos, y no por eso dejará de ser cierto que quince nobles sevillanos, unidos á nosotros, han cometido crímenes por los cuales, y por quedarse con casi todo lo cogido, íbamos á rifar en la próxima mañana.

—¿En qué sitio?

—En ese cercano bosque.

—¿A qué hora?

—Al ser de día.

—¿Ellos vendrán por el camino de Sevilla?

—Ciertamente.

—¿Cómo se apellidan?

—Creo que usan nombres supuestos.

—Entonces, ¿cómo te atreves á decir que son nobles?

—Gastan escudos de armas, y son enemigos vuestros y del rey de Castilla.

—¿Conoces á alguno por su verdadero apellido?

—No, pero el jefe es pariente de D. Lope de Haro, señor de Vizcaya.

—Si algo mas me pudieras decir de ellos dejarias de morir en público.

—Solo sé que habiendo averiguado nuestro paradero, nos hicieron proposiciones admisibles para bandidos, siendo una de ellas la de que si caíamos en poder de los soldados del rey nos librarian de morir los poderosos individuos de una lógia á la cual pertenecian todos.

—Mañana os sentenciarán á muerte; con vosotros irán al patíbulo los quince individuos que te han acompañado esta noche; y si Dios me ayuda, no tardarán en seguiros todos los de la lógia.

—¿No hay medio alguno que me libre de morir?

—¿Sabes algo más de esos nobles?

—No, señor.

—¡Alí!—llamó Pedro.

El negro entró; su amo le dijo:

—Sujeta á ese hombre; condúcelo, en union de todos los suyos, al corral de la cabaña, y bien custodiados, que esperen allí. Cuando hayas concluido vuelve.

El capitan se dejó atar por Alí, inclinó la cabeza sobre el pecho y se resignó á sufrir su destino.

Algo mas tarde, volvió el negro y le dijo al conde:

—Señor, tus órdenes quedan cumplidas.

—¿No se escapará ninguno?

—No.

—Alí, en esta cabaña eres más poderoso que yo, pues no tengo á nadie mas que á tí, mientras que tú dispones de una maga, de los caballeros mas valientes que tiene Granada y de caballos que envidiaria el rey de Fez.

—Todo eso es cierto, amo mio; pero si yo dispongo de tanto y tú de mí, claro es que tú solo mandas en todos.

—Africano, tú que eres el caudillo esta noche, pón-te al frente de esos escuadrones, rodea con ellos el bosque próximo, dejando únicamente libre la entrada del camino de Sevilla. Al ser de día penetrarán por ella, en quince briosos caballos, otros tantos encubiertos ginetes. Entonces, cierras tu semi círculo y lo vas estrechando en tal disposicion, que muertos ó vivos, vengan aquí contigo los quince castellanos. Es una batida de lobos, animal astuto, pero cobarde. Procura que no te vean hasta cerrado el círculo y ataca luego sin miedo ni compasion; mas no te expongas mucho, Ali; que si murieses, cuentas me pediria el sér que más amo en el mundo; y con razon, que si los zegrías valen mucho vales tú más que los zegrías.

—Pero tú mucho mas que todos nosotros juntos; y doña Blanca, más que tú y que nosotros.

—Eso último es cierto, Ali.

—Y lo primero tambien, amo mio.

—El bosque está espeso, son gruesos los troncos y la enramada bastante baja: cada ginete puedé estar detrás de un árbol, y á una señal convenida...

—Comprendo, y se hará todo como quieres.

—Esos moros son los únicos para emboscadas.

—Creo lo mismo y voy á exigirles otra prueba.

—¿Te obedecen muchos?

—Trescientos.

—Por lo visto, se aumentó el número.

—Há poco llegó un refuerzo de cien.

—Poderoso te vas haciendo, negro.

—Yo lo creo: mi ejército se compone hoy de un príncipe, cuatro jefes de tribu, diez mil quinientos caballos mahometanos y una maga.

—¿No tienes además, un caballero de la cruz de Santiago y un escudero que llega hasta las gradas del trono de Castilla?

—A esos no los he mentado, amo mio, porque no puedo hablar de ellos, y porque aún no se ha aclarado quién obedece á quién.

—Tú no tienes mas amo que yo, africano.

—Por nadie en el mundo te cambiaria, señor.

—Alí, los lobos habrán salido ya de sus madrigueras.

—¿Me das tu permiso, señor?

—Sí.

—En el corral quedan con los bandidos cuarenta zegrías. ¿Te hacen falta más?

—No; llévate á Juan, que conoce bien el terreno, y si sus heridas se lo permiten, que se bata á tu lado; creo que de ese expía puede hacerse un hombre de bien.

—Pronto empezará á amanecer.

—Parte inmediatamente.

Algo despues, Juan y Alí seguidos de doscientos sesenta zegrías se emboscaban en el sitio designado por el conde de Lara. Enterado este de cuanto convenia á sus intentos y hallándose agradablemente sorprendido con el poderoso auxilio de los mahometanos, juzgó innecesaria su presencia en el sitio de la lucha, entornó la puerta de la cabaña, volvió á sentarse é hizo por dormirse nuevamente. Sin comprender la causa se hallaba esta noche abrumado por un sueño que no podia desterrar del todo.

CAPÍTULO X.

Sueño de Lara.—La hechicera, el hechizo y la verdad soñada.—Dudas, incredulidad.

Los cuarenta zegríes dejaron sus caballos en un extremo del corral de la cabaña, formaron un círculo, cogieron en medio á los bandidos y hablaban entre sí; mientras que los prisioneros, ligados fuertemente con las cuerdas de que ellos hicieron uso tantas veces contra sus infelices víctimas, sentados sobre el duro suelo, maldecían su suerte y votaban contra Juan, el que suponían los había vendido y entregado al conde de Lara. No há mucho murmuraban de los sevillanos y hasta intentaban amenazarles si en lo sucesivo no reparaban por igual el fruto de sus crímenes; y ahora fundaban en ellos y en los individuos de la lógia su única esperanza, recordando los ofrecimientos que en día ménos aciago les hicieron; que la esperanza no la pierde el reo ni aún en el instante de sentarse en el terrible banquillo. Tales ofertas contaban más de un mes, y era más fácil ofrecer que cumplir lo ofrecido, hallándose en Castilla el famoso conde de Lara, para el cual no existían malos caminos, barrera que detuviese su atrevida planta, ni cosa alguna que lo acobardara. En este instante volvían á unirse los párpados del Teme-

rario, y presa esta noche de su tenaz sueño, tornó á quedarse dormido. Poco despues se abrió lentamente la puerta y apareció la escuálida figura de la maga. Iba descalza como de costumbre; llevaba el pelo suelto, cubriendo sus carnes con una grosera túnica que empezaba en la garganta y concluía en los tobillos, sujeta á la cintura con un cordel. Su piel estaba curtida por el viento, el agua y el sol; y áun cuando sus facciones eran regulares, tenía su rostro una expresion que imponia al que la miraba. De sus negros y rasgados ojos parecia salir fuego, si bien tenía casi siempre los párpados entornados.

Entró, segun acabamos de decir, cerró la puerta y quedó frente al soñoliento con los brazos cruzados y la cabeza inclinada. Luego lo miró, exclamando:

—¡Hé aquí el terror de los sectarios del profeta, de los hijos de Alá! ¡Su brazo, más fuerte que el acero, todo lo puede, todo lo resiste, todo lo avasalla!... ¡Nació feliz, y su estrella no ha cambiado nunca!... ¡Yo tambien ví la luz del mundo sonriéndome la dicha que llega á los elegidos; pero acabé maldita!... ¡El mundo que ayer me adulaba, hoy huye de mí despavorido!... ¡Pedro, yo soy tu antítesis en la tierra; á tí te inspira, te defiende un querubé de Alá; á mí... á mí un poder oculto, misterioso, que me enseña á cada momento la verdad, pero que me hace rodar por el mundo como á piedra impelida por los huracanes!... ¡Qué poder es ese que te protege y abre el misterioso arcano del mundo?—me preguntaba el mago Isaac, el primer sábio de la tierra. Yo sé, yo conozco al ángel que defiende á Lara, que lo inspira; lo veo subir á las estrellas, bajar nuevamente y posar sobre sus hombros; es hermoso, celestial; pero el mio sale de las entrañas de la tierra, y es negro, horrible, y cuando mora en mí, me despedaza el corazón!... ¡Lara, soy tu antítesis, debia ser tu eterna enemiga, la rémora, que siempre en tu camino, te estorbaba seguir adelante; el ángel malo que contrabalanceara la proteccion de tu ángel bueno; mas ella

quiere que te proteja, y nada puedo negar á la huri á quien tanto debo, á la sultana cuya defensa me impuso mi destino! Gozosa cruzo en pos de Fátima los mares, los montes y los campos; pero cuando me acerco á tí sufro, me atormenta el deseo de confundirte, y lo haria si ella no me dijese á cada momento. «Defiéndelo, que su vida es la mia.» Fátima, yo no puedo, no quiero desobedecerte. Deseas que el Temerario sepa la verdad sin comprenderla, y lo vas á conseguir en este instante.

Y aquella misteriosa mujer fijó su diestra en la frente de Lara, é instantáneamente se fué encendiendo su rostro; despues oprimió un poco su costado izquierdo y comenzó á respirar con fuerza y una fatiga que iba acelerando por momentos. Lo dejó luego, sacó un frasco y lo vertió sobre la luz de la linterna, tomando esta á la vez un color rojo, cuyos reflejos parecian ensangrentar el interior de la cabaña. Concluido se cruzó de brazos nuevamente y quedó frente al Temerario con la cabeza inclinada y como ensimismada.

El conde habia pasado del sueño á una especie de letargo penoso é incómodo: poco á poco se fué incorporando hasta ponerse derecho, se pasó las manos por la frente, como queriendo quitarse un peso que le estorbaba, y exclamó:

—Oigo á mi adorada Blanca que cuestiona acaloradamente con mi padre, el suyo y con cuantos caballeros la rodean. ¡Qué dice?... ¡Ah! quiere seguirme!... ¡Luego aquella conformidad que demostró era fingida! ¡me engañaba!... ¡Angel de Dios! ¡abandona á sus padres, su tranquilidad y reposo, por seguirme á la guerra, y á mi lado velar por su amado Pedro! ¡Qué buena es, qué valiente y qué hermosa! ¡Solo Dios podia hacer un corazon tan tierno y á la vez tan fuerte y varonil! ¡Eres la más bella de las mujeres y el mas atrevido de los séres que conozco! ¡Oh, y con qué calor cuestiona! ¡Sus divinos labios vierten una lógica irresistible; ha convencido hasta á mi amigo Lázaro, y en revuelto turbion los arrolla y conduce á las costas de Siria!

¡Cuál corre en un caballo árabe, por los campos de Jerusalem! ¡Va delante de todos; ni jóvenes ni viejos pueden seguir su veloz carrera! ¡Apenas se detiene más que el tiempo indispensable para tomar el necesario alimento! ¡Ya llegan á Damasco, su pueblo natal; ahí besaron su pura frente por primera vez las auras del mundo! Sin pararse corre á la orilla del mar, fletan un buque y se dispone á partir; le sigue mi escudero Márcia, el buen Lázaro que la ama tanto como yo; este se despide de mis padres y salta á la lancha, mientras aquellos la estrechan y la ruegan que se quede; pero ella cogida á la mano de Mahomad y con una resolución heroica, les contesta:

—Debo seguir su suerte, arrostrar sus peligros y vencer ó morir á su lado.

—¡Tiene razon; una esposa como ella debe morir junto á su marido! ¡De este modo, unidas sus almas en la vida lo estarán en la muerte y enlazadas cruzarán el éter, llegarán á las gradas del trono del Señor, y su inmensa bondad les otorgará que continúen así por la eternidad!... Los ancianos, sufriendo el oleage que lame sus plantas, la saludan constantemente y cubre sus rostros un baño de lágrimas. El bote que la conduce surca el agua como el aire por el espacio; y ella mueve un pañuelo blanco, última despedida que hace á su padre y al mio, y al llanto de los caducos contesta con una sonrisa terrible, tiende su mirada de águila á Occidente, y oprimiendo la mano de mi buen Lázaro, le dice:

—¡Hácia allí camina, señor de Márcia; allí están sus enemigos esperándole!... Lázaro Rueda, dí á los de ese barco que si avanzan tanto como anhela mi deseo, les daré cuanto oro me pidan. ¡Quiero llegar antes que él; mucho antes, Márcia!

— Los dos suben al buque, este leva anclas y parte en direccion de Europa. De pronto se levanta un huracan terrible; las olas se alzan á la altura de los montes, y el barco de mi Fátima parece una paja impelida por la fuerza del universo



C. MUGICA dibujó.

Lit. de J. DONON, Madrid.

— Debo seguir su suerte, arrostrar sus peligros
y vencer ó morir á su lado.



entero. ¡Deteneos, huracanes, que el fondo del mar no es la morada de los querubes!... ¡Compadecedos de ese ángel que corre en busca de la mitad de su corazón!... ¡No silbeis de ese modo, que crujen las tablas de la débil embarcación; que va á entrar el agua por las hendiduras; que va á perecer mi esposa amada! ¡Detente, ola terrible! ¿Qué haces? ¿Dónde está el barco? Mar, olas, aquilones, ¿por qué me robais ese pedazo de mi alma? ¡Va á morir! ¡Dios mio, Dios mio, salvadla! ¡Su madre y la mia que tanto sufrieron en el mundo, ruegan al Eterno por ella al pié de su excelso trono!

El soñoliento ó hechizado conde de Lara se oprimió la frente con las manos empapando estas en el ardiente y abundante sudor que corría por aquella. Su rostro estaba encendido como la grana, contraído y ardoroso como el de un calenturiento. La maga lo miró con interés, exclamando:

—¡Cuánto la amas! ¡Todo por ella!

Y fijó la tosca piel de su diestra sobre la frente del Temerario. Desde aquel momento respiró este con mas tranquilidad, se apagó el ardor de su sangre y fué bajando el carmin de su epidermis; retiró su mano la hechicera y sonriendo él dulcemente, continuó:

—Cesó el huracan; y viento en popa cruzas ya el Mediterráneo con velocidad pasmosa. Pronto verás las costas de Andalucía. El cielo escuchó piadoso los ruegos de dos mártires, tu madre y la mia; y tu barco adelantó al mio en poco tiempo doscientas millas. Llega primero, que tan noble empeño merece recompensa. Pero, ¿á dónde vas? ¡Ah! te diriges á Motril. ¿Quieres entrar en Granada antes que en Sevilla? Comprendo. Ya estás en tierra; y sobre un brioso alazan corres á la capital de Mahomad II; el enjambre de moros que te mira, te abre paso, aplaude tu brio y gentileza, y ninguno se atreve á estorbar tu carrera. ¡Cómo haces sudar á mi buen Lázaro! es gran ginete, pero no hay quien te siga, *Heroína Zegrí*. Granada te abre sus puertas, te ad-

mira el califa; hablas con el príncipe Muza, con el noble Abenamar abencerraje, con Reduan, Aliatar, Adoradin, Gommel, Ganzul, y te rodeas de la poderosa tribu zegrí, de la que es tu padre jefe absoluto. Todos quieren seguirte; no hay caballero granadino que resista á ese acento tan puro, tan dulce, tan suave como el de los ángeles; tan lógico como el de la verdad, la razon y la justicia. Tu aliento y tu rostro les inspira amor, entusiasmo y sed de gloria. En pos de tí corren ya los mas valerosos musulmanes, sin reparar que eres cristiana; que tu corazon es mio y que tú, mientras vivas no puedes ser de otro que de Lara, pero has prendido en sus corazones el fuego del combate, el amor á la victoria é irán contigo adonde tú quieras conducirles. Son leones que tu poderoso genio trocó en ovejas de un rebaño que tú sola eres capaz de guiar. Llegas á Mollina; las puertas de tu opulento alcázar se abren, salen á recibirte mayordomos, doncellas, pajes y criados sin cuento. «Guerra y sangre les dices, no llorad, esclavos del profeta, ni ved en mí la hija de vuestro amo y señor Mahomad, soy el guerrero que corre en busca de la pelea. Una armadura al momento, un manto, un penacho negro y una cortante espada.» Pajes y doncellas la arman y con arrogancia sin igual, pisa, corre y se mueve. Mi buen Lázaro la mira con temor y sobresalto; se acuerda de mí y suspira. Un caballo pide la Heroína, su bravo é incansable alazan tostado; la cubren con un manto blanco igual al mio... ¡Qué miro! ¡qué cruz es esa!... ¡Será cierto! Blanca, esposa mia, ¿por qué no me abres tus brazos? ¿por qué callas, cuando tu voz da vida á mi existencia, enloquece mi mente y forma mi felicidad?... ¡Blanca á tres pasos de mí!...

—Basta, Pedro de Lara—exclamó la maga fijando una mano en su frente y apagando la luz—basta, despierta, y duda de la realidad, que así lo quiere la sultana.

Y la hechicera dió un grito espantoso, salió al monte y cruzó por él, impelida por la misteriosa fuerza que guiaba sus pasos.

El conde de Lara abrió los ojos, retiró de su frente los en-sortijados cabellos, y á ciegas, anduvo como un loco por la pequeña estancia: despues salió fuera de aquella, refrescó el ambiente de la madrugada su ardorosa cabeza, se detuvo y exclamó:

—¡Dios mio, Dios mio! ¡es un sueño ó una realidad lo que acabo de ver! ¡La maga, mi esposa, Lázaro, el de la cruz roja!... ¡Oh, no puede ser; terrible sueño se apoderó de mi mente, y un delirio torpe y pesado ofuscó mi razon! ¡No sé por qué, pero es lo cierto que el incógnito de la cruz roja me hace hasta soñar con él!... Mi pobre Alí se estará batiendo ahora con esos miserables, mientras yo, de delirio en delirio dejaba tranquilamente transcurrir la noche. Ya es tarde para ayudarte, pobre africano; hoy eres tú solo, mañana nos tocará á los dos.

Y el Temerario tornó á la cabaña, bebió agua y se sentó nuevamente, esperando de este modo el regreso de los zegríes.

CAPÍTULO XI.

Relato de la batalla.—Insultos hijos de la desesperacion.—Temeridad de Lara.—
Fin de catorce bandidos.

Poco á poco fué retirándose la noche, dejando paso á la bellisima aurora que riente y agradable, comenzó á iluminar las ondas del mar, el campo y los montes. Los pájaros alzaron sus picos, sacudieron las alas y esperaron. Las flores presentaban, unas las cristalinas gotas de un rocío que intentaba disputar su claridad al brillante, y otras su cáliz entreabierto con una languidez que debia desaparecer con el vigor que en breve iba á prestarles el monarca de los astros. Despues fué dorándose Oriente, y algo mas tarde asomó la magestuosa faz del sol. Los pájaros comenzaron á cantar, las rosas abrieron del todo su cáliz, el rocío, diáfano y brillante, rodó al suelo, prestando humillacion á unos rayos más lucientes que él; y la naturaleza, en fin, salió de su letargo, para recobrar la vida y fuerza que le presta el dia.

El conde de Lara seguia sentado sobre el duro sitio de madera, cuando oyó la carrera de varios caballos que se dirigian hácia la cabaña. Eran Alí, Juan y los moros que regresaban de la batalla.

Poco despues se presentó el negro, y mirando á su amo con semblante risueño, le dijo:

—Señor, queda terminada la cacería, y en tu poder los quince lobos.

—¿Te dieron mucho que hacer?

—No.

—Cuéntame lo ocurrido.

—Como mas conocedor del terreno y de la clase de fieras que queriamos apresar, enteré á Juan, el cual dirigió admirablemente el principio de la emboscada. Llegamos al paraje, y favoreciéndonos la espesura del bosque y la corpulencia del ramaje, nos situamos bien, despues de convenir en la señal y modo de formar un círculo de hierro, por el que no pudiera saltar ninguno. Juan y yo ocupábamos los respectivos extremos de la media luna, montados sobre dos de los mejores caballos que tenian los ladrones de la cueva; de este modo pasó poco más de un cuarto de hora; los potros parecian comprender nuestro intento y situacion, hasta el punto de permanecer todo ese tiempo detrás de los árboles sin moverse. Llegaron los sevillanos, y no sospechando nada, penetraron en la media luna, é instantáneamente se hallaron rodeados por mas de doscientos cincuenta zegríes que, espada en mano y con el ímpetu que distingue á los individuos de esa tribu, cayeron sobre ellos. Sorprendidos, confusos, acobardados y aturdidos, se entregaron á discrecion, demandando la vida de un modo tan débil como angustioso. Empezamos por desarmarlos, despues los sujeté con cuerdas que llevábamos al efecto, y á diez pasos de la cabaña quedan á tu disposicion. Creen casual la prision, y que solo se trata de un cautiverio, del que podrán librarse con oro. Suponiéndonos árabes á todos, decia uno de ellos á otro de sus compañeros cuando veníamos hácia aquí: «maldita casualidad nos ha hecho caer en manos de esos bárbaros; pero á bien que con el dinero de Lara tendremos sobrado para nuestro rescate.»

—Segun eso, no se ha llegado á verter sangre humana.

—No, ni aun á desnudar los aceros.

—¿Dices que están á la puerta de la cabaña?

—Sí; míralos.

Y ambos se dirigieron á una especie de esplanada que existia á la mitad del descenso del monte, donde continuaban los zegríes formando círculo, en cuyo centro tenian á los prisioneros. Estos se hallaban de pié, hablando entre sí; llevaban todos cota de malla, casco y bajada la celada.

El conde de Lara llegó, seguido de Ali, hasta hallarse á tres pasos de ellos, los miró fijamente, exclamando:

—¡Famosos campeones, por vida mia!... ¿No os avergüenza ostentar títulos de nobleza é insignias de caballeros? ¡Miserables bandidos, pensabais rescatar vuestro cautiverio con el oro de mi tío y no sabeis que toda vuestra sangre es poca para lavar la mancha con que habeis empañado el ilustre nombre de vuestros antepasados!

Despues se acercó á ellos, fué arrancándoles los cascos, y reconociéndolos uno por uno, dijo:

—Bien, Bernardo de Castro; peor suerte sufrirás en Sevilla que tu tío en Osuna. A tu lado está el sobrino del conde de Haro; siguen dos Mendozas, Anibal, Trajano y hasta quince caballeros que no valen tanto entre todos como mi verdugo del Saucejo. ¿Hallasteis, por ventura, en vuestros pergaminos, privilegio para asesinar y robar, llamándoos á la vez hidalgos? ¿Cómo no se os ocurrió á alguno, que bastaba acercarse de mal modo á un Lara, para que el leon alzase la garra y os confundiera á todos? ¡Os arruinaron vuestros vicios, y en vez de adquirir fortuna con la espada en la mano, frente á los enemigos de vuestra patria, os venís á la partida del *Buitre*, y peores mil veces que él os lanzais al crimen, sin miedo á vuestra honra, sin compasion á vuestras víctimas! ¡Caisteis en mi poder, y con la misma piedad que tratasteis á los desgraciados que condenó vuestro furor, os sentencio yo á muerte!

Los sevillanos comprendieron entonces que la celada en que acababan de caer fué dirigida por Lara y que solo la muerte les restaba en el mundo. La verdad de cuanto acontecia se les presentó tan negra, dura y amarga como era en sí. El conde, nombrado ya justicia mayor del reino, tenía presos á los malhechores de la cueva, los cuales era de suponer que habrian declarado ya lo suficiente para hacer justa la sentencia de Lara, y en trance tan cruel, empezaron por temblar de miedo, apoderándose poco á poco de la mayor parte, la mas horrible desesperacion. Haro levantó por fin la cabeza, y con toda la ira y enojo que acumuló en él lo crítico de su situacion, exclamó:

—Has necesitado del auxilio de trescientos moros para sorprendernos y podernos matar en una villana emboscada. Y no obstante la seguridad que te ofrecia la premeditada accion y los muchos bárbaros que tenías á tus órdenes, no te has atrevido á presentarte delante de nosotros hasta vernos sujetos de este modo. Mátanos, Pedro el *Temerario*, y si tu renombre se funda en la *temeridad* de los hechos, podrás decir con orgullo, que á falta de valor, eres tan *temible* como el verdugo de Sevilla.

El rostro de Lara se contrajo y su mirada despedia fuego; mas hizo un esfuerzo sobre sí, se contuvo y con calma, les preguntó:

—¿Bandoleros, peores que los de esa cueva, pensais vosotros lo mismo que vuestro digno compañero que acaba de hablar?

—Sí, sí—le contestaron todos—Castro añadió:

—Creo lo mismo que mi amigo Haro, y digo además, que si nosotros hemos formado parte de una compañía de bandidos, tú has sido siempre el capitan de una horda de bárbaros montañeses, tan rudos y tan salvajes como tú; hombres que, cual fieras, se lanzan á la pelea en alas de su instinto leonino; si bien te han servido de pantalla para hacerte tan temible como lo es el ejecutor de Sevilla. El lobo

solo es valiente entre la manada y contra el rebaño de ovejas. Ved ahí, amigos míos, por qué no se ha presentado á nosotros hasta ahora.

Al concluir de hablar Castro, lanzó el conde una terrible carcajada, cuyos ecos repitieron los cóncavos del monte. En aquella risa fatal habia una ira comprimida, que al estallar debia llevar necesariamente consigo la muerte. Los injustos, amargos y crueles insultos que acababan de hacerle no podia sufrirlos su valor; por eso dejó que se apagara la clara luz de su inteligencia, y en brazos de su inimitable temeridad, riendo siempre, les dijo:

—¿Con que soy bárbaro, cobarde, y mi celebridad es la del verdugo? Por María y la cruz, que no he de dejaros mentir; voy á ser con vosotros cobarde, bárbaro y verdugo; pero del único modo que puede serlo un caballero, sin rebajarse; hé aquí la prueba: seré cobarde, porque pudiendo con cincuenta de vosotros me voy á batir solo con los quince; seré bárbaro, porque os voy á herir sin compasion; y verdugo, porque acabaré con vosotros como él lo hace con los reos, y no os dejaré hasta que exhaleis el último suspiro. ¡Alí!—gritó con imperio—mi baston-lanza y una rodela zegrí; suelta á esos miserables y devuélvelos sus espadas y dagas.

El africano, que vertia sangre por su labio inferior de tanto oprimírsele con su fina dentadura al escuchar los insultos hechos á su amo, dudó, exclamando por último:

—¡Señor!...

—Negro—le dijo Lara—obedece ó huye de mi lado.

Alí bajo la cabeza, y arrojando por su boca espuma y sangre, le dió á su señor lo que habia pedido, desató á los presos y les entregó sus aceros.

El conde miró el círculo que formaban los zegries, y les dijo:

—Musulmanes, ensanchad el campo cuanto sea posible, y á fuer de caballeros, os ruego presenciéis el combate sin moveros de vuestro sitio. ¿Lo hareis?

—Si—le contestaron todos.

Y se fueron retirando cuanto les permitia la desigualdad del terreno; mas quedaron formando un círculo tan compacto que era imposible pudiera salir de él ninguno de los combatientes, á no permitírsele los ginetes.

En tal estado, miró atrás el Temerario, y viendo á Juan y á Alí que estaban armados cerca de él, añadió:

—Salíos de aquí, y si deseais ver el combate, hacedlo desde una de esas alturas.

Los dos inclinaron la cabeza y obedecieron.

En cuanto á los bandidos, sueltos ya y provistos de sus espadas, á pesar de ser quince contra uno, todavía temian la mayor parte, demostrando el pavor que cobijaba sus corazones en la palidez de sus semblantes y en la debilidad con que levantaban el acero. Todos miraron á su poderoso enemigo; y viendo la muerte en el fuego que despedian sus ojos, en lo contraido de su semblante y en la aguda moharra de su baston, decidieron interiormente defenderse hasta perecer; que al fin era preferible aquella muerte, caso de sucumbir, á la que les aguardaba de otro modo en la plaza pública.

El temerario conde, tendió sobre ellos, los zegríes y el terreno, su mirada de águila; vió á los primeros arremolinados y temerosos; pero dispuestos á la defensa, y exclamó:

—Asesinos sentenciados á muerte, hé aquí al bárbaro, al cobarde, al verdugo que os va á decapitar.

Y cayó sobre ellos iracundo, pero sereno, hábil, valiente y osado hasta la temeridad. Quince afiladas puntas de acero lo recibieron, chocando la mayor parte de ellas con su rodela árabe, en tanto que él, de dos botes de lanza, dirigidos con una rapidez asombrosa, atravesó las mallas y los corazones de Haro y de Bernardo de Castro, que estaban delante, y que eran, al parecer, los mas atrevidos de los quince. Los trece restantes compañeros retrocedieron asombrados, contemplaron los restos inanimados de los dos ca-

dáveres, y confusos y aturcidos se miraron sin atreverse á avanzar.

Lara, frente á ellos, con su innata arrogancia, estatura colosal, musculatura de bronce y fuerza de leon, quedó parado, lanzó otra terrible carcajada, que acabó de helar la sangre de sus enemigos, y con voz tan imponente como su gigantesca figura, exclamó:

—Intrépidos donceles, ¿teneis miedo de este bárbaro y cobarde montaraz?

Ninguno se atrevió á contestarle. El conde prosiguió:

—¿No sois todavía trece contra uno solo? ¿No decís que ese es cobarde? Valerosos zegrís—añadió dirigiéndose á los moros—si esos miserables consiguen nacerme besar la tierra, abridles paso y que marchen donde quieran; pero si vuelven á retroceder, si dudan, si veis que temen á un hombre solo, acuchilladlos en el acto.

Un aplauso fué la contestacion de los musulmanes; estos conocian demasiado lo que valia en la mano de Lara aquel invencible baston-lanza ante el cual habian huido ellos, que pasaban por los caballeros mas briosos, valientes y aguerridos de Europa, y no dudaban un momento del éxito del combate.

A la ovacion mahometana siguió un silencio precursor de la muerte. Los bandidos hablaron entre sí y convencidos de que si no mataban á Lara moririan todos, se dispusieron nuevamente á la pelea. En consecuencia combinaron un plan y con la esperanza de salvarse si conseguian derribar al poderoso atleta esperaron; pero sin atreverse á avanzar.

Pedro los miró con fria tranquilidad, se sonrió al notar la media luna que formaban, con ánimo sin duda de cerrarla y cogerlo en medio para herirlo por la espalda, de no poder por delante ó los costados, y les dijo:

—Muy bien, intrépidos compañeros del *Buitre*; para apoyar en lo posible vuestro plan me dirijo al centro; de este modo os será fácil cerrar el semi-círculo que habeis forma-

do; pero antes encomendad á Dios vuestros pobres espíritus. ¡Por María y la cruz!

Gritó, cayendo á la vez sobre los trece en la forma que les habia ofrecido. Estos lo rodearon; lanzaron un voto terrible y le acometieron con más desesperacion que inteligencia.

Los zegríes, cual mudas fantasmas, se inclinaron adelante devorando con ansiedad los movimientos y golpes del Temerario. Allí, de pié sobre una colina próxima, apretaba los puños y continuaba ensangrentándose los labios; mientras Juan, pegado ahora á aquel, maldecia por quince y le hacia cargos al africano porque no dispuso en el bosque la muerte de los quince bandoleros.

El famoso conde empuñando con la mano izquierda la rodela y con la otra su fiero baston, penetró en medio de sus enemigos dándoles tiempo para que cerrasen el círculo y lo acometiesen por los cuatro costados. A la vez soltó otra carcajada tan terrible como la anterior y comenzó á tirar botes de lanza al frente, á los costados, á la espalda, manejando su rodela y baston de un modo admirable. Sus golpes, ciertos, ligeros y hábiles iban describiendo el círculo formado por los bandidos; la moharra de su lanza no dejaba de herir corazones, mientras que solo su escudo habia recibido los tajos y estocadas contrarios. Mató seis, deshizo el círculo y fué tocando en el rostro con el baston á unos, escupiendo á otros y estimulándolos en fin á la pelea. Por último, arrojó su escudo á la frente del sétimo, lo derribó y sin mas ataque ni defensa que su lanza les acometió nuevamente.

Tres minutos despues estaban en tierra catorce; quedó uno solo con vida, el cual retirado desde el principio de la lucha á un lado, no tomó parte en ella ni hizo otra cosa que presenciarla como simple espectador. Cuando Lara fué á dirigirse á él, cayó á sus piés de rodillas, exclamando:

—Perdon, señor conde; tengo hijos y la necesidad me

obligó á ser malo; pero jamás hice armas contra vos ni las haria en lo sucesivo.

Pedro miró detenidamente al que de tal modo le hablaba, preguntándole luego:

—¿Sois noble?

—Sí, señor.

—¿De quién aprendisteis entonces á implorar la vida teniendo en la mano una espada? ¿Os parece que he sido poco generoso con vosotros?

—Nuestras cabezas, señor, pertenecian al verdugo, y lejos de dárselas, nos dejasteis en libertad de mataros y de huir; la accion no tiene igual en el mundo; por esa razon os ruego que no me mateis.

—Si preferís que lo haga el ejecutor, sea así.

—Anhelo vivir, que soy padre y mis hijos no tienen mas amparo que mi proteccion; mas de perecer, prefiero el verdugo á un hombre tan valiente, tan noble, tan hábil, tan caballero.

—¿No soy ya cobarde, bárbaro ni verdugo?

—Yo no lo dije, señor, ni pude confirmarlo; notad que no me moví de este sitio, ni mi espada se alzó contra vos.

—¡Fuisteis más débil, más cobarde que vuestros compañeros!

—He sido, soy y seré más desgraciado; la muerte es mil veces preferible á la vergüenza que he sufrido robando, que siento ahora.

—¿Quién sois?

—Borja, á mi hermano le conoceréis, que es rico; yo soy bastardo y mi padre solo me dejó al morir la mancha de su pecado.

—¿Por qué no os atravesasteis el corazón, pedisteis limosna ó demandasteis la proteccion de un noble como yo, antes que lanzaros al crimen?

—¡No me maté porque mis hijos me lo prohibieron, pedí limosna y... me dieron en el rostro con el embozo de un

manto! ¡Imploré la caridad de mi hermano, de dos tíos, de un primo y de diez caballeros y me escarnecieron llamándome bastardo, hijo del crimen!... Luego me ofrecieron robar y no obstante dudé; pero mis hijos me pidieron pan y... y me hice bandido.

—¿Es cierto cuanto decís?

—Enteraos, señor, y si miento triturad mis huesos.

—Alzad del suelo, hombre ruin, y contestad á mis preguntas:

—¿Existe en Sevilla una lógia á la cual pertenecian vuestros compañeros?

—Sí, señor.

—¿Conoceis á todos los afiliados?

—A todos.

—¿Y el pensamiento que se proponen llevar á cabo?

—Tambien.

—¿Son muchos?

—Pasan de ciento.

—¿Nobles todos?

—Todos se creen nobles.

—¿Se reúnen en Sevilla?

—Sí, señor.

—¿Apoyan al pretendiente.?

—Esos hombres en brazos del crimen corren en pos de todo lo que sea contrario á la justicia y la razon. De sus reuniones salen robos, asesinatos y cuantas maldades está presenciando la córte.

—Por eso hallé á los nobles y honrados sevillanos, tristes, pesarosos; y por eso me apellidaban su esperanza, su protector. ¡Oh! no se han equivocado, lo seré, pese á la pandilla de tigres que intentan devorar la capital de la hermosa comarca donde yo nací. Borja, os perdono la vida y os ofrezco alimento para vuestros hijos; solo exijo de vos que descubrais la guarida y secretos de los malvados.

—Gran señor, haré cuanto deseais y si quedan mis hijos

á cubierto de la miseria, cuando no necesiteis de mí, sentenciadme á muerte é iré tranquilo al patíbulo.

Lara observó detenidamente á Borja y comprendiendo que habia dicho la verdad y que era más desgraciado que perverso, se volvió á los zegríes y les dijo:

—Valerosos musulmanes, todos llevais el mismo apellido que mi esposa; su sangre es la vuestra, y si un dia al frente de mis escuadrones combatí contra la poderosa tribu de que formais parte, difícilmente podria hacerlo en lo sucesivo. Todos los mahometanos son enemigos míos; pero hay una excepcion y esa sois vosotros. El hombre que en buena lid fué el único que os obligó á volver la espalda, hoy gozoso os tiende su mano, os acepta como amigos y os mira como valientes, que áun cuan os vió correr algunas veces, os admiró siempre y dió por buena vuestra fama de esforzados campeones.

Los hijos del profeta corrieron en tropel ansiosos de estrechar la poderosa y noble diestra que Lara les tendia; á la vez elogiaban sus hechos, se lamentaban de que no fuese moro y le ofrecian paz, amistad y respeto.

Concluido este acto, exclamó el conde:

—Alí, haz que tus prisioneros de la cabaña entierren á esos catorce desgraciados; luego que hayan concluido corre en mi busca.

Y seguido de Borja y de Juan se encaminó á la cabaña; hizo que el último quitase á su baston-lanza las manchas de sangre que ennegrecian su extremo superior, sentándose despues en un sitial donde permaneció entregado nuevamente á profundas meditaciones.

CAPÍTULO XII.

Sobriedad de un conde.—A Osuna.—El encubierio.—Llanto de un esposo.

Luego que Lara terminó sus meditaciones, sacó de la es-
carcela un pergamino, la piedra equivalente entonces al la-
piz y aun á la pluma mojada en tinta, y escribió. Después
lió y sujetó con una cinta el pergamino, lo dejó sobre la
mesa y mirando á Juan y á Borja que estaban de pié con-
templándolo, le dijo al primero:

—Juan, sírveme de almorzar.

—Señor, le contestó aquel aturdido—aquí no hay mas
que miseria. ¿Quereis que vaya al pueblo mas inmediato?

—No; deseo que me des de lo que tengas en tu cabaña.

—¡Ay, señor conde! en este mísero albergue no hay nada
que pueda probarlo el poderoso, el grande que me pide y
á quien yo le serviria los manjares más delicados sino me
fuese del todo imposible.

—Juan, Pedro de Lara prueba cuando las tiene, las vian-
das mas delicadas; pero en el campo de batalla ó en el
monte, donde pasó la mayor parte de su vida, se desayuna
con un pedazo de pan, y come con un trozo de carne asada,

—¡Señor, pan tengo, mas es tan duro!

—Mis muelas son jóvenes, Juan, y mi apetito el de un soldado que acaba de vencer á sus enemigos. Un pedazo de pan, un jarro de agua cristalina y fresca, y me basta; que menos come el que nada tiene. Corre, Juan, que la patria me llama y á la tierna voz de una madre tan querida es mal soldado el que no vuela, y por tu culpa me va á llamar ingrato.

—No dirá eso nunca del mejor de sus hijos, que á tener esa madre muchos como vos, tranquila podia dormir. Un jarro de agua pura, cristalina y fresca, que la crió Dios y necesariamente debia ser agradable y buena. Medio pan tan negro como la suerte del pobre, tan duro como el corazon del bandido. Un trozo de liebre cogida en lazo que yo le tendí, que no há mucho vivia de eso y era hábil contra mis pobres víctimas; desabrida la hallareis, que la asó el campesino sin otra sustancia que la del propio animal. Aceitunas, señor; no tienen dueño, el que lo era huyó de la selva temeroso de que el ladron con sus olivas le robase la vida; están curadas y se aderezaron con la espuma del mar, las yerbas del monte y el vinagre que dejó en ellas el aliento del expía. Dátiles maduros, pero tan ásperos como la voz del selvícola que los hizo descender á la tierra. Dos naranjas tan hermosas como mi suerte futura, tan dulces como las ideas que vuestra inteligencia infundió en mi pobre cabeza. Eso es todo, y creed, señor, que el mísero ladron que os debió la vida, os daría su corazon si este pudiera servir de manjar.

—Gracias, arrepentido bandolero; tanto desacreditastes tus viandas que temí acercarlas á mi boca; y por María y la cruz que son regaladas para el náufrago que no há mucho se alimentó con dátiles. Cien y cien veces levanté la cabeza del duro suelo donde la apoyaba, sacudí mi larga melena, comí pan, no tan sabroso como este, bebí agua no tan delgada y fresca como la tuya, toqué mi bocina y al frente de

cuatro mil leones del Saucejo atacué al fiero musulman que tenía á dos mil varas de distancia; y peleando todo el dia no abrí la boca para otra cosa que para perdonar al que demandaba su vida. Por la noche, en un espléndido alcázar árabe, que habia tomado por asalto, me hacia servir por caballeros musulmanes, ricas viandas traídas de Oriente; que bien podrian ser esclavos de un hijo de Dios los fanáticos del falso profeta.

—Yo lo creo; honra y favor recibieron sirviendo al que la vida les regalaba. ¿Si me permitieseis una libertad?

—Ténla, Juan, que el conde de Lara lo oye todo.

—Señor, ¿cómo siendo tan bueno, os unisteis á una mora?

—Gran libertad es, bandolero, suponer que mi esposa vale ménos que yo, cuando un rizo de sus cabellos supera á toda mi raza. Su padre es zegrí, su madre era cristiana y muy noble, y la hija un ángel que al hablar de él volverás á hacerlo con el respeto que merecen los elegidos del cielo.

—Perdonad, gran señor; el montaraz ignoraba quién era; la tierra que pise he de besar cuando llegue á verla.

—Bien harías, que la hurí merece eso y más. ¡Ricas naranjas! ¡desayuno de príncipe! Gracias, Juan; no esperaba comer tanto ni tan bueno.

—¿Rica os parece la pobreza de un desgraciado?

—Rica, sí; que no existe mejor en estos contornos.

—Vuestra bondad, señor, se iguala á vuestro valor.

—Ahora; hace poco ya oistes que me llamaban cobarde.

—Ladron llama el bandolero á su inocente víctima.

En este instante entró Alí, y sin reparo alguno miró á su amo, cogió el sobrante de su almuerzo y empezó á comer con la misma tranquilidad que si estuviese solo.

—Amo mio—exclamó mordiendo un pedazo de liebre—esos que matastes, más que con tu lanza, con el fuego de tus ojos están ya debajo de tierra.

—Pronto despachastes, africano.

—Los bandidos se negaban á ser sepultureros; pero cogí una espada musulmana y al momento me obedecieron dándose la prisa que has notado.

—¿Qué te parecen los manjares de Juan?

—Buenos, amo mio, estos truanes viven á lo príncipe. ¡Quién los hubiera cogido entre los montes del Riff! ¿te acuerdas, señor?

—Sí; más de una vez nos alimentamos con raíces.

—En cambio otras comimos rico jabalí.

—Que atraías con tus ahullidos inimitables.

—Y que tú matabas con tu destreza y fuerza sin igual.

—¿Alí, qué hacen los zegríes?

—Esperan.

—¿Qué?

—Lo que les mandes tú ó yo.

—¿Tendrán reparo en conducir á los bandidos á Sevilla?

—Ninguno.

—¿Ni en entregar al rey este pergamino?

—Tampoco.

—¿Y la maga?

—Andará por los aires, por las entrañas de los montes ó por encima del agua, como de costumbre.

—Cuando concluyas, encarga á los zegríes que partan llevando el escrito y los prisioneros al real alcázar.

—Al momento; que basta y sobra para llegar á Osuna.

—¿Quién te ha dicho que vamos allí?

—¡La maga, señor, la maga! ¿Me engañó?

—No, á fe mia.

—Vuelvo al instante.

Partió Alí, ordenó á los musulmanes lo que debían hacer, se oyó luego la carrera de los caballos y regresando acto continuo, le dijo á Lara:

—Cuando gustes, señor, que ya estamos los cuatro solos.

—Borja, los cincuenta y cinco caballos cogidos á los bandidos, las armas y cuanto Alí hubiese encontrado, ven-

dedlo y entregad lo que os den á las familias mas pobres de los que hayan sido robados por esa partida de malhechores que acabo de destruir.

Y sacando un bolsillo lleno de oro, añadió:

—Tomad; con este dinero socorred á vuestros hijos; luego unido á Juan partís á Osuna, os encerrais en el monasterio de San Pablo, pedís á Dios perdón de vuestras faltas, y cuando el padre abad os haya absuelto, pasad á mi palacio, que os espero á ambos. Antes de marchar prended fuego á esta cabaña para que no queden vestigios de los criminales.

Borja y Juan oyeron al conde con los ojos húmedos por el agradecimiento, lo despidieron con tiernas frases y desde una altura le vieron caminar, permaneciendo allí hasta que lo perdieron de vista. El primero con el rostro bañado por el llanto exclamó:

—¡Adios, hombre incomparable, esforzado campeon, caudillo sin igual! ¡Tu nobleza de alma, tu generosidad, tu esplendidez, solo pueden igualarse á tu valor, fortaleza de espíritu é indomable brio! ¡Qué hombre, Juan, qué hombre!

—Vedlo; cruza lo mas escabroso del monte, salta por encima de las rocas, deja atrás los precipicios y sin que nada detenga su paso, corre como el corzo, brinca cual la liebre y todo lo avasalla como el leon. ¡El gigante del Saucejo no tiene igual!

—Mira como le sigue su negro; ¡oh! ¡el tal africano es fuerte y valeroso como pocos!

—¡Yo lo creo! ¡tiene unas manos!

—Dios los proteja, guie sus pasos y premie la hidalguía del conde.

Al acabar Borja de expresar estas frases, le miró Juan fijamente, exclamando:

—¿Tambien vos creéis en Dios? ¿Es verdad que desde su excelso trono rige el universo, nos mira, nos oye y nos contempla?

—No hay duda...

- ¿Es cierto que su infinita piedad, como dice Lara, perdona á sus hijos y los protege?
- Sí.
- ¿Nos perdonará á los dos?
- Si nuestro arrepentimiento es sincero y la enmienda corresponde al propósito, sí.
- ¡Difícilmente, Borja; fuimos tan malos!
- ¿Te ha perdonado el conde?
- Sí.
- ¿Te ha ofrecido su apoyo?
- Sí.
- Pues si eso hace un hombre, ¿qué no hará la suma bondad y misericordia divina?
- ¿Cómo os hicisteis bandido sabiendo todo eso?
- ¡Ya oistes antes la causa; llegó mi terrible cuarto de hora, y en brazos de Lucifer corrí desalentado! ¡Bien me pesa, Juan!
- Luego ¡vuestro arrepentimiento es verdadero!
- No lo dudes; pienso vivir para Dios y morir por el conde de Lara.
- Yo tambien. Me permitís que os acompañe hasta que lleguemos al monasterio.
- Con mucho gusto.
- Por el camino me instruireis enseñándome religion.
- Lo haré.
- Os serviré de criado.
- No, Juan, cogidos de las manos partiremos en busca del agua que limpie nuestras almas.
- ¿Pegamos fuego á la cabaña?
- Ahora mismo.
- ¿Y despues?
- Partiremos á Sevilla, cumpliré las órdenes del conde é inmediatamente marcharemos á Osuna; esta noche caminaremos ya en esa direccion.
- ¡Bendito sea Dios! ¡qué calma, qué tranquilidad, qué so-

siego siente mi espíritu! Corramos, Borja, corramos mucho.

—¡Bendito sea Dios! ¡qué dichoso me creo desde que hablé con el conde de Lara! Volemos, Juan, volemos.

Las palabras de estos hombres, poco há tan criminales, eran ya sinceras; desde el momento que empezaron á amar á Dios, cambió completamente su vida entrando en un nuevo camino que los alejó del delito y los fué acercando poco á poco á ese estado de tranquilidad y sosiego de espíritu que solo siente el que alza la vista, ve á su Dios y en alas de un amor santo continúa andando por el recto sendero de la vida. La Providencia jamás retiró sus brazos al que llegó á sus plantas, implora su piedad y arrepentido de pasadas faltas pretende y logra reemplazar su torpe conducta con hechos dignos de los séres que, queriéndose bien, se encastillan en el alcázar de la virtud. ¡Ay de aquellos que cierran los ojos á la verdad y se hallan con la muerte que les detiene su atrevido paso! ¡Miseros de los hombres que espiran en la creencia de haber venido al mundo á cumplir su sola voluntad; en su ciego error no vieron que les cansaba el vicio, les hastiaba la orgía, les causaban desde los placeres y cual si una incansable rémora presidiese sus actos, no notaron el estorbo que ahogaba lo que creían sus venturas, destruyendo á la vez la calma y tranquilidad innatas en el justo! ¿Se halla algo, por mucho que lo hubiésemos deseado, que no llegue á cansarnos y hasta hacérsenos molesto? ¿Encontrasteis placer, dicha ó ventura seguida, continuada, perenne que siempre os agrade? La embriaguez del vicio produce una locura que extravía la razon y corrompe el alma; y lejos de proporcionar algun bien, forma la desgracia presente y eterna: la calma y sosiego en que vive el justo valen más que un siglo entero de eso que llaman placer; porque ese sosiego y calma son precursores de la dicha sin fin; mientras que la efímera alegría que se cree hallar en los goces de la tierra, es la risa sarcástica que os augura la desgracia eterna. Incrédulos, llegad al palacio de la virtud, penetrad en él, bus-

cad un momento de su dichosa calma y me dareis la razon: para ciertos desgraciados séres las teorías son inútiles, por eso les aconsejaremos siempre que busquen la verdad en la práctica y ¡quién sabe! los hay atrocemente perversos; pero no existe nada tan grande como la misericordia divina.

Sigamos ahora á Pedro de Lara.

Sin vanidad, orgullo ni presuncion venció el conde de Lara á sus quince enemigos. Aquel hecho que hubiera podido engreir al más apuesto doncel, causaba en el Temerario un efecto enteramente contrario; se creia humillado porque fuerte en su derecho y en los dones que el cielo le otorgó, suponía hallarlos indefensos, toda vez que en realidad eran pocos, débiles é incapaces, aun cuando hubieran doblado el número, para poderlo herir. Lara conocia perfectamente su destreza, habilidad y talento; graduaba con exactitud prodigiosa la distancia que le separaba de los restantes séres humanos, comprendiendo además instintivamente que un poder oculto favorecia la mayor parte de sus hechos y lo apoyaba continuamente. Desde su elevado asiento veía, deploraba las miserias humanas que se agrupaban á sus piés y su noble corazon se condolia amargamente de hallar en torno tanta debilidad, tal pobreza de espíritu, tan asqueroso orgullo, vanidad y presuncion.

Ansioso de librar á su patria de aquel enjambre de vampiros que querian desolarla, tenía ya trazado su plan y corria hácia Osuna satisfecho como siempre de sí mismo, y dejando á su mente que abarcara las ideas que en confuso tropel solian llegar á su cabeza. Despues de su esposa, á la que amaba con delirio, una de las cosas que mas ocupaban su imaginacion eran la persona, misterio y solicitud del caballero que mandaba los zegríos; aquella imponente mirada; el fuego que despedian sus ojos; sus finos modales, negligencia, brio, altivez; la influencia que ejercia sobre reyes, príncipes, caballeros y hasta en sus propios vasallos y servidores, eran efectivamente capaces de confundir al hombre

mas sesudo y experimentado. En este instante reflexionaba el conde sobre esto y cuando se convenció de que el arcano no se abría á su privilegiada inteligencia, miró á Alí, que iba á su lado, y le preguntó:

—¿Negro, há mucho que no has visto al caballero de la cruz roja?

—Amo mio, desde ayer á estas horas, poco más ó menos, que pasó por delante de mí, me hizo un gracioso saludo y penetró en el salon de embajadores donde tú estabas con S. A., no he vuelto á verle.

—¿Has hablado con él en alguna ocasion?

—¿No has notado que parece mudo?

—¿Pero tú le viste el rostro?

—Sí.

—¿Será bello, imponente, varonil?

—En sumo grado, amo mio.

—¿Es blanco, moreno?...

—Sus cabellos, que oculta con el blanco acero del casco y coraza le caen sobre los hombros formando caprichosos rizos que sirven de adorno á un rostro perfecto, cuyo blanco cútis hace más negras las pestañas y pupilas de sus ojos. Si mira con enojo mata, amo mio; si con dulzura atrae y deleita.

—Lástima es, Alí, que no tenga un poco mas de estatura.

—A tu lado, gigante castellano, todos somos pequeños; mas no es corto de talla, y si algo le faltase, el genio de su frente sobresale por encima de cuantas cabezas se acercan á la suya.

—¿En qué ocasion te probó ese héroe que lo era?

—Para juzgarlo basta mirar su frente ó sentir el fuego de sus ojos.

—Africano, he visto á muchos que no son lo que parecen; la experiencia enseña además que á los hombres se les conoce únicamente por los hechos.

—No cuestiono, amo mio, que aun cuando razon me so-

bra me faltan razones con que apoyar la razon que me asiste.

—Pruebas quisiera yo, Alí, y con ellas la abnegacion hija del cariño que me tienes.

—El que ama á su señor como yo, no hace nada contrario á lo que á su amo conviene; primero daria la vida que ofenderte ó faltar á quien tanto debo.

—Mucho dices con eso, pero no explicas lo que yo deseaba comprender.

—Pues me has dicho otras veces que no soy torpe, y al hablarte ahora pongo en juego todo mi entendimiento y saber.

—¿Para engañarme?

—No.

—¿Para confundirme?

—Tampoco.

—¿Para qué?

—Para ganarte.

—¿Me tienes perdido?

—Pudieran tus enemigos, que son muchos y poderosos, intentar perderte y yo quiero tenerte siempre ganado, que si mi vida es la tuya, preciso es que tú no mueras para que yo continúe viviendo.

—Tanto sabe ya el hijo del Desierto que hace inútiles mis rodeos; Alí, ¿te enseñó su ciencia la maga?

—Bastante aprendí de tí, que mucho sabes, algo de tu esposa, que es digna de tí, y mucho de la maga, señor, de la maga!

—¿Comeremos hoy, africano?

—Sí; gracias á mis ahorros, pues infero que el oro tuyo fué todo á manos del pordiosero aquel que te pidió la vida porque no pudo arrancarte la tuya.

—¿Comida hallaremos?

—Y muy sabrosa, que viene conmigo una bolsa tan repleta como la que tú arrojastes al bandido.

—¿En dónde?

—Entre los montes que dominan á la hermosa Márcia ⁴ y que nos la presentan allá en lontananza al través de los valles y las campiñas; esa bella ciudad que tu abuelo arrebató á los moros, de la que era señor y dueño y que generoso regalaste al buen Lázaro Rueda, tu antiguo escudero y uno de los hombres mas valientes de cuantos te han rodeado.

—¿Entre esas montañas hallaremos alimento?

—Sí; un ventero aficionado al oro te dará cuanto le pidas.

—Hemos andado ya seis leguas.

—Faltan solo tres para llegar á la venta.

—Un poco mas de prisa y acertaremos la distancia, que va molestándome la sed.

—De este modo nos acompañará el sol hasta la morada del ventero.

—Mas de prisa aún.

—Cuanto tú quieras.

Y ambos por senderos ocultos, estrechas veredas y mal terreno á veces, continuaron caminando. Luego dieron vista á varios montes que se alzaban magestuosamente, por entre los cuales cruzaron. Una hora mas tarde se dirigieron á la izquierda y por un camino ancho y cómodo se acercaron á la venta que habia citado Alí. En ella comieron y descansaron hasta mas de la media noche, en cuyo instante los despertó el ventero, volviendo á emprender su marcha; les faltaban cinco leguas para llegar á Osuna y el conde iba ahora triste, silencioso y como entregado á sus continuas meditaciones. El negro unas veces á su lado, otras detrás y algunas delante, observaba y defendia la vida de su señor con incansable celo; ni un solo instante se distraia ni dejaba de mirar por si algun peligro pudiera amenazarle. La fidelidad é interés de Alí sobresalian en él como el valor, la agilidad y destreza, hijo todo de su magnífica organizacion. Millones de blancos existian que hubieran deseado cambiar de

⁴ Hoy Marchena.

color con este africano por tener las cualidades ó dones con que la naturaleza dotó al liberto, esclavo poco há de Mahomad Zegrí.

Llevarian andadas tres leguas más, cuando amaneció, pudiendo entonces con la claridad de la aurora andar algo mas de prisa, pues el conde deseaba llegar lo antes posible á su querida ciudad. A la aurora reemplazó el sol y los viajeros distinguieron ya perfectamente el camino por el cual pisaban tan aceleradamente. Hora y media despues vieron á Osuna, la observaron, pero sin hallar nada que pudiera llamarles la atencion; calma, tranquilidad y sosiego reinaban al parecer dentro y fuera de la ciudad. Algo extrañaba el conde no ver las avanzadas de sus montañeses; mas bien pronto se convenció de que aquellos leales vasallos no dormían estando de servicio, ni eran capaces de desobedecer un mandato suyo. Dió algunos pasos más, oyó un silbido, despues la carrera de varios hombres é instantáneamente se halló rodeado de montañeses armados, que en coro le gritaron:

—¡Alto! Castilla y Leon por D. Sancho IV.

—Bien, hijos—les contestó el conde—así deseaba encontraros, aun cuando sean ya inútiles estas avanzadas. Corred la voz por la línea y retiraos todos al Saucejo á esperar mis órdenes; pronto me seguireis al campo de batalla y volveréis á demostrar que vuestro corazon es mas duro que las montañas donde nacisteis.

—¡Todo por Pedro y para Pedro; vuestras son nuestras vidas, hacienda y voluntad; feliz el que vence á vuestro lado, el que os sigue, hasta el que espira cerca de vos!

Lara contempló á los montañeses con cariño paternal, les hizo un saludo afectuoso, y continuó su camino.

Estaban á mil pasos de Osuna cuando oyeron el ruido producido por la carrera de varios caballos, volvieron la cabeza, distinguiendo una cohorte inmensa de caballeros moros y cristianos que revueltos unos con otros seguian la misma

direccion que ellos. Lara y su negro se detuvieron para dejar libre el paso á aquellos ligeros ginetes. A la vez sintieron el toque de varias bocinas y el confuso rumor de voces que gritaban algo distante de aquel sitio; despues percibieron el de muchas pisadas de hombres que se acercaban aceleradamente, sin que el conde pudiera comprender quiénes eran los ginetes que veia ni quién los hombres, cuyo rumor escuchaba cada vez mas de cerca.

Los caballeros moros y cristianos continuaban su precipitada marcha y ya iban á llegar al sitio donde estaba parado el Temerario, cuando de pronto se interpusieron entre los unos y el otro una multitud de hombres, los cuales con acento amenazador prorumpieron:

—¡Alto!

Los ginetes quisieron continuar; pero los que intentaron detenerlos se echaron unos sobre los caballos y los pararon con valor y fuerzas prodigiosas, mientras otros de los mismos apoyaron á sus compañeros con actitud amenazante.

—¡Paso, en nombre de D. Sancho IV!—exclamaron los ginetes.

—¡Atrás, en nombre del conde de Lara!—les contestaron los otros.

—¡El de la cruz roja! ¡mis montañeses!—dijo el Temerario y acercándose, añadió:—Dejad á esos caballeros, que al parecer defienden á S. A.

Y clavó una mirada penetrante en el misterioso cruzado, intentando vanamente descubrir al través del acero, el rostro del incógnito.

En esta ocasion solo llevaba el jefe zegrí doscientos musulmanes; en cambio le seguian muchos caballeros cristianos cubiertos tambien con el hierro de su gruesa armadura.

El conde dudó; mas recordando luego el sueño que tuvo no hace mucho, brilló la alegría en su semblante, se acercó cuanto pudo al jefe, y le dijo:

—¡Caballero de Santiago, quereis estrechar mi mano?

El de la cruz roja por toda contestacion se la alargó; Pedro la estrechó fuertemente mirandó á la vez al encubierto sin que notase en él sensacion alguna; despues la llevó á su pecho y la fijó de modo que sintiese los latidos de su corazon; pero el caballero permaneci6 impasible. Lara entonces inclinó la cabeza y con acento melanc6lico a6adi6:

—¡Perdonad; vuestro inc6gnito me hizo equivocaros con el sér que mas amó en el mundo; con un ángel que lloro ausente y al que deseo y temo encontrar! ¡Ay! ¡qué ilusion tan bella acabais de quitarme!

Y alzando de pronto la cabeza tornó á observarlo; pero lo halló distraido y como reconociendo á los montañeses que osaron detener su atrevido paso; entonces exclamó con verdadero dolor:

—¡Seguid, caballero, y perdonad el que mis vasallos os hayan detenido sin causa ni motivo. Más me valiera no haberlos visto nunca!

El de la cruz roja picó á su potro, los que le seguian lo imitaron y en revuelto turbion desaparecieron con la rapidéz de una centella.

El conde los vió partir, despidió á los montañeses, y encendido su cútis corrió hácia Osuna como un loco. De este modo llegó á su palacio y entrando en la alcoba principal, se cubrió el rostro con las manos, se dejó caer sobre el lecho, y exclamó:

—¡Blanca! Blanca! ¡yo no puedo vivir separado de tí! ¿Por qué no llegas? ¿Por qué me dejas abandonado de lo que mas amo en el mundo? ¿Has olvidado ya que eres mi vida, mi ilusion, mi presente, mi porvenir? ¿que en tí residen mis placeres, mi dicha, mi ventura? ¿que sin tí me es todo enojoso, inc6modo, molesto? Blanca, ¿es mentira tu valor, tu fama, tu destreza? ¿No eres la Heroína Zegrí? ¿Mintió tu labio? ¿No me amas? ¡Maldicion! ¿qué te he hecho yo, destino injusto, para que me trates así? ¡Ay! ¡me siento morir y no conozco la enfermedad que me mata! ¡Blanca, ángel mio,

en mal hora me separaron de tu lado! ¡hasta dudó de tí, que eres santa! ¡Tengo el corazon tan lacerado, el alma tan herida!

Y el desgraciado esposo delirante, fuera de sí y en alas de su ardiente pasion, prorumpió en un llanto tan amargo que hizo estremecer al negro, el que detrás de él y con los ojos húmedos lo contemplaba sin accion ni movimiento.

Los sollozos y ayes del angustioso marido iban en aumento, hasta el extremo de tener alarmados á cuantos caballeros y sirvientes estaban en el palacio; y los que ahora agrupados en el salon contíguo á la alcoba permanecian indecisos sin saber qué hacer y sin atreverse á interrumpir el triste llanto de su señor. Por fin Alí, viendo que su amo seguia cada vez mas enloquecido, exclamó para sí:

—Llegó el momento, pues creo que peligra su vida.

Y sacó varios pergaminos que llevaba cuidadosamente escondidos y eligió uno guardándose los restantes. Despues hizo seña á los del salon para que se retirasen y obedecido que fué, se acercó al lecho y le dijo á Lara:

—Señor, en este momento acaban de traerte este escrito; toma.

El conde ó no oyó al africano ó no le hizo caso, pues continuó con su delirio. Aquel movió la cabeza con disgusto y le gritó:

—Amo mio, este escrito de Jerusalem.

El Temerario permaneció como anteriormente; sus lastimeros ayes hubieran enternecido el corazon mas duro. Alí, llorando tanto como su señor exclamó, alzandó mas la voz:

—¡Amo mio, doña Blanca!...

—¿Qué dices, negro?—le preguntó Pedro levantándose y cogiéndolo por un hombro. Aquel respiró, y asomando la alegría á su semblante se apresuró á contestarle.

—Digo, señor, que tu amada y leal esposa te manda este pergamino desde la Tierra Santa.

—¿Dónde está, qué ha sido del emisario?

—Tómalo; al que lo trajo lo despedí para que no se enterase de tu estado y...

—Bien hecho; que no sepa ella... ¡Es su letra, sí, su mano de querube la trazó! Generoso estás, Alí, por este pergamino te hubiera yo dado, de exigírmelo tú, mi condado, haciendas y tesoros.

—Lee fuerte, amo mio, que yo solo necesito tu afecto y el de mi señora.

Lara deslió el pergamino, y estampando un beso ardiente en la firma, leyó lo siguiente con voz ronca y muy conmovido:

«Pedro, mi amado, mi inolvidable Pedro, óyeme: me dejaste en Jerusalem, mas en pos de tí corrió mi corazón; á este siguieron mis suspiros, pensamientos, afán, alegría, placeres y dicha; sola con mis pesares, tormentos y amargura, lloro, miro al cielo, adoro á Dios y velo por tí, que si consigo ganar la voluntad del que todo lo puede, de cerca como de lejos podrá mi voz confundir á tus enemigos y otorgarte una victoria que jamás hasta ahora te negó el destino. Tu patria necesita de tí, esposo mio; miles y miles de seres aguardan de tu valor, talento y energía nuevos sacrificios que han de recompensar con aplausos y bendiciones; el padre y el esposo te esperan para que defiendas el honor de la casta doncella, de la virtuosa casada; el anciano para que hagas respetar sus canas, el jóven su falta de brio, el rico sus tesoros, el pobre su tranquilidad; y un pueblo entero, desde el mas grande hasta el mas pequeño, para que le des pan, sosiego y un bienestar que le arrebató la maldad, el encono y la perversidad de algunos de sus hijos espúreos. Pedro, si la virtud, la inocencia y la castidad te llaman, si la victoria te espera, y la gloria te sonrie, corre al combate y aumenta la inmarcesible corona que adorna ya tu frente, con nuevas hojas de ese inmortal laurel que te alarga tu destino. Arrolla á los malvados, vence, eleva el trono, salva al pueblo y que tu solo nombre sea el emblema de lo grande

y sublime que existe en la tierra. Tu nombre, esposo mio, ha de ser un dia el hermoso brillante que herede tu hijo, si el cielo se digna concedértelo.»

—¡Blanca! ¡Blanca!—exclamó Lara bañado en llanto y humedeciendo el pergamino con sus besos.—Haré lo que tú quieras; mi voluntad omnipotente para con todos no existe para tí. ¡Qué talento!... ¡oh! ¿y he de estar separado de tí? ¿no te podré ver hasta que concluya con mis enemigos? ¡Un año!... ¡Un año! ¡Maldicion!

Alí se acercó á su amo, hizo que miraba el escrito y le dijo:

—Señor, todavía no has concluido; aún habla más la huri.

—Lo sé, negro, lo sé; pero me faltaba aliento.

—No te suceda lo mismo en el combate.

—¡Allí mato; aquí muero!

—¿Quién te hiere, amo mio?

—Tu señora, que tiene más talento, más valor, más heroismo que yo y que todos los míos juntos. ¡El Temerario! ¡el valiente me apellidan! ¡Necios! ¡qué valgo yo al lado de mi esposa! Alí, ¿no te parece que mi renombre es una usurpacion?

—No, que lo adquiristes venciendo ejércitos y batiéndote solo contra cien. Tu lanza es la primera del mundo y tu talento digno de tu valor. Esto no obstante, vale mi señora más que tú.

—¡Qué hermosa es!

—¿Lees tú ó leo yo?

—¡Ay! siento continuar, no por temor de dar principio, sí por miedo de concluir.

—¿Y los enemigos de tu patria y de tu rey?

—Tienes razon; africano.

Lara leyó:

—«¡Cuán feliz sería yo si me permitieses que á tu lado partiésemos lo malo y lo poco bueno que tiene la guerra! Tu tienda de campaña guardaria nuestro lecho nupcial y du-

rante la lucha rivalizaríamos, á ser posible igualarse á tí, en el campo de batalla; pero no quieres y me resigno, sin que por eso deje de velar por tí, que Dios está en todas partes y jamás desoye las súplicas de sus hijos.»

—¡Qué buena es!—volvió á exclamar Pedro—¡y deseaba yo tenerte á mi lado! ¡Cerca tú de mis implacables enemigos; de esa horda compuesta de traidores, asesinos y bandoleros! ¡No, Blanca, no, continúa en Jerusalen, que yo daré fin de todos! ¡Tendré paciencia, que mi patria merece este nuevo sacrificio!

El rostro del conde se iba serenando poco á poco, y la fiebre que no há mucho enardecia su sangre y extraviaba su razon, desaparecia por momentos; sus ojos estaban ya enjutos y en el pergamino que le dió el sagaz y entendido Alí halló por fin el remedio de una enfermedad que puso en peligro su existencia; el amor que Lara tenía á su bella y varonil esposa era mayor que su talento.

El negro le preguntó:

—¿Acabó ya el escrito, señor?

—No.

—Prosigue, amo mio, que algo dirá para mí.

—Déjame descansar, que me fatiga su lectura.

—Todo el tiempo que pierdas tardarás en verla.

—Tienes razon. Veamos cómo termina.

«No te detengas, que la ausencia me hiere. Nada es imposible á tu valor; concluye pronto, esposo mio, y abre nuevamente los brazos á tu—Blanca.»

—Más, señor; aún no concluyó.

—Despues añade:

«¡Alí, vela por la vida de tu amo que es la mia! extraña advertencia, ¿no es cierto? Contéplalo dia y noche y encárgale de mi parte que no tenga secretos para tí, su mas leal y valeroso vasallo; de este modo podrás defenderlo mejor. Liberto, si algo te ocultase, adivínalo.»

Pedro concluyó de leer; el negro le dijo:

—Mi señora quiere que yo haga milagros; pero tú que eres bueno y generoso me ahorrarás ese trabajo, ¿te parece mejor?

—Sí. Sal y advierte que deseo descansar cuatro horas; cuando despierte que esté en esa estancia contigua D. Ricardo.

Despues se dejó caer sobre un sillón, besó otra vez el escrito, sonrió y cerrando los ojos se quedó dormido.

Algo mas tarde volvió el negro, se echó á los piés de su amo y se durmió tambien. Razon tenian ambos, pues acababan de andar catorce leguas por el mas escabroso camino.

CAPÍTULO XIII.

Preliminares.—Emisario régio.—Contratiempo.—Salida acelerada.

El conde de Lara descansó únicamente las cuatro horas que deseaba, se hizo vestir con traje de guerra y comenzó á dictar órdenes para que, con la brevedad posible, fuesen armados y equipados todos los montañeses y selvícolas del Saucejo que estaban en disposicion de poder marchar al campo de batalla. A los soldados les proveyeron de corazas y cascós de baqueta y á los jefes de armaduras completas de acero; si bien hubo que hacerlas de nuevo para algunos de ellos únicamente, pues la mayor parte las tenían dispuestas desde que terminó la última guerra.

El conde, con incansable celo é interés, revistó varias veces la fuerza que debia seguirle, reconociendo uno por uno á todos sus vasallos. En los montes del Saucejo, en Osuna, en sus posesiones limítrofes, á caballo siempre, y descansando lo puramente indispensable, dirigió el armamento, organizó sus huestes, y al cuarto dia de llegar allí, tenía ya á sus órdenes catorce mil hombres, de gente valerosa y aguerrida. La mayor parte de los nobles de Osuna se ofrecian á formar parte de la brillante escolta que debia rodearle.

Cuando todo estaba dispuesto para su marcha, se le presentó el arrepentido Juan acompañado de Borja, los cuales salían en aquel momento del monasterio de San Pablo. Lara los recibió en uno de los salones de su palacio, los miró atentamente, y satisfecho del reconocimiento, les dijo:

—Vuestros semblantes demuestran un verdadero arrepentimiento; y si es así, contad ambos con mi protección y apoyo.

—Gran señor—le contestó Borja—he jurado vivir para Dios y morir por el conde de Lara; permitidme que forme parte de vuestra escolta, y si esto os pareciese mucho, de vuestros peones.

—Yo, señor—añadió Juan—estoy ya avecindado en el Saucejo; por lo cual os ruego me permitais me una á vuestros montañeses, pues aun cuando son muy valientes y yo voy entrando en años, os juro que no he de quedarme atrás.

—Borja—replicó el Temerario—os llevaria gustoso á la guerra, mas deseo que partais á Sevilla y en pos de esos conspiradores que dia y noche maquinan tramas inícuas, averigüeis cuanto hacen, piensan y pretenden llevar á cabo. La guerra contra los Cerdas será breve, y cuando haya concluido necesito exterminar á los que en tenebrosa conspiracion, son peores mil veces y causan mas males en Castilla que los partidarios del pretendiente. A mi regreso, Borja, si sois hábil podreis prestarme un servicio que contribuirá á la felicidad del país y hará vuestra suerte y la de vuestros hijos.

Borja quedó meditando; luego exclamó:

—Comprendo, señor conde, lo que deseais y espero complaceros. ¿Cuándo debo partir?

—Ahora mismo; no perdais tiempo ni medio alguno para conseguir mi intento. Antes de marchar pedid á mis mayordomos lo que necesiteis. Tú, Juan, puedes seguir á mis montañeses y probar entre ellos ese valor y arrepentimiento de que me has hablado antes.

Ambos se despidieron de Pedro y corrieron con ánimo de cumplir la voluntad de este.

De cincuenta y cinco terribles bandoleros solo con dos pudo engrosar Lara las filas de los hombres de bien; estos, sin embargo, habian cambiado de opinion de un modo tan absoluto que no debia existir la menor duda de su arrepentimiento.

Eran las tres de la tarde y el conde tenía dispuesta la partida para la mañana siguiente; su ejército quedaba ya acampado, sin que faltase nada para la próxima marcha. Con tal motivo, se sentó á la mesa, en union de D. Ricardo, jefe de su casa y escolta, de algunos caballeros que formaban esta y de varios nobles de los que debian seguirle á la guerra. Contra su costumbre estaba ahora risueño y aun jovial; efecto sin duda de que iba á dar principio al exterminio de sus contrarios, y teniendo segura la victoria, suponía terminar pronto su difícil empresa.

—Muchas leguas, señores—dijo—nos separan de las huestes del pretendiente; mas nuestros soldados correrán como galgos, y en breve nos hallaremos frente á frente de ellas.

—Dicen todos—replicó un noble de Osuna—que se han corrido desde Albarracin hácia Guadalajara, devastando cuantos pueblos y ciudades encuentran en esa parte de las fronteras de Castilla.

—Sí; contestó Lara—han llegado ya hasta Madrid, donde, segun las últimas noticias piensan permanecer algunos dias. Tengo esperanza de verlos correr hasta Zaragoza.

—No lo dudamos—exclamaron todos.

En este instante se acercó Alí á su amo, y le dijo:

—Señor, acaba de entrar en el palacio un caballero que viene acompañado de una numerosa comitiva. Trae el rostro cubierto y no ha dado su nombre.

—Id, Roldan—ordenó Pedro á uno de los individuos de su escolta—y decid á ese incógnito, que tendremos á mucho honor el que se sienta á nuestra mesa.

Salió el enviado y regresado que hubo, manifestó á Lara:

—El caballero que os aguarda, ostenta las armas de la casa de Guzman y pertenece al bando del rey. Continúa ocultando su nombre y rostro y os ruega comais con tranquilidad, pues tiene que hablaros largamente de un asunto de mucha cuenta. Lo he llevado al salon principal, se sentó y espera con calma y gusto el término de esta comida.

El conde siguió entre sus convidados, pero abrevió en lo posible; les pidió luego permiso y pasó á la estancia en que se hallaba el recién venido. Este, al verlo, se puso en pié, alzó la celada de su casco, y le preguntó:

—¿Me conóceis?

—Sí, á fe mia; sois el fuerte, el leal, el valeroso D. Alonso de Guzman. Sentaos, que estais en vuestra casa y á dicha tengo el que así sea.

—Gracias—añadió D. Alonso, cogiendo un sillón é imitando á Lara; luego continuó—sentiria en extremo que mi venida os hubiese molestado.

—La honra es recibida siempre con placer por un caballero, y vos, señor de Guzman, me estais honrando desde que penetrasteis en este palacio.

—¿Me dais vuestro permiso?

—Nada puedo negaros; hablad cuando y lo que gustéis.

—¿Sabeis que sirvo á D. Sancho?

—Sí.

—Pues ayer á estas horas, poco más ó ménos, me llamó S. A. y me dijo: «Guzman, el conde de Lara debe hallarse en Osuna preparándose para la campaña que ha de destruir las ilusiones del pretendiente; me ofreció á su regreso traerme la victoria y segura está cuando él la ha prometido; mas es indispensable que corrais en su busca, detengais su marcha y le digais, «que mientras su acero extermina á mis enemigos de la frontera, otros más traidores aún, más perversos y de peor índole, intentan asesinar á su rey. Añadidle, que los malvados piensan llevar á cabo su proyecto durante

el torneo que debe efectuarse el domingo próximo. Guzman, á Lara no es necesario decirle más; procurad que nadie os reconozca, que todos ignoren la noticia y que los conspiradores continúen preparando el lazo que el Temerario destruirá, si con tiempo le participais la nueva. A D. Alonso de Guzman no le doy escrito ni firma, que basta y sobra con su palabra y fe.» Esto me dijo el rey, y tal como lo expresó, sin quitar ni añadir, lo habeis oido; de que es cierto responden mi palabra y fe y espero que lo creais, y tranquilo en mí, salveis al monarca que tanto nos estima, honra y considera.

—De no obrar así D. Sancho hubiera dejado de haceros justicia, y creed que si algo os diera en confirmacion de vuestra palabra, á ambos ofenderia; que áun cuando hay muchos malos, Guzman y Lara jamás han empañado el ilustre nombre que heredaron de sus mayores.

—Gracias, conde amigo.

—Casa, comida y descanso os ofrezco, D. Alonso.

—Me holgara poderlo aceptar, mas no quiere el rey que sea conocido por nadie.

—Yo os serviré, que nací noble y sois mi huésped.

—Catorce leguas no fatigan á un soldado; queda solo el monarca y quisiera acompañarle.

—Como gustéis, Guzman, que esa razon no puedo combatirla.

—¿Partireis pronto?

—Sí, á fe.

—¿Cuándo llegareis?

—Antes que vos.

—¿Por dónde caminais, D. Pedro?

—Por senderos que vos no conoceis, D. Alonso.

—¿Luego vereis al rey antes que yo?

—Eso no, que mirando yo á S. A. pudieran verme sus enemigos.

—¿Qué le digo entonces?

—Que vaya al torneo y que fije su mirada en el águila de oro de un casco blanco con pluma negra.

—¿Que llevareis?

—Que llevaré.

—¿Y si antes necesitase de vos?

—Cerca está mi alcázar.

—¿Quereis estrechar mi mano?

—No, Guzman, deseo vuestros brazos.

—Honrado soy como nunca.

—Honra con honra se oprimen, y no la hay más grande porque las dos son mayores.

—Que el cielo os guarde, poderoso señor.

—El os guie y proteja, mi hidalgo amigo. Si vais al torneo ya lo sabeis; águila de oro y pluma negra; que me atormentaria romper lanzas con vos.

—Me alegro, saberlo, para huir del invencible atleta.

Partió D. Alonso, y Lara gritó:

—¡Alí!

—¿Señor?

—Cerca estabas, negro.

—Pegado á tí, como de costumbre, amo mio.

—¿Oistes?

—Oí.

—¿Y si ordeno que inutilicen tus oidos?

—Mi señora te pediria cuentas, y ya sabes lo que amas á mi señora.

—¿Te manda que escuches?

—¡Si eso solo fuera!... me encarga, señor, que adivine tus pensamientos.

—Bien recompensa tu lealtad, africano.

—Cree en ella y no me hace favor.

—Si partió Borja coje mi mejor caballo y corre en su busca; si está en el alcázar, que pase inmediatamente.

—Cuenta en estos momentos unos ducados que le da tu mayordomo.

—Que le doblen la suma que haya pedido, pero que suba al momento. Interin yo hablo con él, que le preparen uno de mis caballos; á la vez que nos ensillen dos á nosotros.

—Comprendo y vuelvo al instante.

Cinco minutos despues entró Borja; Lara le dijo:

—Acercaos; más todavía. Vuestros antiguos compañeros han decidido, por lo visto, atentar contra D. Sancho.

—No lo extraño, señor, son muchos, perversos hasta lo infinito y capaces de todo.

—Quisiera saber cómo piensan llevar á cabo su plan, de qué modo, en qué sitio y con qué medios cuentan.

—Creo que podré complaceros.

—¿Estais seguro?

—Sí, señor.

—Borja, los conspiradores pueden tener expías hasta en Osuna y estos haberles participado ya vuestro arrepentimiento y...

—No importa.

—¿Cuándo podreis enterarme?

—Todo lo mas que necesito son seis dias.

—Entonces será ya tarde; esos miserables consumarán su intento mucho antes. Es indispensable que mañana por la noche, ó á lo más en la madrugada del siguiente dia sepa yo lo que deseo.

—¿De qué modo?

—En los patios del alcázar encontrareis un potro ensillado que os pondrá en Sevilla, si lo dejais correr, al ser de dia. Con una hora teneis suficiente para tomar alimento y estrechar á vuestros hijos; y con diez y seis para averiguar lo que á ambos interesa.

Borja meditó, y alzando luego la cabeza le preguntó:

—¿Adónde os hallaré al terminar esas horas?

—En mi palacio de Sevilla. En el mismo muro y en la parte Sur, vereis una puerta de hierro, la cual se abrirá al primer golpe que deis.

—Procuraré no haceros esperar.

—Partid al momento.

—Ahora mismo.

Y despidiéndose del conde desapareció. Aquel hizo entrar al jefe é individuos de su comitiva; cuando estuvo rodeado de todos les dijo:

—Señores; un asunto de la mayor importancia me obliga á separarme de vosotros; pero es indispensable que el ejército lo ignore y con él todo el país. A la hora que he dispuesto, marchais al frente de mis vasallos en direccion de las fronteras de Aragon, siguiendo el itinerario que os señalé antes. Hacedis jornadas cortas y descansais amenudo, procurando invertir más de ocho dias antes de atravesar las empinadas cuestas de Sierra Morena, con el objeto de que pueda yo unirme á vosotros en los límites de Córdoba. Nada más puedo deciros.

Diez minutos despues se cubrió el conde con su moruno disfraz, y seguido únicamente de Alí, montó en un caballo fuerte y ligero, partiendo en direccion de Sevilla.

Era Pedro el mejor ginete que existia en Castilla, pues desde la edad de diez años se fué acostumbrando á manejar potros árabes imitando primero, al diestro musulman, y concluyendo por aventajar al mas hábil de los nacidos en el desierto de Sahara. Corria ahora en un brioso alazan, delgado, pero de buena sangre, el cual obedecia á su amo de un modo admirable.

—¡Culebra, á Sevilla! —le decia Lara, haciéndole sentir el hierro ó el oro de sus espuelas, y el noble animal comprendia el paso que habia de seguir y la direccion que debia llevar.

En esta ocasion oprimió el ginete cuanto pudo los ijares de su caballo, y Culebra subia las empinadas cuestas, saltaba y corria, en fin, imitando unas veces á la liebre y otras al corzo; pues el camino que llevaba era el mismo que Pedro acababa de cruzar á pié.

El buen Alí montaba otro caballo parecido al de su amo, siguiendo á este como lo habia hecho por el dia.

La noche estaba clara, favoreciendo con su luz á los caminantes que, cual mudas fantasmas, acertaban de una manera prodigiosa la distancia que les separaba de la metrópoli.

D. Alonso de Guzman les aventajaba una hora y Borja media, pero no tardaron en adelantar á ambos, entrando en Sevilla mucho antes que el primero.

Es indispensable que nosotros los dejemos atrás, penetrando, sin detenernos, en el alcázar de D. Sancho IV.

Contra la costumbre establecida por el bravo monarca, se hallaba su palacio rodeado de arqueros y ginetes, que reconocian á todo el que transitaba por aquellos alrededores. Los grandes patios y galerias tambien estaban cuajados de hombres armados, que defendian á su señor con incansable celo; y á pesar de ser ya la media noche, varios caballeros paseaban por los salones contiguos á la cámara real, custodiando las augustas personas de sus reyes.

En este instante dejaba D. Sancho de escribir para contestar á la pregunta que su esposa la habia hecho, relativa á la hora en que pensaba retirarse al lecho.

—María—le dijo—no me voy á descansar hasta que regrese D. Alonso de Guzman.

—¡Es decir, que vas á pasar en vela el resto de la noche!

—Sí, pues aún cuando mi leal servidor correrá bien, ha de andar veintiocho leguas, y no puede llegar hasta el ser de dia.

—Yo creo que arribará antes el conde de Lara.

—Es muy posible, mas sin que uno ú otro penetren en Sevilla no pienso buscar el lecho. Son tantos nuestros enemigos y tales los medios de que se valen para atentar contra nosotros, que debo permanecer en pié velando por tí, por mis hijos y por mi pueblo!

—No me opongo, esposo mio, pero habrás de permitirme te acompañe el resto de la noche.

—¿Para qué te molestas? Duerme tú que basta con que yo trabaje.

—Temo, como tú, que te sorprendan nuestros enemigos.

—Desecha ese miedo, bella María; que á encontrarme despierto como ahora, muy cara ha de costarles la accion. ¿Dónde se halla el de la cruz roja?

—Lo ignoro; se encuentra en todas partes y en ninguna; sé que vela por Lara y por nosotros con incansable celo; me consta que se introduce entre los conspiradores, que lleva consigo un rio de oro, pero nada más sé. Su genio le inspira, guia y defiende, y en alas de este corre do quier, sin decir adónde vá, de dónde viene ni qué piensa. Su acento varonil me dijo que en el torneo del domingo debiamos perecer; añadió, que los traidores pisaban esta cámara; volvió la espalda, montó á caballo y desapareció como un meteoro. Desde mis balcones los ví partir, y anhelando averiguar su ruta, fijé la atencion en las voces de mando que daba: ¡Adelante! exclamó sin dignarse añadir una sílaba.

—¿Qué dicen de su brio, de la cruz que ostenta, de los caballeros que le siguen y del dinero que derrama?

—Unos le juzgan rey, venido de Oriente á defender tu causa; otros, un príncipe moro, disfrazado y ganado por tí con el mismo objeto; y algunos, un bastardo de la casa de Lara, hermano de Pedro y al que este protege con intencion desconocida; pero todos le respetan, admiran su brio y porte y quisieran ofrecerle su amistad. Ha caido ya dos veces sobre nuestros enemigos, y como una centella, arrasó á cuantos halló á su paso; ni le detuvo el número, ni hizo otra cosa que acuchillarlos, sin pararse un instante ni volver la vista hácia sus despavoridos contrarios que huian confusos y acobardados.

—Cuentan que rara vez desnuda la espada.

—Es verdad; manda, dirige, infunde valor y convierte á los suyos en temerarios é invencibles campeones.

—¿Partirá á la guerra con Lara?

—Ignoro cuándo y cómo, pero estoy segura de que tomará parte en cuantas batallas presente el conde.

—Quisiera estar á su lado.

—Y yo tambien; mas Pedro desea que permanezcamos aquí y no debemos disgustarle.

—«El rey gobierna y sus vasallos pelean» esto dijo y no me atreví á contradecirle, á pesar de mi vehemente deseo de partir con él los azares de la guerra; primero, por la innegable verdad que encerraba su axioma, y segundo, porque no imaginara que desconfiaba de su invencible acero.

De este modo pasaron el resto de la noche los augustos monarcas; los hechos de Lara y del caballero de la cruz roja los entretuvieron hasta que, al amanecer, les entregó un mayordomo de servicio un pergamino lacrado y sellado con el escudo de Pedro el Temerario. El rey despidió al mensajero, diciéndole á su esposa:

—Sepamos qué nos escribe mi primer caudillo.

Y abriendo el despacho, leyó:

«Gran señor: dormid tranquilo, asistid al torneo, no tomad precaucion alguna y nada temed, que vela por vos

EL CONDE DE LARA.»

Los esposos se miraron y sonrieron. Las palabras que acababan de leer les devolvieron el sosiego perdido. Acto continuo llamaron al capitan de guardias, diciéndole el soberano:

—Que se retiren á descansar cuantos caballeros y soldados hacen servicio extraordinario, y que en adelante quede solo la guardia de ordinario.

—Señor...—se atrevió á replicarle el jefe militar; mas el rey le interrumpió añadiendo:

—Ningun peligro me amenaza ya, capitan; retiraos y cumplid mis órdenes.

Salió aquel, y los esposos, despues de cruzar todavía algunas frases, convinieron en descansar hasta las diez de la mañana, pero en el momento de efectuarlo oyeron el ruido

de armas y de muchas pisadas de caballos que penetraban en los patios del alcázar y se detuvieron. No tardó mucho en asomar la faz del jefe de la guardia, el cual les dijo:

—D. Alonso de Guzman espera la honra de que VV. AA. lo reciban.

—Que pase—le contestó Sancho, y volvió á sentarse en union de doña María Alfonsa de Molina.

Poco despues penetró el recién venido, saludó á sus reyes y esperó á que le preguntasen. El bravo monarca le interrogó:

—¿Qué habeis hecho, Guzman?

—Cumplir las órdenes que me dió V. A.

—¿Bien habeis corrido!

—Tuve empeño, señor, en llegar antes que el conde de Lara.

—¿Por qué?

—Porque llevándole ventaja no debia adelantarme.

—¿Os lo ofreció?

—Sí, señor.

—Pues entonces cumplió su palabra, Guzman; el Temerario no ha mentido nunca.

—En esta ocasion me permitirá V. A. le asegure que falta, no á su palabra, pero sí al ofrecimiento que me hizo.

—¿En qué os fundais?

—En que no es posible correr más de como lo hizo mi caballo. Diez individuos de mi escolta quedaron en el camino por haber reventado sus potros.

—Eso nada me prueba, toda vez que Lara es el primer ginete de Castilla y acaso de Europa. Aprendió de los zegríes y llegó á ser admirado por estos.

—En Marruecos, gran señor, no hubo caballo que igualase al mio.

—No lo dudo; mas así y todo corre mi *Temerario* mucho más que vos.

—¿Mucho más?

—Sí.

—Lo creo, puesto que V. A. lo asegura y es gran perito; ¡mas esta noche!...

—Esta noche, D. Alonso, llegó mucho antes que vos. Hé aquí la prueba: leed este escrito que recibí tiempo há.

—¡Santa María!—exclamó Guzman mirando el despacho que Lara mandó á D. Sancho.—Ese hombre ha venido por el aire.

—Por el camino, corriendo como vos; pues no obstante su gigantesca estatura, se convierte en pluma que ayuda á su alazan.

—Ciertos son por lo visto los elogios que de él se hacen.

—Poco se dice para lo que merecen los hechos de ese poderoso caudillo.

—No en valde amá á su rey; las frases de V. A. recompensan al doncel.

—¿Qué os dijo para mí?

—Despues de demostrarme que noble nació, usando de afectuosas palabras y fina galantería, « á Sevilla voy—me dijo—llegaré antes que vos y libraré al rey de sus miserables enemigos.» Por cierto que al Sur de Osuna tiene un campamento donde más que hombres se ven leones sedientos de combate.

—¿No añadió más?

—Sí, «al torneo podrá ir S. A. y que repare si gusta en un casco blanco con águila de oro y pluma negra.»

—El luto de esa insignia lágrimas hará verter.

—Y mucha sangre, señor, las garras de los leones acampados al Sur de Osuna.

—Los he visto batirse y sé lo que son.

—Su fiereza no tiene parecido.

—Ovejas, Guzman, ovejas del rebaño de Lara. ¿No os contó el rey de Fez como le fué con ellas?

—No, señor, pero supongo lo que acontecería,

—Mal rato le dieron.

—Con esos hombres todo se puede conseguir.

—Sin ellos vence Lara tambien, que os iguala en lealtad y no tiene parecido en lo restante.

—¿Cree V. A. que son suficientes las seguridades que os ofrece Pedro el Temerario?

—He dado la órden para que no se tome precaucion alguna, y en este instante me retiro en busca del lecho, tranquilo y cierto de que nada me ha de acontecer.

—Señor, hace poco que he venido de Marruecos y extraño á los acontecimientos que han tenido lugar en mi patria, durante estos últimos años, ignoro qué hace ese hombre, qué poder ostenta, qué egida le protege, para que, desde el valeroso monarca de Castilla y de Leon hasta el último de sus vasallos, digan en coro que Pedro el Temerario es superior á todos los nacidos hasta aquí. Comprendo que lo elogie y admire el vulgo, que todo lo aplaude; pero V. A., los grandes del reino, los primeros adalides de la nacion, los mas valientes en fin, de una comarca donde no hay cobardes, no se comprende ni parece tenga una explicacion clara y terminante.

—Sí, Guzman, la tiene; Lara es el mejor ginete, el hombre de más fuerzas, la mejor lanza, el más diestro y hábil, el más intrépido, osado y temerario, y á la vez el más noble, generoso, caritativo, el más aficionado á la justicia y el más virtuoso de los grandes y chicos. Es tan leal como vos, y por mí perderia mil veces su existencia; pero, ¡ay del rey si llegara á ser injusto, cruel ó tirano! al frente de sus montañeses caeria sobre nosotros, y en el campo, en nuestros castillos ó donde quiera que nos escondiésemos, allí daria fin de nosotros. En el Saucejo y comarca de Osuna gobernó siempre como monarca, y fué tan justiciero, tan virtuoso, tan afable, tan caritativo, tan noble, tan bueno en fin, que sus vasallos le llaman padre, lloran sus penas, ríen en sus dichas y más aún que respeto, le profesan un amor tierno, sincero, delirante. Si Lara gritase en Osuna, si su arrogante

voz pidiera auxilio, hombres, mujeres, niños y ancianos empuñarían el acero y correrían en pos de él con iracunda saña hasta vengarle ó perecer todos. Es el primer grande de mis reinos, el más poderoso de mi córte, más rico que yo, y con la mayor tranquilidad hay ocasiones en que duerme sobre el duro suelo, se alimenta con un pedazo de pan y un trozo de carne y anda por su pié veinte leguas en ménos de veinticuatro horas. ¿Quereis conocerlo mejor?

—Basta, señor, basta; ante un hombre así se descubrirá Alonso de Guzman.

—Ocultad su llegada á todo el mundo y retiraos á descansar, que cuando él lo ha dicho, ningun peligro nos amenaza.

—Los reyes se despidieron de Guzman y este, abandonando el alcázar partió á su morada, admirando el retrato que acababa de hacerle D. Sancho del invicto conde de Lara.

La ciudad seguía tranquila, si bien triste y como temerosa de presenciar una catástrofe; reinaba ese silencio y pavor que existe en un pueblo durante los ocho dias que preceden á la revolucion; habia ese mal estar que nadie explica, pero que se siente y el cual augura la tormenta, próxima á estallar. Y era que todos tenían noticia de la gran conspiracion que habia en la metrópoli, algunos nombres de los conspiradores corrian de boca en boca y eso le bastaba al pueblo sevillano para juzgar cercana una calamidad. En el conde de Lara miraban todos el áncora de salvacion, mas eran tan perversos sus enemigos, que temian á la vez por la vida del valiente, pero noble guerrero, que ni reparaba en las emboscadas, ni contemplaba nada capaz de detener su arrogante paso.

Pronto veremos que el miedo de los sevillanos tenía, por desgracia, sobrado fundamento.

CAPÍTULO XIV.

Tio y sobrino.—La antevíspera del domingo.—El torneo.

Ya sabemos que Pedro el Temerario llegó á Sevilla mucho antes que Guzman. Cubierto con su disfraz árabe penetró en su palacio por una puerta excusada sin ser visto ni conocido de nadie; de este modo hizo comparecer á su anciano mayordomo Rodrigo, y cuando lo tuvo presente le dijo:

—Sentaos, mi viejo maestro. Siento haberos hecho levantar tan de mañana, pero ya sabeis que por desgracia mia no puedo estarme quieto ni dejar tranquilo á ninguno de mis buenos servidores.

—Pedro—le contestó el mayordomo—sois nuestro amo y señor y todos os amamos; por lo cual cumplimos vuestras órdenes con el mayor placer.

—Gracias, amigo mio; y siendo así, contestadme á cuantas preguntas os voy á hacer. ¿Está mi tio D. Juan en el alcázar?

—Si, señor.

—¿Quién lo ha traído?

—Unos zegríes.

—¿De parte de quién?

—De la vuestra.

—¿Cómo está?

—Bastante mejor.

—¿Quién lo asiste?

—Un mago.

—¿Qué dice?

—Que sanará.

—¿Cuándo?

—En breve.

—¿Se queja?

—Maldice su suerte, suspira por vos y duerme.

—¿No le falta nada?

—No señor.

Después escribió el despacho que ya conocemos, lo mandó llevar á palacio y tornó á preguntar á Rodrigo:

—¿Qué ocurre en Sevilla?

—Há tiempo, señor conde, que el robo y el asesinato se practican aquí con la misma seguridad que en despoblado; pero desde hace cuatro días ha aumentado el número de las víctimas, siendo de notar que los asesinos dejan clavado el puñal en el pecho del herido, con un pergamino que dice: «muere á manos de los quinientos.» Continuamente se ven por las calles hombres enmascarados y todos hablan de una terrible lógia, compuesta de quinientos nobles, que día y noche conspiran contra la tranquilidad del Estado, la vida de sus enemigos y la bolsa agena.

—¿Qué puede motivar tan insolente descaro?

—El bando escrito por vos y mandado pregonar en el reino por S. A. el rey D. Sancho.

—¿Qué dicen de mí?

—Los buenos, señor, temen por vuestra vida y miran en vuestro brazo la cuchilla que ha de segar la garganta del malvado. Y temen con sobrado fundamento; que son mu-

chos los malos, poderosos, y conseguirán acaso, validos de vuestra hidalguía, dar fin del temible ariete que ha de demoler el castillo de sus crímenes.

—Que vengan.

—Aquí no osarán acercarse; pero, ¡ay de vos y de nosotros si os hallan en las calles de Sevilla solo é indefenso! Vos morireis de una puñalada y nosotros de pena.

—Me encontrarán.

—¡Señor!

—¡Basta, anciano; el mas cobarde de los temores es el que se tiene á miserables asesinos! Ellos probarán las consecuencias de mi bando y en mi pecho no se clavará el acero de sus puñales.

—¡Quiéralo Dios!

—Deseo, Rodrigo, que todos ignoren mi llegada á Sevilla; en la puerta de hierro, que esté un hombre de confianza, y en cuanto llame un noble apellidado Borja, que lo traiga á mi presencia, sea la hora que quiera. No tomeis precaucion alguna y que mi alcázar aparezca tranquilo y sin miedo sus habitantes á nada de cuanto acontece fuera de él. Saldré y entraré continuamente, pero nada temed, buen viejo, el cielo jamás abandona á sus hijos. Llevadme ahora á la estancia de mi tío.

Cinco minutos despues entró el Temerario en la alcoba de D. Juan, se sentó en un sillón que le pusieron á la cabecera del lecho y quedándose solo con el enfermo le contempló. Este, al ruido que hicieron, despertó, y viendo á su sobrino, intentó incorporarse, exclamando á la vez:

—¡Hijo! ¡cuánto te debo, y qué ingrato fuí á tus favores!

—¡A vuestro nombre, tío, á vos, á vuestros antepasados, á vuestros sucesores!

—Perdóname, Pedro; creí, como todos, que habias perecido y juzgué que debia el rey recompensar en mí los inapreciables servicios que prestastes á su trono. No me oyó como yo creía y el enojo que su ingratitud me produjo, unido

á la ambicion, que declaro haberme dominado, me impelieron á una rebelion que loco cometí, que cuerdo deploré!

—Y como si eso no fuese bastante, supisteis que el rey de Aragon ponía sitio á vuestra ciudad querida, al inespugnable Albarracin, corristeis en su defensa, os encerrasteis entre sus muros, como hacen los valientes y... y al poco tiempo se os concluyó el valor, engañasteis á vuestros soldados, fingiendo partir en busca de un socorro que no pensasteis nunca proporcionar, dejándolos abandonados y á merced del sitiador. Ellos, mas pundonorosos y valientes que su señor, defendieron la villa que no anhelaron nunca entregar, hasta que, convencidos de la falacia, aceptaron una capitulacion honrosa, maldijeron al que los obligaba á hacerla, y se retiraron en busca de otro jefe mas digno de tan leales vasallos. Mientras esto acontecia, huiais vos del sitio de la lucha y os dejabais robar, herir y maniatar por una partida de cobardes bandoleros, con los cuales pudo mi negro Alí.

—¡Todo eso es cierto, Pedro! reconozco mis faltas, hijas de un delirio insensato, y ansío obedecerte y seguir el resto de mi vida en pos de tí.

—D. Juan, no os he recordado vuestras faltas por hallar un pretexto para reprenderos; quiero únicamente que tengais la seguridad de que las conozco todas; de que soy el jefe de la familia, y de que á la primera que volvais á cometer os mandaré castigar con la misma indiferencia que al último de mis vasallos. Os perdono, no obstante, las pasadas, que es harto fecunda y perniciosa la época que atravesamos, y os ofrezco olvidarme de todo, con tal de que tengais siempre presente quiénes fueron vuestros padres, abuelos y restantes antepasados.

—Gracias, hijo, no lo olvidaré ni en lo sucesivo te daré motivo de queja.

—¿Cómo estais de vuestras dolencias?

—Muy bien. ¿Y tu esposa y padre?

—Quedaron en Jerusalem, buenos. Descansad ahora y no extrañad si permanezco poco tiempo á vuestro lado; asuntos de mucha cuenta me ocupan más de lo que yo quisiera.

—No pases cuidado por mí, me encuentro bien y la asistencia que recibo es digna de tí.

Lara se despidió de su tío, se disfrazó luego mejor aún de lo que estaba; y por la puerta de hierro salió solo y sin escuchar las prudentes reflexiones de Alí, que queria acompañarle. De este modo reconoció la ciudad, las casas inmediatas al real palacio; se mezcló, sin ser conocido por nadie, en las conversaciones que el pueblo tenía en los sitios públicos; habló con dos hombres que creyó con razon serian individuos de los *quinientos*, y cuando ya nada le quedó que averiguar, que saber, ni que intentar, se retiró á su palacio, le sirvieron una espléndida comida, buscando luego su lecho sobre el cual se quedó profundamente dormido.

Despertó á las ocho de la noche y cubierto con su disfraz, salió nuevamente del palacio continuando en su anterior reconocimiento. En esta ocasion halló á varios enmascarados, adquiriendo la seguridad de que en Sevilla existia, segun le habia indicado su mayordomo, una terrible lógia llamada de los *quinientos*; los cuales robaban y asesinaban impunemente, haciendo uso del poder que tenían y de una refinada hipocresía.

Por si alguna duda le pudiera quedar, el último hecho que presenció antes de entrar en su alcázar era por sí solo suficiente para desvanecérsela: se retiraba ya á su morada, cuando llegó á una calle estrecha y que concluia frente á su palacio; de pronto, y favorecido por la luna, vió salir de una casa, situada en el centro de la calle, á un caballero que tomó la misma direccion que él llevaba; la puerta que le dió salida se cerró mientras aquel continuaba tranquilo; pero aún no habia andado cuarenta pasos, cuando aparecieron dos enmascarados, que se hallaban escondidos en un portal, le dieron una puñalada y huyeron.

Lara observó el hecho y quiso seguir á los asesinos; mas se detuvo exclamando:

—Sería una imprudencia detenerlos; vale mas cogerlos reunidos que no de dos en dos.

Y esperó á que los sicarios desaparecieran. Luego se acercó al herido y lo levantó, preguntándole á la vez, quién era.

—No puede contestarme—añadió con dolor—¡el infeliz tiene atravesado el corazon!

Lo dejó otra vez en tierra y sacándole el arma homicida, pudo distinguir á la claridad de la luna el letrero de «muere á manos de los *quinientos*.» Despues limpió el puñal, lo guardó y seguidamente se dirigió á su alcázar, entrando por la puerta excusada que ya conocemos.

—Alí,—dijo al negro que le aguardaba á la entrada—dí á Rodrigo que se me presente al momento.

Cuando lo tuvo delante añadió:

—Anciano, á doscientos pasos del palacio acaban de asesinar los *quinientos* á un desgraciado que debe vivir cerca del sitio donde le han herido. Dispone que uno de mis caballeros se disfrace, entre en casa del muerto y averigüe las circunstancias que han precedido á ese crimen y de quién sospechan los individuos de su familia.

Salió el mayordomo, y Lara, provisto de varios pergaminos, comenzó á dictar órdenes que mandaba llevar á su destino segun las iba terminando; invirtiendo en esta operacion hasta las tres de la madrugada próximamente, que entró Rodrigo y le dijo:

—El asesinado era un mayordomo del rey, el cual salió para asistir á una cita dada por el infante D. Juan. Su familia ignora que tuviese enemigos; debiendo haber sido muerto por los *quinientos*. Nada mas se ha podido averiguar.

—Con eso tengo suficiente.

En el mismo instante se presentó Alí, diciéndole á su amo:

—Señor, Borja espera.

—Que pase al instante y dejadme solo con él.

Un momento despues llegó el anunciado, saludó al conde y esperó á que le preguntase; aquel le dijo:

—Sentaos, y hablemos.

—¿Delante del conde de Lara?

—Vos sabreis si sois ó no acreedor á esa merced.

—Por mi conducta pasada no merezco otra cosa que una sentencia de muerte; por la presente soy digno de vuestro aprecio.

—Sentaos.

—Gracias, señor.

—¿Qué habeis hecho?

—Mucho; más de lo que creí, si bien he pasado por trance cruel.

—¿Os desconocieron vuestros antiguos compañeros?

—¡Si eso solo hubiera sido! Para cumplir bien vuestro encargo, tuve nuevamente que asistir á la lógia; y áun euando esta ha cambiado completamente del estado en que la dejé, me fué fácil la entrada, mas la salida...

—¿Sois cobarde?

—Ganada la vida y consagrada á vos, todo el tiempo que me dure debo agradecerlo; y asegurada, como creo, la suerte de mis hijos, poco me importa perderla si de este modo puedo ganaros más; que solo los infelices huérfanos me obligaron á temer en el mundo. Podeis deducir de esto, que al serviros hoy solo me asustaba ó hacia temer el no poderos dar gusto; siéndome indiferente lo demás.

—¿Qué cambio recibió esa lógia?

—Que se aumentó considerablemente el número de sus individuos y que tienen una junta secreta, la cual dispone asesinatos que al instante son efectuados.

—¿A qué número ascienden los malvados?

—Hoy á quinientos; pero en breve pasarán de mil, pues quieren extenderla á todo el reino.

—¿Es decir, formar con ella la reunion ó confabulacion de todos los perversos de Leon y Castilla?

—Exactamente.

—¿Por qué asesinan?

—La junta secreta lo dispone, mas se calla la causa.

—¿Y los restantes obedecen?...

—Como una máquina.

—¿No tienen el derecho de denunciar?

—Por desgracia, sí, señor; y los encubiertos sentencian en el acto.

—¿Quiénes son los que componen esa junta?

—Veinte hombres que permanecen siempre enmascarados.

—Poco averiguasteis, Borja.

—¡Mucho, señor, mucho! El presidente es D. Lope de Haro, y en este pergamino están escritos los nombres de los restantes.

Lara cogió el escrito y comenzó á leer:

«D. Juan; el conde de...

Y continuó leyendo y admirándose de los nombres allí estampados.

—¿Estais seguro, Borja—le preguntó—de que todos estos señores componen esa terrible junta de asesinos?

—Sí, señor.

—Contadme ahora cuanto hayais hecho, sepais y merezca oírse, respecto de los conjurados, sus intentos y modo de reunirse. No omitid nada que pueda interesarme.

—En el momento que llegué á Sevilla, visité á algunos de ellos, inventando un milagro, al cual suponía deberle mi existencia. Les dije que caímos en manos de esos zegríes, que manda el misterioso caballero de la cruz roja, los cuales nos entregaron á vos; les referí los insultos que os hicieron, vuestra noble accion y la muerte que les disteis á los catorce. Al llegar aquí improvisé la fábula de que durante la lucha y cuando ya no quedábamos mas que tres, atravesé á un zegrí, monté en su caballo y confié mi salvacion á la velocidad del potro árabe que tan heroicamente acababa de conquistar.

—¿Os creyeron?

—Me escucharon confusos, aturdidos, maldijeron la hora en que regresasteis á Castilla y me citaron para la reunion de esta noche.

—¿Y luego?

—Fuí el primero que me presenté en los subterráneos...

—¿Qué sitio es ese?

—Aquel en que se juntan los individuos de la lógia.

—¿No tienen mas que uno?

—No, señor.

—¿Se ven todas las noches?

—Todas.

—¿Cómo se penetra en él y en qué parage está situado?

—Se entra por una casa pequeña y de muy mal aspecto que existe frente á un costado del palacio de Haro; y aun cuando no me consta, presumo que los salones donde tienen lugar las sesiones forman parte de los subterráneos del mencionado palacio del conde de Haro. Hé aquí el plano que dibujé con la casa, el alcázar y cuanto es necesario para que no os quede duda alguna.

Y le dió un pergamino que el Temerario miró detenidamente, exclamando despues:

—Perfectamente, Borja, esto es más aún de lo que os he encargado y por ello encontrareis la recompensa á que sois acreedor. Decidme ahora, ¿quién recibe á los conspiradores?

—Ocho enmascarados que han de estar al servicio de D. Lope.

—¿Teneis contraseña?

—Sí, señor, una medalla con el número que cada uno tiene en la lógia. ¿Quereis la mia?

—No, que os puede hacer falta todavía. ¿Qué número teneis?

—El 90.

—¿Entrais con el rostro cubierto?

—Unos sí y otros no; puede llegarse y permanecer en-

mascarado á no ser que el presidente mande descubrir á alguno de quien sospeche...

—Y que hace entonces aquel á quien le ordenan presentar su faz.

—No tiene otro remedio que enseñarla ó morir.

—¿Y si vosotros sospechais de algun individuo de la junta?

—Lo denunciarnos, lo reconocen sus compañeros y dan las explicaciones convenientes.

—Segun vuestro relato, hay estatutos.

—Sí, señor.

—¿Autorizan estos el robo?

—Recayendo en un enemigo de la lógia, sí, señor.

—¿Quiénes son sus enemigos?

—Todo el que sea denunciado por nosotros.

—¿En que fundais las denuncias?

—¡Ay, señor! en pretextos.

—¿Pero qué pretextos son esos?

—Varios, mas hoy se toma el de ser partidario de D. Sancho ó el de que sabe nuestros secretos y nos expía.

—Es decir, que se toman por contrarios de la lógia á vuestros enemigos particulares y se asesina y roba á todo el que señale vuestro furor.

—El de ellos, señor.

—¿Deciais que fuisteis el primero en llegar á la reunion de esta noche?

—Así es la verdad.

—¿Y despues?

—Fueron entrando hasta que nos reunimos los cuatrocientos ochenta y seis.

—¿Solo faltaron los catorce que yo maté?

—Esos únicamente. Ya todos allí se presentaron los que componen la junta y dió principio la sesion.

¿De qué trataron?

—De la comunicacion que han recibido de uno de los cau-

dillos del pretendiente; de los medios que van á emplear para extender la lógia por todo el país y de los nuevos estados que han de componer el reino de D. Juan.

—¿Es decir que van á regalarle la mitad al pretendiente y la otra mitad á D. Juan?

—Para el último reservan la mayor parte.

—¿De qué se ocuparon luego?

—De vos.

—Terribles estarían conmigo.

—Sí, señor, decretaron vuestra muerte por unanimidad, pasando todos vuestros bienes á los pocos Castros que quedan.

—La propuesta no daría lugar á discusion.

—Solo fué origen de aplausos.

—¿Cuándo y cómo me van á matar?

—De eso no pueden entender otros que los de la junta directiva, si bien ayudarán los quinientos en el momento dado.

—Trabajo les ha de costar, por vida mia.

—¡Guardaos, señor, que son muy malos!

—Ya los voy conociendo. ¿Trataron de algo mas?

—De mí.

—¿Os denunciaron?

—Sí, señor.

—¿Qué os sucedió?

—Sufrió un largo interrogatorio, sobre lo que antes referí á alguno de mis compañeros; y bien sabe Dios que hubo momentos en que juzgé no tornar á veros. Ya no eran mis hijos, cuya suerte tengo asegurada con vuestra proteccion, era la idea de perecer sin contemplar otra vez esa noble faz, lo que me hacia temer la muerte. ¡Ay! cuanto padecí ante aquel cúmulo de preguntas hábiles, capaces de confundir al mas diestro. En trance tan apurado alcé los ojos al cielo, rogué á Dios y me oyó, que su infinita piedad jamás se pide vanamente. Salí bien del interrogatorio, se levantó la sesion y haciendo uso de mi derecho me acerqué al libro de actas

y copié lo escrito sobre el torneo donde están los detalles que deseais.

—Pardiez, Borja, que os portasteis mejor aún de lo que yo esperaba.

—Sí; mas es el caso, que al salir fui detenido por dos individuos de la junta, que me examinaron nuevamente sobre los motivos que tuve para copiar el acta.

—¿Os quitaron el escrito?

—No, señor, pues les dije que ausente de la córte varios dias queria enterarme de lo acordado durante mi viaje para ayudarles con celo y completo conocimiento de causa; y se dieron por satisfechos si bien creo que dudaban de mí.

—¿En qué os fundais?

—En que me han seguido; mas yo lo noté y en vez de venir aquí entré en mi casa, saliendo media hora despues.

—¿Y no os expiaron luego?

—Al principio juzgué que sí; y sacando mi acero continúe con ánimo de abrirme paso á estocadas, toda vez que ya tenía lo que necesitabais; mas no volví á ver á nadie.

—Bien, Borja, dadme esa copia.

—Héla aquí, gran señor; si con ella puedo complaceros seré mil veces dichoso.

Lara cogió el escrito y lo leyó dos veces, brillando en sus ojos la alegría. Despues lo guardó y mirando con interés á Borja, le dijo:

—Estoy satisfecho de vos; suceda lo que quiera nada temed por la suerte de vuestros hijos. Concluyamos, que ya es hora de descansar: ¿recordais algo más que pueda interesarme?

Borja meditó, contestándole seguidamente:

—Sí; tenéis razon; saben que treinta y nueve de los cuarenta bandidos están en poder de D. Sancho y piensan facilitarles la fuga.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

—¿Nada más recordais?

—No, señor.

—Borja, prescindo de vos cerca de esos malvados, pues estoy seguro que os expían y no quiero que os asesinen. Marchaos á vuestra casa, encerraos y que no os vean. El lunes nadie os molestará ya, venid aquí y os daré alguna ocupacion.

El ex-bandolero demostró su agradecimiento al noble señor á quien tanto debia, partiendo con ánimo de cumplir el prudente encargo que le acababa de dar.

Cuando Lara se halló solo exclamó:

—¡Alí!

—¿Señor?—le contestó el leal africano.

—¿Dónde estabas?

—Detrás de tu sillón.

—¿Durmiendo?

—No: cumplia la voluntad de mi señora la condesa.

—¡Es decir, que escuchabas!

—Todo lo que habeis hablado.

—¿Ves, noble Alí, el estado en que hallo mi patria al regresar del privilegiado suelo que regó la preciosa sangre del sublime Hijo de Dios? ¿No te asusta, como á mí, la maldad de tantos hombres que aún se atreven á apellidarse nobles?

—No, amo mio, los malévolos existen en todas las clases de la sociedad, con la sola diferencia de que el rico en oro, ó en talento está en posicion de ser más perverso que el pobre de entendimiento ó dinero. Siempre ha sido lo mismo, señor; no tened D. Sancho ni tú, tan tiernos vuestros corazones, y con muchos verdugos y pocos perdones...

—¡Alí, todo es cierto, mas es tan amargo contemplar el cuadro que ofrece una sociedad minada por asesinos, hipócritas y villanos! ¡Duele tanto matar con la pluma! ¡Oh! ¡cada vez que me veo obligado á firmar una sentencia de muerte, siento un malestar que me dura mucho tiempo y

que me atormenta bastante! ¡Cuando dejaré de ver tan terribles cuadros!

—Cuando te encierres entre los montañeses del Saucejo.

—Pues no he de tardar, Alí, que el ambiente de la corte me fatiga y molesta.

En este instante fueron interrumpidos por la robusta voz de un arquero que gritó.

—¡Alerta!

—¡Alerta! ¡alerta!—repitieron veinte centinelas más situados sobre los muros del alcázar. A la vez se oyó el ruido de armas y el producido por la carrera de caballeros y soldados, que presurosos se dirigian á la parte exterior del edificio.

—Señor—exclamó Alí—¿corro á enterarme?...

—No—le contestó con tranquilidad el Temerario.—Pronto nos dirán qué motiva esa alarma; infiero que no ha de ser nada.

—¡Tienes tantos enemigos y abrigan tan perversa intención!...

—¡Son tan cobardes, Alí, que no se atreverán á llegar á las murallas que nos rodean! Gente que maneja el puñal jamás se ejercitó con la espada, la lanza, la maza, el hacha, ni aun el arco del infeliz ballestero.

—Creo lo mismo que tú, amo mio, y confieso que me alarmé indebidamente; los que no se atreven contigo al aire libre no es posible que intenten nada á la parte adentro de esos muros.

Al concluir Alí, penetró Rodrigo, quedando parado frente á su señor.

—¿Por qué corren mis vasallos?—le preguntó Pedro.

—Hace poco salió del palacio, por la puerta excusada, un caballero que acababa de hablar con vos, el cual fué acometido, á los pocos pasos que dió, por dos asesinos que ocultos debajo de las murallas, le estaban sin duda esperando. Hizo la casualidad, que antes de salir el caballero, distinguiera un soldado el grupo que formaban los dos sicarios; y dando

parte al jefe de la guardia, dispuso que fuesen observados por seis diestros ballesteros. Así es, que al ver la cobarde acometida dispararon sus flechas, derribando en tierra á los asesinos. Van enmascarados y han de pertenecer á los *quinientos*; uno de ellos se mueve sobre su sangre y pide auxilio.

—¿No se defendió el caballero que salía de aquí?

—Creo que no le dieron tiempo.

—¿Murió?

—Lo ignoro.

—Que bajen seis criados, recojan á los tres y los entren en la enfermería; que avisen á la vez al mago y cuando estén los cuatro volved á noticiármelo.

Salió el mayordomo y regresando al poco tiempo, le dijo á su amo:

—Señor, vuestras órdenes quedan cumplidas. Ninguno de los tres ha muerto.

Lara bajó inmediatamente y estrechando la mano de Borja, dispuso que fuesen reconocidos por el mago los tres heridos. Cuando el sábio árabe hubo terminado: se separó de allí con Pedro, y le dijo:

—Gran señor, uno de esos caballeros tiene la herida en el hombro derecho y no ofrece gran cuidado, los otros dos las recibieron en el pecho y aún conservan clavados en él los dardos que las motivaron. De la cura de estos últimos no puedo responder.

—Mago—le contestó Pedro—disponed que sea trasladado á vuestra habitacion ese caballero que recibió la puñalada en el hombro, curándole lo antes posible. Despues atendeis á los otros dos, dejándolos en este mismo salon.

—Era preciso—se atrevió á replicar el mago—empezar por extraer los dardos...

—Anciano, obedeced y callad.

Luego se dirigió á uno de los caballeros de su casa y le mandó que arrancase las máscaras á los asesinos y les quitasen los documentos que guardaran.

Concluida esta operacion resultó, que los heridos no llevaban mas escritos que los dos pergaminos sujetos á los puñales, en los cuales se veia el consabido letrado de « muere á manos de los *quinientos*. » Interrogados posteriormente por Lara, declararon pertenecer efectivamente á la lógia.

El conde se retiró á su despacho, y llamando al jefe de las fuerzas que custodiaban su alcázar, le dijo:

—El consejo sentenció á muerte á los treinta y nueve bandoleros cogidos por mí, y aun cuando no debieran expirar hasta pasado mañana, yo, como justicia mayor del reino con ámplios poderes de S. A., he resuelto otra cosa. Tomad, en este pergamino llevais una orden que cumplireis inmediatamente; á la vez ejecutad lo que os prevengo en este escrito. Podeis disponer de toda la fuerza que hay en el alcázar; vuestra cabeza me responde del puntual y exacto desempeño de lo que os encargo en esos documentos. Nadie se atreverá con los vasallos del conde de Lara; pero si algunos lo intentaran contad el número de ellos despues que hayais dado fin de todos. Partid al instante.

Pedro dictó algunas órdenes más, se dejó desnudar por Ali y buscó el lecho, dolorida su alma y angustiado el corazon, recordando los males que afligian á su desgraciada patria.

Noble, valiente, justiciero y á la vez generoso y caritativo, se condolia amargamente de que hubiese en el suelo donde nació hombres tan perversos y de índole tan infame. Mucho sentia tener que aplicar el riguroso bando redactado por él; pero convencido de la imperiosa necesidad de poner un fuerte correctivo á los males que miraba dó quier, meditó largo rato en el lecho donde se hallaba, exclamando por fin:

—¡Qué mueran, sí; duro es, mas no hay otro remedio; primero que se vierta la sangre de un inocente debe correr la de todos ellos! ¡la de todos!... ¡la... de todos!...

Y se quedó dormido. Ali lo vió y escuchando sus últimas frases, dijo para sí, oprimiendo los puños:

—¡La de todos, sí! ¡Gracias á Dios que tu noble corazón va comprendiendo que era vicioso el extremo de hidalguía en que se encerraba! Mueran todos, sí; primero que toquen al regaton de tu lanza, caigan uno á uno ó cien á cien esos hijos de Satanás. ¡Oh! ¡como haya lucha y yo me halle cerca, por María y la cruz, que he de dar fin de la mitad; y aun cuando me grites, «alto, Alí, alto!» yo diré ¡muere, infame, muere! ¡con el ruido de mis golpes no oiré tu acento; te volveré la espalda y contaré los que queden vivos cuando sean buenos todos los que estén de pié; que es harto penoso contemplar tanta maldad, muy duro vivir como nosotros y bastante molesto hallarse separados del ángel á quien tanto amamos! Interin, durmamos, negro; recuéstate aquí, á los piés de tu noble señor con el cuerpo descansando sobre este mullido lecho de alfombra y la mano sobre la maza de hierro, que aun cuando nada aquí nos amenaza, no creo inconveniente estar acompañado de una esposa que tiene mi mismo color y casi tan buen temple como mi alma. Ahora soñemos durante este corto periodo de calma, que la tormenta se acerca y acaso nos falte tiempo para dormir. El sueño es efectivamente dulce... va poco á poco enervándonos y en agradable sosiego paraliza nuestras facultades y... y se duerme. ¡Necio de mí, que intentaba imitar á los magos, con reflexiones vedadas á los que, como yo, les enseñaron tan poco!... ¡Qué sueño tan apacible!... ¡tan agra... agradable!...

Tres minutos después, amo y criado reposaban.

Al poco tiempo se abrió la puerta de la alcoba y apareció la figura del caballero de la cruz roja; miró con mucho interés á Lara, con bondad al africano, y llegó á sus labios una sonrisa mezclada de placer y de tristeza. Luego se inclinó, y sin hacer ruido alguno, fué á coger la maza que sujetaba el negro, mas este abrió los ojos y muy quedo le dijo:

—Me despierta el aire, me desvela el amor que tengo á mis amos, y si no fueras tú quien eres, el haber llegado hasta aquí te habria costado ya la vida.

—¿Dormias?—le preguntó el encubierto tan quedo, que solo Alí hubiera podido oirlo.

—Sí.

El jefe zegrí le alargó una mano, que el africano besó, se fijó nuevamente en el Temerario, inclinó la cabeza con sentimiento y se retiró, exclamando:

—¡Dormid, dormid, yo velaré por todos!

Y desapareció, dejando cerrada la puerta de la alcoba.

CAPÍTULO XV.

Los ajusticiados.—Régia visita.—Reconocimiento.

A las diez de la mañana se levantó el conde de Lara, salió á uno de los salones de su alcázar, y desde un balcon miró hácia la gran plaza que tenía delante. Cuarenta y un cadáveres contempló, sujetos todavía al patibulo donde perecieron. Eran los treinta y nueve bandidos que ya conocemos y los dos sicarios que hirieron á Borja la noche anterior. Fijo al mismo cadalso habia un cartel en el cual se leia:

«¡Murieron á manos de la justicia; fueron grandes criminales, y pertenecian á los *quinientos*. Rogad á Dios por sus almas!»

El patibulo estaba guardado por veinte hombres de armas de la casa de Lara; y un numeroso pueblo contemplaba á las víctimas con temor y sobresalto. No faltó, sin embargo, un atrevido que osó exclamar:

—Si el Temerario principió, pronto concluirá; que es apuesto caudillo y tan acabado su valor, que nada dejará por hacer; á los cuarenta y uno seguirán los cuatrocientos y pico. ¡Oh! muchos racimos como esos nos quedan que ver en idéntica parra.

Varios de la multitud miraron al que de tal modo se expresaba; pero ninguno se atrevió á replicar nada; todos no obstante aplaudieron interiormente las frases que acababan de oír.

Poco despues se presentaron dos briosos guerreros, cubiertos de acero desde la cabeza á los piés, se abrieron paso por entre aquella masa compacta de curiosos, y quedaron frente al patíbulo mirando á los ahorcados y particularmente á los cadáveres de los dos que hirieron á Borja. No llevaban insignia alguna que los diera á conocer, demostrando uno de ellos tanta arrogancia y altanería, que hubo de atraer sobre sí las miradas de cuantos se hallaban en la plaza. Luego se dirigieron al palacio del conde, solicitaron entrar, y franqueado el paso, subieron aceleradamente por la escalera principal. Uno de los dos se quedó en el salon inmediato, mientras el otro, penetrando en el despacho de Lara, cerró la puerta y se alzó la celada.

Era el rey D. Sancho IV, que se dignaba visitar á su amigo el conde de Lara.

Ambos se estrecharon cordialmente, tomaron asiento, exclamando el monarca:

—¡Tranquilo y sosegado encuentro á mi justicia mayor!

—Mas honrado me veis todavía, señor; que la merced de oiros en estos salones no tiene igual en el mundo.

—Mucho me holgara repetirla continuamente, que eso y más merece el dueño; pero quisiera no llegar tan afanoso y enojado.

—¿Os di motivo?...

—Para honraros y distinguiros únicamente; que sois tan bueno, leal y valiente que nadie se os antepone. Otros, conde amigo, causan mis enfados.

—¡Malvados, señor, que pienso confundir!

—Si antes ellos no logran hacerlo con nosotros.

—¡Primero séalo yo y todos los míos! que gran falta hacéis al misero pueblo que os obedece.

—Tanta por lo ménos me haceis vos á mí; y ruego á Dios por eso que no os deje confundir. ¿Quién os ha dibujado el cuadro que ostenta vuestra plaza?

—El verdugo, señor.

—Creo que algo le falta.

—Teneis razón; por lo ménos cuatrocientas noventa y ocho pinceladas como esas cuarenta y una.

—¿Qué os proponéis con exponerlo al público?

—Que vean nuestros contrarios de qué modo recogemos el guante que nos han arrojado.

—¿Los conocéis ya?

—A todos, señor.

—Entonces, ¿cómo no os concluyeron el cuadro?

—Es muy grande y ha de terminarse de otro modo.

—¿No os atormentan las víctimas que se miran do quier á manos de los *quinientos*?

—Mucho.

—¿Y tardais en evitarlo?

—Sí.

—¿Qué ignorais?

—Nada.

—¿Penetrasteis todos sus secretos?

—Todos.

—¿Qué os detiene?

—Un imposible.

—Vuestros montañeses hacen milagros.

—Están muy lejos.

—¿Por qué no vinieron con vos?

—Porque van á pintar otro cuadro.

—¿Adónde?

—A la raya de Aragon.

—Entonces, ¿quién concluye este?

—El ejecutor ó mis soldados de Sevilla.

—¿Solo esos?

—Y el justicia mayor.

- ¿Serán bastantes?
- Pienso que sí.
- Vais á tardar mucho, Lara, y seguirá corriendo la sangre inocente.
- Tengo mas prisa que vos, D. Sancho; que me falta el ángel que mitiga mis pesares y no puedo ir á su lado hasta ver terminados los dos cuadros.
- ¿Habeis salido de vuestro palacio?
- Estuve hasta en el vuestro.
- ¿Visteis los enmascarados?
- Sí, señor; hablé con ellos.
- ¿Y á sus víctimas?
- A mis piés cayeron.
- ¿No os dió pena?
- Partióseme el corazón.
- ¿Qué hicisteis, conde?
- Dejar huir á los asesinos.
- ¿Quién era el desgraciado?
- Un mayordomo de V. A.
- ¡Mi leal Macías! ¡sí, ayer lo asesinaron! ¿Qué vais á hacer?
- Esperar.
- ¿Y yo?
- Dormir tranquilo, que vela por vos el conde de Lara.
- ¿Os descubrió el secreto de los *quinientos* el caballero de la cruz roja?
- No tengo el honor de conocerle. Lo sé todo por el número 90.
- ¡Luego estais en relaciones con uno de ellos!
- ¿Qué os admira?
- ¡Los conoceis; penetrasteis sus secretos; teneis en Sevilla ocho mil vasallos míos y ochocientos vuestros, y viven esos hombres! Lara, ¿qué pensais?
- Hay entre ellos, gran señor, un infante, el segundo grande del reino y algunos otros allegados á V. A.

—Conde, basta ya de misericordia; mueran todos. ¿No escuchais los lamentos de las familias de treinta víctimas que llevan inmoladas en cuatro dias? ¿No oís las quejas y suspiros de mi puebló? ¿No atendeis los ayes de la gente honrada? pues todos se dirigen á mí; su lastimero acento llega á mi trono y me pide justicia, proteccion, amparo! Lara, amigo mio, no vacileis; yo penetraré con vos en medio de esos traidores y basta y sobra con los dos para acabar con los *quinientos*; perezcan esta noche, ahora mismo, si es posible.

—¿Me place oiros, señor; vuestro ardimiento vale tanto como el cetro que os otorgó la Providencia; y esa impaciencia que os agita y molesta, nacida en el más fuerte é hidalgo corazon, no tiene precio! Por María y la Cruz, que admiro más ese santo enojo que la régia herencia que os legó el anciano Alonso, gracias á la firma puesta con la punta de vuestra espada en su sabio testamento.

—Corramos, conde; la justicia nos impele, el deber nos llama y el país nos mira.

—Mañana, señor, mañana; hoy es pronto.

—Vuestra calma me asusta, Pedro el Temerario.

—Detrás de la calma aparece la tormenta.

—Acabe la primera y vea yo la segunda.

—Mañana, señor, mañana.

—¿Temeis á esos cobardes?

—Mucho; me asusta la idea de que pueda escapárseme uno solo.

—¿Por eso tardais?

—Y por otras cosas que no adivina vuestra luminosa razon ofuscada por la impaciencia.

—¡Oh! ¡me atormenta vuestra sangre fria! Hablad, conde, y al ménos convencedme.

—¿Teneis confianza en mí?

—Absoluta.

—Me concedeis la direccion de esa cacería de tigres.

- Sí, con mis ocho mil soldados.
- Esos no los necesito. ¿Me dais palabra de tener paciencia algunas horas más?
- ¿Y si al salir de aquí hallo, como al venir, enmascarados que hieren, y víctimas que ruedan?
- Volved la vista al cuadro que presenta esa plaza.
- ¿No hay remedio?
- No.
- Hablad, amigo mio, de vos no se puede dudar.
- Tornad á palacio y hasta la hora del torneo no permitid que os nombren á los *quinientos*, ni nada que tenga relacion con ellos. Cuando llegue ese instante, en union de vuestra esposa é hijos y seguido de vuestra comitiva llegad al circo, sentaos en vuestro palco y esperad. Será muy conveniente que no os acompañe otra escolta que la puramente indispensable, la cual deberá situarse con vuestra comitiva, detrás de VV. AA.; delante, ó sea en la grada, bastan con dos heraldos y cuatro pajes. Y aun creo sería oportuno que de los ocho mil hombres que teneis en Sevilla saliesen siete mil lo antes posible; con mil hay sobrados para la custodia del alcázar y de la ciudad.
- ¿Adónde los mando?
- Todos creen en Sevilla que yo camino en estos momentos hácia Aragon; que corra la voz de que van en mi ayuda; pueden acampar á una legua de aquí y esperar allí vuestras órdenes.
- Conde, los *quinientos* disponen de vasallos y servidores que multiplicarán considerablemente el número de sus amos.
- Ciertamente; juzgo que entre todos compondrán de seis á ocho mil hombres.
- Si salen mis soldados, solo reuniremos entre los dos, mil ochocientos.
- Creo, gran señor, que sobran la mitad por lo ménos. Ese sería mi deseo; que los ocho mil me llamasen al campo, ó aun cuando fuese á las calles de Sevilla; pero no sal-

drán; ya sabe V. A. que el hombre de puñal no entiende el manejo de la espada.

—La accion se presenta tan temeraria como todas las vuestras.

—¿No me preguntaba V. A. que si les tenia miedo?

—Sí, Lara; quise encenderos esa helada sangre que teneis hoy; mas no lo conseguí.

—Paciencia, señor, paciencia, y esperad hasta mañana.

—Aguardaré, D. Pedro; y si quereis que ambos nos quedemos solos contra todos ellos, sea así, que nada me asusta ni intimida; pero que vuelva yo á ver ese rostro encendido como ante los muros de Córdoba; altivo como delante de vuestros enemigos musulmanes; y fiero, enérgico y terrible, como el dia que me salvasteis la vida. Desechad, por Dios, ese hielo que me mata.

Pedro sonrió, bajo la cabeza y fué alzándola poco á poco, mientras que su mirada iba por instantes adquiriendo un fuego irresistible; luego se fijó en el valeroso monarca, diciéndole:

—¿Hielo suponeis que tiene mi sangre?... ¡hielo, gran señor? ¡y me abrasa, me consume el fuego que circula por mis venas! ¡Hielo, madre de Dios! ¡y me siento morir de ira, despecho é impaciencia! ¡Qué más quisiera yo que verme encastillado con esos quinientos tigres, solo y con mi maza de hierro! ¡Reunidlos, señor; reunidlos y encerradme con ellos: os daría mi vida y cuanto tengo si consiguierais hacerme tal merced! Cada gota de sangre que se derrama de esas infelices víctimas, cada ¡ay! que se pierde en el espacio sin hallar amparo ni proteccion, cada instante que pasa, son otras tantas puñaladas que se clavan en mi corazon, destrozan mi alma y aniquilan mi espíritu. ¿Por qué he abandonado á mi esposa, á mis padres, á mi querido Márcia, y he corrido aquí, acompañado solo de un negro, expuesto á morir mil veces, sin verlos, sin poder estrechar una de sus manos? ¿Creeis, por ventura, que he venido á estarme tranquilo

en mi palacio, helada la sangre y contemplando solo el inanimado retrato de la mujer más valiente y hermosa que existe en la tierra?

—Lara, amigo mio—exclamó el rey levantándose y echándole los brazos al cuello—no me ofende la reconvencion que encierran vuestras palabras, porque queria miraros así, terrible, imponente, fiero. Veo, conde, que pensais como yo, que guardais la piedad para otros ménos malvados, y me retiro gozoso, con la idea de lo que vais á hacer. Hasta mañana, justicia mayor.

—Quieto en vuestro palco, señor; el rey gobierna, sus vasallos se batan.

—Duro es el axioma, mas lo impone el deber y me resigno. Tengo, Lara, la lista de los vivos; mañana comemos juntos, llevadme la de los muertos y confrontaremos...

—Entre los anotados por el rey está D. Juan...

—Sí; que vaya tambien entre los que apunte Lara. ¡El cielo os conserve ese brio que os envidia un monarca!

—¡Dios os detenga sobre el sillón del palco!

—Hasta mañana.

—¿Me permitís que os acompañe hasta la plaza?

—No, que os pueden reconocer. Volveos á sentar y hasta mañana.

—Hasta mañana.

Lara se dejó caer sobre un sillón, mientras el rey, bajándose la celada, echó á andar, exclamando:

—¡Guzman, á palacio!

—Os sigo, señor.

Y uniéndose, partieron de allí del mismo modo que entraron. La multitud continuaba obstruyendo el paso de la plaza y calles circunvecinas; pero al ver salir del alcázar de Lara á los dos caballeros, se apiñaron, abriéndoles calle y mirándolos con interés.

Sevilla permanecía tranquila; mas en los semblantes de sus hijos, en sus breves y entrecortadas frases, en el miste-

rio y recato con que se comunicaban sus ideas se veía el anuncio de la tormenta que amenazaba estallar. De vez en cuando aparecían algunos enmascarados, á los cuales miraban con temor, sobresalto y enojo; y los mas, encerrados en sus viviendas, comentaban la noticia, que algun atrevido les llevó, sobre el cuadro que presentaba la plaza del conde de Lara. No obstante la incomunicacion á que gustosos se condenaban, el retiro doméstico en que vivían, y la seguridad que les ofrecía su propia morada, se expresaban muy quedo, temerosos al parecer, de ser escuchados por los *quinientos*. « La sociedad está minada—repetían sin cesar;—por todas partes nos cerca la muerte, y si el conde de Lara no llega pronto, darán fin de nosotros. » Y ante estas reflexiones, palidecía el esposo, temblaba la casada, mientras los hijos se arremolinaban en torno de los padres.

Tal era el desarrollo que tuvieron durante un corto periodo del reinado de D. Sancho, la torpe ambicion y la maldad de aquellos hombres sin patria, sin corazon ni humanos sentimientos. Es probable que algunas lógicas italianas estudiaran muchos años despues los hechos de estos perversos para imitarlos y estremecer al mundo con el relato de ellos, puestos nuevamente en práctica, segun nos cuenta la historia de Venecia y de algunos otros reinos de ese pueblo que un dia formó el primer imperio del orbe.

De este modo transcurrió el dia. Lara entonces pidió á su negro dos caretas, se enmascararon ambos, é imitando á los conspiradores se dirigieron á la orilla izquierda del Guadalquivir, donde concluían en aquel momento el palenque que debía encerrar á los asistentes al torneo. El conde examinó detenidamente el circo, sin que nadie se atreviese á molestarlo; despues observó unas cuantas casas cercanas al mismo y últimamente todos los buques anclados en aquella parte del rio. El sitio donde se construía el cerco, era el llamado hoy las Delicias, el cual no tenía entonces la frondosa arboleda que motiva el poético nombre con que es conocido.

Una inmensa llanura, algunas viviendas esparcidas aquí y allá, la margen izquierda del Bétis, y á gran distancia las calles de la poblacion; eso era todo lo que se veia en un paraje que hoy es verdaderamente delicioso.

Reconocido todo minuciosamente por el Temerario, iba ya á retirarse, seguido de Alí, cuando vió salir de una casa inmediata tres enmascarados como él, y acercándosele uno le preguntó:

—¿Qué números teneis?

—Ninguno—le contestó el conde con altanería.

En el mismo instante silvó otro de los encubiertos, y poco despues salieron de la misma casa hasta doce de los mismos. Lara no se movió ni dió señales de sorpresa ni de temor. Alí, pegado á su señor guardaba la espalda de este, desenvainando con mucho disimulo la formidable daga que escondia debajo de su manto.

Un momento mas tarde, amo y criado se hallaban rodeados por quince asesinos. El primero que interrogó á Pedro volvió á preguntarle:

—¿Quiénes sois?

El conde lanzó sobre él una mirada desdeñosa, preguntándole á su vez:

—¿Qué números teneis vosotros?

El enmascarado dudó, despues le dijo:

—Desde el 20 al 34.

—¿Cumplís vuestra mision, segun se os ha ordenado?

—Sí.

—En ese caso mañana recibireis la recompensa.

Y fué á partir, pero á la vez vió brillar quince puñales, oyendo otras tantas voces que exclamaron:

—¡Alto!

—¡Paso á dos individuos de la junta!—replicó Lara con calma y desden.

Los puñales se escondieron descubriéndose á la vez todos los conspiradores.

—Señor—añadió el único que le habia dirigido la palabra—perdonad; no os habiamos conocido y...

—Entiendo, y me agrada veros tan valientes. ¿Habeis tomado esas viviendas?

—Todas están en nuestro poder. ¿Si gustais pasar?...—

—Gracias. Hasta mañana, *hidalgos*.

—¡Ay de nuestros contrarios!—exclamaron los quince.

—¡Ay de mis enemigos!—les contestó Pedro; le abrieron paso, siempre descubiertos y desapareció.

—¿Qué haces, Alí?—preguntó al negro cuando estuvo á doscientas varas de los sicarios.

—Guardaba mi daga, señor.

—¿Pensabas atacar?

—Y matar á los quince.

—¿De qué manera?

—De un modo contrario á como tú lo hiciste con los catorce compañeros de esos villanos.

—¿Cómo lo verifiqué yo, y cómo lo ibas á practicar tú?

—Mi señor solo movia la mano izquierda para detener los golpes y la derecha para darlos; imitando al leon, que fuerte y poderoso, le basta alzar las garras para confundir á sus débiles enemigos. Yo, con ménos fuerzas, pensaba asemejarme á la pantera, que salta, se revuelve y gira en torno, destruyendo á las fieras que intentan vanamente acorralarla.

—Mucho temí que descubriesen tu color y hubieran tenido que batirse la pantera y el leon.

—Me miraron bien; mas mi careta, la gorra y el manto, burlaron la curiosidad de esas pobres gentes.

—¿Y si en vez de quince hubieran salido ciento, ó los quinientos y nos acometieran?

—¡La maga, señor, la maga correria en nuestro auxilio!

—Esa canalla, negro, ni teme á la nigromancia ni al demonio que los inspira.

—Corrido hubieran, ó muerto todos, que con la maga

están los zegríes, con estos y aquella el de la cruz roja, y con él tu ángel bueno y el de todos nosotros.

—¡Misterios son esos, Alí, capaces de confundir la cabeza más privilegiada!

—Día llegará en que abierto el arcano, contemplarás la verdad, y tu generosa mano se fijará con cariño sobre el hijo del Desierto, como ya lo hizo en otras ocasiones.

Poco despues dieron vista al palacio, penetrando en la gran plaza donde estuvieron los ajusticiados. Cerca de anochecer se llevaron estos al cementerio, y ahora veinte carpinteros concluian de deshacer los cadalsos, y entre los soldados de Lara, miraban temerosos á varios enmascarados que veian en las calles circunvecinas. El conde, cubriendo con su manto la mayor parte de la careta, se acercó al jefe que mandaba los veinte hombres que aun permanecian en la plaza, y le dijo:

—Con la fuerza que teneis aquí ahuyentad á esos encubiertos que intentan expiar mi palacio. Si algunos os hicieran frente matadlos; si huyen, dejadlos correr. Desde aquí os observo.

Inmediatamente fué cumplida la órden de Pedro; mas al ver los asesinos que los soldados de Lara se dirigian hácia ellos, emprendieron una fuga precipitada.

Un cuarto de hora mas tarde los carpinteros se habian retirado á sus talleres, el conde y la tropa estaban dentro del alcázar, los enmascarados no osaban aproximarse á las calles circunvecinas, y en la gran plaza donde tuvo lugar la ejecucion reinaba un profundo silencio que nadie se atrevia á interrumpir. La luna, á pesar de su completa redondez, se hallaba cubierta por negros nubarrones que presagiaban una próxima tormenta. Soplaba el fuerte vendabal, los maderos crugian y los árboles inclinaban sus copas ante aquel invisible y poderoso rey del éter. De vez en cuando brillaba el fugaz relámpago, haciendo con su claridad más negras las nubes, más triste el espacio y más espantosa la noche.

La naturaleza imitaba á los *quinientos*; ambos preparaban la revolucion, la una en la atmósfera y los otros en el suelo de Sevilla. La mayor parte de los buenos temblaban; mientras los malos suponian que el aire, los truenos, los rayos y la tormenta en fin, les auguraban buen éxito en la inicua jornada que cautelosamente estaban disponiendo.

El corazon humano ha sido siempre el mismo; desde Cain hasta nuestros dias no hay período corto ni largo que deje de presentar hombres impelidos por pasiones bastardas, perversos, criminales y ahijados de Satanás que, sin patria, religion ni afecciones corren en pos del delito sin otra idea. que la del mal, con el cual consiguen connaturalizarse. Con más ó ménos hipocresía, recato ó astucia, pero con la misma dañina intencion, encono y maldad, siempre hubo malévolos que conmovieran la sociedad, minaran sus cimientos y ansiaran empujarla al caos. Sobre las ruinas del palacio de la virtud, ha intentado continuamente el vicio levantar su castillo. ¡Ay de los obreros que pretendieron y pretenden construir el último! su alcázar estará en el aire dispuesto á confundir entre sus escombros á los mismos que lo formaron. La Providencia, protectora de la virtud, sostendrá siempre con su inmenso é inatacable poder el palacio que la cobija; encerraos en éste y no temais que el pico del obrero del vicio consiga minar sus cimientos.

CAPÍTULO XVI.

El conde de Lara penetró en su morada, mandó formar á sus vasallos y les pasó una escrupulosa revista. Luego se encerró con todos los caballeros de su casa, les dió varias instrucciones, y cuando hubieron comprendido perfectamente la idea que el Temerario intentaba realizar, se retiraron de allí, enteraron á los soldados de lo que á ellos correspondía practicar, y esperaron á que fuese cerca de la media noche. Interin llegaba este momento salieron cuatro jefes, llevando ocultos sus trajes de guerra con un disfraz, reconocieron el muelle, hablaron con los patrones de los tres buques mayores que se hallaban en el puerto, estos levaron ancla, dirigiéndose acto continuo como á Sanlúcar: tres de los caballeros de Lara quedaron repartidos en los barcos mientras el cuarto volvió al palacio observando las calles por donde pasaba y muy particularmente los alrededores de la plaza y alcázar del conde.

En estos momentos silvaba con mas fuerza el vendabal, los truenos se sucedian con muy pocos intervalos, caia el

agua á torrentes, reinando una profunda oscuridad, herida de instante en instante por la rojiza luz del relámpago.

Calado, pero atrevido y brioso, llegó al palacio el cuarto caballero de los que fueron al muelle y entrando en la cámara donde estaba su jefe, le dijo:

—Señor, tres grandes buques genoveses se dirigen al punto convenido; los patrones aceptaron gustosos la proposición sin cuidarse de otra cosa que de coger el oro ofrecido. Mis compañeros se han quedado cada uno en un barco y en este instante nos aguardan ya. La noche, gran señor, favorece vuestro intento; el agua que cae, la oscuridad y el espantoso ruido del trueno y del huracan, ocultando á vuestros vasallos no permitirán se sienta el choque de sus pisadas. Opino porque no se pierda un instante.

—Salid inmediatamente; mas no por eso dejéis de ser precavidos.... y leales.

—Fiad en nosotros, noble y poderoso señor; en vuestra casa no hay un solo traidor ni un hombre que tema morir por vos.

—Eso mismo creo, amigo mio; por esta razon os dejo solos, os confío la salvacion de la patria y espero que ahora como antes seguireis haciéndoos dignos de la admiracion de propios y de extraños. No perdais tiempo, estrechad mi mano y partid.

—Gracias, generoso conde; vuestros vasallos cumplirán en esta solemne ocasion como buenos y leales, que de ello hartas pruebas os tienen dadas.

—El rey os mira, la nacion os contempla.

—Uno y otra dirán mañana que los hijos son dignos de su inimitable padre.

—Hijos, vuestro padre soy, y la madre comun, la patria, nos espera; corred y sea nuestro lema, vencer ó morir.

—Lo primero, señor, lo primero; mañana lo vereis.

Salió el caballero, y el conde seguido de Ali, abrió un balcon, y á pesar del diluvio que regaba la tierra permaneció

ció cerca de un cuarto de hora apoyado en el quicio. Después oyó un ruido que apagó un trueno, y á la luz de otro relámpago distinguió á sus vasallos que salían de cuatro en cuatro y por diferentes calles se dirigian fuera de Sevilla; pero encaminándose unos y otros hácia la izquierda.

La noche continuaba cada vez mas terrible; Lara sonrió, mirando el estado de la atmósfera, y le dijo á Alí:

—Las buenas causas tienen muchos defensores; hasta los elementos ¹ favorecen la nuestra, negro.

—¡Terrible noche, señor!

—Magnífica, Alí, no cabe mejor. ¿Te asustan esos truenos?

El negro enseñó sus dos filas de nacarados dientes, brilló la risa en sus labios de azabache y le contestó:

—En el desierto de Sahara dormía muchas veces arrullado por los bramidos de la tempestad, los silvidos de los huracanes y el rugido de las fieras. La tierra formaba mi lecho, las piedras mis almohadas y las nubes mis sábanas.

—¡Pobre Alí, cuán mísero naciste, y cuán fuerte te hizo la Providencia! Sepamos si nos asusta la tormenta; tráeme un jaique, mi baston-lanza, y partamos.

—¿Tampoco á tí te impone ese temporal?

—Yo tambien dormí á la intemperie, frente al enemigo y arrullado por los truenos, el zumbido de los aquilones y el alerta de mis montañeses.

—¡Válgame Dios! ¡qué poderoso te hizo la Providencia, y qué espléndido fuiste con el oro, la tranquilidad, el reposo, y los botes de lanza!

—Al muelle, Alí, al muelle.

—Tu jaique, el mio, armas... Al puerto, señor, al puerto.

De cuantos vasallos tenía Lara solo quedaron veinte cen-

¹ Hoy la ciencia solo llama elemento á todo principio físico que entra en la composición de un cuerpo, sirviéndole de base; y á cada una de las sustancias simples que combinadas unas con otras forman un cuerpo compuesto; pero en aquella época se tenían por elementos al agua, al viento y demás agentes que concurren á formar una tempestad.

tinelas al mando de Rodrigo; los restantes todos habian partido.

El conde y su negro se retiraron del balcon, y cubriendo sus cuerpos con jaiques musulmanes salieron por la puerta de hierro. Casi á tientas y sin hallar á nadie llegaron al muelle, subieron en la primer lancha que distinguieron á la luz de un relámpago, cogió Alí los remos, y se encaminaron frente al circo donde debia efectuarse el torneo. Poco despues que ellos, se acercaron al mismo sitio tres buques genoveses, que venian en direccion contraria, anclaron, situándose lo mas cerca posible de la orilla izquierda, y quedaron cual mudas fantasmas.

El conde y su criado observaron á corta distancia, y á la luz de los relámpagos la operacion practicada de recoger velas, notando que los tripulantes fueron desapareciendo poco á poco hasta que no quedó uno sobre cubierta. Luego distinguieron en la popa de cada barco un hombre que, con el mismo traje que ellos llevaban y los brazos cruzados, miraban hácia el palenque, sin moverse y cual si fueran de piedra. Ni una sola voz, ruido ni nada extraño percibieron que pudiera excitar sospechas ó llamar la atencion del mas escrupuloso observador.

El trueno continuaba sonando, los aquilones acrecian, el torbellino se dejaba ver y caia el agua como si se hubiesen abierto las cataratas del firmamento. La revolucion atmosférica descargaba sus rudos golpes con una intensidad terrible; á negros nubarrones sucedian otros más grandes y más cargados, y juguetes del fuerte huracan, iban, venian, se arremolinaban, chocaban unos con otros, y á la vez arrojaban sobre Sevilla una cantidad de agua que convertia sus calles en acequias y las plazas en extensas lagunas.

En lucha continuada la corriente del rio con la marea, que desde la entrada de Sanlúcar llegaba hasta allí, columpiaban dulcemente la débil barca donde Pedro el Temerario en indolente postura recibia sin disgusto el molesto baño con que

le obsequiaba la tormenta. Con la misma calma y sangre fría escuchaba el horripilante trueno y miraba en lontananza el surco de la centella, señalado con fuego eléctrico. Su altiva mirada corria de un lado para otro aprovechando la efímera existencia del relámpago para fijarse en aquellos tres buques que tan cerca tenía; mas su curiosidad quedaba burlada ante el prolongado silencio de pasajeros y tripulantes y la perpétua inamovilidad de los tres hombres que sobre la popa del buque daban frente al circo recién construido.

Cansado el conde de no ver ni escuchar nada, dispuso que la nave se acercase al primer barco genovés por la parte donde estaba la cadena del ancla que era la mas baja: ya allí, dió un salto, se agarró al borde del buque y trepó á cubierta, sin hacer ruido alguno; despues anduvo algunos pasos y se situó á espaldas del frio vigilante; brilló un relámpago, lo reconoció, y acercándose hasta juntarse con él, le dijo:

—Muy bien; me agrada ese silencio y actitud de mis vasallos.

El interpelado retrocedió asombrado, mas conociendo al conde, le contestó:

—Señor, ¿habeis venido en alguna nube?

—Poco ménos; la oscuridad que reina es del mismo color que esos negros nubarrones. ¿Donde están mis soldados?

—En las cámaras y bodegas de los buques.

—¿No permitis que desembarque ningun tripulante?

—No, señor.

—¿Y si alguno bajase como yo he subido?

—Difícil es, gran señor; que les falta vuestra estatura y una lancha como la que vos tendreis.

—Tanto como á los de fuera conviene observar á los de dentro.

—Así lo haremos, señor conde.

—¿No hallasteis en el camino nada que llamase vuestra atencion?

—Nada absolutamente.

—Hasta mañana, valiente Jacobo.

Y Lara bajó á las cámaras, luego á las bodegas, y de este modo fué reconociendo uno por uno los tres buques anclados. Sus ochocientos vasallos próximamente, se encontraban escondidos, apiñados, silenciosos, perfectamente armados y ansiando que llegase el día y su amado y temerario jefe les mandase salir de tan pequeñas habitaciones para el número de hombres que estaban allí reunidos. Pedro elogió la actitud de aquellos valientes y leales soldados, se despidió de ellos, y volviendo á bajar á su lancha, tornó al muelle, saltó en tierra, y seguido del negro se encaminó nuevamente á su alcázar.

A nadie encontraron amo y criado en las calles de la ciudad; bien es verdad que la noche no se prestaba á otra cosa que á permanecer escondido desde el más atrevido al más cobarde en el último rincón del hogar doméstico. El conde llegó á su palacio é inmediatamente le desnudaron y buscó el lecho, donde al poco tiempo se quedó profundamente dormido. Allí hizo lo mismo, exclamando al inclinar la cabeza:

—La tormenta de arriba es mayor que cuantas he presenciado en mi vida; pero la de abajo, por María y la Cruz que se va preparando para ser tan buena como la que tiene encima. Durmamos, negro, durmamos; ¡quién sabe si mi lecho será mañana el estrecho hueco de una fosa! ¡Todo podrá ser, que donde las toman las dan, y por el nombre de mi señora, que si se enreda la pelea he de matar mañana hasta que no quede uno ó me derriben en tierra!

Y el africano cerró los ojos, imitando poco despues á su dormido señor.

Poco á poco iba cesando el bramido de la tormenta; dejó de silbar el huracan, paró la lluvia y el silencio fué reemplazando por instantes al ruido que no há mucho estremecía la tierra. Media hora despues solo se oia la corriente que surcaba las calles en busca de un descenso que la pre-

cipitase en el abismo adonde parece ser condenada á posar.

Por fin llegó el tan deseado domingo para unos, tan temido para otros y tan terrible para algunos. El dia amaneció triste, pavoroso y como presagiando otra nueva tormenta. Cubrían el espacio multitud de nubes que ocultaban con empeño la ardiente faz del sol; reinaba un viento Sur, flojo, caluroso y pausado; los pájaros no se atrevían á abandonar sus nidos y la naturaleza en fin, ocultaba esa vida, animación y alegría que le presta el riente y placentero Abril.

En este dia celebraba Sevilla el tercer alumbramiento de S. A. la reina doña María Alfonsa de Molina; por lo que la córte, con permiso del rey, dispuso un torneo y el pueblo sus antiguas danzas, músicas, víctores y la algazara consiguiente á tales fiestas. Fué entrando la mañana, y aunque escasas y como temerosas, salieron algunas danzas, un centenar de músicos y un millar de hermosas sevillanas capaces de conmover el corazon mas duro. No se veía ningun enmascarado; tampoco andaban por las calles soldados del rey ni vasallos de los grandes; por lo cual el pueblo fué poco á poco animándose hasta conseguir recobrar parte de su antigua alegría. A las diez de la mañana cien mil personas transitaban por Sevilla; bailaban unos, otros cantaban, y la mayor parte tomaban sitio en los alrededores del palenque, deseosos de presenciar el torneo, mientras los dignatarios y caballeros se armaban y disponían sus ricos trenes para asistir á aquel juego donde solían lucirse los mas apuestos y hábiles donceles.

Por fin llegó el mediodia, hora destinada para la salida del rey; el pueblo cubrió toda la carrera y esperó. Jamás presenciaba Sevilla un acto como este sin ménos aparato guerrero; en el tránsito no habia un solo soldado, ni los amigos de S. A. trataron tampoco de llenar este hueco que el bravo rey dejaba vacío con premeditado intento.

No tardaron mucho en cruzar por todas partes briosos caballeros vestidos de punta en blanco unos, y otros con

todo el lujo que era posible en tal época. Multitud de pajes, escuderos y criados, cuadrillas de hidalgos y cientos de combatientes se dirigian al trote, y con la arrogancia del que se dispone á vencer, al renombrado palenque.

Un instante despues sonaron los timbales, bocinas y atambores, la música de la cámara real entonó un himno entusiasta y melodioso, y seguidamente aparecieron en los umbrales del alcázar la arrogante figura de Sancho el Bravo y la bella de doña María Alfonsa de Molina. El monarca iba sereno, altivo y un tinte que demostraba el enojo que hervia en su pecho, coloreaba su régio y varonil semblante. Doña María, hermosa como siempre, tendia su mirada de águila sobre la compacta masa que formaba el pueblo, pretendiendo indagar lo que cada uno de aquellos hombres queria ó meditaba. Ambos ostentaban régias coronas de oro y brillantes, ricos mantos de grana con castillos y leones, sobre túnicas de tisú, con calzado de terciopelo carmesí recamado de piedras costosas.

Rompieron la marcha cien guardias de S. A.; á estos seguian varios pajes; que llevaban en bandejas de oro las alhajas ofrecidas á los vencedores y diestros adalides; luego iban los heraldos, despues los reyes de armas, en pos los soberanos y detrás los mayordomos, caballeros, grandes y damas, componiendo entre todos una comitiva brillante, altanera; pero escasa, para lo que debia ser. Unos sabian el acontecimiento que iba á tener lugar y los otros lo presentian, por lo cual fingieron, varios enfermedad, algunos ausencia y muchos se disculparon con puerilidades que patetizaban claramente su miedo, excitando á la vez el desden de sus reyes. En consecuencia, era reducido el régio acompañamiento en número, pero abundante en brio, gentileza, valor y apostura. Damas, caballeros y grandes llevaban la frente erguida, ardiendo la mirada, desdeñosa la accion y serena la faz. Los cobardes quedaron en el hogar aplicando el oido, latiendo el corazon, moviendo la lengua y asustán-

dose del ruido de sus propias pisadas. Los valientes, los pun-donorosos, los caballeros, con sus esposas é hijos rodeaban á los nobles monarcas á quienes tendian un miserable lazo la traicion, la maldad y la infamia. Los primeros debian figurar en un museo de mómias, los segundos en el puesto que ocupaban.

Saludados por el pueblo, victoreados por la multitud, con paso tranquilo y rostro sereno llegaron D. Sancho, su esposa y comitiva al sitio presidencial. Era este un palco grande, forrado de terciopelo encarnado, en el cual habia dos sillones y varios taburetes; por fuera tenía el escudo de armas repetido tres veces y en sus ángulos ondeaba la bandera nacional. Estaban cerrados sus costados y espalda y el frente presentaba una verja corta, que lo dividia de una grada que descendia hasta el palenque, siendo su elevacion de unas seis varas próximamente.

A la derecha existia otro mas pequeño, el cual ocupaba el justicia mayor y sus caballeros; y otro mas chico aún situado á la izquierda, era el destinado para los reyes de armas.

El rey y la reina se sentaron en los sillones; los grandes, caballeros y damas en los taburetes que habia á espaldas de aquellós; los heraldos al pié de la grada; los pajes en esta; veinte guardias al mando de D. Alonso de Guzman rodeaban el palco régio, y los ochenta restantes el circo, para impedir la aproximacion de la multitud. Este era todo el aparato guerrero que ostentaba el bravo monarca contra sus ocho mil enemigos; no cabia ménos seguridad, más confianza de sí propio, ni más desden, teniendo en cuenta el acto y la costumbre de llevar mucha fuerza para impedir los abusos que en tales fiestas solian efectuarse, cuya circunstancia hubiera disculpado sobradamente el aumento de soldados, sin excitar sospechas.

A la derecha del palco real corrian presurosas las cristalinas aguas del caudaloso Guadalquivir, cuyas preciosas már-

genes causan tanta admiracion; enfrente se extendia lozana, risueña y agradable una de las más poéticas campiñas de Europa, y á la izquierda aparecia Sevilla medio árabe, semi-gótica con sus muchas y elevadas torres, sus ochocientos palacios y alcázares, sus bonitas casas, templos, mezquitas, jardines, fuentes, y un conjunto magestuoso, sublime.

El cielo continuaba oculto por una extensa sábana compuesta de apiñadas nubes que detenian los rayos del sol. Seguia reinando un viento Sur, flojo, caliente y húmedo; las flores inclinaban sus tallos, los pájaros callaban, y la naturaleza, en fin, parecia triste y agorera.

Un pueblo inmenso, á la distancia de cien varas, rodeaba el palenque, miraba á sus reyes y esperaba con ánsia la señal para aplaudir y admirar á los más briosos caballeros.

— ¡Qué lástima—decian—que no esté el conde de Lara! ¡Con él falta hoy el primer ginete y la primer lanza! si llegase, pronto recogerian sus pajes todos los premios del torneo.

— ¡Pobres aragoneses—replicaba otro—mas les valiera que estuviese aquí!

—Entre tanto—añadia un robusto mozo—esos malditos enmascarados, que Dios confunda...

—Silencio, Santiago—exclamaron muchos—cierra tus labios y déjanos en paz esta tarde.

El mozo calló y la confianza que desapareció por un momento al solo citar á los encubiertos, volvió otra vez á apoderarse en parte de la curiosa multitud.

La coincidencia de haber salido de Sevilla casi toda la tropa real al mismo tiempo que dejaron de verse enmascarados, infundió cierta tranquilidad en el ánimo del decaido pueblo; gracias á lo cual hubo algo de expansion y regocijo, si bien no tanto ni con mucho del que demostraron en otras fiestas de idéntica naturaleza, pues á pesar de todo existia un malestar que turbaba continuamente la alegría de los sevillanos.

Por último, D. Sancho el Bravo lanzó una mirada sobre todos cuantos le rodeaban en el palco, y satisfecho del aspecto de sus semblantes, hizo la señal, tocaron los atambores, se abrieron las puertas del palenque y comenzaron á entrar el justicia mayor suplente, por ausencia de Lara, sus caballeros, pajes y heraldos, y los reyes de armas con su séquito, tomando unos y otros posesion de sus respectivos palcos, volviéndose á cerrar el circo.

Todos se fijaron en la gravedad y mesura del sustituto de Pedro el Temerario y en el lujo y arrogancia de los que siguieron á este, mientras el soberano mirando al sitio por donde supuso debería venir su amado conde, demostraba no oír ni ver nada de cuanto le rodeaba. La reina, que estaba en todas partes con su vista, le tocó con la mano, y aquel entonces hizo maquinalmente otra señal que repitieron las músicas, las bocinas y los atambores, é inmediatamente se rodeó el palenque de caballeros pidiendo campo, mas la puerta permaneció cerrada. De todas partes se vieron venir acto continuo briosos ginetes, cuyos potros ostentaban ricas mantillas que los cubrían por completo; hábiles cuadrilleros con su arrogante jefe á la cabeza, y multitud de guerreros en fin que ocupaban un rádio extensísimo.

Si la comitiva real era escasa, en cambio los asistentes al torneo se presentaban en número tan crecido, que jamás se había visto en palenque alguno pretender tanto adalid el campo que D. Sancho iba á abrirles.

Todas las miradas se volvían ahora hácia aquel enjambre de caballos, caballeros, pajes, escuderos y sirvientes, que en revuelto turbion se confundían y apiñaban junto á la valla que los separaba del palenque.

La reina recorría con su vista todos los rostros de los recién venidos, la actitud, la contraseña que llevaban la mayor parte de ellos; y su hermosa epidermis fué adquiriendo un carmin que indicaba claramente el enojo que fermentaba en su pecho.

La multitud miraba la inquietud de los potros, el brio de los ginetes y aplaudia á los más esforzados, confundándose el ruido de sus palmadas y voces con el estruendo de las armas y el relincho y piafar de los corceles.

El rey en tanto, no miraba, no veía, no contemplaba otra cosa que el solitario camino por donde debía llegar el conde de Lara. Su esposa volvió á tocarle con la mano, y aquel repitió la señal. Calló la música, los atambores y bocinas, y saliendo un pregonero acompañado del alguacil mayor, se leyó en voz muy alta el edicto que en tales actos se publicaba.

En este instante dejó el rey de mirar al sitio donde anteriormente, efecto de las siguientes frases, que muy quedo le dijo la reina:

—Ahí está; que penetren los traidores y que Dios sea con nosotros.

El soberano se fijó ahora en un guerrero de gigantesca estatura, á quien nadie vió entrar y el que, con paso lento y cubierto hasta los ojos, llegó á la grada, hizo una reverencia á los monarcas, subió hasta la mitad de ella y quedó entre dos pajes, apoyado en una terrible maza que le alargó un escudero. Este hombre lucía blanca armadura y llevaba sobre el extremo del casco un águila; del pico de esta salía una hermosa pluma negra. El rey, la reina y Guzman se miraron y sonrieron; los grandes, caballeros y damas del palco quedaron sorprendidos al ver al de la maza, pues era contra las reglas del torneo, el sitio y armas que había elegido. No obstante la sorpresa, ninguno se atrevió á desplegar los labios.

El atleta guerrero, luego que hubo tomado sitio y posicion, dirigió la vista hasta distinguir sobre una altura no lejana al famoso Alí, el cual sujetaba con la mano derecha una maza igual á la suya y la brida de un potro, y con la izquierda una larga bocina. Despues miró hácia el rio, vió los tres buques genoveses, de que ya tenemos conocimiento, y

notando que tanto el negro como varios caballeros que estaban sobre cubierta, le miraban con atención, sacó de su escarcela un pañuelo blanco, volvió la cabeza, y le dijo al rey:

—Que entren, señor; que entren esos hombres.

—¡El Temerario! exclamaron los de la régia comitiva á media voz, reconociendo al conde.

D. Sancho hizo la cuarta señal; á la vez movió su pañuelo Lara, se abrió la puerta del circo, las músicas entonaron otro himno, y por encima de sus sonidos se oyeron los ecos de la bocina que empuñaba Ali. No cabia mas valor, arrojo y temeridad; Sancho y Lara daban en este instante la más solemne prueba del heroismo con que se presentaban ante sus enemigos.

—¡Orden, y atención!

Estas palabras corrieron de boca en boca entre los asistentes al torneo, y fueron penetrando en el palenque, y tomando sitio unos, mientras otros rodearon por la espalda el palco de SS. AA.

A pesar de la extensión del circo, apenas cabian en esta ocasión la multitud de caballeros que se agruparon en él, quedando á la parte afuera de la valla mayor número todavía.

Los reyes y el conde de Lara los contemplaron con frío desprecio, sin que les intimidara á ninguno de los tres la inmensidad de sus enemigos; doña María Alfonsa de Molina era tan valiente como su esposo.

El conde movió otra vez su pañuelo, Ali hizo resonar la bocina, siguiendo á este acto un silencio precursor del más espantoso trueno.

Divididos en dos alas los campeones que estaban en el palenque, no dejaban hueco para poder efectuar los juegos con que debia comenzar el torneo. El rey, sin embargo, dió la última señal, Pedro el Temerario le secundó por tercera vez con su pañuelo, sonó nuevamente la bocina, penetraron

veinte caballeros cubiertos los rostros y lanza en ristre, por el espacio que dejaban las dos alas, y al llegar al centro fingieron dos convertirse en campeones. Los guerreros se acometieron con ímpetu, pero al chocar las lanzas en los escudos exclamaron los veinte:

—¡Muera el tirano! ¡viva el rey D. Juan!

A la vez todos los cuadrilleros quitaron un pedazo de madera con que cubrían la moharra de sus lanzas, y dando un grito terrible, se lanzaron al palco real.

Alí tiró la bocina, montó en el caballo de su amo, empuñó la maza, y metió espuelas, cayendo él solo sobre los combatientes, mientras desaparecían del circo los que fueron creyendo que solo se trataba de un torneo.

La tripulación de los tres buques genoveses, toda ya sobre cubierta, contemplaba el terrible cuadro que tenía ante sus ojos. De entre el pueblo comenzaron á salir escuderos, soldados y sirvientes que corrían á unirse á los del palenque; y los sevillanos, hombres, mujeres, ancianos y niños, huyeron despavoridos, exclamando.

—¡Los quinientos! ¡los quinientos! ¡Ay de SS. AA! ¡ay de todos nosotros!

Y de este modo llegaron á Sevilla infundiendo en los medrosos, que no se habían atrevido á salir, una mortal pavora.

En estos instantes se abrieron las nubes y dejaron pasar los rayos de un sol que sombreado con algunos nubarrones encarnados, imitaba su color al de la sangre.

Mil guerreros á caballo y cerca de siete mil infantes entre vasallos, sirvientes y escuderos, con lanzas, mazas, hachas, espadas y puñales, cayeron sobre ciento ochenta personas que componían la comitiva y guardias de los nobles y valerosos reyes de Castilla y de Leon.

Pedro el Temerario viendo acercarse sus enemigos, se volvió al palco real y exclamó:

—¡Nadie se mueva ni tema por las vidas de SS. AA.! ¡Atencion, señor, atencion, que llegó el mañana!



C. MUGICA dib^o y lit^o

Lit. de J. DONON, Madrid

— Los guerreros se acometieron con ímpetu.



Y alzando su maza, hizo retirar los pajes y heraldos y se levantó la celada.

—¡El Temerario!—prorumpieron los ocho mil asesinos y retrocedieron dos pasos, imponiéndoles un instante la arrogante figura de aquel hombre, que solo y con una maza de hierro se atrevía con todos. Aprovechando aquel momento de tregua, gritó con voz de trueno:

—¡Viva D. Sancho IV! ¡mueran los asesinos!

Y el eco de sus palabras corrió hasta Sevilla.

—¡Muera ese traidor!—le contestaron todos sus enemigos.

Y los mas cercanos le dirigieron veinte botes de lanza, que resistió su gruesa armadura. Desde aquel instante comenzó á moverse su maza con una rapidez asombrosa, una fuerza desconocida y un acierto sorprendente; rompía los cascos y los cráneos que estaban debajo; las corazas y los pechos que ocultaban; y entre caballos, aceros, hombres y armaduras, parecia un leon que mataba hasta con el aliento. Solo, contra ocho mil y sin abandonar la grada no dejó pasar al palco régio ni uno de sus enemigos.

Desesperados estos y creyendo segura la victoria, empujaron los de atrás á los de adelante, con ánimo de que cayesen los primeros sobre el conde, imposibilitaran su accion y lo matasen, bien con el peso de los caballos, con las moharras ó como pudieran, concluyendo en breves instantes la inicua jornada á que daban principio. La idea era acertada, y les hubiera dado indudablemente el resultado que deseaban; pero en el mismo momento aparecieron multitud de mazas, que derribando cuadrilleros á derecha é izquierda, llegaron hasta Lara, señalando su camino con un arroyo de sangre enemiga. Eran Alí, el caballero de la cruz roja, su escudero, y en pos el príncipe Muza, Abenamar Abencerraje, varios caballeros cristianos y algunos árabes, que con heroismo sin igual, atravesaron por en medio de los ocho mil asesinos, sembrando la muerte y el terror. Unidos al conde, acometieron nuevamente con un valor desconocido.

Los caballeros y vasallos de Pedro penetraron al mismo tiempo por un costado del palenque, llegaron á la grada, la cubrieron toda con cuarenta, y los restantes siguieron á su amo, haciendo prodigios de bravura. Los que defendian al rey, calculando mejor que sus contrarios, iban forrados de hierro y empuñando únicamente mazas ó hachas; armas con las cuales se rompía el acero, se mataba y se movian con facilidad en el estrecho círculo de carne humana en que estaban encerrados.

Lara, tan oportunamente auxiliado, montó en el caballo de una de sus víctimas y corrió hasta el centro de sus enemigos. Su maza estaba siendo un torrente que todo lo destruía y arrasaba; cada golpe suyo costaba una vida, y con sus fuerzas de gigante la movía con suma rapidez. Sus parciales eran dignos de tal caudillo; mas el de la cruz roja, su escudero y el bravo Alí, se estaban igualando á él, si no en fuerza al ménos en heroísmo.

Cinco minutos despues, los *quinientos* y sus mas de siete mil secuaces perdian terreno y gente sin cuento. Ya no era solo el intrépido Temerario; eran novecientos leones, bajo cuyas plantas temblaba la tierra.

Los valerosos reyes, de pié, lanzando fuego sus ojos y admirando á sus defensores, alargaban los brazos, queriendo ayudar á los unos y deseando confundir á los otros. Guzman, los guardias que mandaba y los grandes y caballeros del palco, pedian en coro bajar al circo, pero el rey, ensangrentándose el labio inferior y oprimiendo los puños, los detenía diciendo:

—¡No; dejad á mi caudillo, que así lo quiere él! ¡No veis cómo sufro y sin embargo me estoy quieto!... ¡No, no; esta jornada es suya!... ¡No lo contemplais? él solo puede contra todos. ¡Los botes que le dirigen se apagan en el hierro de su armadura; pero mirad sus golpes!... ¡Uno, dos, tres!... ¡cada uno un muerto!... La sangre corre á sus piés y aún no se ha vertido una sola gota de la suya!... ¡El de la cruz

roja! ¡Por este otro lado llegan los caballeros y vasallos del conde!... ¡cortan la retirada, zegríes, abencerrajes, alabeses, almoradíes y vanegas!... ¡Están perdidos!... ¡Dios proteje á mis hijos!... ¡Con qué valor y acierto defienden mi causa!

La desolacion y la muerte reinaban ahora en el palenque; la diversion, aquella fiesta que debia entretener agradablemente á unos, distraer á otros, dar lustre á los diestros, renombre á los valientes y recompensa á unos cuantos, se convirtió en una batalla de las más sangrientas que habian de presenciar los sevillanos.

Los *quinientos* y demás parciales continuaban perdiendo gente y terreno; mas creyendo que estorbaba la valla del circo su sangrienta defensa, la mandaron tirar, con objeto de acorralar á sus contrarios y dar fin de todo. La idea fué buena, pues estando la mayor parte de sus rivales desmontados, conseguian á campo raso una gran ventaja sobre ellos. De este modo comenzó de nuevo la pelea, con más encono y ardor que antes. Los caballeros y vasallos del conde, dando y recibiendo golpes, fueron proveyéndose de caballos de los ginetes contrarios que caian en tierra, y muy pronto se hallaron montados. Pedro mataba sin cuento; el caballero de la cruz roja estaba siendo un héroe; el escudero de este y Ali imitaban al primero, y el príncipe Muza y restantes defensores de D. Sancho no podian hacer más, pero así y todo luchaban uno contra veinte, y estos lo hacian ya con el valor que presta la desesperacion.

Comprendiendo esto el de la cruz roja, cuya mirada de águila todo lo veia y adivinaba, dió algunas órdenes en voz baja á Ali, á su escudero y á algunos caballeros de los que tenia mas cerca, picó á su caballo, y abriendo paso por medio de sus enemigos, consiguió salir solo de aquel círculo de hierro. Como una exhalacion llegó adonde estaban sus zegríes, los arengó y cubriendo el hueco que estos dejaban con los restantes musulmanes, se puso al frente de ellos y cayó de este modo sobre los asesinos del palenque. Más que

atacar él personalmente, mandaba, dirigia, ordenaba y prestaba su heroismo á aquellos valerosos zegríes que, lanza en ristre, acometian ahora con ferocidad sin ejemplo. Los cuadrilleros temblaron ante aquel nuevo y poderoso refuerzo; el jefe zegrí lo comprendió, y corriendo de un lado para otro, saltando su caballo como la liebre y ordenando el ataque por puntos diferentes, concluyó por aturdir y anonadar á aquellos conspiradores.

Ya no escuchaban los cobardes conjurados las voces de sus jefes ó amos; les mandaban avanzar y retrocedian; y ante el caballero de la cruz roja y sus zegríes, volvieron la espalda; entonces vieron á los abencerrajes, alabeses, etc., y exclamaron:

—¡Traicion! ¡Nos han cortado la retirada! ¡Hemos sido engañados!

Estas voces estremecieron hasta á los más valientes, miraron atrás y viendo el círculo que formaban los musulmanes, se heló la sangre de sus venas, las armas se les cayeron de las manos, y dió principio la más estupenda dispersion.

¡Cobardes! ¡aún eran quince contra uno y huian como tímidas mujeres!

Tambien al Temerario se le cayó su maza al ver la fuga de sus contrarios, exclamando á la vez:

—Con ese caballero de la cruz roja, sus zegríes y restantes compañeros se concluyó pronto la lucha; mas son causa de que se escapen la mayor parte. Con mis vasallos hubiera durado la pelea hasta la noche; pero ¡cuán pocos de esos miserables conservarían la vida al terminar el día!

Y tirándose del caballo se dirigió al palco donde estaban sus reyes.

—¿Conde, qué haceis?—le preguntó D. Sancho, admirado de verlo llegar.

—Señor—le contestó con enojo—yo no sé matar ni mandar herir por la espalda.

Y se sentó tranquilamente en el sitio que le cedió un cortesano.

Muza, Abenamar, el escudero del caballero de la cruz roja y varios otros jefes, mandaban en tanto á los abencerajes, zegríes, alabeses, almoradíes y vanegas que lanceasen á los que intentaban escapar por aquel doble círculo de mahometanos tan hábilmente dispuesto para hacerles imposible la retirada. Por esta razon morian unos á manos de sus contrarios, mientras otros se arrojaban al rio, salvándose á nado ó ahogándose; si bien los más se abrieron paso por entre los alabeses, y corrieron hácia Sevilla como galgos, á quienes era difícil alcanzar.

Alí y el escudero del caballero de la cruz roja, á la cabeza de los vasallos de Lara, y en pos los quinientos zegríes, con varios otros musulmanes, siguieron á los dispersos, hiriéndolos por la espalda y los costados; en el campo, en la poblacion, en las casas donde intentaban ocultarse y en donde los hallaban, hasta que, rendidos y casi sin aliento, se fueron poco á poco retirando al sitio donde se alzó el palenque.

Poco despues que el conde de Lara, llegó al palco régio el caballero de la cruz roja, y se sentó en otro sitio al lado de la reina; más tarde se acercaron tambien el príncipe Muza y los jefes de las cuatro tribus que seguian á la de los zegríes, y desde allí contemplaron con fria indiferencia el cuadro de muerte que tenian ante sí.

Hora y media habia durado la encarnizada lucha, y no obstante tan corto período, se hallaba el campo cubierto de cadáveres y heridos. Los mil ginetes enemigos se presentaron en su mayoría forrados de acero; pero los restantes, que eran cerca de siete mil, llevaron el mismo traje que usaban en la capital, y esto hizo que pagasen bien cara su infame traicion. Habia, pues, delante y á los costados del palco real, sobre cien caballeros muertos y cerca de doscientos heridos; besaban además la tierra una tercera parte de

los escuderos, vasallos y sirvientes, y la mayoría se revolcaba sobre su propia y agena sangre.

No era solo en torno del palco donde se veía tan espantoso cuadro; en la orilla izquierda del río, en la campiña, en las calles de Sevilla, en los portales, y hasta dentro de los edificios estaban los cadáveres, los moribundos y los heridos. El escudero del caballero de la cruz roja y Alí, seguidos de los vasallos del conde, de los zegríes y de algunos otros musulmanes, continuaron matando ínterin vieron ó hallaron enemigos. En su sed de sangre y con el deseo de vengar la más nefanda de las traiciones no perdonaron á nadie; caballeros y criados, nobles y plebeyos; todos sucumbieron á manos de los vasallos de Lara y de los zegríes; y á no haberse presentado en una dispersion tan completa, es indudable que no dejan uno solo con vida de los conspiradores y defensores de estos.

—¡Traicion! ¡traicion!—gritaban los cobardes asesinos.—
¡Nos han engañado!—añadían. Y se arrojaban al agua, ó en confuso tropel desaparecían del campo de batalla, para caer mas adelante en manos de sus perseguidores ó para hallar los ginetes ó algunos de los más veloces, la casa ó guarida que les librase de perecer.

—¡Mueran todos!—exclamaba Alí aguijoneando su caballo y derribando hombres á derecha é izquierda.

—¡Adelante, hasta que no quede uno!—gritaba el escudero del caballero de la cruz roja, imitando al negro.

Y nobles, vasallos, cristianos y moros, continuaban aquella jornada de exterminio y desolacion. Sus rudos golpes resonaban en las habitaciones de Sevilla. Se desmayaban las mujeres, temblaban los maridos y se horripilaban los cobardes. De vez en cuando se escuchaba una robusta voz que decía:

—¡Viva el conde de Lara! ¡Castilla y Leon por D. Sancho IV!

Quinientas mas repetían aquella, haciendo comprender á

los sevillanos que los traidores sucumbian ante el peso de la robusta mano del Temerario. Entonces se mezclaba la esperanza con el temor que amargaba á los débiles; y bastaron esas frases para prestar el suficiente ánimo á los que, encerrados en la última estancia de su casa, se atrevían ya á asomar el rostro por entre los hierros de una ventana para ver el imponente escudo de Lara en el pecho de algun guerrero ó vasallo del mismo.

¡Nada hay mas triste, terrorífico y horrible que el espantoso cuadro de la revolucion! ¡nada más cruel, inicuo é inhumano que ver las calles de un pueblo cubiertas de cadáveres, cuyas vidas fueron arrancadas por sus propios hermanos! Se comprende que una nacion valerosa, anhelando su independenciam, leyes, religion y costumbres, se alce contra el tirano, que usurpador, pretenda esclavizarla y hasta envilecerla. Se comprende, repetimos, que el hombre prefiera la muerte á ese estado de salvaje opresion, y se arme y corra en defensa de su libertad, patria y religion, y su lema sea *vencer ó morir*: en tal ocasion no hay esposa, hijos, padres ni hermanos; pero un pueblo dividido en bandos, lanzándose unos contra otros por lo que á veces se llama una *idea*, en vez de apellidarse *una ambicion*, no lo hemos podido comprender nunca por mas que haya ocurrido tantas veces, y continúe por desgracia aconteciendo.

En nuestra historia, veinte ambiciosos promueven inicua trama, engañan á la mayoría con la perspectiva de un nuevo monarca que les ha de dar gusto en todo; á otros les ofrecen lo que jamás cumplirían, y de este modo los conducen á la muerte, teniendo la abnegacion de escapar ellos en sus ligeros corceles, cuando comprendieron que los enemigos, aunque pocos en número, mataban bien; dejando á sus inocentes secuaces entre las garras de un leon que debia confundirlos. Ocultos bajo el hierro de sus pesadas armaduras, no presentaban el rostro ni el pecho como sus engañadas víctimas; y mucho antes de concluirse el combate, pudieron es-

tar en sus palacios riéndose de la estupidez de los que cometieron la torpe imprudencia de creerlos. Perdieron la batalla y se retiraron, cuando no salieron á recibir y á adular al vencedor; si hubieran triunfado, entonces sería otra cosa; entonces cogieran ellos solos todo el botin, y subiendo paso á paso por la escalera humana que formaban los *tontos*, conseguirían estos, á trueque de elevar á aquellos, una sonrisa llena de desden, con lo cual suelen pagar los jefes de la revolución á los *cándidos* revolucionarios.

Esto acontecía durante el reinado de Sancho IV el Bravo, que hace ya seis siglos, y mucho antes tambien, y ha venido sucediendo despues; y lo que es peor, no hace mucho que ocurrió lo mismo: vimos—el cuándo y el cómo no hacen al caso—entusiastas patricios, llenos de un santo fuego lanzarse á perecer á la calle; una gran idea los impelia al campo del honor; sus pobres mujeres é hijos, en su ignorancia, no alimentándose de ideas, lloraban, requerian al intrépido adalid, le rogaban se quedase y hasta le aconsejaban no fuese *sándio*; pero ellos, con mas abnegacion que talento, con mas valor que cordura, marcharon, y muchos perdieron sus vidas y condenaron á la desgracia á sus infelices familias. ¡Muertos quedaron en las calles y bien sabe Dios que bañamos sus cadáveres con el llanto de nuestros ojos!

Vimos á la vez, con tanta indignacion como dolor acababamos de sentir, á más de un *caudillo* que á la parte adentro de los cristales de su casa esperaba la llegada del triunfo para que le anunciase la hora de lanzarse á la calle; y entonces, con *heroismo* sin igual, tirar de la victoria y llevarse en las mangas y en los bolsillos, el fruto de tan brillante jornada.

No se venció, nada se ha perdido—exclamaron—se sentaron á la mesa y comieron con fria tranquilidad.

¿Nada se ha perdido?—preguntamos nosotros—¿las vidas de esos infelices que alucinasteis, no valian nada? ¿La triste suerte de la viuda, la negra orfandad del hijo, nada valen?

¿Se juega así con la existencia de seres que valen más que vosotros?

Ilusos, abrid los ojos ante la verdad que acabamos de enseñaros y cuando os aconsejen que empuñéis el arma fratricida, decid á esos héroes de salon: « *Iremos con tal de que vosotros camineis delante. El capitan va siempre al frente de su compañía.* »

¡Qué pocas revoluciones habria, cuán pocas veces veriamos al hermano en lucha con el hermano, si los soldados de la revolucion obligasen á los jefes á marchar delante!

Concluamos este capítulo y continuemos en el siguiente nuestra historia, abandonada por un momento.

CAPÍTULO XVII.

Consecuencias de la revolucion.—Los ambiciosos ni se arrepienten ni se enmiendan.—Regreso.

D. Lope de Haro, presidente de la junta que dirigia á los *quinientos*, y sus diez y nueve colegas, dispusieron el ataque montados sobre briosos caballos y cubiertos unos y otros de acero; cuando ya el enemigo estaba sobre ellos obligaron á sus parciales á que se defendieran y mataran á la vez si podian; y con bélica saña corrian de un lado para otro dictando órdenes, animando, ofreciendo, engañando y hasta amenazando; pero todo esto lo hacian á una distancia respetable del sitio donde se hallaba Lara y el de la cruz roja. Ellos se reservaron para el momento decisivo en que viendo el círculo musulman que tenian á la espalda repitieron el tan sabido « *sálvese el que pueda* » y se abrieron paso, gracias á la ardiente sangre de sus potros, al buen temple del hierro en que iban encerrados y á la osadía que presta la seguridad que tenian de morir si aguardaban un poco más. Esto sin embargo, no les libró de perder cuatro individuos de los veinte que eran, y mas de treinta de los cien caballeros que componian la escolta que llevaron en torno desde que salieron de sus palacios. Dos de los primeros cayeron de otros tan-

tos mazazos que les alcanzó Lara, y los restantes fueron muertos á manos de Alí y de los zegríes por disposición del intrépido y valeroso caballero de la cruz roja, que previendo tan cobarde retirada les salió al encuentro con su escudero y los citados, y en la embestida que necesariamente dieron los que huían, consiguieron coparles esos treinta y tantos. Sus miserables compañeros haciendo volar á los corceles, entraron en Sevilla y escondiéndose todos detrás de los muros del palacio de Haro, maldijeron al Temerario y al de la roja cruz, y en estos instantes juraban matarlos en... en donde pudieran y por quien se atreviera á hacerlo. Las fuerzas, arrojo, destreza y serenidad del conde les causaban espanto y horror; y el heroísmo, acierto é intrepidez del misterioso encubierto, el cual dirigió el ataque por diez puntos diferentes, sin dejar por esto de auxiliar á Lara, hallándose en todas partes como impelido por un genio que le defendía é inspiraba, ayudándole á confundir á sus enemigos; este sér extraordinario á quien solo conocían los zegríes, vasallos cristianos que mandaba, Alí y los reyes, les horripilaba y hacia temblar su solo recuerdo.

Y mientras ellos resguardados entre espesos muros y gruesas puertas de hierro meditaban nuevas traiciones, escondiendo su vergonzosa cobardía, sus escuderos, soldados y parciales, torpemente engañados, se ahogaban en el Guadalquivir ó perecían bajo las potentes y valerosas hachas y mazas de un negro, de un escudero, de seiscientos musulmanes y de ochocientos vasallos de la casa de Lara. La maldición del pueblo sevillano cayó como un rayo sobre los *quinientos* promovedores de aquella revolución. « ¡Dios os confunda y os haga perecer tan cobardemente como asesinais! » ¡Esto dijeron y el cielo oyó las frases y lanzó el anatema sobre los homicidas! ¡Por eso aquellos nobles é hidalgos defensores de la justicia hieren por delante, por la espalda y los costados sin compasión ni tregua! ¡Por eso no toca la bocina de Pedro de Lara! ¡Por eso sigue indiferente

el héroe de la cruz roja! ¡Por eso los reyes de Castilla y de Leon, dispuestos siempre al bien, continúan mudos! ¡Por eso no hay un grande, caballero moro ni cristiano, dama jóven ó vieja que implore compasion en favor de los miseros que huyen, de los infelices que engañaron. La maldicion de un pueblo entero cae siempre en el hombre ó los hombres sobre que fué lanzada.

Las voces de « ¡viva el conde de Lara! ¡Castilla y Leon por D. Sancho IV! ¡Gloria al héroe de la cruz roja! ¡Mue-
ran los *quinientos!* » fueron poco á poco sacando á los sevillanos del pavoroso letargo en que con sobrado motivo yacian há tiempo. Empezaron por asomarse á los balcones, ventanas y rejas y viendo do quier el escudo de la casa de Lara y los mantos blancos de los zegríes, parientes todos los de esta poderosa tribu de la esposa del conde, se atrevieron á preguntarles si el Temerario estaba en Sevilla; y oyendo la contestacion afirmativa, prorumpieron en vivas, saliendo despues á la calle sin temor alguno.

— ¡Si él está aquí ningun peligro existe ya!—decian—y caminaban presurosos al sitio de la catástrofe; pero al mirar el terrible cuadro que presentaba el palenque, retrocedian consternados, volvian á avanzar, hasta que por orden del justicia mayor les obligaron á unos á recoger los heridos y llevarlos á los hospitales, mientras otros tuvieron que conducir los cadáveres al lugar que se les destinó.

La primera determinacion del conde fué mandar buscar los que yacian en tierra de cuantos moros y cristianos defendieron su causa, disponiendo fuesen transportados á su palacio con orden de que los médicos de su casa curasen á los heridos y se les diera sepultura á los muertos en un extremo de su extenso panteon. Felizmente no llegaban á cuarenta el número de los primeros y solo se contaban ocho de los últimos, si bien de los ochenta guardias del rey que rodearon el palenque, fueron asesinados la mayor parte al principio de la lucha.

Luego que no hubo enemigos que combatir ni dispersos que matar, regresaron Alí, el escudero del caballero de la cruz roja, los musulmanes y los vasallos del conde. No hallamos palabras con que describir la fiera que demostraban los rostros de aquellos hombres y muy particularmente el del negro. Caballos y ginetes iban salpicados de sangre, y aquellas mazas y hachas castellanas, como las lanzas zegríes, estaban enrojecidas y hasta desgastadas de tantos cráneos, huesos, armaduras y hombres, en fin, como acababan de triturar. De los ojos de los ginetes salía fuego, sus frentes se miraban contraídas, sus cuerpos encorvados de la fatiga y sus manos ensangrentadas, unas de los golpes que dieron y otras de tanto tirar de la cadena que servía en tales casos de bridas á los fogosos corceles que montaban.

Dos horas más tarde se hallaba cumplimentada la orden del conde y no se veía un solo herido ni cadáver al aire libre; hasta entonces no dispusieron SS. AA. regresar á palacio, permaneciendo en su palco durante todo el tiempo que duró la lucha y el que tardaron en retirar las víctimas del sitio donde cayeron.

A pié y en la misma forma que llegaron se dirigieron á su alcázar, sin otra diferencia que llevar ahora doña María á su izquierda al caballero de la cruz roja, D. Sancho á su derecha al conde de Lara y detrás al príncipe Muza y jefes de tribu que acompañaban á este. En pos de la régia comitiva seguían Alí, el escudero del incógnito, que como su señor permanecía siempre con el rostro cubierto, y los vasallos del Temerario, los zegríes y el resto de los musulmanes.

De este modo entraron en la gótica morada real, pisando el gran trecho que anduvieron sobre un suelo enrojecido con la sangre de los secuaces de la revolución.

El pueblo victoreó por la carrera á sus soberanos, admiró á Lara y al caballero de la cruz roja y aplaudió á los combatientes con frenético entusiasmo, siendo el más favorecido en esta ocasión el célebre africano que tantas y tan repeti-

das pruebas habia dado de un valor, lealtad y bizarría sorprendentes; su nombre y fama corrian ya de boca en boca apellidándole la multitud el *leopardo* de Lara.

Llegó la noche; regresaron los siete mil soldados del rey que estaban acampados en las inmediaciones de Sevilla; se retiraron los vasallos del conde, los musulmanes y el pueblo, y se iluminó la ciudad recobrando su antigua calma.

—¡El Temerario!—exclamaban los sevillanos.—¡Ante su maza, hacha, lanza ó espada no hay enemigo posible!

Y comentaban sus hechos, los del incógnito, exagerando é inventando lances que no vieron, batallas que no presenciaron y supliendo en fin, con recursos de imaginación, lo que les negó el miedo que poco há los retenia en el hogar doméstico.

Lara y varios grandes comieron con D. Sancho, y el caballero de la cruz roja, Muza y los cuatro jefes de tribu con la reina.

Cuando se levantaron de la mesa despidió el rey á los que le acompañaban, se cogió del brazo del Temerario y ambos se encerraron en el régio despacho, sentándose y preguntando el primero al segundo:

—¿Nada se os ocurre, conde amigo, sobre los acontecimientos de esta tarde?

—En ellos pensaba en este instante.

—¿Qué discurriais?

—Que me batia dia y noche contra los infieles é iba gozoso al combate, y cuando acababa de darles una batalla, meditaba alegre y satisfecho en presentarles otra y cien, hasta concluir con ellos y dejar á mi patria como al morir Witiza. Al coger entonces mi lanza latia el corazón ébrio de entusiasmo y de placer, se ensanchaba el alma y me lanzaba afanoso sobre mis valientes enemigos; ahora, señor, tengo á estos por aliados y á mis hermanos por contrarios, y al luchar, como al vencerlos, siento un malestar que vos, noble y generoso, comprendereis como yo.

—Sí, Lara; yo tambien he sufrido mucho hoy y ahora me alegro no haber tomado parte en la pelea; mas ellos han tenido la culpa; miserables asesinos, merecian la muerte. En todos los países existe esa polilla infame y ¡ay! del monarca que no acaba con ella! ¡Esos hombres son peores mil veces que los cafres de Marruecos!

—¡Es verdad, gran señor; por eso dejé que matasen cuantos pudieran, y á no haber llegado el de la cruz roja!...

—¿Qué opinais de ese caballero?

—Es un héroe, señor; su mirada de águila todo lo ve, lo comprende y lo penetra; su arrojo y valor no tienen rivales; no hiere á nadie como no se vea muy apremiado; mas anima, infunde valor, dirige, ordena y todo lo arrasa y destruye. Como ginete, es mejor que sus zegrías y que yo; pero esta tarde concluyó demasiado pronto.

—¡Esos elogios en vuestros labios valen más que su envidiable renombre!

—Los merece y aun mucho más; ¡es jóven, señor, que no tiene precio!

—¿Quién os ha dicho que es jóven?

—Durante la pelea creo haber oido su voz y me ha parecido la de un imberbe.

—Acaso os hayais equivocado.

—Puede, mas solo él era capaz de mandar con aquel acento de rey.

—¿Creeis que desempeñaria bien el puesto de general en una batalla de grandes proporciones?

—Solo para eso ha nacido, gran señor; manda y dirige con tal acierto, que nadie, incluso el conde de Lara, debe tener á mengua obedecerle. Comprende, al parecer, por instinto que vino al mundo á gobernar y ya os he dicho que rara vez alza su espada. ¿No le visteis?

—Sí, conde, sí; presumo conocerlo bien; mas queria saber la opinion de mi primer caudillo.

—Primero, señor, despues de ese incógnito.

El rey sonrió, contestándole:

—Puesto que vos lo quereis, sea así.

—Anhelo la justicia, señor, y el de la cruz puede estar, si á mi lado no, delante de mí.

—¿No os ofendereis si lo antepongo á vos?...

—Lejos de eso os he dicho y repito que en una batalla le obedeceré.

—¿Que me place! Hablemos de otra cosa; ¿vais á partir á Aragón?

—No hallo inconveniente alguno que me imposibilite marchar mañana. Es cierto que la mayor parte de esos malvados que se apellidaban jefes de la revolucion, se habrán salvado, gracias á su cobarde huida; pero el escarmiento ha sido terrible, pues han quedado cerca de cuatro mil hombres tendidos en tierra y ahogados en el Guadalquivir; por consiguiente, no es probable que en mucho tiempo intenten nada los que escaparon, y todavía se verán mas condenados á la inaccion, si, como espero, continúa V. A. aplicándoles todo el rigor de la ley. Antes de partir os mandaré al número 90, que fué herido, pero que debe estar ya bien, y ese os enterará de cuanto necesiteis para acabar de destruir esos malvados.

D. Sancho meditó algunos instantes, replicándole despues:

—Tengo la misma opinion que vos; destruyamos el bando del pretendiente, para lo cual bastan vuestros montañeses; interin, yo concluiré de anonadar esos miserables que intentaban en la córte minar mi trono; y quiere decir, que al regresar vos, cercais á Sevilla con vuestros leones del Saucedo, penetrais, y casa por casa, palacio por palacio, y castillo por castillo, se entra en todos y en un dia ó en diez daremos fin de ellos, sin que nos detenga clase ni condicion.

Los dos amigos continuaron hablando hasta cerca de la media noche, en que Lara se retiró á su alcázar. Cuando acababan de expresar las últimas frases que hemos copiado, llegó la reina, y enterada del asunto de que trataban, tomó

parte en la cuestion, permaneciendo con ellos hasta que uno y otro marcharon á descansar.

Ahora es indispensable que nuestro amado lector penetre con nosotros en la misteriosa casa del caballero de la cruz roja, y ya dentro veamos si es posible averiguar algo de tan extraordinario sér. Para no perder uno de sus movimientos sigámosle desde el instante en que, concluyendo de comer con la reina, cubrió su hermosa cabeza el príncipe Muza con el pesado casco, se bajó la celada y partió. En el capítulo siguiente relataremos el punto á que se dirigia y lo que hizo en la presente noche.

CAPÍTULO XVIII.

Nuevos misterios.—El leopardo y el leon.—El infante D. Juan y sus parciales.

Segun el sol habia descendido á su ocaso, se fueron retirando las apiñadas nubes, quedando la atmósfera completamente despejada. Así es, que al dia triste y pavoroso reemplazó una noche clara, agradable y risueña. Soplaba una brisa perfumada por las flores á las que con hipócrita beso arrebatava su precioso aroma; la luna, sin manto alguno que encapotase su pálida faz, reflejaba sobre las torres y campiña de la altiva ciudad arrancada por San Fernando al poder mahometano; y su amarillenta luz coloreando las hojas de los corpulentos árboles, les daba un tinte entre amarillo y verde, inimitable por el arte. Las aguas del caudaloso Bétis corrian hácia Sanlúcar, impelidas por su destino y por la juguetona brisa que con su aromático soplo formaba caprichosas ondas, brillantes á la luz de la luna; azules, á las sombras de la noche, y tornasoladas, al claro oscuro dibujado al lamer aquellas las poéticas márgenes del rio.

Reinaba un profundo silencio; los habitantes de Sevilla y los de sus contornos, retirados ya á sus moradas, comentaban los últimos acontecimientos; la tropa descansaba y los

enmascarados, unos perecieron y otros se escondían amedrentados al solo recuerdo del milagro á que debían su existencia; por lo cual seguía al silencio una soledad completa, lo que no era extraño en aquella época á las nueve de la noche.

En este instante abrieron calle los soldados del rey, se inclinaron y dejaron pasar por medio á dos guerreros, que altivos y con paso ligero se encaminaron al puerto, seguidos de un hijo del Desierto. Eran, el caballero de la cruz roja, su escudero y el leopardo Alí. Poco antes de llegar al sitio que acabamos de indicar, se detuvo el de la cruz y le preguntó al negro con interés:

—¿Has comido, Alí?

—Sí, valeroso caudillo.

—¿Con quién?

—Con un mayordomo de S. A., el cual no sé por qué me llamaba leopardo digno de seguir al león; y tuvo tal empeño en que le acompañase á la mesa, que accedí gustoso. Buenos manjares me sirvieron, pero les hice honor, que mi apetito era aún mayor que la voluntad de ambos.

—¿Nada te preguntó?

—Sí, intentaba saber un imposible.

—¿Y era?

—El número de víctimas que tendió en tierra mi maza.

—¿Qué le contestaste?

—¡Brava pregunta! que se lo dijeran los muertos, pues yo no los conté.

—¿Nada más quiso indagar?

—No.

—¿Tú remas bien, es cierto?

—Eso dice mi señor.

—Pues coje mi lancha y boga.

En este instante llegaron al muelle. Alí aproximó una preciosa góndola que estaba atracada junto á los botes reales, y exclamó:

—Cuando gustéis.

La ligera barquilla tenía en la popa un pequeño castillo cerrado, el cual contenía un sillón, donde cómodamente podía estar reclinada una persona sin ser vista por nadie.

El escudero del incógnito saltó el primero y alargó su mano al otro que de un brinco quedó á la puerta del castillo; desde allí miró la bella capital de Andalucía, iluminada por diez mil faroles; la verde campiña con sus tintas amarillas; aspiró la brisa, y contempló en fin, aquella calma y sosiego de una noche que convidaba á pasear sobre las cristalinas aguas del poético Guadalquivir.

—Hacia el Sur, Alí—exclamó el caballero—despacio, que yo llevo el timon y quiero gozar de las auras, del aroma de las flores, y viendo esas abriantadas ondas que há tiempo no miraba con sosiego.

—¿Y mi amo?

—Al remo, Alí, al remo, y boga hacia el Sur, hasta que te canses ó te mande hacer alto.

Y el caballero entró en su pequeño castillo, dejando la puerta abierta, se reclinó en su estrecho pero cómodo asiento, cogió el timon y dió á la góndola el rumbo que deseaba. Su escudero se tendió en la proa mirando á su señor; y Alí, sentado en una tabla, empuñó dos remos y comenzó á moverlos con calma. El bote partió tranquilo, columpiando dulcemente á los que iban en él.

Cinco minutos despues dejaron atrás el puerto, los buques anclados y solo vieron ya agua, cielo y las márgenes más pintorescas de Europa.

El valeroso caballero de la cruz roja meditaba, sin dejar de mirar el panorama encantador que tenía delante; su escudero descansaba de la fatiga que sufrió anteriormente, y Alí, cuando creyó que su acento no podia ser oido por otros que por sus compañeros de viaje, sin dejar de remar y con voz que le hubiera envidiado el más apuesto doncel, entonó las siguientes estrofas:

Blandas aguas, dulce brisa,
bella flor,
oid con tierna sonrisa
mi dolor.

Negro mi pasado fué,
¡ay de mí!
y negro en el mundo hallé
cuanto ví.

En los confines de Sahara,
fiero sol

blancura robó á mi cara
y arrebol.

Acreciendo mi carrera
planta hallé
que su pétalo de cera
envidié.

Y por el orbe corriendo
sin cesar
fui día y noche aprendiendo
á llorar.

Letal historia sin bueno
mi triste pasado encierra;
veneno
me dió á beber en su seno
la tierra.

¿Y por qué negro nací?
¿por qué negro me miré?
¡ay de mí!
¿por eso he de verme aquí
esclavo de cuanto hallé?

Agua, brisa, plantas, flor,
si al hombre solo inspirais
dulce amor,
¿por qué para mi guardais
el rigor?

Negro el destino
negra mi faz
¿por qué natura
me hizo incapaz

de amar la bella
 que mi antifaz
 al ver tan negro
 huye fugaz?
 ¡mientras sus brazos
 abre falaz
 y estrecha en ellos
 blanco rapaz!
 Si para el negro
 no hay, gran Dios, paz
 que al cielo vaya
 haz, Señor, haz.

La dulce, tierna y melancólica voz de Ali, se apagó. El caballero de la cruz roja le dijo:

—Bien, negro; tu canto me ha hecho más agradable aún las delicias de tan risueña noche. Volvamos á Sevilla y atra-ca frente al muelle, al pié de mi casa. Si hubiese verdad en las ideas que llevan tus estrofas, no temas; tu color que-dará oculto con tanto oro, que asombrará á la más bella y tendrá á dicha unirse á tí.

La lancha comenzó á girar á la izquierda hasta variar completamente de rumbo; entonces el africano tomó mejor postura, dió empuje á los remos y salió el esquife contra la corriente ayudado por la marea, con la rapidez de una fle-cha. A la vez contestó al encastillado:

—Señor, sé que te agrada mi voz y por eso canté, que tengo á mucho distraer al caudillo que venció esta tarde; otro dia hablaremos de mis penas.

—Gracias, esclavo de ayer, intrépido liberto de hoy.

—Poco gané al adquirir una libertad que se perdió entre los pliegues del amor que tengo á los amos que sirvo.

—Tu voluntad es libre, hijo del Desierto.

—Ni está sujeta, ni suelta, que la arrojé de mí para no tener otra que la del hombre más valiente y generoso que existe; que la de la hurí que hace tristes á las flores, pálido al sol, opaco al brillante...

—Negro, á Sevilla; que la noche avanza, y tu señor puede necesitar de tí.

—Cerca estamos ya, que el bajel parece volar sobre las ondas de este rio, que no há mucho enrojeció la sangre de mis enemigos.

—Fiero estuviste, leopardo.

—De cada mazazo maté uno y no cesé en dos horas de mover mi pesado hierro. Muchos cayeron, muchos, pero cada órden tuya, cada voz heria á un ciento de asesinos y no dejaste de mandar en hora y media.

—La noche avanza, africano.

—Más de prisa corrè mi lancha. A la izquierda, que ya estamos delante de tu casa; un poco más, de frente ahora; así. A la derecha; basta. ¿Duerme el escudero?

—Sí, como esta tarde sobre el caballo.

Los tres saltaron en tierra, Alí sujetó la lancha y seguidamente se dirigieron á una linda casa situada á veinte pasos del rio.

En la orilla derecha del extenso y profundo Guadalquivir, entre una apiñada y corpulenta arboleda, rodeada de un jardín, en el cual serpenteaban los arroyos, mugian las cascadas y embalsamaban el aire con su delicioso aroma mil y mil flores de diferentes clases y colores, se alzaba, blanca como la nieve, poética como el parque, risueña como la campiña, la mansion del caballero de la cruz roja.

Llegaron los tres, empujaron la puerta de la verja que tenía delante la casa, y por un estrecho y dulce sendero se acercaron á la entrada, llamando Alí; pero nadie contestó; tornó el negro á golpear y continuó el mismo silencio; repitió por tercera vez, y una voz bronca le preguntó:

—¿Quién es?

—Tu señor y el mio—le contestó el africano.

No debió satisfacer al cancerbero la respuesta, pues abriendo un ventanillo, miró. Luego, alzando su acento, exclamó en árabe:

—¡El caballero de la cruz!
Seguidamente dejó expedita la entrada á los tres. Varios musulmanes salieron con hachas encendidas y acompañaron al incógnito, hasta dejarle en la sala principal de la casa.

Imposible parecía que habitase aquella morada un guerrero, jefe ahora de la tribu más bélica que tenía el reino de Granada; por todas partes se veían jarrones de flores, pebeteros que exhalaban ricos aromas de Oriente, estatuas que representaban el amor y la poesía; cuadros con retratos de hermosas mujeres y briosos castellanos; sedas de Damasco, alfombras de Persia; reinando tan exquisito gusto, que encantaba, seducía y arrobaba la deliciosa estancia.

En pos de su dueño entraron el escudero y Alí, y un segundo despues, veinte zegríes que saludaron á aquel, ni más ni ménos que si fuese un califa, y uno de ellos le preguntó:

—Manda, necesita ó quiere algo mi...

El de la cruz le interrumpió:

—No; retiraos y dormid, que esta noche podemos hacerlo.

Aquellos volvieron á saludar, marchando de allí, mientras este exhaló un hondo suspiro, se dejó caer sobre un blando sillón, apoyó los brazos en la mesa de mármol que tenía al lado é inclinando la cabeza quedó como pesaroso, ensimismado y abatido. Su voz era fina, aguda, sonora, clara y de un timbre tan grato que heria el oído de una manera dulce, suave y agradable. Su andar negligente, gracioso, y sus posturas y accion elegantes, hasta en lo mas pueril. Imponía su mirada y acento, pues mandaba á lo rey y era, no obstante, tan afable y cariñoso con todos los que le obedecian, que no existia uno solo que dejase de amarlo y de hallarse dispuesto á morir por él. Su escudero y Alí, le contemplaban en este momento con interés mezclado de pena, sin acértaar á comprender la causa que le condujo á aquel estado de abatimiento. Por último, alzó la cabeza, y cubierto siempre con su celada, les dijo al negro y á su escudero:

—Pedro se ha disgustado esta tarde, porque supone que

nuestra llegada decidió demasiado pronto la victoria, dando lugar á que lograsen escapar la mitad de esos miserables asesinos.

—Si no corremos en su auxilio, pudo efectivamente dar fin de todos con sus ochocientos vasallos y este infatigable africano que se ha batido admirablemente; mas eran muchos, y ¡quién sabe si en la reyerta hubiera perecido de no acudir tú en su ayuda!

—No, amigo mio; tiene razon el conde; nos hemos precipitado, dando lugar á que se salven muchos que debieron morir. Situé á mis zegríes como el caso requería, y de quedar allí no habria escapado uno; pero le ví en peligro varias veces y no pude contenerme; debilité la línea, caí sobre ellos y los amedrenté, es cierto, mas les dejé una puerta entornada por donde les fué posible la fuga. Ya está hecho y no tiene remedio; es preciso, no obstante, declarar que Pedro tiene razon.

—Nada se ha perdido—añadió el escudero—no creo que se vuelvan á atrever con D. Sancho; pero si fuesen tan osados ¡por mi patron!...

—Se ha perdido tiempo, y no es poco. Me va cansando ya esta celada, que no me deja ver cuando quiero lo que tanto deseo.

Y volvió á inclinar la cabeza sobre los brazos. Los otros dos le miraban nuevamente, sin atreverse á desplegar sus labios.

—¡Alí—dijo despues de haber meditado largo rato—tu amo partirá mañana á la guerra; voy á darte nuevas instrucciones que observarás sin separarte de ellas un ápice.

Y dirigiéndose á un gabinete que tenía enfrente se encerró en él y escribió por espacio de media hora. Salió despues, le dió al negro varios pergaminos, despidiéndole con las siguientes frases:

—Marcha, leal africano; ya sabes de lo que depende mi vida: duerme poco, vela mucho y no te distraigas un solo

instante. ¡Qué el cielo te ayude y nos proteja á todos!

Y le tendió una mano que aquel besó con cariñoso respeto. Luego estrechó al escudero y partió seguido de dos zegríes que no le abandonaron hasta verlo dentro del esquite.

Allí cogió los remos y bogó; mas en cuanto desaparecieron los musulmanes volvió á saltar en tierra, y dirigiéndose hácia la derecha reconoció los alrededores de aquella misteriosa morada. Nada halló, sin embargo, que llamase su atención.

—¡Completa soledad, profundo silencio!—exclamó—nada viene á turbar la tranquilidad y sosiego que reina en esa mezquina vivienda, donde mora hoy el sér mas privilegiado de Castilla. ¡Dios vele por él!...

Y tornó al rio, penetró en el bote y comenzó á remar. Poco despues atracó á la opuesta orilla, y cogiendo su maza se dirigió al real alcázar, donde todavía continuaba encerrado con los reyes su amo el conde de Lara.

Una hora más tarde salió aquel y ambos á pié y con el rostro descubierto, atravesaron Sevilla, entrando en el palacio.

Lo primero que hizo el Temerario fué reconocer á los heridos, y satisfecho del estado en que se hallaban, pasó á la estancia de Borja, le encargó que corriera al real alcázar, en el momento que pudiese salir á la calle y se despidió de él hasta su regreso de la guerra; luego visitó á su tío, previniéndole lo mismo que á aquel; lo estrechó, dando despues algunas órdenes para su próxima partida, y seguido siempre del negro se encerró en su alcoba.

—Desnúdame, Alí; me he acostumbrado á tu servicio y no sé mandar á otro que á tí.

—Gracias, amo mio; me place que pienses de ese modo.

—Debes estar rendido, fiero africano; ¡por María y la Cruz, que no te he conocido bien hasta esta tarde! ¡Tu brazo aprendió á matar!...

—¡Procuro imitarte, señor, ya que igualarse á tí no le es dable á ningun mortal!

—Negro, hay uno que vale mas que yo en el campo de batalla.

—Ese no puede ser otro que el de la roja cruz.

—¿No viste su denuedo, intrepidez, arrojo y valentia?

—¡No; ví al genio de la gloria dominarlo todo, todo avasallarle, y en alas de su inmenso poder, ser la egida de los buenos, el asombro, el terror y la muerte de los malos!... ¡No es hombre!...

—¿Quién es, Alí?—le preguntó el Temerario con ansiedad.

—Un ángel, señor, un ángel que Dios mandó en nuestro auxilio.

—¿Le amas?

—Como á los santos.

—¿Le obedeces?

—Como al destino.

—¿Tanto le conoces?

—Como á tí.

—Llévame á su palacio.

—Castillos tiene, señor, palacios y alcázares; y es tan poderoso como un rey; mas hoy habita una morada tan pobre como risueña y alegre.

—¿En Sevilla?

—No, señor.

—¿En dónde?

—Cerca de ese campo que cubrimos hoy de cadáveres.

—¿Vive solo?

—Lo sirven un príncipe, multitud de caballeros y treinta esclavos.

En este instante se metió en el lecho el conde de Lara; despues continuó:

—Háblame de él, mi querido Alí; dime todo lo que sepas y te sea permitido expresar: ¿vas á dormir cerca de mí?

—Sí; saco mi cama, que escondo debajo de la tuya, cierro la puerta, tiendo mi colchon, me desnudo á medias, me abrazo á mi esposa y háblote, amo mio.

—¿Tu esposa dices, negro?

—Sí; la única que me es dado tener.

—¡Una maza!—exclamó Lara inclinándose hácia Alí.—
¡Tan negra es y tan fuerte como tú!

—¡Y tan leal como dura! Ella sola ha destruido esta tarde multitud de enemigos; no há mucho la enrojecia la sangre; mas ya está limpia y tan aseada que puede quedar á mi lado durante la noche.

—¿Para qué?

—«Camina siempre junto á él, duerme al pié de su lecho, no estés nunca indefenso, que su vida es la mia.» Esto me dijo doña Blanca y eso hago, señor, que mi voluntad es la voluntad de la hurí.

—¡Dulce recuerdo, que no olvido nunca y que acabas de engalanar con tus poéticas frases, hijo del Desierto!... ¡Blanca, esposa mia; vive tranquila en esa tierra santa, bajo la encorvada palmera de la Siria! ¡Ahí no llegarán las auras de la guerra, los huracanes del exterminio! ¡La pura y sosegada brisa de ese privilegiado lugar, estampe en tu rostro de ángel el sello de la paz, ya que no puedas recibir el de la dicha! ¡Quiera el cielo que acaben pronto mis enemigos conmigo ó concluya yo pronto con ellos; esta separacion es peor mil veces que la muerte; ó vivir á tu lado ó perecer, y esperarte en el cielo sin sufrir la mortal ansiedad que aquí me devora!

Mientras se expresaba así el conde de Lara se incorporó Alí, quedando de rodillas sobre su colchon, cruzadas las manos, apoyadas estas en el lecho de aquel, oyendo con un interés creciente las exclamaciones de su amo. Cuando este hubo concluido, añadió él:

—Corramos, señor, corramos pronto á la raya de Castilla y acabemos de una vez y en el ménos tiempo posible con los enemigos de D. Sancho. Tú al frente de los montañeses, y yo al de los selvícolas, es cuestion de una sola batalla. ¡Comprende, amo mio, que la bellissima sultana muere como

tú de impaciencia! suspira, llora, inclina la frente y cuenta los instantes de su vida por los ayes que exhala, las lágrimas que vierte y los quejidos que lanza su pecho.

—¿Quién te lo ha dicho, Alí?—le preguntó Pedro, acercándose á él cuanto pudo.

—¡La maga, señor, la maga!

El Temerario volvió á acostarse y cerró los ojos, exclamando:

—¡Siempre arcanos y misterios en derredor de mi existencia! ¡Pasé veinticinco años sin saber si tenía ó no padre; todos hablaban de él, todo me lo imponían á su nombre, y cuando preguntaba por el hombre á quien debía mi existencia, todos enmudecían, inclinaban la frente, y ni ruegos ni amenazas bastaban á descubrirme el impenetrable secreto! ¡Antes era un solitario que me seguía, que velaba por mí, que me salvaba la vida; ahora es una maga que también corre en defensa mía, sin que yo pueda comprender cuándo, cómo, ni por qué! ¡Mis criados conocían al misterioso solitario, mis sirvientes conocen á la maga; me juzgan á mí con más sabiduría que ellos, y no obstante esa creencia, ellos saben lo principal, yo lo principal ignoro!... ¡Dios mío, Dios mío! En el solitario estaba tu poderosa mano, cesó el encanto de aquel y ahora la veo en la maga; tu infinita bondad me sigue do quier; ¡cuán bueno eres con este mísero mortal que nada quiere ya saber, que le basta con que tú le perdones y lo ames como á hijo indigno, pero que te adora, bendice, glorifica y vive por tí y para tí!... para tí...

Y el conde se quedó profundamente dormido; en su tranquilo sueño demostraba la calma, el sosiego de su conciencia. Le obligaron á matar é hirió sin cuento. ¡Quién sabe si la Providencia se valdría de aquel noble y robusto brazo para confundir á los hijos de Satanás!

Alí, viendo dormido á su amo, fijó la mano derecha en la maza, y cerró los ojos, exclamando:

— ¡Valiente eres, amo mío, como ninguno; pero tu no-

bleza de alma, tu creencia en Dios y tus hidalgos sentimientos superan á ese valor, arrojo, temeridad, destreza y talento que te envidian los hombres! Yo procuraré imitarte; á tu lado se aprende bien, se aprende... bien...

Y quedó presa del sueño como lo estaba su señor.

Salgamos del palacio de Lara, donde todos duermen, á excepcion de los centinelas, de algunos heridos, de los sirvientes que cuidan de estos y del mago que los asiste, y encaminémonos á la plaza de Fernando III.

En el centro de esta se alzaba la colosal estatua del célebre conquistador de Sevilla, y frente á ella, dando vista al Norte, existia un alcázar ó castillo feudal tan extenso como el de Lara, y tan fuerte, aún cuando no tan opulento. Tenía gruesos y elevados muros, anchos y empinados torreonnes, puentes de hierro, férreas puertas, y encima de la principal se veía altanero el escudo de armas de D. Lope, conde de Haro y señor de Vizcaya.

Era la media noche; un profundo silencio reinaba en aquella gran plaza sobre la cual reflejaba la luna su opaca claridad. Todos los edificios que la rodeaban seguian cerrados y no se veia alma viviente fuera de las murallas del castillo de D. Lope, sobre las cuales se hallaban una docena de arqueros que, inmóviles y mirando al frente, parecian estatuas fijas en la sillería del edificio. Ni paseaban ni repetian la voz de alerta, ni en su accion daban señales de conservar la existencia que el cielo les otorgó.

Penetremos ahora en la fuerte y suntuosa morada de Haro. De los mil vasallos que tenía el poderoso conde, solo habian quedado con vida unos trescientos, los cuales permanecian en pié y dispuestos á la defensa por orden de su amo. La mayor parte de los criados, esparcidos aquí y allá, dormitaban unos en el suelo, otros en sillones, y ninguno en su lecho. A pesar de la hora avanzada continuaba silenciosa la campana que daba la orden del recogimiento y descanso. En las primeras horas de la noche comentaron la ca-

tástrofe ocurrida en el torneo, cuya historia habian relatado algunos de los dispersos que consiguieron llegar al alcázar en un estado lamentable de postracion y abatimiento; luego criticaron la conducta de su amo, y notando que éste no les permitia buscar el lecho, concluyeron por irse recostando en el sitio más cómodo que encontraban.

Más al interior, en un salon extensísimo, se hallaban multitud de caballeros de la casa de D. Lope, y de varios otros grandes, amigos y parciales de éste; los que, siguiendo la suerte de sus jefes, se refugiaron con ellos en el alcázar. Todavía conservaban las armaduras que muchos ostentaban hechas pedazos por la maza, hacha ó lanza de los valientes defensores de S. A.; algunos se hallaban heridos y curados, aún cuando mal, por sus compañeros. Sigamos más adelante.

En un extremo del estrado, en góticos sillones, juntos unos con otros y arrellanados cuanto les permitian sus cómodos asiéntos, se encontraban diez y seis grandes señores de los que formaron, no há mucho, la junta secreta de la terrible lógia llamada de los *quinientos*: eran el conde de Haro, Armengol de Cabrera, su hermano D. Alvaro, Rogelio Bernaldo, Conrado Lanuza, Pedro Rodriguez, Hernando Gutierrez, Suero Aimar, Garci-Jofre, Arnaldo de Toledo y otros, que, aún cuando tan ricos y poderosos como los anteriores, no figuraban tanto en la córte, ni sus nombres eran tan conocidos en el país. En este instante hacia uso de la palabra el sagaz Conrado, y decia á sus dignos compañeros:

—Señores: creo conocer al enemigo, y por lo mismo soy de parecer que no volvamos á intentar nada contra él, en el modo y forma que lo hemos hecho hasta aquí. D. Sancho es osado hasta la temeridad; el puesto que ocupa le da un poder superior al de todos nosotros; doña María posee una astucia que no encuentra rival; le aconseja bien y tienen de su parte al pueblo que sigue siempre al que domina. Pedro

de Lara, á pesar de su proverbial osadía, no es tonto y les sirve de mucho; cuentan además con el poderoso auxilio de su aliado el rey de Granada y con ese reyezuelo ó príncipe de la cruz roja, que es, á no dudarlo, un experimentado capitán; por todo lo cual repito, que la desgracia de esta tarde es debida á que hemos seguido un camino enteramente contrario al que debiéramos emprender.

—Ya que conoceis el mal—le replicó el conde de Haro—sépanos qué remedio encontrasteis... ó mejor dicho, qué opináis vos, sobre lo que hemos debido ó debemos hacer en adelante.

—Nada creo que ganamos con hablar del pasado; harto hemos sufrido esta tarde, y no es poco conservar la vida que salvamos milagrosamente. Ocupémonos del porvenir.

—Y bien; ¿qué debemos hacer?

—Conde, hoy no es día de discurrir; procuremos, si es posible sustraernos á la venganza de Sancho IV, no olvidando un solo instante que creyendo sorprender fuimos sorprendidos, y queriendo matar fuimos acuchillados y vencidos. Es indispensable usar de mucha cautela y sagacidad, ahora y luego; el leon nos conoce y de seguro no se dará por satisfecho con las víctimas que ha inmolado.

De este modo discurrían hace cinco horas los jefes de la revolucion, que puso en peligro la preciosa vida del bravo monarca, y á los que tan valerosamente confundieron los inimitables conde de Lara y caballero de la cruz roja. Durante la comida, antes y despues, se ocuparon del medio que debian adoptar para continuar su inicua trama, sin encontrar nada que les ofreciera buen éxito, y sin acordarse tampoco de los millares de hombres que habian perecido, víctimas de la ambicion y egoismo de los diez y seis malvados. En alas de su ciego despecho y bastardas pasiones, solo se cuidaban de aquella idea sangrienta y terrible que, realizada, podia darles un poco más de riqueza y de elevacion. Cansados ya de discurrir y hablar sin resultado alguno,

decidieron retirarse á dormir en el seguro alcázar del conde, pues no era cosa de echarse á la calle y ser sorprendidos por Pedro el Temerario, cuyo solo nombre les hacia temblar.

Como se ve por lo expuesto, los jefes de aquellos terribles enmascarados se asustaban ahora de su propia sombra; tal era el efecto que les causó la leccion que acababan de llevar.

Ya estaban de pié los diez y seis, cuando llegó hasta allí el eco de una bocina tocada en la plaza de Fernando III; aquel fatal sonido les hizo palidecer, les trabó la lengua y quedaron mirándose, sin atreverse ninguno á desplegar los labios. Un instante despues se oyó el alerta de los centinelas, las carreras de los soldados, el estrépito de los guerreros y el choque de armas que se arrastraban por el suelo.

Habian transecurrido cinco minutos, y los jefes conspiradores no daban señales de vida. Poco despues se presentó uno de los caballeros de D. Lope, y le dijo á este:

—Señor, tres guerreros cubiertos con las celadas de sus cascos, pretenden llegar hasta vos.

—¿Vienen solos?— le preguntó el conde.

—A nadie más se ve en la plaza.

—¿Quiénes son?

—Lo ignoro...

—¡Contestacion es esa, que no la daria peor un bellaco! Averiguad quiénes son, y no volved á presentaros ante mí otra vez tan torpe y descuidado, por no decir cobarde.

—¡Señor!...— se atrevió á replicar el caballero.

—¡Basta! Salid y obedeced.

Algo más tarde volvió á entrar el mismo, y le dijo al conde:

—Es S. A. D. Juan.

—¿Dónde está?

—Espera en la plaza.

—¡Miserable!... ¡Os habeis atrevido á detenerlo un solo

instante!... ¡Mañana os mando dar cuarenta palos! ¡Abrid, y que suba inmediatamente!

El sonrojado caballero se retiró de allí, mientras su despota señor les decia á sus compañeros:

—Sentaos, señores, y oigamos cómo disculpa S. A., mi yerno, su ausencia de esta tarde en el campo de batalla.

Todos volvieron á arrellanarse en los sillones, hasta el momento en que se presentó el maquinador infante, que se levantaron, volviendo á sentarse despues que le saludaron, y aquel lo verificó.

D. Juan era hermano del rey D. Sancho IV, y sabida es la perversa índole con que vino al mundo. No hay historiador que al ocuparse de este malhadado hombre, deje de hacerlo con palabras que parecerian excesivamente duras, si el tal infante no hubiera sido el peor de los vasallos que tuvo su valeroso hermano. Cobarde, ruin, veleidoso, sin fe, y con una desmedida ambicion, empleó la vida mancillando su honra, ultrajando la virtud y conspirando, primero contra su padre, luego contra su hermano mayor, y siempre contra su patria. Para comprender lo que sería este hombre, basta decir, que al frente de cinco mil bárbaros del Riff, y á nombre del rey de Marruecos, enemigo eterno de los castellanos, sitió á Tarifa, y no pudiendo conseguir que se la entregase el fuerte, el valeroso D. Alonso de Guzman, que la defendia, mandó asesinar al tierno é inocente niño de aquel, que cogió por medio de una traicion, y que tuvo en rehenes hasta que, convencido de que nada en el mundo le haria ceder al indomable Guzman, mandó que lo degollaran. Estremece el recuerdo solo de accion tan satánica; Alonso de Guzman defiende la ciudad del rey, le da su propia sangre, y consiente que asesinen á su hijo, antes que faltar á su deber; y el hermano del rey, el que tenía más obligacion de defender el honor de su patria, el trono de su padre y su propia casa, es el verdugo del tierno niño, de la honra de su país.

Nos ha parecido conveniente dar á conocer, segun relata nuestra historia, á este hombre funesto, para que no se crea exagerado el tipo con que, á fuer de verídicos, nos vamos á ver obligados á presentarle en lo sucesivo.

D. Juan penetró en el estrado del alcázar de su suegro D. Lope, envuelto en un manto encarnado y cubierto el rostro con la celada de su casco. Los dos caballeros que le habian acompañado se quedaron en el salon contíguo, entre los del conde de Haro.

El infante saludó á sus amigos y supuestos vasallos, se bajó el embozo, alzó la celada y se sentó, haciendo seña á los demás para que lo verificasen tambien. Su semblante, pálido siempre y enfermizo, estaba ahora algo desencajado, si bien se traslucia en él una satisfaccion que no trataba de disimular. Su suegro D. Lope le observó detenidamente, diciéndole despues con bastante ironía:

—Yerno y señor, mucho he sentido no ver á V. A. en toda la tarde; que de estar vos con nosotros nada hubierais perdido, y acaso se ganara mucho.

—Mi alteza futura, querido suegro y señor, no asistió al torneo porque no es aficionado á ver calaveradas; y mientras vos y los valientes jugabais á la guerra en el palenque, yo meditaba sobre el mal que os causarían vuestros enemigos, buscando á la vez un remedio á vuestro daño, y un camino que os pudiese llevar al fin, que por sendero opuesto, escabroso y de difícil acceso, os proponiais vosotros llegar.

—¿Y lo hallasteis?

—Sí.

—¿Seguro?

—Mejor que el vuestro.

—El adoptado por nosotros era realizable.

—La prueba os desmiente, D. Lope.

—Tuvimos hoy mala estrella, D. Juan, y de no ser tan funesta, vencido hubiéramos, que el plan no admitia però.

—Vuestro amor hácia mí, el deseo de justicia y otras causas que me callo os cubrieron la realidad con el manto de la ilusion.

—¿Por qué no os opusisteis, si tan claro veiais?

—Dios me libre combatir jamás una idea atrevida, gigantesca por mas que la crea temeraria y de éxito contrario; por desgracia vivimos en una época en que se le llama miedo y cobardía á la sábia prudencia.

—¿Luego vos no hubierais aprobado nuestro intento?

—Nunca.

—¿Fué esa la razon que tuvisteis para no asistir á las dos últimas reuniones?

—Sí.

—¿Pero sabiais de un modo positivo que se frustraria el plan?

—No; suponía lo que iba á suceder, otra cosa me era imposible.

—No os comprendo, D. Juan; ó sabeis más que todos nosotros juntos, lo cual me sería muy grato, ó ignorais completamente los grandes recursos puestos en accion esta tarde para asegurar el triunfo de nuestra causa, que es la vuestra.

—No desconocía nada, absolutamente nada de cuantos medios poniais en juego, ni tengo la pretension de saber más que vosotros; pero ¡ay! conde amigo y señor, desde el puesto donde tuvo á bien colocarme la Providencia se ve más claro; allí no suben las ilusiones, no llegan las mentiras, por muy disfrazadas que se presenten, ni alcanzan las falacias de los hombres; desde la cumbre de nuestro entendimiento todo se distingue negro, es cierto, porque la realidad cuando es adversa, llega envuelta en su tétrico paño mortuorio. Esto no obstante, hay quien se ofusca y ve lo contrario de lo que la verdad le enseña; pero de que así suceda solo tiene la culpa el que cierra los ojos ante una razon que no le conviene. Y ved ahí la causa de los extravíos de mi hermano Sancho.

—Vuestras palabras, señor—le dijo Garci-Jofre—reaniman nuestra decaída esperanza; hablad por Dios y si hemos errado confesaremos nuestra falta y en lo sucesivo seguiremos el solo camino que tengais á bien trazarnos.

El infante D. Juan era tan cobarde como sagaz, y á veces se veían en él destellos de una brillante imaginación que apagaban á cada momento su carácter veleidoso y su índole perversa. Cuanto estaba diciendo era una pura ficción, una mentira tan inicua como la mayor parte de sus hechos, pues su maldad solía aplicarla en obras como en palabras. Supo, y hasta en cierto modo dirigió el terrible complot contra su hermano, que acabamos de ver; pero llegó el momento de lanzarse á la pelea, y aún cuando eran ciento para uno, tuvo miedo y se escondió, esperando en el rincón del hogar de uno de sus vasallos el resultado de la revolución que debía regalarle un trono conquistado del modo mas inicuo y traidor que era posible imaginar. Le dieron noticia de la catástrofe, y entonces haciendo uso de todo su ingenio, puso en juego su oro, influencia y poder, valiéndose de hipócritas asalariados y de otros medios tan honrosos como este, para la realización de una nueva idea que neutralizase ante sus parciales ó defensores los efectos de la derrota que acababan de sufrir, disculpase su pavora y lo elevara al lugar á que sus régias pretensiones le impelían. Todo lo cual consiguió, gracias á lo mucho que torturó su entendimiento, á las espléndidas ofertas que hizo, al dinero que derramó, y á la energía que usara en los momentos en que sus amedrentados partidarios corridos de vergüenza salvaban sus vidas, dejando atrás un arroyo de sangre y presa de la muerte la mitad de las fuerzas que les acompañaban.

Escuchémosle, y veremos con asombro, de todo lo que era capaz este aborto del infierno.

Cuando acabó de hablar Garci-Jofre, bajó la cabeza, exhaló un suspiro, y mirando á los diez y seis grandes, que á la verdad eran muy chicos, con acento triste les dijo:

—Señores, ví vuestro entusiasmo por mi causa, que es, según decís, la del país; contemplé vuestro ardimiento, valor y denuedo, y os creí dignos de llevar á cabo la difícil cuanto honrosa misión que con asombro de las naciones concebisteis; y lo digo con orgullo, pensé que nada podría estorbar vuestro arrogante paso. Asistí á vuestras reuniones y más que enterarme de vuestros planes, me ocupaba en admirar la energía, fe y arrogancia con que obrabais. Se aproximó el gran día, me disteis á conocer vuestro plan, y participando de vuestra justa ira, del enojo que los malvados os inspiraban, lo creí en el primer instante admirable; mas ¡ay! ¡cuán pronto se desvaneció mi ilusión! Apenas abandoné el recinto donde os hallabais, ví que había en vuestro intento mucho valor, bastante temeridad, y algo de impremeditación, con lo cual ahogabais esa prudencia tan necesaria en casos de tal magnitud y dificultad. D. Sancho—exclamé—sabrà algo, pues son muchos y los traidores abundan, hará venir al Temerario, á ambos les sobra osadía, y creyendo los míos que van á sorprender, serán sorprendidos y acaso víctimas de su celo por la mejor de las causas. Lo mismo que aconteció lo comprendí antes, mucho antes de la hora señalada, y se convirtió en realidad mi sospecha cuando supe que Sancho iba al palenque seguido únicamente de cien guardias. Y no obstante tal seguridad, me hallé condenado á oír, ver y callar, que se me tacharía de cobarde y entonces todos nos habrían abandonado.

Era, como comprenderán nuestros lectores, todo el partido que se podía sacar del miedo que retuvo á este hombre lejos del campo de batalla; su cinismo se igualaba á su cobardía. Los que le escuchaban tenían necesidad de creerlo y dieron asentimiento á aquella farsa tan ridícula como la causa que la motivaba. El mísero pretendiente comprendió el efecto que sus palabras habían causado, y añadió:

—Hasta hoy os he dejado en el derecho de obrar á vuestro libre albedrío por las consideraciones expuestas; mas de se-

guirlo haciendo sería ya una ingratitud que no usaré nunca para con mis leales y denodados partidarios. Esta tarde os hicieron huir, mañana os confiscarán vuestros bienes, y los satélites de la tiranía escalarán vuestros palacios, y si os cogen os entregarán al verdugo; todos incluso yo estamos sentenciados á muerte.

—¡Horror! ¡horror!—exclamaron los diez y seis pálidos y desencajados.

—Todos—añadió el infante.—El bando de Lara os será aplicado como á miserables pecheros por sus propios vasallos, y mañana los ocho mil soldados de Sancho en pos de los ochocientos que tiene en Sevilla el Temerario se ocuparán en buscaros, tomando á la vez posesion de cuanto tenéis, que en breve formará parte del real patrimonio; vuestros nombres serán expuestos á la vergüenza; el pueblo os va á maldecir y, pobres proscritos, vagareis por el mundo sin patria, bienes ni honra; en tanto que no den con vosotros, que al cogeros, solo hallareis un verdugo, un hacha y un tajo.

Fuera de sí, temblando de ira y de miedo, y horrorizados á la vez del relato de D. Juan, que en este momento les decia la verdad, exclamaron en confusa gritería:

—¡Maldicion sobre Lara! ¡ay de nosotros! ¡en mal hora nos lanzamos á conspirar! ¡ese Temerario conde es el mismo Lucifer! ¡traicion! ¡traicion! ¡somos víctimas de una insensatez sin igual!...

—Me alegro que reconozcais vuestro error—dijo D. Juan, imponiendo silencio con su voz y ademanes.—Por mí, por la justicia os habeis sacrificado, yo os salvaré á todos.

—¡Bien! ¡bien!—gritaron.—Hablad, señor, hablad.

Un silencio profundo siguió á estas exclamaciones; aquellos hombres tan altaneros y audaces no há mucho, humillados hasta un punto que rayaba en servilismo, miraban al infante como si en realidad fuese un verdadero rey del cual esperaban la vida, un honor que no tuvieron jamás, y las

riquezas que juzgaban perdidas. El triunfo de D. Juan iba aumentando; cuando lo hubo saboreado bien, continuó:

—Os he dicho y repito que ahora voy á mandar.

—¡Sí, sí, tratadnos como á vasallos!

—¡Basta de consideraciones! si no hubiera sido tan bueno, tan dócil, no sucedería lo que acontece.

—¡Mandad, disponed! vuestras son nuestras vidas.

—Pues bien, grandes de mi reino, os voy á salvar entregándoos á la vez la cabeza de Pedro de Lara.

A estas frases, pronunciadas con toda la solemnidad que el infante pudo darlas, siguió un rumor sordo, confuso, prolongado, que indicaba mucho, pero que nada decia; los grandes hablaban entre sí, se requerian mutuamente, y nada se atrevian á contestarle. Asombrados, perplejos é indecisos, ante tan colosal ofrecimiento, no sabian qué hacer ni qué decir; no dudaban ni se atrevian á creer. Por fin don Lope interrogó á su yerno con las siguientes palabras:

—¡D. Juan, tras de una noticia terrible, cruel, fatal, nos dais otra que á ser cierta mereciais, no un trono de rey, sino de emperador! ¡Quitad á D. Sancho el brazo de Pedro de Lara, y lo tendreis á nuestras plantas; arrancadle ese dique que defiende su trono, su poder y vida, que da aliento al pueblo, arrogancia y valor á sus amigos, y seremos á la media hora dueños de Castilla y de Leon!

—Me alegro que hagais justicia á mis ideas y opinion. Tambien creo yo eso respecto de Lara; y siendo cierto, ¿por qué habeis expuesto mi causa y vuestras vidas en el palenque donde os ha vencido, cuando acabais de declarar que muerto el condé de Lara teníamos ganada la victoria? ¿Por qué, juzgando así, no empleasteis el tiempo perdido y la sangre derramada en la margen izquierda del Guadalquivir, en confundir á ese hombre? Viendo el dique, ¿por qué no lo derribasteis, en vez de acercaros á sus muros, dando lugar á que cayera sobre vosotros y os triturara con su enorme peso? ¡Insensatos! ¿me dais ya la razon?

—Sí, sí—le contestaron todos.

—Pues bien, lo que os dije anteriormente se realizará; sereis dueños de la cabeza de Lara. Mientras vosotros buscabais amigos y confidentes entre una clase pobre y que poco ó nada podia daros, yo los he procurado en la córte, cerca del Temerario y al lado de D. Sancho; y en tanto que corria al encuentro de un sitio que os escondiera y librara del acero enemigo, yo hallaba el único puerto de vuestra salvacion. Ví las consecuencias infaustas de vuestra insensatez, y lejos de amilanarme, traté de sacar un gran partido de esa fatal derrota que tanto deplorais. La victoria conseguida por el enemigo sobre vosotros lo adormece hoy entre sus límpidos laureles; tranquilo, seguro y descansado correrá mañana hácia Aragon, en busca de nuevas glorias, de otros laureles, que podrán muy bien proporcionarle el anhelado triunfo ó un tajo, un hacha, y mi verdugo de Ecija.

—¡Bravo! ¡bravo!—exclamaron los diez y seis, aplaudiendo con entusiasmo á D. Juan. La simple indicacion les bastó á aquellos malvados para comprender el criminal pensamiento de su digno jefe. D. Lope, sin embargo, se atrevió á preguntar:

—Hijo del alma, ¿estais seguro de que esta vez no erraremos el golpe?

—Sí, padre amado.

—¿Teneis confianza absoluta en esos hombres?

—Sí.

—¿Os digeron?...

—Me digeron, que concluido el torneo, comió doña Maria Alfonsa de Molina con ese incógnito de la cruz roja, que vale por lo menos tanto como Lara, con el hermano del rey de Granada y con cuatro jefes de tribu, mientras D. Sancho lo verificaba con su amigo el Temerario y otros grandes. Luego se reunieron mi hermano y el conde en el despacho de aquel, y poco despues fué á hacerles compañía la de Molina; y me contaron además cuanto hablaron los tres.

- ¿Les oyeron?
- Sin perder una frase.
- Triunfo fué, que os ha elevado mucho, D. Juan, ¿como lo conseguisteis?
- Con ese metal dorado que se ablandan todos los corazones.
- Mucho conseguir fué.
- ¡Bastante metal dí!
- Todo era poco á mi entender.
- Por eso lo entregué sin vacilar.
- ¿Y oyeron, señor, oyeron?
- Que confiscaron vuestros bienes, que os sentenciaban á muerte y que mañana llevarian á cabo su intento mientras el Temerario corre en busca de nuevos laureles.
- ¿Solo?—le preguntaron los diez y seis con viveza.
- Solo, sí.
- ¡Que muera!—exclamaron de nuevo, retratándose en sus rostros la venganza y la maldad.
- ¡Muera!—repetieron—y reinad, D. Juan en Castilla y Leon, que no existiendo Lara, para nada necesitamos de D. Alonso la Cerda.
- ¡Otra insensatez! ¿No acabais de convenir conmigo en que vale por lo ménos tanto como el Temerario el caballero de la cruz roja?
- Sí.
- ¿Y muerto aquel no queda este?
- Es verdad.
- Dejaos, pues, de formar castillos en el aire y obedecedme ciegamente.
- Mandad, disponed; todos os pertenecemos.
- Inmediatamente, sin perder un instante, que parta cada cual á su morada y recoja ó saque cuantas alhajas y oro tenga; y uno trás otro, separados, y lo antes posible, id marchando á Eciija, donde os espero. El Temerario parte al mediodia de mañana, y sería conveniente que al salir de Se-

villa estuvierais todos allí. Si como espero, cae en nuestro poder ese hombre funesto, saldremos de Ecija al frente de seis mil hombres; á la vez avanzará el ejército de D. Alonso de la Cerda, cogemos en medio á los montañeses del Saucejo y á los zegríes con su jefe á la cabeza, pues no dudo que en breve se unirán estos á aquellos, y vencidos por nosotros regresaremos á Sevilla, sitiaremos á Sancho, y auxiliados oportunamente por mi aliado el rey de Fez, daremos fin á nuestra empresa en poco más de ocho días. Luego declararemos la guerra á Mahomad II, rey de Granada, y en alas de ese ardimiento que tanto os distingue, arrancareis al califa tantos ó mas pueblos como vamos á ceder en Leon á mi sobrino D. Alonso. ¡Castellanos, disponeos á vencer; mi hermano os enseña la terrible guadaña; se la voy á arrancar de la mano y á entregárosla; segad con ella las gargantas de nuestros enemigos!

—¡Mueran todos!—gritaron en coro los diez y seis.—¡Lucha y exterminio hasta que no quede uno solo!

—¡Así os quiero, briosos adalides, fieros y obstinados hasta lo infinito!

—Morirán ellos—exclamaron de nuevo—sus mujeres, hijos, vasallos; talaremos sus tierras, incendiaremos sus mieses, pulverizaremos sus castillos.

—Sin compasion, hacedlo así; yo os lo mando. ¡Ese menguado que apellidan Temerario me ha humillado ya dos veces y á vosotros ciento! ¡creí un día que era un gran hombre, le seguí y hasta le libré la vida!... ¡Basta ya de engaños y falsías; no mas consideraciones! ¡Suene la trompeta guerrera, préndase la tea de la discordia y no cesen de tocar y arder mientras haya quien desobedezca nuestra ley! ¡Por encima de nosotros, solo las nubes; debajo, el universo entero!

—Corramos, señor—prorumpieron nuevamente los satélites—corramos á la guerra; con nosotros irá la victoria; en nuestros corazones el odio y la venganza; en nuestras lanzas, la muerte; y debajo de la tierra, la compasion.

—¡A Ecija, y muera el Temerario!

—A Ecija, y perezcan todos nuestros enemigos.

—¡Sin vida vamos, que nos la arrancó una sentencia de D. Sancho! ¡Ay de él si volvemos con ella!

—¡A Ecija antes de amanecer!

—¡Estrechadme todos, y hasta que nos veamos en mi querida ciudad!

Aquel coro satánico calló, formó un grupo de mentido y endiablado amor y convertido cada uno despues en un aborto del infierno, partieron á cumplir las órdenes del menguado Lucifer á quien obedecian.

Una hora despues todos ellos, sus caballeros, vasallos, escuderos y sirvientes corrian hácia Ecija por diferentes caminos, ocultas veredas, estrechos senderos y con cuanta velocidad les era dable. Entre las sombras de la noche y los tintes de la madrugada escondieron su fratricida intento. ¡Todo lo llevan perdido y todo pretenden ganarlo! ¡Satanás les inspira en esta ocasion; su ardimiento es hijo ahora de la mas negra desesperacion; y en brazos de su criminal deseo son capaces de consumir cuanto llega á su enloquecida mente!

¡Ay del noble, hidalgo, generoso é incomparable conde de Lara! ¡esta vez le tiende la red la más astuta serpiente; su mordedura es mortal, y por desgracia pronto se habrá cebado en él con el ahinco de una fiera que no teme despedazar á sus hijos! Ni Alí, ni el incógnico de la cruz roja podrán ahora salvarlo; solo un milagro, únicamente la bondadosa mano de Dios tiene poder suficiente para hacer soltar á la culebra la presa que asegura entre sus ponzoñosos colmillos. El hombre más leal que existe en Castilla va á ser víctima de la más inicua traicion.

CAPÍTULO XIX.

La marcha.—Régia despedida.—Las torres de Ecija.—Emboscada.—Alí.

Hasta las ocho de la mañana continuaron sumidos en un tranquilo sueño el poderoso conde de Lara y su leal servidor Alí. Las fatigas del día, los rudos y tremendos golpes que descargaron sus brazos, y el continuado combate habido en el palenque, rindieron en parte á aquellas dos privilegiadas materias; y al cansancio sucedió el sosegado sueño de que ambos necesitaban con razon.

Abrió sus negros y rasgados ojos el bello y varonil atleta, se incorporó sobre la cama, y mirando á su negro, que en aquel instante se levantaba presuroso, le dijo:

—¡Alí, creo que hemos dormido mucho!

—Opino lo mismo, señor, y entiendo que ni tan buena estancia ni tan blando lecho nos depara la suerte esta noche.

El conde sonrió, replicando á su negro:

—Verdad es, valiente leopardo.

—¿Por qué me llaman fiera, amo mio?

—No lo sé; presumo, no obstante, que se fundarán en la dulzura y cariño con que tratas á mis enemigos.

—Entonces, procuraré hacerme digno de mi nuevo apellido.

—Ya lo eres, Alí; por María y la Cruz, que aprendiste á matar tan bien por lo ménos como mi amigo Márcia.

—Tal maestro tengo, señor. ¿Con que decias que esta noche dormiremos?...

—Sobre las sillas de dos briosos corceles. ¿Te gusta la cama?

—¿Es decir, que vamos?...
CAPITULO

—A la guerra, africano.

—¿Solos?

—Sí, quiero correr mucho para que no se impacienten mis leones del Saucejo.

—¿Nos esperan?

—Há tiempo.

—¿En dónde?

—Al pié de Sierra-Morena.

—¿A qué hora saldremos?

—Al mediodía.

—¿Qué trajes?

—De cota, pero ligeros; que es preciso volar.

—¿Te lo traigo?

—Al momento. Oye antes: ¿y la maga?

—No andará muy lejos, señor.

—¿Sabes dónde para?

—En este momento, no; mas si tienes empeño...

—No; esta noche fuí presa de una horrible pesadilla, y como esa mujer todo lo sabe...

—Cuéntamela, amo mio; creo que nos queda tiempo sobrado.

—Héla aquí: no sé cómo, cuándo ni por qué, me hallaba en un oscuro calabozo, sujeto con pesadas cadenas y rodeado de miserables asesinos que á cada momento me amenazaban con sus mortíferas picas. Despues, me llevaron entre monjes á una plaza grande, alumbrada por un sol que abrasaba;

luego me cogió un hombre de aspecto siniestro y mirada feroz; era el verdugo que fijando mi cabeza sobre el tajo levantaba el hacha para segar mi garganta. En este instante creo haber despertado, bañado en sudor y abrasando mi piel; mas debí continuar dormido, pues aun cuando estabas tú al pié de mi cama ví á la maga que me tenía sujeta una muñeca con su mano derecha.

—¿Y qué más, señor?

—La hechicera me oprimia fuertemente, sacudí el brazo, dió un grito terrible, lanzó una carcajada y huyó de mi vista exclamando: « ¡Ay de tí, Pedro; si Alá te abandona, pronto serás presa de la muerte! »

—¿Y qué más señor, qué más?

—No recuerdo otra cosa; fué un sueño breve, rápido, sangriento y terrible!

—¿Dices que me veías á tus piés?

—Sí, en tu propio lecho.

—¿Contemplastes esta habitacion en la forma que está?

—Lo mismo exactamente.

—¿Quién sabe!... Aguarda un poco, señor.

Alí salió precipitado de la alcoba, abrió uno de los balcones que daban á la plaza y observó detenidamente; pero no hubo de distinguir lo que su vista buscaba, pues volviendo á la estancia donde se hallaba Pedro, le dijo:

—Todo, amo mio, todo ha sido un sueño. Si te amenazara peligro y lo adivinase la maga, alguna señal me hubiera dejado su atrevida planta.

—Sí, fué una pesadilla, hija acaso de la lucha que sostuvimos ayer. ¿Me vistes?

—Al momento.

El conde de Lara almorzó media hora despues, ocupando el resto de la mañana en dictar órdenes, concluyendo por mandar á sus vasallos, que en cuanto él partiese, se pusieran á disposicion de D. Sancho, llevando á cabo cuanto aquel debía prevenirles.

El infante D. Juan habia dicho la verdad á sus parciales, en lo relativo á la sentencia de muerte y confiscacion de bienes de los revolucionarios. Y áun cuando al principio opinaba el rey que convenia esperar el regreso del conde para llevar á cabo tan atrevidas sentencias, acordaron despues verificarlo en el momento que partiese aquel; respondiendo de este modo á la indignacion que demostraba el pueblo contra los asesinos que con tanto descaro perpetraron crímenes en los sitios más públicos de Sevilla. Por eso ahora el Temerario recomendaba á sus ochocientos vasallos el cumplimiento de tan penoso y audaz encargo.

Despues otorgó varias recompensas á los que se habian portado mejor la tarde antes, estrechó al anciano Rodrigo y á algunos de los principales caballeros de su casa, y montando en un fuerte y ligero corcel, salió de Sevilla, seguido de su inseparable leopardo. Ambos llevaban baston-lanza, un pequeño escudo y un ligero traje de malla.

Veloces como el viento, rápidos como la exhalacion, hábiles cual ninguno y briosos como el más apuesto, caminaban el blanco y el negro por el ancho arrecife que conduce y deja atrás á la inmemorial Sevilla.

A los quince minutos, hallaron una muralla formada por cien guerreros que en ala y de cuatro en cuatro, atravesaban el camino; no obstante lo cual continuaron amo y sirviente sin contener su carrera.

—¡Alto!—les gritó el jefe de los castellanos.

—Adelante, Alí—exclamó el Temerario alzando su corta y terrible lanza.—Paso al conde de Lara—añadió.

En este instante llegó junto á los guerreros y distinguiendo en todos ellos el escudo de armas de la casa real, paró, diciéndole á su negro.

—Deténte, Alí, que son caballeros de S. A.

Ya era tiempo, pues el buen africano habia hecho retroceder á cuatro con solo el empuje de su corcel. El buen Alí se iba creciendo hasta el punto de rivalizar con su señor.

—Es mi alteza en persona—dijo el jefe de los guerreros alzando su celada—que os despide, conde amigo, y os envidia el paje que llevais. Pardiez, que es tan negro como la noche, tan fuerte como el rey y tan valiente como su amo.

—Con gusto os lo cederia, gran señor—le contestó Lara—mas no me pertenece; es un regalo que me ha impuesto Blanca.

—Obsequio digno de tan gentil matrona—respondió Sancho IV.—Acércate africano. ¿Quién te enseñó á guerrear?

—Los malvados que hallé en la tierra y á los que tuve necesidad de confundir, alteza—contestó Alí mirando al rey.

—¿De quién aprendistes esa destreza que consiguen pocos y que todos envidian?

—De Pedro y Blanca que no tienen rival en tus reinos.

—¿Y ese valor?

—Ese me lo dió quien vale mas que tú; Dios.

—Luego eres cristiano.

—Sí.

—¿Quieres mucho á tus amos?

—Mas que á la madre que infante me amamantó; que á las brisas del Desierto donde nací; que al sol ardiente que me vió crecer; que á la vida en fin, que me otorgó el destino. ¡Que si los amo! ¿No lo ves, alteza? Va solo conmigo, duerme en mi regazo, sobre mis muslos, porque basto yo solo para defenderlo.

—¿Cómo te llamas?

—Alí.

—Pídemme una merced; lo que quieras, cuanto más grande sea, con más gusto te la concedo.

—Gracias, poderoso monarca, te la voy á pedir: quiere á mi señor como él se merece.

—Ya lo hago, Alí. Pide para tí.

—¡Para mí! ¿Qué hay en el mundo que yo desee y me lo niegue mi amo, ó no me lo pueda yo conquistar?

—¡Mucho sabe el negro!

—Todo se lo debe á Dios, que es bondadoso y caritativo hasta con los desterrados de Sahara.

—Conde, ese negro vale tanto como el castellano más apuesto.

—Mucho cuesta, señor, también.

—Todo lo que le deis es poco.

—Poco no, que tiene mis tesoros abiertos, manda en mi casa y le dí todo mi cariño.

—Gran recompensa es; pero la merece. Me dais vuestra mano.

—¡Señor, os habeis molestado!

—No; tuve el placer de estrechar á mi leal amigo. Corred, conde, corred y venid con esa victoria que tan fácil os es arrancar á la suerte. Allí, tu rey te distingue y aprecia; cuando regreses, vé al alcázar.

—Lo haré, que soy aficionado á la honra.

—¡Castellanos, paso á mi primer caudillo!

—Gran señor, hasta el tercer domingo.

—¡Dios vaya y vuelva con vosotros!

Amo y criado picaron á sus potros y salieron como flechas impelidas por fuerza eléctrica.

—Mirad, señores—exclamó D. Sancho—esos caballos vuelan; esos ginetes son de pluma; esos hombres de hierro. ¡Oh! ¡no sé por qué siento un pesar, una ansiedad terrible al verlos alejarse de mí! ¡De buen grado los seguiria; mas no puedo! A Sevilla, á escape y ¡ay de nuestros enemigos!

El rey y sus cien caballeros volvieron á la metrópoli y comenzaron acto continuo á llevar á efecto la confiscacion acordada, ya que no pudieron prender á ninguno de los sentenciados á muerte por haberse ausentado estos la noche anterior. Sin oposicion alguna entraron los alguaciles de Sevilla, auxiliados por los soldados del rey y de Lara, en los palacios y alcázares de los grandes que componian la junta secreta, y en las casas de los caballeros que formaron parte de los *quinientos* y que habian sobrevivido á la catástrofe del

dia anterior. La justicia tomó inmediatamente posesión de cuanto tenían, todo lo cual fué vendido, ingresando su importe en las arcas reales. Despues se pregonó un bando, dirigido á los sentenciados para que en el término de tres dias compareciesen ante la autoridad á dar sus descargos ó á sufrir la pena á que se habian hecho acreedores; ninguno se presentó, como era de suponer; en cambio aparecieron sus nombres á la vergüenza, é indignado el pueblo los maldijo públicamente, les cantó romances, en los cuales lo mejor que se les llamaba era asesinos, sirviendo de befa y escarnio á la multitud. Ellos en tanto agrupados en torno del terrible infante, se hallaban ya en Ecija, conspirando contra S. A. y maquinando para perder á Lara.

Mientras acontecia esto en una y otra ciudad, corria el famosísimo conde en direccion de Carmona, en cuyo punto pensaba detenerse dando á la vez algun descanso á los fatigados alazanes. Este pueblo distaba seis leguas próximamente de Sevilla, y no tardaron en llegar á él mas que unas tres horas.

Se detuvieron pues, en una posada, permaneciendo tres cuartos de hora, tiempo indispensable para tomar algun alimento los amos y los potros. Concluido este acto, montaron nuevamente, exclamando el conde:

—Allí, otra carrera hasta Ecija; allí nos detendremos dos horas para dar descanso á los caballos.

—Señor,—le contestó el negro,—¿no sería mejor parar en una venta cualquiera del camino, y aún cuando fuera dar un rodeo, para evitar el paso por una ciudad donde acaso estén refugiados el infante y sus parciales?

—No; quiero ganar tiempo, africano, que me aguardan impacientes mis hijos del Saucejo.

—Señor, D. Juan es dueño de Ecija, sostiene en ella mil vasallos y todos le obedecen.

—Ya lo sé.

—Pudiera muy bien tener noticias de nuestro arribo y...

—No me extrañaría.

—Con que paramos en la venta del Pinar, luego giramos á la izquierda, dejamos á la derecha á Ecija, y á la madrugada á Córdoba.

—Seguimos por este camino; descansamos en Ecija, y luego continuamos adelante.

—Pues á Ecija, señor, á Ecija, y que Dios sea con nosotros.

—¿Y tu maga, Alí; cómo no te ha dicho la ruta que nos convenia llevar?

—La maga, amo mio... mas adelante sabremos de ella.

Ambos aguijonearon á sus potros y volvieron á desaparecer como fugaces meteoros. Sin hablar, corriendo siempre delante el inimitable conde de Lara, y á no muy larga distancia su leopardo, cruzaban el camino con una velocidad asombrosa. Así permanecieron tres horas consecutivas, en cuyo instante llegaron á una venta, bebieron agua y se detuvieron un cuarto de hora, compadecidos del estado en que iban sus briosos corceles; pasado este tiempo subieron otra vez y tornaron á caminar.

Una hora despues les anocheció completamente, y algo mas tarde apareció la luna triste y solitaria, extendiéndose sobre aquellos bosques de olivos, cuyo fin parecia no hallarse. A su amarillento resplandor seguian los ginetes subiendo y bajando cuestas, saltando zanjas y continuando en fin, su precipitada marcha.

Serian poco más de las ocho, cuando distinguieron en lontananza las severas torres de Ecija; pero en el mismo momento descendieron á una hondonada y la ciudad desapareció de su vista; luego notaron los bultos de varios hombres que se percibian á lo lejos y como á la mitad de una nueva cuesta que comenzaban á subir. Segun avanzaron iban reconociéndolos mejor, hasta ver claramente que, á juzgar por el traje, eran unos doscientos peones los cuales llevaban la misma direccion que ellos, pero que caminaban mucho más despa-

cio. Cuando ya estaban casi encima les cerraron el paso gritando uno de ellos:

—¡Alto!

—Paso al conde de Lara—exclamó este sin dejar de correr.

Uno de aquellos volvió á gritar:

—¡Paso al Temerario!

Y lo hizo con voz tan fuerte que pudo oirse á gran distancia. A la vez se abrieron dejándole franco el camino.

El atrevido conde cruzó por medio sin dignarse mirarlos; no así su negro el cual reconoció aquellos semblantes, y sin dejar de caminar, refrenó algo su caballo, observando á derecha é izquierda; mas continuó adelante. Su amo, oprimiendo siempre los ijares de su alazan, llegó á lo más alto de la cuesta y se precipitó en el descenso; pero al mismo tiempo se oyó un golpe terrible y la voz del Temerario que gritó:

—¡Alto, Alí!

El negro se estremeció al escuchar aquel ruido y el acento de su amo. Hizo sin embargo llegar á su caballo de un salto á la cumbre, quedando horrorizado. El conde de Lara y su fogoso cuadrúpedo habian caido en una profunda zanja, hecha y cubierta hábilmente para engañar la vista mas perspicaz. A la vez vió que cientos y cientos de caballeros, peones y vasallos corrian en tropel hácia la zanja, gritando con alegre algarabía.

—¡Nuestro!... ¡Nuestro!... ¡Muera el Temerario!... ¡Viva el rey D. Juan!

El valeroso y leal africano, parado sobre la altura, contempló cuanto le rodeaba, dudó, y con dos lágrimas en sus ojos mas ardientes que el fuego, volvió su caballo, se tendió en él, cogió las bridas con los dientes, en su mano derecha el bastón-lanza, en la izquierda la formidable daga, y como un rayo se precipitó sobre los doscientos supuestos peones que, espada en mano le cerraron el paso. Llegó cerca de ellos, oprimió el vientre de la fiera cuanto pudo, y esta

saltó por encima de los aceros contrarios, derribando al caer á varios de aquellos asesinos; su valiente dueño comenzó entonces á matar á derecha é izquierda, su corcel á atropellar y correr, y sembrando entre amo y cuadrúpedo la muerte, atravesaron la compacta fila de malvados, penetrando en un bosque de olivos. Más tarde dió una voz el ginete á su cabalgadura, se cogió á las ramas de un árbol, aquella siguió á escape, quedando él oculto entre el frondoso ramaje. Desde allí vió, un minuto despues, que mas de quinientos ginetes recorrian el bosque en perseguimiento suyo. Allí dejó que pasaran; observó y seguidamente se tiró del árbol y corrió, oculto entre el bosque, en dirección de la zanja donde estaba su amo. Saltando como la pantera unas veces, arrastrándose otras como la serpiente, sin hacer ruido y conteniendo la respiracion, llegó el desconsolado africano hasta muy cerca de la cuesta donde cayó su señor; no lejos de él habia una gran peña; se tendió al lado de ella, y desde allí observó nuevamente. Su negra piel brillaba como el azabache; sus ojos despedian fuego y su labio inferior vertia sangre de tanto oprimírselo con la fila superior de su fina dentadura; pero no se movia ni respiraba; más que sér humano parecia, pegado á la tierra, la sombra de la misma piedra que le resguardaba de caer en manos de sus contrarios.

De este modo contempló la alegría de aquellos hombres que no há mucho corrieron ante su potente maza; oyó los aplausos que tributaban al miserable D. Juan, y latiendo su corazón con una violencia que le lastimaba, continuó cosido á la tierra, fija su atencion y mirada en el sitio por donde se derrumbó su cariñoso amo. Permanecia sujetando con sus manos la corta lanza y el largo puñal; á ochenta pasos estaba el conde de Lara, pero en este momento le rodeaban sobre mil asesinos, con todos los cuales, no podia el africano, ni aún cuando hubiese caído sobre ellos conseguiria otra cosa que morir y acelerar el último instante de su señor.

No quería tampoco conservar su existencia si Lara perecía; aguardaba solo saber si podía salvarlo ó si debía morir haciendo pagar muy caro el postrimer suspiro.

Sin aliento y agitado por esa ansiedad, que se comprende, pero que no tiene descripción, esperó. Algo más tarde sacaron al Temerario de la zanja donde cayó, le ataron fuertemente con gruesos cordeles, y entre ocho robustos vasallos se dirigieron con él hácia Ecija, en medio de los mil cobardes que acababan de cogerle prisionero. Al partir estos, oyó la siguiente orden que daba el infante:

—Conducidlo al peor calabozo de mi castillo, y al ser de día que lo mate el verdugo en la plaza pública, invitando al pueblo á que asista á la ejecucion. ¡De este modo, vengaremos las humillaciones que nos hizo sufrir!

El preso al caer en la zanja se hirió en la cabeza é iba ahora sin conocimiento, y bañando con su sangre á los que le llevaban á Ecija. A la vez llegaron los ginetes encargados de la persecucion de Ali, exclamando uno:

—Señor, el que acompañaba al Temerario ha de haber sido muerto por alguna de las estocadas que le tiraron los caballeros disfrazados de peones; pues hemos hallado su caballo y él no ha parecido en el sitio por donde emprendió la carrera su corcel. A la mitad de esa cuesta hay algunos heridos y cadáveres, y debe estar entre los últimos. ¿Desea V. A. que los reconozcamos?...

—Por esta noche me basta con el conde de Lara. A Ecija, señores, á Ecija; y estar preparados por si vuelve en sí.

Y sin cuidarse de los muertos y heridos que dejaban á la espalda, á pesar de pertenecer á sus filas, se encaminaron todos hácia el castillo feudal del infante.

Cuando hubieron partido, fué poco á poco incorporándose Ali, hasta quedar de rodillas: la lanza y la daga se le cayeron de las manos, levantó estas al cielo, y con amoroso acento exclamó:

—¡Gran Dios, padre generoso, monarca sublime y carita-

tivo! ¡Me concedes una noche para que libre á tu hijo Lara de entre las garras de sus verdugos! ¡Gracias Señor! ¡Padre, dándome tanto tiempo, no puedo, no debo llegar tarde! ¡Ayúdame, gran Dios; ayuda á este infeliz, que hasta el color de los séres humanos le negó su destino! ¡Mi vida por la suya; y si algo malo hizo en este mundo, súfralo yo por él en esa eternidad que me aguarda!

Dos raudales de ardorosas lágrimas se precipitaron por el rostro del noble y valeroso negro; cogió su baston y su puñal, dió un grito espantoso, y corrió tan ligero como hubiera podido hacerlo su caballo, en direccion del cercano monte. Allí no era en este momento un hombre; hijo del Desierto, criado entre las fieras y tan fuerte y valiente como ellas, saltaba, corría, y sin que le detuviesen los abrojos, los árboles, la aspereza del terreno, los precipicios, las simas, las elevadas cumbres, las profundas hondonadas, llegó á lo mas alto de la sierra, convertido unas veces en corzo, otras en liebre, algunas en pantera, y siempre en poderoso leon.

Ya en la cima buscó yerba seca, ramaje y cuanto combustible pudo hallar á mano, formando con él una inmensa hoguera; á cada momento cogia uno de los pedazos que arodian, lo levantaba y con su lumbre formaba en el aire signos, que nadie al parecer veia ó á los que ninguno contestó. Desesperado el negro, exclamaba:

—¡Satanás protege á esos malvados esta noche!... ¡Mis señales se pierden! ¡la noche avanza, y al ser de dia lo van á decapitar en la plaza pública como á miserable asesino! ¡Maldicion! ¡yo solo no puedo con tantos! ¡mataré á D. Juan á veinte, á ciento de los que le rodean, pero esto no le libraré de perecer á manos del verdugo! ¡Oh, por qué te vales inferno de tantos hombres para matar á uno! ¡Llegad á mí, vosotros, los satánicos séres, que con todos me atrevo! ¡Por María y la Cruz!... ¡Dios mio, Dios mio, sin tu poderoso auxilio nada puede el hombre, nada vale!... ¡Ruin materia, rueda por el mundo cual bola de nieve, que descende al

abismo, herida por los picos que le salen al encuentro! ¡miserable gusano, queda humillado á cada instante bajo la altiva planta de su gigante destino! ¡insensato rapaz, cubre con su necio orgullo la pequeñez de su miseria! ¡Padre Eterno, Pedro y yo moriremos mañana, si así lo dispones; cúmplase tu soberana voluntad!

El africano se cruzó de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó como arrobado por un éxtasis que le adormeció.

Las llamas continuaban elevándose; la hoguera ardía con mas vehemencia que nunca, y el aire lanzaba sobre Ali torrentes de humo, que chocaban con su rostro; pero el negro no sentía, escuchaba, ni veía en aquel instante; las lágrimas, sin embargo, rodaban desde sus ojos hasta la ceniza que tenía á sus pies.

Diez minutos más tarde lanzó un ¡ay! lastimero, levantando su cabeza. A aquella exclamacion siguió un grito, que por algunos instantes fueron repitiendo los cóncavos de los montes; al alzar la frente, vió á su derecha, y á gran distancia, otra hoguera igual á la suya; dió nuevo grito, y cogiendo un trozo de rama, encendido por un extremo, comenzó á practicar sus anteriores señales; otra llama igual á la suya le contestó en el acto. Entonces el negro levantó el pedazo mas grueso y largo del combustible que tenía á medio quemar, lo introdujo entre el suelo y la hoguera, y comenzó á elevar la lumbre y á esparramarla por el aire. Cuando hubo concluido, repitió sus señales, le contestaron, y sin detenerse más, descendió por el monte, del mismo modo que habia subido, dando espantosos gritos, que parecian salir de su corazon. Llegó al llano, y por entre los árboles y la maleza, corrió desafortadamente, perdiéndose al poco tiempo entre la espesura del bosque y las sombras de la noche.

estaban, herida por los pies que lo salen al momento; un
soto grueso, que se humillaba á cada instante bajo la lluvia
planta de su gigante dorsal; insensato rapaz, como con su
negro orgullo la profección de su miseria; Pedro Negro, Pedro
y yo montamos mañana, si así lo disponen; enojados en so-
berana voluntad.

El alívio se cruzó de brazos, incliné la cabeza sobre el
pecho, y quedó como arrojado por un éxtasis que lo abor-
neció.

Las llamas continuaban elevándose; la hoguera ardía
con una vehemencia que quemaba, y el aire lanzaba sobre mí
vapores de humo, que chocaban con mi rostro; pero al me-
gro no sentía, escuchaba, en vez de aquel instante; las lágrimas
mas, sin embargo, resaban desde sus ojos hasta la comisura que
tenía á sus pies.

Diez minutos más tarde lanzó un lastimero, levanta-
tando su cabeza. A aquella exclamación siguió un grito, que
por algunos instantes fuere, resaca los ojos de los
mojos; al alzar la frente, vió á su derecha, y á gran distan-
cia, una hoguera igual á la suya; dijo que veía, y cogiendo
un trozo de rama, encendido por un estremo, comenzó á prac-
ticar sus anteriores señales; otra flama igual á la suya se
comenzó en el acto. Entonces el negro levantó el pecho mas
grueso y lazo del combustible que tenía á medio quemar,
lo introdujo entre el suelo y la hoguera, y comenzó á elevar
la frente y á apartarlas por el aire. Cuando hubo con-
cluido, repitió sus señales, la contestaron, y sin detenerse
más, descendió por el matorral del mismo modo que había su-
bido, dando espantosos gritos, que parecían salir de su co-
razón. Llegó al llano, y por entre los árboles y la maleza,
corrió desahogado, perdiéndose al poco tiempo entre
la espesura del bosque y las sombras de la noche.

CAPÍTULO XX:

El calabozo, el prisionero y sus terribles guardias.—El monje basilio.—El verdugo.

El conde de Lara cayó, según hemos dicho, en una zanja de bastante profundidad, y en cuyo fondo pusieron varias peñas que recibieron al noble atleta con sus afilados y agudos cantos. Su caballo pereció en la caída y el jinete se abrió la cabeza, sobre la cual sufrió el terrible golpe. Sus infames enemigos habían empleado perfectamente las catorce horas que se le adelantaron; y en esta ocasión, según hemos expuesto ya, fueron inspirados por Lucifer. La emboscada no pudo ser más hábil ni salirles con más fortuna.

Ya en manos de tan sangrientos rivales el inanimado héroe, lo trasladaron á Ecija, formando entre todos un diabólico coro, en el que se mezclaban las risas, los parabienes, las amenazas, los aplausos y una gritería en fin, satánica, aterradora, infernal.

En tanto, y rodeado de aquellos tráfugas de la nobleza castellana, iba el hidalgo doncel regando con su sangre el camino de Ecija.

De este modo lo llevaron á la ciudad, lo encerraron en un calabozo; ligaron sus carnes con gruesas cadenas y metie-

ron en la prision veinte asesinos con órden de que lo atravesaran con sus picas, si al volver en sí intentaba forzar los férreos eslabones. Luego se reunieron los diez y seis que ya conocemos, presididos por D. Juan, y decretaron la muerte del Temerario en la plaza pública á manos del verdugo, el cual segaria su cabeza con un hacha sobre un tajo. Dispusieron asimismo, que el momento de la ejecucion fuese á las ocho de la mañana; que pasearan al reo por los sitios más concurridos de la ciudad, y que asistiese el pueblo al acto. Transigiendo á la vez con las preocupaciones de la época, y queriendo dar al sumario que instruian, con tal motivo carácter de legalidad, hubo acusacion y hasta defensa, hecha esta por uno de ellos mismos y peor mil veces que aquella; y concluyeron por conceder al prisionero un sacerdote que deberia permanecer á su lado desde aquel instante hasta el en que espirase, eligiendo para este fin un monje de San Basilio. El resto de la noche lo pasaron los malvados en una orgía, entre vinos, manjares y licores. Así esperaron el momento de la ejecucion, libando placeres, formando castillos en el aire y preparando la venganza más sangrienta de cuantas se habian llevado á cabo desde Cain hasta entonces. En su sed de exterminio no perdonaron á nadie ni excluyeron del rey abajo á ninguno de los que se oponian ó pudieran oponerse á sus fatales pretensiones. Don Juan recibia ya con satisfaccion el tratamiento de alteza y su alegría al deshacerse de Lara era inmensa. Mandó un correo noticiando á D. Alonso la Cerda la feliz nueva de la muerte del Temerario, le enteró del plan que ya conocemos, y concluyó disponiendo que todos sus parciales asistiesen á la ejecucion con traje de córte para dar más pompa y solemnidad al acto y causar más vergüenza y humillacion en el infeliz sentenciado. Muerto el conde debian armarse todos, revisar sus huestes y prepararse para caer, de acuerdo con Cerda, sobre el ejército de Lara acampado cerca de Sierra-Morena. En su loca ambicion y ciego despecho se olvidó el in-

fante de adoptar varias medidas que aconsejaban la sabiduría y la prudencia. Cogido el Temerario, juzgó por lo visto, que el mundo se iba á postrar á sus piés; tal era el terror que el valeroso Pedro llegó á infundir á sus enemigos. Lucifer inspiraba á estos malvados; mas en el crítico instante los ofuscó la Providencia. ¿Terminarán sus perversos planes? Veámoslo.

Un caballero de los secuaces de D. Juan, se presentó acabado de sentenciar el reo en el monasterio de San Basilio y á pesar de lo avanzado de la noche se hizo conducir á presencia del abad, al cual le dijo:

—S. A. el rey D. Juan dispone que inmediatamente pase un monje á la prision de Pedro el Temerario y permanezca á su lado hasta que espire en el patíbulo.

El abad de San Basilio pertenecía á una de las familias mas distinguidas de Sevilla, solo contaba treinta y cinco años, tenía mucho talento, virtud, y fué siempre uno de los que más admiraron al conde de Lara; así es que al oír la noticia que concluian de darle, se estremeció; pero disimuló cuanto pudo la terrible impresion que acababa de recibir, preguntando al enviado.

—¿No es ese reo el conde de Lara?

—Sí.

—¿Quién lo ha sentenciado á muerte?

—El rey D. Juan.

—El infante querreis decir.

—No, el rey.

—¿Murió D. Sancho?

—No.

—Entonces...

—Abad, ¿cúmplis ó no la orden de S. A.?

—Si me la traeis por escrito y firmada por D. Sancho IV, rey de Castilla y de Leon, con mucho gusto.

—¡Por Barrabás!...

—¿Qué?

- Sois un rebelde.
- Soy un ministro del altar, que solo obedece á Dios, á su conciencia y á su rey.
- No veis insensato que si D. Juan lo sabe os va á mandar azotar.
- ¿Quién es ese nuevo monarca; un Nabuco ó un Herodes? Si me manda azotar, mi único sentimiento será no parecerme tanto al sublime *Azotado* en el pretorio, como el infante se parece á los sayones que llevaron á cabo la flagelación sufrida por el Hijo de Dios.
- ¡Si no fuerais monje!
- Al contrario, atreveos conmigo; yo no puedo ofenderos ni defenderme.
- Me estais insultando, abad.
- Hombre, hidalgo, pechero ó lo que seais, mis labios jamás insultaron: de ellos no sale otra cosa que la verdad.
- Acabemos: ¿cumplís ó no la orden del rey?
- Ese infante no reina; no puedo, no quiero obedecerle.
- ¿Luego os negais abiertamente á auxiliar á un reo?
- Eso nunca. Decidme donde está el desgraciado y partiré en su busca; pero sin orden de nadie.
- Seguidme.
- Iré solo; mi mision en el mundo es contraria á la vuestra y no podemos caminar juntos:
- No os permitirán entrar.
- Esperadme á la puerta de la prision que no tardaré en seguirus.
- ¿Sois inexorable?
- Sí.
- Está bien; no por vos sino por mí, por evitar que el rey se incomode y me... Os espero en el primer patio del castillo de D. Juan.
- Salió el enviado y el religioso exclamó con dolor:
- ¡Villanos, de qué horrible traicion os habreis valido para hacer sucumbir al hombre más leal, noble y valeroso

de la tierra! ¡Qué terrible maquinacion es esa que derriba lo grande y poderoso de Castilla para elevar la hez, la escoria de estos reinos! ¡Dios mio, apiádate de tus hijos! si perece Lara, ¿qué va á ser de todos nosotros?

El fuerte y justiciero abad se limpió las lágrimas que bañaban su rostro, y trocando su calma por una viveza que no le era peculiar gritó:

—¡Anselmo! ¡Anselmo!

A estas voces se presentó un fraile jóven, bien parecido, de mirada ardiente y segura y le saludó con respeto, diciéndole:

—Padre: á vuestra disposicion.

—Anselmo, tú no eres cobarde, ¿es verdad?

—Solo temo al pecado, padre mio.

—¿Conoces al conde de Lara?

—Y le amo, señor. ¿Hay algo más noble y generoso en el orbe?

—Anselmo—gritó el abad, alzando los brazos—¡el infante D. Juan y sus inícuos parciales lo van á decapitar!

—¡Justo cielo! ¿será verdad? Padre, salvémosle ó muramos á su lado.

—Corramos á su prision y á cambio de perecer nosotros veamos si es posible salvarlo.

—¡Corramos, padre mio, no lo asesinen mientras!

—Vamos, hijo, vamos, estos hábitos tan largos no me dejan andar lo de prisa que yo quisiera.

—Arriba, señor, arriba con ellos y corramos.

—Tienes razon, así no estorban tanto.

El abad y el monje se encaminaron al castillo de D. Juan tan ligeros cuanto les era posible; ya al frente de sus muros se detuvo el superior, bajó sus ropas y exclamó:

—¡Dios mio, inspíreme vuestra sabiduria y perdóne si hago uso de algun medió poco noble; que la intencion y la causa me disculpan! Anselmo—añadió—bájate esos hábitos, calma ahora, serenidad y confianza en el que todo lo puede.

Seguidamente pidió á los centinelas que bajasen el rastrillo; enterados estos de quien era le obedecieron y ambos penetraron hasta llegar al primer patio donde les esperaba ya el caballero que no há mucho salió del monasterio. Esté reconoció detenidamente al jóven profeso; examinó la imagen del Redentor que llevaba en la mano, y no satisfecho todavía le pregunto al abad:

—¿Quien es ese fraile?

—Ya lo veis, un monje de San Basilio.

—¿Por que no venís solo?

—Porque llevo á mi lado, siempre que salgo á estas horas, á uno de mis profesos.

—¡No sois poco tímido!

—Eso no es cuenta vuestra.

—Teneis razon, estais en vuestro derecho para asustaros hasta de una hormiga. Seguidme.

Los tres atravesaron dos grandes patios, oyendo al cruzarlos las carcajadas y gritería de los reunidos en el festin, de que antes hemos hablado. El superior se detuvo, preguntándole á su guia.

—¿Quienes rien de ese modo?

—El rey y varios grandes de su córte.

—Alegres están como nunca.

—Ya lo creo; la presa que han asegurado merece esa orgia.

—¡El infeliz que va á morir era digno de más compasion!

—Abad, sellad los labios y seguid; ved que si os oyen os mandan azotar.

—Más padeció el señor con aquellos otros verdugos y aún rogó á su divino Padre por ellos.

—¡Callad insensato, no abuseis de vuestro ministerio! Estos frailes tienen mucho miedo para unas cosas y para otras!..

Los tres continuaron adelante. Bajaron luego una escalera estrecha y larga, penetraron en un pasillo lóbrego y extenso y á la conclusion se detuvieron ante una puerta de

hierro, la empujaron y entrando delante el caballero, les dijo á varios soldados que estaban dentro de aquella triste morada:

—De orden del rey permitid á estos monjes que acompañen y cuiden al reo; pero no dejarles que toquen sus cadenas, ni nada contrario á la sentencia de muerte que ha de llevarse á cabo mañana á las ocho.

Los soldados inclinaron la cabeza en señal de obediencia y aquel partió volviendo á cerrar la puerta.

Los dos religiosos entraron en el húmedo y triste calabozo de Lara. Era un rectángulo alumbrado por un farol, fijo en la pared, el cual despedía una luz rojiza, opaca y siniestra. Veinte soldados de aspecto feroz, ostentando tremendas picas rodeaban al reo, que tendido en el suelo, sin conocimiento y cruelmente amarrado, bañaba con su sangre el pavimento donde la arrojaron.

El abad miró con calma los rostros de aquellos sayones, la horrible mansion donde se hallaba y no viendo al preso preguntó:

—¿Dónde esta el señor conde de Lara?

Los soldados se abrieron, pasó el superior y pudo entonces contemplar el desolado y compasivo cuadro que presentaba el invicto campeón de Castilla. El abad se horrorizó agolpándose á sus ojos un raudal de lágrimas; hizo no obstante un esfuerzo sobre sí, contuvo su tierna emoción, disimuló y cayendo de rodillas pulsó al inanimado Pedro, exclamando despues:

—Anselmo, trae ese farol.

El jóven religioso lo alcanzó, aproximándolo cuanto quiso el superior. Este fué reconociendo al conde hasta que halló la única herida que tenía en la cabeza.

—¡Terrible golpe! —dijo—pero no debe tardar en volver á la razon. Anselmo, deja el farol cerca de mí y trae agua.

Y mientras aquel obedecía, este levantó al conde, lo dejó sentado, sujetándolo para que no cayese; despues limpió la

herida con su pañuelo y contuvo en parte la sangre que aún salía.

Poco despues entró el religioso y le dijo al abad en latin: —Padre, los miserables que habitan esta fortaleza léjos de darme lo que he pedido me insultan y escarnecen.

—No me extraña, hijo. Acércate; sostén al conde para que no se caiga; pon la otra mano oprimiendo este pañuelo que he fijado en su herida y con el tuyo y saliva límpiale el rostro ínterin vuelve en sí y regreso yo.

Y el abad salió de la prision; mas al llegar al primer patio le detuvo el caballero que fué á buscarle al convento con las siguiente frases:

—¿Dónde vais?

—A la calle.

—¿Qué teneis que hacer en ella?

—Buscar un bálsamo que vuelva la vida á ese desgraciado.

—No puede ser.

—Entonces estoy aquí demás.

—¿Por qué?

—¿Cómo quereis que preste auxilios espirituales á un hombre sin razon?

—¿Para eso era el agua que pedia vuestro compañero?

—Sí.

—Aquí no hay mas que vino y licorés, si os sirven.

—¡La burla es digna de vosotros!

—¿Volveis á insultarme?

—¿Me dejais salir ó no?

—Sí; de ese modo podrá el reo caminar á pié hasta el patíbulo, y de ello se alegrará el rey. Venid, yo os acompañaré hasta la puerta.

Por fin el basilio consiguió verse en la calle; pero no llevaba dinero con que poder comprar el bálsamo que necesitaba, y en aquella época expendian los pocos medicamentos que se conocian, judíos que no fiaban ni obedecian otro poder que el del oro. En tal apuro se dirigió al monasterio,

que aun cuando estaba en un extremo opuesto de la poblacion no tenía otro remedio que llegar hasta allí. Anduvo dos calles y al entrar en la tercera vió venir hácia él un caballero de gentil porte envuelto en un manto de grana.

—Si este fuera noble—exclamó el abad—ganaria tiempo: probemos.

Y parándose frente al embozado le dijo:

—Señor, ¿me dais una limosna para atender á la cura de un reo que está en capilla?

El caballero se detuvo, miró al abad y sacando un bolsillo con oro se lo alargó, contestándole:

—¡El superior de San Basilio, el hijo del poderoso Alburquerque pidiendo limosna!... Tomad, padre abad, que la acción es digna de vos.

—¡Dios os lo premie, caballero!

—Así sea; mas decidme, y perdonad mi curiosidad, ¿qué falta le hace á un hombre que va á morir la cura que intentais?

—Ese hombre es el conde de Lara que yace en su prision sin sentido.

—¡Santa María! ¡el conde de Lara preso y sentenciado á muerte!

—Sí.

—¿Por quién?

—Por el infante D. Juan y sus parciales.

—¡Ah!

—¿Me quereis ayudar?...

—Gracias, padre; voy á un asunto urgente y no puedo detenerme. Que el cielo os proteja.

Y partió sin esperar respuesta. El superior le miró con desden, exclamando:

—¡Miserable condición humana! este hombre, que pasa por caballero, teme exponer su vida á trueque de ayudarme en un hecho el más honroso de cuantos se han consumado hasta aquí. ¡Oh! y no es malo que me alargó su bolsa;

que este al fin es bueno á medias, y no es poco alcanzar lo que he conseguido de él.

Luego se dirigió á una calle de las que habia dejado atrás, y acercándose á una casa pobre y de mal aspecto, llamó en la reja repetidas veces. Por fin pudo conseguir que una voz gangosa y soñolienta le contestase.

—Abrid, Abraham; soy yo, el abad de San Basilio—gritó el profeso con impaciencia.

—¿Qué quereis á estas horas, buen fraile?—preguntó el hebreo, abriendo un postiguillo de la ventana.

—Un caballero recibió esta noche terrible golpe en la cabeza, por cuya herida ha vertido mucha sangre, y le tiene privado de la razon hace algunas horas. Dadme un bálsamo que le vuelva la vida, que le mitigue la fiebre, y otro que le cure la lesion.

—Los tengo, abad, los tengo; pero venís á pedirme lo mas caro que hay en mi casa.

—No importa; abreviad.

—¿Quereis hilas?

—Sí.

—¿Y apósito?

—Tambien.

—Padre abad, ya sabeis que soy muy pobre, excesivamente pobre; así es que no puedo vender á plazo, ni fiar...

—Judío, dadme lo que os pido y os pagaré en el acto.

—Al momento, señor, al momento; lo vais á curar en dos horas. ¡Oh! ¡son caros, muy caros, contienen esencias traídas de Oriente, de tierras muy lejanas, abad; y aun cuando uno quisiera darlas baratas, no puede; luego soy tan pobre!

—Por el santo Abraham, á quien no os pareceis, dadme esos bálsamos lo antes posible.

—Aquí están; tomad. Quince gotas en media libra de agua para calmar la fiebre; en esta mojais las hilas, y la herida cicatrizará; y para que recobre la razon, basta con que trague una corta dosis de este. El apósito; ¿quereis algo más?

—Un jarro con agua y una copa.

—Esto no es tan caro; ved que es barro de Africa; servicio de rey, padre abad.

—Tomad ese bolsillo, contad y decidme si basta el oro que contiene.

—Un escudo, ¿será bueno? dos; tres; este está algo gastado, padre; cuatro; si teneis tanta prisa marchaos, que me doy por satisfecho áun cuando falte algo; lo primero es la cura de ese desgraciado. No os detengais; puede peligrar su vida, y yo no debo cargar sobre mi conciencia....

El reverendo superior cogió todo cuanto le dió el judío y partió exclamando para sí:

—¡Miserable! ¡tienes ahora prisa porque no te pida los treinta escudos que te he dado de más! La maldicion lanzada sobre tu misero pueblo, la heredaron los hijos, los nietos y las generaciones sucesivas.

El pobre abad llegó al castillo sudando, pues habia corrido bien; entró, y sin que nadie le detuviese se fué derecho á la prision del conde. Todo lo halló en el mismo estado que lo acababa de dejar; los soldados continuaban en su inamovilidad, pero sin perder su actitud amenazante y feroz. Anselmo sostenia á Pedro, sujetaba el pañuelo que cubria la herida, y ya le habia limpiado el rostro y hasta desenredado en parte el cabello, el cual encontró unido con la sangre coagulada.

El superior le fué primeramente lavando la herida, despues le aplicó el bálsamo, y seguidamente le fijó el apósito. Concluida esta operacion se sentó en el suelo, y sosteniéndole con la mano izquierda le hizo tragar algunas gotas de uno de los licores que le dió el judío. Luego lo apoyó sobre su pecho y quedó esperando los efectos de aquellos medicamentos que acababa de darle. Anselmo se sentó al otro lado, ayudando á sostener al enfermo.

Media hora más tarde abrió este los ojos, sintió un estremecimiento grande y se fijó en cuantos le rodeaban. Des-

pues inclinó la cabeza y quedó como meditando. Ninguno se atrevió á interrogarle; pero lo mismo aquellos venerables religiosos que los muchos asesinos de que estaban cercados, le miraban ahora con marcada ansiedad.

Otra vez volvió á levantar la frente el prisionero, y con voz lánguida, dulce y agradable, exclamó:

—¡Dos ministros del altar; varios asesinos; un calabozo; cadenas, y detrás el verdugo, la carrera y el tajo! ¡Aquel sueño era la verdad expresada por esa infalible maga! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! ¡No vine al mundo por mi gusto, ni lo dejó con sentimiento! ¡Mi padre me mandó aquí, ahora me llama, y dispuesto me hallo á obedecerte, señor, que tuyo fui, tuyo soy y tuyo seré! ¡Blanca, esposa mia, adios! ¡Entre ángeles que se parecen á tí voy á morar; allí te espero, virtuosa matrona!

Otra vez inclinó la cabeza, fatigado por la gran debilidad que sentía. El abad lo dejó apoyado en Anselmo, llenó de agua la copa que trajo, vertió en ella una porción del tercer licor, y arrodillándose delante de él se la acercó á los labios, diciéndole:

—Bebed, señor, y no olvidad que Dios es misericordioso y que todo lo puede.

—¿Quién sois?—le preguntó el herido.

—Un individuo de la familia de Alburquerque, abad del monasterio de San Basilio.

—Sí, he oido hacer elogios de vuestra virtud. Vuestro anciano padre es un modelo de hidalguía; esta mañana estreché su noble y arrugada mano; salió á despedirme, en compañía de S. A. el rey D. Sancho IV. ¿En dónde me hallo?

—En el castillo de D. Juan...

—Lo suponía. ¿Cuándo me matan?

—Bebed, señor.

—¿Qué me dais?

—Un agua que os calmará la fiebre.

—Tengo sed; acercadla más.

Y bebió el contenido de la copa hasta apurarlo.

—¿A qué hora es la ejecucion?

—Señor...

—Hablad, amigo mio; si lo sé todo.

—A las ocho.

—¿Es de día ya?

—No, señor.

—Mucho tiempo me conceden esos miserables.

Los soldados que custodiaban la prision lanzaron el quinto terno, aproximando ahora las puntas de sus picas al pecho del Temerario.

—Herid—les dijo este—¡herid cobardes! ¡Amarrado así podeis conmigo: si estuviese suelto!...

—Retirad esas picas—gritó el abad con imperio—¿no veis que está sentencido á muerte y solo le quedan unas cuantas horas de vida? ¡Si volveis á injuriarle, áun cuando tenga que hacer un sacrificio, le doy parte á D. Juan de vuestra inícuca conducta!

Los sayones se contuvieron al oír la amenaza del abad, retirando la vista del rostro del Temerario. El superior le dijo á este:

—No volveos á violentar, hijo mio; si Dios ha dispuesto que os quede de vida el tiempo que únicamente os han señalado, pasadlo tranquilo. ¿Hablais latin?—le preguntó en seguida.

—Sí, padre; hoy poseo siete idiomas; mañana conoceré el octavo; el de los ángeles.

—Pues hablemos en latin y de este modo podeis decirme euanto gustéis, sin que os comprendan esos hombres.

—Seguid, abad, que os expresais admirablemente, y os entiendo bien.

—¿Os sentís mejor?

—Sí, esa bebida ha calmado mi sed, refrescado mi sangre y aumentado mis decaidas fuerzas.

—¿Quereis otra copa?

—Dádmela.

—Tomad, bebed, ya que no os lo prohíben los verdugos que nos rodean.

Al expresar estas frases, se fijó el superior en los soldados á quienes habia aludido; mas notó con placer que ninguno dió muestras de indignacion ni aún de desagrado; de lo cual dedujo, con sobrado fundamento, que todos desconocian el idioma que hablaba con Pedro. Entonces, dejó en el suelo la copa en que acababa de beber por segunda vez el Temerario, y le dijo con el mayor interés:

—Señor conde, quieren decapitaros, como os he manifestado, á las ocho de la mañana; y si lo llegasen á conseguir, bien comprendereis que todos seriamos víctimas de esa infame falange de asesinos, que indudablemente se harán dueños del poder. Es preciso salvaros, y para lograrlo, pongo á vuestra disposicion las personas y vidas de estos dos religiosos que teneis al lado. Yo no entiendo de estas cosas, señor; entré al servicio de la Iglesia por vocacion, y jamás me he mezclado en asuntos que no fuesen de mi ministerio; he tratado inútilmente de hallar un medio de libertaros; y en tal conflicto espero que vos, con mas talento y gran práctica en estos asuntos, nos digais qué debemos hacer. Nos quedan mas de cuatro horas; en Ecija tendreis amigos y hasta parciales; decidme sus nombres, qué les debo prevenir, y todo aquello en fin, que conduzca á vuestra salvacion. No os importen nuestras vidas; nosotros no hacemos falta en el mundo; vos sí, que sois el sosten del trono, el apoyo del pueblo, la egida de los buenos.

—Hablad, señor, hablad; yo también anhelo morir con tal de salvaros—añadió Anselmo.

Lara miró con extremado interés á los dos religiosos, asomó á sus labios un átomo de sonrisa, y les costestó:—

—Gracias, dignos representantes de nuestra santa religion; el fin que os proponéis no puede ser más noble y generoso; pero yo tampoco hallo medio alguno que me liberte

de morir. He buscado, y mi inteligencia solo ve una horrible guadaña dispuesta á segar mi garganta y la de todos aquellos que intenten defenderme. Basta, señor, basta con mi sangre; sería una crueldad exponer vanamente la de inocentes víctimas.

—¡Dios nos ayudará, señor conde! Pensad, discurrid, la causa no puede ser mas justa, y teniendo á la Providencia de nuestra parte...

—Padre, si Dios quiere salvarme no necesita de vosotros; si en sus altos juicios ha decretado mi muerte, no conseguiriais otra cosa que perecer conmigo, y esto debo yo evitarlo. Cuán poco conocéis la perversidad de mis enemigos; mejor que vos, saben ellos las consecuencias de mi muerte; y conviniéndoles que perezca, todo lo habrán previsto, y al primer paso que dieseis en favor mio harian rodar esa venerable cabeza.

El abad inclinó la frente, corrieron por sus mejillas ardientes y generosas lágrimas, cruzó las manos, se arrodilló y alzando la vista dijo:

—¡Gran Dios! ¡si fuese posible salvar la vida de este, vuestro privilegiado hijo, hacedlo, Padre amado! ¿Qué valgo yo, comparado con él? ¡Su poderoso brazo es un baluarte de vuestra ley divina! ¡Es el sosten de lo bueno que existe en la tierra, el apoyo de lo débil, el terror de los malvados, el cuchillo que hiere á los perversos: mi vida por la suya, bondadoso Hacedor! ¡De este modo nada se habrá perdido, todo se habrá ganado!

—¡Qué alma tan noble! ¡Dios mio, dejadlo que viva, que es digno discípulo del Soberano Maestro!—replicó el conde.

—¡No, Pedro de Lara, vive tú, y perezca este desgraciado, que poco ó nada puede hacer en favor de sus semejantes! ¡No debe rodar, gran Señor, esa hermosa cabeza que inspira vuestra divina luz! ¡Qué será, si tal sucede, de vuestro infeliz pueblo! ¡Él amparó la virtud de la casta jóven; él defendió la ancianidad del caduco octogenario; él sirvió de escudo

al débil, y frente siempre de la maldad, la traicion y la infamia, combatió dia y noche por vuestra santa ley, por la justicia, por la razon! ¡Humilde y generoso, socorrió á los pobres, alargó su diestra á los desgraciados, fué altanero con los déspotas, y la grandeza de sus hechos se igualó á la pureza de sus acciones! ¡Si muere, qué va á ser de la infeliz doncella, del pobre anciano, del mendigo, de la razon, de la justicia, del rey, de todos, señor, de todos! ¡Padre, esa cabeza, emblema de la virtud y del honor, no pueden segarla los hijos de Lucifer! ¡Si el soplo divino chocó en su pura frente, Satanás debe humillarse á sus plantas! ¡Si merecemos un castigo, suframos, cielo, suframos la tortura del dolor más agudo; pero no permitais que ruede esa cabeza!

—¡Basta, santo varon; vuestro ardiente ruego pudiera ofender á nuestro dueño; por él estamos en la tierra, suyos somos y si nos llama no paguemos con negra ingratitud el favor que nos hace en llevarnos consigo! ¡La más pequeña vacilacion en acudir á su llamamiento es un crimen; padre, dejadme morir con tranquilidad ya que me otorga la merced que le pedia no há mucho, de volar á su lado!

—¡Hijo del alma!—exclamó el superior, y se abrazó á él, llorando y estrechándole contra su pecho. Anselmo hizo lo mismo, quedando unidos los tres, vertiendo lágrimas los religiosos y sonriendo dulcemente el debilitado, pero indomable conde de Lara.

Aquel hermoso grupo, donde resplandecia la virtud, el honor y el heroismo formaba un terrible contraste con el cuadro de feroces asesinos que habia en derredor; todos ellos apartaron la vista del magnífico grupo, no sabemos si avergonzados ó nauseabundos por el efecto que causaba en seres tan depravados y corrompidos la ternura y amor que contemplaron.

El conde y los religiosos continuaron hablando sobre los mediós de que se habían valido los malévolos para coger á Pedro; se ocuparon luego de Alí, á quien aquel consideraba

cadáver; suspiró muchas veces por él, elogió su abnegacion, lealtad y bizarría, rectificó de palabra su testamento y á las seis de la mañana, olvidándose completamente del mundo, se confesó y dispuso á morir.

A las siete le leyeron la sentencia, y acto continuo se lo entregaron al verdugo. No demostró altanería, orgullo ni vanidad; escuchó y vió con esa indiferencia del que no teme ni desprecia; y á las continuas lágrimas de los religiosos, como á las amenazas y dicterios de sus enemigos, respondia con sonrisa dulce, agradable, natural. En su indiferencia y conformidad habia algo de magestuoso y sublime; sus contrarios lograron cogerlo y conducirlo al cadalso; pero no atemorizarlo ni vencerlo. Lara era más grande y digno de admiracion en aquellos supremos instantes, que venciendo ejércitos, domeñando pueblos y conquistando gloria. Su constante sonrisa en la capilla era la expresion genuina del verdadero valor moral, del gran predominio que este sér extraordinario tenia sobre sí, los hombres y los acontecimientos.

De este modo se puso en pié para marchar al patíbulo.

CAPÍTULO XXI.

Momento terrible.—La carrera.—El pueblo.—El tajo y el hacha.—El brinco salvador.—Confusion.—Espanto.—La muerte mas asoladora que nunca.

Un sol límpido, ardiente, abrasador, extendía sus hermosos rayos sobre la antigua ciudad de Ecija; ni una sola nube empañaba su terso brillo, y por entre un sinnúmero de partículas de oro que llenaban el espacio, se veía el diáfano azul de un cielo bellísimo. Las brisas no tenían movimiento, la naturaleza parecía muda espectadora, reinando una calma sofocante, agorera.

Eran las siete de la mañana; á la calma del día siguió en Ecija un estrépito confuso, aterrador. De pronto se oyeron los atambores, trompetas y bocinas; el ruido de armas, el relincho de los caballos, las voces de los guerreros, y calles, plazas y arrabales se llenaron de soldados, caballeros y gente del pueblo á la que aquellos obligaban á salir de sus casas.

Nos hemos equivocado; no eran caballeros, guerreros, ni soldados; eran sayones, asesinos, cobardes asalariados de lo que formaba la hez en una nación, cuyos hijos no hallaron nunca rivales en valor, bizarría, nobleza y denuedo. Eran esa podredumbre que se cobija en todos los países bajo el cenagoso manto de Lucifer, y de crimen en crimen

corren hasta el fin de una existencia maldita y execrada por la generacion que la contempla. Eran ese aborto de la madre patria que se alza un dia de la tierra para bajar en seguida al fondo del abismo donde yacen por una eternidad los réprobos.

Cinco calles, tres plazas y parte de un arrabal ocupaban los seis mil hombres que obedecian al rebelde infante don Juan. Y entre tanta gente no se veía un solo hombre que expresase en su rostro esa nobleza, ardimiento y alegría del soldado español; ese aire marcial, esa gentileza y apostura del oficial; esa gravedad pensadora, altiva y guerrera del jefe.

El malhadado pretendiente reunia en torno ambiciosos, criminales, bandidos, galeotes y penados en fin que no podian avenirse á sufrir una condena ni á enmendarse en lo sucesivo. Eran esos perversos por índole y condicion que nada en el mundo les obliga á arrepentirse ni á mejorar sus costumbres; gente toda digna de figurar en un afrentoso patíbulo; todos los escapados por ultimo del palenque y los vasallos del infante D. Juan.

Tales hombres y una parte del pueblo de Ecija, obligada por aquellos, formaban en este momento la carrera que debia seguir el famoso conde de Lara desde su prision hasta el patíbulo ó tajo donde iban á segar su hermosa y varonil cabeza.

Se dieron tres vivas al supuesto rey, á los que solo contestaron sus parciales; se abrieron las puertas del calabozo del reo y apareció este sin cadenas, sujetas sus manos con esposas, sonrosado su semblante, dulce, apacible, brillando en sus labios una tierna sonrisa que no dejó hasta que apoyó su cabeza sobre el tajo.

El abad ahogado por el llanto se acercó en este instante á Anselmo y le dijo en latin:

—Sal, ruega á Dios y si hallas veinte hombres con nobleza en el alma, sentimiento en el corazon y brio en el pecho, herid hasta salvar al conde: yo os absuelvo de antemano.

El joven profesó se enjugó las lágrimas y sin esperanza alguna partió. El superior se abrazó al conde y de este modo comenzaron á andar por aquel camino de amargura.

Marchaban delante cien soldados con picas unos, otros con hachas y los restantes con mazas; á estos seguian el reo y el abad; en pos iban el verdugo y los veinte sayones que estuvieron dentro del calabozo, y detrás los quince grandes de los diez y seis que seguian á D. Juan y todos los caballeros que servian á sus órdenes vestidos unos y otros con traje de córte, si bien llevaban desnudas las espadas. El infante y su suegro, únicos que faltaban, presenciaron la salida desde una de las rejias del castillo.

El júbilo que experimentaban estos malvados era indecible; es verdad que se vengaban de un modo terrible de tan poderoso enemigo y á la vez se deshacian del gran dique que los separaba del poder. El pueblo gritaba y vertia lágrimas; los asesinos maldecian votaban y hasta requerian con bófetones á las pobres mujeres que expresaban sentimiento; y el conde de Lara, sereno, tranquilo, sin arrogancia, pero sin temor alguno, con su eterna sonrisa, decia á la multitud:

—Hijos, no llorad; soy un hombre como cualquiera de vosotros, más feliz aún porque me aguarda el Eterno para conducirme al paraiso. Callad, hijos, callad, que me duelen esos golpes que os dan por mi causa.

El padre abad, siempre abrazado al reo, interrumpió á este gritando con un valor digno de su virtud:

—¡Dios mio, padre bondadoso, sublime señor, amparad á este sér que no tiene igual en la tierra; su alma noble y generosa todavía pertenece al mundo; va al patíbulo sin crimen; su confesor lo declara; piedad, señor, piedad para el inocente!

Y sin cuidarse de los insultos que le hacian los sayones ni de los golpes que le daban con el regaton de las picas buscaba su vista con ansiedad al atrevido Anselmo, seguido

de veinte héroes que por lo visto no halló aquel desgraciado corista. Cansado de esperar inútilmente, exclamó:

—Llora, pueblo castellano, llora; mejor te sientan esas lágrimas que una gloria indigna de tí. ¡Tu renombre muere hoy con el conde de Lara!

Al oír estas palabras el fiero Garci-Jofre se acercó al religioso y le dió tan terrible golpe en la espalda con el pomo de su espada, que á no haberle sostenido con su cuerpo el conde hubiera caído al suelo. Lara se volvió lanzando una mirada llena de desprecio sobre aquel malvado, y le dijo:

—¡Digna acción de vos, miserable asesino; pegais á un religioso y por la espalda!

El pueblo exhaló un grito de horror, se cubrieron todos las caras con las manos y huyeron de allí poco á poco prefiriendo ser apaleados á presenciar escenas tan inhumanas.

Diez minutos despues no quedó un solo paisano en la carrera ni sitio de la ejecucion. El reo y la comitiva caminaron no obstante hácia el lugar del suplicio. Garci-Jofre bajó la vista ante la mirada del conde, se confundió entre los suyos y nada contestó.

El fuerte y virtuoso sacerdote abrazado al preso hablaba ahora con este en latin infundiéndole una esperanza que el reo estaba lejos de abrigar.

—Señor conde—le decia—mi corazón me asegura que no vais á morir; no, no morireis; ¡si no puede ser! ¡Dios os ve, os defiende y no os dejará perecer en un afrentoso cadalso!

Pedro le miraba con ternura, sonreía y besaba la preciosa imágen del Redentor que el abad le enseñaba.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—le contestaba con voz dulce y tranquila.—Si quiere que viva, le obedeceré con gusto; si manda que muera, con placer le doy mi alma y mi cabeza al verdugo.

Cerca de una hora tardaron en andar la larga carrera que los separaba de la Plaza Mayor. Era esta muy grande y se hallaba rodeada de hermosos y altaneros edificios, unos gó-



J. VALLEJO dib.º y lit.º

Int. de J. DONON, Madrid

—Hiere pronto verdugo.!

ticos y otros árabes. En medio de ella estaba fijo el terrible tajo.

Por último, llegó el reo, tendió una mirada de águila en torno y convencido de que solo le restaba morir, se fijó con fria indiferencia, primero en sus enemigos, luego en el verdugo y despues en el tajo.

Los atambores, trompetas y bocinas habian callado, los sayones le miraban sin desplegar sus labios, volviendo otra vez á reinar un silencio pavoroso, precursor seguro de la muerte.

Lara se volvió al abad y le dijo:

—Padre, voy á morir; si llegais á ver á mi esposa, decidle que mi postrer pensamiento es para ella; que en el cielo la espero y que espiro con el solo sentimiento de no poderla estrechar. Abrazadme vos; así; no temais; tambien á vos os aguardo en el paraíso.

El religioso no pudo contestarle; las lágrimas, la pena, el dolor que sentia ahogaron su voz. El conde tornó á mirar el patíbulo, sonrió y alzando la vista exclamó:

—Padre mio, tuyo soy; ¡alárgame tu bondadosa mano!

Y cayendo de rodillas apoyó la cabeza sobre el tajo añadiendo:

—¡Hiere pronto, verdugo!

El sacerdote recobrando su perdida voz, alzó á la vez los ojos y gritó:

—¡No, padre mio, que no muera!

El ejecutor separó la ropa y cabellos que cubrian el cuello de Lara, tomó fuerzas y levantó el hacha; pero en el mismo instante dió un caballo árabe un brinco sorprendente, increíble, chocaron sus herraduras con el pecho del verdugo cayendo este herido mortalmente. El sacerdote sin comprender lo que era aquello, cubrió al reo con su cuerpo gritando siempre:

—¡No, padre mio, que no muera! ¡que no muera!

Un segundo más y la cabeza del conde habria rodado,

—¡El caballero de la cruz roja! dijeron los asesinos y cayeron sobre él.

—¡Muera! ¡muera también!—añadieron y le tiraron treinta botes de lanza que se estrellaron en su gruesa armadura.

—¡Matemos á la vez al Temerario!—exclamó Garci-Jofre, y fué á herirlo; pero al mismo tiempo segó su garganta la espada del caballero de la cruz roja, dejándolo exánime.

Un grito aterrador, confuso, acompañado de un estruendo espantoso se oyó en las filas de los de D. Juan. Era porque vieron llegar á Alí, al escudero del incógnito, á doscientos caballeros forrados de hierro y á trescientos zegríes. Estos penetraron en la plaza á escape tendido, rodearon diez al conde y al abad, y los restantes comenzaron á matar parciales del infante de un modo horrible. Los asesinos, se estremecieron, vacilaron y á pesar de ser muchos más que los recién llegados, viendo el valor, arrojo y empuje de sus contrarios, los cuales tendieron á quinientos en la primera embestida, intentaron la fuga del modo mas cobarde; pero ¡oh dolor! todas las avenidas de la plaza estaban tomadas por otros doscientos zegríes que no vieron acercarse, y no era posible escapar por ninguna parte. En trance tan cruel, se replegaron y algo repuestos del primer asombro comenzaron á defenderse.

Desde este momento se convirtió la Plaza Mayor de Ecija en un campo de batalla, en el cual caian á cientos los enemigos de Pedro el Temerario. La furia de los defensores de aquel no tenía límites en este instante; sin compasión herían á los que intentaban la defensa, como asimismo á los que huían y hasta á aquellos que imploraban la vida.

El gentil caballero de la cruz roja, en los dos minutos que permaneció solo entre sus contrarios, segó la cabeza de Garci-Jofre, mató á Lanuza, hirió á Gutierrez y atravesó á Armengol de Cabrera, resistiendo su armadura los botes de lanza que le tiraron, sin conseguir ni aún moverle de la silla en que parecía iba pegado. Este sér extraordinario, á

quien indudablemente debía la vida, el intrépido conde de Lara, llegó á tiempo de salvarlo, gracias al increíble brinco que obligo á dar á su fogoso corcel; tiró, como hemos visto, al verdugo, hizo que la fiera lo patease hasta dejarlo completamente inútil, sino muerto, cayendo como un rayo sobre los grandes, que con traje de córte y espada en mano, presenciaban la ejecucion á quince pasos del reo, hiriendo y matando á los primeros que halló. Rodeado luego del negro, de su escudero y quinientos caballeros entre moros y cristianos, comenzó á dar órdenes, corriendo de un lado para otro, hallándose en todas partes, disponiendo el ataque con una sabiduría que no encontraba igual. Era la primera vez que se veía obligado á acometer con su propio acero, y en verdad que lo verificó con tanto ó mas acierto que el conde de Lara.

Su escudero y Alí cayeron sobre los grandes que quedaban con vida y sus caballeros, y en este momento vengaban de un modo nunca visto, la atroz villanía cometida con el Temerario. Cubiertos ellos y los caballos de acero y sus contrarios de seda, cada golpe que daban causaba una víctima, y sus mazas parecían, en lo rápidas, las aspas de un molino de viento movidas por fuerte vendaval. Cráneos deshechos, huesos triturados y un arroyo de sangre dejaban estos dos hombres á su paso. Alí, medio tendido sobre su alazan, la maza en la mano derecha y una daga en la izquierda, hería á un lado y á otro, haciendo á su caballo correr, saltar, y hasta derribar hombres con sus manos y sus piés; eran ginete y corcel una centella que todo lo arrasaba y destruía. Cerca de estos dos hombres no llegaba el caballero de la cruz roja ni les dictaba órdenes algunas; debía conocerlos bien y saber de lo que eran capaces, cuando los dejaba en tan completa libertad.

El conde de Lara oyó el golpe que dió el ejecutor al caer en tierra, miró y viendo al caballero de la cruz roja, quedó abrazado al religioso, que instantáneamente le cubrió con su cuerpo.

—Dios os ha oído, padre mio, y me devuelvè la existencia que creí perdida—le dijo con la mayor tranquilidad.

—¿Quién es ese guerrero?—le preguntó el sacerdote con ansiedad, mirando al incógnito que acababa de llegar.

—Dicen que mi ángel bueno; pero yo no le conozco.

—¡Le van á matar! ¡Dios mio, salvadlo! ¡Oh, mejor hiera él que sus contrarios! ¡Llegan los suyos!... ¡Trae un ejército!... ¡Todos caen sobre vuestros enemigos!... ¡Cómo matan! ¡Jesus, Jesus!—Y se cubrió el rostro con las manos.

—No os asustéis, padre mio, esa es la guerra. ¡Pero son pocos contra tantos asesinos como tienen delante!

Y alzando más la voz, preguntó á los diez caballeros que le rodeaban:

—¿Castellanos, defendéis mi causa?

—Sí—le contestaron todos.

—Hacedme el favor de arrancarme las esposas que sujetan mis manos, dadme un caballo, una espada y seguidme los restantes. Notad que la vida de vuestro jefe se halla en peligro.

Uno de los guerreros le contestó:

—Señor conde, mientras dure el combate estais preso.

—¿Quién lo ha dispuesto?

—El rey.

—¿Dónde está S. A.?

—En Sevilla; pero lo representa aquí nuestro jefe con poderes ilimitados.

—¿El caballero de la cruz roja?

—Sí, señor.

—Si él lo ha mandado, me resigno; pero no necesitando yo de vosotros podiais al menos correr en su ayuda.

—Nos ha prohibido atacar mientras estén lejos de vos y no es probable lleguen aquí esos cobardes; ved que los hemos cogido en medio, y qué mal se defienden.

—Sí; ¿están tomadas todas esas calles?...

—Por doscientos zegries.

—¿Quién os ha hecho venir?

—El negro Alí.

—¡Luego vive!

—Pardiez, miradlo á vuestra derecha; es el que hiere mejor, el que mata más.

—¡Bendito sea Dios que me lo devuelve! ¡no habiendo perecido él no podía yo morir!

—Ciertamente; mas en esta ocasion os salvó nuestro jefe; nosotros hubiéramos llegado tarde.

La lucha de la Plaza Mayor iba aminorando por instantes; los parciales de D. Juan apenas se defendian ya; víctimas de atroz pavora, escalaban las casas unos, otros huian por entre las filas de sus contrarios, y la mayor parte caian en tierra á los rudos golpes de su terrible enemigo.

En este instante dió un grito el superior de San Basilio, llamando al atrevido Anselmo que impelido por la indignacion y enojo, corria con una espada en la mano, animando á los defensores del conde y exhortándolos á que diesen fin de sus rivales.

El jóven profeso oyó la voz del abad, tiró el acero y partió en su busca, con el rostro encendido, despidiendo fuego sus ojos y tan valiente como el negro Alí.

—Perdonadme, señor—le dijo llegando—no he podido contenerme ante esas fieras...

—¡Anselmo, hijo mio! ¡un religioso!

—Y bien, señor, hice lo que me mandasteis; solo que en vez de veinte os traigo setecientos.

—¿Pero los has buscado tú?

—No, señor; han venido solos; ¡estos no se parecen á esos cobardes que me volvieron la espalda!

—¡Anselmo, ese lenguaje!...

—Pues bien, señor; regresaba desesperado, cuando ví el combate, y como de antemano me habias absuelto.

—Sí, mas no haciendo falta tú...

—¡Yo lo creo que no me necesitan! ¡ved, padre; mirad

como destruyen á esos malvados! de cada golpe derriban uno... ¡Bravo!... ¡A esos dos que se escapan por la derecha!... ¡en la cabeza!... ¡así!... ¡Aquellos cuatro!... ¡por la izquierda!...

—¡Silencio, Anselmo!

—¡Padre, si son enemigos de Dios! ¡A los que se suben por la reja!... ¡con las lanzas!... ¡el negro, el negro!... ¡ese mata mejor!

—¡Sella tus labios, profeso de San Basilio, ó renuncia al cariño que te tengo!

—¡Eso no, padre mio! enmudeceré antes que volveros á disgustar.

—¡Oye, ve y sufre como yo!—le dijo el conde.—Feliz tú, cuya mision en el mundo es tan diferente de la mia!

—Id, vos, señor conde, la ocasion de vengaros no puede ser mejor.

—Anselmo, me tienen preso.

—¿A vos?

—Sí.

—¿Y quién se atrevió?...

—Ese caballero de la cruz roja.

—¡El jefe! No he visto ginete como él en mi vida; hace saltar á su caballo de un modo que asusta. Vedlo, está en todas partes y en ninguna. ¿Quién es, señor conde?

—Lo ignoro.

—Pero estos caballeros lo sabrán.

—Pero no queremos decíroslo.

—Muchas gracias. Esto se acaba, padre abad. ¡Cuánto cadáver! ¡Los heridos me dan lástima!

—Anselmo, vé al monasterio y que venga la comunidad á auxiliar á esos desgraciados que yacen tendidos en tierra.

En este momento partió uno de los guerreros que rodeaban al conde, á una señal que le hizo el caballero de la cruz roja; habló con este, y luego que hubo regresado, le dijo al Temerario:

— Señor, mi jefe os ruega marcheis de este espantoso lugar; pues ya ningun peligro os amenaza.

—¿Me quitais las esposas?

—Con mucho gusto.

Quando Pedro se halló suelto, le dijo al caballero:

—Parto al monasterio de San Basilio; decid á vuestro jefe que tendré gran pena si no me permite demostrarle mi agradecimiento. Debe saber que soy noble y reservado.

—Se lo participaré inmediatamente.

Con paso tranquilo, descubierta su varonil cabeza, y enseñando la herida cuyo apósito le arrancó el verdugo, marchó Lara cogido á la diestra del abad, y rodeado de los guerreros que le acompañaron antes. En el camino hallaron á la comunidad de San Basilio que se dirigia presurosa á la Plaza Mayor en cumplimiento de la órden que de parte del superior les dió el atrevido corista Anselmo. Hilas; bálsamos, licores, camillas y cuanto podian necesitar las víctimas llevaban los reverendos padres. Al ver al abad se detuvieron, este les exhortó á cumplir con el celo é interés que requería la difícil y delicada mision que les habia confiado y los despidió con las siguientes frases:

—Hijos, pedid paz á los combatientes, piedad á los vencedores, administrad á los moribundos, curad á los heridos, dad sepultura á los muertos y sin distincion alguna prestad auxilio á unos y á otros, exponiendo, si preciso fuera, vuestra propia existencia. Corred, hermanos, y que Dios sea con todos. Anselmo, regresa con nosotros.

Los monjes partieron y Pedro, el superior, su corista y caballeros que los escoltaban continuaron en direccion del monasterio, en el que entraron poco despues, quedando los últimos guardando el convento, mientras aquellos subieron á la celda del abad.

Ya los tres en la habitacion del superior, hizo este sentar á Lara en un cómodo sillón, lo pulsó, despues reconoció la herida, y por fin le dijo:

—Señor, no noto en vos alteracion alguna, sin embargo del terrible trance por que acabais de pasar; la fiebre ha desaparecido y no hallo otra cosa que la gran debilidad producida por la mucha sangre que habeis perdido.

—Gracias, virtuoso Albuquerque—le contestó el conde—vuestro interés por mí supera á todo encarecimiento. Me siento efectivamente muy bien; no me asustaba morir en un patibulo ni he experimentado gran sensacion al encontrarme con una vida que juzgué perdida.

—Os iba á dar una bebida que os tranquilizase, mas la creo inútil.

—Lo es, padre abad.

—Anselmo—añadió el religioso—que preparen al señor conde alimentos sustanciosos y ligeros, principalmente caldos, vuelve al momento.

El jóven profeso salió, regresando pasados breves instantes. Luego entré los dos religiosos desenredaron la hermosa cabellera del Temerario, la limpiaron, cubrieron la herida con hilas empapadas en un bálsamo, fijaron nuevo apósito y seguidamente le sirvieron alimento.

Lara recompensaba tan paternal cuidado con tiernas frases y su constante y agradable sonrisa. No oponia resistencia á nada de cuanto hacian con él ni pedia cosa alguna, ni hablaba sobre los terribles acontecimientos que acababan de tener lugar. Descolorido, sosegado, lánguido, hermoso como nunca, parecia el valeroso gigante un bello atleta incapaz de ofender á nadie. No demostraba llegar á su mente idea alguna que alterara su rostro, que lo agitase ó molestara. Tal era su estado dos horas despues de haber detenido la Providencia el hacha que debió segar su varonil cabeza; jamás estuvo con tan apacible é interesante calma.

Cuando hubo concluido de comer, lo desnudaron entre Anselmo y el abad y se acostó en el lecho del segundo, mientras el primero se entretenia en limpiar la sangre y lodo que tenia el traje que acababan de quitarle: cerraron luego

la ventana que daba luz á aquella estancia, salió Anselmo al claustro con órden de su jefe para que no dejase entrar á nadie ínterin dormia el conde, y el reverendo abad cayó á los piés de una imágen de Nuestro Señor, que existia en su celda, y oró largo rato, bañando su rostro amorosas lágrimas impulsadas por el ascético rezo que articulaban sus labios. Cuando hubo concluido, cogió un sillón, lo fijó á la cabecera del conde, contempló á este, y contando los latidos de su corazon, exclamó:

—¡Qué materia tan privilegiada! ¡qué sér tan extraordinario! Dios debia necesariamente velar por una cabeza que no tiene igual en la tierra. En sus altos designios esperó á que llegase el último instante para salvarlo; despues confundió á sus verdugos y... ¡El cielo se apiade de tantos infelices como cayeron á los rudos golpes de los defensores de Lara! ¡Todavía me horroriza el espantoso cuadro de muerte y desolacion que presentaba aquella plaza! ¡Cuánta sangre, Dios mio! ¡Cuánto desgraciado presa de Satanás! ¡Piedad, Señor, piedad para ellos! vuestra misericordia no tiene límites.

El sacerdote rezó de nuevo; despues apoyó la cabeza sobre el respaldo de su sillón y se quedó dormido. Ambos descansan con la tranquilidad del justo; á la noche terrible reemplazaron horas de sosiego y bienestar. No interrumpamos por ahora el sueño que domina á ambos.

la venena que daba luz á aquella estrofa, salió trémulo
 al claustro con orden de su jefe para que no dejase en-
 trar á nadie interior dentro el corral, y el reverendo abad
 cayó á los pies de una imagen de Nuestra Señora que existía
 en su celda, y uno largo rato, batiendo en vestras amorosas
 lágrimas impulsadas por el ardiente fervor que existía en
 ellas. Cuando hubo concluido, volvió al sillón, se fijó á la
 capenera del corral, contempló á esta, y contando los latidos
 de su corazón, exclamó:

—¿Qué misterio tan privilegiado que está tan eximordi-
 nario! Dios debía necesariamente velar por una cabeza que
 no tiene igual en la tierra. En sus altos designios, espero á
 que llegase al último instante para salvarlo; después con-
 fundió á sus verdugos y... El cielo se apiadó de tantos in-
 felices como cayeron á los rudos golpes de los holandeses de
 Flandes! ¡Dios me honrará al espíritu santo de mi
 yohanes que presenció aquella plaza! ¡Cuán sagro
 Dios mío! ¡Cuán desgarrado pecho de natural libertad,
 Señor, piedad para Dios! vuestra misericordia no tiene lí-
 mites.

El sacerdote volvió de nuevo; después apoyó la cabeza so-
 bre el respaldo de su sillón y se quedó dormido. A unos
 decaían con la tranquilidad del justo; á la noche terrible
 reemplazaron horas de sosiego y bienestar. No interrumpie-
 mos por ahora el sueño que domina á ambos.

CAPÍTULO XXII.

Relacion del negro.—Mensaje.—Cesion.

Serian poco más de las once de la mañana, cuando el conde de Lara se quedó profundamente dormido, y no obstante á haber transcurrido cinco horas sigue, en union del padre superior, sumido en su tranquilo sueño.

El dia continúa claro, el sol radiante, la atmósfera en calma y en el monasterio de San Basilio no se oye ruido alguno.

Poco despues de las cuatro de la tarde se movió el conde, abrió los ojos el abad y ambos se miraron á la escasa luz que llegaba hasta la alcoba.

—¡Bien he dormido, padre!—exclamó Lara.

—¿Cómo os sentís, señor?

—Perfectamente; me parece haber recobrado las fuerzas perdidas.

—¿Y la cabeza?

—No siento ya nada.

—Lo creo; Dios vela por vos, hijo mio.

—Siempre miro su bondadosa mano que sale á mi encuentro.

—Su piedad es inmensa.

—¿Sabeis cómo terminó la lucha?

—No he querido separarme de vuestro lado y he dormido como vos.

—Debe ser tarde.

—Veamos.

El superior abrió el balcon, y mirando el sol añadió:

—Son mas de la cuatro. ¿Quereis levantaros?

—Sí.

—¿Cuándo volveis á tomar alimento?

—Comeré con vos.

—¿Anselmo?—gritó el abad, presentándose poco despues el atrevido corista. Entraba muy alegre, algo encendido su rostro y ardiendo su mirada.

—¿Cómo estais, señor conde?—preguntó al acercarse.

—Muy bien, valiente jóven.

—¿Señor, si supierais quién ha estado aquí!

—¿El caballero de la cruz roja?—le interrogó Lara con ansiedad.

—No, ese continúa matando.

—¿Matando!

—Ahora con la pluma; reunió un consejo cómpuesto únicamente de su ilustre persona y queda sentenciando á los prisioneros; estoy seguro que por unanimidad los condena á muerte. Nadie lo conoce ó se callan quien es; pero hay quien asegura que ciñe corona. Podrá no ser rey, mas él ordena y siega cabezas á lo César.

—¿Anselmo, ese lenguaje!

—Dejadlo, padre abad, es muy jóven, tiene buena sangre, ardiente...

—Caramba, señor conde, algunas veces me abraza. ¡Esta mañana!...

—¿No dices quién ha venido?

—Ya se me olvidaba. Pues señor, estuvo dos veces el negro.

—¿Qué negro?

—El del conde; el mas valiente de todos, el que ha muerto más.

—¡Mi pobre Alí! ¿por qué no lo dejaste entrar?

—¡Sí, que se quedó á la puerta! Llegó, me besó la mano con mucho respeto, me separó luego con una dulzura que me hizo dar media vuelta y entrando en la alcoba os miró largo rato.

—¿Por qué no me despertó?

—No quiso; después besó la ropa de vuestra cama y se marchó diciéndome:

—No tengas cuidado, que ningun peligro le amenaza.

—¿Y mi comunidad?—le pregunté yo.

—Están en el hospital de sangre—me contestó—y sin detenerse más se fué. A las dos horas regresó otra vez, me hizo varias preguntas, yo á él otras tantas y me pidió pan. ¡Qué hambre tenía!

—¿Le disteis?

—¡Pan, no! un pastel de aves, un trozo de sábaló, crema, confites y un vaso de vino mas viejo que él.

—Bien hecho, Anselmo.—Padre abad, ese jóven tiene un corazon tan noble como el vuestro.

—Es verdad, señor conde, mas es tan atrevido.

—No importa, ved sus pocos años y recordad lo que haciais vos á su edad. Os suplico le dejéis hablar lo que guste delante de mí.

—Di, hijo mio, di lo que quieras; nada puedo negar á nuestro noble huésped.

—Pues digo, señores, que el negro, á pesar de su color, es muy guapo; tiene las facciones perfectas, la dentadura preciosa, es fino en sus modales, bebe vino, y es cristiano. Yo creí que sería fiero, áspero, iracundo. ¡Caramba, como parecia un leon entre sus enemigos!

—No os extrañe, Anselmo, su señora es más bella y tierna que él y durante el combate le sobrepuja en desnudo y valor.

—¡Una dama! ¡Ah! ¡sí; vuestra esposa; la heroína Zegrí! La conozco.

—¡Vos! ¿en dónde la habeis visto?

—En Osuna. Poco antes de venir al monasterio fui á esa ciudad á despedirme de un tio... ¡Si vos le conocéis! vuestro amigo Moron...

—Es verdad.

—Pues bien; salí una tarde de paseo y á la mitad del camino ví una dama en un caballo al parecer desbocado; creí que la mataba y compadecido de su suerte le salgo al encuentro y me echó sobre la fiera con ánimo de cogerla y ver si podia sujetarla; pero al llegar á mí, da un brinco, salta por encima y suponiendo yo que habia estrellado á la dama, exclamo: ¡Dios mio, ampara! Ella me oyó, paró de pronto la carrera de su corcel, se acercó y me dijo:

—Gracias, valiente jóven; soy la condesa de Lara, si en alguna ocasion necesitais de mí id á mi palacio.

—¡Qué voz tan dulce! ¡su rostro parecia el de un ángel y sus ojos brillaban más que los diamantes! Picó á su fogoso alazan y sin esperar respuesta desapareció como un meteoro. Bastante despues os ví que corriais mucho, mas no tanto como ella; la heroína os deja atrás, señor Temerario.

—Ciertamente.

—Anselmo, la ropa y vistamos al señor conde, que ya es hora de que tome otra vez alimento.

Lara halló sus vestidos limpios, se puso en pié y seguidamente se sentó á la mesa en compañía del abad. El buen Anselmo les servia en esta ocasion las viandas, que el conde comia con apetito y las que apenas probaba el religioso.

Cuando llegaban á los postres oyeron un ruido de platos que rodaban por el suelo y poco despues la voz del corista que gritaba:

—¡El negro, señor conde, el negro!

—Y entraron, abrazando el primero al último.

Alí cayó de rodillas á los piés de su amo, besó con efu-

sion la diestra que este le alargaba y puesto en pié le dijo:

—La maga, señor, la maga te lo anunció.

—¿Qué se ha perdido, africano?

—Mi temor, porque á tí nada te asusta.

—¿Qué se ha ganado?

—Acabar en Eciija la funci6n principiada en el palenque de Sevilla.

—Negro, ¿quién te libró la vida?

—Dios.

—¿Cómo fué?

—Caiste en la zanja; á tu voz detuve mi caballo; vi el enjambre de asesinos que nos rodeaban y no pudiendo con todos, salvé mi vida para librar la tuya, que de morir yo tú no vivirías.

—¿De qué modo?

—Pardiez, cruzando por medio de ellos, matando é hi-riendo.

—¿No te persiguieron?

—Sí.

—¿Corriste más?

—Delante no sé yo correr. Metí á mi bravo corcel en el bosque, le dí una voz y continuó volando, dejándome entre las ramas de un árbol. El enemigo apresó mi caballo, pero no dieron con el amo.

—¿Y despues?

—Te ví exánime, escuché tu sentencia de muerte y bendije á Dios que me concedia el tiempo necesario para salvarte.

—¿No te dió un instante de más!

—¿Para qué lo queriamos?

—¿Y entonces?

—Corrí en busca de tu ángel bueno.

—¿Lo hallaste?

—Sí.

—¿Dónde?

- Muy lejos.
- ¿En el monte?
- No; en el llano.
- ¿Qué le digiste?
- Van á matar á mi señor.
- ¿Qué te dijo?
- Nada.
- ¿Por qué?
- Porque ese no dice, pero hace.
- ¿Cómo llegó antes que vosotros?
- Corriendo más.
- ¡Mucho se expuso!
- No iba yo muy lejos.
- ¡Un poco más tarde y todo se pierde!
- Un poco más pronto y te hubieran muerto.
- Luego llegasteis con tiempo.
- El suficiente para estudiar el acto y buscar la oportunidad.
- ¿Quién os enteró?
- ¡La maga, señor, la maga!
- Quiero ver á mi salvador.
- Ya lo tienes delante, amo mio.
- ¿Al caballero que detuvo el hacha y confundió al verdugo?
- Ese no quiere verte á tí.
- ¿Por qué?
- Porque hace y no dice.
- Esta noche iremos á visitarle.
- Estas preso, señor.
- ¿De orden de quién?
- Del caballero de la cruz roja.
- ¿Qué pretende?
- Que te cures.
- Estoy bueno.
- No lo cree él así.

- ¿Por mucho tiempo?
- Por tres días.
- ¿Y la orden?
- ¿La necesitas?
- ¡Luego no se digna escribirme!
- Le juzgas mal.
- Habla.
- Pronto te mandará varias órdenes.
- ¿Y despues?
- Partirá en busca de tus montañeses y te esperará al frente del enemigo.
- ¡Mis hijos del Saucejo! No le obedecerán.
- Lo mismo que á tí.
- ¿Quién es ese hombre?
- Un ángel.
- Pues mata á lo demonio.
- No, amo mio, á lo valiente.
- ¡Mucho le defiendes, Ali!
- ¡Mucho!
- ¿Le amas?
- Tanto como tú le debes.
- Que venga, negro, que venga.
- No puede, señor; se lo prohíbe su fe empeñada.
- Que no falte á ella.
- El consejo es inútil.
- ¿Matasteis muchos?
- Mas que en el palenque de Sevilla.
- ¿Qué dices, Ali?
- La verdad, señor.
- Cuando yo me retiré dejaban de defenderse.
- Pues murieron con defensa y sin ella.
- No es noble, humano, ni de caballeros, herir al que implora compasion.
- Guarda la moral, amo mio, para cuando se trate de otros hombres; respecto de estos no tiene aplicacion.

—Para ser noble, hidalgo, generoso y caballero es indispensable no hacer excepcion de esa magnitud. En esta ocasion estuvo ese incógnito de la cruz roja algo feroz.

—¿No le culpabas de haber sido causa de que se escapasen la mitad de los asesinos que acudieron al palenque?

—Aquellos se defendian, Alí; estos imploraban la vida con lastimeras frases; y ese caballero de Santiago ha debido evitar que el vencedor se igualase al vencido.

—Sí, que le hacíamos caso. Mientras nos mandó herir fuimos un rebaño de ovejas que le obedecimos ciegamente; pero en el momento que gritó: «alto, perdonad á los que quedan» cada uno tiró por su lado y á este sí y al otro tambien... Hemos hecho, no obstante, cerca de mil prisioneros que le deben á él la vida.

—¿Setecientos hombres han cogido mil prisioneros, qué vergüenza!

—Tienes razon, amo mio, no debimos hacer ninguno; cuánto mejor estarian ahora en el cementerio descansando tranquilamente de la mala noche que por tí han sufrido!

—Alí, te vas volviendo inhumano.

—Distingo, señor. Si es inhumanidad dar fin de esos tigres que intentan devorar con sus dañinas garras lo grande que existe en tu país, no es posible que me vuelva, pues lo he sido siempre. Oye una historia, amo mio: era yo aún muy pequeño, cuando un esclavo, que me llamaba hijo, me enseñó á luchar con las fieras, á vencerlas y á matarlas. Habitábamos una humilde cabaña, cerca del monte, y eran pocas las noches que el lobo, la pantera, el tigre ó la puma no saltaban al cercado y nos llevaban una oveja, que costaba luego á mi padre veinte palos que le mandaba dar su señor. ¿Qué debíamos hacer en tal apuro? no habia otro remedio que sufrir el castigo ó presentar por cada res devorada una fiera muerta por nosotros. En consecuencia, optamos por lo último. Corrimos el monte, provistos de buenos cuchillos y matamos fieras sin cuento. Muy pocas

quedaban ya en aquellos contornos, cuando el amo de mi padre me vendió al poderoso Mahomad Zegrí; con él pasé á Oriente; nació en Damasco tu esposa y cuidé de ella desde su mas tierna infancia. Luego regresamos á Granada, Tarifa, Algeciras y Almería, y por último, nos establecimos en Mollina, en donde, como sabes, fué nombrado mi señor alcaide ó jefe supremo de la comarca. ¡Nécio de mí! ¡juzgué sin razon, que las fieras habitaban solo en los desiertos del Africa! Vine á Castilla, conocí al infante D. Juan y á todos tus enemigos, vi sus hechos y comprendí que en estas populosas ciudades hay fieras peores que el tigre, que la pantera y la puma; las del monte caian sobre mí con ánimo de despedazarme, pero frente á frente; y aún cuando daban saltos hábiles, ligeros y engañadores, lo hacian á la clara luz del dia y sin esperar á que el enemigo volviese la espalda: luchaban siempre, y mientras les quedaba un átomo de vida se revolcaban y se defendian hasta espirar; los tigres de por acá atacan por la espalda, ciento contra uno, y son tan perversos, tan cobardes, tan infames, que si ese uno vuelve la cabeza antes de ser vencido y les hace frente, se postran ante él, imploran compasion y anhelan una vida que piensan emplear en acabar con la del generoso caballero que los perdona. El apólogo podrá estar muy mal explicado, pero encierra una verdad, amo mio, que no la puede combatir ninguno de los que, como tú, conocen á las fieras de las ciudades de Castilla.

—Alí, has aprendido mucho para haber nacido en el Desierto de Sahara.

—A tu lado, gran señor, no pueden existir tontos ni cobardes, y si los que andan cerca de tí te aman, no deben ser compasivos.

—¿Quiénes me cogieron ayer?

—El infante D. Juan en persona, los diez y seis grandes de aquellos veinte que conoces y todos sus parciales; pero la idea fué del primero.

—¿Presenciaban todos mi ejecución?

—Solo faltaban D. Juan, su suegro y los individuos de la guardia del castillo.

—¿Quiénes han perecido?

—Todos los grandes, la mayor parte de los caballeros que les seguían y la mitad de los soldados. Los primeros creyeron que se trataba de una fiesta, é iban con traje de córte; tan feliz ocurrencia nos ha proporcionado terminar la función en poco tiempo.

—¿Qué van á hacer con los prisioneros?

—El caballero de la cruz roja los ha sentenciado á galeras.

—Bien hecho.

—Jamás obró mal.

—¿Qué ha sido de D. Juan y de D. Lope?

—En cuanto oyeron el choque de los aceros escaparon de Ecija, seguidos de unos cuantos que quedaban en el castillo; bien deseabámos encontrarlos; más era tarde ya cuando advertimos que no estaban en la plaza; los buscamos, pero fué inútil;—há tiempo que desaparecieron,—nos contestaron.

—¿Avisasteis al rey?

—En breve lo sabrá todo.

—Debes estar rendido de tanta fatiga, africano.

—Razon por la cual dormiré perfectamente esta noche á los piés de tu cama.

—¡Buen perro de presa, señor conde!—dijo Anselmo.

—No lo creas, reverendo padre—le contestó Ali—mis dientes son pequeños, blancos é iguales; lo único bueno que me otorgó la naturaleza.

Los religiosos escucharon el diálogo habido entre Lara y su negro, admirando la agudeza del último y la oportunidad de sus frases. El conde quedó meditando hasta que vino á distraerle la llegada de un caballero que, cubierto de acero desde la frente á los piés, le hizo una reverencia, entregándole un rollo de pergaminos bastante abultado. A la vez le dijo:

—Mi amo y señor, me encarga os entregue estos despachos.

—¿Quién es vuestro amo?—le preguntó el conde.

—El incógnito de la cruz roja—le contestó, é hizo un saludo y desapareció.

Lara le vió partir, pero no se atrevió á detenerlo. Luego miró los escritos exclamando:

—Sepamos qué me dice mi misterioso compañero de la orden de Santiago.

—Lee fuerte, amo mio, que todos podemos oirlo.

—¿Sabes tú el contenido de estos pergaminos?

—Sí.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Vi, escuché, deduje y estoy seguro de no haberme equivocado.

El conde miró á su negro con sorpresa, se encogió de hombros y leyó en alta voz:

«Por el presente, confiero al incógnito de la cruz roja, que ostenta en su escudo las armas de la casa de Molina, facultad ilimitada para ordenar en mi nombre cuanto creyere necesario, confirmando yo de antemano todo cuanto él disponga; y trataré como á rebelde á aquel de mis vasallos ó súbditos que dejase de obedecerle.—Sevilla etc.—YO EL REY.»

—El escrito—dijo el conde—no puede estar mas terminante. Veamos que dice el otro.

Y continuó leyendo:

«Confiscados los bienes del traidor D. Juan y perteneciendo estos al real patrimonio, cedo, á nombre del rey, el feudo y señorío de la ciudad de Eciija al muy noble y poderoso señor conde de Lara; y las rentas, posesiones y tributos que el rebelde tenía fuera de esta ciudad y en la misma comarca, al monasterio de San Basilio.—EL INCÓGNITO DE LA CRUZ ROJA.»

Pedro y el abad se miraron sorprendidos; el primero exclamó:

—Oportuno y espléndido está con los dos, padre superior. Aceptamos, pues de este modo sostendré mil vasallos en Ecija, y nadie podrá en lo sucesivo molestaros por la hidalguía que estais usando conmigo.

—Admito—repitió el abad—que así se emplearán esas rentas en favor de los desgraciados, y no en aumentar el número de las víctimas.

—Veamos que dice el tercero.

Y prosiguió su lectura:

«El justicia mayor y jefe supremo de los ejércitos, conde de Lara, esperará tres dias en el monasterio de San Basilio, para que obtenga en ellos el completo restablecimiento de la herida que tan villanamente le han causado los enemigos de S. A. Dejo á sus órdenes cien caballeros de mi escolta, que le acompañarán hasta el momento que penetre entre sus valerosos soldados.—EL CABALLERO DE LA CRUZ ROJA.

—De diez, Alí, descendieron á nueve, y de este número han ascendido á ciento. ¿No es así?

—Sí, amo mio, y en lo sucesivo no volveremos á viajar sin escolta; quiere decir, que si tú no la necesitas la llevaré yo.

—¿De negros como tú?

—De blancos, de negros ó de mulatos; pero de hombres que me eviten otro susto como el de ayer.

—¿Pues no habeis concluido esta mañana con todos mis enemigos?

—De los que estaban en la plaza pocos han librado, señor; más hay en esta tierra más fieras que en mi Desierto.

Toma, africano; devuélvele ese decreto del rey á su dueño, dále las gracias en mi nombre, y añádele que me bastaba con su firma.

—Otro dia, señor, otro dia; por ahora no puede ser.

—¿Quién lo impide?

—El caballo de ese incógnito que corre mas que el mio; y hace tiempo que lleva á su amo hácia Sierra-Morena.

—Luego me sentencia á vivir tres dias en la inaccion.

—Ciertamente; vas en seguida á la guerra y necesitas recobrar las fuerzas perdidas.

—Sufriré mi condena, negro, si no me queda otro remedio.

—Ya te la endulzaremos entre el reverendo abad, este otro religioso y yo. ¿Cómo se llama ese jóven?

—Anselmo—le contestó Pedro.

—Es un santo varon, á pesar de sus pocos años, padre superior. ¡Si le hubieras visto con que coraje cayó sobre uno de aquellos malvados, le arrancó la espada y comenzó á batirse!

—¡A batirse!—exclamó el superior asombrado.

El jóven le hizo seña al negro para que callase, mas este sin mirarlo, continuó:

—¡A ellos, negro!—me decia—¡tú eres el mas valiente! ¡aguarda, aguarda; yo iré contigo no te máten! Pues se puso á mi lado y...

—¡Jesus, Jesus!—repitió el abad cubriéndose el rostro con las manos.—¡No sigas, africano, que yo tuve la culpa; lo absolvi!... ¡Válgame Dios!...

—Eso es; me absolvisteis, me mandasteis herir, y como este pobrecito negro estaba solo...

Lara y Ali no pudieron contener la risa; el corista se puso muy encendido y el padre superior lanzó á este una mirada entre severa y cariñosa. El buen Anselmo habia nacido efectivamente para la guerra; no obstante lo cual, cumplia con su deber en el monasterio hasta el punto de ser el favorito del abad.

Hablando de este modo se entretuvieron hasta las diez de la noche, en cuyo momento curaron la herida del conde, le dieron alimento y le obligaron á meterse en cama. Verificado esto, pidió Ali un colchon, lo tendió á los piés de la cama de Pedro y se recostó en él; pero en cuanto aquel se hubo dormido, corrió en busca del abad y le rogó le curase

varias heridas que habia recibido durante el dia. El religioso quedó sorprendido, calculando los dolores que sufriria, sin demostrar sensacion alguna que indicase su malestar.

—Eres de bronce—le decia—¿por qué no me lo participaste al entrar?

—¡Dios te libre de que sepa nada mi amo! buen rato le ibas á dar con la noticia; procura que no lo averigüe.

—¿Y cómo te he de sanar?

—Esto no vale nada; cinco arañazos que se pueden curar ellos solos.

—Pues el de éste costado tiene una pulgada; si profundiza algo mas, mueres.

—De nada te asustas, señor; yo no siento dolores.

—¡Imposible!

—Solo un poco de incomodidad.

—¿Quién te hizo la primera cura?

—El escudero del incógnito.

—Veo que es inteligente. Mañana me haces una seña, vendremos á esta celda y te volveré á operar. Aun cuando deben molestarte las cinco lesiones ninguna de ellas ofrece cuidado. Toma ahora ese frasquito, echas unas cuantas gotas en el agua siempre que vayas á beber, y no comas ni tomes otro alimento que caldo hasta tanto que desaparezca la fiebre.

—¡Buena noche, señor!

—Dios sea contigo, valiente africano.

Esté, á pesar de lá calentura y de los dolores que le producian las heridas, se quedó profundamente dormido. La edad, el cansancio, su fortaleza de espíritu y su incomparable naturaleza dominaron el mal, y el atrevido Ali fué presa de un tranquilo sueño que calmó sus dolencias mejor que los medicamentos que concluian de administrarle.

A la mañana siguiente se levantaron amo y criado, los curaron indistintamente, y sin que se apercibiera el primero de la operación que hacian al segundo, pasando el dia en

esa tranquila calma y sosiego que ofrece el claustro; asistieron á coro con los religiosos, pasearon por el jardin del monasterio, y por la noche se reunieron los cuatro y entretuvieron algunas horas agradablemente. Las heridas del conde y del negro tocaban á su término; este se abstuvo algo, pero comió, contraviniendo á la órden terminante del abad. Ambos deseaban ya por momentos que llegara y concluyese el siguiente dia para marchar á la guerra. Por lo visto, no era la inaccion del agrado de ninguno de los dos.

CAPÍTULO XXIII.

Ecija.—El rey.—Determinacion acertada.—Partida.

El pueblo de Ecija amaba al conde de Lara tanto como aborrecia al fiero infante D. Juan; mas este hombre funesto llegó á aterrar con sus continuas iniquidades á cuantos residian allí. Casi todos los nobles, pudientes y personas de algun valer abandonaron há tiempo la ciudad, retirándose á Córdoba, Carmona y Sevilla huyendo de una tiranía tan feroz como todo lo que dictaba el menguado señor que imponia su voluntad en aquella comarca. Solo así podia explicarse que en la populosa villa no existieran veinte hombres capaces de intentar la salvación del noble caudillo que tan cobardemente iban á ajusticiar; del ídolo que un pueblo entero apellidaba con justicia su egida.

Se contaban efectivamente cientos y cientos de valientes hijos de Ecija, que hubieran expuesto con mucho gusto sus vidas en pro del sin igual caudillo á quien conocian y respetaban; pero se hallaban á algunas leguas é ignoraban lo que acontecia en su pueblo natal. Quedaron solo míseros labradores, honrados artesanos y mercenarios sirvientes que custodiaban la casa y propiedades de su señor, pues los po-

cos nobles ó acaudalados que no partieron, se parecían mas al enjambre de judíos que habitaba un barrio entero, que á los valerosos castellanos que ya en otras ocasiones combatieron con y por el conde de Lara.

Como un chispazo eléctrico corrió la noticia de lo sucedido, primero entre los amedrentados vecinos de la ciudad y luego por las poblaciones inmediatas; los primeros saludaron al Temerario con entusiasta serenata, y de las segundas salieron al momento los hijos de Ecija, desterrados voluntariamente por las causas expuestas, ansiosos de ofrecerse al ilustre caudillo. Y rayó en delirio la alegría de unos y de otros cuando llegó á sus oídos la nueva de la confiscacion de los feudos, rentas y propiedades del infante, y la cesion del señorío de Ecija hecha en favor del Temerario; pero no adelantemos el discurso.

Eran las ocho de la mañana del tercer día que habitaba el conde el monasterio de San Basilio; su tranquilo retiro iba animándose con la continua llegada de caballeros y grandes que venian á ofrecérsele y darle la enhorabuena. El alegre y simpático Anselmo le servia de portero de estrado, el negro de ayudante inseparable y el bondadoso abad de amigo íntimo, pues estos dos privilegiados seres se amaban ya á pesar de separarlós la diferente educacion que cada uno habia recibido.

En este instante se hallaban los religiosos en el coro, el conde concluia de levantarse y Alíle hablaba de los regalos y continuos elogios que le hacia el cariñoso corista.

—Ese jóven religioso—exclamaba—tiene el alma más noble que he conocido; solo así podia avenirse á vivir en el claustro un hombre de su valor.

—¿Durante la lucha atacó?

—¡Yo lo creo! se metió entre el enemigo y si yo no lo veo lo matan.

—Pobre Anselmo; no pensé que fuera capaz de ese arrojito.

—¡Oh! ¡te hubiera admirado! ¡Viva D. Pedro!—gritaba;—¡mueran los asesinos, los enemigos de Dios!—Y atacaba, vaya si atacaba!...

Allí calló para fijarse ambos en los sonidos de una bocina guerrera y en la carrera de muchos caballos que cruzaban á escape por la calle donde estaba situado el monasterio. Poco despues asomó la cabeza el corista y les dijo:

—Señor, algo ocurre; esos cien caballeros que tan ocultos permanecian, salieron de pronto armados de las casas vecinas; unos han rodeado al convento y otros corren en dirección del camino de Sevilla. Voy á enterarme, os avisaré de todo y si hay función contad conmigo.

Y el buen Anselmo desapareció en el mismo instante. Allí aproximó su terrible maza y la espada del conde mientras este sonreia al ver los aprestos de su negro y la calma con que los verificaba; y ambos continuaron hablando de cosas indiferentes. Luego entró el padre abad preguntándoles:

—¿Señor conde, que podrá motivar ese estrépito guerrero?

—No temais; mis enemigos necesitan verme atado ó sin sentido para atreverse conmigo.

—¡Funcion tenemos; viva el conde de Lara!—dijo Anselmo llegando, pero al ver á su jefe bajo la cabeza y continuó:—perdonad, padre mio; creí que estabais en el coro...

—Poco te queda, hijo, mas ínterin nos favorezca nuestro ilustré huésped nada puedo decirte. Vamos, habla; ¿qué ocurre?

—Señores, esos individuos de la escolta del conde, que no se veian por ninguna parte, tienen sus avanzadas; y los que se hallan situados en el camino de Sevilla, vieron venir hacia aquí varios guerreros.

—¿Qué hañ hecho sus compañeros?

—Los de la avanzada, como aquellos eran muchos, se retiraron á escape; tocaron la bocina; salieron todos; veinte han rodeado al convento y ochenta vuelan en busca del ene-

migo. No hay cuidado, son de los compañeros de Alí que matan admirablemente. ¡Tu maza, negro, es tu maza! ¡Caramba cuanto pesa! Me gusta mas la espada del señor conde.

—Anselmo, deja esas armas y observa lo que acóntecé en la calle.

—Al instante, padre abad; de todo os enteraré; pero si hay funcion y los impíos se atreven á profanar el monasterio, entonces... Alí, dos espadas, dos, con una no hay bastante.

—¡Jesus, Jesus! ¡que muchacho tan travieso!

Exclamó el abad mientras el conde y el africano sonreian viendo el ardimiento y viveza del córista.

No tardó mucho en regresar este y con sentimiento añadió:

—¡Por lo visto se han entregado y los traen prisioneros! Ya me lo figuraba yo; los unos son muy valientes y los otros tan cobardes!

Al mismo tiempo se oyó el ruido de muchas pisadas de caballos que detenian su carrera á la entrada del convento. Un poco despues se acercó á la puerta de la celda un religioso y le dijo al abad:

—Padre superior, S. A. el rey D. Sancho IV, os pide permiso para visitar á su amigo el señor conde de Lara.

—Que pase al instante. ¡El soberano aquí! ¡y vendrá mi padre con él! ¡Bendito sea Dios, cuánto bien nos otorga! ¡Me permitis, señor conde, que salga á recibirlos?

—Id, amigo mio.

Partió el abad apresuradamente y Anselmo exclamó:

—¡D. Sancho el Bravo! ¡Qué deseos tenía de conocerlo! ¿Me dejais que lo vea llegar, señor?

—Si; quédate.

Lara se levantó y un segundo más tarde le abrió los brazos su rey, se estrecharon con la mayor efusion, sin hablar y en un silencio tan tierno como interesante. Luego le dijo Sancho:

—¡Qué largo se me ha hecho ese camino! ¡Qué ideas tan negras me han asaltado durante diez horas, conde! Si esos

tigres, que Dios confunda, llegan á mataros y no perezco yo... Me horroriza ahora lo que pensaba hacer.

—Gracias, señor, vuestra bondad para conmigo no tiene límites.

—¡Cuanto habréis sufrido, amigo mio!

—No lo crea V. A.; llegué hasta fijar mi cabeza sobre el tajo sin emoción, sin otro sentimiento que el de no poder abrazar á mi esposa. Los hombres me quitaban la vida y Dios me alargaba su caritativa diestra.

—¡Qué sér mas fuerte! ¡Oh! ¡cuánto le debeis á la Providencia! ¿Y vuestro negro, murió?—preguntó el rey con interés.

—Esa clase de enemigos no puede conmigo, gran señor—contestó el africano.

—Acércate, Ali.

Y le tendió una mano que el hijo del Desierto besó con respeto.

—Otra vez debe tu amo la vida á tu valor y lealtad; y tan heroica accion merece una gran recompensa. Vas á ser caballero y señor de un pueblo, cuyo feudo y propiedades te regalo.

—Déjalo para otro, alteza, ¡qué dirían los señores de tu córte, viéndo ostentar su propio escudo de armas á un mísero negro!

—Si alguno se atreviese á mirarte de mal modo, no creo que necesitates de mí.

—En cuanto á eso, yo me entenderia con él; pero no puedo, no debo acercarme tanto á mi señor. ¡El esclavo de ayer, caballero feudal hoy! Gracias, generoso monarca.

—¿Qué decís, conde?

—Que podeis nombrarlo cuando gustéis; de este modo tendré dos escuderos altos señores; porque Márcia y Ali, sean lo que quieran, no dejarán de servirme nunca.

—Negro, cuando rëgreses de la guerra te entregaré tus títulos.

—Puesto que mi amo lo quiere así, ascenderé á caballero sin dejar de ser criado suyo.

Luego miró el rey en torno, y viendo á Anselmo, le dijo:

—Buen religioso, acompañad á este valiente africano fuera de la celda.

Salieron ambos, y quedándose solo el monarca con el conde, añadió:

—Pedro, el caballero de la cruz roja me ha mandado un despacho detallándome lo ocurrido hace tres días en esta ciudad; mas ignoro qué es de Don Juan, de su suegro y de los restantes que hayan podido seguirles. Anhele cogerlos y que todos, todos, mueran en un patíbulo. ¿Sabeis, vos, que direccion han tomado y hácia donde podremos hallarlos?

—No, señor, si bien es probable piensan engrosar las filas del rebelde Cerda.

—En ese caso os toca á vos dar fin de ellos.

—No opino lo mismo, señor; esos hombres, áun cuando formen parte del ejército contrario no avanzarán lo suficiente para que mis montañeses puedan llegar hasta ellos.

—Pues es indispensable que mueran, y si para ello fuera preciso, entrad en Aragon, en Navarra, en Francia, Castilla y Leon apoyan vuestro intento y os seguirán adonde vayais.

—Huirán al fin del mundo si saben que yo los persigo y harán inútiles todos mis esfuerzos. ¿Deseais cogerlos?

—¡Quién lo duda!

—Entonces esperad á que les gane la primera batalla y ponga en completa derrota á los partidarios de la Cerda y en albricias del triunfo, indultadlos y devolvedlos los secuestros.

—¿Crecis que vendrán?

—Al momento, señor. En Castilla son poderosos; en otro país, pobres y sin recursos.

—He vendido ya la mayor parte de los bienes que les he confiscado.

—No importa; son pocos los que han quedado con vida; enteraos de sus nombres y volved á comprar lo perteneciente á ellos.

—Lo haré; que la idea me parece acertada.

—Si yo tuviese la suerte de encontrármelos en el campo de batalla...

—Eso sería lo mejor, el indulto me repugna.

—Pues es lo probable que no los halle.

—¿Cuándo partís?

—Hoy concluye mi arresto; por consiguiente en la próxima madrugada, si V. A. me lo permite.

—¿Con que os hallais preso?

—Y por un hombre á quien no conozco, señor.

—Humilde sois para con él, valeroso conde.

—Manda á nombre de V. A., ¿qué he de hacer?

—¿Si lo verificase al suyo, obedeceriais?

—¡Creo que sí, que el incógnito sabe hacerse querer, respetar, y manda tan bien!... Tiene la arrogancia de un César, la sabiduría de un héroe y la bondad de un santo.

—Lara, con el tiempo vais á concluir por amarle.

—¡Quién sabe! Hace tres dias me salvó la vida de un modo incomprensible.

Largo rato continuaron hablando todavía los dos amigos sobre el caballero de la cruz roja, los acontecimientos que tuvieron lugar no há mucho, y de otros asuntos relativos al porvenir. El noble monarca corrió en busca del conde á la primera noticia que tuvo de la desgracia que le habia amenazado y ya en Ecija, quiso permanecer á su lado todo el dia y la noche, hasta despedirlo en la próxima madrugada. Se hizo hospedar en la misma celda, siendo ambos servidos por Ali y Anselmo, no queriendo el rey hacer uso de sus caballeros, por preferir á los dos únicos que estaban encargados de la asistencia del conde.

Hablando en la celda, paseando por el jardin del monasterio, recorriendo el sitio donde tuvo lugar la catástrofe, y

visitando por último, el calabozo que sirvió de capilla á Pedro, ocuparon el día. Durmieron por la noche y al amanecer se dispusieron á partir.

Lara hizo una tierna despedida á la comunidad de San Basilio y muy particularmente al abad y al atrevido Anselmo. Oyeron luego una misa que les dijo el superior, dieron gracias al Rey de reyes, montaron á caballo y puestos cada uno al frente de su escolta, se cogieron de las manos, preguntándole el monarca:

—¿Sois mi amigo?

—Y vuestro vasallo, señor.

—Es indispensable entonces, que me deis una prueba.

—Hablad.

—El Temerario murió hace cuatro dias en la Plaza Mayor de Ecija; queda solo el valiente y entendido conde de Lara.

Pedro sonrió, bajó la vista y alzando despues la frente, le oprimió al rey la diestra, contestando:

—Murió el Temerario á manos del verdugo.

—¿Me lo jurais?

—Os lo juró.

—Entonces os aguardo en Sevilla, seguro de estrecharos entre mis brazos.

—Creo lo mismo, gran señor.

—¡Dios os acompañe, envidiable caudillo!

—¡Su bondadosa mano no se aparte de vos, poderoso monarca!

Y se volvieron la espalda, corriendo en diferentes direcciones; Lara seguido de ciento un ginetes, y el rey de quinientos.

A la vez echaron á vuelo todas las campanas de Ecija y una aclamacion unánime despidió al soberano y al general, en tanto que los monjes basilios elevaban tiernas preces á Dios, pidiendo por la causa de D. Sancho y por la vida del conde de Lara.

CAPÍTULO XXIV.

Los montañeses del Saucejo.—Incertidumbre.—El campamento.—Los dos ejércitos.

El conde de Lara, cubierto con su pesado yelmo, caminaba hácia Sierra-Morena, triste al parecer, y como entregado á profundas meditaciones; habia desaparecido de él aquella viveza con que marchaba, antes de ser preso, en busca del pretendiente la Cerda y sus partidarios. La terrible leccion que acababa de sufrir lo hicieron, segun manifestaba, más reflexivo y ménos audaz.

—La Providencia—se decia—defiende mi vida porque en sus altos designios me necesita para algun fin especial que yo no acierto á comprender; mas por lo mismo trataré de estudiar detenidamente cuanto intente practicar, evitando de este modo temeridades, con las cuales se logra poco, se pierde mucho y suele ofenderse á Dios.

Y el atleta refrenaba su caballo obligándole á ganar terreno á un trote que pocas veces practicaron los potros que montaba.

Despues se entregó á profundos cálculos sobre el porvenir, siguiendo así hasta que se le acercó su valiente leopardo, diciéndole:

—Ensimismado y pesaroso vas, amo mio.

—Alí, me acordaba en este momento de tu señora, y discurria sobre el medio que debamos emplear para hacerla venir lo antes posible.

—Ya poco nos resta, señor conde.

—Solo una vez me ha escrito la ingrata.

—Pero ninguna le contestó el ingrato; y perdona la frase, señor.

—Tienes razon, mi buen Alí; mas ó debia engañarla ó decirla que por todas partes me rodeaba la muerte; mentir no sé y la verdad era tan amarga que preferí quedarme con ella. ¿Quiénes son los individuos que forman nuestra comitiva?

—Cien valientes y experimentados guerreros, con los cuales puedes atreverte á todo; respondo de ellos.

—Te he preguntado, africano, quiénes son.

—La mitad de los caballeros que componen la escolta, de cristianos que sirve y obedece al que te salvó la vida en la Plaza Mayor.

—Pues quedo, Alí, tan enterado como estaba antes.

—¿Querias saber sus nombres?

—Eso es precisamente lo que te he preguntado.

—No han tenido la bondad de decírmelos, amo mio.

—Hasta ahora no he conseguido verle la cara á ninguno, ni oírles hablar. Pardiez, se asemejan á las estátuas.

—¿No los contemplastes pelear en Eciija?

—Sí.

—¿Se batian bien?

—Admirablemente.

—Mándales herir y harán lo mismo á tu lado.

—¿En qué te fundas, negro?

—En que son audaces y en que obedecen con ciega submission al que les previno que acatasen tus órdenes.

—¿Luego tienen obligacion de cumplir mis deseos?

—Sin duda alguna.

—Alí, díles de mi parte que se bajen la celada.

—Señor, les va á molestar el polvo del camino; yo te ruego que les permitas continuar así.

Lara se sonrió al escuchar el modo con que el negro salió del apuro. Despues caminaron silenciosos, deteniéndose el tiempo indispensable para tomar alimento y dar á los potros el imprescindible descanso; pero sin aligerar el paso con que empezaron al salir de Ecija.

De este modo llegaron al pié de Sierra-Morena. Eran las tres de la tarde, y un hermoso sol extendia sus rayos de oro sobre los empinados montes. En este momento detuvo Alí á su señor, diciéndole:

—Amo mio, á la derecha de esa extensa cordillera estuvieron acampados tus montañeses. Señales inequívocas tienes ante tus ojos de que es cierto lo que acabo de decir.

—¿Y qué debo deducir de eso, africano?

—Que los hijos del Saucejo siguieron adelante, y en pos del caballero de la cruz roja.

—Ya lo veo. ¿Y nosotros, dónde vamos?

—Adelante, señor, adelante; pasado mañana estaremos todos reunidos.

—¿No te equivocas, Alí?

—No, señor.

—¿Quién te enseñó á adivinar?

—La maga, que me ha dado palabra de enmendarse.

—Falta nos hace, novel caballero, que el no haber sido más explícita puso en gran peligro mi vida.

—Es posible, amo mio, que lo verificase con la intencion de proporcionarle á tu ángel bueno el que te librase de morir.

—¿Y qué ganaba el uno con eso, y qué interés le movia á la otra?

—Misterios de hechicera son esos, que no alcanzo yo á comprender.

—Pues adelante, Alí, adelante.

Y prosiguieron caminando hasta encontrar el campamento donde se hallaban los partidarios del conde de Lara.

Las continuas traiciones, perfidias y maldades que el Temerario veía de quier, desde algun tiempo atrás, acibararon su existencia hasta el punto de presentar ahora señales inequívocas de un desasosiego y malestar que en vano disimulaba. Tan noble, generoso é hidalgo, no podía ver sin enojo y espanto el terrible cuadro de miserias humanas que tenía delante. Esto motivaba su calma, silencio y constante meditacion.

Habian atravesado las provincias de Córdoba, Jaen, Villa Real ¹ y marchando siempre á la derecha, penetraron en la de Cuenca.

Allí hablaba continuamente con el jefe de la escolta, el cual le indicaba la ruta que debian seguir, y este se lo participaba á su señor, sin que el Temerario replicase nada. Por fin se aproximaron al rio Záncara, lo atravesaron y desde allí distinguieron, á gran distancia, un magnífico campamento situado entre dos colinas. Al verlo, exclamó el conde de Lara.

—Alí, mis montañeses me esperan admirablemente parapetados.

—No lo extrañes, gran señor—le contestó el negro—los dirige y manda el caballero de la cruz roja.

—¿Y no te extraña, como á mí, que siendo solo vasallos míos obedezcan á otro?

—No, señor.

—¿En qué te fundas, africano?

—En que ese incógnito representa al rey, defiende tu causa y los gobierna, por lo menos, tan bien como tú.

—Ciertamente; mas ellos deben solo acatar mis mandatos.

—Eso hacen, amo mio; tú quieres ganar tiempo, y el de la

¹ Hoy Ciudad-Real. Esta poblacion fué fundada por Alonso X y se llamó Villa Real hasta que jurado rey de España Cárlos II, se le puso el nombre que lleva hoy.

cruz te lo proporciona acercándolos al enemigo ínterin te restablecias de la herida.

La avanzada que tenian los montañeses en la parte Sur del campamento, que era el sitio por donde aquellos llegaban, hubo de distinguirlos y reconocerlos, toda vez que se replegó aceleradamente, penetró entre el ejército é introdujo en él una completa alarma. Las trompetas, timbales y bocinas se oyeron do quier, los peones empuñaron la armas, los ginetés montaron á caballo, y unos y otros corrieron de acá para allá hasta que formados salieron á recibir á su señor, componiendo dos extensas alas, que principiaban en la tienda de campaña dispuesta al valeroso caudillo y concluian á la distancia de un cuarto de legua.

Lara, al notar el movimiento de sus soldados y la carrera de la avanzada quedó parado sobre una pequeña altura, admirando las rápidas evoluciones, orden y acierto de sus vasallos.

—Muy bien—exclamaba—mis hijos del monte son ya unos veteranos á quienes falta únicamente un buen jefe. Por mucha gente que traiga el pretendiente la Cerda no podrá con vosotros, mis valientes leones.

—Eso último es verdad, señor—se atrevió á replicar Alí—en cuanto á lo anterior, estás equivocado, amo mio; pues tienen un buen jefe, si bien ahora llega otro que vale tambien mucho.

—De lo cual debes deducir que van á cambiar de general; á mis vasallos estando yo, nadie más los manda.

—El caballero de la cruz roja tiene tambien sus soldados, señor.

—Me alegro; á esos puede dirigirlos como mejor le agrade.

—Lo hará, amo mio, que no es aficionado á lo ageno.

—Mucho te entusiasma ese incógnito.

—Es que voy siendo voto y le juzgo con imparcialidad.

El dia estaba sereno y tranquilo; ni las nubes empañaban los brillantes rayos del sol, ni el aire molestaba, ni el ca-

lor se dejaba sentir aún, como en la comarca de Sevilla.

Formados en dos filas los vasallos del conde, callaron las trompetas, clarines y bocinas, reinando en el guerrero campo un silencio que nadie interrumpía. Do quier se distinguía el brillo del acero, ya en las armas ó bien en los pesados yelmos de los combatientes. El escudo de Lara, unido ahora al de Castilla y de Leon, se veía en los estandartes, en los pechos de los soldados y en las tiendas de campaña. El conde fué desterrando de sí la calma y malestar que antes le abatían, se coloreó su semblante, su espíritu se ensanchó, asomando á su rostro un placer, una satisfaccion de que carecia há tiempo. Tenía delante á sus valerosos hijos, en los cuales no habia un solo traidor ni cobarde; y suponía que no muy lejos estaria el enemigo, con el cual deseaba combatir en campo abierto y en igual pelea, sin intrigas, falacias ni artificios: en lucha terrible, sí; mas no con asesinos, sino contra rivales poderosos. Olvidó, pues, sus pasados sinsabores, y con júbilo, exclamó:

—¡A escape, señores!

—¡A escape!—repitió el jefe de la escolta que le habia seguido.

Y mientras aquel se dirigia á las filas del ejército, la comitiva, girando á la derecha se encaminó á un punto diferente con precipitacion.

Un aplauso unánime, entusiasta, febril, recibió al Temerario. Sus hijos del Saucejo le victoreaban á porfía, le aclamaban, y como un solo hombre felicitaban al venturoso gigante que los mandaba. De ovacion en ovacion llegó á la falda de la primera colina, donde le esperaban mil guerreros cubiertos de acero, los que al verle se abrieron, le dieron un viva, dejándole calle que concluía al pié de su tienda de campaña, que estaba situada sobre la eminencia. Estos caballeros pertenecian todos á su casa, siendo ahora los jefes del ejército acampado. El Temerario les saludó, segun lo habia verificado con los hijos de la montaña, y continuó

hasta ascender á la cumbre, donde se detuvo, echando pié á tierra.

Poco antes de la entrada de la tienda se le acercó D. Ricardo, jefe del ejército en representacion suya, el cual, descubierto y con cariñoso acento, le dijo:

—Señor, en nombre de todos vuestros vasallos os doy la enhorabuena, con tanto placer como sentimiento tuvimos al saber la iniquidad intentada contra vos, el más noble y generoso de Castilla, por unos hombres cuya maldad no tiene igual en el mundo. No hay en el campamento un solo individuo que no vertiera lágrimas de dolor y de ira al escuchar el relato de los acontecimientos de Ecija. Todos los aman y todos sentimos la misma pena, igual enojo.

—Gracias, D. Ricardo; la Providencia veló por mí ese día, valiéndose de este, mi leal africano, y del incógnito á quien debo mucho, pero al que habeis obedecido sin órden mia.

—Gran señor, yo solo he tenido la culpa; el ejército le ha seguido porque yo se lo mandé en nombre vuestro.

—¿Qué razon habeis tenido para obrar de ese modo?

—Me enseñó una órden del rey, y no bastándome se separó y me descubrió su faz.

—¿Qué tiene el rostro de ese caballero, Ricardo?

—Nada mas puedo deciros, gran señor; me lo prohíbe un juramento.

—¿Luego vos le conocéis?

—Me es imposible contestaros.

—Ricardo, ¿he de vivir siempre entre misterios?

—¿Dudais de mi lealtad, señor conde?

—No, amigo mio; mas es tristísimo que el amo sepá menos que el último de sus vasallos.

—Solo Alí y yo hemos visto la faz del incógnito; todos los demás de cuantos existen en el campamento ignoran quien es.

—¿Si os hubiera mandado atacar, qué hariais?

—Obedecerle.

—Poder tiene el encubierto, que asombra.

—Tanto vale, que admira.

—¿Dónde se halla?

—Dirigid la vista á la derecha; sobre aquella otra colina que dista de aquí un cuarto de legua, hay una tienda de campaña rodeada de cuatro mil musulmanes y de doscientos caballeros cristianos; en ella habita; y no muy lejos se encuentran las del príncipe Muza y los cuatro jefes de tribu.

Lara observó detenidamente el punto que le indicaba su caballero, estudió la posición del campamento, y concluido volvió á preguntarle.

—¿Dónde se halla el enemigo?

—En Cuenca.

—¿Avanzó hasta ahí!

—Sí, señor.

—¿Qué fuerzas reúne?

—Treinta mil hombres.

—¿Qué clase?

—Aragoneses, italianos, navarros, franceses y unos dos mil castellanos. La mitad próximamente serán buenos soldados; los restantes valen poco.

—¿Y los jefes?

—Buenos, en general.

—¿Quién los ha reconocido?

—Yo.

—¿Cómo?

—Por orden del caballero de la cruz roja, pase á Cuenca, y bien disfrazado, me fué fácil penetrar entre ellos, acompañado de uno de nuestros expías.

—¿Expías! que no vuelva á presentarse en mi campo ninguno de esos hombres. De traidores ni aún la vida quiero.

—Se hará así, señor conde.

—¿Se acercarán nuestros contrarios, ó tendremos que ir á buscarlos?

—Esperan solo la llegada del rey de Aragon, para atacarnos. D. Alonso y D. Hernando la Cerda están ya con ellos.

—¡Un rey y un pretendiente! Me alegro; mis montañeses les harán correr á todos. Pisaron el suelo de Castilla, nos arrebataron varios pueblos y una capital; ¡guay si los hago volver la espalda!

—¿Teneis que darme algunas órdenes?

—Sí; que desfile el ejército y que se retiren. Concluido, visitad de mi parte al caballero de la cruz roja y preguntadle si tiene algun plan formado para la próxima batalla; y que os diga además cómo nos hemos de entender durante la lucha, pues es imposible la dirigamos dos.

Ricardo estrechó la mano de su señor, y partió de allí, en cumplimiento de la mision que llevaba.

El conde se volvió, notando con sorpresa, que le rodeaban varios pajes y sirvientes; y creció más su admiracion hallando su tienda tan extensa y bien dispuesta cuanto que habia en ella multitud de comodidades desusadas en los campamentos. Tenía sala, alcoba, cocina y comedor; y nada faltaba de cuanto pudiera necesitar en los cuatro departamentos en que estaba dividida. Despues que todo lo reconoció se dejó caer en un sillón, exclamando:

—Pardiez, mis vasallos, por lo visto, quieren que yo guerree á lo gran señor! Cuando creí hallarme entre el suelo y un mísero lienzo, sin otros objetos que la estrecha cama, la pequeña mesa y las muchas armas de costumbre, me encuentro con divanes, sillones, armarios, cocina, bajilla, comedor!... Este es un palacio portátil, Alí.

—No te extrañe, amo mio—le contestó su inseparable leopardo—juzgarán, con razon, que no hemos de andar mucho tiempo con los muebles al hombro. ¿Te gusta la situacion del campamento?

—Mucho.

—Su autor tiene más talento que tú.

—Gracias por la lisonja.

- Es justicia, señor, justicia.
- ¿Te lo ha dicho la maga?
- Contento me tiene, en cuanto la vea... pero no la veré, que comprenderá mis intenciones y huirá de mí.
- ¡Mal se portó en Ecija con nosotros, negro!
- ¡Muy mal!
- ¿Qué va á ser de tí sin su poderoso auxilio?
- Ya no me hace falta, señor conde; para lo que nos resta, tengo bastante con mi maza.
- Entérate de si hay comida dispuesta.
- Al momento.
- Salió el negro y regresando poco despues, añadió:
- Todo está preparado, con muchos y variados manjares que esperan el honor de ser comidos por tí.
- Veamos si el jefe de mi cocina es tan hábil en el campo como en el palacio.
- Y pasaron al comedor, donde pajes y criados sirvieron al conde, mientras Alí, recostado sobre el sillón de su amo, contemplaba el apetito con que comía y la satisfaccion que experimentaba al hallarse entre sus hijos del Saucejo; el buen africano, cuando su señor concluía con un plato, y era de su agrado, lo cogía, comiendo de pié y sin dejar de hablar con él.
- Siéntate—le decia este—que ya eres caballero.
- Caballero—repetía aquel siempre de pié—que te seguirá desnudando y haciendo de criado; ¿es cierto?
- Tú tienes la culpa; me has acostumbrado á tí y no sé mandar á otro.
- Cuando regrese Márcia me reemplazará en algunas cosas.
- Ese caballero ha ganado tambien en títulos, pero ascendió muy poco á mi lado; mientras tú me sirves aquí, él hará lo mismo con mi bella Blanca.
- Y cuestionarán, como de costumbre.
- Sí, le llamará viejo y gruñon.

—Y él á ella, caprichosa y mujer al fin; porque Márcia tiene formada muy mala opinion del sexo femenino.

—Y le saludará con algun plato el cual irá á estrellarse en un hombro ó en la mano del buen Lázaro.

—Algunos, señor, algunos; es el entretenimiento favorito de la huri, incomodar á mi bravo compañero.—Eres torpe, cobarde y viejo—le decia en una ocasion.—Y tú—replicaba él—caprichosa y tan mal educada como el resto de las mujeres.—Al escuchar esto mi señora, le arrojó una fuente que no le hizo mucho daño, pero que le echó á perder su mejor traje de córté, añadiendo—mal escudero, nosotras no necesitamos que nos eduquen, nacemos ya educadas; la peor de nosotras vale por diez hombres.

—¿Y qué hizo mi buen Márcia?

—Se limpió lo mejor que pudo, sonrió y mirándola con el mayor cariño la contestó:—Imposible parece que seas tan larga de manos teniéndolas tan cortas, torneadas y bonitas.—Bueno te he puesto, Lázaro—le respondió la sultana.—No me importa, Blanca; mi señorío de Márcia que debo á la generosidad de Pedro, el cual vale más que tú, me produce para comprar un traje cada dia.—Por la verdad que acabas de decir, te dejo besar mi mano.—Esta conclusion es la misma con que terminan siempre sus cuestiones.

Amo y criado acabaron de comer y de hablar; poco despues llegó D. Ricardo y le dijo al conde:

—Señor, los montañeses, ébrios de júbilo con vuestra llegada, descansan ya debajo de sus tiendas. He visto además al caballero de la cruz roja.

—¿Sin celada?

—Sí, señor.

—No espero tener esa fortuna, Ricardo.

—Pues él piensa de distinto modo.

—¿Cuándo intenta abandonar su incógnito?

—Al terminar en Castilla su guerrera mision.

—Cariñoso está con vos á fe mia.

—No há mucho me obligó á trinchar un pedazo de ave, sentado frente á él.

—¿Se hallaba solo?

—Estaba con el príncipe Muza, y rodeado de veinte esclavos que le servían.

—Feliz vos, que le mereceis tales consideraciones. Por cierto que mi amigo Muza se va olvidando de mí.

—Pruebas os dan ambos de quereros mucho. Oculto el príncipe, bajo un yelmo cristiano, fué uno de los que mas hirieron en la Plaza Mayor de Ecija.

—No lo sabia.

—Peleó al lado de su amigo el incógnito.

—¿Llevaba el escudo de las armas reales?

—Creo que sí.

—Recuerdo haberle visto. ¿Hicisteis la pregunta que os mandé?

—Sí, señor: el caballero de la cruz roja me encarga os participe, que presenciará el combate como mero espectador á no ser que creyera indispensable su presencia y la de los suyos en el campo de batalla, en cuyo caso caerá sobre el enemigo, sin imponeros orden alguna ni recibirla de nadie.

—Me complace la respuesta, Ricardo.

—Añade, que dispone de cuatro mil doscientos hombres; pero que aguarda esta noche un refuerzo con el cual doblará el número. Si entrase en vuestros cálculos hacer uso de la mencionada fuerza, él y el príncipe la ponen gustosos á vuestra disposicion; reservándose únicamente sus respectivas escoltas.

—Supongo que bastarán con mis vasallos; mas si me equivocase, entonces pueden ellos cargar con todos los suyos. Volved esta tarde y contestadle lo que os acabo de decir, dándole las gracias de mi parte.

Partió D. Ricardo y el Temerario pasó el resto del dia observando desde la colina donde estaba situada su tienda las dilatadas llanuras que se extendian á la parte Sur y sep-

tentrional de su campamento. Cuando hubo anochecido penetró de nuevo en su portátil vivienda, se recostó en un divan, permaneciendo media hora entregado á meditaciones. Luego se incorporó, exclamando:

—¡Alí!

Su leopardo estaba tranquilamente dormido cerca de él y sobre una blanda piel de carnero. Al escuchar la voz de su amo dió un salto, se puso en pié y le dijo:

—Héme aquí, señor.

—¿Dormias?

—Como un príncipe.

—¿En ese mullido lecho?

—Ahí. Desde que soy presunto caballero me va gustando la comodidad.

—Acércate. Más. Oye ahora con atencion.

—Dí, amo mio, que no perderé una frase.

—Ya es completamente de noche y el tupido manto que cubre la tierra es de tu mismo color.

—Gracias.

—Necesito poner á prueba tu valor, sagacidad y entendimiento.

—Habla.

—¿Sabes nadar?

—Ya lo has visto, como un pez.

—¿Y saltar?

—Como la pantera.

—¿Y escalar la valla, entrar en sitio vedado y volverte sin ser visto ni oido?

—Como la zorra.

—Pues marcha á Cuenca, entra en la ciudad, pregunta, Alí, pregunta y regresa pronto, que no me acuesto hasta que tú me desnudes.

—¿Dónde está esa ciudad?

—A levante del campamento.

—¿Cuanto dista?

- Poco más de una legua.
—¿Tiene murallas?
—Tan débiles que bien pudieran llamarse tapias.
—¿De fácil acceso?
—Sí; pero estarán guardadas por muchos centinelas.
—Dime cuanto sepas.

—Cuenca, africano, está situada en la falda de un cerro llamado San Cristobal y muy cerca de la confluencia de dos rios, el Huescar y el Júcar, los cuales la rodean; sus calles son estrechas, de mucha pendiente y las encontrarás llenas de soldados franceses, castellanos, aragoneses, napolitanos, navarros y...

—Basta, amo mio; ya sé lo suficiente. Si buscases el lecho recorrería tranquilo esa ciudad.

—Lo haré con tal de que me despiertes al regresar.

—Te llamaré.

—No vuelvas sin haber reconocido el campamento.

—Duerme tranquilo y hasta luego.

—¿No cambias de traje?

—Me arranco mis vestidos de escudero; cúbrome con los de un mísero esclavo; escondo una daga de buen temple y que el cielo te guarde, señor.

—Dios vaya contigo, Alí. Si al asomar la aurora no estás á mi lado, iré en tu busca, valiente leopardo.

El negro besó la mano de su señor y descendiendo por la colina, llegó al llano, hizo dos preguntas á un caballero de los que estaban de servicio y desapareció del campamento perdiéndose entre las sombras de la noche.

Su amo desde la puerta de la tienda miró hácia Levante, pero nada distinguió: una oscuridad completa ocultaba el monte, el campo, las débiles viviendas de sus montañeses, los caminos y al audaz africano que en aquel instante caminaba en direccion de Cuenca á paso de corzo. Un silencio profundo reinaba en todo el campamento: imposible parecia que hubiese en torno del conde mas de quince mil

hombres; pero la subordinacion de estos, el respeto y hasta el amor que profesaban á su jefe y señor se igualaban al nunca desmentido valor de tan aguerridos vasallos. Por eso ahora permanecian callados, ocultos entre las lonas de sus tiendas y dispuestos á morir por el venturoso caudillo á quien obedecian.

El conde bajó la cuesta que le separaba de sus soldados y reconoció varias tiendas las que encontraba con aseo, orden y tan bien dispuestas que nada halló reprehensible. Al verlo sus bravos montaraces y selvícolas, exclamaban:

—¡Señor!

Estampando en la diestra que les alargaba, besos cariñosos que el conde recibia con sumo placer.

—Bien, hijos, bien—les contestaba—veo que nada os falta. En breve confundiremos á nuestro valiente enemigo y regresaremos al Saucejo; tened paciencia y no temais, que ya no me separo de vosotros.

Los soldados le despedian con aclamaciones que terminaban al retirarse á su portatil morada.

Luego escribió varios despachos, les dió direccion, y concluido se hizo desnudar por sus pajes, buscó el lecho, meditando hasta que cansado inclinó la cabeza y se quedó dormido. Su tienda estaba rodeada de centinelas, y como si esto no fuese bastante dos caballeros de su comitiva se sentaron á la parte adentro, pasando allí el resto de la noche.

Un poco antes de amanecer, llegó Alí, y viendo á los dos guerreros les dijo:

—¡Velais cerca del conde! no me extraña pues su leopardo no podia hacerlo.

—¿De dónde vienes, africano?—le preguntó uno de ellos.

—De tomar el fresco; la noche convidada.

—¡Mucho has andado!

—No; he corrido.

—¿En qué direccion?

—Hacia Levante. ¿Y el señor conde?

—Duerme. ¿Conoces al caballero de la cruz roja?

—Sí, y vosotros tambien.

—Dínos quién es; tenemos un deseo de saberlo.

—¿Por qué no se lo preguntais á D. Ricardo?

—Ese no habla.

—Pues yo no digo.

—Creimos que tú...

—Mal pensasteis, hidalgos; pero no os impacientéis que no pasará mucho tiempo sin que le veais el rostro.

—Cuentan prodigios de su valor, denuedo y bizarría.

—Mentiras; vale mucho más que todo lo que refieren.

—¿Quién podrá ser!

—Un hombre... no, un héroe. Buena noche, señores.

—Adios, Alí.

Y este penetró en la alcoba de su amo, se acercó al lecho y le dijo:

—Despierta, señor.

—¿Qué hora es, africano?—le preguntó aquel abriendo los ojos.

—Pronto amanecerá. Te he llamado por complacerte; pero nada te digo ahora...

—Enciende luz y habla; ya estoy sentado.

—¿Te empeñas?

—Sí, no tardes.

Salió el negro, entrando poco despues con una bugía; su amo añadió:

—¿Has recorrido el campamento?

—Concluyo de hacerlo.

—¿Dormia alguno, ó faltaba de su sitio?

—Señor, tus montañeses no dan nunca motivo para la mas leve reprehension.

—¿Y los jefes?

—Todos se hallan en sus puestos.

—¿Viste alguna avanzada?

—Dos.

—¿Qué notaste?

—Que si soy mudo me matan de un hachazo.

—¿Con que puedo estar tranquilo?

—Sí.

—¿Entrastes en Cuenca?

—¿Qué había de hacer!

—¿Me traes noticias?

—Y muy buenas.

—Habla, Alí.

—Penetré en la ciudad sin hacer ruido, y como un miserable esclavo que se arrastra por el suelo, y en el que nadie repara; como un perro, del que no se hace caso; como una hormiga, que no se la ve; como una culebra, que tiene más astucia y saber que el tigre.

—Negro, siéntate, que vendrás cansado.

—Me hallo delante de mi señor, y todavía no soy caballero.

—Obedece á tu amo, africano.

—Rico sillón; siéntome en él, que aun cuando no merezco la honra, debo acatar la orden de mi señor. ¿Qué más deseas?

—Me decias antes, que sin ser visto por avanzadas, centinelas, escuchas ni expías, llegaste á una calle...

—Estrecha, empinada, desigual, endiablada ciudad, señor.

—Lo sé. Continúa, Alí.

—Reconocí el campo: plazas, calles y callejuelas se hallaban obstruidas por un inmenso rebaño de inocentes ovejas que ha de devorar el leon del Saucejo. Eran esos franceses, italianos, navarros y castellanos de que hablastes. Todos los establecimientos estaban abiertos, y en ellos se vendian carnes, las viandas, barato el vino; como que escaseaban las primeras y abundaba el segundo.

—¿Vas descansando, negro?

—Sí, amo mio.

—Pues abrevia y no des tantos rodeos, que te puedes cansar nuevamente.

—Cuando hube hallado lo que buscaba, penetré en un establecimiento donde, en revuelto turbion, encontré soldados, jefes y paisanos. Se gritaba, reía, cantaba, y por cada palabra se escuchaba un terno francés, español ó italiano. Era el gran bodegon de los *Numantinos*. Nadie podía reparar en mí, pero yo los reconocí á todos. Escuché sus disputas, sus proyectos y sus ilusiones. Luego ví arrinconado, hambriento y pobre, á un aventurero castellano, que no comia por falta de dinero, ni dejaba de beber por carecer de vicios; me acerqué y le dije:—Cristiano, si me cedes media mesa, te doy la mitad de mi cena, y por un asiento dos botellas.—El hambriento me miró de un modo extraño, bajando la cabeza. Amo mio, no pierdas una sola sílaba del diálogo que hubo entre los dos.

—Africano—me contestó—yo no como con esclavos.

—Liberto soy, y á nadie sirvo—le dije—que tengo repleta la bolsa, grande el corazón y pesados los puños. Te gano en oro, en títulos y en fuerzas: hé aquí mi mano.

—Probemos. Aprieta... Voto al demonio, que me has vencido!

—¿Cenas conmigo?

—Ceno. ¿No eres esclavo?

—Solo del vino y de los manjares.

—Tambien yo. Te cedo tres cuarterones de mesa y cuatro sillas.

—Generoso estás, castellano. Pide ocho botellas y tres cenas.

—Bodegonero; vino, carne, pescado y ensalada.

—Qué cantidad, señor...

—Para cuatro que aún cuando somos dos, como yo por tres y paga un moro.

—Para seis, que no han de sobrar viandas ni ha de faltar oro; como que paga el conde de Lara.

- ¿Qué dices, negro?
- Que estuve en Ecija y...
- Comprendo... hubo saqueo...
- Sí, eso es.
- ¡Buen hachazo le dieron á aquel Temerario!...
- ¡Qué paso llevamos despues!
- Llegaron tarde.
- ¿Qué habrá sido de D. Juan y de su suegro?
- Han marchado á Vizcaya, segun acaban de decirnos.
- ¿Y ese ejército que tenemos ahí cerca, quién lo manda?
- Un incógnito que nadie lo conoce. Entre nosotros se asegura que es el rey de Granada. Trae unos cuantos moros y algunos montaraces... Ya verás qué cuenta damos de ellos.
- ¿Cuándo atacamos?
- No se sabe; pero ha de ser pronto, pues acaba de llegar el rey de Aragon con ochocientos ginetes más.
- ¡Eso solo les faltaba á los del campamento!
- ¡Delicado está este cordero! ¿No comes, negro?
- Sí; ¿y tú no bebes?
- Tienes razon; voy con la segunda botella.
- ¿A quién sirves, cristiano?
- ¡Delicioso vino! Al príncipe D. Hernando la Cerda.
- Paga bien.
- ¡Mal, muy mal! pero el dia que entremos á saco...
- Ya... ¿cuántos somos?
- Mucha gente, entre peones y ginetes mas de treinta mil hombres!
- ¿Y el enemigo?
- La mitad vendrá á tener. ¿Cómo te llamas negro?
- Aben-Jalma-Alí.
- ¡Abenjamalí! ¡Vaya un nombre!
- El de mi abuelo, cristiano.
- Lo supongo. ¿Con que tú eres de los dispersos en Ecija?
- De los de Ecija, sí.
- ¿A quién sirves ahora?

—A nadie; me bato por mi cuenta; de este modo, cuando llegue el saco...

—Bien hecho, pardiez. Agarra, africano, agarra lo que puedas; en este mundo...

—¿Y esos extranjeros quien los ha mandado?

—Sus reyes; medio mundo está sublevado contra D. Sanchó; de modo es que antes de ocho dias será D. Alonso rey de Castilla y de Leon.

—¿Y D. Juan?

—¡Quién se acuerda de ese! Dejó que matasen á sus vasallos y huyó avergonzado, si bien es cierto que la muerte de Lara merecia una recompensa. Ese Temerario era el mismo Lucifer. ¿Cómo escapastes tú?

—Como terminó el saco...

—Bien hecho, Abenjamalí. Para entrar, el último; para salir, el primero: esa es mi táctica.

—Tú eres veterano y debes conocer la gente que somos; ¿es buena?

—Hay de todo; quédate algo atrás, cómo yo; para atacar siempre hay tiempo.

—¿Quién mandará la batalla?

—El rey de Aragon.

—Es muy jóven.

—No importa; somos tantos, que si él lo dispone mal nosotros lo enmendaremos.

—Hasta aquí, amo mio, lo interesante del diálogo entre el aventurero y yo. Seguí hablando con él de cosas indiferentes hasta que le dejé completamente embriagado; pagué y salí de allí; entré en otro bodegon, despues en cuatro mas, y en todos oí confirmadas las noticias que acabas de oír. Los que huyeron de la Plaza Mayor de Ecija, que fuéron los más retirados del sitio de la lucha, creyeron que tu cabeza rodó al mismo tiempo que llegamos nosotros. Por eso en el ejército contrario te juzgan muerto.

—¿Y no podrá ser la noticia un medio de que se vale el

pretendiente para aumentar el ánimo de sus parciales? Me fundo, Ali, en que toda Castilla sabe ya que vivo.

—Puede que tengas razon; mas los zegríes interceptaron, concluida la lucha, la comunicacion del pretendiente con los parciales que pudieran tener en las comarcas que no há mucho atravesamos.

Lara inclinó la cabeza y quedó entregado á profunda meditacion. Las noticias que le acababa de dar su negro, le hicieron vacilar, permaneciendó indeciso largo tiempo. Se resistia á creer que el rey de Aragon y el pretendiente la Cerda ignorasen la verdad de cuanto habia pasado, primero en el palenque de Sevilla y luego en la Plaza Mayor de Ecija. Suponia, y no sin fundamento, que no obstante la superioridad numérica, le tenian miedo; mas llegó á su mente una nueva idea que destruyó su indecision. En Cuenca—dijo para sí—hay un ejército en el cual se hallan representadas cuatro naciones; les arrojaré un guante, y lo que no hagan por falta de valor lo verificarán por sobra de vanidad. Luego miró á su negro, y le dijo:

—Ali, duerme cuatro horas; te cubres despues con tu traje de escudero, y ostentando mis armas, montas á caballo é iremos los dos á Cuenca.

—¿Solos?

—No, que he jurado dejar de ser Temerario; nos acompañarán quinientos caballeros forrados de hierro. Sal, y haz que entren mis pajes con una armadura sin insignia alguna.

—Señor, no tengo sueño.

—No importa, obedece y calla.

Media hora despues dormia Ali en lo que servia de comedor, mientras el conde, armado ya, contemplaba otra vez, desde la puerta de su tienda, el terreno donde debia darse la batalla. Cuanto más lo estudiaba mayor era su conviccion de lo bien situado que se hallaba su campamento. Dueños de estas dos colinas—se decia—basta con retirar las tiendas y formar en batalla. La eleccion ha sido como de ese in-

cógnito, el cual, á no dudarlo, posee admirablemente el arte de la guerra. Falta solo atraer al enemigo; mi buen Alí le echará hoy el anzuelo.

Acto continuo, mandó reunir sus huestes y les pasó una escrupulosa revista.

En este instante hacian lo propio el rey de Aragon y el pretendiente D. Alonso la Cerda. Los dos ejércitos se hallaban ahora formados frente á frente; mas no se veian; el uno se escondió luego detrás de una muralla, de la que solo se alejó cien varas, y el otro se dispuso á comer su bien condimentado rancho, á presencia de su amado y muy illustre caudillo, el conde de Lara.

CAPÍTULO XXV.

Cuenca.—El guante de Ali.—Preliminares de una batalla.

El día amaneció claro, despejado y un sol radiante extendía sus galas de oro sobre los llanos de la parte de Occidente y Norte de la ciudad de Cuenca.

Serian poco más de las diez de la mañana; el famoso conde de Lara concluía de almorzar y en este instante apoyada su frente sobre la mano izquierda discurría.

Poco después entró en el comedor su valiente africano y le dijo:

—Me cubre una preciosa armadura; en mi pecho puedes ver tu escudo de armas y hé aquí el pergamino.

Su amo le miró, y cogiendo el escrito que aquel le alargaba, le contestó:

Lástima es que la naturaleza tiñese tu epidermis con ese color tan negro, que eres apuesto y gentil; cien caballeros conozco que pueden envidiar tu arrogante figura.

—Gracias, amo mío, Dios quiso que naciera con este color y así habré de morir. Lee, gran señor.

Pedro deslió el pergamino que acababa de darle Ali, en el cual decía:

«En Cuenca hay aragoneses, navarros, italianos y fran-

ceses; pero no hay hombres: y si hubiese hombres no tienen jefes: y si tuvieran estos no hay caudillo; que es vergonzoso, ruin y cobarde permanecer encerrados entre muros cuando el enemigo espera en campo abierto con la risa en los labios, el desden en la mirada y el desprecio en su tranquila calma.—ALÍ, ESCUDERO DEL CONDE DE LARA.»

—Bravo, mi querido africano—exclamó el Temerario.—Anzuelo es este que ha de enganchar á los peces.

—Torturé mi cabeza y nada hallé que pudiera avergonzarlos más. Si ese pergamino no los echa de Cuenca, será preciso que asaltemos la ciudad.

—Tienes razon, Alí. ¿Y mi escolta?

—Al pié de la colina nos aguarda.

—A Cuenca, negro.

—Somos quinientos dos, bien podemos en caso de apuro acometer á todo el ejército enemigo.

Amo y criado dejaron cubrir sus cabezas con pesados cascos y descendieron al campamento; después montaron en dos fogosos corceles y seguidos de quinientos caballeros se dirigieron á la ciudad. Todos llevaban el rostro oculto con la celada y en las mantillas de los caballos lucia el escudo de armas de la casa de Lara. Marchaban á un trote largo y á pesar de encaminarse á la ciudad enemiga no iba un solo hombre que abrigase temor ni recelo. Sabian por experiencia que con quinientos caballeros se abriria paso el conde de Lara por medio de un ejército numeroso.

Los montañeses y sus jefes despidieron con un aplauso á los que marchaban á Cuenca, y al cruzar estos por cerca de la colina donde se hallaban el caballero de la cruz roja y los musulmanes, se oyó un entusiasta viva dado al conde de Lara; miró este y vió seis pañuelos blancos que le saludaban: eran el incógnito, el príncipe Muza y cuatro jefes de tribu. El Temerario se alzó la celada, devolvió el saludo y cubriéndose nuevamente el rostro continuó su camino.

Lejos de imponer á aquellos briosos guerreros el aisla-

miento en que les dejaba la separación del campamento, empuñaban ahora con doble arrogancia la poderosa lanza, latían sus corazones con júbilo y se dilataba el indomable espíritu de cada cual.

Alí, iba á la izquierda de su señor, ambos delante y á diez varas de su guerrero acompañamiento. De este modo dieron vista á la primera avanzada contraria: poco despues les gritaron quince ginetes:

—¡Alto!

—Abajo esas moharras.—Les dijo el conde á los suyos; estos le obedecieron; Alí enarboló á la vez una bandera blanca, y continuaron sin hacer caso de las voces de alto que les daban sus enemigos. La mitad de los individuos que componian la avanzada partió á escapé tendido á la ciudad, mientras los restantes dejaron que pasase el conde sin hacer otra cosa que replegarse á la inmediata casa de donde habian salido.

Pedro refrenó su alazan, marchando ahora bastante mas despacio.

Diez minutos despues dieron vista á Cuenca y no tardaron mucho en escuchar el ruido de trompas guerreras, bocinas y atambores; á la vez se fueron llenando de soldados los muros y edificios que rodeaban la ciudad y no tardó mucho en cubrirse todo con el enjambre de parciales reunidos en pro de la causa del pretendiente.

En tal estado llegó el conde á cien varas de la plaza, mandó hacer alto, adelantándose á la vez el intrépido Alí. Este se aproximó cuanto pudo á la muralla, se alzó la celada y con voz tan fuerte que lo oyeron hasta en las calles de la población, les dijo:

—Tomad ese escrito. Yo, el escudero del muy poderoso señor conde de Lara, lo he firmado y sostengo cuanto va puesto en él.

Y les arrojó el pergamino que ya conocemos, el que fué cogido por un jefe aragonés, que le preguntó:

—¿A quién va dirigido?

—Al pretendiente, á sus caudillos y á todos vosotros.

En este instante se oyó la precipitada carrera de muchos caballos y casi en el mismo momento llegaron á las murallas y al lado de Ali quinientos zegríes.

—¡Alto!—exclamó el musulman que los mandaba: juntó su potro con el del negro y dirigiéndose á los de la plaza añadió:

—La poderosa tribu zegrí, sostiene con las armas y en lucha igual, cuanto dice el escudero del conde de Lara en ese pergamino que os acaba de entregar.

Y volviéndose á unir á los suyos desaparecieron por el mismo camino que habian traído, ligeros como el viento.

Confusos miraban los partidarios de la Cerda al valeroso negro, cuyos gloriosos hechos de armas se comentaban ya por ellos.

—¿Aguardais respuesta?—le preguntó el jefe aragonés.

—Sí—le contestó Ali—en el campo de batalla.

Y uniéndose al conde, tiró la bandera blanca, levantaron las moharras y regresaron al campamento, sin prisa ni impedimento alguno.

Los de su campo corrieron las avanzadas hasta dar vista á los muros de la ciudad, escalonaron el ejército y de este modo aguardaron las consecuencias de aquella salida del conde de Lara, el cual ni se alzó la celada durante su correría ni pudo descubrirlo insignia alguna, pues segun hemos dicho, se encerró en una armadura tan gruesa como desprovista de distintivos.

Luego que llegó á su campo, penetró en la tienda y esperó tranquilo el resultado del guante que acababa de arrojar su escudero.

Seis horas transcurrieron sin recibir contestacion alguna. Al cabo de este tiempo se presentó un caballero de la escolta de Lara y le dijo:

—Señor, un guerrero de los que sirven á D. Alonso la

Cerda desea hablar, de parte de su señor, con el jefe del campamento.

—¿Viene solo?

—Le acompañan varios ginetes que han quedado con nuestra primera avanzada.

—Que llegue hasta mí.

Poco despues penetró entre caballeros del conde el enviado que le acababan de anunciar. A pesar de llevar caida la celada del casco le taparon con un pañuelo las hendiduras por entre las cuales veia.

—Quitad el pañuelo á ese hombre y no volvérselo á poner—exclamó Lara.

El recién venido se descubrió y mirando al Temerario, retrocedió dos pasos.

—Perdonad—le dijo—creí que os habian muerto en la Plaza Mayor de Ecija.

—Estais en vuestro derecho suponiendo lo que os cuadre mejor. ¿Qué quereis?

—Mi amo y señor me encarga participe al jefe superior de este campamento, que en su concepto, merece la muerte el osado escudero que no há mucho dirigió un menguado insulto á todo un ejército, que sino os presentó batalla hasta ahora, tuvo para ello razones que se han debido respetar. Y añade mi señor, que al rayar el día de mañana os echará de esta comarca ó morirá en ella el que intente quedarse.

—¿Nada más os dijo?

—No.

—Pues contesto: que mi escudero queda sentenciado á muerte por su atroz insulto; mas dejo á sus parciales el encargo de ajusticiarle. Siento no poderle complacer en eso de abandonar esta comarca, que es de mi rey D. Sancho IV, y pretendo imperar en ella y acaso dar un paseo hasta Zaragoza. Esto le ofrece el conde de Lara, y de no morir se lo cumplirá, que es buen caballero y nunca faltó á la palabra empeñada.

—¿Qué más debo decirle?

—Podreis añadir, que al rayar el día le aguardo, y si antes le place venir, mejor; y dichoso él si me hace retroceder una línea de mi campo, pues sería el primero que lo consiguiera. En cuanto á vos, estais en mi tienda y á fuer de hidalgo pongo á vuestra disposicion mis vasallos y poder; pedid cuanto os haga falta, mirad lo que gustéis, y si alguno os incomodara, rogad á Dios por su alma.

—Gracias, señor conde; no me extraña vuestro buen proceder, que os conozco há tiempo y sé que más noble que vos no nació castellano. Preveo que la falsa noticia de vuestra muerte en Ecija ha de pesar mucho en la balanza, al inclinarla mañana la suerte en favor ó en contra nuestra.

—Un hombre más no debe influir tanto como vos creéis.

—Conozco á ese hombre y le temo. Que el cielo os guarde, señor.

—Dios os acompañe.

Y el conde le alargó la mano saliendo con él fuera de la tienda, donde volvió á despedirle.

El enviado partió llevando descubiertos los ojos y sin que nadie le molestase; antes al contrario cruzó por entre varios caballeros del conde saludándole todos con la mayor cortesanía.

El anzuelo estaba echado y cogido á él la presa que queria el Temerario sujetar. La incertidumbre de sus contrarios la ahuyentó Alí con el audaz escrito dirigido á un ejército en que habia muchos nobles, bastantes caballeros y multitud de valientes que no podian dejar impune un insulto tan grave, pues si bien lo autorizaba un escudero, lo sostenia la tribu de caballeros más poderosa que existia en el reino de Granada. Sabiendo ahora el rey de Aragon que Lara intentaba llegar hasta Zaragoza, demostraba doble interés en atacar y vencerlo antes que éste engrosara sus valerosas filas. La impaciencia del Temerario iba á concluir con una batalla en la cual jugaba el trono de Castilla y de Leon D. San-

cho IV; gran confianza debia tener en tan dichoso caudillo cuando esperaba en Sevilla tranquilo y sosegado sin mandarle un solo soldado de los muchos que le obedecian.

Francia, Navarra, Italia, Aragon y Castilla, miraban ahora con incertidumbre y recelo el drama que iba á representarse en las llanuras de Cuenca. Si el Temerario perdía la accion que acababa de provocar, era indudable que el cetro de Sancho IV pasaba á manos del pretendiente la Cerda; mas si por el contrario salian estos derrotados, quedaban humilladas cuatro naciones y muy expuesto el reino de Aragon. El valor, arrojo, bizarría y práctica en la guerra de los montañeses del Saucejo, eran conocidos y elogiados en Europa. La temeridad y acierto del conde, no hallaban rivales en el campo de batalla; y el renombre y genio del incógnito, excedian á toda exageracion; mas los del pretendiente les aventajaban en número, estaban mandados por jefes expertos, y á su frente tenian un rey y varios príncipes. La lucha, por consiguiente, debia ser tenaz y fiera como pocas. No obstante lo expuesto, existian en Cuenca desasosiego é incertidumbre, mientras en el campo de Lara no habia un solo hombre que dudase de la victoria; tan acostumbrados estaban á conseguirla siempre que caminaban en pos del famoso conde. Pronto veremos si en esta ocasion se hacian ó no ilusiones estos, y si aquellos dudaban ó no con fundamento.

Pedro el Temerario regresó tranquilamente á su tienda y esperó la hora de comer, en cuyo instante se sentó á la mesa en compañía de D. Ricardo y tres más de sus principales caballeros.

Cuando terminaban aquella, vino á distraerles el ruido de varias trompetas, choque de armas que se arrastraban por el suelo y carreras de caballos; Alí, que como de costumbre estaba de pié cerca de su amo comiendo lo que este dejaba de intento en los platos, salió inmediatamente con el objeto de enterarse de la causa de aquella alarma.

Poco después entró, seguido de un caballero, el cual le dijo al conde:

—Señor, unos ochocientos ginetes enemigos han llegado y continúan á quinientas varas de nuestras avanzadas. La mayor parte van cubiertos de acero, y al parecer reconocen nuestro campo.

—Partid inmediatamente—exclamó Lara—y ofrecedles mi tienda, mesa y las pocas comodidades que tenemos aquí. Hoy vienen en paz y debemos rivalizar con ellos en educación y cortesanía; mañana les enseñareis á herir. Volad, amigo mio.

El caballero salió mientras el africano, cogiendo una copa de vino que su amo le alargaba, exclamó después de beberlo:

—Señor, ganan si aceptan tu ofrecimiento, pierden si regresan sin sentarse á tu lado, que no hay en Cuenca tan buen cocinero como el que tú tienes, ni aves tan bien condimentadas; y mucho ménos un Jerez tan aromático y exquisito como este. Viejo, sabroso y trastornador es el tal jerezano, amo mio.

—Negro—le dijo el conde—tus paisanos no lo prueban nunca.

—Se lo prohíbe Mahoma, gran señor; pero yo, á fuer de cristiano, me gusta el vino sin bautizar.

—¿Se observa esa prescripción entre los musulmanes con todo el rigor que su ley previene?

—Moro he conocido que bebe por cinco católicos.

Concluyó la comida y todos se pusieron en pié. Al mismo tiempo regresó el enviado de Lara, diciéndole:

—Señor conde, he participado á D. Alonso la Cerda vuestro deseo y me ha contestado, que os dé las gracias en su nombre; que siente combatir contra un valeroso y cumplido caballero como vos, lo cual piensa probaros antes de poco.

—¿No comprendo de qué manera!

—Nada más me dijo. Cuando concluyó de expresar esas

frases se bajó la celada y volvió grupa en dirección de Cuenca.

El resto de la tarde lo pasó el Temerario dictando órdenes para la próxima batalla, reconociendo por segunda vez el terreno, hasta que ya de noche se retiró á su tienda con ánimo de buscar pronto el lecho, pues quería estar en pié antes de la madrugada.

El gigante castellano se disponia á la gran pelea, á que no há mucho retó á su poderoso rival, con tal confianza en sí propio y en el arrojo, denuedo y constancia de sus vasallos, que ni por un momento se le pudo ocurrir ser vencido ó derrotado.

Sus filas estaban escasas de soldados, con relacion á las del enemigo; mas cada montañés ó selvícola de los que tenía á sus órdenes era un leon en fuerza y valentía. Pedir á estos hombres que volviesen la espalda ó temieran avanzar, era un delirio tan torpe como pretender que fuesen traidores á un señor que los mandaba y quería como á hijos. Sus padres, esposas ó hermanos les hubieran escupido en el rostro al saber que siguiendo á Lara lo abandonaron una sola vez. Este lo comprendia así, por cuya razon abrigaba una confianza absoluta; si bien podia equivocarse en atencion á que para vencer los hombres necesitan el apoyo de la Providencia, cuyos altos juicios son incomprensibles.

CAPÍTULO XXVI.

Embajada régia.—El caballero rechaza la traicion.—Horas antes del combate y de la victoria.

Eran las nueve de la noche; el conde se retiraba á descansar y el campamento continuaba sumido en un profundo silencio, pues si bien se tomaron cuantas precauciones aconseja en tales casos la prudencia, nadie se movia de su sitio ni hablaba, contrayéndose los centinelas, escuchas y vigilantes al exacto cumplimiento de su deber.

Un instante despues se oyó el ruido de las pisadas de un caballero que se acercaba aceleradamente á la tienda de Lara, y este que caminaba en busca del lecho, se detuvo. A la vez entró aquel y le dijo:

—Acaba de llegar al campamento un jefe enemigo acompañado de cien caballeros y pretende hablar con vos.

—¿Quién es?

—Al preguntárselo me dió este pergamino lacrado.

El Temerario leyó por fuera: «Al señor conde de Lara.» Rompió el sello y desliándolo vió las siguientes frases:

«Desea hablar con el famoso caudillo de Castilla y de Leon.—EL INFANTE HERNANDO LA CERDA.»

Pedro sonrió, contestando á su caballero:

—Decid al jefe contrario, que le espero.

Mientras aquel salia se acercó Ali á su amo, le quitó el pergamino y lo leyó.

—¡Qué haces, mísero africano!—le dijo el conde con enojo.

—Señor—le contestó el negro con resolucion—obedezco las instrucciones de mi señora. Toma tu escrito.

—¿Comprendes lo que has hecho?

—Perfectamente.

—¿Y no estás arrepentido?

—No.

—¡Este escrito puede contener un secreto!

—Es probable.

—¿Y quién eres tú para penetrarlo?

—Un hombre que ha jurado no consentir que te asesinen, que te quiere más que tú mismo, y que vela día y noche por tí. Si no te ha gustado, ten paciencia, que así lo manda tu señora, que vale mas que tú.

Y sin esperar respuesta separó un divan y sacando la daga se escondió detrás, dispuesto como la pantera á caer de un salto sobre el primero que intentase molestar á su amo.

Un minuto despues entró el hermano del pretendiente en medio de dos caballeros de Pedro; al verlos este exclamó:

—Quitad los centinelas que rodean mi tienda, retiraos todos y que nadie se acerque mientras permanezca aquí ese incógnito.

Pedro fué obedecido en el acto, quedando solo con D. Hernando la Cerda.

Era este alto, fornido, de fisonomía expresiva, sagaz, intencionado y altivo. Tendria veintidos años nada más; pero demostraba haber cumplido treinta. Cuando notó que todos habian marchado, se alzó la celada y alargando su diestra á Lara, le dijo:

—Hé aquí mi mano, conde; estrechadla, que áun cuando

seamos enemigos hoy, mañana acaso no lo seremos, y si sucediese lo contrario nada habremos perdido, que la man-cilla no estampó todavía su terrible huella en ninguno de los dos.

—Bien decís, y por mí puedo aseguraros que no llegará jamás. ¿Os sentais?

—Con mucho gusto, si me lo permitis.

—Gran honor me haceis, que sois nieto de reyes y mi huésped.

Ambos se arrellanaron en blandos sillones y al través de sus cortesés cumplimientos se dirigieron una profunda é indaga-dora mirada; la del conde despedía el fuego del leon, la del infante la astucia de la serpiente. Allí que veía y escuchaba sin que pudieran reparar en él, tomó mejor postura, exclamando para sí:

—Es una culebra; tiéndome y espero tranquilo, que para esta clase de reptiles basta el aliento de mi señor.

La Cerda cuando hubo meditado breves instantes, miró nuevamente al Temerario, diciéndole:

—No os admire, señor conde, mi venida; mañana os va mi hermano á presentar batalla; deben en ella perecer mul-titud de hombres; correrá á mares la sangre inocente y el tratar de evitar esa catástrofe merece un sacrificio de mi parte y otro de la vuestra.

—Lo haré con mucho gusto, D. Hernando; que me duele el mal que veo sufrir á mis semejantes.

—Seguro de vuestra lealtad y nobleza no he dudado un momento en venir á veros.

—Pensais bien de mí, que ahora defiende vuestra vida un ejército castellano, y su jefe; ¡guay! si alguno os ofendiera ínterin permanezcáis en mi campo.

—Gracias, noble atleta. Y toda vez que me dirijo á un hom-bre tan valiente y entendido, suprimo toda clase de preám-bulos. Mi hermano se halla al frente de un ejército superior con mucho en fuerzas al vuestro; le acompañan además mi

primo el rey de Aragon, un representante del de Francia, otro del de Navarra y un príncipe italiano. Práctico sois en la guerra, conde, afortunado, valiente y entendido, mas en el campo contrario hay capitanes tan valerosos y experimentados, que es difícil, muy difícil vencerlos. Tenemos, pues, más fuerzas que vos, más benéfica influencia moral, más recursos y más probabilidades de éxito. Si mañana perdeis la batalla, mi tío D. Sancho se queda sin trono, vos sin estados y el campo de Cuenca se verá cubierto de cadáveres. Mi hermano, á pesar de su indisputable derecho al cetro de Alonso X su abuelo, y de la seguridad de conquistarle además con las armas, prescinde del derecho de la fuerza y de la fuerza del derecho y desea entrar en negociaciones con vos. Le duele cubrirse con una púrpura real manchada en sangre castellana, y no siente mengua al dirigirse á vos.

Calló el infante, miró al conde, el cual meditó un momento, replicándole despues.

—Venís de embajador y sois sobrino de mi rey; decidme cuanto queráis que todo lo oiré.

—¿No os gustan los rodeos, es cierto?

—Verdad es.

—Pues oid: Mi hermano reinará en Castilla, D. Sancho en Leon y vos en Murcia. Distribuidos así los tres reinos, nos coaligamos con el navarro y el aragonés, limpiamos de moros el país, os partís la reconquista y dividida España en cinco reinos todos ganais en poder, terreno y gloria. Hé ahí la idea, que creo aceptable por todos.

—¿Con que vuestro hermano me cede el reino de Murcia y á D. Sancho el de Leon?

—Sí.

—¿Y para su aliado el infante D. Juan no deja nada?

—Despues de la atroz villanía cometida con vos en Ecija ese hombre quedó inútil para todo.

—¿Y si hubiera conseguido matarme y correr en vuestra ayuda con su ejército segun os ofreció?

Asomó el carmin al rostro de D. Hernando, bajó la cabeza y tartamudeó:

—Le hubiéramos despreciado.

Lara sonrió con marcado desden y clavando una mirada ardiente en su contrario, le dijo:

—Generoso está vuestro hermano; pero debió esperar, en mi opinion, á mañana para hacer tan espléndida proposicion. Hoy, D. Hernando, es de Sancho IV, Castilla, Leon y Murcia. Así lo dictaron las Córtes y la batalla de Córdoba; de lo cual se deduce, que á mi rey le asiste la fuerza del derecho y el derecho de la fuerza. Mañana nos vencerá don Alonso y si luego consigue ser dueño de esos tres reinos que quiere repartir, podrá hacerlo sin mengua porque da lo suyo; pero ofrecer lo de otro á sus mismos dueños, no lo oí hasta ahora, señor la Cerda.

—Por vuestra causa va á correr un rio de sangre y todo lo vais á perder D. Sancho y vos.

—Por culpa mia no, que me manda mi soberano y nada mio cuestiono.

—Si él os envia, ¿por qué no os dió sus soldados?

—Atrevida es la pregunta, pero os voy á contestar: sirvo á mi rey porque le amo, y al defenderlo le doy mi sangre, tesoros y vasallos; y solo le exijo que sea justo con su pueblo, fuerte con la grandeza y caritativo con el pobre. No me dió soldados, porque sobran con los míos, ni títulos ni honores, porque nació el primer grande del reino.

—¿Sobran con vuestros vasallos?

—Mañana lo vereis.

—Cara puede costaros la presuncion.

—¿Quiénes pueden tanto?

—Nosotros.

—Cara os va á costar esa creencia.

—¡Despreciáis un trono, Lara!

—Dadme el que yo deseo y me vereis subir por su régia grada ébrio de placer y dicha.

—Hablad todo lo que queráis, vuestra lealtad y grandeza de alma no tienen precio.

—Por eso ansío un trono; pero vosotros no podeis dármele.

—¿Es el de Leon?

—No; es mejor.

—¿El de Castilla?

—Tampoco.

—Hablad por Dios, que anhelo escucharos.

—Es el de la virtud.

D. Hernando bajó la cabeza avergonzado; mas al poco tiempo la alzó con arrogancia y retratándose en él la ira, le contestó:

—Puede que lo alcanceis mañana; ese trono solo existe en el cielo, y quién sabe si correreis en su busca antes de pocas horas.

—Si Dios lo dispone así, iré gustoso; mas perderia mi vida mil veces, si posible fuera, antes que abandonar á D. Sancho IV; primero que faltar á mi patria.

—Y cuando veais que vuestro caballo atraviesa un torrente de sangre humana, cuando mil heridos exhalen á vuestras plantas lastimeros ayes, ¿no os dolerá mirar el cuadro ni apartareis la vista con horror?

—Señor la Cerda, si os hubierais hallado, como yo, en mas de cien combates, no me hariais esa pregunta. Sois novel en asuntos de guerra, y con harto sentimiento mio, me obligais á que os diga, que á pesar de la costumbre que tengo de atravesar campos de batalla, sembrados de víctimas, me estremeceré mañana, las miraré con horror y maldeciré al ambicioso que por causa suya yacen tendidos en el suelo. ¡Ojalá que el que tiene la culpa, y once de sus parientes y amigos, quisieran batirse conmigo, solo, y la lucha de los trece decidiera la cuestion sin verterse otra sangre que la nuestra!

—Señor conde, os he venido á visitar y me estais desafiando.

— Señor la Cerda, os he recibido con la mayor urbanidad y me habeis insultado.

—¿Tomáis por ofensa el ofreceros un trono?

—Sí, que para alcanzarlo debia ser traidor á mi patria y á mi rey; por cuya razon envolvia la propuesta la más nefanda de las vilezas.

—Castilla, Leon y Murcia, fueron legados al que os brindó el cetro de una de ellas; ¿no conoceis el testamento de Alonso X?

—Vuestro abuelo mandaba en su casa, y la nacion en sí; ¿no recordais lo que decretaron las Cortes de Valladolid?

—De muy antiguo, venian los reyes de Castilla dando en herencia ó desheredando al mayor de sus hijos.

—De más remoto aún, manda en su casa el verdadero dueño; y la nacion, reunida en Cortes, es el único voto del país, que es dueño de sí mismo.

—Son ideas tan nuevas, señor de Lara, que no las oí á nadie hasta ahora.

—No me extraña; sois muy jóven y habeis pasado la mayor parte de vuestra existencia en el extranjero. Hé aquí la prueba: dos mil castellanos os dan la razon; el resto de la nacion á mí.

—¿Nada más que dos mil?

—Decís bien; debo unir á esa suma todos los amigos y parciales de vuestro noble y valeroso tio D. Juan.

—No dirá el conde de Lara, que no tengo paciéncia al oír los insultos que hace á los nietos de los reyes de Castilla y de Francia.

—No se quejará D. Hernando la Cerda de que no soy tolerante con él al sentarlo á mi lado y defenderlo, llevando en la escarcela la orden de mi rey para ahorcarlo por rebelde. Estais en Castilla y en mi poder, y no obstanté eso, os marchareis tranquilo de aquí.

—¿Tanto miedo me tiene mi tio D. Sancho que me ha sentenciado á muerte?

—Mucho, ya lo veis; peligra su trono, según decís, y se está muy tranquilo en Sevilla, sin mandarme uno solo de los soldados que le obedecen. D. Sancho IV, llamado el *Bravo*, á fuer de justiciero, premia la virtud y castiga el vicio; galardona la lealtad y sentencia á muerte al traidor; es una debilidad de D. Sancho, pues aún cuando es rey, y muy valiente, se ha encaprichado en que no queden impunes los delitos en su país.

—Gran recompensa os aguarda á vos, que pediais no há mucho el trono de la virtud.

—Sí, pero acaso consiga la corona del mártir, muriendo en el campo de batalla, en defensa de mi patria y de mi rey, como noble y caballero, y contra ambiciosos, que con tal de llegar al puesto que se proponen, no les importa regar la tierra con sangre inocente. Nada me puede dar mi soberano, que soy más rico que él, y nació el primer grande de Castilla, según os he dicho ya.

—Supongo que vuestro tesoro será fabuloso, pues siendo tan rico y habitando siempre entre agrestes breñas, poco habreis gastado hasta ahora.

—Es verdad; son tantos los perversos, traidores, ambiciosos y malvados que viven en las grandes poblaciones, que me ví forzado á esconderme entre montaraces y selvícolas, antes que aspirar el asqueroso aliento de los miserables. De este modo hago la suerte de veinte mil familias, á las que nada les falta; vosotros no sois tan ricos porque sostenreis millones de ellas; ¿es cierto?

—Si dais orden de que me dejen el paso franco, me retiraré con mucho gusto.

—¿Quién os lo impide?

—Pudieran hacerlo ahora.

—No; en caso, mañana.

—¡Oh, lo que es mañana, ya será difícil! Supongo que el conde de Lara no faltará jamás á su palabra.

—Nunca.

—«Queda sentenciado á muerte mi africano escudero— mandasteis á decir á mi hermano—pero os doy el encargo de que vengais á ajusticiarlo.» Pues aquí me teneis en cumplimiento de lo que ofrecisteis.

En este instante salió Ali de su escondite, y sin hacer ruido alguno, desapareció de la tienda. Ni su amo ni la Cerda se pudieron apercebir de la marcha del negro.

Lara contestó á su contrario.

—Teneis razon; y en fiel observancia de lo que prometí á vuestro hermano, os lo voy á entregar. ¡Alí!—gritó Pedro—¡Alí!—volvió á repetir.

Este se presentó y le dijo:

—Aquí me tienes, alférez mayor de Castilla, justicia del reino.

—Este caballero quiere batirse contigo.

—Bueno, señor, que elija armas y peharemos, él cubierto de acero y yo con el pecho al aire.

—¡Yo no lucho con negros, conde de Lara!

—Notad, D. Hernando, que le ha nombrado caballero el rey de Castilla y vos estais sentenciado á muerte por él; si hay alguna ventaja está de su parte.

—Ese modo de discurrir podrá ser hábil, pero no os evita el que falteis á vuestra palabra; para los sentenciados á la última pena solo hay verdugos.

—¿Queriais hacer de ejecutor?

—No, mas los hay en Cuenca.

—¿Y quién lo conduce? porque vos no sois bastante.

—No acostumbro á custodiar reos; mi escolta se encargará de acompañarlo.

—Voy á daros gusto, D. Hernando, y á evitaros á la vez la conduccion del preso. Alí, en vista del insulto que hiciste ayer al ejército contrario, te he sentenciado á perecer, y vas á morir á manos del verdugo del Saucejo, que estará en el campamento.

—Con diez minutos para confesarme y uno para recibir

á su Divina Magestad, tengo bastante, amo mio; te pertenece mi vida y héla aquí.

—¿Estais satisfecho, la Cerda?

—Sí; su delito merecia la muerte y vos no podeis faltar á vuestra palabra.

—Pardiez, que se va á cumplir en este instante. Yo sentencié á mi escudero á morir y mi rey á vos; cúmplase primero la sentencia de mi soberano y luego la mia; que el mandato del monarca no puede ni debe posponerse al mio. ¡Ola!—gritó, añadiendo á varios caballeros que se presentaron á la puerta de la tienda—que suban inmediatamente dos sacerdotes, y mientras confiesan á esos reos, que prepare el verdugo su tajo y el hacha.

—¡Eso es una horrible traicion, conde de Lara!—exclamó el hermano del pretendiente, convulso y aterrado, al oír la terminante orden del caudillo castellano.

—¿Por qué, la Cerda? ¿Creeis posible que un vasallo leal pueda anteponer la ejecucion de su mandato á la voluntad de su rey? Vos que sois nieto de soberanos, debiais admirar la fidelidad con que sirvo al mio.

—En ese caso, desisto de la ejecucion del negro, y dejadme partir.

—Sea así, mas no digais nunca que he faltado á mi palabra.

—Pienso olvidar cuanto ha pasado esta noche.

—Nada perdereis en ello, que os recibió el primer grande de Castilla y os despide su verdugo; vedlo.

Y el conde le volvió la espalda, penetrando á la vez en la tienda dos sacerdotes, y aguardando á la puerta el ejecutor con el hacha al hombro.

Aturdido, confuso y tropezando con los muebles, salió de allí D. Hernando, en la creencia de que lo iban á asesinar; pero lejos de eso, y viendo en el lastimoso estado en que marchaba, le acompañaron dos caballeros, hasta dejarlo incorporado á su escolta.

A la vez, gritaba el conde desde la alcoba, donde se retiró:

—¡Alí!

—¿Qué mandas, señor?—le preguntó el negro entrando.

—¿Conocerás bien á ese guerrero que acaba de salir?—

—Sí, amo mio.

—Sin que te vea ni escuche, síguete. Estoy seguro que se dirige á la tienda del caballero de la cruz roja, y me interesa mucho saber lo que hablan. Negro, haz uso de toda tu astucia y habilidad; que es de mucha cuenta el encargo que te doy.

—Perdona, señor; pero el caballero de la cruz es por lo ménos tan leal como tú. Si no es más que eso puedo prescindir del encargo.

—¡Alí, ese hombre ofrece tronos, y un cetro seduce!

—Sí, amo mio; mas el incógnito no gusta de tronos; dice que tiene bastante con el suyo.

—No importa, africano. Obedece; yo te lo mando.

—Obedezco, señor; pero allí sacaré ménos, mucho ménos que aquí. Pronto te convencerás.

Y el negro corrió, en cumplimiento de la orden de su amo. Este se sentó á la cabecera del lecho, inclinó su frente sobre la almohada y quedó meditando interin regresaba aquel.

Otra vez volvieron á rodear la tienda del Temerario diez continélas, dos caballeros se sentaron cerca de la puerta, continuando sumido el campamento en un profundo silencio.

Media hora mas tarde entró Alí, y le dijo á su amo:

—Aquí me tienes, señor.

—¿Qué has hecho?

—Ver y oír.

—¿Qué miraste?

—Acercarse ese rebelde á las avanzadas zegrías del caballero de la cruz roja.

—¿Luego yo tenía razón?

—Sí, pero á mí me sobraba.

- ¿Qué oíste?
- ¡Alto!—le dijo un caballero musulman.
- Quiero ver á vuestro jefe—le contestó D. Hernando.
- ¿Quién sois?—preguntó aquel.
- Un incógnito—replicó el otro.
- ¡Atrás!—exclamó el zegrí.
- Me trae cerca de él una embajada que le interesa mucho.
- ¡Atrás! mi jefe no recibe á nadie.
- Soy hermano de un rey.
- ¡Atrás! aun cuando fueseis emperador. ¿Perteneceis al campo del conde de Lara?
- No.
- ¿Os retirais?
- Quiero ver á ese incógnito.
- ¡A las armas!—gritó el musulman.—¡Mueran esos traidores!
- Amo mio, al escuchar D. Hernando estas voces, metió espuelas, y en union de los suyos, corrió hácia Cuenca, con más miedo del que sintió al ver á tu verdugo.
- Muy bien, Alí; eso deseaba yo, pues hubiera sentido mucho que el caballero de la cruz roja fuese ambicioso y...
- Señor, desecha esos pensamientos que es más leal que tú, tan fuerte y... ¿Te desnudo?
- Algo mas tarde dormian tranquilamente el caudillo y su negro, sin cuidarse para nada de la batalla que tenian tan próxima.
- En el campamento acontecia lo propio, á excepcion de la gente que estaba de servicio, reposando tranquilamente los demás por órden del caudillo que los mandaba; pero á imitacion de este, cayeron sobre sus poco mullidas camas con la fria indiferencia del que nada teme. La parca, no obstante, se hallaba muy cerca de aquellos valerosos montañeses aguardando las víctimas que debia en breve inmolár con inaudito furor.

La noche continuaba oscura, calurosa, reinando esa calma precursora de un desastre espantoso. Las frescas brisas no tenían movimiento, el espacio ostentaba sus tintes negros, y sobre la bóveda azul aparecían bordadas multitud de estrellas rojizas, tristes y como presagiando la mucha sangre humana que debía en breve teñir los campos de Cuenca. Las aves nocturnas subían desde el suelo al espacio, exhalaban un horripilante chirrido y caían como una saeta sobre la tierra de donde salieron. Muda la naturaleza, sombríos los árboles, severos é imponentes los montes, y en su último período de creciente la luna, convidaba todo al recogimiento.

En la ciudad de Cuenca acontecía lo contrario que en el campamento de Lara; corrían de un lado para otro los caballeros; se brindaba con vino y aguardiente á los soldados; se daban órdenes y contraórdenes, disputaban los caudillos, obedecían los jefes, se embriagaban los vasallos, nadie dormía y en el debate, á caballo ó en la taberna, unos y otros retenían en su memoria, sin poderla desechar un instante, la próxima batalla que no há mucho les anunciaron. Era arrogante la actitud de la mayoría; una gran parte, connaturalizada con la guerra, no la temían; mas habiendo salido falsa la noticia de la muerte de Lara, se burlaban de él en sus conversaciones, mientras que, interiormente, recordaban con temor la gigante y varonil figura de aquel hombre, cuyas fuerzas sobrepujaban á toda exageración. A pesar de sus bravatas les imponía el atrevido semblante del poderoso infanzon que mataba hasta con el aliento.

Existía en Cuenca en estos momentos ese desórden propio de un ejército mandado por muchos jefes superiores y compuesto de masas heterogéneas: unos se hallaban ya formados y en disposición de marchar; otros continuaban en las tabernas y bodegones; algunos platicaban en las plazas, formando grupos y haciendo comentarios, y los ménos disciplinados vagaban por los arrabales en busca de gente de mal

vivir tan parecida á ellos en sus costumbres como á sí propia.

Tal era el estado de los dos ejércitos, horas antes de comenzar la pelea.

Debemos añadir dos palabras sobre el apéndice que tenía el campamento de Lara, ó sea respecto del caballero de la cruz roja y sus audaces subordinados. A imitación de sus vecinos, descansaban todos, á excepcion de los que estaban de servicio y del incógnito. Este se hallaba encerrado en su tienda, sentado en un sillón, apoyado el codo sobre la mesa y la frente en su diestra; parecia meditar profundamente, demostrando algo de abatimiento y malestar. A diez pasos de él, arrellanado en un sillón, fijas sus manos en la empuñadura de una tremenda espada, se encontraba su veterano y aguerrido escudero, el cual dormitaba. De pronto abrió los ojos y contempló á su señor, preguntándole:

—¿No duermes esta noche?

Nada le contestó el ensimismado encubierto. El veterano lanzó un terno verdaderamente militar, repitiendo la pregunta. El de la cruz le miró entonces y le dijo:

—Si te vuelvo á oír otra interjeccion, te siento la mano en la cara.

—¡Bastante me importan á mí tus bofetones! ¿No piensas dormir esta noche?

—¿Me dejarás en paz, perro faldero?

—Vete á la cama. Tú no necesitas calentarte la cabeza para vencer mañana; con tu talento y mi maza sobran para arrollar á esa canalla.

—Necio, presuntuoso y viejo; nada te falta.

—Bendita boca, ¡y con qué dulzura me llena de flores!

¡Te vas haciendo insolente, y te he de obligar á que me respetes!

El caballero de la cruz roja no pudo menos de sonreirse al escuchar la pretension de su escudero.

—Sal de aquí—le dijo;—duerme, despertándome antes de amanecer.

—Gracias á Dios que me obedeces una vez. ¿Diste ya con la idea que buscabas?

—¿Qué te importa á tí?

—Contesta.

—No quiero.

—Tú te lo piensas, lo ejecutas luego, y solo desplegas los labios para mandar ó llenarme de improperios. ¡Como yo fuera el príncipe Muza!

—Me obedecerías del mismo modo que él.

—Si V. A. me lo mandaba con alguno de esos bôfetones que acostumbra á regalarme, ¿qué remedio tenia!

Amo y escudero cruzaron todavía algunas frases, besó el segundo la mano del primero, y ambos se retiraron á descansar. Dos pajes quitaron la armadura á este, corriendo despues al pabellon que ocultaba su cama; el otro acercó un divan á la puerta de la tienda, se recostó en él, despidió los pajes y se quedó dormido. Este veterano era cerca del incógnito lo que Alí para con Pedro el Temerario.

El príncipe Muza, los cuatro jefes de tribu y restantes caudillos mahometanos dormian tambien sosegadamente.

El campamento del conde de Lara no demostraba ahora la proximidad de la batalla que tan cerca tenia, si bien era muy difícil una sorpresa, en razon á sus muchas avanzadas, á lo que se habian corrido estas y á la vigilancia de los que estaban de servicio. La gran tranquilidad de los que descansaban, se igualaba al alerta de los que velaban por ellos.

Así transcurrió la noche, triste, oscura, silenciosa y agorera de la catástrofe.

La muerte permanecia sonriendo al contemplar su cortante guadaña y el sinnúmero de ovejas que tenia ante sí dispuestas á correr en su busca.

¡Quiera el cielo que la tranquilidad del conde de Lara

en esta noche y su audacia en la cercana madrugada no sean hijas de esa temeridad innata en su sér! Su enemigo, más poderoso en gente, discurre diabólicos medios para destruir con sus apiñadas huestes al valeroso, aunque corto ejército, que en alas de su hidalguía y fiado en su indisputable valor, yace sumido en tranquilo reposo, porque solo acostumbra á vencer con su arrogante brío, desnudo siempre de menguados ardidés y cálculos innobles. ¡Quién sabe! ¡puede que el héroe de la cruz roja supla con el desvelo en que pasó hasta hace poco, el abandono é indolencia de los dormidos leones del Saucejo! Acaso la Providencia tienda su bondadosa mano á los que, defendiendo una causa justa, fian en esta y en solo su valor, para arrostrar el peligro y salir triunfantes del cúmulo de escollos que el destino les pone delante.

Pronto veremos si nos hemos ó no equivocado.

CAPÍTULO XXVII.

El combate.—Momento decisivo.—Victoria completa.—Huida y dispersion.

Llegó por fin la madrugada del terrible día de la batalla. D. Sancho IV iba á jugar su corona, fiado en el inimitable caudillo que defendía su causa y en la Providencia, de la que continuamente imploraba su benéfica proteccion.

Todavía sin embargo permanecia tranquilo el campamento de Lara; pero salió de pronto D. Ricardo de la tienda de aquel, movió su espada, tocó una trompeta guerrera, repitieron diez más aquellos sonidos, é inmediatamente se pusieron en pié todos los individuos que estaban en sus tiendas.

Otra vez se oyó la trompa guerrera y cayendo de rodillas los caballeros y vasallos, elevaron al cielo una sentida plegaria que tenian la costumbre de expresar antes de entrar en combate.

Sonó nuevamente el bélico instrumento, los ginetes botaron sillas y los peones deshicieron las tiendas, llevando los efectos á retaguardia.

Se oyeron por cuarta vez los ecos de las trompetas, los ginetes y caballeros montaron en sus potros y los peones empuñaron sus mortíferas armas. Seguidamente se dieron órdenes, corrieron los caballeros, reuniéndose momentos

después en torno de la colina donde estuvo situada la tienda del conde, cuantos obedecían á este, en filas compactas, formando un círculo completo.

Lara montó en este momento á caballo; le cubría una blanquísima y fuerte armadura; empuñaba terrible y formidable lanza, rodela jacerina, y en el extremo superior de su casco lucía una encorvada y ondulante pluma negra.

El conde tendió una tierna mirada sobre el conjunto de guerreros que tenía en derredor, inclinó la frente y meditó breves instantes. Un silencio profundo reinaba en torno del poderoso caudillo; grandes y pequeños fijos ahora en él, esperaban con ansiedad oír aquella voz que solía prender fuego en los corazones, dar aliento y sobrado valor para correr en busca de la muerte.

El Temerario alzó la cabeza é hizo como si desechase un estorbo que embargaba sus facultades, tornó á mirar á sus vasallos, y con voz que todos pudieron oír, exclamó:

—Hijos: otra vez al frente de vosotros me veo obligado á combatir contra un poderoso enemigo. Ahora no es la lucha del cristiano contra el enemigo de nuestra santa religion; no son los zegríes, abencerrajes ó aliatares los que teneis en frente; la suerte quiere que hoy, ligados á estos, combatamos contra cristianos, hijos algunos de nuestro misero país. ¡Dios lo quiere así, cúmplase su soberana voluntad!

Lara calló, y tomando su rostro un aspecto amenazador, terrible; despidiendo sus ojos ráfagas de chispeante fuego, añadió:

—Caballeros, montañeses y selvícolas; mis hijos todos, amigos y vasallos, vuestro denuedo y valor van á decidir en breve si ha de continuar reinando el fuerte y justiciero Sancho IV ó un hombre que en alas de torpe ambición, pretende arrebatár el trono á su dueño, y la paz y tranquilidad á nuestra querida patria. ¡En nuestro ardimiento y brio funda su esperanza el monarca y el país que os ha visto nacer; las naciones tienen fijas en vosotros sus miradas; y

el mundo que tanto os aplaudió en otras ocasiones, os ve tambien, y acaso prepara una nueva ovacion para mis invencibles vasallos! ¡A las armas, mis leones del Saucejo! ¡El enemigo es mayor en número, pero cada uno de vosotros valeis por veinte de ellos! ¡Recordad las batallas de Mollina y de Osuna, y comprendereis cuán fácil os es arrollar y destruir esas pobladas, pero débiles filas contrarias! ¡Al oír mi voz, acometed, haciéndolo en esta ocasion con todo el ímpetu de que sois capaces; vencedores en el primer instante, sereis un torrente que devastará esos mal dirigidos escuadrones! ¡Hijos, ya que la suerte lo quiere, luchemos, y siempre adelante, que nada se atreva á detener nuestro arrogante paso! ¡Castilla y Leon por D. Sancho IV! ¡Pedro os defiende; vuestro padre os ampara; Dios que proteje las causas justas, velará por vosotros!

Calló el gigante y se oyó un grito aterrador, confuso, que llenó el espacio y repitieron los cóncavos de los montes.

—¡A vencer ó morir!—exclamaron—¿con Pedro y por Pedro! ¡ay del que vuelva la espalda!

Y estas nuevas voces de los montañeses se escucharon como un trueno desgarrador; aquellos fieros semblantes demostraban en estos momentos un encono irresistible; las pesadas mazas, las terribles hachas y las formidables lanzas parecian ligeros juncos movidos ó enarbolados por los forzudos, diestros y bravos caballeros, montañeses y selvícolas. Hábiles y prácticos en la guerra, cada hombre de aquellos, dirigido por el Temerario, era un héroe que con impávida saña caía en medio de sus enemigos, y sin contar el número ni cuidarse de si era ó no secundado por sus compañeros, avanzaba, destruyendo en derredor cuanto se atrevia á estorbarle el paso. Harto conocia D. Sancho IV el poder de tan pequeño ejército mandado por el hércules de los valientes! ¡No en balde reposaba tranquilamente en Sevilla á pesar de su innegable valor y denuedo. Por eso solia decirle á su varonil esposa:

—Tiene razon el conde de Lara; entre aquellos invencibles soldados yo no sería otra cosa que un hombre más, y á mi caudillo le sobra gente. Déjole toda la gloria, que eso y más merece su lealtad, nobleza de alma é incontrastable espada.

Hemos dicho que calló el Temerario, prorumpiendo en atronadoras voces sus aguerridas huestes; á aquellas reemplazó el sonido de las trompas, luego se dieron órdenes y actó continuo formó el ejército en batalla.

En este instante, rasgó la aurora el tupido y negro manto de la noche, apareciendo con tintes rojizos que imitaban el color de sangre. A la vez, se vieron en lontananza, y entre las sombras que todavía luchaban con el crepúsculo matutino, las masas enemigas que se acercaban lentamente en silencio y con el mayor orden.

Las huestes del conde, ocuparon las posiciones elegidas por el caudillo, callaron las trompetas, atambores y clarines, y con el corazon henchido de fuego, negra el alma y la sonrisa en los labios, esperaban ahora que se aproximase el numeroso ejército contrario.

En tal estado, se oyó la precipitada carrera de un brioso alazan, que imitando el vuelo del águila, cruzó por delante de los montañeses parándose en el centro. Era un guerrero cubierto con armadura de plata, relieves de oro, manto blanco, con la cruz de Santiago, que ostentaba las armas de la casa de Molina, luciendo además, sobre una pequeña corona que llevaba en el extremo de su casco, una pluma teñida en púrpura. Sobre el fogoso corcel caminaba esbelto, gentil, admirable; parecia que caballo y jinete formaban un solo cuerpo con una voluntad sola.

—¡El caballero de la cruz roja!—exclamaron todos al verle; á estas voces siguió un aplauso, y jefes, caudillo y soldados, contemplaron con júbilo la hermosa y apuesta figura del jefe zegrí. Este, dió la vuelta á las posiciones de Lara, pasándoles una escrupulosa revista, durante la cual movia la cabeza continuamente, como dando asentimiento

á las disposiciones adoptadas. Luego quedó parado cerca del Temerario lanzándole una mirada que penetró hasta el corazón de este. El conde entonces le ofreció con un marcado ademán el mando supremo de sus vasallos; pero el de la cruz le contestó con un gracioso movimiento de cabeza, metió espuelas á su caballo, y pasando por delante de él le arrojó una corona de oro, cuyo esmalte y figura imitaban ojas de laurel entretreídas; y desapareció como un meteoro, escondiéndolo al poco tiempo la parte Sur de la colina, donde antes estaba situada su tienda.

Pedro contempló la magnífica corona y entregándosela á un caballero de los que le rodeaban, le mandó que la guardase en el hospital de sangre. Seguidamente dirigió la vista al sitio donde se encaminó el de la cruz, mas no le vió ya; ni existían las tiendas musulmanas, ni nada en fin que indicase en la colina la permanencia de los hijos de Granada.

A la aurora reemplazó la severa faz del rey de los astros, y á su llegada comenzó á iluminarse la tierra. En este instante vió el conde las masas enemigas que continuaban acercándose, se paraban y volvían á avanzar de nuevo con algo de irresolución ó con órdenes contrarias á cada momento. De pronto oyó un grito que atronó el espacio, hicieron una nueva evolucion, quedando los peones contrarios en el centro, la caballería á los costados, y en tal disposicion corrieron desaforadamente con ánimo de caer sobre los montañeses. Estos no se movieron; pero al llegar aquellos á trescientas varas se oyó una orden del conde, repetida en el mismo instante por cien jefes, se abrieron aquellos y corrieron tambien á derecha é izquierda, dejando en lo que formaba antes su centro un gran espacio, por el cual se precipitó el ejército del pretendiente. La caballería del Temerario atacó entonces los dos flancos de sus rivales, haciendo con terrible ímpetu dos huecos por donde se metieron los montañeses, llegando así hasta el corazón de las masas enemigas. Tan rápida y acertada evolucion descompuso á estas,

aturdiendo desde el primer instante á los que juzgaron caer como un rayo asolador.

Ya en el centro contrario los montañeses, se corrió la caballería del conde y atacó el frente y retaguardia, quedando al poco tiempo confundidos unos y otros. Los del Temerario parecían batirse en desórden, pero no era así, pues obedecian un plan admirablemente combinado. Cada montañés ó selvícola era en este momento un leon, que solo ó acompañado se batia contra uno, seis, ó cuantos se le presentaban delante. Su noble señor los llevaba forrados desde la cabeza á los piés de jacerina baqueta; y esta defensa, unida al irresistible ataque con que peleaban, producía ya sus naturales consecuencias.

El ejército enemigo que intentó atacar, se redujo á la defensa, comenzó bien, pero en breve decayó su ardimiento ante aquellos hombres que saltaban, corrian y con fuerzas de leones luchaban como la pantera, con una destreza impropia del soldado raso, y un valor digno del renombre con que eran conocidos.

El conde de Lara, rodeado de quinientos caballeros y de su inseparable Ali, quedó sobre una altura, mirando con placer lo bien que fué comprendido y la ligereza y brio sorprendente de que aquellos vasallos á quienes llamaba y solía tratar como á hijos. No le extrañó que sus contrarios, ante tan poderosos rivales, decayesen tan pronto; pero su esperta mirada creyó distinguir solo unos veinte mil hombres y no los treinta mil que le habian asegurado tenía la Cerda; por lo cual quedó sobre la altura sin tomar parte en la contienda, mucho más tiempo del que le aconsejaban permaneciese, su audacia y valor. El negro y los guerreros que tenía en torno, le habian invitado ya varias veces á que avanzara, seguros de que, con su poderosa lanza, la maza del negro y las quinientas moharras restantes, pronto acabarían de poner las huestes del pretendiente en completa dispersion; mas el entendido caudillo demostraba no oír

aquellos ruegos, contrayéndose ó observar cuanto pasaba en el campo de batalla, sin dejar de mirár á cada instante á su espalda y costados. Su mirada de águila veía hasta la lucha parcial de un montañés con dos ó tres navarros, aragoneses, italianos ó franceses. De vez en cuando, exclamaba:

—¡A la izquierda, junto á aquella loma, han cortado á un pelotón de selvícolas; corred ochenta en defensa y ayuda de mis hijos!

Y un número igual de sus caballeros partía como una exhalacion llegando á tiempo de socorrer á los selvícolas. Luego añadía:

—Se han rehecho ochocientos caballos y se dirigen hácia el ala derecha; partid doscientos y caed á la vez que ellos. Tres pobres montañeses se baten en el centro contra treinta ó cuarenta franceses; marchad quince en su ayuda; volad, pardiez, que mis hijos no son de bronce.

De este modo fué mandando el noble caudillo á la mayor parte de sus caballeros, dejando reducida su escolta á ochenta hombres y su inseparable leopardo.

Hacia hora y media que habia dado principio el sangriento combate; los de Lara, sin volver la espalda uno solo, acometian, mataban, destruian y hacian correr á los más tímidos de sus contrarios; pero el pretendiente la Cerda, su hermano D. Hernando y los restantes caudillos españoles y extranjeros, sin descansar un momento, y hallándose en todas partes, contenian la dispersion, rehacian las masas y se precipitaban con ellas sobre los leones del Saucejo, los cuales no deseaban otra cosa. El ejemplo de los Cerdas y demás jefes era heroico; gracias al qué conseguian que sus soldados se dejasen matar por aquellas feroces panteras del Saucejo; no podian vencer, pero al concluir la batalla tenian el derecho de pregonar que la habian hecho durar tres ó cuatro horas.

Lara no comprendia la obstinacion de sus contrarios en obligar á morir á unos soldados que caian á cientos á los ru-

dos golpes de sus invencibles montañeses. Cansado de esperar más, y no pudiendo soportar en la inaccion la vista del cuadro de muerte que tenía delante, volvió á mirar en torno y no distinguiendo otra cosa que cielo, tierra y montes, se fijó en un grupo de caballeros contrarios, entre los que creyó, con razon, se hallaban los Cerdas, dió orden de partir y cayó sobre ellos con Ali y los restos de su escolta.

Sembrando la muerte, llegó el Temerario frente á los Cerdas, hirió á varios caballeros de los que los rodeaban, de un bote de lanza sacó de su caballo á D. Hernando, mientras Ali mataba á un príncipe italiano y á cuantos valientes le estorbaban el paso. El incomparable africano se alzó la celada de su casco para que todos le conocieran, y lo más cerca posible de su amo, hacia en estos momentos poco menos que aquel. Pegado á su caballo que mordía y coceaba, ayudando de este modo al negro, movía la maza y rodela de un modo inimitable.

Pronto aquellos ochenta y dos ginetes destruyeron el estado mayor del pretendiente, huyendo este y los pocos que consiguieron librar la vida. La poderosa lanza del Temerario fué para ellos la mas espantosa guadaña.

Sin jefes ya el ejército enemigo, y en medio de ellos el temible conde de Lara, dió principio la derrota, y á esta siguió una completa dispersion, quedando los campos de Cuenca cubiertos de cadáveres y heridos de los parciales del pretendiente.

Al abandonar Pedro la direccion de la batalla para luchar cuerpo á cuerpo y como simple caballero, apareció, sobre el extremo de la colina, el incógnito de la cruz roja; su ardiente mirada seguía á aquel, sonriendo al distinguir el destrozo que hizo en el estado mayor del pretendiente. Estaba solo, al parecer, y con la mayor sangre fria dejaba á su defendido toda la gloria de tan célebre jornada. Lejos de envidiarle, demostraba gozar con la completa victoria que Lara conseguia en aquellos momentos.

—Su poderosa lanza—exclamaba, refiriéndose al caudillo del Saucejo—todo lo arrolla, destruye y aniquila. Mata, hiere y su preclaro nombre aterra, vence, domina; la tierra se humilla á sus plantas, y el genio de la gloria le conduce en su carro triunfal. Sus hijos participan del patrio y ardoroso fuego del conde, lo miran, lo aplauden y son tan incontrastables como él. Con ese pequeño ejército y su admirable jefe se puede conquistar el mundo entero!

Y continuaba mirando el ardimiento de los unos y la completa dispersion de los otros, apartando la vista en lo posible del terrible cuadro de muerte y desolacion que dejaban atrás los vencedores. Su generoso corazon se condolia de tanto herido como no lejos de la colina se revolcaban en su propia sangre confundidos con los cadáveres, los caballos muertos y los miembros mutilados. Ayes, maldiciones, plegarias, tiernos suspiros, quejidos lastimosos, votos, ternos y todo esto en confuso vocerío formaba un ruido triste, sentimental, desconsolador, que unido al fragor de la batalla aturcian, lastimaban, atormentando el corazon mas duro. ¡Bosquejo pálido de un campo de batalla, silueta exígua del cuadro de dolor que presenciaba en este instante el noble caballero de la cruz roja!

¡Miseras esposas, padres, hijos y hermanos! en poco más de dos horas de combate habeis perdido objetos que tan caros os eran; vedlos en su terrible agonía nadar en un piélago de sangre humana; escuchad sus últimos suspiros; con ellos desaparecen vuestras ilusiones, posicion, amparo, guia y sosten. Aquellos labios que os contaron sus penas, sus amores, sus glorias; que endulzaban vuestra existencia, que os acariciaban, requerian y adulaban, se cerraron para siempre. Ya no volvereis á ver la tierna sonrisa que hacia latir vuestros corazones, ni estrechareis más la mano que os servia de báculo; para vosotros, padres, esposas, hijos y hermanos no hay ya otra cosa que luto, espanto, desolacion y miseria. Un ambicioso queria reinar y en su bastardo des-

pecho no tuvo reparo en sacrificar en aras de su inicua pretension miles de familias que el peor de sus individuos valia más que él. Sin estudiar al poderoso enemigo que tenia delante, sin recordar que su invencible lanza jamás fue abatida; sin importarle la aureola de gloria que brillaba en su frente; sin cuidarse para nada de vosotros, acometió con inaudita saña, y ved ahí el fruto de su loca pasion. Nada tenia, nada podia perder; se cubrió con una fuerte armadura, montó en un ligero caballo y seguro de que el acero de una y la velocidad del otro salvarian su vida, no halló inconveniente alguno en pretender una victoria que la suerte habia negado hasta entonces á los enemigos del famoso conde de Lara.

¡Qué leccion para los hombres si la mayoría de estos se tomasen la molestia de estudiar la historia de las naciones y sacase las consecuencias que lógica y naturalmente se desprenden de ciertos hechos! ¡Lejos de hacerlo así vemos en pleno siglo XIX, en la época de los adelantos, en el gran periodo de la ilustracion, que se alza del polvo un *hombrezuelo*, y en alas de inaudita osadía y desmedida ambicion habla de tiranías, de derechos populares, de sacrosanta libertad, dice lo que no cree, piensa lo que le conviene, arrastra incautos, seduce á tontos, engaña á *políticos* y se *pronuncia*... Terrible frase se nos ha escapado de los labios. ¡*Pronunciamientos*!... Esta palabra dice por sí sola más que pudiéramos nosotros escribir en diez tomos. Hace treinta años que reemplazó el pronunciamiento al motin; durante ese periodo hemos presenciado muchos pronunciamientos, cuantos ha habido; corrió la sangre, se inmolaron miles de víctimas; llegó á ser completo el sacrificio; perecieron los incautos y algunos valientes; se enrogeció el suelo y se arruinó el país; vimos subir á pequeños, caer á grandes, adornarse muchas mangas, enriquecerse no pocos tráfugas, ídolos de barro que antes fue cieno, muchas caréatas y nada bueno, productivo, ni grande. ¡Patria, libertad, justicia!

¡cómo se abusa de vosotros! Con que entusiasmo se os enaltece; con que rigor se os pisotea, encadena y arruina; en la boca el vóctor, en la mano el puñal! Insensatos, si al exponer unos cuantos maravedises torturais tanto vuestro entendimiento para no perderlos, ¿por qué no discurrís así antes de exponer vuestra vida, que es el verdadero tesoro que el cielo os concedió? ¿Cuándo aprenderá el hombre á distinguir el axioma de la mentira, la lógica del sofisma, la verdad de la falacia? Nunca; el corazon humano será siempre el mismo y de torpeza en torpeza, de debilidad en debilidad continuarán caminando los séres á un fin que es el principio de su verdadera existencia; ¡ay de los que encuentren cerrada la puerta de un paraíso que algunos niegan, del que otros dudan, y en el que muchos creen, pero en el que todos piensan ménos de lo que conviene al mísero mortal!

¡Pobre condicion humana! ¡con qué afan procuramos dirigir, encaminar hácia una perfeccion ilusoria! ¿No fué siempre lo mismo el corazon humano? ¿No cuenta el mundo 5862 años de existencia? ¿y no somos hoy, por lo ménos, tan débiles como Adán y Eva? ¿no vemos cada dia un nuevo Cain y apenas se halla un Abel?

Llegamos al mundo, paseamos por el jardín de la inocencia, cerramos los ojos y nos precipitamos por el torrente de las pasiones para penetrar en el páramo de la vejez que nos arroja al abismo. La Providencia prende fuego á la luz de nuestra razon, cuya llama va creciendo hasta que el hombre la apaga con delirante soplo y continúa caminando á oscuras hácia una eternidad clara, diáfana, sublime, pero donde no entran los ciegos; para esos hay otra eternidad, la de las tinieblas.

Estudad el paréntesis que de algo más os puede servir que la novela.

Continúa esta: el caballero de la cruz roja vió luego la precipitada carrera de un enviado de Lara, el cual por órden de su amo, llegó al hospital de sangre é inmediatamente

salieron todos los sacerdotes, médicos, mujeres y hombres con camillas, botiquines y cuanto podían necesitar para curar á los heridos. La religion, la caridad y la ciencia penetraron en el campo de batalla y sin distincion alguna comenzaron á ejercer su benéfica mision; muchos eran, pero no podían atender á tantas voces como les llamaban doquier. « Confesion—pedían unos—cortadme esta pierna—decían otros—acabadme de matar—exclamaban algunos; » y cada vez horrorizaba más el espantoso cuadro que dejaron en pos de sí los fieros hijos del Saucejo.

Sólo, en su bravo alazan tostado y sobre la colina, todo lo veía y escuchaba el de la cruz encarnada. De pronto se estremeció y con gran ligereza se alzó la celada como para ver mejor. Luego dió un grito agudo y sonoro, empuñó una corta bocina que llevaba pendiente de un cordón de oro y la tocó sin dejar de mirar al sitio ú objetos que motivaron la impresion que acababa de sentir.

Los mágicos sonidos de su bocina corrieron por el espacio, é instantáneamente se vió rodeado de su escudero, del príncipe Muza, cuatro jefes de tribu, trescientos caballeros cristianos y hasta ocho mil valerosos musulmanes.

—Mirad—exclamó— los traidores tenían escondidos parte de sus soldados detrás de aquel monte y ved cómo intentan atacar la retaguardia de Lara, cayendo de improviso por la espalda.

¡A las armas; á escape, y seguidme todos!

Y se precipitó con los suyos como un meteoro.

Expliquemos la causa del nuevo acontecimiento que obligó al desconocido de la cruz á tomar parte en la contienda, no obstante su deseo de dejar al Temerario toda la gloria de aquella jornada.

A la izquierda del campamento de Lara, y á la distancia de un cuarto de legua, existía una cordillera que se extendía de Levante á Poniente. El pretendiente la Cerda y sus aliados estudiaron perfectamente el terreno, y despues de una

cuestion acalorada, se convinieron en que, durante la noche, esconderian entre los montes citados la tercera parte del ejército al mando del rey de Aragon. Verificado esto y llegado el momento, presentaria la batalla con veinte mil hombres D. Alonso la Cerda; y de triunfar este, servirian los emboscados para cortarle la retirada al Temerario y no dejar que se escapase uno solo; pero de suceder lo contrario caeria el de Aragon de improviso por la espalda de sus contrarios, esto reanimaria á los de la Cerda y rehechos conseguirian coger en medio al enemigo, haciéndole pagar muy cara la victoria que creia tener asegurada. Este era el todo del plan que en aquel momento llevaban á cabo, si bien algo variado de lo que al principio creyeron. El cambio consistia, en que diez mil hombres no pudieron esconderse detrás de los pinos del monte ni á corta distancia del campamento; por consiguiente se situaron á más de una lengua de la accion, y por pronto que recibieron el aviso y llegaron, ya el pretendiente y sus vencidas huestes estaban aniquiladas, vencidas y pronunciadas en una dispersion muy difícil de contener; sin embargo de lo cual, el intrépido rey de Aragon cargó con los suyos, segun habia ofrecido, y con el valor de la desesperacion, como vamos á demostrar.

Los montañeses del conde de Lara, con su jefe á la cabeza, corrian haciendo prisioneros y acabando de destruir á su ya derrotado enemigo, cuando el negro Alí hizo dar á su caballo un salto terrible y acercándose á su amo, le gritó:

— ¡Señor, enemigos por la espalda!

El conde volvió la cabeza, y al primer golpe de vista comprendió el pensamiento de sus rivales, y cogiendo su bocina la tocó él mismo, reunió á la mayor parte de sus montañeses, é hizo frente con ellos al de Aragon, que intentaba cogerlo de improviso, mientras varios de sus caballeros corrian en busca del resto de las fuerzas que, no escuchando la bocina de Lara, continuaban persiguiendo á los que huian.

El caudillo aragonés cargó con tal ímpetu y rapidez, que

no les dió tiempo á los del Temerario para maniobrar, segun la órden que acababan de comunicarles; no obstante lo cual, recibieron el ataque con la impavidez y valor de tan indomables leones. En esta ocasion la lanza del conde y las de sus caballeros fueron las primeras que se embotaron en los pechos contrarios. Conociendo el noble adalid la intencion del aragonés, y encendida su sangre con tan atroz villanía, se convirtió en el Temerario de ántes, corrió más que Alí, que los individuos de su escolta, montañeses y selvícolas, y adelantándose mucho á todos ellos, penetró solo hasta el centro de sus contrarios. Estos, reconociéndole, le cerraron el paso, y con su rey á la cabeza, le rodearon, embistiéndole cien valerosos guerreros. No se aturdió ni debilitó por eso el invencible conde; solo y contra todos, mataba, heria, obligaba á su potro á practicar el inimitable remolino que tanta celebridad le habia dado; saltaba á la vez, corria, de cada bote derribaba á uno, se abria paso y escapaba; mas otros tantos combatientes le salian al encuentro, hasta que, rodeado por muchas filas de enemigos, se redujo á matar, sin intentar una huida imposible. Su destreza, fuerzas hercúleas, gruesa armadura y demasiado valor aturdián á sus contrarios y le libraban de morir, mientras él sembraba el suelo de cadáveres, regando la tierra con un mar de sangre contraria. De este modo continuaba tiempo há, venciendo siempre, matando sin cuento y sin que los suyos pudieran llegar hasta allí, cuando se vió obligado á encabritar su potro, en cuyo instante recibió éste un bote de lanza que le hizo caer exánime. Su amo quedó en pié, y con la rodela en su mano izquierda y la mortífera arma en la derecha, continuó defendiéndose de un modo heróico, pero insostenible mucho tiempo. Su armadura estaba ya rota; las fuerzas le iban faltando, y á pesar de esto, no desfallecia su ánimo ni amenguaba su brio; pero el círculo enemigo se estrechaba cada vez más, los muchos cadáveres que tendió su poderosa lanza le impedian moverse y el rey de Aragon, contraído

únicamente á dar fin de Lara, prestaba ánimo con sus voces á todo su estado mayor que circunvalaba al Temerario, dejando, á trueque de vencer á este, que pereciese el resto de su ejército á manos de los fieros montañeses y selvícolas; los cuales ínterin su señor iba á perecer, ellos estaban vengando en los diez mil aragoneses las pocas gotas de sangre que aquel vertía ya por una herida que consiguieron hacerle.

En este momento recibió Lara un mazazo que deshizo su rodela, y á la vez cayeron cuarenta sobre él seguros de confundirlo. Llegó pues su postrimer instante, le intimaron la rendicion, mató al que le ofrecía la vida y se dispuso á morir como un héroe, cuando de pronto se oyó un grito espantoso, el círculo que rodeaba al conde fué roto, penetrando el caballero de la cruz roja, su escudero, el príncipe Muza, los cuatro jefes de tribu y en pos los trescientos cristianos y ocho mil musulmanes. Unos cuantos instantes más y el arrogante Lara sería cadáver. Al ver el estado en que se hallaba y los heroicos esfuerzos que debió hacer para matar tantos hombres como habia en tierra, defendiéndose á la vez de cien guerreros que se renovaban á cada momento, exhalaron un grito de horror el incógnito y cuantos lo contemplaron. El príncipe Muza le cedió su caballo, montó en el de un caballero aragonés que acababa de herir el escudero, el de la cruz dió varias órdenes, y cargando sobre las ya dispersas huestes contrarias, comenzaron á matar de una manera asombrosa.

Cinco minutos despues, confundidos los de Lara con los del incógnito, destruian y aniquilaban sin compasion á aquella reserva de valientes aragoneses.

Ya no habia defensa posible por parte de estos; el rey, su estado mayor y sus escuderos, se desbandaron, confiando la salvacion de sus vidas á la velocidad de la carrera que emprendieron; pero ¡oh fatalidad! los zegríes montaban mejores caballos, eran más hábiles ginetes, como no usaban

armaduras iban más ligeros, por todo lo cual corrían mucho más, se adelantaron y con su jefe á la cabeza les cortaron la retirada encerrándolos en un círculo de hierro dentro del cual soló la muerte ó la rendición les aguardaba. Los ocho mil restantes musulmanes siguieron con Muza y sus jefes á los zegríes; los montañeses y selvícolas no contentos con lo mucho que habian peleado corrieron tambien en busca de los fugitivos y de los diez mil enemigos que componian la reserva, resultó, que solo pudieron salvarse unos mil: los demás cayeron muertos, heridos ó prisioneros, gracias á la generosidad del conde que prohibió varias veces ofender al que se rindiera.

—Señor—exclamó Alí incorporándose al fin con su amo— ¡buenos vamos los dos! ¡Los aragoneses se baten bien!

—¿Cómo no me seguistes, negro?—le preguntó el conde.

—Entretenido en descargar mazazos te perdí de vista; corrí luego en busca tuya, mas me cortaron el paso doscientos aragoneses y tuve que batirme con todos hasta que muerto mi corcel, tiré la maza y empuñando la daga me metí por entre las piernas de los caballos contrarios, herí varios de estos, introduje el desórden consiguiente y de este modo pude escapar de una muerte segura.

—Veo que tú tambien estás herido.

—Tiraban á matar, señor, pero dejé veinte hombres en tierra y ellos solo pudieron causarme tres heridas que no valen lo que uno de mis mazazos; más daño me han hecho sus caballos.

—Espílicate, africano.

—Cuando pasaba por entre sus piernas les heria en el vientre y en los saltos y coces que daban me alcanzaron algunas de estas. ¡De no ser tan gruesa mi armadura!...

—Pero te la han roto.

—Como á tí; te repito que tiraban á matar.

—¿Son graves las lesiones que llevas?

—No. ¿Y las tuyas?

—Por las mias no pases cuidado, Alí.

—Bien lo hemos hecho, amo mio; hoy he ganado mi título de caballero.

Y el conde despues de ordenar que se corrieran los del hospital de sangre hácia aquel nuevo campo de batalla, avanzó con Alí y ochocientos caballeros que le rodeaban en busca del resto de su ejército, que aún seguia haciendo prisioneros, ya que no hallaba con quien batirse.

Una hora despues entraron en Cuenca, se establecieron varios hospitales y se obligó á los paisanos á que ayudasen á conducir el sinnúmero de heridos que dejaron atrás.

La victoria no podia ser mas completa, pues el ejército de la Cerda fue vencido y destrozado de un modo que asustaba. Entre muertos y heridos dejaron mas de ocho mil hombres y llegaban á diez mil los prisioneros, huyendo los restantes por diferentes caminos y á la desbandada.

La accion dió principio á las cinco de la mañana y concluyó cerca de las doce. Lara tuvo unas setecientas bajas, siendo la mayor parte heridos, á los que en este instante se les prodigaban los cuidados mas exquisitos.

Entre los heridos contrarios se hallaban D. Hernando la Cerda y más de trescientos jefes; y entre los cadáveres habia un príncipe italiano, que mató Alí, y sobre cuatrocientos caballeros.

El pretendiente y el rey de Aragon, seguido cada cual de unos cuantos caballeros, huyeron sin detenerse y por diferentes caminos hasta que penetraron en el reino del segundo. La leccion que acababan de llevar no podia ser mas terrible; el uno juraba no volver á pretender el trono de Sancho IV mientras viviese Lara, y el otro temia en estos momentos que le arrebatasen su corona, maldecia á la Cerda é iba entregado al mas acerbo dolor. El representante de Francia corria más que un corzo, exclamando:

—No podemos con ellos; son tigres; saltan como la pantera y matan como Lucifer. ¡Qué hombre ese Temerario!

¡Qué maza la de su negro! ¡Me voy á Francia; sálvese el que pueda!

Y oprimia los ijares de su potro de una manera asombrosa, haciendo volar al poderoso cuadrúpedo en dirección de los Pirineos.

Los caballeros, ginetes y peones franceses, castellanos, aragoneses, navarros é italianos que pudieron escapar de los campos de batalla, huían sin orden, concierto ni dirección; cada uno por su lado, sin armas y en un estado pasmoso de terror: las figuras atléticas, rostros curtidos, pujanza y fiereza de los montañeses de Lara, les imponía ya cerca y léjos de ellos.

—¡El Temerario—exclamaban con pavora—y esos demonios que le siguen invocando siempre su nombre, llevan la muerte en las armas y el diablo en sus cuerpos! ¡Los golpes que tiran matan, los que reciben no los sienten! ¡No son hombres; su destreza, rapidez y bravura son satánicas!

Y corrían desafortadamente aturcidos, confusos y sin aliento.

¡Nécios! los montañeses y selvícolas del conde eran más humanos que ellos, más nobles, más religiosos, más leales, más sumisos, más hombres. Allí no existía un solo criminal; amaban á su señor, que era el padre comun, el cual les enseñó á batirse como él lo hacia, y el rebaño de ovejas del Saucejo se volvía manada de leones en el instante que el cariñoso padre necesitaba del valor de sus queridos hijos. No habia ningun cobarde porque desde la infancia estuvieron en lucha con las tribus más valerosas de Granada; se habian connaturalizado con el peligro, y les era imposible retroceder ante el enemigo, porque al verificarlo, sus mismos hermanos darían la muerte al desgraciado que lo intentase. Comprendían al conde hasta por instinto y el temor de que peligrase la vida de su señor, al que amaban más que á sus padres, los convertía en héroes. Por eso Lara con sus catorce mil hombres vencería lo mismo á treinta que á sesenta

mil; todo era cuestion de tardar más. Aquellos soldados que seguian á un padre y no á un jefe, debian ser invencibles necesariamente. En medio de ellos el poderoso conde, bien puede asegurarse que no existia en la tierra monarca más fuerte ni mejor obedecido.

Del modo que hemos expuesto anteriormente dió fin una batalla, que aseguró hasta su muerte en las sienes de Sancho el Bravo, la corona de Castilla y de Leon.

mi; todo era cuestión de tardar más. Aquellos soldados que seguían á un padre y no á un jefe, debían ser invencibles necesariamente. En medio de ellos el poderoso conde, bien puede asegurarse que no existía en la tierra ninguna más fuerte ni mejor obedecido.

Del modo que hemos expuesto anteriormente dió fin una batalla, que aseguró hasta su muerte en las riberas de Sancho el Bravo, la corona de Castilla y de León.

CAPÍTULO XXVIII.

Descanso.—El príncipe Muza.—El rey moro de Granada y el conde de Haro.

El conde de Lara entró en Cuenca, siendo recibido por las autoridades y nobles de la población como al venturoso libertador que los sacaba de la terrible esclavitud á que fueron condenados por el pretendiente la Cerda, en vista de su lealtad á D. Sancho IV. Hubo repique de campanas, se llenaron los balcones de colgaduras y el nombre del Temerario fué aclamado y hasta bendecido por los naturales de aquella población grandes y chicos. En el acto hospedaron al conde en el mejor palacio que existía, proporcionando á sus caballeros y tropa cuanto podían necesitar. Inmediatamente se habilitaron hospitales y todo el pueblo corrió en busca de los heridos que debían ser trasportados á las casas. En el mismo edificio que habitaba ya el conde se dispusieron camas para los montañeses heridos, los cuales fueron trasladados allí por sus propios hermanos y curados por los médicos del Temerario y los mejores que residían en Cuenca. El cuidado y las atenciones que se usaban con los vasallos de Lara excedían á toda exageración; aquellos hombres caballeros y soldados eran tratados en su lecho de dolor lo

mismo que pudiera serlo su elevado caudillo, pues este presenciaba las curas, vigilaba á los encargados, probaba los alimentos, y cuando á él no le era posible, dejaba en representación suya al individuo de su comitiva que mas confianza le inspiraba.

Luego que el Temerario entró en su esplendido alojamiento se hizo curar, se cubrió con un ligero traje de seda y obligó á su negro á que buscara el lecho y se dejase reconocer por un mago; el infeliz tenía hasta un pedazo de armadura metido en la carne, pero su naturaleza de hierro era tan fuerte como su inabitable espíritu. Cuando terminó la operacion practicada con Alí y el sabio aseguró al conde que no ofrecia cuidado, bajó este y pasó el resto del dia entre sus caballeros y vasallos heridos, no retirándose á sus salones hasta que entrada ya la noche y quedando todos perfectamente asistidos se fué á comer en compañía de don Ricardó y de varios individuos de su comitiva. Solo dos tazas de caldo que su mago le hizo tomar en las enfermerías componian el todo del alimento probado por él en veinticuatro horas, durante las cuales sostuvo el terrible combate que acabamos de presenciár.

—Sentaos—exclamó entrando en el comedor—y cenemos, señores, ya que nos fué imposible almorzar y comer.

—¿No os molesta la herida?—le preguntó D. Ricardó.

—No, amigo mió; ni áun he tenido fiebre. Esos aragoneses no eran cobardes ni les faltaba intencion, pero carecian de práctica y de destreza.

—Pardiez, no pueden decir ellos lo mismo de vos; cincuenta hombres derribasteis mientras os hallabais solos.

—Pues creí haber dado más golpes, Ricardo.

—Ese número de muertos y heridos teniais en torno, mas á algunos otros les quedaria fuerza para huir de aquel sitio.

—¡Buen dia estuvo!

—Victoriá mas completa no cabe en lo posible, señor conde.

—Si; os portasteis todos admirablemente.

- Cerca de vos no es dable otra cosa.
- ¿Qué dice el herido D. Hernando la Cerda?
- Que quiere hablar con vos.
- ¿Está mal tratado?
- Como un príncipe.
- Entonces que prescindá de mí, antes son mis hijos.
- Tambien preguntó por su hermano.
- ¿Le digeron la verdad?
- Sí, señor.
- ¿Qué opina?
- Dice que presentia la catástrofe.
- Pues anoche se lo calló.
- Teme que lo mandeis ahorcar.
- Me juzga mal ó es muy cobarde.
- Quiso heriros.
- Caro le costó.
- La lesion es grave.
- Lo supongo; le dirigí el bote al corazon.—¿Qué dicen los restantes jefes?
- Unos, que fueron engañados; otros maldicen el momento en que se acogieron á esas banderas, y la mayor parte admira la bizarría de vuestros montañeses y el heroismo de su incomparable jefe.
- Tarde pretenden conocernos.
- Se lamentan, señor, de esa verdad. Los castellanos suponen que se les va á aplicar el bando de D. Sancho.
- Mal opinan. Cuando concluyais de comer decid en mi nombre á esos desgraciados, que en el instante que se curen partirán á sus casas. Añadidles, que el conde de Lara solo hiere en el campo; fuera de él perdona.
- De lo cual deben deducir, que si durante la pelea nadie se puede igualar á vos, fuera de ella sois inimitable.
- Eso creéis, D. Ricardo, porque los hombres son, en general, malos, muy malos; si todos cumpliesen con su deber á nadie llamaria la atencion la conducta del conde de Lara.

—Señor, buenos son vuestros montañeses, cuantos os rodeamos cumplimos con nuestro deber, y sin embargo, nos separa de vos una distancia enorme.

—Pensais de ese modo porque no hay uno de vosotros que deje de amarme. Cuántas veces, amigo mio, me juzgo yo más chico que el peor de mis vasallos; os amo tambien y os veo más grande de lo que en realidad sois. Hé aquí otra prueba: el pobre da una moneda de cobre de limosna; el rico de oro; nadie repara en el sacrificio del primero; todos aplauden la esplendidez del segundo, sin hacerse cargo que aquel dió lo que necesitaba para comer, y que este regaló un átomo de lo mucho que le sobraba. Esta razon incontestable, unida á vuestro cariño hácia mí os obliga á verme de un modo diferente del que en realidad soy.

—Lo primero es verdad, señor conde; respecto de lo segundo, me habreis de permitir que tenga una opinion enteramente contraria y que me la calle; porque ni debo herir vuestra modestia ni puedo cuestionar con vos, que me veniceis tambien en talento. ¡Cómo se va creciendo Alí, gran señor!

—Ciertamente; el paje de doña Blanca es un héroe, don Ricardo.

—A excepcion de vos, nadie ha podido igualarse á él en este dia.

—Es un tesoro en valor, fuerza y destreza; y habeis de saber, que discurre admirablemente. Tiene, sí, sus defectillos; me ama y respeta, pero no siempre cumple mi voluntad.

—Creerá que os conviene lo contrario, y como él juzgue que no debe hacer una cosa...

En este instante se presentó un caballero á la puerta del comedor, exclamando:

—Señor conde, el hermano de S. A. Mahomad II, príncipe Muza, os espera en el salon principal; viene solo y desea que no os violenteis.

—Rogadle de mi parte, tome asiento, que en breve correré á su lado. Añadidle que estoy concluyendo.

El caballero salió y el Temerario dejó de comer para meditar algunos instantes. Luego se levantó, encargó á los de su comitiva que continuasen tranquilos, y partió en busca del musulmán. Este, al verlo, le abrió los brazos y estrechándole con efusion, le dijo:

—Tu destino, amigo mio, te conduce todos los dias junto á la muerte, pero es lo cierto que no puede contigo.

—Pues debió haber acabado ya; mas tu cariño me libró hoy de perecer, y no há mucho ayudó á lo mismo en Ecija. ¿Te sientas?

—Sí, que deseo hablarte detenidamente, si me lo concedes.

—¿Qué podria yo negar al hombre á quien di toda mi amistad? Temí que se hubiese enfriado la tuya, príncipe Muza.

—Si fuera cierto, no te permitiria que dudases de mí, cristiano.

—Tan en estima la tengo, que sentiria perderla.

—¿Qué poder en el mundo me obligaria á retirártela? ¡Si estoy en Castilla y no vivo á tu lado, no como en tu mesa y duermo lejos de tí, bien sabe Alá cuánto me pesa! Un dia, no lejano, sabrás la causa, tus brazos rodearán mi cuello y declararás la injusticia de tus dudas.

—Gracias, noble Muza; vive donde tú quieras; haz lo que debes, que yo solo anhele tu amistad, tu cariño, el cumplimiento de una fe empeñada en dias más aciagos; en esos momentos en que el hombre comprende lo que vale la amistad de otro. ¡Celos mis dudas han sido, como los del enamorado que teme le arrebaten la felicidad que tanto ama su corazón!

—Acaso haya venido yo de Granada á hacer méritos como el novel apasionado, temeroso de que su dulce bien se olvide de él.

—Algo enigmática presentas la idea; aclárala un poco más, que me place comprenderla.

—Ambos tenemos el mismo deseo; pero hay entre los dos un juramento.

—Cállalo entonces; que á romper tal compromiso la amistad no alcanza.

—Lo ocultaré, por más que la pena me aconseje lo contrario.

—¿Cómo abandonaste á tu amigo, el caballero de la cruz roja?

—Vé al palacio de Lara—me dijo entre otras cosas—y cuéntale la historia de esa conferencia que hubo entre tu señor, el rey de Granada y el temible conde de Haro.

—¿Por Granada camina el rebelde D. Lope?

—Y no en buenos pasos; que á no ser mi hermano tan leal y caballero, Castilla y Leon hubieran padecido mucho.

—Todo es posible en el fementido que has nombrado; pero el rey que lleva tu apellido no podia escuchar las palabras que dicta la villanía.

—Así fué.

—De eso estoy seguro, príncipe amigo. Cuéntame la historia.

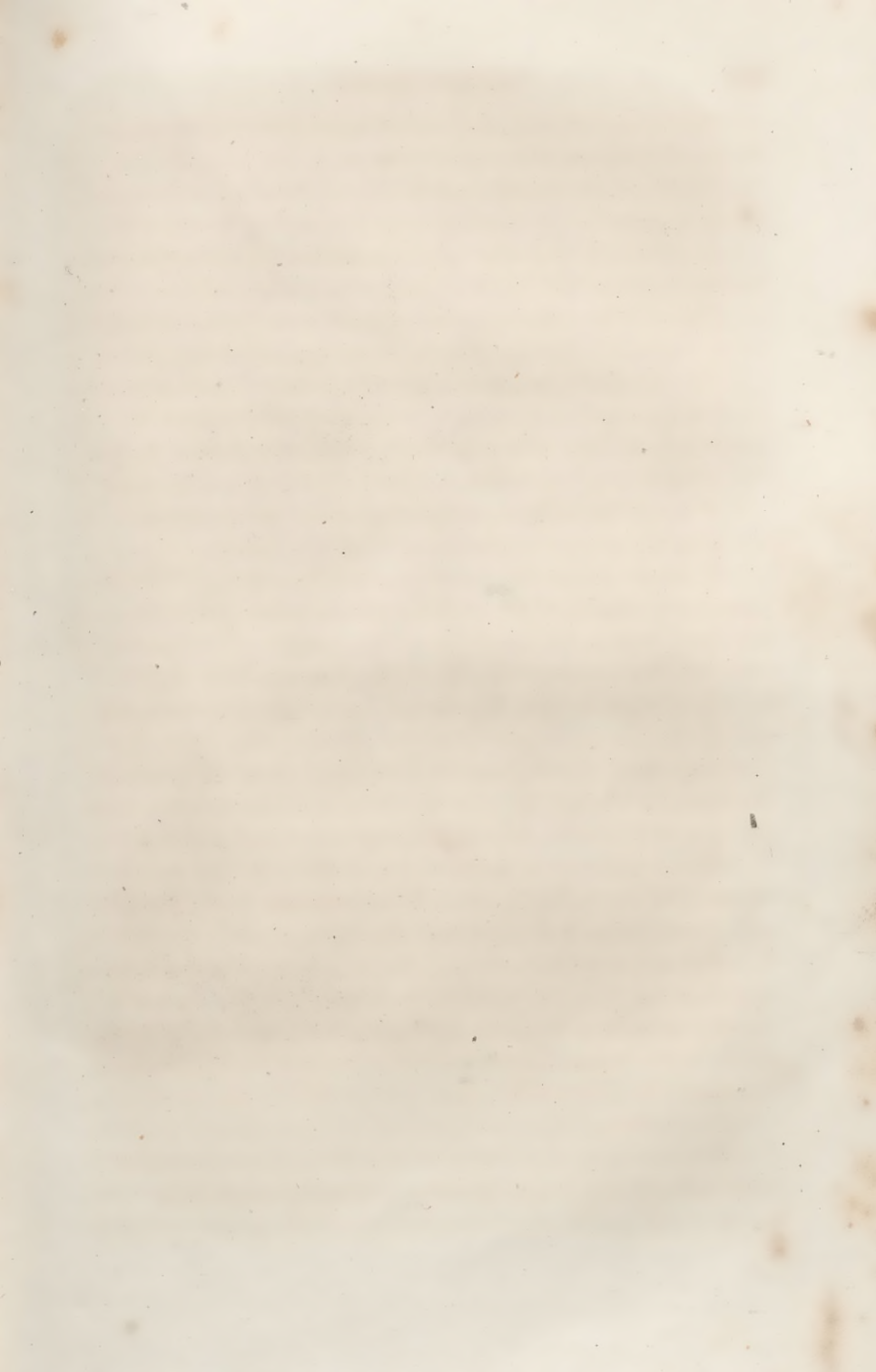
—Héla aqui: descansaba Mahomad II sobre mullidos cojines, aspirando los aromas de Oriente, contemplando los jardines de Granada, platicando sobre el torneo de Sevilla, y quince caballeros principales de su córte escuchaban los elogios que hacia de tu maza, la justicia que tributaba á tu lealtad, el aplauso que prodigaba á tu heroismo.

—Tanto me quieres, Muza, que hiciste ver á tu hermano en mí, un hombre diferente del que soy.

—Tú no eres voto sobre tí mismo, conde amigo. Mi soberano y yo te conocemos mejor, te juzgamos con más imparcialidad.

—Prosigue.

—Prosigo: apoyados sobre las columnas de jaspe, alabastro y mármol del salon, donde se hallaba recostado el hijo mayor de mi padre, continuaban los quince grandes de su





J. VALLERJO dib. y lit.

Lit. de J. DONON Madrid.

— Que pase ese Temerario conde!

córte, ayudándole á elogiarte y á ensalzar al caballero de la cruz roja. Concluyó la historia del torneo y comenzó mi hermano á referirles la de Ecija.

—Pronto ha llegado á su noticia, príncipe.

—Horas despues de acontecer, conde, que como yo presencié la escena lo enteré al momento, por conducto de uno de los caballeros zegríes que me acompañaban.

—Decias...

—Digo, que Mahomad II detallaba tan admirablemente las villanías cometidas contigo, que el llanto surcó las mejillas de sus hidalgos oyentes. Sufrian al escuchar tan triste relato, y á la vez se indignaban, asomando á sus rostros la ira y el coraje. No hallaban dieterios bastantes contra el infante D. Juan y su suegro el conde de Haro. Y creció, Lara, su noble despecho al saber que ambos escaparon con vida en una jornada donde todos debieron perecer, y muy principalmente esos dos. En este instante penetraron dos pajes en el régio salon, besaron la alfombra donde mi hermano pisaba, exclamando uno de ellos:

—Poderoso señor, un caballero cristiano que dice ser conde de Haro y señor de Vizcaya, quiere la inmerecida honra de llegar hasta tí, gran rey.

—Calló el paje mientras que Mahomad y sus cortesanos se miraban sorprendidos, sin acertar á creer en la osadía del malvado. Meditó el primero é hizo luego una seña á los pajes para que acompañasen al reciénvenido. Estos le obedecieron, y regresando inmediatamente, tornaron á inclinarse en señal de haber sido acatada la régia voluntad. A la vez se presentó entré las columnas y los palacios el atrevido cristiano.

—¡Qué pase ese temerario conde!—exclamó mi hermano con ironía; se le acercó aquel y le dijo:

—Perdona mi atrevimiento, alteza, que me obligan á venir á verte asuntos de mucha cuenta; de tanta, que tú solo debes oirlos.

—Mi hermano lo miró con el desden que lo hace el grande al chico; el águila al milano; el león á la culebra.

—Tan bueno soy y tan leales los que me rodean—le replicó—que nada ignoran de todo cuanto yo sé. Habla si quieres, pero ten en cuenta que ni te he llamado ni tengo empeño en escuchar tus noticias.

—Despues de relatadas, acaso varies de opinion, califa.

—Lo dudo; solo da aceite la oliva; perlas, el agua; fruto, los árboles, escoria, el hierro.

—Si no quieres oirme me retiraré, alteza.

—Si dices, tendré la paciencia de escucharte; si callas, nada habré perdido á mi entender.

—Te traigo un trono, señor.

—Para tí lo quisieras, conde.

—Yo no puedo ceñir corona.

—Porque no la tienes ni te la dan.

—¿Deseas otra Granada tan florida como esta?

—¿En dónde se encuentra, que yo no la conozco?

—A orillas del Guadalquivir.

—¿Cómo se llama?

—Sevilla.

—¿No es de mi amigo Sancho IV?

—Sí.

—¿No eres tú su vasallo?

—Lo era.

—¿Te rebelaste contra tu señor?

—Sirvo á su hermano D. Juan.

—Ese debía ser esclavo de su rey.

—Pues ese te ofrece un trono, califa.

—¿Un mendigo de honra ofreciendo púrpura real! Cuento es ese que te puede costar la vida.

—Entré en tus reinos en paz.

—¿Quién eres tú para entrar en guerra, miserable guano?

—Traigo una embajada del rey de Marruecos y del infante D. Juan.

—¿Y qué quieren de mi?

—Que les ayudes á destronar á Sancho IV, y con tal de que D. Juan ciña la corona de Leon, partireis Jacob y tú todo el reino de Castilla.

—¿Con qué medios cuenta?

—El monarca marroquí desembarcará en Tarifa veinte mil ginetes.

—Con el conde de Lara y los suyos tiene D. Sancho bastante para dar fin de ellos en media hora. ¿Y el infante, de cuantos dispone?

—Hoy de pocos; pero mas adelante... Y si á los veinte mil rifeños, unes tus poderosas tribus en los momentos en que el Temerario está ocupado en pelear contra la Cerda...

—Comprendo. ¿Dónde se halla D. Juan?

—En Tarifa.

—Por lo visto, pretende que el rey de Granada le robe á D. Sancho un trono para dárselo á él. No veo injusta la demanda. Haro, ¿no oistes decir que Mahomad II fué siempre leal, caballero y noble?

—Sí; ¿por qué me lo preguntas?

—En ese caso me habrás hecho tal proposicion por creerla tú arreglada á justicia.

—No lo dudes.

—Pues bien; en obsequio al hermano de mi amigo Sancho, te voy á recomendar al rey de Sevilla, para que atienda tan justa pretension. No muevas la cabeza, que vas á salir ahora mismo.

—¡Eso es una traicion, una villanía!

—Desarmad á ese hombre, y si vuelve á hablar ponerle una mordaza. La resistencia es inútil, cristiano; vas á Sevilla á dar cuenta á tu rey de los acontecimientos de Ecija y de tu pretension en Granada. Sé lo que hicisteis con mi amigo el incomparable conde de Lara; dos lobos se escaparon, pero uno cayó ya en el cepo, y no saldrá. Así, Vanegas, bien atado y á Sevilla con él.

Calló el príncipe Muza y miró al conde de Lara, el cual le dijo:

—Aun cuando moro, tu hermano está bien sentado en el trono de Granada.

—Es leal y caballero; me encarga que te participe la historia que has oído y te reitere su amistad, aprecio y consideración.

—Gracias, noble Muza. ¿Qué fué después de D. Lope?

—Lo llevaron á Sevilla y ya estará en poder de D. Sancho.

—¿Y de D. Juan sabes algo?

—Sí, continúa en Tarifa, al servicio del rey de Marruecos. No hallando Jacob otra persona real que quisiera aliarse con él y que le ayudara á ensanchar su conquista en esa costa de España, ha aceptado la amistad de D. Juan nombrándole general de sus tropas.

—Buen caudillo tiene; veremos como defiende á Tarifa el día que la sitien mis montañeses.

—¿Intentas arrancársela?

—Al desembarcar cerca de sus murallas, después de mi naufragio, ofrecí arrancar de sus torres el estandarte marroquí; y antes de un mes, si Dios me ayuda, cumpliré mi palabra.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Dar un paseo hasta Zaragoza, si antes el rey de Aragón no accede á inutilizar para siempre á los Cerdas.

—Bien ideado; te seguiremos. ¿Y de los prisioneros qué dispones?

—Por ahora nada; después que el de Aragón me haya dado las seguridades que necesito, se los entregaré sin condición.

—Generoso estás, conde.

—Primero me dejaría cortar la mano derecha que firmar la sentencia de muerte contra un desgraciado prisionero.

—Es decir, que cuando concluyamos en Aragón iremos á Tarifa; ¿es cierto?

—¿No se ofenderá tu hermano si haces armas contra el marroquí?

—Le conoce y aborrece más que tú.

—Mé alegro; que es grata la compañía del príncipe Muza; y su lealtad y bizarría dignas del nombre que lleva.

—Me aguarda el caballero de la cruz roja.

—No le hagas esperar, que aún cuando sea tan reservado conmigo, le debo mucho, le estoy muy obligado y quisiera pagarle sus favores.

—Pronto le verás el rostro y oprimirás su mano.

—Interin, demuéstrale mi gratitud.

Los dos amigos se estrecharon cariñosamente, partiendo el príncipe.

El conde escribió despues á su soberano, participándole el éxito de la batalla y remitiéndole los estandartes, trofeos y todo el botin cogido al enemigo. Luego dictó varias órdenes relativas al abasto de provisiones para la próxima partida, á la comodidad y bienestar de sus montañeses, les hizo otra visita á los heridos, y por último, penetró en la estancia de Ali; pero vió con sorpresa, que el negro habia desaparecido. Con cariñoso afán, preguntó por él, contestándole uno de sus caballeros:

—Ali, gran señor, no ha dejado en paz al mago hasta que consiguió diese la orden de que lo trasladasen á vuestra alcoba, y allí está sobre un colchon, tendido á los piés de vuestro lecho.

Lara sonrió al escuchar la pretension de su africano encaminándose á su dormitorio, donde halló á aquel, segun le habian dicho, pero entregado á un profundo sueño. Con ternura paternal le contempló su amo, se hizo desnudar luego, y cuando estuvo acostado, despidió á los sirvientes y llamó á Ali.

—Que bien dormia, señor—le dijo el leopardo levantando la cabeza.

—¿Cómo están tus heridas?

—Muy bien; no siento dolores ni molestia alguna; sueño, hé aquí lo único que me abruma.

—Te vas haciendo de hierro.

—Siempre he sido lo mismo, amo mio; mis lesiones se curan solas, sin ayuda de magos ni otro remedio que mi voluntad, á la que parecen obedecer.

—No abuses, Alí.

—Me he acostumbrado á eso y aún cuando deje que me curen, creo que es inútil. Viste la fiebre que sufría esta tarde, pues ya tengo la piel tan fresca como tú.

—Me alegro. ¿Podrás montar á caballo mañana, ó te quieres quedar en Cuenca?

—¿Y qué he de hacer yo aquí? A tu lado, amo mio. ¿Vamos á Aragon?

—Al ser de dia.

—Luego á Tarifa, despues á Sevilla y últimamente al Saucejo; ¿es cierto?

—Sí.

—Tambien á tí te quiere dominar el sueño.

—Sí.

—Pues durmamos, señor, durmamos. ¡Es tan dulce hallar el lecho y entregarse al descanso cuando tanto se ha corrido; cuando tales golpes nos dieron; cuando tantos dimos!... En el campo de batalla se cruza la tierra sufriendo un movimiento rápido, molesto, cansado; los brazos no paran un solo instante; tampoco las rodillas; la inteligencia trabaja; la mirada profundiza; el cuerpo halla castigo; pero ese afan é incomodidades tienen una verdadera recompensa, el lecho; sobre él se encuentra el anhelado descanso y cuando comienza uno á sentir su dulzura, llega el sueño, y poco á poco va paralizando todas las facultades del hombre; se cierran los ojos... ¿Te has dormido ya?... Tambien yo me entrego... me rindo á ese oculto poder que se desconoce, pero que se siente... vaya si se siente, domina y vence!...

Amo y criado quedaron sumidos en el sueño mas tran-

quilo. Ni la gloria ni dicha alguna conseguia estorbarles el sosiego y calma que la Providencia otorga á sus hijos, cuando la conciencia de estos no tiene ese terrible peso que la abruma.

¡Felices ellos que en lucha por el dia hallan durante la noche la tranquilidad y reposo apetecidos en este valle de dolor!

Pelean, vencen, exponen sus vidas y trabajan con incansable ardor, es cierto, mas llega el crepúsculo vespertino y en su espléndido palacio, en una posada ó en la tienda de campaña encuentran solaz, calma y sosiego. ¿A qué otra cosa se puede aspirar en este mundo? ¡Dichoso el que ve á sus contrarios en frente, á la espalda ó á los costados! ¡Ay del hombre que siente á su enemigo en su propio sér abalanzado á su conciencia, dando vida á ese roedor gusano que llaman remordimiento! Para ese no existe durante el dia ni la noche tranquilidad, calma, reposo ni sosiego.

quilo. Ni la gloria ni dicha alguna conseguirá estorbarles el sosiego y calma que la Providencia otorga á sus hijos, cuando la conciencia de estos no tiene ese terrible peso que la atormenta.

¡Felicices ellos que en hecha por el día hallan durante la noche la tranquilidad y reposo apetecidos en este valle de dolor!

Felices, yocenen, exponen sus vidas y trabajan con incansable ardor, por cierto, mas libre el corazónlo vespertino y en su espléndido palacio en una posada ó en la tienda de campaña encuentran solaz, calma y sosiego. ¿A qué otra cosa se puede aspirar en este mundo? ¡Dichoso el que ve á sus contrarios en frente, á la espalda ó á los costados! ¿A qué hombre que siente á su enemigo en su propio seno? ¡Dichoso á su conciencia, dicho vida á ese torcedor gusano que llaman tormentos! ¡Dichoso que no existe durante el día ni la noche tranquilidad, calma, reposo ni sosiego.

CAPÍTULO XXIX.

De Cuenca á Albarracín.—Una dama.—Lealtad de Lara.

A la mañana siguiente pasó el conde de Lara una revista á su ejército, el cual se hallaba dispuesto á partir; reconoció luego los heridos que tenía en su palacio, despidiéndose de ellos, dejó en Cuenca la correspondiente guarnicion, y al frente de sus huestes se encaminó hácia Albarracín, ciudad del reino de Aragon, y la que habia pertenecido á su tio hasta no há mucho, que se la arrancó el monarca de dicho país.

Al salir de Castilla el Temerario y pisar el suelo aragonés, dejaba ya en tranquila calma y sosiego los reinos que gobernaba D. Sancho IV. Ni los revolucionarios, secuaces del infante D. Juan, ni los partidarios de la Cerda, que salvaron sus vidas, habian quedado con ganas de volver á empuñar las armas. El afortunado caudillo, si bien sufrió mucho, dejó en poco tiempo á su país libre de enemigos, honrado su nombre con nuevas é inmarcesibles glorias y en posicion de dictar la ley á extraños poderosos que no há mucho intentaban arrebatar al monarca de Castilla y de Leon su envidiable cetro. No obstante la gran batalla que acababa de ganar, sus repetidos triunfos, la gloria conquistada y las continuas ovaciones consiguientes, la idea de Lara estaba

fija en los montes del Saucejo, dentro de su castillo feudal, entre sus valerosos montañeses, y en una palabra, en aquel escondido retiro donde anhelaba encontrar las tiernas caricias de su inolvidable esposa, las dulces frases de su padre y suegro y el cariño y virtud de cuantos le rodeaban. Lara, como todos los hombres verdaderamente grandes, no era aficionado á la pompa mundanal. El lujo, el orgullo, la vanidad, el deseo de ostentacion, la pretension de figurar, se hallan siempre en séres que valen bien poco; en *pequeñuelos* que no pudiendo alzarse del ruin lugar en que les colocó su insuficiencia, intentan demostrar que se encuentran á una altura con la cual sueñan dia y noche, pero á la que nunca llegan. Buscad cerca de esos sitios donde la suerte coloca á algunos poderosos, un sabio ó un hombre grande, y como sepais distinguir estad ciertos de que no los hallareis: estos se acercan á aquellos lugares obligados por un poder irresistible que los conduce allí, pero bien pronto vuelven á esconderse huyendo del dorado alcázar que fué para ellos lo que la atmósfera de la tierra para el pez. Y es natural; pues ni gustan de lisonjas cortesananas ni saben adular á nadie, y en tal paraje es indispensable el comercio de la mentira.

Por eso el caudillo del Saucejo camina ahora seguro de imponer su voluntad á un poderoso de la tierra, sin que le halague otra cosa que la idea de terminar pronto su mision y retirarse á vivir entre sus agrestes breñas.

Sus caballeros le seguian alegres y satisfechos, y los montañeses, mezclados con los zegríes, abencerrajes y restantes tribus que acompañaban al caballero de la cruz roja y al príncipe Muza, formando en este momento la retaguardia del ejército, hablaban con ellos y joviales y contentos les recordaban las muchas ocasiones en que se habian batido de un modo diferente al en que lo verificaban ahora.

De este modo pisaron el suelo aragonés, sin ser molestados por nadie ni asustar su llegada á los habitantes de la nueva comarca donde acababan de entrar. Hombres y mu-

ieros, caballeros y damas, conocían el nombre de Lara y habían oído hablar de la disciplina, respeto y consideración con que obraban sus vasallos fuera del campo de batalla. Vieron pasar, en completa desbandada, los restos del ejército de la Cerda, escucharon relatar su terrible derrota, y admiraron la marcialidad y hasta modestia con que avanzaban las uniformadas huestes del Temerario. No los aplaudían porque en aquella época los consideraban extranjeros; pero en su interior elogiaban sus hechos, gentileza y brio.

Cerca de anoecer entró el conde sin hallar resistencia alguna, en Albarracín; se alojó á la tropa, y sin otras precauciones que las tomadas ordinariamente, comieron, descansando toda aquella noche, para continuar avanzando al siguiente día. Al penetrar en la ciudad, dió orden Pedro de renovar las provisiones necesarias hasta llegar á Zaragoza, cuya noticia corrió de boca en boca, juzgando todos que el caudillo castellano intentaba conquistar el reino de Aragon. Las autoridades y guarnición de la plaza habían desaparecido al aproximarse el conde; pero no faltó quien corriera á noticiar á su soberano, que se hallaba á pocas leguas de allí, la grave nueva que concluía de oír.

Eran las nueve de la noche y la ciudad estaba completamente tranquila y solitaria. Los caballeros y soldados del conde en union de los musulmanes, descansaban de las fatigas del día en sus respectivos alojamientos.

Como la tropa de Lara no entraba en los figones, tabernas ni en esos establecimientos consagrados al vicio y la molicie, ni eran aficionados á ostentar sus curtidos rostros, no se les veía ya por las calles y plazas, ni se hubiera dicho tampoco que tal ejército existía en Albarracín; por esta razon la poblacion entera comprendia ahora la verdad con que eran elogiadas en todas partes las valerosas y bien regimentadas huestes que encerraban en este instante los muros de la ciudad.

Eran efectivamente admirables no solo la tranquilidad de

aquellos hombres, si que tambien el abandono con que reposaban; apenas llegarían á veinte los centinelas que tenían puestos, sin cuidarse de que saliesen avanzadas ni de rodear las murallas; antes por el contrario, y á excepcion de unos cuantos jefes principales, los demás se hallaban entregados al más profundo sueño.

El caudillo, ó sea el conde de Lara, recibió á varios caballeros de la plaza, que estuvieron á felicitarle, dictó despues algunas medidas, habló hasta las nueve con D. Ricardo y seis más de su comitiva, y en este instante se encontraba arrellanado en un blando sillón, frente al intrépido Alí.

Le cubría en tales momentos una túnica de terciopelo morado, ceñida á la cintura con cordones de oro, de cuyos extremos pendían dos borlas del mismo metal. Su hermosa cabellera negra le caía sobre los hombros, y un tinte pálido, causado por las lesiones que sufría, daba á su bello y varonil rostro una magestad que imponía y admiraba. Sus grandes y rasgados ojos no despedían esta noche el irresistible fuego que en el campo de batalla; parecían ahora abriñantados y miraban con dulzura. Todo lo cual, unido á su arrogante y gentil figura, finos modales y negligencia extremada, formaban en él ese conjunto del apuesto y verdadero doncel.

Su negro le contemplaba en este instante con los brazos cruzados, la vista fija y la sonrisa en los labios.

—¿Qué piensas?—le preguntó al africano—¿qué te extasia de ese modo, hijo del Desierto?

—Miro tu magestuosa faz, y medito sobre si eres ó no digno de mi señora la condesa.

—Poco tiene que discurrir; doña Blanca vale más que yo. Su hermosura no tiene igual en la tierra; su talento supera al mio y su grandeza de alma es incomparable.

—Todo eso es cierto, señor; mas su marido no halla quien se le parezca.

- Me estás adulando, Alí.
- ¿Te extraña, amo mio?
- Sí, por Dios; creí que tú no eras cortesano.
- ¿Te gustan las lisonjas?
- Lo mismo exactamente que las mentiras; son hijas de idéntico padre.
- Señor, tú no has nacido para llegar á monarca.
- Seré rudo montañés; fiero selvícola.
- Pues si los que están sobre tí obraran como tú, mejor andaria el mundo.
- Negro, desde que Adan fué arrojado del paraíso, dominó la serpiente en el corazón del hombre.
- No te elevés tanto, señor, que nací en el Desierto de Sahara.
- Quiero decir, que al primer pecado debían seguir muchísimos más.
- Ya que tienes más talento que yo, veamos si me explikas lo siguiente: hay en Castilla, me contraigo solo á tu país, grandes, nobles y plebeyos, y áun no he podido comprender por qué suelen ser los segundos más malos que los terceros y los primeros peores que los segundos. ¿Quieres resolverme este problema?
- Bien sencillo es, Alí.
- Sepamos.
- El poderoso está en posición de ser mucho más malo que el pobre ó infinitamente mejor, siendo así que dispone de grandes recursos que pueden emplearse lo mismo para lo uno que para lo otro.
- Entonces, ¿por qué la ley es ménos severa con el rico que con el pobre?
- Mucho vas profundizando, negro, para ser hijo del Desierto de Sahara. El mal no está en la ley sino en el modo de aplicarla.
- En este instante fueron interrumpidos amo y criado por la llegada de un paje que acercándose mucho al primero le dijo:

—Señor, una dama de gran porte, cubierta con un espeso velo, desea hablar con vos, si se lo permitís.

—Que pase al instante.

Salió el recién venido, mientras Alí exclamaba:

—Me retiro, amo mio, que esta clase de enemigos no pueden ofenderte á tí; ten cuidado no perjudiquen á mi señora.

—La advertencia era inútil, africano.

—Lo creo, mas... Cerca me tienes, señor.

—¿Para qué?

—Por si algo te ocurre.

—Sal y cuidado con escuchar, que es una dama y yo nací caballero.

Partió el negro, y un momento despues apareció una encubierta, saludó á Pedro quedando parada. Aquel se levantó y la dijo:

—Entrad, señora, honrad este sillón y mandad al conde de Lara.

Era la dama, jóven, hermosa y llegaba vestida con un elegante traje negro, el cual realzaba mucho más la blancura de su bella epidermis. Empezó por retirar el velo, dejando descubierto su perfecto rostro; luego se sentó, coloreándose un poco su semblante, efecto, sin duda, del rubor que sentia al hallarse sola con el Temerario.

—Gracias, señor—le dijo—vuestra bondad excede á lo que de ella se cuenta.

—Gran favor me haceis, que solo cumplo con mi deber de caballero al ofrecirme á una dama de vuestro porte.

—Señor conde, estais de pié y acaso os moleste la fatiga que habeis sufrido...

—Me hallo bien así; mas por daros gusto me siento.

—Os vengo solo á molestar, y deseo que llegue á lo puramente indispensable.

—Pudiera ser molestia si no la envolviese una honra que anhela el que como yo nació hidalgo.

—Cortés y afable como pocos, es el hijo del Saucejo!—

—Miserò montañés, os he dicho la verdad; que entre las rocas de mi país no tiene asiento la lisonja.

—Poderoso señor, sois el más fuerte que conozco, el más atento que he tratado; y no me extraña, pues ví sacar de entre las rocas el oro, habitar en ellas el águila y aposentarse el leon.

—Talento teneis que nadie os podrá negar.

—Pobre, huérfana y viuda á los veintiun años de edad, quedé sola en el mundo, sin otro patrimonio que mi desgracia.

—¿Fuisteis rica?

—Mucho.

—¿Quién os arrebató vuestra fortuna?

—La suerte!

—¿Tan mala es para vos?

—Mas negra que el traje que me cubre!

—Tan bella, si os persigue la desgracia, será porque os ampare la virtud.

—Así es.

—Entonces nada temed, que tendreis al conde de Lara dispuesto á obedeceros. ¿Sois de esta tierra?

—En ella nació.

—Perdonádmeme si he sido indiscreto.

—Favor me haceis, señor, que noble interés os inspira.

—Por Dios, que lo acertasteis.

—Me lo dijo vuestro noble semblante.

—Bien comprendeis. No ocultadme nada, que soy aficionado á curar la llaga si la causaron el encono ó maldad de los hombres.

—¡Pobre me dejó la venganza de un poderoso!

—¡Rica os hará la nobleza de un caballero!

—Hallé entonces, señor, al hombre que vine á buscar.

—Sepa lo que pretendéis, y el conde de Lara os agradecerá el bien que le proporcioneis hacer.

—Tened un poco de paciencia y oidme: murieron mis padres y heredé muchos blasones, mas tan poca hacienda, que apenas me bastaba para sostenerme en el puesto en que la Providencia se dignó colocarme. Cumplí veinte años, y un caballero principal de Albarracin, me llevó al altar, me dió su apellido y partí con él pesares y venturas. Se llamaba mi esposo D. Diego de Mendoza, amigo y partidario de vuestro tio D. Juan, señor de Albarracin. Sitió el rey de Aragon la ciudad del hermano de vuestro padre, siendo mi esposo el primero que corrió á sus muros, y en ellos defendió los derechos de su amigo vuestro tio. Era valiente, avanzó más de lo que debia, quedando muerto en el campo de batalla. La plaza resistió poco tiempo; la abandonó su dueño, y poco despues entró en ella el afortunado sitiador.

La dama exhaló un suspiro que parecia salir de su corazon, continuando:

—D. Diego de Mendoza, mi marido, hizo testamento durante su corta agonía, dejándome por heredera de la mayor parte de sus bienes; pero su última voluntad no pudo cumplirse; el generoso vencedor, no satisfecho con haberle arrebatado la vida, confiscó todos sus bienes condenándome á la viudez, desamparo y pobreza. Por lo visto supuso que yo no podia hacerle daño y por eso no le entregó al verdugo mi débil garganta. Hé aquí, señor, la historia de mi infortunio; una voz secreta me aconsejaba que os molestase refiriéndoosla, si abusé de vuestra paciencia, si os robé un tiempo que pudisteis emplear en asuntos de gran valia, dispensad, permitiéndome que me retire.

La dama se puso en pié, mientras el conde de Lara la dirigia una penetrante mirada; mas su hermosa y sonrosada faz, sólo demostraba pesar, únicamente inspiraba compasion.

—Sentaos—la dijo el conde.—Siento mucho vuestro dolor, y áun cuando me es imposible desterrarlo, os ofrezco remediar en cuanto sea dable el daño que os han causado mis

enemigos. No está en mi mano devolver la vida á vuestro esposo, pero su testamento se cumplirá en todas sus partes. Habeis llegado á mí y no en balde os tomasteis la molestia de relatarme vuestros pesares; desde hoy contad con mi apoyo y proteccion.

—Ahora comprendo la causa que instintivamente me ha conducido aquí—replicó la viuda con resolucion.—Mucho se habla de vos; se os elogia hasta lo infinito; vuestro nombre asusta á unos y enorgullece á otros; pero todo lo merece la hidalguía de vuestras acciones, la nobleza de vuestra alma.

—¿Y por qué? no es obligacion de todo buen caballero amparar la inocencia, proteger la virtud y alargar su mano á la desgracia? Pues si esto es así, yo solo acabo de cumplir el deber que me impone la clase á que pertenezco.

La jóven y bella viuda de Mendoza, dirigió á Lara una mirada ardiente, significativa, y con voz afectada, le replicó:

—Sois admirable, poderoso señor; debeis tanto á la suerte que acaso no haya un hombre que se os pueda igualar.

El Temerario hubo de comprender algo más de lo que habia creído hasta entonces, inclinó la frente y quedó meditando; luego la alzó, y fijándose en la dama, la dijo con doble intencion:

—Gracias por la lisonja. ¿En que fundais vuestra opinion para creer eso de mí?

—En lo que dicen las cien trompetas que pregonan vuestra fama; en lo que veo, en lo que acabo de oír.

—Olvidad lo que el vulgo cuenta, lo que yo os he ofrecido; ¿qué pensais ahora?

—Que sois un hombre incomparable; ¡ay de la dama que os dirija su mirada, que se acerque á vos!

—Continuad.

—¡Qué mas os puedo decir! estoy tan obligada, que cierra mis labios el agradecimiento.

—Proseguid sin temor; sed conmigo todo lo esplicita que gustéis.

—¿Teneis noticia de vuestra esposa? Si he sido indiscreta...

—No; vuestra argentina voz es siempre grata, pero doblemente cuando el guerrero se halla rodeado de hombres que únicamente le hablan de combates, lucha y exterminio. En tal situacion, que es la mia, forma vuestro acento un contraste que halaga. La condesa de Lara se halla en Jerusalén y há tiempo que no tengo noticias de ella.

El conde no perdía en este instante un solo movimiento de la enlutada, intentando profundizar lo que pasaba en su corazón.

—Dicen que amáis á la zegrí extraordinariamente, y cuentan que es muy bella.

—Permitidme que nada os conteste; ni de ella ni de mí puedo yo hablar.

—Lo comprendo, mas cuando todos refieren lo mismo...

—Dirán la verdad ó mentirán. El vulgo no es siempre exacto en sus apreciaciones.

—¿Qué tiene mi voz para que tanto os agrade?

—Un timbre grato, una dulzura extremada y un encanto que seduce.

—¿Cómo os podria pagar el gran beneficio que me vais á hacer?

Ahora fué la enlutada la que clavó en Pedro una mirada profunda, pero voluptuosa, sensual y hasta pudiera decirse, liviana. Aquel la contestó:

—Nada os exijo; que en rigor un buen caballero no debe cobrar los favores que otorga; mas estais en vuestro derecho ofreciendo cuanto gustéis.

—¿Creeis que os pueda complacer en algo?

—Acaso.

—No adivinándolo yo y estándos tan obligada, ¿por qué he de ofreceros pudiéndome equivocar?

—Teneis talento, comprendeis admirablemente y no os será difícil...

La dama se levantó y lanzándole otra mirada igual á la anterior, le replicó:

—Si el poderoso señor conde de Lara, se digna honrar mi humilde morada, puede que en ella adivine.

Lara habia comprendido ya cuanto necesitaba; cruzó por su noble frente una idea amarga y desdenosa, replicándole:

—Esperad un poco; sentaos. ¿Teneis empeño en que os exija?

—Sí, señor.

—¿No os pesará?

—Os juro que no.

—Está bien; voy á complaceros; pero antes me vais á contestar á dos preguntas. ¿Cuánto tiempo hace que murió vuestro esposo?

—Un mes.

—¿Le amabais?

—El vulgo dice que sí; pero yo no debo hablar de él ni de mí.

—Cuando todos refieren una misma cosa...

—Todos dicen verdad, ó todos mienten.

—Sed amable conmigo; en esta ocasion ¿se han equivocado ó no?

—Teneis gran talento, señor conde, acertadlo vos: lo que deis por hecho eso es.

—Me poneis en un conflicto.

—No lo creais; ¿qué es eso para el genio del héroe?

Lara cambió de aspecto y trocando su accion cortesana por otra grave, la contestó:

—No quiero contradeciros, y teniendo en cuenta antecedentes, voy á sentar una absoluta. Vuestro esposo era valiente, caballero y rico; vos pobre, pero virtuosa y de buen linaje; debisteis pues á vuestro marido riquezas, nombre y gerarquía; os unisteis á él sin que os impusieran la boda; claro es que le amabais por lo que era, por lo que valía, por lo mucho que os daba; porque erais noble...

—Sí; mas...

—Perdonad: no he concluido. Siendo honrada, virtuosa é hija de buenos padres, es indudable que le amabais; doy por hecho que vuestro corazon era suyo; y como este solo se puede dar una vez, para evitaros el que en lo sucesivo pretenda el demonio lo contrario, espero de vos que, en el momento que el rey de Aragon os devuelva los bienes que heredasteis de D. Diego de Mendoza, os encerreis en un convento por el resto de vuestra vida.

La dama tembló, palideció su semblante y empezó á comprender. Con voz entrecortada le dijo:

—Eso es imposible, señor conde; no tengo vocacion.

—La memoria de vuestro marido merece ese sacrificio; jurasteis ser suya, y en el claustro no hay miedo de que falteis á promesa tan sagrada, mientras que en el mundo, somos tan débiles que!...

—Tendré valor...

—Por si acaso. Esposa de Jesueristo vivireis tranquila, feliz, teniendo el placer de ahuyentar con los bienes que debereis al vencedor de Cuenca, la miseria de una humilde comunidad; pues os voy á elegir para vuestro encierro el convento mas pobre que haya en Albarracin.

—¿Es un favor que me pedís ó una condicion que me imponeis?

—Lo que vos querais.

—Elijo lo primero; sintiendo mucho no poderos complacer.

—En ese caso me será imposible obligar al rey de Aragon á que os devuelva la herencia que os secuestró.

—Mi marido murió en defensa de vuestro tio; este abandonó cobardemente la plaza que debia defender; resultando, que por su causa pereció D. Diego, y por su menguada huida confiscaron mis bienes.

—Todo eso será cierto; mas no hay familia en la tierra, en la que no haya un individuo indigno del ilustre nombre que heredó.

—¿No estais vos en la obligacion de remediar en parte el daño causado por uno que lleva vuestro apellido?

—Desde que tengo uso de razon me ocupo en destruir el mal donde quiera que lo hallo, sin indagar nunca quién ha sido el autor.

—¿Por qué me abandonais entonces á la desgracia?

—Encerraos en el claustro, honrad la memoria de vuestro marido, y al momento os devolveré vuestra herencia; que si el rey de Aragon no quisiere dáros-la, me sobran bienes y voluntad para regalaros el equivalente. El conde de Lara protege siempre la virtud; jamás el vicio ó la maldad.

—Siento haberos molestado tanto.

—Me duele conoceros tan bien.

—Nada se ha perdido.

—¡Mucho pudisteis ganar!

—Sola, en mi altiva arrogancia, lo quiero todo ó nada.

—Si hubierais pedido lo que os pertenecia, no saldríais de ese modo; mas sola, con vuestra delirante arrogancia, pretendisteis el bien ajeno, sin mirar que su dueño puede sobre mí más que el universo entero.

—¿Conque el vulgo no se equivocó á pesar de no decir siempre la verdad?

—Suele mentir cuando juzga al hipócrita; pero acierta cuando falla respecto de un ángel, cuyo hermoso rostro dice la verdad con su sonrisa de querube; su mirada de fuego; su faz incomparable; su conjunto sin igual.

—¿Intentais retratar á la hija de Mahomad Zegrí?

—No, es un mal bosquejo; ella vale mucho más que cuanto pudiera decir un hombre.

—El marido no debe hablar de sí mismo ni de su esposa.

—Razon por la cual me ocupé de su sombra.

—Muy lejos la tiene el enamorado caballero.

—Por eso honra, bendice, enaltece su memoria, que solo el recuerdo de ella lo prefiere al resto de las mujeres que existen en la tierra.

—Vuestra grandeza de alma, señor conde, me obliga á perdonaros la leccion que habeis dado á una dama.

—Gracias por vuestra indulgencia; yo nada os puedo perdonar, porque vos sola sois la ofendida y á la vez la ofensora.

—Que el cielo os guarde.

—Y á vos.

Y con un cortés movimiento de cabeza, terminó el conde una despedida, fácil para él, embarazosa para ella.

Cruzado de brazos, con intencion y algo de malicia, le preguntó Alí, el cual se presentó en el momento que la dama partió.

—Amo mio, ¿por qué sale tan disgustada esa señora?

—Porque me creyó tan débil como ella.

—Es hermosa como pocas.

—Tigres he visto preciosos, negro.

—¿Y diablos con caras de ángeles?

—Tambien. ¿Escuchastes?

—¿Qué habia de hacer! lo quiere así mi señora...

—Cállala lo que has oido; que ningun favor la hice.

—¡Ya lo creo! pero he jurado no ocultarle nada.

—¿Y si mi conducta hubiera sido contraria?

—Os mataria á los dos, y después al africano Alí.

—¡Miserable!...

—No tengo yo la culpa; nací hijo de un esclavo, y para el mismo negro no hay en Castilla otra palabra más propia con que calificarlo.

—¿La mano salvaje, osaria alzarse contra su señor?

—No; contra el criminal.

—¿Y se atreveria á herirle?

—En el corazon.

—¡Villano!

Y el conde cogió á Alí, lo levantó en alto como á ligera pluma, é hizo el ademan de arrojarlo contra el pavimento, pero á la vez se contuvo, sonrió con placer, lo dejó, y estre-

chándole una mano, que el negro intentó retirar, le dijo: —¡Tienes el corazón de roca! Bien, africano, me gusta esa entereza, el amor que profesas á tus amos y el encono que sientes contra los malvados, para los que no debe exceptuarse clase ni condicion.

—Allí quedó con los brazos cruzados, la cabeza inclinada y sin movimiento alguno. Poco á poco fué alzando la frente, miró á Pedro y le preguntó:

—Si te he ofendido, ¿por qué no me has muerto?

—¡A tí! ¡á mi incomparable y leal africano! tú deliras, leopardo. He querido únicamente probar la fortaleza de tu alma, la entereza de tu corazón. Desterrado de Sahara, si un día tu amo y señor falta á sabiendas á tu señora, ó á alguno de sus deberes como caballero, clávale tu daga hasta el pomo. Yo te faculto, te anticipo el perdón y te encargo que no te hieras tú. Un infame no merece criado tan leal y valiente.

Allí entreabrió sus delgados labios, dejando ver parte de las dos hileras que formaban sus blanquísimos dientes.

—Pienso, gran señor—le contestó con placer—que vales tanto como mi señora; pues aún cuando ella pudiera elevarse algo más que tú, no hay en la tierra hombre alguno tan digno de llamarse su esposo.

—¿Otra vez me adulas?

—No, es que cada día te voy conociendo mejor.

—Gracias, negro. ¿Qué hora será?

—Entiendo que se acerca la media noche.

—¿Me desnudas?

—Con mucho gusto. ¿Vamos mañana hácia Zaragoza?

—Y muy deprisa, que quiero acabar pronto la presente jornada.

Amo y criado se dirigieron al dormitorio donde ambos debían descansar.

La ciudad continuaba tranquila y silenciosa; conquistadores y conquistados dormían sin temor alguno, fiados, unos

en su propio valor y otros en la generosidad é hidalguía de los bravos vencedores. Todos los establecimientos se hallaban ya cerrados, nadie transitaba por las calles y una oscuridad completa reinaba do quier. Pronto no obstante deberá ser interrumpido tan sepulcral silencio, por cuatro caudillos contrarios segun veremos en el siguiente capítulo.

sin movimiento alguno. Poco á poco fué alzando la voz y le preguntó:

—Si te he ofendido, ¿por qué no me has muerto?

—A tí ¿á mí incomparable y leal africano? te deliras, leopardo. He querido únicamente probar la fortaleza de tu alma, la entereza de tu corazón. ¿Esterrado de Bahara, si un día tu amo y señor talia á sabidas á tu señor, ó á alguno de sus deberes como caballero, clavale tu daga hasta el pomo. Yo te frente, te anticipo el perdón y te en cargo que no te hieras tú. Un infame no merece criado tan leal y valiente.

—Allí encarpó sus delgados labios, dejando ver parte de las dos hilas que formaban sus chapuzsimos dientes.

—Pienso, gran señor—le contesto con placer—que vales tanto como mi señor; pues áun cuando ella pudiera elevarse algo más que tú, no hay en la tierra hombre alguno tan digno de llamarse su esposo.

—¿Otra vez me adulas?

—No, es que cada día te voy conociendo mejor.

—Grandes, negro. ¿Qué hora será?

—Batando que se acerca la media-noche.

—¿Me desbudas?

—Con mucho gusto. ¿Vamos mañana hacia Xaraxox?

—Y muy deprisa, que quiero acabar pronto la presente jornada.

—Ayo y criado se dirigieron al dormitorio donde ambos debían descansar.

—La ciudad continuaba tranquila y silenciosa; conquistados y conquistados dormían sin temor alguno, fados, unos

CAPÍTULO XXX.

Otro encubierto.—Régia visita.—La voluntad de Lara.—El convenio de Albarracín.

La noticia de la gran victoria conseguida por el conde de Lara, y la derrota de los partidarios de la Cerda y de sus aliados, corrió como un chispazo eléctrico por la entonces dividida España, llenando á unos de alegría y contento y á otros de temor. El rey D. Sancho, sus amigos y casi todos los castellanos sintieron un júbilo que rayaba en delirio, mientras que en Aragon temblaron hasta los mas valientes. Perdida la batalla de Cuenca y en una dispersion tan completa los ejércitos aliados, temian con fundamento que nadie osaria contener el arrogante paso del venturoso caudillo. Muy conocidas eran su hidalguía y generosidad; mas sostener una guerra contra tan victorioso y afortunado general no le convenia al pueblo aragonés, pues suponía, con razon, que su valeroso esfuerzo no podria detener el torrente de los leones del Saucejo. Por eso grandes y chicos se condolían del presente, que miraban con algo de terror, fundando su única esperanza en una honrosa transacción que los librase de la guerra que tan cerca veían.

El jóven monarca pensaba lo mismo que su amado pueblo, y en estos instantes meditaba en una solucion pacífica, pero que no llevase consigo la deshonra. Oyó primero á sus más leales consejeros; despues á algunos nobles que no eran cortesanos, y últimamente escuchó la opinion pública que era la que más abiertamente exhalaba el grito de temor. Cuando todos emitieron su parecer, reflexionó detenidamente, concluyendo por tomar, en tan críticas y azarasas circunstancias, una resolucion extrema, única en su concepto, que podia salvar el honor y asegurarle la vacilante corona que oscilaba sobre sus sienes. Era jóven, emprendedor, osado, y aún cuando le faltaba experiencia no carecia de talento. La causa de D. Alonso la Cerda le cegó, pero la derrota sufrida, abrió sus ojos, y en este momento veia más claro que nunca.

Era, segun indicacion de Alí, muy cerca de la media noche cuando llegaron á una de las puertas de la ciudad de Albarracin cuatro caballeros, cubiertos desde los piés á la cabeza con férreas armaduras: llamaron, les preguntaron quiénes eran y qué querian, contestó uno de ellos que deseaban ver al conde de Lara y les abrieron la puerta, penetrando sin impedimento alguno; pues los guardas no tenian órden de detener á nadie; ántes al contrario, se prestó uno de ellos á acompañarlos hasta el palacio del caudillo á quien intentaban visitar.

De este modo atravesaron calles y plazas, quedando admirados del silencio que reinaba en Albarracin, y del sosiego y recogimiento de los soldados del conde; solo ellos interrumpian ahora aquel con las pisadas de sus potros y el choque de las armaduras. Ni una sola frase se dirigian, miradas ni movimiento alguno que pudieran indicar la clase á que pertenecian ó el objeto que les llevaba ante el poderoso vencedor de Cuenca.

De este modo, con la cabeza inclinada y siguiendo á su guia, llegaron al alojamiento del conde, el cual se hallaba

cerrado, sin centinelas ni aparato que demostrase habitar en él el famoso caudillo castellano.

Uno de los cuatro llamó, abriéndose la puerta y preguntándole uno de los caballeros de Lara:

—¿Quién sois y qué queréis?

—El interpelado echó pié á tierra, se acercó al otro cuanto pudo, y sin alzarse la celada, le dijo:

—Somos aragoneses, nacimos en ilustre cuna y el más elevado de los cuatro que veis, trae una mision secreta cerca del señor conde de Lara. Si este puede recibirle y respetar su incógnito se lo agradeceremos mucho y nada en ello perderá.

—La hora no es á propósito para tal embajada; mas sois enemigos nuestros y el conde recibe á sus contrarios á todas horas, en todas partes, solo y como querais. Pasad, que en vuestra casa os hallais y mientras lleveis guardados los aceros nada os faltará en este palacio.

Los tres restantes dieron gracias al caballero que les dirigia la palabra, se bajaron de los caballos y penetraron en el zaguan del edificio. Inmediatamente salieron varios criados del Temerario, unos cogieron los potros de los recién venidos y otros con hachas encendidas acompañaron al jefe castellano y á los cuatro incógnitos, subiendo así al piso principal.

—Esperad aquí—dijo el caballero—los tres que acompañais al que desea hablar con el señor conde, y el cuarto que me siga.

Y se internó con uno de ellos en las habitaciones del alcázar, mientras sus compañeros se arrellanaban en blandos divanes de que estaba rodeado el gabinete donde se hallaban. Los otros dos entraron en el salon principal, y cuando estuvo este perfectamente alumbrado, salió el caballero de Lara, diciéndole al encubierto:

—Tened la bondad de aguardar aquí, que áun cuando el señor conde debe estar descansando, no dudo que os recibirá.

Nada contestó aquel; le hizo un movimiento de cabeza como dándole las gracias, y comenzó á pasear por la estancia, triste al parecer, con la cabeza inclinada y entregado á profundas meditaciones.

Un cuarto de hora estaria esperando, cuando vió abrirse una puerta, asomando á la vez la arrogante figura del Temerario. Llevaba la túnica de terciopelo morado, pantuflas bordadas de oro y la cabeza descubierta; no ostentaba espada ni daga; avanzó diez pasos, saludó al incógnito y quedó parado. Este le contestó con otra reverencia, se acercó lentamente y le dijo:

—Perdonad, señor conde, la hora en que vengo á molestaros; de no obligarme una causa poderosa, no hubiera interrumpido vuestro tranquilo sueño.

Y el encubierto, al través de su celada dirigió una mirada ansiosa al envidiable y varonil caudillo. Pedro contempló á su huésped, replicándole:

—No me violento al dejar el lecho; no dormia cuando llegasteis, ni el cansancio y sueño consiguieron rendirme. Acudo á vuestro llamamiento porque el deber me lo impone y nada hallo en vuestra visita que necesite perdón, ni en mí que merezca agradecimiento.

—Soy aragonés, y vuestro enemigo.

—Ahora sois mi huésped y estais en vuestra casa. Honrad ese asiento, que nada perdereis en ello y yo ganaré.

El incógnito le hizo otra reverencia demostrando con ella su gratitud y ambos se sentaron.

—Mucho cuenta la fama de vos, noble conde—le dijo aquel—mas no veo injustas las alabanzas que os tributan.

—Dicen que soy afortunado, y acaso llegue mi suerte hasta el punto de presentarme ante los hombres, ménos imperfecto de lo que en realidad soy.

A pesar de lo que todos hablan de vos, pensé no hallaros tan cortés con un poderoso rival.

—Solo veo á mis enemigos en el campo de batalla.

—Luego respetaréis mi incógnito.

—¿Por qué no?

—¿Y si el asunto que vengo á tratar con vos fuese de suma importancia?

—Lo mismo.

—¿Me creereis bajo la palabra de caballero?

—Sí.

—Represento al rey de Aragon, y deseo hablaros en su nombre. ¿Quereis pruebas?

—No.

—¿Sereis esplicito?

—Hasta donde pueda.

—Quiero entonces abreviar para no turbar mucho tiempo vuestro reposo.

—Tiempo me quedará para dormir. Hablad cuanto gustéis; con rodeos ó sin ellos; con franqueza ó sin franqueza; de todos modos os he de oír comprendiendo lo que vos queráis, y acaso un poco más de lo que expresen vuestros labios.

—Puede que no, que anhelo contaros cuanto yo sé, sin ocultar nada; que no aprendí á fingir ni á caminar dando rodeos por senderos ocultos y escabrosos.

—Véamoslo.

—Escuchad.

El encubierto exhaló un suspiro, é inclinando la cabeza meditó algunos instantes, añadiendo despues:

—El rey de Aragon, vencido en Cuenca por vos, os ha visto penetrar en su reino y piensa que llegais como conquistador.

Calló, fijándose en Lara. Este le contestó:

—El monarca aragonés, penetró no há mucho en Castilla y juzgo que iba como usurpador.

—No, por Dios, que nada pretendia para él; protegia simplemente las aspiraciones de un desgraciado huérfano, su pariente y amigo.

—Le hallé en casa agena, sin permiso de su dueño, lo eché de ella y entré en la suya; eso es todo.

—¿Venís á quitársela?

—¿Os interesa mucho saberlo?

—Tanto como á su dueño.

—Pues mas adelante lo veréis.

—¿Quién me lo dirá?

—Los acontecimientos.

—Sois noble, valiente; vuestra fama de hidalgo corre por el mundo; y no es posible que pretendais lo que no es vuestro sin prevenir al que se halla en tranquila posesion de lo que le pertenece.

—Preguntad de un modo más terminante.

—El rey de este país os ruega me digais si venís con ánimo de arrebatarle su trono.

—¿A qué pensais que haya entrado en él?

—Pudiera bastaros con reconquistar la ciudad de vuestro tio.

—No me traen asuntos propios ni de familia, ni me importa de quién era ni de quién es esta plaza; descañse en ella como en otro punto cualquiera del reino; voy mucho más allá.

—¿Llegareis á Zaragoza?

—Y seguiré adelante.

—¿Qué podrá detener vuestro paso, sin más deshónra para el rey ni otra sangre que la ya vertida?

—Me preguntais lo que no puedo deciros.

—¿Hay algo que sea suficiente á impedir vuestra marcha?

—Dos cosas: un ejército capaz de vencer al mio, ú otra que me reserve.

—¿Y podria aceptar la última un poderoso monarca, sin mancillar su honor ni menoscabar su poder?

—Creo que sí.

—Y para tal extremo, ¿qué sería preciso?

—Que el rey me lo preguntase.

El incógnito se alzó la celada, contestándole:—

—El rey os lo pregunta, noble conde.

Lara se puso en pie, añadiendo:—

—Gran honra me otorgais, pero no me háceis favor alguno; que estando en mi poder, os hallais libre y tan bien defendido como encontrándoos entre los vuestros.

—Sentaos, ó me obligareis á que me levante; y os advierto que he corrido mucho esta noche.

—Gracias; siento no haber conocido antes á V. A.

—¿Teneis ámplios poderes de D. Sancho?

—¿Para qué los necesito?

—¡Es verdad! ¿Qué medio es ese que podrá detener vuestro paso?

—Una alianza leal, íntima, entre los reyes de Castilla, Aragon, Francia y Navarra; un completo olvido de lo pasado, y el merecido castigo á los Cerdas, autores del conflicto, por su sangrienta rebelion.

—¿Quién los ha de juzgar?

—Vos y yo.

—¿A qué debemos condenarlos?

—A vivir en un castillo, donde no puedan prender de nuevo la tea de la discordia.

—¿Qué más?

—Eso solo.

—Lara, ¿nada más quiere Sancho IV?

—Nada más; tiene bastante con Castilla y Leon.

—Y vos ¿qué pretendéis? pedid cuanto os plazca, todo os lo concedo.

—Únicamente os exijo que me permitais volver á Castilla al ser de dia.

—Conde de Lara, en el campo de batalla nadie os puede igualar; fuera de él sois inimitable.

—Bondadoso encuentro ahora á mi descubierto enemigo.

—Callad esa palabra; vuestro amigo. Hé aquí mi mano, estrechadla, así. ¿Qué seguridades quereis antes de partir?

—Ninguna. Mañana dejaré en libertad á todos los prisioneros; despues os mandaré á D. Hernando la Cerda; encerrad á los dos hermanos, ahogando de este modo su loca ambición; haceos despues amigos los soberanos de Aragon, Navarra y Francia, del de Castilla y de Leon; no turbeis nuestra tranquilidad, y mis leones del Saucejo no saldrán más de entre sus agrestes breñas.

—Mañana solicitaré, en mi nombre y en el de mis aliados, la amistad de D. Sancho IV; y en breve quedarán en su encierro D. Alonso y D. Hernando la Cerda. Si deseais que se extienda un convenio...

—¿Hay algo en el mundo que valga para V. A. más que su palabra?

—Nada.

—Entonces ¿para qué lo quiero?

—Conde, pedidme algo.

—Os hallo tan afable y cortés que me atrevo á demandaros un favor.

—¡Con cuánto gusto os lo voy á hacer!

—Es una gracia, que estareis en vuestro derecho si me la negais.

—Hablad, amigo mio.

—Al conquistar la ciudad de Albarracin...

—Se la devuelvo á vuestro tio, con mucho gusto.

—Perdonad, señor, pero nó es eso lo que quiero. Mi tio se la dejó quitar, y bien está sin ella; ¡quien no supo defenderla, no sabrá gobernarla! Si en lo sucesivo desea obtenerla, que venga por ella y os la arranque del modo que vos lo hicisteis nó há mucho. Lo único que pretendo de vos es que devolvais los bienes confiscados á las familias de los valientes que murieron defendiendo la plaza; pero como un acto de vuestra régia bondad; y sin que nadie sepa que yo lo he solicitado de vos.

—Lo haré; mas no veo en eso ningún bien para el conde de Lara.

—Gran señor, me dió la suerte más de lo que necesito. Os pido esa gracia porque no há muchó ví á una pobre viuda que, aunque indigna del apellido de su esposo, imploró merced y la hallé desamparada.

—Mañana mismo firmaré el decreto, devolviendo todo lo secuestrado en Albarracin.

—Os quedo muy reconocido y obligado.

—¡Bien sabe Dios cuanto me pesa que nada necesitéis!

—Yo me alegro, alteza, que es enojoso verse precisado á mendigar beneficios.

—Os regalaria gustoso un condado en Aragon.

—Gracias, señor; ni el de Castilla, que heredé de mis abuelos, me hace falta para nada. Perdonadme si no lo acepto, pues si obrase en contrario, se ofenderia mi rey al verme admitir de otro lo que rehusé de él.

—¿Nada os otorgó D. Sancho?

—Solo su amistad; pero á mi ver, vale más que sus estados.

—Tambien os he dado yo la mia, conde.

—En prueba de que la creí sincera, os he pedido un favor.

—Sí, me demandasteis una gracia, y en verdad que quedé sorprendido al escucharos; el vencedor de Cuenca podia imponer, mandar, y yo no le hubiera negado nada.

—Teneis razon, gran señor; eso se acostumbra en tales casos; pero el conde de Lara no abusa jamás de nadie, y ménos de aquel á quien tuvo la suerte de vencer. Nada necesito, mas áun cuando sucediera lo contrario, no por eso os exigiria algo en la presente ocasion.

—De ese modo, noble conde, prolongáis la victoria adquirida en las batallas hasta la misma tumba, que un dia esconderá vuestras cenizas; obrando con esa hidalguía jamás concluye ni se empaña la gloria conquistada en el campo del honor.

—Será así, pero no es tampoco esa noble ambicion la que

me aconseja en tales ocasiones; es simplemente el estricto cumplimiento de mi deber.

—Seguid ese camino, y amigos y contrarios inclinarán la frente ante el poderoso caudillo castellano. ¿Decididamente partís mañana?

—Si V. A. no necesita de mí, en eso pienso.

—Favor por favor, conde de Lara.

—Mandad, gran señor.

—Voy á hacerlo. Al ser de dia que marche vuestro ejército, quedaos solo con vuestra escolta; á las doce regresaré á Albarracin, y á las dos comeremos juntos. ¿Aceptais el banquete?

—Con mucho gusto, que seré honrado en él por uno de los monarcas más valientes y poderosos.

—A la vez os entregaré un despacho para vuestro rey; nadie como vos puede darle direccion.

—Cumpliré vuestro deseo.

—¿Querrá acompañarnos ese incógnito, cuyo renombre se elogia ya en todas partès?

—Creo que no; para comer es preciso alzarse la celada, y se guarda mucho de mí.

—Lo siento, pues anhélaba conocerle.

—Tambien yo lo deseo, mas hasta ahora no ha querido complacerme.

—Cuentan prodigios de su valor, destreza y genio.

—Es preciso verle para juzgar de él; asombra su talento, habilidad y direccion en los combates.

—Lara ¿quién podrá ser?

—Me pierdo en conjeturas, señor. Manda á príncipes, lleva en blanco la firma del rey de Castilla; todos inclinan la cabeza ante él, y la mayor parte le desconocemos.

—Dicen que vela por vos con solícito interés.

—Es verdad; me ha salvado la vida, y en todas sus acciones he visto el sello de una verdadera amistad.

—Entoncés os conoce.

—Parece lo probable; mas yo no he podido comprender quién es.

—Acaso Mahomad II; ¿le conoceis personalmente?

—Sí señor; es bastante mas alto.

—¿Y el rey de Marruecos?

—En cuanto á ese respondo. Jacob es el enemigo más encarnizado que tenemos D. Sancho y yo.

—¿Saben quién es los monarcas de Castilla?

—Sí, señor; casi siempre está encerrado con la reina.

—Entonces no me queda duda que es un hermano de doña María.

—Lo he sospechado; mas no tenía noticia que hubiese en la familia de Molina un genio como ese.

—Será el menor, D. Enrique.

—Aseguran que está en Leon, enfermo y próximó á morir.

—Habrán inventado esa historia para que pueda guardar mejor su incógnito.

—No será extraño.

—Con vuestro permiso me retiro, conde, que ya os he molestado bastante.

—Dichoso me he creído con tan honrosa compañía. ¿Me permitis que os acompañe al punto donde vais?

—No, por Dios, que bastante habeis trasnochado.

—¿Quereis mi escolta?

—Tengo en vuestro palacio tres grandes de Aragon, y cerca de las murallas de Albarracin doscientos caballeros. Gracias, conde, descansad, y que nadie se violente por mí.

—¿Deseais que permanezca oculta vuestra llegada á esta plaza?

—Quiero que todos sepan que os he venido á visitar.

Ya en pié el monarca aragonés y Pedro el Temerario, se acercó este á la puerta del salon exclamando, con voz que se oyó en todas las habitaciones del alcázar:

—¡Ola! mis caballeros y vasallos; ¡corred á la escalera y

zaguan! ¡Paso á S. A. el rey de Aragon! ¡Honrado sea como el monarca de Castilla!

Luego se dirigió al soberano, añadiendo:

—Si durante la guerra, ó al terminarla esta noche, os he podido faltar ó alguno de los míos; si algo habeis notado en nosotros reprehensible, descortés ó impropio del que nació caballero, perdonadlo, gran señor, que no siempre acierta el mísero mortal. Solo Dios vino perfecto á este valle de amargura.

—Callad, conde; no es posible más valor, ni cabe más cortesanía, más noble proceder. Entré con el corazón palpitante, los ojos húmedos y la huella del temor en mi rostro; salgo de aquí dichoso, que todo lo traía perdido y todo lo llevo ganado. Hé aquí la prueba:

Y el rey abrió los brazos, estrechando tiernamente al valeroso Pedro.

—Gracias, noble señor.

—Adios, Lara; hasta mañana á las doce.

Los salones inmediatos, pasillos, escalera y zaguan se hallaban ya llenos de caballeros y vasallos del conde, que con hachas encendidas, despedían al soberano. El Temerario le acompañó hasta la puerta, donde montó á caballo, y seguido de sus tres caudillos partió sin permitir que se molestase ninguno de los que servían á Lara. Este se dirigió á su alcoba hallando á Alí que le esperaba para desnudarle.

—Amo mío—le preguntó—¿nos dejarán dormir esta noche?

—Creo que sí. ¿Nos oistes?

—¡Qué habia de hacer! me lo ha impuesto mi señora.

—¿Dónde estabas, negro?

—Al lado de tí, señor.

—¿Te habrá visto el rey de Aragon?

—No, me cubria una cortina.

—Es decir que el leopardo se convirtió en araña.

—Me lo manda doña Blanca...

—¿No abusas de las instrucciones que te dió?

—Al contrario, faltó algunas veces

—Explicate.

—No lo pierdas de vista un solo instante—me dijo—y por desgracia no siempre puedo estar cerca de tí.

—La entrevista que acabo de tener abreviará el regreso de tu señora. Mientras yo me entretengo en el sitio de Tarifa, D. Ricardo se encargará de fletar un buque y de partir con numerosa comitiva en busca de ella. Después que tomemos la plaza regresamos á Sevilla, nos despedimos de SS. AA. é iremos á recibirla.

—Creo, amo mio, que sería más conveniente fuese por doña Blanca treinta ó más zegríes. Esa poderosa tribu es temida y respetada en todo Oriente, y entre ellos vendria más segura.

—Es que yo no puedo mandar á esos caballeros.

—Ciertamente; mas el príncipe Muza y el de la cruz roja lo harán con mucho gusto.

—Tienes razon, mañana se lo diré al príncipe.

—Difícilmente, amo mio; el encubierto y Muza saldrán antes de una hora de Albarracin, y lo probable es que no los vuelvas á ver hasta que llegemos á Tarifa.

—Pues sería conveniente que nos ocupáramos ya del regreso de doña Blanca. Si; esa plaza no debe tardar mucho en caer en nuestro poder; Castilla y Leon quedan en tranquila calma, y yo anhele tener á mi esposa cerca de mí. ¿Tienes sueño, africano?

—No, amo mio, ¿quieres que hable al caballero de la cruz roja?

—Sí, y al príncipe; no pierdas un instante. Diles de mi parte, que encarguen á sus zegríes el regreso del gran tesoro que amo en el mundo; más les agradeceré esta accion, que la practicada en mi obsequio en la Plaza Mayor de Ecija. Sí, Alí, Blanca vale para mí infinitamente mas que la existencia.

—Vuelvo al instante, señor.

—Te espero despierto.

—Te traeré buena noticia.

—Parte.

—Al momento.

Salió el negro, mientras el conde de Lara, sentado sobre el lecho con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, se entregaba á gratos pensamientos que halagaban á su mente y hacian palpitár de júbilo su corazón.

Se quitó un retrato que llevaba al cuello, pendiente de una cadena de oro, y lo contempló con amoroso afán, exclamando:

—¡Qué hermosa es!... Otra vez volveré á oír su argentina y dulce voz. Sus manos suaves, perfumadas y de color de armiño, se enlazarán nuevamente con las mias, mientras sus labios de rubí vierten aroma celestial, ternura de ángeles y encantos desconocidos, y todo esto seguido de la palabra amor; de la frase «¡te adoro!» ¡Qué desgraciado soy lejos de ella y qué feliz tornaré á ser entre sus brazos!... ¡Nadie te iguala en belleza, preciosa hurí, ni en talento, fortaleza de espíritu y valor! ¡Qué hermosa es!

Y Lara besó repetidas veces la efigie de su esposa, trasladada á un pequeño pedazo de marfil, que formaba el retrato, el cual humedecía ahora con su poderoso aliento. Después añadió:

—Primera y última separacion; por segunda vez regalo el trono de Castilla y de Leon á mi amigo Sancho; no creo que tenga queja. Si en lo sucesivo necesitase de mi apoyo correrán en su ayuda los valerosos hijos del Saucejo, que al terminar esta jornada me consagraré por el resto de mi vida á mi inolvidable esposa. Todo con ella y para ella; nada quiero, nada haré lejos de su incomparable faz.

Y el enamorado caballero continuó mucho tiempo besando la miniatura, contemplándola, y entregado á ideas tan agradables como la esperanza que en aquellos momentos le halagaba.

— Por fin, vino á sacarle de tan delicioso éxtasis su fiero leopardo, el cual penetró en la estancia, se acercó al lecho y le dijo:

—Aquí me tienes, amo mio.

—¿Dormían esos señores?—le preguntó el atleta, guardando el retrato.

—No; há poco les despertaron, y cuando llegué se preparaban á marchar.

—¿Hablaste con ellos?

—Sí.

—¿Partirán los zegríes?

—Inmediatamente.

—¿Se ofrecieron gustosos?

—Solo anhelan complacerte.

—Ese favor lo estimo más que ninguno otro.

—Lo supongo.

—¿Encargarán que el buque sea lo mas seguro posible?

—En eso piensan.

—Alí, poco más de un mes nos queda de tan terrible separacion.

—Antes, señor, mucho antes...

—¿Cómo?

—Si el viento es favorable...

—Pero si es contrario, si rujén los aquilones, si su barco naufraga como el mio. ¡Oh! ¡terrible idea acaba de llegar á mi mente!... ¡Durmamos, negro, durmamos, ya que Dios nos permite unas cuantas horas de descanso en el proceloso mar de la vida! ¡Solo un momento consigue el hombre la anhelada dicha en este valle de dolor! ¡A cada idea halagüeña que llega á nosotros la reemplaza otra negra, atormentadora, insana! ¡La copa del placer apurada siempre; la del dolor rebosando continuamente! ¡Mares, vientos, huracanes, por qué no habia yo de poder dominaros siquiera treinta dias! ¡Ay! ¡durmamos, Alí, que á la esperanza mia siguió un tormento que necesito ahogar con el sueño!

—Durmamos, señor, y esperemos tranquilos á doña Blanca; que vela por ella la terrible maga, y esa hechicera la quiere mucho, amo mio, mucho.

—Dios proteja la vida de ese ángel si yo he de existir en el mundo!

Poco despues dominó el sueño á aquellos dos valerosos gigantes. A pesar de los suspiros del uno y de la esperanza del otro, ambos fueron presa de esa calma apacible que jamás los abandonaba al caer sobre el lecho.

Dejémosles descansar por esta noche, ó mejor dicho, por esta madrugada; pues al cerrar los ojos comienza á amanecer.

—¡Hablaste con...
—¿Dormian esos señores?—le preguntó el...
—Solo estaban complacidos.
—Ese favor lo estimo más que ninguno otro.

—Lo supongo.
—¿Descargarán que el padre sea lo más seguro posible?
—En eso piensan.
—Ah, poco más de un mes nos queda de tan terrible se-

paración.

—Antes, señor, mucho antes...

—¿Cómo?

—Si el viento es favorable...

—Pero si es contrario, si rujan los apulones, si su barco naufraga como el mio! ¡Oh! ¡terrible idea aceda de llegar á mi mente!... ¡Durmamos, negro, durmamos, ya que Dios nos permite unas cuantas horas de descanso en el precioso mar de la vida! ¡Solo un momento consigno el hombre á cada idea que en este valle de dolor! A cada idea que llega que llega á nosotros la recompensa otra negra, otra mentadora, insana! ¡La copa del placer aguarda siempre; la del dolor reposando continuamente! ¡Mares, vientos, buracas, por que no había yo de poder dominar siempre treinta días! ¡Ay! ¡durmamos, Ah, que á la esperanza me siguió un tormento que necesito ahogar con el sueño!

CAPÍTULO XXXI.

Banquete.—Régia despedida.—Otra vez á Ecija.—Los monjes de San Basilio.

Media hora despues de haber quedado el conde de Lara y su leopardo entregados al mas profundo sueño, partieron de Albarracin el caballero de la cruz roja, el príncipe Muza, los jefes de tribu y cuantos caballeros cristianos y moros les obedecian. Sin ruido ni aparato alguno de guerra, montaron todos en sus briosos corceles y salieron de allí. El incógnito iba enmedio de Muza y de su escudero, conversando con los dos, y muy alegre y satisfecho, al parecer, del desenlace dado á la sangrienta cuestion que los encaminó á aquella comarca; hasta entonces demostraba haber sido una poderosa egida que habia salvado á Pedro de Lara, de los azares con que la traicion y la maldad intentaron detener su arrogante paso; más que la defensa del trono de Castilla y de Leon, significaron ocuparse de la persona del héroe castellano, el cual solo acostumbraba á vencer frente á frente, en el campo del honor y sin ardidés ni emboscadas de ningun género.

O el encubierto y el príncipe Muza amaban al conde más que á los soberanos de Castilla; ó comprendiendo que bastaba con aquel para destruir todos los enemigos de estos,

se contraían á la defensa del caudillo, cuyo único defecto era su excesiva nobleza y confianza de sí propio.

Sea de esto lo que quiera, y dejando á la historia que más adelante nos aclare el misterio, es lo cierto que Muza y el de la cruz, penetrando siempre los secretos del conde, marcharon de Albarracin, juzgando inútil su permanencia en una ciudad donde solo podia haber para ellos unos aplausos y ovacion que rehusaban, creyendo que tal recompensa debia recibirla el jefe de los montañeses.

¿Hacia donde caminaban? ¿qué se proponian adelantándose al ejército de Lara? No lo sabemos. El incógnito enterado por Ali de los planes y pensamientos del Temerario, sujetaba á ellos su conducta, pero no se tomaba la molestia de participar á nadie las ideas que abarcaba su mente y que intentaba realizar en lo futuro; reprendia á su escudero por las preguntas que continuamente le hacia, elogiaba la reserva del príncipe, el cual se contraía á obedecerle, y solo en el momento crítico mandaba, dirigia y hasta avasallaba con su irresistible genio, desmedido valor é intrepidez asombrosa.

Una hora despues que los musulmanes, formó el ejército del conde de Lara, y puesto á su frente D. Ricardo, marchó tambien de Albarracin, sin hacer tampoco ostencion alguna, ruido ni demostrar el bélico aparato con que penetró en la plaza.

Los habitantes de la ciudad quedaron admirados el ver aquella retirada repentina y la que ninguno podia explicarse; sus cálculos y comentarios venian á destruirse ante la completa ignorancia de la causa que motivaba aquella contra-marcha, sin que les fuera dable aceptar opinion alguna de las emitidas sobre el abandono en que les dejaba el ejército vencedor.

El temerario conde, quedó en su alojamiento con su escudero Ali y cincuenta caballeros, que debian componer ahora su reducida escolta. De este modo continuó entregado á su

tranquilo sueño, hasta las nueve de la mañana que abrió los ojos, é incorporándose sobre el lecho, exclamó:

—¡Alí!

No contestándole el negro, le llamó nuevamente, alzando la voz cuanto pudo. Poco despues entró el africano, preguntándole:

—¿Me llamabas, señor?

—Sí. ¿Partieron mis montañeses?

—Una hora despues que los musulmanes.

—Es decir, que quedamos en Albarracin cincuenta y dos.

—Con veinte criados.

—¿Me han traído algun pliego?

—No.

—¿Qué dicen los habitantes de la ciudad?

—Comentan la retirada de tus vasallos y la llegada de los aragoneses.

—¿Han entrado muchos?

—Unos mil ginetes; la mayor parte de los que rodeaban al rey de Aragon. Por órden del jefe que los manda se han puesto colgaduras en los balcones, y el pueblo se prepara á recibir dignamente al soberano, el cual hará su entrada pública á las doce.

—Eso yá lo sabíamos, Alí.

—Habrà repique de campanas, danzas, festejos y se aclamará, con la lengua, al monarca de Aragon, con el corazon á tí.

—Visteme y nos dispondremos á participar de la fiesta, que algo nos toca.

—¿Qué traje, señor?

—De córte, africano, que vamos á ser honrados en régio banquete, dado en loor nuestro.

—¿Te he de acompañar?

—No tengo en Albarracin mas escudero que tú.

—Para tal funcion no es muy propio el color mio. ¿Por qué no te sirves de un caballero?...

—Porque pienso que me sigas tú, y al que no le agrade lo negro de tu epidermis que cierre los ojos.

Lara se cubrió con rico traje de corte, tomó un ligero desayuno y esperó tranquilo el regreso del monarca aragonés.

A las doce en punto echaron á vuelo las campanas de la plaza, corrió el pueblo en direccion de la puerta de Zaragoza, y poco despues penetró el jóven soberano, siendo victoreado por sus vasallos y algunos de la poblacion. Las autoridades volvieron aquella mañana y en este instante le recibian acompañándole hasta el palacio del alcaide ó gobernador, donde quedó hospedado.

Callaron las campanas, salieron los músicos y entonaron himnos melódiosos, mientras las danzas corrian de un lado para otro, componiendo el conjunto de la funcion un festejo al rey, cuya causa ignoraban todos á excepcion de este, el Temerario y su negro Ali.

Una hora más tarde salió de su palacio el monarca con traje de corte, seguido de veinte grandes y hasta cien caballeros. Cruzó la primera calle, entró en otra, quedando parado á la mitad de ella: se dirigía al palacio de Lara, con ánimo de visitarle, y en este momento se encontró con él, que por el mismo camino corria á saludarle. El conde iba á la derecha de Ali, llevando detrás sus cincuenta caballeros.

Frente á frente el Temerario y el rey, abrió el último los brazos y quedaron unidos, vencido y vencedor. Entonces comprendieron las respectivas escoltas, las autoridades y parte de la poblacion, la causa de aquellos festejos. La noticia de este abrazo corrió de boca en boca como un chispazo eléctrico: «concluyó la guerra» exclamaban nobles y plebeyos; guerreros y paisanos; se retrató la alegría en todos los semblantes, y no hubo un solo aragonés que dejase de victorear á su rey, que no aplaudiese al Temerario. Se trataba de un enemigo noble, hidalgo, generoso, querido y

admirado de propios y extraños; por lo cual, en el instante que dejaron de ver inclinada hácia ellos la poderosa moharra de su lanza, le tendian las manos, le cantaban himnos y trocaban con gusto su anterior encono por una admiración que honraba tanto al caudillo castellano como al noble y leal pueblo aragonés que se la tributaba.

El rey y el conde de Lara se estrecharon tiernamente, según acabamos de decir, formando un extraño contraste sus ricos y ligeros trajes de seda, con los pesados yelmos de que iban cubiertos los individuos que componian el acompañamiento de ambos.

—Seguid—le dijo el monarca aragonés—iba á vuestro alojamiento y quisiera que me recibieseis en él.

—Señor—le contestó Lara—me encaminaba á vuestro palacio, con ánimo de devolveros la visita que tuvisteis la bondad de hacerme esta noche; y desearia merecer de V. A. me permitieseis os acompañara á vuestro alcázar; que harta merced me estais dispensando aquí y no poca me aguarda en vuestra mesa.

—¿Teneis empeño en que sea así?

—Mucho, gran señor.

—Pues dadme vuestro brazo y que vean mis vasallos cómo trata su rey al que há poco era su mayor enemigo.

Ambos se enlazaron, se unieron sus respectivas comitivas, dirigiéndose á la morada de S. A. Las dos calles que debían atravesar se llenaron de nobles y plebeyos, los balcones se cubrieron de damas, comenzaron á arrojar hojas de flores, continuó la ovación, siendo el monarca y el conde, su amigo, objeto de una alegría y expansion que rayaba en delirio; si bien la verdadera causa la motivaba la paz que nacia de aquella union de los dos poderosos que marchaban cogidos del brazo.

Llegaron al alcázar y encerrándose en el despacho dispuesto al aragonés, hablaron por espacio de una hora, en cuyo instante recibió el conde una extensa carta dirigida á

D. Sancho, en la cual le aseguraba el de Aragon que no volveria á interrumpir la tranquilidad de Castilla, ofreciéndole su amistad y la alianza de Navarra, Francia y Aragon. Despues hablaba de Lara, en términos tan honrosos para el caudillo castellano, que excitaron su agradecimiento hasta el extremo de obligarle á exclamar:

—Gracias, noble monarca; me creo indigno de frases tan lisonjeras y de un afecto que yo no puedo recompensar. Imposible parece que haya podido trazar estas líneas el que no há mucho se batia en emboscada que debia necesariamente repugnar á su hidalgo corazon.

—Lara—le contestó el soberano con rubor—no mereció mi agrado ni asentimiento; mas éramos cuatro y acaté el voto de la mayoría. Quisiera, amigo mio, que olvidásemos para siempre tan triste jornada. Mientras yo atacaba por la espalda á vuestras valerosas huestes, se volvieron estas hácia mí, y entonces pude comprender una bizzarria de que no tenía conocimiento. Eran admirables el valor, destreza y abnegacion de aquellos montañeses y selvícolas; y no lo eran ménos la direccion, acierto y cariño de los mil caballeros que, exponiendo sus vidas á cada instante, defendian las de vuestros vasallos, los conducian á la pelea y velaban por ellos como un padre pudiera hacerlo por sus hijos. Hasta aquel momento no creí posible ver hermanadas la fuerza y la ternura, la arrogancia y la subordinacion. Juzgué que vuestros soldados serian efectivamente una excepcion de la regla; pero en mi mente los hacia osados y temerarios; mas sin orden, concierto, disciplina ni regularidad en sus movimientos y modo de luchar. Recibid mi enhorabuena por el mérito de vuestros soldados y no hablemos más de esa batalla, en la que todo fué grande y afortunado para vosotros; ruin y desgraciado para mí.

Calló el soberano, Lara se guardó el escrito, y despues de contemplar á aquel, neutralizó los efectos de la triste idea que le atormentaba con las siguientes frases:

—Señor, la embosecada que usasteis hace tres días, es admitida en la guerra y suele practicarse hasta por los ejércitos más valerosos y disciplinados. A vos os repugnaba, como me hubiera sucedido á mí, por razones que comprenderéis fácilmente; pero en nada amenguó el hecho vuestro renombre de valiente y de generoso. La causa era mala, os alucinaron las palabras de un mendigo de tronos, y eso es todo. Si errasteis al principio, no cabe más prudencia y acierto al concluir; oid los aplausos de vuestro pueblo y en ellos encontrareis la prueba. Perder una batalla es tan común como ganarla, y no hay rey ni general en el mundo que nó venza y sea vencido continuamente.

El monarca miró al conde, preguntándole con melancólica sonrisa:

—¿Caudillo castellano, cuantas habeis perdido vos?

—Dicen que formo una excepcion de la regla, y á ser cierto no puede citarse mi historia en el caso presente.

Hasta las dos permanecieron hablando, en cuyo instante pasaron al comedor y se sentaron á la mesa.

El banquete que en estos momentos daba el aragonés al hijo del Saucejo, era digno de un rey. Cuatro músicas entonaban alegres melodías; eran servidos por caballeros principales, abundaban los manjares, y el conjunto de la fiesta era sorprendente. Comian, el rey á la cabecera con Lara, á quien daba su izquierda; y en el resto de la mesa habia cincuenta grandes de Aragon y todos los caballeros del conde. Unos y otros se obsequiaban continuamente, reinaba entre ellos gran satisfaccion, y en las tres horas que duró el festin no desapareció un momento la alegría con que empezara y concluyó.

Despues pasaron todos al salon principal, y contra la voluntad del conde de Lara, recibió este de mano del rey cuantas distinciones se conocian en Aragon; siendo nombrado á la vez grande del reino. El modesto castellano tuvo que aceptar con rubor aquellos honores tan deseados por la

generalidad y los que él veía con desden y hasta menosprecio; pero á fuer de hidalgo, demostró al monarca su agradecimiento, patentizó la nobleza de alma del jóven soberano, y despidiéndose de este y de sus grandes, partió á su alojamiento, deplorando el que la Cerda hubiese arrastrado á aquel hombre, digno de defender otra causa más afortunada.

A su salida volvió á ser obsequiado por el pueblo de Albarracín, con nuevos y entusiastas aplausos.

De este modo honroso y halagüeno terminó el poderoso gigante la guerra de sucesión empezada en mal hora por el nieto mayor de Alonso el sabio. Todo lo sacrificó por su rey y por la tranquilidad de la patria; y tan sublime abnegación recibía ya la gran recompensa que el cielo otorga en la tierra á los que, como Lara, prescinden de sí propios para defender la justicia y la razon. Varias veces quiso segar la terrible guadaña aquella hermosa cabeza tan envidiada de unos y tan temida de otros, y siempre la Providencia detuvo la corva cuchilla valiéndose del caballero de la cruz roja, de Ali, ó de instrumentos que siempre tienen á su disposicion el que todo lo puede.

Solo le restaba al admirado conde la conquista de Tarifa, que aun cuando difícil, únicamente podía ofrecer al valeroso y fuerte caudillo el agradable entretenimiento de una distracción guerrera.

Veamos de qué modo dispone el asalto de la plaza, si consigue arrancársela al rey de Marruecos y si halla ó no por último la paz y sosiego apetecidos en el hogar doméstico, junto á su adorable esposa, padres y vasallos.

Lara entró en su alojamiento, se dejó cubrir con una armadura, montó á caballo y seguido de su escolta y sirvientes, partió en direccion de Ecija, por camino diferente del que llevaba su ejército. Quería adelantarse á este con objeto de pasar algunas horas en compañía del abad de San Basilio y del buen corista Anselmo; pues á ambos debía muchas atenciones, y los dos excitaron su cariño.

El tierno esposo contemplaba ya el término de su azarosa misión y rara vez dejaba de pensar en su bella Blanca; en aquella mujer tan fuerte, hermosa y seductora; la odalisca en encantos; la huri en negligencia y donaire; la oriental en perfumes, blanca y suave piel, rasgados ojos y forma esbelta; la cristiana en fijeza de ideas, heroico valor, lealtad y amor á su esposo; el ángel, en la dulzura de la voz, en lo elevado de las ideas, en su celestial conjunto; la caprichosa mujer, que para arrebatarse á su enloquecido esposo, vestía por la mañana su traje de heroína, por la tarde de princesa castellana y por la noche de deliciosa damasquina; que conociendo cuánto era amada, se precipitaba por el despeñadero, detenía su temeraria carrera al borde del precipicio, y exclamaba:

—Sigue, audaz campeón, ¿tiembles? ¿dónde está la osadía que el mundo te concede?

Y con sonrisa sarcástica, pero dulce, embriagadora, se burlaba de su temerario amante, concluyendo por enlazarse á su cuello, trocando al poderoso león en el más inocente y humilde cordero.

Lara tenía fijo en su mente aquel raudal de bellezas físicas y morales con que Dios se había dignado dotar á la esposa, que en sus altos designios tuvo á bien concederle. No era de extrañar la mútua idolatría que se profesaban, teniendo en cuenta que parecían formados el uno para el otro, y lo imposible de que ninguno pudiera reemplazar á su compañero con otro ser que reuniese las mismas cualidades. El gentil caballero comprendía perfectamente cuanto acabamos de exponer, oprimía los ijares de su fogoso alazan, y le hacía atravesar los llanos, montes, cercados, empinadas cuestas y terribles honduras, sin detenerse más que lo puramente indispensable para dar á los potros el necesario descanso y tomar ellos algún alimento. Allí y los caballeros que componían su escolta le seguían con dificultad, pues sabido es que Lara hallaba pocos rivales en el arte de equi-

tacion y ahora en alas de su ardiente deseo hacia volar á su poderoso cuadrúpedo.

A las diez habian adelantado al ejército y cerca de Sierra-Morena reposaban de las fatigas sufridas por la tarde y parte de la noche. Esta se les presentaba clara, serena y una brisa agradable refrescaba con su soplo suave los rostros de los viajeros. Se hallaban en una venta donde el dueño solo pudo ofrecerles un cordero, algunas gallinas y frutas secas, todo lo cual comieron con buen apetito y deseo. Desde un opulento y régio banquete descendia el poderoso conde á sentarse en la tosca silla y humilde mesa de una mísera posada, y no obstante tan notable cambio se encontraba satisfecho, sin echar de ménos la espléndida mansion y los ricos manjares. Con un trozo de ave, una docena de almendras, pan, vino y agua se juzgaba lo suficiente regalado para poder continuar una marcha, durante la cual rendia á los más fuertes.

Dieron fin de tan frugal cena, y mientras ensillaban los caballos se acercó Alí á su señor, y le dijo:

—Amo mio, ibas á Aragon triste, pesaroso, y con una calma impropia de tus continuas marchas; y vuelves alegre, satisfecho y tan ligero como el viento. Me gusta el cambio, pero no adivino la causa.

—Negro, solo nos resta asaltar una plaza, cuyo sitio no ha de durar mucho en mi concepto; y al terminar ese último episodio de la guerra, volveremos á ver á la condesa.

—Pienso entonces, que es mi señora la que te hace correr de ese modo.

—Dices bien; solo por ella camino tan deprisa, vivo tan impaciente y defiendo mi vida con tanto empeño.

—El ejército queda ya atrás y tardará en alcanzarnos.

—Eso deseo; que quiero pasar en el monasterio de San Basilio algunas horas.

—Si en él esperas á tus montañeses no serán horas sino dias los que permaneceremos allí.

—No me disgustará, que en tan santo retiro y al lado del superior cruza el tiempo ligero y agradable.

—¿Es decir que te detendrás en el camino?...

—Lo puramente indispensable.

—La escolta montó á caballo y nuestros alazanes aguardan.

—Paga y marchemos.

El negro obedeció, amo y criado subieron á sus potros y seguidamente continuaron su marcha con la velocidad posible. Así cruzaron Sierra-Morena, encontrándose algo despues en la comarca de Jaen, y por consiguiente en la bella Andalucía.

El espíritu de Pedro se ensanchó al respirar aquellas auras meridionales que tan conocidas le eran, su corazon palpité con violencia, y su arrogante voz saludó con placer el abrasado suelo que pisaban.

El conde tendió su vista por aquellos bosques de olivos, dilatadas llanuras, cielo despejado y alegre; su ansiosa mirada se fijó en la encorvada palmera, y tornó á olvidarse del magnífico panorama que tenía delante para traer á su memoria los árboles de la Siria, los perfumes de Oriente y las severas y magestuosas torres de Jerusalem.

—Ahora—decía—conversará mi adorada Blanca con el anciano D. Manrique sobre la suerte desgraciada del pueblo hebreo errante por la tierra, sin patria, víctima de la maldicion que ha de pesar sobre él siglos y siglos. Su padre y el mio la escucharán como al antiguo oráculo, sin atreverse á contradecir el raudal de frases que verterán sus finos labios de rubí. Corramos; creo acercarme á ella segun avanza mi caballo.

Y el brioso jinete aguijoneaba á su potro, y al pálido resplandor de la luna continuaba sin interrupcion su precipitada marcha.

A la noche reemplazó la aurora y á esta un dia claro, despejado y caluroso.

Digimos, y así es, que los triunfos del conde se conocian

peto y hasta temor sobre el pavimento del extenso claustro donde caminaba. Seguido siempre de su criado, se dirigia á la celda del superior, pero de pronto creyó oír las voces de los religiosos, y se detuvo.

—Están en la iglesia—dijo.

Y se encaminó hácia el sitio donde creyó escuchar el ascético canto. No se habia equivocado; los monjes se hallaban en aquel instante en una de las capillas del monasterio, elevando tiernas preces al cielo.

Lara se hizo quitar el casco que cubria su cabeza, él mismo arrancó á Alí el suyo y penetraron por la sacristía, quedando parados en la puerta que daba á la iglesia, pues oyeron que los religiosos concluian su oracion con las siguientes frases:

—¡Bondadoso y sublime Dios, salva á tu noble hijo Pedro de Lara!

Dos lágrimas, hijas del agradecimiento surcaron el rostro varonil del guerrero. Anduvo cuarenta pasos, y cayendo de rodillas al lado del venerable abad, cruzó los brazos, inclinó la cabeza y oró. La comunidad entera se fijó en el poderoso conde, el cual tenia en este momento encendidas las mejillas, húmedos los ojos y amoroso el semblante. Movia los labios, pero no se entendian las frases que en aquel momento, más que con la boca, dirigia con el corazon al supremo sér, á quien tanto amaba y debia.

De este modo permaneció un cuarto de hora, en cuyo instante turbaron su oracion los acentos de los religiosos, que por orden del superior entonaron el siguiente himno, compuesto por el abad:

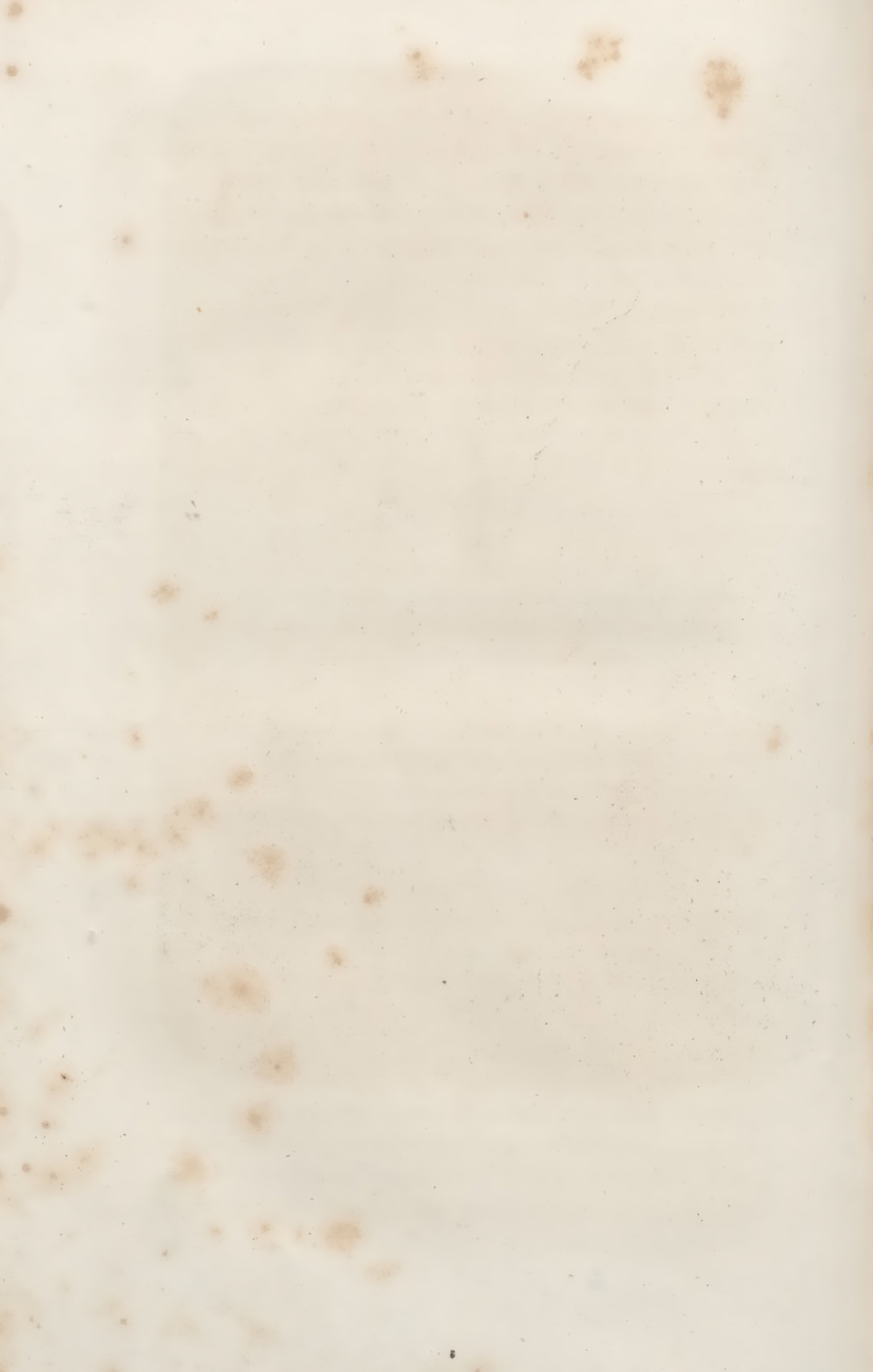
Gran Dios, invencible volviste al guerrero
que alzó venturoso su altivo pendon;
y montes y llanos cruzaba ligero
fuerte en su justicia, sobrado en razon.



J. VALLEJO del.

Lit. de J. DONON, Madrid.

— Bondadoso y sublime Dios,
salva á tu noble hijo Pedro de Lara!



Pedro, agradecido en extremo, unió su voz á la de los monjes, imitándolo Alí, cuyo sonoro y grato acento sobresalía por el de todos, siendo el más melodioso, dulce y el que mejor daba aquellas notas que oía por primera vez.

Unos y otros continuaron cantando los versos que siguen:

Su pecho amoroso, leal, sin mancilla

el hierro contrario con ánsia buscó;

su lema decia: «*mi patria es Castilla;*

por Dios y por ella» y ufano venció.

Tu ley acatando, tu amor bendiciendo,

su vida regala con pródigo afán,

mas siempre tus dones su sér defendiendo

mercedes le otorgan, victorias le dan.

Ayer estos siervos con voz anhelante

por él te pedían, sublime Señor;

más hoy holocausto te ofrece triunfante

en ara do brotan las llamas de amor.

¡Salve, Rey de reyes! ¡tu dedo dirige

las nubes, los astros, los vientos, los mundos!...

¡Dedo incomparable que el destino rige

de séres, de pueblos, de mares profundos!

¡Solo Dios es grandel! Su voz magna encierra

el único, cierto, inmenso poder;

¡Ay! de hombres, de astros, de mares, de tierra

la hora en que grite: DEJASTEIS DE SER.

Los cetros, los tronos, los grandes, los reyes

del alto á la sima veremos rodar,

y mundos, y mares, y pueblos, y leyes

podreis en el aire deshechos mirar.

Su ley es la estable, su acento el que ordena,

su aliento el que puede, su sér la verdad;

gran Dios, para el hombre que sufre, que pena;

tu mano bendita derrame piedad.

¿Qué podremos todos? ¿qué vale la tierra?

¿Qué serán si acaba tu egregia bondad?

¡Piedad, padre mio! ¡Los males destierra

del suelo nefando! ¡Piedad! ¡ay! ¡piedad!

Los monjes, Pedro y Alí, repitieron la última estrofa; se apagaron las voces de los primeros, la del segundo atronó el espacio y la del negro terminó su canto, suave, dulce, agradable y melodiosa como ninguna. El africano pronunció aquellos versos con el entusiasmo del cristiano; dió las notas con el arte de un consumado cantor, y su armonioso acento se elevó de un modo que dejó pasmados á los frailes.

La noticia de la llegada de Pedro corrió por Ecija con gran rapidez, é instantáneamente se dirigieron en su busca cuantos nobles y caballeros existían en la ciudad. En tropel unos y más despacio otros, fueron llegando al convento; pero al escuchar el himno que hemos copiado, caían de rodillas, quedando de este modo, ínterin duró aquel.

Los monjes, Lara y su escudero se levantaron, oyéndose acto continuo las siguientes exclamaciones:

—¡Padre!

—¡Hijo mio!

—¡Alí!

—¡Anselmo!

Y quedaron abrazados los dos primeros y los segundos, permaneciendo así hasta que llegaron á la sacristía, seguidos siempre de la comunidad y de los nobles de Ecija.

—¿Vencisteis á vuestros enemigos?—preguntó al conde el abad.

—Sí, señor—le contestó este.

—¿Fuisteis generoso con el vencido y humano con el inutilizado?

—Jamás dejé de serlo, padre.

—Por eso Dios, hijo mio, os vuelve á mis brazos, sano, henchido de gloria y honrado como pocos. Vuestro amor al que todo lo puede y la nobleza que emana de vuestras acciones, os regalarán siempre una victoria que todos desean y consiguen muy pocos. No temed, poderoso conde, los sinsabores y disgustos que hallareis en el camino de vuestra existencia; habitamos un valle de dolor, mas vos teneis de

vuestra parte á la Providencia que velará continuamente por su hijo predilecto, y aún cuando hayais de beber en el cáliz de la amargura, pronto encontrareis el antídoto que os endulzará el amargo y os recompensará por el dolor sufrido.

—Así es, venerable superior; continuamente veo la desventura que intenta perseguirme y cebarse en mí; y luego, apartándola la Providencia, me sonríe el aura de las batallas, el amor de mi esposa, el afecto de mis amigos, el cariño de mis vasallos y la bendición de todo un pueblo que me halaga y cree superior á lo que puede ser un débil mortal.

A la vez, y separados en un extremo de la sacristía, preguntaba Anselmo al africano:

—¿Alí, cuantos mazazos has dado?

—Muchos, amigo mio; no me fué posible contarlos.

—¿Más que en la Plaza Mayor?

—Sí.

—¡Jesus, cuántos derribarias en tierra! ¿Te han herido?

—Cuatro ó cinco veces nada más.

—¿Curastes ya?

—Completamente.

—Te hizo de hierro Dios. Si yo hubiera estado contigo...

—Te batirias bien, que eres valiente.

—Me entusiasma la guerra. ¡Patria, religion, mueran los enemigos!... esas mágicas frases me enloquecen.

—¿Por qué no dejas los hábitos y te vienes con el señor conde? A su lado pronto serias caudillo.

—Ya no puede ser, Alí; he profesado y amo tanto al padre abad, que por nadie lo abandonaria; es tan bueno!...

—Bien hecho; mejor estás en este santo retiro, que sufriendo los azares y molestias de la guerra.

—Voy á encargár al cocinero que haga para tí un pastel de aves, crema y muchos confites.

Después que Lara cruzó algunas frases más con el superior, se dirigió á los caballeros que esperaban á la espalda;

recibiendo de ellos la felicitacion consiguiente y un nuevo aplauso que terminó con la mas entusiasta ovacion.

Luego se retiraron unos y otros, quedando el conde hospedado en la celda del abad, con el cual conversó mucho tiempo, descansando á la vez de las fatigas anteriores. Sus caballeros se alojaron cerca del monasterio; y Ali, unido nuevamente á Anselmo, referia á este lo ocurrido en la última batalla y reposaba tambien, sin dejar de hacer los honores debidos al sabroso pastel que le habia subido el corista. Esta escena tenia lugar en una habitacion que daba paso á la celda donde estaba el Temerario.

CAPÍTULO XXXII.

Continúa la marcha.—Osuna.—Los amores de Ali.—El consejo de ancianos y las familias de los montañeses y selvícolas.

El conde de Lara pasó cerca de tres días al lado del abad de San Basilio, tiempo que tardó en llegar su aguerrido ejército. A pesar de la impaciencia que sentía y el vehemente deseo de acabar pronto su guerrera misión, vió trascurrir ese corto periodo de un modo agradable y hasta placentero. La apacible calma del convento, la amena conversacion del virtuoso y entendido superior, las agudezas de Anselmo y el recuerdo de lo que habian hecho por él los respetables varones que habitaban aquel recinto, consiguieron distraerlo y aun hacerle olvidar el mundo. Comia, rezaba en el coro, paseaba por el jardin, y rodeado siempre de los monjes y de su negro, esperó la llegada de los montañeses, disponiendo la continuacion de su marcha seis horas despues de haber arribado aquellos.

Nuevamente volvió á asomar el llanto á los ojos del abad y del corista. Lara deseaba terminar pronto, y en cuanto se acercó el instante que aguardaba, se hizo cubrir con su armadura, se despidió tiernamente de los religiosos, y puesto

al frente de sus huestes, se encaminó por Osuna, Ronda y campo de Algeciras, á la inmemorial Tarifa.

El corista y el superior, sintieron el punzante dolor de aquella segunda separacion del Temerario y su escudero, y cuando ya los perdieron de vista intentaron buscar consuelo á su pesar en el coro, pidiendo otra vez á Dios por la suerte del venturoso guerrero que veian alejarse acaso para siempre. Sus nobles é hidalgos corazones amaban extraordinariamente al mísero reo que tan fuerte hallaron en la capilla; al brioso doncel que unido ahora á su ejército, podia desafiarse y vencer á las huestes más aguerridas de Europa.

El Temerario en medio ya de sus valientes leones, se encaminaba á Osuna; sentia alejarse de aquel lugar de tristes recuerdos, pero donde dejaba la reunion ó comunidad de unos prelados que tanto hicieron por él y para los que guardaba acendrado cariño.

Pensando en ellos, mirando á los valerosos hijos del Saucedo y conversando á la vez con el jefe y varios individuos de su escolta, llegó á la terrible cuesta donde sus enemigos hicieron el hoyo, le tendieron la emboscada y con arte diabólico lo inutilizaron, cogiéndolo prisionero.

En el mismo sitio que habia tenido lugar la catástrofe se alzaban veinte arcos cubiertos de laurel y flores y en todos ellos se leía:

«Gloria y honor al invencible conde de Lara.—Los nobles de Ecija al caudillo castellano.»

Pedro y sus caballeros quedaron agradablemente sorprendidos, y cruzando por bajo de aquellas bóvedas construidas con ramaje y guirnaldas, distinguieron á todos los individuos de la nobleza, vecinos de la ciudad que dejaban atrás, que les esperaban para hacerles una entusiasta y tierna despedida, la que el Temerario recibió con solícito interés.

Media hora despues continuaron jefes y soldados su interrumpida marcha, penetrando en Osuna á las cuatro de la tarde.

Renunciamos á describir el cuadro de ternura y de alegría que presentaba el ejército de Lara rodeado al entrar en la ciudad por los padres, esposas, hijos, hermanos y parientes de los selvícolas y montañeses. El conde y sus caballeros dejaron á sus subordinados que diesen expansion al afecto que sentian en aquellos momentos y se retiraron al palacio del primero, cuya reparacion estaba terminada. El destrozo hecho por los Castros habia desaparecido y ni aún la huella quedaba de la osada planta que se atrevió á destruir la opulenta mansion del poderoso atleta. Sus caballeros, mayordomos y criados no habian perdonado medio alguno para que al regresar su señor de la guerra lo hallase en idéntico ser y estado que lo dejó al partir á Jerusalem.

Lara encontró su palacio conal con la misma régia esplendidez que lo mandó construir y unido á este el de su esposa, en el que todo era oriental, poético, encantador. En sus deliciosos jardines se veian nuevamente los caprichosos arroyuelos, los estanques, las cascadas y los juegos de aguas que salian de entre los árboles, las flores, las estatuas y las sirenas. Naranjos, arrayanes, rosas de Alejandria y mil plantas odoríferas, cuyo aroma unido al azahar de los árboles forma un delicioso perfume que convidaba al amor y á la poesía.

El poderoso conde reconoció su magnífica morada; entró despues en la de su esposa, cayendo á los pocos pasos que dió, sobre un divan azul; su rostro se contrajo, palpité con violencia su corazon, despidiendo sus párpados dos gruesas lágrimas que rodaron hasta el suelo, surcando antes su varonil semblante.

—¡Blanca!—exclamó cubriéndose la cara con las manos— Blanca mia, ¿volverás á reclinarte otra vez sobre este asiento donde me contabas tus amores y me hacias el más dichoso de los hombres? ¿Tu voz suave, dulce, argentina tornará á ser acompañada de los tiernos acordes de esa lira que hacia vibrar tus preciosos dedos? ¡Temo que en tan larga tra-

vesía te salga al encuentro la muerte, ansiosa de arrebatarte al mundo su precioso tesoro! ¡El día que yo lo sepa, en el mismo instante que tenga noticia de esa desgracia te acompañaré á la tumba, porque sin tí me es insoportable la vida!

Y el afligido esposo quedó entregado al mas punzante dolor.

Allí, que como de costumbre, se hallaba á cuatro pasos de su señor, se acercó lentamente, le cogió una mano y se la besó, diciéndole:

—Mal sientan esas lágrimas en el rostro del primer valiente del mundo. Tu esposa, amo mio, se halla buena y no tardará mucho en estar á tu lado tan tierna y seductora como antes. Hablé anoche con la maga y tales seguridades me dió, que puedo afirmar ser cierto cuanto acabo de decirte.

—Ya una vez nos ha faltado esa hechicera, negro.

—Sí, estaba en peligro tu vida y aun cuando te lo anunció en aquel sueño que recordarás, nada más hizo para librarte de morir; pero ahora es diferente, señor; á tí te aborrece, mientras que mi señora es el sér á quien distingue y quiere más.

—¿Qué le he hecho yo, que justifique ese ódio?

—Es mahometana y tú enemigo de Mahoma.

—Blanca es cristiana tambien.

—Debe la vida á la hurí y sabe que conserva las costumbres de los hijos de su país.

—¡Sino te equivocas africano!...

—Si creyese yo que mentía me hubiera ya arrancado la lengua.

—¿Donde está la maga?

—En estos momentos corre en su busca.

—¡Quiera el cielo que no llegue tarde!

—Asegura lo contrario y no me engañó jamás, amo mio.

—¿Qué grata esperanza me devuelves, hijo del Desierto! Sígueme, bajemos á los jardines y veamos su sombra que

retratan las flores y que aún conservan las cristalinas aguas que ella acarició en amoroso éxtasis.

Amo y criado cruzaron un extenso parque, penetrando luego entre las flores, los árboles, las cascadas y las fuentes.

El enamorado guerrero con los ojos húmedos y asomando á sus labios una triste sonrisa, veía, contemplaba aquellos sitios donde en tranquila noche se deslizaba su encantadora esposa cual sílfide arrebatadora que enloquecía su mente y lo transportaba á un eden soñado y cuya realidad suponía hallar al lado de la hurí. Las flores, las aguas y aquel conjunto de verdadera poesía concluyó por parecerle monótono y cansado.

—No está ella aquí—exclamó—que pueda dar brillo, animación y belleza á estos encantos naturales, que nada dicen para mí lejos de aquel ángel más hermoso que las rosas, las aguas y ese sol que les da vida y color. Huyamos de aquí negro, que me hastia cuanto nos rodea.

—Comamos, señor, comamos, que ha pasado ya la hora y nos aguardan tus caballeros.

—Vamos á la mesa, Alí, si bien los manjares que me sirven en este palacio han de parecerme tan mal como estos jardines, esos arroyos y esa lozana vegetación que tan pronto me causó fastidio é indiferencia.

—Lejos de doña Blanca, señor, varían tus pensamientos, ideas y gusto; cambia, en fin, tu sér, noble guerrero; eres otro hombre más sombrío, más tétrico, más pesaroso; menos cariñoso, dulce, comunicativo. Acabemos pronto, que me causa pena mirar tu semblante; sufro tanto al verte así que por evitarte cada una de esas lágrimas que viertes, me batiría solo contra veinte y los mataría á todos.

—¡Gracias, Alí; no estando á su lado me falta el corazón, el aliento; me sobra el mundo, me cansa la vida; es tan hermosa!...

—¡Cuánto la amas! ¡Cuán digno eres de ese ángel que no tiene parecido en la tierra! Alegrate, amo mío, tu fiel leo-

pardo te responde que al concluir el sitio de Tarifa, la verás tan bella como el sol, tan enamorada como tú, tan encantadora como el hada y tan riente como la aurora de Mayo. Pronto, inimitable doncel, correrá á tu lado, delante de tí, en el borde de los precipicios, enroscando luego sus torneados brazos en tu varonil garganta, que nadie venció, que todos admiraron y que la mayor parte temieron. Come, señor, que yo tambien voy á hacerlo, y ya sabes que no me acostumbro á vivir lejos de la sultana que me libró de morir, y que por espacio de quince años trató á su esclavo Alí, como á un hermano á quien confiaba sus penas y lo hacia escudo de su honor, de su perfecto sér.

—No fuiste ingrato, mi querido lebrel, que bien defendiste siempre la honra y vida de tu señora, y luego la persona de su esposo.

—Obrando así, gozaba, que os amo á los dos.

—Nos pagas, negro, el afecto que ambos te profesamos. Y puesto que lo quieres así, comeré, que hartó he padecido y sufro por ella.

El conde se sentó á la mesa, y su leopardo desapareció de allí como una flecha impelida por mano vigorosa, escondiéndose entre las angostas y tortuosas calles de Osuna.

Lara dió principio á una espléndida comida, rodeado de los primeros jefes de sus huestes; poco despues, comenzó á llenarse el salon donde estaba con los principales grandes y caballeros que residian en la ciudad, los que en este instante le felicitaban por la completa victoria que acababa de conseguir. Con la llegada de tan nobles huéspedes, amigos íntimos y admiradores todos del famoso conde, fué animándose este, consiguiendo al fin adormecer la ansiedad y pena que le afligian.

La comida fué concluyendo, pero cuando se hallaban á la mitad de los postres se encontraron agradablemente sorprendidos con las dulces melodías de varias músicas que á la vez comenzaron á tocar. Dentro del alcázar, en la calle,

en los jardines y en torno de todo el edificio se escuchaban los acordes de los instrumentos y las voces de cantores que entonaban himnos en loor del invicto caudillo castellano. El buen Alí, que era tan conocido en Osuna como su propio amo, sublevó la población entera, para que calmasen con sus festejos la melancolía de su señor. No necesitó de grandes esfuerzos para conseguir esto; el pueblo de Osuna quería mucho al poderoso señor de vidas y haciendas á quien tanto debía, y si bien se contuvo al principio por respeto, en el momento que oyó las frases del africano, corrió entusiasmado y gozoso á felicitar al feudal caballero. Calles, plazas y callejuelas se iluminaron, el piso se cubrió de hojas de flores, y al canto y melodía de los músicos siguieron los victores, las aclamaciones y los aplausos.

Lara, concluido que hubo de comer, se asomó á uno de sus balcones, y pudo contemplar con satisfaccion al pié de ellos, á todo el pueblo de Osuna, oyendo á la vez la ovación más leal y sincera que escuchó hasta entonces.

Reconocido por la muchedumbre, todos se descubrieron, callando hasta los músicos; al estrépito, algazara y voces reemplazó un profundo silencio; hombres, mujeres y niños miraban su arrogante figura sin atreverse ninguno á mover los labios.

Después que contempló él la apiñada masa, exclamó, con voz que oyeron la mayor parte:

—Hijos, no molestaos por mí; mas si deseais cantar y victorear al rey, hacedlo sin cuidado, que vuestro noble acento no puede incomodar á vuestro padre. Reid, gritad cuanto queráis, y alzando con orgullo esas leales y honradas frentes, que no os vea yo nunca tristes, abatidos ni humillados ante nadie. Mias son Osuna y su comarca; obrad como hasta aquí, y guay del que pretenda encadenar vuestra libertad, avasallaros ú ofenderos, que el conde de Lara en persona os defiende y escuda á todos en general y á cada uno en particular.

La muchedumbre oyó á su señor con respeto y recogimiento; pero al acabar este, exhaló un grito unánime, con el cual expresó aquel noble pueblo todo el cariño que profesaba al conde: á esta exclamacion siguieron los víctores, el canto, las músicas y un entusiasmo delirante. Pedro recibia de aquellos hombres la verdadera recompensa que merecian, más que sus proezas y victorias, la ternura y amor con que ejercia su vasallaje sobre aquellas masas que tenian la afortunada obligacion de obedecerle.

Despues que escuchó algun tiempo á los que llamaba sus hijos, se retiró del balcon y pasó en medio de sus caballeros y de los grandes y nobles de Osuna, hasta las diez de la noche que se fué á descansar, seguido de su leopardo.

—No te he visto comer, Ali—le dijo,—y me ha extrañado que permanezcas tanto tiempo lejos de mí.

—Señor—le contestó el negro,—te dejé bien acompañado y corrí en busca de alegría para tí y de penas para mí.

—¡Penas tú! ¿no basta mi condado para arrancártelas? Explicame eso, negro.

—Amo mio, el pueblo de Osuna te ama tanto como te respeta, y sentia no demostrar la satisfaccion que le causa tu presencia por temor de incomodarte; pero les dije que era conveniente distraerte, y ya oyes las consecuencias. Hasta aquí tu alegría; ahora mis pesares: no puedo ocultarte nada, señor, escucha: amo á una mujer de blanco cutis, pero de negro corazon; y la ingrata desdeña mis suspiros, porque se parece el color de mi rostro al interior de su pecho.

—Amas, ¿y me lo has callado? Mereces las penas que sufres, africano.

—No era todavía tiempo, pero va siéndolo ya de que olvide y de que te lo diga. Poco ó nada podrás conseguir, que yo no gusto de semblantes, sino de corazones, y el suyo es más rebelde que el infante D. Juan.

—¿Es alguna princesa?

—Pobre, amo mio, muy pobre; mas tiene blanca la piel

y un pergamino que heredó de su padre, y eso le basta para despreciarme y querer á otro.

—¿Y quién es el otro?

—Era un hidalgo tan pobre como ella, más orgulloso aún, y el que pasó á mejor vida.

—¿Le mataste?

—No, lo deshice.

—¿En lucha igual?

—¡Imposible! ¡cómo se habia de batir conmigo un hidalgo! Le desafié, no admitió; lo insulté, me dió con la espada en el rostro, á pesar de verme indefenso, y tu leopardo clavó sus garras en el pecho del menguado, y... y se murió.

—¿Estaba la ingrata delante?

—Estaba, señor, estaba.

—¿Qué dijo?

—Cuando volvió en sí de ese casual accidente, que con tanta facilidad hallan las hijas de Eva, dijo, que yo era muy valiente, pero tan negro que la asustaba.

—¿Te dignarias aceptarla por esposa?

—Tendriálo á dicha, y creo que sería feliz; ¡pero es imposible! ¡El negro solo desprecio la inspira!

—¿Es honrada?

—Si no lo fuese, no podría yo quererla.

—¿Vive sola?

—No, en compañía de su tío, D. Lope Calatrava.

—Ese, es vasallo mio.

—Sí.

—Pues su sobrina te amará.

—Si tú pudieses hacer ese milagro... aguarda, amo mio, á que regresemos al Saucejo, que antes eres tú y la causa que defiendes, que esa ingrata beldad.

—Bien, Ali; mas es preciso cuidar de su honra y de que no se enamore de otro. Dí á Ricardo que venga inmediatamente.

—¿Qué piensas hacer, gran señor?

—Obedece y calla, africano.

Salió Alí, y en cumplimiento de la órden del conde, volvió acompañado del jefe de la escolta de aquel.

—Espero vuestras órdenes—le dijo, entrando.

—Acercaos, D. Ricardo; voy á daros una mision, de cuyo buen éxito me responde vuestra cabeza y la de todos aquellos que tomen parte en ella.

—La acepto gustoso, que me place servirlos con lealtad é interés.

—Gracias. Oid: que partan inmediatamente cuatro caballeros de mi escolta á la casa de D. Lope Calatrava, y que le digan, de órden de su señor, el conde de Lara, lo indispensable de que en el mismo instante los siga acompañado de su sobrina, á mi castillo del Saucejo. No opondrá resistencia; pero con ella ó sin ella, saldrán inmediatamente para el sitio indicado. Ya allí, que sirvan al tío todos mis criados, y á la sobrina las doncellas y esclavas de mi esposa; trato de príncipes, el castillo por cárcel, y todos los salones á su disposicion. Las sirvientas que le hablen á ella de las proezas de Alí, de que el rey le ha nombrado caballero, y de que yo pienso cederle el dia que se case, el señorío que más le agrade de mis doscientos estados. A él pueden decirle mis mayordomos y gente de armas; que si su sobrina llegara á unirse con mi escudero, sería tan rico como anhelase, contando además con mi aprecio y amistad. Cuando regrese yo de la guerra, que la dama ame á Alí, y el tío solicite la union de ambos. ¿Comprendisteis bien?

D. Ricardo miró al negro; sonrió con malicia, pero estrechó su mano, contestándole al conde:

—Perfectamente. Conozco á la dama, es bella, como pocas, y se casará con este valeroso y leal mancebo.

—¿En qué os fundais, D. Ricardo?

—En que vos lo quereis y vuestra voluntad es omnipotente en la comarca de Osuna.

—Es preciso más; quiero que ella le ame.

—No hallo inconveniente alguno; es hermosa, pero este negro vale mucho más que ella.

—Es que la niña lo ignora.

—Serán tantos á demostrárselo, que al fin lo comprenderá.

—Veo que os habeis penetrado de la idea.

—¿Deseais algo más?

—Partiremos á las ocho de la mañana; á las siete me dareis cuenta del resultado de esa comision.

—Lo haré así. ¿Me permitis?

—Marchad y que el cielo os guarde.

Salió D. Ricardo y acercándose Ali á su amo le besó la diestra, diciéndolo:

—¡Cuánto te debo, señor; mi vida!...

—Desnúdame, reservado africano y hablemos de tu señora.

—No, que te entristece demasiado.

—No importa.

—Vas á enlutar con tu pena mis esperanzas y alegrías presentes.

—Pues entonces durmamos.

—Eso es mejor.

—Poco nos resta ya. Tomada Tarifa, iremos á Sevilla, nos despediremos de SS. AA. y si Dios me trae á doña Blanca seremos dichosos.

—Entretanto, durmamos, señor; la Providencia protege tu causa y la vida de mi señora; no lo dudes.

Poco despues fueron presa los dos de un tranquilo sueño. Sus párpados se cerraron mientras sus oidos dejaban de percibir las dulces melodías de las músicas y voces que todavia continuaron mucho tiempo festejando al famoso caudillo.

Despues de la media noche todos se fueron retirando, las luces se apagaron y quedó la ciudad sumida en un profundo silencio.

Los montañeses y selvícolas acampados en las inmediaciones de la poblacion pasaron la noche acompañados de sus esposas, hijos y demás parientes allegados.

A las seis se levantó el conde y cubierto con el traje de marcha pasó al comedor seguido de su negro; el semblante de este demostraba una alegría desconocida en él. Por lo visto sus esperanzas de la noche anterior lejos de desvanecerse habian aumentado considerablemente.

Una hora despues se presentó D. Ricardo y dió cuenta al conde de la mision que este le encargó con las siguientes frases:

—Señor conde, D. Lope Calatrava oyó de mis labios vuestra orden y áun cuando demostraba sorpresa, inclinó la frente y siguió en union de su sobrina, á la escolta de caballeros que, á ella en una litera y á él en uno de vuestros caballos los condujeron al castillo. Al principio parecian resignados, mas al verse servidos con régia esplendidez y que eran obedecidos y considerados por doscientos dependientes de la fortaleza, fué brillando en sus semblantes una satisfaccion, hija de vanidad mal disimulada.—¿No estamos presos?—Se atrevió á preguntar D. Lope—No—le contestó Macías.—El señor conde desea que permanezcais en este suntuoso castillo hasta que vuelva de la guerra y os entere de un asunto que os interesa mucho; ínterin llega ese dia, recibireis los mismos honores y consideracion que los dueños de la fortaleza.—Gracias—contestó con orgullo.—El señor conde nos favorece demasiado y su orden será obedecida por nosotros con gran placer.

Durmieron y quedan en mi concepto con mas tranquilidad y alegría que lo estaban en su pobre vivienda.

—Muy bien, D. Ricardo, era cuanto yo anhelaba y lo que convenia á mi negro; ¿es eso, Ali?

—Amo mio, adoro á esa mujer; pero antes que ella y que yo serán siempre mi señora y tú; vuestra voluntad es la mia; si juzgais que debo olvidarla trataré de hacerlo; si creeis que podemos unirnos, iremos al altar; pero que impere siempre tu omnipotente voluntad en todo aquello que tenga relacion con tu leal africano.

—Cuando regrese doña Blanca, te contestaré, mi buen leopardo; entretanto hé aquí mi mano, estréchala.

—No, la beso; lo que se ama se respeta y venera.

Lara miró á Alí con la misma ternura que hubiera podido hacerlo con un hijo querido; luego le preguntó al jefe de su ejército:

—D. Ricardo, ¿y mis caballeros y montañeses?

—Dispuestos á partir.

—Que formen fuera de la ciudad, montad á caballo y esperadme en los patios, al frente de la escolta.

—Señor, todos vuestros amigos de Osuna en union de sus caballeros desean acompañaros al sitio de Tarifa.

—Pueden seguirnos. ¿Preparasteis todo lo necesario para el asalto?

—Nada falta.

—Pues que se unan á vos esos señores mientras pido su gracia al que todo lo puede. Alí, sígueme á la capilla.

Amo y escudero se dirigieron al sitio indicado, cayeron de rodillas y oraron. El rostro del conde fué poco á poco cubriéndose de un subido carmin, extendió los brazos y asomaron á sus ojos las lágrimas. El invencible gigante se humillaba ante su Dios con un amor, respeto y veneracion que solo es dado sentir á los hombres de sus creencias religiosas, noble modo de proceder y tranquilidad de conciencia. Llamaba á Dios y el sublime Hacedor le tendia los brazos; le demostraba su cariño y el bondadoso Señor le mandaba su gracia; daba un paso en direccion de su divino padre y el incomparable Eterno corria á su encuentro; le pedia uno y le daba mil; imploraba en favor de su noble y virtuosa mujer y la Providencia velaba por ella, embelleciendo más su semblante, aumentando su cariño hácia el esposo y elevando su irresistible genio de un modo pasmoso. Los separa la distancia, pero Dios está en medio de ambos, uniendo cada vez más sus corazones, sus almas, sus pensamientos. Si algunos instantes sufren, lo motiva el va-

lle de dolor donde habitan; harto saben ellos y todo el que no perdió la razon, que la dicha estable, perenne, eterna, no reside en el mundo, se quedó en el paraíso; allí la encontrarán los justos; mas los réprobos ni aquí ni allí.

El conde terminó su oracion, demostrando al levantarse una calma apacible, una satisfaccion infinita. Dejó risueño la capilla, montó á caballo y por entre dos compactas filas de aquel pueblo que tanto le queria, salió de la ciudad, recibiendo la bendicion de los ancianos, el aplauso de los jóvenes y la admiracion de todos. Le seguian los individuos de su escolta, veinte grandes de Osuna y hasta doscientos caballeros que acompañaron á estos.

Fuera de la poblacion esperaban ya en disposicion de partir los montañeses y selvícolas; al ver á Lara se separaron los padres, hijos y parientes de aquellos por entre los cuales atravesó el caudillo consolando á los unos, ofreciendo á los otros, y siendo para con todas aquellas familias de sus vasallos un cariñoso protector. A la conclusion, le aguardaba el consejo de ancianos de la montaña; Pedro detuvo su caballo ante ellos, les saludó con respeto y les tendió su mano, la que besaron en vez de estrechar. Despues exclamó el más caduco, con acento conmovido.

—Gran señor, Dios que escucha piadoso nuestras súplicas, te presta fortuna y te hace invencible. Estos míseros ancianos te aman más que á sus hijos, porque tú eres mejor que todos nosotros, te felicitan, deseando tu prosperidad antes que la suya. ¡Loado tú, señor, á quien tanto debemos! Ahí tienes á nuestros hijos y nietos, condúcelos á la victoria y por encima de ellos remóntate como el águila á la más grande altura. Los muertos van al cielo, los heridos hallan en tí su padre; vence, poderoso caudillo, y no temas por ellos que todos te pertenecen, y su puesto lo tienen siguiéndote á la guerra.

Calló el octogenario; Lara le preguntó:

—¿Teneis alguna queja, algun siniestro que participarme?

—No. Recibe nuestro amor, el respeto que te debemos, y parte.

—Gracias, nobles ancianos; en Tarifa hay un estandarte de Mahoma que voy á arrancar, poniendo en su puesto la cruz del Redentor. En cuanto concluya, me esconderé entre vosotros para no abandonaros jamás, que harto he peleado en el mundo.

—Corre, gigante de esta era; tu poderosa diestra será allí lo que en todas partes. Catorce mil leones llevas; vé tranquilo que nadie detendrá tu paso.

—Cuidad vosotros de sus padres, mujeres é hijos; mis arcas teneis abiertas, que nada les falte.

—¡Vida y gloria te conceda el cielo!—exclamaron todos.

—¡Paz y dicha á vosotros, mis justicieros jueces!

Y picando á su caballo partió el guerrero seguido de los grandes, caballeros, montañeses y selvícolas.

—¡A Ronda!—gritó.

—¡A Ronda!—le contestaron más de quince mil voces.

Y se confundieron con los árboles y los montes.

Los ancianos, mujeres y niños cayeron de rodillas, y alzando los brazos al cielo, exclamaron:

—¡El Dios de los ejércitos os acompañe, os guie y defienda!

Y con las frentes levantadas, los ojos secos y el corazón tranquilo se encaminaron al monte, bendiciendo á Dios, elogiando al conde y rogando por él mas que por sus hijos, padres ó esposos.

Si los grandes de la tierra imitasen á Pedro de Lara solo existirían dos partidos, el de la gente honrada que se compone de los más, y el de los malvados que son los ménos.

CAPÍTULO XXXIII.

Ronda.—Tarifa en el siglo xiii.—El cerco.—Sorpresa prevista.

El ejército de Lara continuó su marcha deteniéndose á cuatro leguas de Osuna para almorzar. Una hora más tarde volvieron á emprender la partida, anduvieron cerca de cinco leguas, dando vista, por último, á Ronda. Pronto debía comenzar á anochecer y el conde mandó acampar á un cuarto de legua de la ciudad, concediendo á la tropa seis horas de descanso.

Ronda pertenecía aún al reino de Granada; era el punto más avanzado que en aquella parte próxima á la costa obedecía á Mahomad II, hermano del príncipe Muza; los pueblos que seguían hasta el mar, unos eran del rey de Castilla y otros del de Marruecos; el cual dominaba la costa apoyando su poder en Tarifa, corriéndose á los costados como dos brazos que intentaban extenderse hácia Africa donde residía el apoyo que los sujetaba al yugo del monarca de Fez.

El conde de Lara mientras fijaban su tienda se adelantó deteniendo su caballo á mil varas de Ronda. Desde allí distinguió la pintoresca posición que ocupa esta reina de la ser-

ranía. Se halla construida en una roca cortada en dos partes, al parecer, por acciones volcánicas y abiertas á pico, lo que costaria un trabajo inmenso y una cantidad fabulosa. El Guadiaro rodea casi toda la ciudad, separándola de sus arrabales. Los jefes granadinos habian elevado magníficos alcázares, torres, castillos y palacios, y todo este conjunto que sobresale por entre las rocas, presenta una vista sorprendente, al viajero que, como Pedro de Lara, gusta de admirar la grande obra de la naturaleza embellecida por el arte. Ya los moros tenian construido uno de los dos puentes que atraviesan el rio, el cual presenta un arco de ciento veinte piés de elevacion, descansando sobre los dos lados de la roca. De la poblacion al Guadiaro existe una escalera con cuatrocientos peldaños cortados en la roca, obra tambien de árabes, estando una de sus calles situada casi al borde del terrible precipicio que sirve de cáuce al rio; y como á dos leguas y media se ve la antigua Alcínopa—hoy Ronda la vieja—ciudad romana que áun conserva su anfiteatro.

Todo esto lo contemplaba Pedro con admiracion, viniendo á distraerle en aquel momento un escuadron de musulmanes que llegaron hasta él, le saludó el jefe, y acercándose á cuatro pasos, le preguntó en árabe:

—¿Cristiano, perteneces al ejército del famoso conde de Lara?

—Sí, moro; ¿qué quieres?

—Hablar con tan valeroso caballero.

—Dí lo que quieras, que delante lo tienes.

El jefe mahometano se fijó en él, le hizo una respetuosa reverencia, añadiendo:

—Soy el alcaide de Ronda y vengo á ofrecerte mi palacio y la ciudad que mando. Tú y los tuyos encontrareis en ella calma, sosiego y cuanto necesiteis; que así lo quiere el hermano de mi rey y así lo deseo yo tambien; que por estas tierras se conoce tu nombre, se admira tu valor, y algo nos perteneces siendo el esposo de la sultana Zegrí.

—Gracias, gobernador; llego ante vosotros en paz y os tengo por amigos, que mucho estimo al príncipe Muza y más amo á la Zegrí mi esposa. Holgárame poder aceptar tu ofrecimiento, pues sé que eres un cumplido caballero; pero habiendo de partir antes de la media noche solo puedo tomar la mano que me alargues y la que estrecharé gustoso como prenda de union y afecto.

—Aquí la tienes, cristiano; oprímela hasta incrustar en ella la honra que me estás haciendo. Diestrá que nadie venció y siempre fué vencedora, quisiera tenerla constantemente asida á la mia.

—Gracias, noble granadino. La tribu á que perteneces fué la primera que nos enseñó cortesanía, y tú, su jefe por derecho propio, tienes la poderosa sangre de los reduanes.

—¿Por qué no aceptas algo del moro que tanto honraste?

—Parto á mi tienda, y en ella comeré contigo el ave, el pan y el agua que llesves. El jefe cristiano jamás abandona á sus vasallos; por eso no puedo seguirte al opulento alcázar que me ofreces.

—Cenaremos juntos, conde amigo, las viandas serán de Ronda, y si el caudillo prueba mi pan no podrán desairarlo sus soldados. Parte y que no enciendan lumbre los tuyos, que há tiempo les tengo preparada la cena.

—¿Me aguardabas?

—Hace dos dias.

—¿Te lo anunció Muza?

—Sí.

—Vuelve á estrechar mi mano.

—Hasta luego.

—Hasta despues.

Lara marchó al campamento, entró en su tienda y dispuso que nadie comiese otra cosa que aquello que les ofreciera el gobernador de Ronda.

Una hora despues corrian cuatro mil moros hácia el sitio donde estaban los montañeses; unos llevaban hachas encen-

didadas y los restantes la comida suficiente para todo el ejército del conde, el cual comenzó á ser servido por los mismos musulmanes. Media hora más tarde llegó el jefe Reduan acompañado de un brillante séquito; Lara le esperaba de pié; la mesa estaba puesta en medio de la tienda con dos sillones uno en frente de otro. Ambos se sentaron, varios músicos árabes comenzaron á tocar instrumentos armoniosos y acto continuo les sirvieron una abundante y espléndida cena, que duró hasta más de las diez de la noche.

Moro y cristiano se despidieron con las siguientes significativas frases:

—Conde—exclamó el primero—vas á Tarifa y tuya será; que nadie pudo contener hasta ahora el arrogante paso del que la va á sitiar. Si algun dia pretendes tambien apoderarte de Ronda, ruégote me lo digas antes, para arrojarle al precipicio que gime á sus plantas.

—Reduan—le contestó Pedro—en cuanto Tarifa sea de mi rey romperé mi espada y mi lanza, que harto he peleado en este mundo.

—Entonces moriré tranquilo, que no sitiando tú á Ronda, nadie podrá arrancármela.

—Pues si alguna vez te la quitasen, no será el conde de Lara.

—¿Y quién otro podrá hacerlo?

—Vive en ella feliz.

—Alá te guarde y te haga dichoso.

—Hé aquí mi mano.

—Eso anhelaba la mia.

El moro montó á caballo y partió seguido de su numerosa comitiva. En el mismo instante entraron en la tienda de Pedro cuatro pajes de Reduan, y dejando una bandeja de oro sobre la mesa, le dijeron:

—Mi amo te ruega aceptes este humilde presente.

Lara quitó el terciopelo que cubria el regalo, y halló una corona de conde salpicada de finísimas piedras.

—Rica dádiva me ofrece vuestro señor; decidle que un soldado no puede corresponder á su esplendidez, hallándose en medio del campo; mas le dareis esta espada, añadiendo, que se tiñó en sangre cien veces y nadie pudo vencer al que la empuñaba.

Y se quitó la que llevaba ceñida, entregándosela á los pajes que la tomaron, inclinaron las frentes y salieron. El Temerario pidió otra, mandó guardar el rico presente é inmediatamente levantó el campo y partieron; distaban diez y seis leguas de Tarifa y se encaminaron á dicha ciudad con ánimo de dormir frente á ella á la siguiente noche. Eran las doce en punto cuando dejaron el campo de Ronda.

Segun se iba acercando al término de su jornada el famoso caudillo, parecia ensancharse su espíritu, cobrar ánimo y gozoso continuar hácia el postrer asalto que debia dar en el resto de su vida. No obstante lo cual, miraba de vez en cuando á Oriente, suspiraba, demostrando hallarse poseído de un temor, cuya causa se comprendia fácilmente. A pesar de lo distante que aún se hallaba de la costa, creia percibir el rugido de las olas, impelidas por fuertes aquilones, y temblaba; despues corria su vista y le parecia distinguir la mar en tranquila calma al confundirse la tierra con el espacio allá en lontananza, y su corazon latia con júbilo.

De este modo fué atravesando campos y montes, dejando atrás á Atajate, á Gaucin y llegando por último al campo de Algeciras al ponerse el sol del dia siguiente.

Dos horas despues se presentó al conde un caballero zegrí, de los que seguian al de la cruz roja, y le dijo:

—Señor conde, mi jefe y el príncipe Muza, me encargan te participe que no te molestes en elegir posiciones para situar tu campo y rodear la ciudad; ellos lo han hecho ya, y si me permites acompañarte te enteraré sobre el terreno de la acertada posición que te han designado.

—Con mucho gusto, valeroso musulman, pónete á mi derecha y en llegando dispon lo conveniente con arreglo á las

instrucciones que traigas. ¿Han visto á los tuyos los marroquíes de Tarifa?

—No; solos mi jefe y Muza estudiaron los alrededores mientras nosotros permanecemos lejos de la poblacion que vas á sitiá, cuidadosamente ocultos á las miradas de sus habitantes.

No tardaron mucho en arribar al sitio marcado, y sin perder un instante, montañeses y selvícolas rodearon á Tarifa; con solo la excepcion de la parte occidental, que poco despues ocuparon los zegríes y acompañamiento del incógnito. Durante la noche y al resplandor de la luna, formaron castellanos y granadinos su campamento, estableciendo entre ellos y la plaza, trincheras, parapetos y cuantas defensas se conocian en aquella época para tales casos. Los árabes de Muza, despues que concluyeron la parte que ellos ocupaban, ayudaron á los del conde, quedando en aquella noche y parte de la madrugada terminado el cerco.

Los marroquíes comprendieron bien pronto la causa que motivaba aquella reunion de sus nocturnos huéspedes; y enarbolando bandera blanca, intentaron varias veces pedir explicaciones sobre tan repentina llegada; mas eran detenidos por las avanzadas de los sitiadores sin recibir otra contestacion que la de « pronto sabreis lo que venimos á hacer y lo que queremos: atrás ó morireis todos. »

A la siguiente mañana pudieron distinguir los habitantes de Tarifa el cercano, estrecho y formidable sitio que rodeaba la ciudad.

Digamos cuatro palabras sobre la posicion topográfica y lo que era entonces tan célebre plaza. Su fundacion se remonta á los más remotos tiempos y aún cuando no se puede asegurar la fecha ni quiénes la construyeron, es indudable que fué uno de los primitivos puertos de España. En su origen se llamó Tarteso y en ella hacian el comercio los fenicios. Esta situada á los 36° 1' y 10" latitud N. y los 1° 52' 44" longitud O., en la parte más meridional de Europa, en

el Estrecho y á cinco leguas de Gibraltar. Tiene tres órdenes de muros, siendo el más formidable el que antes de sitiarse Pedro construyeron los hijos de Fez, los que levantaron su famoso castillo, obra maestra en su género. Las calles son estrechas y tortuosas, pero contienen palacios, alcázares y muchos fuertes, que le dan un aspecto verdaderamente inespugnable. Los romanos la enriquecieron ya con murallas y fortalezas que aumentaron los marroquíes; pues era, según hemos dicho, el punto de reunión ó cuartel general, desde el que extendía el rey de Fez su conquista en la península ibérica, sirviendo además de amparo y resguardo á las erupciones salvajes de Africa, del Riff y de Marruecos. Por eso Jacob la había fortalecido admirablemente conservando siempre en ella una numerosa guarnición, compuesta ahora de dos mil ginetes y más de cuatro mil infantes; siendo gobernador perenne su propio hermano el príncipe Hizcan y por eso pretendía quitársela su valiente enemigo el conde de Lara.

Toda la guarnición y sus diez mil habitantes miraban en este momento el terrible golpe de vista que presentaba el campo sitiador: zanjas, trincheras, tiendas de campaña, briosos ginetes y aguerridos montañeses, selvícolas, zegríes y caballeros cristianos, miraban en torno, luciendo en todas partes la cruz del Redentor sostenida por el castillo y león y el escudo de Lara. Orden, concierto, disciplina y desmedida arrogancia veían también los encerrados marroquíes, en sus fieros sitiadores.

A las diez en punto de la mañana, se oyeron las trompetas, clarines y atambores del campamento, é inmediatamente se dirigió un guerrero desde la tienda del Temerario á la plaza, llevando en la mano derecha una bandera blanca, señal inequívoca de parlamentario, y en la izquierda un pergamino cerrado, sellado con las armas de Lara.

El enviado llegó á una de las tres puertas que tenía la ciudad, pidiendo en nombre de su jefe le dejasen entrar.

—¿Que pretendes?—le preguntó un jefe marroquí.

—Quiero entregar al gobernador de la plaza este pergamino.

—¿Quién te envía?

—El muy poderoso señor conde de Lara.

—Aguarda, mientras doy cuenta de tu venida.

Un cuarto de hora despues le abrieron la puerta, vendaron los ojos, llevándolo al palacio del gobernador.

El parlamentario que mandaba el caudillo castellano era D. Bernardo Macías, formaba parte de su escolta y lo consideraba como á uno de sus más valientes y aguerridos caballeros. Ya en la morada del jefe marroquí le quitaron el pañuelo con que le estorbaban mirar, dejándolo en un salon grande contiguo á la cámara principal del príncipe, sin decirle otra cosa que:

—Espéra, cristiano.

Macías se alzó la celada de su casco, apoyó la mano izquierda en la empuñadura de su formidable espada, arrojó la bandera blanca, y cogiendo con la diestra el pergamino sellado, comenzó á pasear por aquella estancia sin dar señales de impaciencia, pero con algo de altanería. De vez en cuando miraba la cruz, el castillo y leon y el escudo de Lara que llevaba en el pecho y sonreía con orgullo, suponiendo que aquellos distintivos y su valor le abririan paso por todas partes.

De este modo esperó otro cuarto de hora que tardó en abrirse la puerta que daba paso á la mencionada cámara, y un moro le dijo:

—Entra, cristiano, el príncipe te espera.

El guerrero penetró con la frente erguida, miró á los costados, viendo á la derecha, reclinado entre cojines, á un musulmán alto, de mirada torba y penetrante, moreno, barba larga y tan negra como el azabache. Estaba rodeado de los seis principales jefes de Tarifa, los cuales permanecian en pié, con los brazos cruzados y la vista fija en el re-

cien venido. El primero era Hizcan, hermano del rey de Fez, el que, intentando profundizar los pensamientos del embajador del Temerario, le preguntó con voz ronca y destemplada:

—¿Vienes de parte del conde de Lara?

—Sí,—le contestó D. Bernardo.

—¿Qué desea tu señor?

—Me encarga te entregue ese pergamino.

Y le alargó el que llevaba en su diestra. El moro lo cogió, y dándole á uno de los seis que tenía en torno, le dijo:

—Abul-Giaffar, tú el más noble del imperio, rompe ese sello y lee fuerte, que todos debéis oír lo que dice el escrito.

Giaffar obedeció al príncipe y leyó:

«El conde de Lara, alférez mayor y justicia de Castilla y de León á Hizcan-el-Fahri.

«Príncipe: Tarifa es de D. Sancho IV; fué usurpada por tus mayores á los de mi rey, y vengo por ella. Recordando la iniquidad cometida por Jacob, tu hermano, al saber que me hallaba en sus estados, no tendré con vosotros más consideración que la imprescindible á un caballero: no intento vengarme, quiero solo que su maldad reciba de mi mano el segundo castigo; que harto debió conocerme en Córdoba, y mal demostró en el Riff haberme comprendido. Te concedo cuarenta y ochó horas para que salgais de la plaza, en cuyo instante, ó antes si me dais motivo que lo justifique, entraré en ella y mandaré pasar á cuchillo á cuantos halle con armas en la mano.—LARA.»

Giaffar le devolvió el pergamino, haciéndole una reverencia, quedando los seis con los brazos cruzados, la vista baja y en su anterior inmovilidad.

Hizcan arrojó á un lado el escrito, se cubrió el rostro con las manos, meditando largo rato; luego alzó su contraída frente, miró á Macías y le preguntó:

—¿Eres un simple enviado ó un embajador?

—Lo último.

—¿Puedes entrar en explicaciones?

—Sí.

—No pretendo alegar otro derecho sobre Tarifa, que aquel que da la no interrumpida posesion de años y años; ni tu señor viene á disputármela en el terreno de la discusion: tomó un pretexto que juzga razonable, pero su más ó ménos derecho lo funda en el valor de sus soldados y en la suerte de las armas; y este punto, á mi entender, es sobre el que podemos tratar. El conde penetró en las tierras de mi hermano sin prévio anuncio ni permiso; llegó como conquistador, y una vez posesionado de los alrededores de Tarifa, solo venciéndolo podré echarlo de aquí. Sé que es muy valiente, le acompañan los mejores soldados de Castilla, y yo tengo á mis órdenes en esta ciudad gente elegida por el rey de Fez; todo lo cual será motivo de una encarnizada lucha que quisiera evitar, ó mejor dicho, que deseo suspender hasta tanto que reciba una orden terminante de mi hermano, bien para entregar la plaza, ó bien para defenderla. En breve mandaré emisarios, y estoy seguro que Jacob se apresurará á contestarme: decid al conde que suspenda las hostilidades ínterin resuelve mi rey.

—Príncipe—le replicó Macías,—áun cuando con esa tregua te propusieras introducir refuerzos, no por eso dejaria el caudillo castellano de arrancarte la ciudad; que en la guerra no vence el mayor número, sino los más valientes; pero hay otra dificultad más grave, y es, que mi jefe trae mucha prisa, y es indispensable que concluyamos esta jornada pasado mañana.

—Imposible, cristiano; por mal que se defiendan los míos, y sucederá lo contrario si Alá no nos abandona, no es dable á ningun hombre asaltar y tomar esta plaza en el tiempo que os proponéis.

—Siento que estés en ese error; no tardaremos en demostrarte lo contrario.

—Me duele la mucha sangre que va á correr por una nueva temeridad del osado castellano.

—Tendremos paciencia, príncipe; antes de venir, sabíamos que defenderiais la plaza, y que sería indispensable para quitárosela regar sus calles con sangre marroquí.

—¿Son de bronce vuestros soldados?

—Como hijos de las rocas son tan fuertes como ellas.

—Mal conoceis, no obstante, lo que puede el hombre que encerrado en su castillo defiende su propia casa.

—En Córdoba le probamos á tu hermano que lo sabíamos.

—En Tarifa os voy á demostrar que lo ignorais; pero á ser posible, quisiera evitaros tanto daño como os vamos á hacer.

—Me consta que ni un solo instante más te concederá el conde de Lara.

—Deduzco, que su renombre de generoso é hidalgo no guarda relacion con sus hechos.

—Hizcan, el peor de los vasallos del conde vale más por sus honrosas acciones que el malvado perseguidor de unos peregrinos que atravesaron el Africa en paz para ir en direccion de la Meca.

—¿A quién te refieres, castellano?

—El pacífico caminante acosado por asesinos, se llamaba Pedro de Lara, el inicuo jefe de sus perseguidores, Jacob, rey de Marruecos.

—Merecias que te mandase arrancar la lengua, para que no volvieras á referírselo á otro.

—Con los siete que estais presentes no lo conseguirias.

—Lo ejecutarian cien esclavos, y si no bastaban, mil.

—¿Y qué te costaria la accion? ¿Comprendes tú lo que puede, lo que vale el poderoso castellano á quien represento aquí?

El príncipe nada le contestó; inclinó nuevamente la cabeza, se cubrió el rostro con las manos, permaneciendo así hasta tanto que tornó á alzarla, y le dijo:

—Del mismo modo que has venido marcha á tu campo; di á tu temerario jefe, que piense en la tregua que le pido, y si no le asustan las consecuencias de no concedérmela, que haga lo que quiera. Si no vuelves antes de las dos de la tarde, daré por hecho que persiste en asaltar á Tarifa pasado mañana á esta hora.

—Si antes no le dais motivo para adelantar ese acontecimiento.

—Que Alá te guarde.

—Gracias, moro.

Salió Macías, se dejó vendar nuevamente los ojos, y sin impedimento alguno llegó á la tienda del conde, y le dijo:

—Gran señor, Hizcan os pide la tregua suficiente para traer refuerzos de Marruecos y hacer intomable la plaza que defiende.

—¿Qué le habeis contestado?

—Que no pensabais concederle un instante más de las cuarenta y ocho horas.

—Bien dicho.

—Al salir de la ciudad noté gran movimiento...

—Macías, un parlamentario no ve, oye ni escucha. ¿Qué más hablasteis con el príncipe?

—Me ví obligado á recordarle lo que Jacob hizo con vos en Africa, pues pretendia que erais poco generoso al negarle la citada tregua; creyó insultantes mis frases y me amenazó con mandarme sacar la lengua; á lo que le contesté, que con los siete moros que estaban presentes no tenía bastantes para conseguirlo.

—Que lo hubiera hecho; que él ó los suyos tocasen el acero de vuestra armadura, ¡y por María y la Cruz!... Macías, enterad al príncipe Muza y al caballero de la cruz roja del resultado de vuestra embajada y que estén prevenidas sus huestes; es muy de temer que los dos mil ginetes marroquíes intenten alguna salida.

Partió el parlamentario mientras el conde decia á Alí.

—Negro, que ensillen nuestros caballos mientras comemos y que esperen montados los individuos de mi escolta.

—¿Tan pronto te sientas á la mesa, señor?

—Sí, que estamos cerca del enemigo y debo velar por la suerte de mis valientes hijos.

El africano obedeció y media hora despues comia el conde de Lara acompañado únicamente de Ali, el cual como de costumbre, retiraba los platos de su amo, alimentándose con las viandas que éste le dejaba de propio intento.

Una hora despues cubiertos ambos con pesadas armaduras, montaron á caballo y al frente de doscientos caballeros comenzaron á recorrer los puntos avanzados del campamento.

Otra vez volvia á lucir el águila de oro que ostentaba el conde sobre su terrible casco de guerra, llevando asida en su pico la pluma negra que ya conocemos. Aquella enseña de muerte y de exterminio ondulaba nuevamente sobre la cabeza del invencible gigante que tantas glorias otorgaba á su querida patria, que tantas penas le proporcionaban por la separacion de su encantadora mujer, á que se hallaba condenado.

Al llegar á cada uno de los mencionados puntos avanzados, repetia á los individuos que encontraba:

—Hijos, es probable que el enemigo salga; no distraeros un momento y en cuanto noteis que se abre una puerta de la plaza, retiraos á las trincheras y dejadlos que lleguen allí, que vuestros hermanos los aguardan dispuestos á la pelea.

Cuando hubo terminado el reconocimiento se encaminó á la parte occidental del campamento, defendida por los zegríes y restantes tribus que obedecian al caballero de la cruz roja y al príncipe Muza. Estos habian recibido ya la noticia que á nombre de Lara les dió Macías, pues se hallaban dispuestos como para entrar en combate; al ver al conde se adelantó el príncipe, llegó hasta él y le dijo:

—Tu escudero me dió el honroso encargo de que velasen los míos por tu incomparable esposa y te la trajesen lo antes posible: acepté con gusto la misión y no dudes, conde amigo, que quedarás satisfecho de los zегries y de mí.

—Gracias, noble musulman; estoy persuadido que cumplirás con sobrada lealtad é interés el encargo; más temo á los huracanes que acaso destruyan las débiles tablas que van á surcar ese terrible Océano que tenemos delante.

—La hurí es un ángel, y Alá misericordioso; abriguemos confianza en él. He reconocido hasta donde me ha sido posible la plaza que hemos sitiado y noto que los de Fez han aumentado considerablemente el número de fortificaciones.

—Es verdad, pero esto no será una razón para que dejemos de dormir en ella pasado mañana.

—Preveo que nos va á costar mucha gente.

—No lo creas, príncipe; sus defensores se baten con la ferocidad del tigre, pero desconocen completamente el arte de la guerra.

—Me consta que á los seis mil soldados que custodian sus muros están uniéndose cuatro mil rifeños, vecinos de Tarifa.

—Si fuesen cuarenta mil tardaríamos ménos en vencerlos. Resistiendo su primer empuje y obligándoles á besar la tierra, corren en seguida sin que haya nada capaz de detener la huida. Cuantos más sean mejor se atropellarán y más pávura infundirán los medrosos en el corazón de los valientes.

—No soy cobarde, que así lo has declarado tú, pero admiró el indomable valor de mi estimado amigo; de tí, á quien nada asusta, ni pudo vencer alguno.

—Gracias, tu cariño hácia mí te inspira ahora. ¿Qué dice el caballero de la cruz roja?

—Lo mismo exactamente que tú; parece que os habeis puesto de acuerdo.

—Me alegró.

—También he notado gran movimiento entre los habitantes de la ciudad.

—Infero, como te habrá dicho Macías, que intentan alguna salida.

—Creo lo mismo, y hasta preveo que podrá sernos muy útil.

Los dos amigos acordaron lo conveniente para, en el caso de recibir algún brusco ataque por parte de los marroquíes, separándose luego con la misma tierna solicitud que tenían de costumbre.

Lara dió nuevas órdenes á los suyos, situándose luego en el centro y punto más avanzado de su campamento, con el objeto de resistir la embestida, si venia de frente, ó dirigirse al costado donde intentasen caer los sitiados. De este modo esperó tranquilo, aguardando sus caballeros, montañeses y selvícolas al enemigo para recibirlo con la bravura que cien veces habian demostrado en el campo de batalla.

Con la misma indiferencia que vieron en otras ocasiones á sus más formidables contrarios, miraban ahora aquellas tres hileras de muros, el famoso castillo que se alzaba en Tarifa, sus muchas torres, fuertes y parapetos y toda aquella defensa, por último, que hubiera impuesto á otros que no fuesen los siempre vencedores vasallos del poderoso conde que los llevaba de victoria en victoria sin hallar nunca valla capaz de detener su arrogante paso.

En tal estado y sin ocurrir incidente alguno iba concluyendo la tarde.

Serian poco mas de las seis; el sol se inclinaba ya á su ocaso; reinaba un Norte, flojo, fresco y agradable, y la mar parecia un dilatado estanque sin otro movimiento que el producido en su superficie por la juguetona brisa al besar las diminutas ondas que ella rizaba.

Lara á pesar del silencio y tranquilidad que al parecer existian en Tarifa, permanecia en el centro de su línea y en el punto más avanzado, á caballo, preparada su lanza, fijo

en la ciudad que tenía delante. A su lado estaba Alí y detrás los individuos de su escolta y los grandes y caballeros de Osuna; ninguno hablaba, pero todos presentían y aguardaban un gran acontecimiento.

Lo mismo exactamente sucedía en el terreno que ocupaba y defendía el caballero de la cruz roja; al lado este del príncipe Muza, teniendo detrás á su viejo y valiente escudero, miraba á la plaza con el mismo interés que Lara, cubierto siempre su rostro sin dirigir la palabra á ninguno.

Los restantes caballeros moros y cristianos, los selvícolas y los montañeses, detrás todos de las trincheras y parapetos sin poder ser vistos ni oídos por los sitiados esperaban empuñando el arma lo mismo que sus respectivos jefes.

La ciudad tenía tres únicas puertas, una al Norte, otra á Levante y la última á Poniente.

El conde se hallaba frente á la del medio, cuando vió abrirse esta y salir un enjambre inmenso de moros á pié y en direccion de donde él estaba; pero no se movió ni en su campamento se pudo notar señal alguna de alarma á pesar de continuar los marroquíes corriendo silenciosos hácia aquella parte.

Un segundo despues se abrió la puerta que daba á Occidente y escaparon por ella otros tantos infantes avanzando hácia el campo del caballero de la cruz roja y de Muza.

Pedro los vió tambien y notó que en cuanto salieron se cerraron las puertas de la plaza. Entonces se volvió, exclamando:

—Macías, poneos al frente de mis montañeses y selvícolas del centro y si esos marroquíes se atreven á atacaros dar fin de todos. Vos, D. Ricardo, partid al momento con la caballería hácia Levante. No perded un instante.

—Señor—se atrevió á replicar este—en esa direccion no hay enemigos.

—Marchad inmediatamente, insensato ¿no adivináis que el ataque principal debe ser por ese lado? antes de poco

caerán sobre vos dos mil caballos mas veloces que el viento.

—Ahora lo comprendo. ¡Ay de ellos si llegan á la línea!

Macías y D. Ricardo picaron á sus potros y desaparecieron en el mismo instante.

El Temerario hizo marchar á diez de sus caballeros, los cuales corrieron á diferentes puntos del campamento con nuevas órdenes subordinadas al cálculo del entendido general en jefe. Luego se separó, encaminándose á Levante, pero sin dejar de mirar las dos masas de marroquíes, las que continuaban en direccion de su campo, mas no tan deprisa como al salir de la plaza.

Cuando el conde estuvo en sitio desde donde podia ver la puerta de Tarifa que daba á Levante, detuvo su carrera, diciéndole al negro.

—Alí, fíjate en la salida de la ciudad que da paso á Oriente. ¿La ves?

—Sí, señor.

—Pues no dejes de mirar, avisándome en el momento que distingas enemigos por esa parte de la plaza. Vosotros todos—añadió, dirigiéndose á los individuos de su escolta—aguardad, sin moveos, pero dispuestos á seguirme á la primera señal.

El conde se hallaba en este momento sobre una pequeña eminencia, desde la cual dominaba la parte Norte y Occidente de su campamento. Observando ahora la acometida de las dos falanjes contrarias, que acababan de salir de la plaza, las vió llegar no tan deprisa como al principio, y atacar, la una á sus montañeses y la otra el atrincheramiento de Muza. El combate comenzó lánguido, mas de pronto distinguió mil ginetes granadinos, que salieron por un lado de su parapeto, con la rapidez de una exhalacion, cortaron la retirada á los marroquíes, y cogiéndolos en medio, les cargaron de un modo terrible. Poco despues notó que dos masas de montañeses, dejando atrás sus trincheras, atacaban los dos flancos de los enemigos.

—Bien—exclamó—pronto sucumbirán esos desgraciados rifeños!

Apenas acababa de expresar su última frase, gritó Alí:

—Señor, caballería marroquí se dirige á Levante del campamento.

—Estaba seguro de que así sucedería—añadió el poderoso caudillo poniéndose al frente de la escolta. Conozco los ardidés de esos hombres, y desde luego comprendí que con sus dos primeras salidas pretendían solo que reconcentráramos nuestras fuerzas en Norte y Poniente, para caer de improviso sobre Oriente, aturdirnos y acaso vencernos. ¡Insensatos, cara van á pagar su torpeza! Vedlos, amigos míos, han salido los dos mil ginetes, y la velocidad de su carrera, demuestra bien claramente que llevan la idea de sorprender á mis hijos. D. Ricardo les probará su error.

Lara tenía razon, el gobernador de Tarifa trató de distraer la atención de los sitiadores con su infantería, pensando luego penetrar de improviso con la caballería, envolviendo de este modo á su valeroso enemigo. Los ginetes de que disponían, eran todos ligeros, hábiles como hijos del Riff, y no dudaba de su bravura y de conseguir, si no vencer á Lara, debilitar al ménos su fuerza moral. Veamos si lo pudo lograr.

Los atrevidos rifeños saltaron zanjás, parapetos y trincheras, y lanza en ristre intentaron acometer á sobrecogidos peones; mas se hallaron con mil caballeros que, cubiertos de hierro ellos y sus caballos, les aguardaban con fría tranquilidad. Tal sorpresa no fué motivo, sin embargo, para hacerles retroceder; cargaron, pues, sobre su enemigo, mientras que mil montañeses y otros tantos selvícolas les cerraban el paso, atacando á la vez sus costados y retaguardia.

Los que creyeron sorprender cayeron en un lazo tan hábil como terrible para ellos. En tanto que los caballeros del conde destruían y aniquilaban á indefensos enemigos, los fieros montañeses y selvícolas forrados de baqueta, saltando

como ligeras panteras, cogían por la espalda á los ginetes rifeños, los mataban, y posesionados de sus caballos, continuaban luchando de un modo que aturdió á aquellos, los hizo retroceder y obligó á presentarse en la más espantosa huida; pero al buscar su salvacion en la ligereza de sus caballos, se encontraron con Pedro de Lara, que seguido de Ali, de los individuos de su escolta y de los grandes y caballeros de Osuna, les cerró el paso dando principio á un nuevo ataque mucho más sangriento que el que acababan de sufrir.

En los dos costados de la línea se hallaba cortado el enemigo y sufría en este momento las terribles consecuencias de su impremeditada embestida. La salida que habian verificado fué valiente y atrevida, era además muy propia de los enemigos de Lara y de la época; pero no contaron con que el caudillo castellano, no solo era valiente hasta la temeridad, si que tambien muy práctico y experimentado en asuntos de guerra; pues desde que tuvo uso de razon hasta entonces no hizo otra cosa que dar y aceptar batallas.

El príncipe Hizcan determinó aquel ataque sin una confianza absoluta en el éxito, mas le quedaba la plaza y una parte de su guarnicion, caso de frustrarse la intentona, con más los refuerzos que esperaba, si bien no pudo imaginar nunca el destrozo que en estos instantes hacian los feroces caballeros, montañeses y selvícolas de Lara sobre sus sorprendidas, aturdidas y aniquiladas huestes.

Así será efectivamente; mientras el famoso conde disponia que sus vasallos cortasen al enemigo le obedecieron admirablemente; pero en el instante que ordenó se contrajesen á hacer prisioneros no le escucharon bien, toda vez que era suficiente no haber arrojado el arma para que la lanza del caballero, la maza del montañés ó el hacha del selvícola destrozase su pecho ó rompiese su cráneo.

Pronto se llenó el campo de cadáveres, de heridos, miembros mutilados, caballos deshechos, corriendo la sangre

marroquí desde las trincheras de Pedro hasta las murallas de Tarifa, aturdiendo el espacio los lastimeros ayes de mil víctimas que, pidiendo unas la muerte y otras la compasión del vencedor, herian el corazón más duro.

Los dos mil ginetes que asaltaron la parte Levante del campamento, sucumbieron en su mayoría, siendo indudable que escasamente llegarían á quinientos los que consiguieron regresar á Tarifa, dejando tendidos en el campo á sus generales Abul-Giaffar, Almar-ben-Mohamet y á Cacim, y prisioneros, muertos ó heridos los restantes. Creyeron sorprender y atacar la parte más débil de la línea enemiga y tuvieron la desgracia de ser rodeados por cerca de dos mil caballos y cuatro mil, entre montañeses y selvicolas; el destrozo hecho en ellos fué terrible, pues solo conservarían la vida unos trescientos de los que no huyeron.

Cuando el general castellano comprendió que no hacía falta en la parte oriental de su campamento, corrió, seguido de su estado mayor y grandes de Osuna, al centro de aquel, hallándolo también cubierto de cadáveres y heridos. Pronto le salió al encuentro el caballero Macías, jefe de aquella parte del campo, el cual le dijo:

—Gran señor, hemos hecho trescientos prisioneros y tendido quinientos; nos atacaron pocos más de mil.

—¿Se batian bien?—preguntó el conde.

—Muy mal, señor; no llegan los nuestros á veinte heridos y ni un solo muerto. Creo, efectivamente, que solo se proponían llamar la atención por este lado, y por lo mismo traté de cortarlos y que pagasen caro su ardid.

—Por María y la Cruz que lo habeis hecho bien, Macías.

Lara se despidió de su caballero y continuó hasta llegar al campamento del caballero de la cruz roja. Los marroquíes que atacaron por esta parte sufrieron peor suerte que sus compañeros, siendo así que el que no murió tuvo que rendirse y dejarse aprisionar. El incógnito se propuso que no escapase uno solo, los encerró en estrecho círculo de

hierro y consiguió su intento. El príncipe Muza salió también al encuentro del Temerario, diciéndole:

—Conde amigo, hemos mandado varios emisarios á vuestras dos líneas, mas todos nos dijeron que no necesitabais de nuestra ayuda para aniquilar á ese torpe enemigo.

—Así es la verdad, querido príncipe. ¿Qué os aconteció á vosotros?

—Llegaron mil valientes, y no escapó uno solo. Mi compañero el de la cruz, tuvo ese empeño y lo consiguió como siempre que algo desea.

—¿Y no volvió ninguno?

—No. Hasta el célebre Muceit, que los mandaba, tengo ya aprisionado cerca de mi tienda.

—¿Luego tampoco necesitasteis de nosotros?

—No, según has visto.

—Pasado mañana asaltaremos la plaza, terminando en ese día el sitio.

Muza meditó breves instantes, contestándole después:

—Puede que haya necesidad de batirlos antes.

—Motivo nos han dado ya, mas creo conveniente concederles las cuarenta y ocho horas ofrecidas.

—Acaso varíes de opinion, noble amigo. Puede que mañana te haga una visita, y entonces, si tengo los datos que espero, arreglaremos el plan para el asalto ó para la sorpresa.

—¡Para la sorpresa!... ¿Qué intentas, príncipe?

—Hoy nada, mañana... Hablaremos.

—Reservado estás con quien tanto te quiere.

—Con quien solo me paga el cariño que le tengo. Tú eres cristiano, y tan noble que no conoces á los marroquíes; yo profeso la ley de Mahoma, soy moro como ellos, los he tratado mucho y debo velar por tí y por la suerte de tu causa. Conde amigo, ni puedo ni debo decirte más.

—Nada te exijo, que el dudar de tu afecto sería una torpe ingratitud indigna de tí y de mí. Hé aquí mi mano.

—Toma la de tu mejor amigo, la de un hermano que te ha jurado amistad eterna.

—Pero que vive en compañía de otro.

—¡Del caballero de la cruz roja! A ese le amo ménos, le respeto más y le obedezco como á César, que ciñe su frente la corona del genio que Alá pone sobre la cabeza de su hijo predilecto. ¿Tienes celos?...

—No, amigo mio; cuando lo prefieres á mí, causa suficiente te obligará á ello.

—Digiste la verdad, cristiano; causa leal, santa, me tiene á su lado.

—Cuida mucho de él, que se lo merece.

—Tanto como de mi propia honra, que aún cuando él sabe guardarse no está demás á su lado mi acero, el cual, exceptuando al conde de Lara, clavaria en el pecho del osado que le mirase mal, sin reparar en su clase ni condicion.

—¿Y por qué esa excepcion en favor mio, viviendo tus hermanos y otros amigos?...

—Pronto te contestaré; él me espera y manda en mí.

—Que el cielo te guarde, príncipe.

—Que Alá no te abandone, conde.

Muza desapareció; Lara se dirigió á su tienda, mandó un parlamentario á Hizcan para que retirase los heridos y muertos, marroquíes que tenía en su campo, dictó algunas órdenes, que eran obedecidas inmediatamente, y cayendo sobre un mullido sillon, descansó de las fatigas de la tarde. Eran las nueve en punto de la noche.

CAPÍTULO XXXIV.

Un parlamentario marroquí.—Tregua.—Muza.—Los asesinos.—Sorpresa.—
Batalla y toma de Tarifa.

El conde de Lara cenó tranquilamente, y ya se disponía á buscar el lecho, cuando le dijo Alí.

—Señor, he creído percibir sonido de trompetas, y á esta hora...

—Escucha, negro, escucha, que tu oído es tan fino como tu piel.

—Sí, en los puntos avanzados avisan.

—Bien, esperemos, que ya nos dirán lo que ocurre.

En este instante se oyeron los clarines, y poco despues la carrera de varios caballos.

—Se alarma el campamento, señor.

—No te importe, Alí; está tranquilo respecto del enemigo; soldados quisiera él para defenderse, que harto sabe los perdió esta tarde.

—¿Se dieron una prisa á matar!...

—¿Tú no les ayudastes?

—Un poco, señor, un poco; como ya vamos tocando al fin, debo ganar mi título de caballero.

—Destruyendo el género humano, ¿es cierto?

—¡Solo habré derribado unos treinta; y somos tantos millones!...

—¿Sin contar los que matastes?

—Señor, á la puerta de la tienda para un caballo.

Un instante despues, penetró D. Ricardo, saludó á Pedro y le dijo:

—Señor conde, acaba de llegar un parlamentario con pliegos del príncipe Hizcan.

—¿Qué pretende?

—Hablaros de parte del que lo envia y entregaros un escrito.

—¿Viene solo?

—Le acompañan veinte ginetes; pero estos han quedado con nuestra primera avanzada.

—Que pase inmediatamente. Retírate Alí.

—Perdona, señor, mas los moros son muy traidores, y no les extraña por otra parte ser recibidos delante de esclavos; y por desgracia mi color...

El lienzo de la tienda volvió á abrirse; apareciendo un moro grueso, de baja estatura, y el que, á juzgar por su traje, debia ser caudillo marroquí. Saludó á Lara con una reverencia bastante humilde, quedando parado á la entrada.

—Avanza, musulman, que te hallas delante del conde de Lara, el cual te defiende y protege ahora.

—Mucho me halaga encontrarme frente á tan gentil é invencible caballero. Que Alá te guarde, gran señor, y continúe dando á tu brazo el irresistible poder que á tantos hizo humillar la frente.

—Gracias, moro. ¿Cómo te llamas?

—Benabad, y mi padre nació en la tribu almoravide.

—¿Quién te manda?

—El hermano segundo del rey Jacob.

—¿Qué quiere de mí Hizcan?

—Me encargó que ante todas cosas te dijera, que con un ejército como el tuyo, con un jefe como tú, todo se puede in-

tentar, todo se puede conseguir. Siente que seas su enemigo y no es culpa suya el que os halleis en frente; que á cumplir su voluntad estaria á tu lado aprendiendo á guerrear. Dile además—añadió—que no debe vengar en mí la conducta de mi hermano; y que siendo tan buen caballero y tan estimado de su rey, confio en que no tratará mal al que defendió á su señor; que es á la vez su hermano y su César. Y luego, de su puño y letra, y sin consejo de nadie, trazó este escrito, que pongo en tu mano, si te dignas recibirlo.

Pedro cogió el pergamino y leyó para sí.

«El príncipe Hizcan, gobernador de Tarifa y de sus tierras, al muy poderoso conde de Lara, grande y señor de Castilla.

«Cristiano: tu valor y tu poder admiran al mundo; loado sea Alá, que tan grande te hizo. Príncipe nací yo; reyes fueron mis padres; al lado de un trono me arrulló la suerte; mas chico soy, pequeño, para guerrear contigo. El monarca, mi señor, quiere que le guarde y defienda la plaza de Tarifa que tú deseas regalar á tu rey. Si con mi vida bastase para asegurársela, suya sería siempre; pero temo perder honra, vida y plaza; y siendo la primera de mis hijos, debo hacer algo por ellos ya que no pueda por mi hermano. Me distes cuarenta y ocho horas para determinar; confié el encargo á mis consejeros, estos ordenaron, y comprendí que se habian equivocado. Acepto el plazo, y aconsejado solo por mi conciencia, espero de tí que antes de espirar las cuarenta y ocho horas y al lado del que me las ha concedido, me dejarás ver lo que es posible salvar de la honra, vida y plaza que tengo perdidas. Si caballero me recibes mañana á esta misma hora, caballero te irá á visitar.—HIZCAN.»

Lara dejó el pergamino en una mesa que tenía cerca de sí y meditó breves instantes. Luego alzó la frente, diciéndole al moro.

«—Benabad, á esta misma hora recibiré mañana á tu señor. Añádele, que á fuer de leal enemigo, solo él, tú, ese

negro que ves y yo, sabremos que vino á mi tienda y habló conmigo; esto en el caso de que efectivamente venga.

—Gran merced le concedes, y bien hace en fiarse de ti, que asuntos de tal valía solo tú y él debéis conocerlos. No dudes que asistirá á la visita que te pide.

—Así será si entra aquí, Almoravide.

Y —En su nombre ordenaré queden en suspenso las hostilidades, por parte de nosotros.

—Los que me obedecen permanecerán tranquilos.

—¿Nada más debo decirle?

—Eso solo.

—Alá te bendiga y guarde, poderoso señor.

—Dios te proteja, moro, y siga aconsejando bien al príncipe que te envía.

Salió Benabad, y acercándose Alí á su amo, le dijo:

—No me gusta ese musulman, ni tengo fe en su embajada.

—Lo creo, africano; á mí no me gusta ningun marroquí, ni fiaré jamás en sus promesas.

—Bien harás, que son traidores.

—¿Me desnudas?

—Ahora mismo.

Con la mayor tranquilidad buscó el lecho el conde de Lara, ni más ni ménos que si se hallase encerrado en su intomable castillo del Saucejo. Tal era la seguridad que le ofrecia la guardia de sus montañeses y la completa derrota en que puso á los defensores de Tarifa.

Media hora despues, dormian tranquilamente amo y criado, el campamento se hallaba en completa calma, interrumpiendo solo á intervalos el alerta de los centinelas, el continuado silencio de los caballeros, montañeses y selvícolas, que se extendian en el extenso cerco de la plaza de Tarifa. Calma y tranquilidad que no fueron turbadas por el enemigo en aquella noche.

Llegó el siguiente dia, se levantó Lara é inmediatamente reconoció cama por cama, á todos los heridos que tuvo la

tarde anterior. Ocho solo ofrecían cuidado; los restantes se encontraban muy bien, y todos asistidos con el más exquisito esmero. Satisfecho el conde, salió de allí, recorrió la línea del campamento, y acercándose luego á Tarifa, trató de observar, pero nada notó que pudiera llamar su atención. Luego se retiró á su tienda, dictó las medidas que juzgó convenientes, pasando el resto del día conversando con Ali y con D. Ricardo. Los montañeses y selvícolas cantaban, reían, y orgullosos de obedecer y defender al conde de Lara, se juzgaban dichosos, empuñaban las armas con arrogante brio, y á ninguno se le ocurría que en el próximo asalto tenía probabilidades de perecer. El fiero valor de estos hombres, solo podia compararse con el amor que profesaban al caudillo castellano.

Llegó la noche, y á pesar de la tregua en que estaban, todos empuñaron los aceros, fiando poco de las seguridades de un enemigo tan veleidoso y ruin.

Eran las ocho, la noche estaba clara é imperaba en el campamento el silencio de la anterior. D. Ricardo recorría la línea y el conde se hallaba escuchando á Ali, el cual le refería en aquel momento el modo con que aprendió en el Desierto á defenderse y herir á tres ó cuatro fieras de que á la vez se halló cercado algunas veces. De pronto se movieron las débiles paredes de la tienda, penetrando un moro, el cual llevaba la capucha calada y escondido su rostro con el embozo del manto. El reciénvenido se descubrió, y dirigiéndose al africano, le dijo:

—Ali, sal y haz que avisen á D. Ricardo, permaneciendo fuera de la tienda sin consentir que nadie se acerque á ella.

El negro cruzó los brazos, hizo una reverencia al musulman y le contestó:

—Habla tranquilo, alteza, que nadie te oirá.

Y desapareció, dejando á su amo con el príncipe Muza. Este cogió un sillón, se sentó al lado de su amigo, y estrechando una de sus manos, le dijo:

—Bien te guardan tus montañeses, conde; por mas que les rogué y amenacé para que me dejasen llegar hasta tí de incógnito, no lo conseguí, viéndome obligado á descubrirme.

—¿Y entonces?

—Oh! entonces se trocaron en ovejas. ¿Me aguardabas?

—Sí; al oír el ruido de tus pisadas te reconocí.

—Anoche te mandó Hizcan un parlamentario y un pergamino; ¿es cierto?

—Sí.

—¿Crestes en sus palabras?

—No.

—¿Qué piensas?

—Que mendigó la tregua que ya le habia concedido, con ánimo de meter en la plaza algunas fuerzas de los puertos vecinos; pues las que tenía anteriormente las perdió en su mayoría.

—¿Nada más?

—No.

—Acertaste, pero tu cálculo no abraza sino uno de sus pensamientos.

—¿Qué más pretende?

—Asesinarte.

—¿Quién te lo dijo?

—Hombres, conde amigo, que me obedecen, y acatan al rey mi hermano.

—¿Expías que tienes en Tarifa?

—No, vasallos que há tiempo residen en la plaza.

—¿Leales?

—Como tus caballeros.

—¿Quién les enteró de los secretos de Hizcan?

—El interés que por mí se toman, su propia conveniencia y Alá que vela por tí.

El conde sonrió con desden, replicándole:

—Que vengan cuando gusten los asesinos.

—No tardarán.

—Pienso que sobraré con mi aliento para confundirlos.

—Jurastes no ser temerario.

—Y lo cumpliré, que en espantar milanos no encuentro audacia.

En este instante comenzó á oirse el ruido producido por el choque de armas que se arrastraban por el suelo, carreras de caballos y voces que parecian dictar ó comunicar órdenes de unos á otros. El conde fijó su atencion, exclamando:

—Parece que mis soldados se ponen en movimiento.

—Todo tu ejército obedece en este instante las acertadas disposiciones del caballero de la cruz roja.

Otra vez volvió á moverse el lienzo de la tienda, penetrando en ella D. Ricardo. Al verlo el príncipe Muza, le preguntó:

—¿Hablastes con el incógnito?

—Sí, príncipe.

—¿Te enteró de cuanto debe hacerse?

—Ya di la orden para que fuese obedecido sin pérdida de tiempo.

—Vigila la operacion y ocupa tu puesto.

Salió D. Ricardo, quedando Lara con la mayor indiferencia á cuanto veia y escuchaba. El príncipe añadió:

—¿Nada opones á lo que estás oyendo?

—Nada.

—¿Te ha disgustado algo?

—No; ese encubierto y tú podeis y debeis ser obedecidos por todos los míos. ¿Qué puesto me reservais?

—Tú aguardas tranquilo á que te vengan á asesinar; y cuando hayamos confundido á los traidores, te pondrás al frente de todos nosotros, pues has de saber que esta noche será nuestra Tarifa sin derramar mucha sangre de los que llamas tus hijos.

—Me agrada la idea, mas no comprendo...

—Bien conoces que encerrado el marroquí en sus muchas fortalezas, abastecidas y reforzadas con cuatro mil hombres

que llegaron hace tres horas de los puertos inmediatos, á un cuando asaltásemos y se tomara la ciudad, perderíamos luego mucha gente teniendo que quitarles torre tras torre, castillo por castillo y fuerte tras fuerte.

—Con enemigo tan villano no se guardan consideraciones; al edificio que resista se le pega fuego...

—Los muros no arden, conde, y de incendiar á Tarifa solo podríamos regalar á D. Sancho un monton de ruinas; pienso que es mejor conquistar esa hermosa plaza.

—Explicáte, príncipe.

—Con enemigo tan villano no se tiene consideracion; tú lo has dicho, ¿es cierto?

—Sí; pero no veo...

—Escúchame: en breve se reunirán todas sus huestes en la gran plaza que da frente á la puerta del centro, mandadas por el mismo Hizcan; á la vez llegarán á tu tienda un moro muy parecido á él acompañado de Benabad, y fingiendo el primero que es el príncipe te asesinarán, tocando acto continuo y de un modo muy extraño la bocina que traerá el fingido Hizcan. La escolta de ambos repetirá la señal; otros que esperan más lejos darán aviso á los de la plaza con un sonido igual; se abrirá la puerta del centro, saldrá por ella el hermano de Jacob seguido de cinco mil soldados y de otros tantos ó más marroquíes, vecinos de Tarifa, que se hallan armados, caerán sobre nuestros parciales y vengarán la derrota de ayer tarde, aniquilando á la vez á tus sobreco- gidos vasallos; pues muerto tú, supone Hizcan que no acer- tarán á batirse.

—¡Diabólico plan! ¡miserable pensamiento! — exclamó Lara con enojo.—El hermano se parece á Jacob como un condenado á otro.

—Ya te digo que no conocias á los marroquíes.

—Es verdad. ¿Quién te enteró tan admirablemente?

—Un granadino á quien salvé la vida y hoy sirve á Hizcan.

—Un perverso que puede engañarte.

—Me dió pruebas, me teme y necesita de mí, pues toda su familia está en poder mio.

—¿Qué piensas hacer?

—Alí y yo obligaremos á los asesinos á que verifiquen la señal, y mientras el hermano de Jacob corre hácia aquí, le abrirán al caballero de la cruz roja la puerta que da frente al campamento y penetrará por ella con mis soldados, los suyos y algunos montañeses y selvícolas.

—¿Y luego?

—El incógnito tomará la plaza casi sin resistencia ínterin nosotros dos salimos á recibir á Hizcán con todos tus caballeros y restantes selvícolas y montañeses.

—Vamos á pelear á oscuras y esto pudiera dar lugar á equivocaciones entre mis vasallos.

—Nos favorece hasta la noche; brilla la luna ya en toda su redondez y nos presta sobrada claridad para distinguir al enemigo.

—¿Está todo dispuesto?

—Solo falta que lleguen los asesinos. ¿Oyes ese clarín? Parece que me han escuchado. ¡Alí!—gritó el príncipe.

—Alteza—contestó el negro entrando.

—¿Estás enterado de lo que debes hacer?

—Sí, señor.

—¿Dónde nos ocultamos?

El negro hizo que su amo se levantara, separó un armario que tenía á la derecha y situó el sillón entre aquel y la mesa de escribir; luego invitó á Pedro á que se sentase, á Muza lo escondió detrás del armario, metiéndose él debajo de la mesa, cubierto con el paño que tenía esta. La combinación de Alí daba por resultado quedar él á la derecha, pegado á Lara, y el príncipe á la izquierda, muy cerca tambien de aquel; el primero hizo con su daga un pequeño agujero en el tapete, por el cual podia ver hasta los menores movimientos de los que llegasen.

En tal disposición pasaron diez minutos riéndose el conde de las violentas posturas de sus defensores.

—¡Bravo!—exclamaba—tengo á un poderoso príncipe detrás de un armario y al más valiente de los hijos de Africa, caballero ya de Sancho IV el Bravo, debajo de una mesa como un perro faldero, y ¿para qué? para asustar á dos montaraces rifeños, con los cuales puede el peor de mis vasallos. Muy bien, señores; procurad distraerme, porque si tardan mucho esos miserables me voy á quedar dormido; ó de otro modo, estad alerta y despertadme cuando entren, pero hacéldo con disimulo no os oigan y huyan despavoridos ante los dos temibles guerreros convertidos ahora en estatuas.

—Condé amigo—le contestó el príncipe—tan connaturalizado estás ya con los asesinos que ni á estos temes.

—De los hombres me libra mi lanza, príncipe; de los traidores la Providencia, de lo cual puedes deducir que á los últimos es á los que menos debo temer.

Al espirar la postrer frase en los labios de Pedro, quedaron en silencio los tres, queriendo percibir el ruido producido por las monótonas pisadas de un guerrero que se acercaba lentamente á la tienda.

—Ahí los tienes, Muza—exclamó Lara.

—Calla, por Mahoma.

Un instante despues se abrió el lienzo y anunció Macías:

—El príncipe Hizcan y Benabad Almoravide!

—Que pasen—gritó Lara—retiraos de aquí y que nadie se acerque á la tienda.

Salió el caballero sin que Pedro se moviese de su asiento; á la vez penetró un moro alto, de barba larga y negra, moreno y algo parecido en estatura y color al hermano de Jacob, el que fingía ser; pero como habia dicho Muza, era un asesino llamado Idris, natural de Fez y el que se hallaba sentenciado en Tarifa cuando le fueron á proponer la horrible maldad que en estos momentos pretendia llevar á cabo.

Iba acompañado de Benabad y ambos entraron en la tienda é hicieron una reverencia, quedando parados como por etiqueta, pero en realidad esperaban que se alejase el guerrero que los habia conducido hasta allí.

—Adelante—les dijo el Temerario con burlona sonrisa—llegad hasta mí sin temor. Aun cuando sea vuestro enemigo, dispuesto me teneis á complaceros en todo cuanto me pidais esta noche. Me hallo de buen humor y no sé negar nada al verme en tal estado.

Los moros dejaron de oír el ruido de las pisadas de Macías, en cuyo momento preguntó el fingido Hizcan:

—¿Eres el conde de Lara?

—Sí, príncipe.

—Cristiano, la plaza de Tarifa es tuya; dejamos de ser enemigos, levántate y estrechen los brazos del hermano del rey de Marruecos al invencible caudillo castellano.

Y el moro abrió los suyos, llevando escondido entre la manga de la túnica y oprimido con su mano un agudo puñal. Lara echó una pierna sobre otra, impidiendo así que se le acercase Idris, y sin abandonar un momento su burlona sonrisa, le contestó:

—Alto, valeroso príncipe; eso de abrazar yo á un moro no ha entrado todavía en mi cálculo. Primero os dejaba en tranquila posesion de la plaza que cometer un acto contrario á la sana moral.

—¿Qué dices, cristiano?

—Digo, valiente Hizcan, que sois tan traidores, perversos y malvados los naturales de ese foco de infamia, que llaman Marruecos, que emponzoña hasta vuestro aliento.

A la vez, clavó en Idris una ardiente mirada que le obligó á bajar la vista, distinguiendo en este instante un poquito del pomo que oprimia la diestra del moro. No quedaba ya duda de que el supuesto Hizcan era un asesino. Lara entonces volvió á su anterior estado, y con la misma burla, añadió:

—Pero ya que no me es dable estrecharte entre mis brazos, te daré mi mano derecha.

Y se la alargó.

El marroquí sonrió de un modo siniestro y fué á cogérsela con la izquierda, con ánimo de clávarle el puñal con la otra; pero Lara hizo un movimiento rápido, le agarró esta, se la oprimió fuertemente y tiró de ella hasta hacerle caer de rodillas.

—¡Benabad!—exclamó el moro, á los piés del Temerario.

El almoravide sacó su daga y fué á caer sobre el conde; pero en el mismo instante le sujetó por la espalda Muza derribándole en tierra; á la vez salió Alí, y cogiendo sus cabezas golpeó con ellas en el suelo, diciéndoles:

—Miserables, besad el sitio donde el caballero estampó su huella.

Pedro soltó la mano del asesino cayéndosele á este el puñal, pues su víctima le habia deshecho los dedos.

—Inutiliza á ese hombre, negro—gritó Muza, refiriéndose á Benabad. Inmediatamente levantó él á Idris, y quitándole la bocina que llevaba á la cintura se la hizo cojer con la mano izquierda, diciéndole:

—El conde de Lara ha muerto; haz la señal á tus compañeros; los tres golpes que deben oír. Si no me obedeces te mato.

Y fijó en el pecho del asesino el mismo acero que este intentó clavar en el corazon de Pedro. El marroquí tembló, y con voz balbuciente, le dijo:

—Te conozco, príncipe; si me perdonas, tocaré.

—¡Si tardas, mueres!

Y Muza introdujo en el costado de aquel la aguda punta del arma mortífera.

—Basta, señor!... ¡Ay!...

—Toca.

Idris se llevó la bocina á los labios y dió tres sonoros golpes que se pudieron oír á gran distancia. El príncipe dejó

al malvado, recorrió el lienzo de la tienda y aplicó el oído. Un instante despues sintió otra bocina que repetía la señal.

—¡Bien!—exclamó, sonriéndose.—Alí, inutiliza tambien á ese otro asesino.

Y marchó fuera de la tienda, queriendo percibir algo más. No se habia equivocado; oyó la precipitada carrera de varios corceles y los sonidos de las trompas y clarines que le indicaban la salida de la plaza del príncipe Hizcan y de sus soldados. Otra sonrisa asomó á sus labios, gritando cuanto pudo:

—¡Aben-Zeid! ¡Macías!

Los dos le contestaron acercándose el uno por la izquierda y el otro por la derecha, al frente el primero de la tribu abencerraje y el otro de doscientos caballeros cristianos.

—¡Mi caballo y el del conde, están ahí?

—Sí, le respondieron los dos á la vez.

—Esperad.

Y el príncipe fijó su vista en la parte occidental de la plaza, quedando sin accion ni movimiento y como pendiente de una señal.

Mientras el granadino miraba así, habia el negro maniatado y derribado en tierra á los dos asesinos, y puesto á su amo el pesado casco, cubriéndose él lo mismo y empuñando su terrible maza. Cuando ambos se hallaron de punta en blanco salieron tambien fuera de la tienda y quedaron esperando el resultado de las observaciones del príncipe. Este, pasado algun tiempo oyó el ruido producido por la caballería marroquí que se acercaba, distinguiendo casi en el mismo instante la lejana luz de un hacha de viento que sobre el muro de Tarifa formaban con ella un círculo de fuego. Muza sonrió por tercera vez, exclamando:

—Conde de Lara, el caballero de la cruz roja entró ya en Tarifa, y el verdadero Hizcan, al frente de sus huestes viene sobre nosotros hallándose á mil varas todo lo más. ¡A caballo! destruyamos á esos cobardes marroquíes y volemós en ayuda del valeroso incógnito!

Lara, Muza y Alí, subieron sobre sus respectivos alazanes é inmediatamente corrieron en direccion del sitio donde se encontraba su ejército, el cual formaba una herradura, hácia cuyo centro debía dirigirse el jefe marroquí. En uno de los extremos de esta media luna estaba D. Ricardo y en el otro se colocó Macías, rodeado cada uno de cien ginetes, continuando despues las hileras de los montañeses y selvícolas de á pié. El centro, que era el punto mas expuesto por la brusca acometida que debía recibir por parte de los marroquíes, lo ocupaban toda la caballería del conde, los grandes y caballeros de Osuna y las escoltas de Muza y del Temerario, los que acababan de llegar en este instante situándose al frente de sus huestes.

Como habia dicho el príncipe, una luna clarísima se extendia por los alrededores de Tarifa. El ejército cristiano guardaba un profundo silencio; el que no sabia lo que iba á suceder lo suponía, y todos, sin excepcion alguna, se hallaban dispuestos á confundir al enemigo que cometia la imprudencia de irlos á buscar, pudiendo haberlos esperado resguardado detrás de sus muros.

Poco despues oyeron los de Pedro una gritería espantosa, distinguiendo claramente las huestes marroquíes, que en confuso tropel, victoreando á Hizcan y maldiciendo á Lara, se dirigian hácia ellos con más audacia que valor y cálculo. De pronto se detuvieron, quedando asombrados al contemplar al ejército sitiador que los esperaba formado y dispuesto al combate.

A los ternos y voces de los atrevidos que salian de Tarifa, sucedió ese rumor sordo, continuado, hijo de la sorpresa y hasta del temor; comprendian que sus contrarios eran más poderosos en número, denuedo, arte y valor; y no se explicaban el porqué, muerto el conde de Lara, existia aquel órden y concierto en los que creian desesperados y sorprendidos. Y creció más su admiracion al ver que mientras ellos permanecian indecisos y temerosos, avanzaban los otros

sin ruido alguno, con calma y en un órden no interrumpido.

Hizcan y los caudillos que le rodeaban, vieron la media luna que formaba el ejército sitiador, y dedujeron, con sobrado fundamento, que la marcha de los cristianos daría por resultado el encerrarlos en un círculo de hierro. En tal apuro, determinaron atacar el centro, pues ya era difícil retroceder, deshonoroso huir, é imposible entrar en transacciones con el gran cristiano á quien intentaron asesinar villanamente; pero en el momento de dar la órden de avanzar, se les presentó un ginete, que llegando á escape tendido, gritaba.

—¡Volveos! ¡en Tarifa acaban de entrar los zegrís, alabeses, almoradies, vanegas y montañeses! ¡Sino llegais á tiempo todo se ha perdido!

Solo tan terrible noticia faltaba á las ya aturdidadas masas marroquís; Hizcan reconoció al que gritaba de aquel modo, y creyendo en la veracidad de sus palabras, dió la contraórden de volver á la ciudad.

O llegó también la noticia á oídos del conde de Lara, ó adivinó el pensamiento de sus contrarios, pues en el mismo instante corrió su ejército desafortadamente, la herradura se cerró y los de Tarifa se vieron atacados en torno y en el estado más lastimoso de abatimiento y postracion jefes y soldados.

No podia por ménos de acontecer así; los cristianos tenían la fuerza, el talento y el arte; mientras que los de Marruecos representaban la debilidad y la infamia; pero en estos momentos pagaban muy cara su segunda y última torpeza. El Temerario, Muza, Alí, Ricardo, Macías, los grandes de Osuna y hasta mil caballeros forrados todos de acero, fueron los primeros que embotaron sus lanzas en el impotente enemigo, y en pos de estos cargaron los montañeses, selvícolas y abencerrajes, destruyendo y matando á todo el que no arrojaba sus armas y pedía cuartel.

Pasado el primer momento de sorpresa, pretendieron de-

fenderse los que salieron de Tarifa, mas herido de muerte Hizcan y en tierra sus más valerosos parciales, pronto se oyó el tan repetido «sálvese el que pueda» y abandonando la idea de resistir que concibieron al principio, huyeron cobardemente, buscando una salida que Pedro les negó al cerrar su bien ordenada media luna.

—Rey de Marruecos—gritaba el conde matando á los más osados—¡tu sorpresa en el Riff te cuesta hoy un rio de sangre! Por María y la Cruz que no has de olvidar en toda tu vida el nombre de Lara.

Fué el que derribó á Hizcan de un tremendo bote de lanza, y el primero que atravesando las filas contrarias, penetró en el corazon, concluyendo de aturdir á su ya decaido enemigo.

Poco despues se le acercó el príncipe Muza y le pidió permiso para correr en ayuda del caballero de la cruz roja, con sus abencerrajes y quinientos ó mas caballeros cristianos.

—Llévatelos todos—le contestó—para estas cabras basta con cien leones del Saucejo.

Sin detenerse, partió el noble Muza con los mencionados musulmanes, seiscientos caballeros y mil selvícolas, penetrando poco despues en las calles de Tarifa, en las que halló al intrépido encubierto, ordenando el asalto de los fuertes que no le abrieron sus puertas, haciendo prodigios de valor, y arrollando con su incomparable genio á cuanto se oponia á su arrogante y nunca detenido paso.

El famoso Temerario tuvo necesidad de obligar á sus vasallos á que fuesen algo más humanos con aquellas descompuestas y humilladas filas de sus enemigos, encargándoles que no hiriesen á ninguno é hiciesen prisioneros á los que hasta entonces no habian sucumbido. Aunque con algun trabajo, fué obedecido, concluyendo los valerosos hijos del Saucejo de matar marroquies; en cambio unieron más sus filas no permitiendo desde este instante que huyese ninguno.

Así terminó la segunda sorpresa de los moros rifeños,

ménos afortunada aún que la primera, si bien llevada á cabo con intencion mucho más dañina y perversa.

Lara veía el fin de su gloriosa jornada antes de lo que habia juzgado, y en este instante, inclinada al suelo la ensangrentada moharra de su lanza, contemplaba con desden aquel victorioso cuadro de espanto para unos, de gloria para otros y de indiferencia para él. Acostumbrado á ver miembros mutilados, muertos, heridos y sangre humana, ni le asombraba nada de cuanto tenía delante, ni los ayes, confusion y gritos ejercian en él otra influencia que aquella, hija únicamente del indiferentismo que le inspiró siempre un enemigo cobarde, artero y ruin.

—Querian mi sangre—decia—pero el destino dispuso que fuese de ellos la que corriese, y no se conformó con un arroyo, determinó que se formase el piélagos que tengo á mis plantas.

Luego metió espuelas á su corcel, gritando:

—¿Qué hace ese hospital de sangre? que vengan inmediatamente todos sus individuos y que traten á esos infelices como si fueran sus hermanos. A todos os perdono—añadia—no quiero imitar á vuestro menguado señor. Mañana cada uno de vosotros partirá donde tenga por conveniente! ¡Hijos del Saucejo, piedad para los vencidos; dadles vuestro pan, que harto desgraciados son teniendo que humillarse ante vosotros! ¡Ay del que hiera al indefenso! ¡ay del que niegue su mano al mísero prisionero! ¡los primeros probarán mi acero; los segundos dejarán de estrechar mi diestra!

Estas breves frases convirtieron en tiernas ovejas á aquellos leones, sedientos no há mucho de lucha y de exterminio; todos inclinaron las armas, se acercaron á sus vencidos contrarios y les ofrecieron cuanto pudiesen necesitar. Calmada su sed de destruccion, se enfrió el coraje y ya no vieron enemigo ninguno.

Satisfecho el poderoso caudillo del aspecto que presentaban sus montañeses y selvícolas, encargó á Macías que se-

guido de dos mil hombres, se retirase al campamento con los prisioneros y heridos; y puesto él al frente de sus restantes vasallos, se encaminó á Tarifa. Cuando ya se aproximaban á sus muros, vieron correr, á derecha é izquierda, un enjambre de moros de ambos sexos, jóvenes, viejos y párvulos, que huían de la plaza temiendo la venganza del vencedor. Pedro metió espuelas á su caballo, llegó hasta ellos y les dijo:

—Marroquies, volved á vuestras casas; el conde de Lara os perdona, y sus soldados respetarán vuestras vidas y haciendas. No haced armas contra mis vasallos y nada temed.

Los moros reconocieron al Temerario, dudaron, prurumpiendo en gritos amargos, hijos del dolor que les causaba la pérdida de la patria y del hogar.

—Regresad—repetía el hidalgo castellano en árabe.—No vengo contra vosotros; es contra el menguado Jacob, que se llama vuestro rey. Si quereis obedecer á D. Sancho IV, llamad á vuestros hermanos y entrad en Tarifa, que aquel que se atreviera á molestaros, pagará con la vida su mala acción.

Las madres estrecharon contra su pecho al inocente niño, los padres lloraron de alegría, y creyendo por fin en las sinceras frases del cristiano, se dispusieron á volver á sus viviendas.

El conde continuó su marcha sin impedimento alguno, halló la puerta principal en poder de sus montañeses, los cuales le recibieron con aclamacion unánime. El jefe que mandaba aquel puesto se le acercó al momento, diciéndole:

—Tarifa es nuestra, señor; el caballero de la cruz roja ha mandado asaltar los fuertes que opusieron resistencia, penetró él mismo en el castillo, lo tomó, y no creo que haya alguno capaz de oponerse á vuestro paso. El estandarte de Castilla y de Leon se ostenta ya en veinte puntos de la ciudad, y la cruz del Redentor se eleva en medio de la gran mezquita mahometana.

—¿Seguísteis vos desde el principio á ese incógnito?—le preguntó el conde.

—Sí, señor.

—¿Encontrasteis mucha resistencia?

—Bastante; mas para el encubierto no hay obstáculos, barrera que detenga su planta, ni dificultad invencible.

—¿Hacia dónde se halla?

—Lo ignoro; pero un zegrí acaba de participarme que os están preparando alojamiento en el palacio que fué del príncipe Hizcan.

Pedro se despidió del caballero, llegó al sitio que aquel le acababa de indicar, y notando que su mucha extension era capaz de cobijar á todos los suyos, tomó posesion de él, entrando seguidamente sus caballeros, montañeses y selvícolas.

Poco á poco fué cesando el fragor de la batalla, dejaron de oirse los relinchos de los caballos, las carreras de jinetes y de peones, los ayes de los heridos, los suspiros de los marroquíes, reemplazando el silencio y la tranquilidad al estruendo que no há mucho reinaba en las calles y campos de Tarifa.

Pedro el Temerario consiguió su intento en la mitad del tiempo que creia, y derramándose mucha ménos sangre, por parte de sus vasallos, de la que juzgó indispensable para la rendicion de una plaza, que era entonces de las más fuertes que tenía la Península ibérica. En cambio, corrió á mares la de sus contrarios, perdiendo á la vez ciudad y honra los que no añadieron á estas la vida. Las dos sorpresas que intentaron, fueron dardos que se volvieron contra sus pechos y les atravesaron el corazon.

Jacob recibió, por último, la merecida recompensa al ataque dirigido por él contra el peregrino Lara en el desierto y parte del Riff: la noticia de la pérdida de Tarifa fué para el monarca de Fez el principio de una desesperacion que conservó el resto de su vida; pues en poder de los castella-

nos su inexpugnable cuartel general, quedaban abandonados, y á merced del vencedor los restantes pueblós y ciudades que poseia en España.

El conde de Lara cumplia en estos momentos la palabra empeñada á orillas del mar, y á media legua de Tarifa, cuando la galizabra marroquí lo dejó en tierra, pobre, desnudo, y careciendo hasta de lo que suele sobrarle al mendigo, de un pedazo de pan. El pordiosero náufrago que conocimos al principio de este libro, es ya en este instante el hombre más poderoso, honrado, temido y admirado de Europa.

Veamos si consigue hallar á su esposa en el estado y tan pronto cómo desea, ó por el contrario se ve obligado, al concluir su brillante jornada, á entregarse á la más horrible desesperacion, terminando su vida con la punta del formidable puñal que lleva en su cintura.

de costumbre en busca de la marca ó del caballero de la cruz roja; ambos lo esmirran mucho.

En este instante comenzaron á presentarse los caballeros que habia mandado Pedro en averiguacion del estado en que se hallaba la plaza, y todos fueron diciéndole lo mismo, esto es, que no habia en solo punto en ella ni fortaleza que resistiese ó en la que se pudiese atacar contra los venge-

CAPITULO XXXV.

Hidalguía del gran cristiano.—Seguridades.—A Sevilla.

—Desearíamos, señores, que esta vez amaneciendo y ningún peligro nos lo impida. Podéis, no obstante, vos, D. Ricardo, adoptar aquellas disposiciones que juzgareis convenientes, teniendo en cuenta que nos hallamos en una plaza rodeada de varios grandes de Osuña é individuos de su escolta, pero no veia por ninguna parte á su inseparable leopardo.

El conde de Lara entró en un salón principal de los del alcázar, y no haciendo falta para nada en las calles de la poblacion, mandó que le quitaran su pesada armadura, reclinándose acto continuo sobre los cojines árabes, donde no há mucho y en la misma postura discurría el príncipe Hizcan en los medios de asesinarlo. Se hallaba en este instante rodeado de varios grandes de Osuña é individuos de su escolta, pero no veia por ninguna parte á su inseparable leopardo.

—¿Qué es de Ali? se atrevió á preguntar á sus caballeros.

D. Ricardo, que estaba á su lado, sonrió con malicia, contestándole:

—Mientras vos hablabais con el jefe del destacamento que se encontraba á la entrada de la plaza, cruzó algunas frases con un zegrí, picó á su caballo y lo ví desaparecer solo, por entre las estrechas y tortuosas calles de la ciudad.

—Pues eso hace ya más de dos horas.

—Sí, señor; deberá estar muy ocupado cuando tanto tarda.

—¿Habrá corrido algun peligro?

—No, señor; conoce á los de África, sus paisanos, mejor que nosotros y nada debemos temer por él. Andará, como

de costumbre en busca de la maga ó del caballero de la cruz roja; ambos lo estiman mucho.

En este instante comenzaron á presentarse los caballeros que habia mandado Pedro en averiguacion del estado en que se hallaba la plaza, y todos fueron diciéndole lo mismo, esto es, que no habia un solo punto en ella ni fortaleza que resistiese ó en la cual se hicieran armas contra los vencedores.

Satisfecho el caudillo con tan agradables nuevas, dictó algunas medidas respecto de los heridos de una y otra parte, exclamando por último:

—Descansemos, señores, que está ya amaneciendo y ningún peligro nos lo impide. Podeis, no obstante, vos, D. Ricardo, adoptar aquellas disposiciones que juzgueis convenientes, teniendo en cuenta que nos hallamos en una plaza recién conquistada, y en la que todavía quedan muchos bárbaros del Riff; pero advertid que no se moleste á nadie ni se ofenda á otros que á aquellos que se atreviesen á atacarnos.

Cuantos acompañaban al Temerario, se fueron retirando á los salones inmediatos, buscando el necesario descanso sobre los mullidos cojines ocupados antes por la servidumbre de Hizcan. Varios caballeros rodearon la estancia del conde encontrando reposo á la vez que guardaban la querida y respetada persona de su señor.

Cuando este se vió solo, se acomodó lo mejor que le fué posible entre aquellos asientos musulmanes, y pensando en Alí se quedó dormido. Durante la pelea y mientras escuchaba ruido de armas que intentaban ofender, se olvidaba completamente de su adorable esposa, como temiendo que peligrase hasta la memoria del sér que más amaba en este mundo.

Cuatro horas despues, abrió sus negros y rasgados ojos y vió los rayos de un hermoso sol, el cual auguraba lo apacible de un dia de verano en el saliente de una costa que parece robarle su terreno al proceloso mar.

Pedro se incorporó y entonces pudo distinguir á su vale-

roso negro, que, no lejos de él, reposaba tranquilamente abrazado á su formidable maza.

—Duerme, poderoso hijo del Desierto;— exclamó—que bien corriste ayer moviendo sin cesar ese negro pedazo de hierro.

La voz del Temerario hirió el oído del africano, abrió los ojos, dió un salto, quedando frente á su amo, en pié y con los brazos cruzados.

—Descansa, Ali, descansa; yo velaré por tí, ya que tú tan mal cumples el encargo de tu señora.

—Cierto que te abandoné, amo mio, pero asuntos de gran importancia....

—¿Qué dices, africano? Tú deliras.

—Me juzgas mal, señor; te he dicho la verdad.

—Expílicate, leopardo.

—Mientras tú reposabas tranquilamente, yo recibía las órdenes que se digna comunicarte el héroe conquistador de esta plaza, el caballero de la cruz roja, amo mio.

—¿Es él únicamente el que la ha tomado y vencido á los marroquíes?...

—Mucho le has ayudado tú fuera de Tarifa, pero él fué el primero que entró, asaltó el castillo, y fortaleza por fortaleza el que las tomó todas sin tu auxilio.

—¿No le abrieron una puerta en tanto que yo aniquilaba á la mayor parte de los defensores de esta plaza?

—Lo mismo la hubiera tomado hallándose dentro Hizcan con todos los suyos y sin que le facilitasen la entrada. Al asaltar un fuerte es igual que haya veinte soldados que cuarenta; se reduce á un poco más de retraso y á dar otras tantas estocadas, hachazos ó golpes de maza.

—Segun tu opinion, nosotros no hemos hecho nada; todo lo ha conseguido el encubierto.

—Distingo, señor; tú, sin gran esfuerzo, has vencido y humillado dos veces al enemigo, y él con ménos le ha quitado su plaza.

—¿Y qué se digna ordenarme ese caballero?

—Te cede toda la gloria de esta jornada; pone á tu disposicion la ciudad para que hagas de ella lo que gustes, y se ausenta sin tu permiso, exigiéndote, á nombre de D. Sancho, que estés en el alcázar real de Sevilla antes de cuatro dias.

—¿Para qué?

—No se ha tomado la molestia de decírmelo.

—Pues vuelve á su alojamiento y dile de mi parte....

—No continúes, señor; hace dos horas que salieron de Tarifa todos los musulmanes que le obedecen, él, su escolta y escudero, y Muza y los suyos; los he visto partir.

—Es decir, que quedan en la plaza....

—Tus vasallos y tus amigos de Osuna.

—¿Dónde han ido?

—Lo ignoro.

—¿Tambien es reservado contigo?

—Tambien.

—¿Nada más te dijo?

—Eso solo.

—¿Y has necesitado toda la noche para oir cuatro palabras?

—No, que unido á su escudero recorrí la ciudad para enterarme si quedaban ó no hombres dispuestos á molestarte.

—¿Y qué averiguastes?

—Que huyeron los discolos, aguardando solo los que imploran tu piedad y proteccion.

—La obtendrán.

—Lo hice público y quedan tranquilizados.

El conde de Lara se cubrió con un ligero traje de seda, é inmediatamente mandó pregonar un bando, imponiendo pena de la vida al que se atreviese á hacer armas contra el rey D. Sancho; ofreciendo á la vez amparo y proteccion á los que permaneciesen pasivos y desearan continuar entregados á sus faenas cotidianas. Despues dispuso que doscien-

tos operarios se dedicasen día y noche á levantar altares, formando de la gran mezquita una suntuosa catedral; dejando á los marroquíes que residian en la plaza, dos templos mahometanos. Luego dió libertad á todos los prisioneros, de los cuales unos se marcharon á los puntos de la península que obedecian á Jacob, y otros viendo la generosidad del gran cristiano, solicitaron continuar allí. Hizo tambien levantar el campamento, alojando en la poblacion á todos sus caballeros y montañeses; formó dos hospitales, al cuidado uno de árabes y otro de cristianos, y cuando comprendió que sus órdenes eran cumplidas con la mayor exactitud, regresó al alcázar que fué de Hizcan, donde le esperaban los grandes de Osuna y algunos de sus jefes.

No quedaba ya en aquel recinto un solo marroquí que dudase de la sinceridad y nobleza del generoso conde. Vidas y haciendas eran respetadas sin excepcion; solo se habian confiscado los palacios, casas, bienes y posesiones del príncipe Hizcan y restantes parciales que murieron ó se alejaron de la ciudad sin dejar en ella familia.

Los vencedores caballeros y soldados, discurrían por las calles y plazas, se acercaban al muelle, contemplaban el mar y lejos de ofender ni insultar á nadie, socorrian por el contrario á cuantos mendigos é infelices hallaban á su paso. Y confundidos vencidos y vencedores, corrian unos comunicando órdenes, paseaban otros, y trabajando la mayor parte en talleres de construccion para las muchas obras encargadas por el Temerario.

Este, comió alegremente en compañía de los grandes de Osuna y parte de los jefes de su ejército, reconociendo luego la suntuosa morada marroquí que habitaba, sus dilatados parques y extensos jardines.

—¡Deliciosa mansion!—exclamaba el conde.—No podia yo suponer que un hijo de Fez hubiera mandado construir tan magnífico palacio. Es tan bueno, señores—añadió el conde, dejando asombrados á sus oyentes—que no hay un

cristiano digno de él; por consiguiente voy á repartirlo entre muchos católicos. Acercaos, D. Ricardo, y oid bien lo que os voy á decir: ocupaos con asiduidad en hacer un inventario exacto de todos los bienes, palacios, casas y posesiones confiscados al enemigo. En cuanto esté terminado, los vendeis todos, y su importe lo repartís en el mismo instante entre mis montañeses y selvícolas; dais más á los que sostengan numerosa familia, y á los restantes iguales partes.

—Conde—le dijo un grande de Osuna—el valor de lo secuestrado asciende á una suma fabulosa.

—Mejor; quiere decir que si no se puede vender todo en un día se enagenará en un mes.

—Vais á hacer ricos á vuestros vasallos.

—Ojalá pudiera elevarlos á grandes de Castilla y de Leon, pues pienso que conseguido esto, tendríamos grandeza en Leon y Castilla.

Los de Osuna, no hubieron de comprender la intencion de Pedro, pues soltaron una carcajada, creyendo que se trataba de una broma inocente.

Cuando el poderoso conde se cansó de pasear por la amena enramada, se despidió de sus amigos, alegando un frívolo pretexto, y seguido de Alí, salió del alcázar, llevando su sencillo traje de seda y una espada corta con vaina de oro. Ambos comenzaron á recorrer la ciudad, siendo agradablemente sorprendidos por la animacion que reinaba en los cien talleres que trabajaban á la vez, por orden de Lara, en las calles, plazas, y muy particularmente en los puntos donde con más frecuencia se reunian los curiosos y desocupados. Segun avanzaban, iba siendo objeto el noble atleta de las demostraciones de cariño de sus soldados y de las humillantes reverencias y cortesías de los marroquíes que se quedaron en Tarifa.

Lara reconoció cuanto juzgaba conveniente, retirándose luego al puerto, el cual halló obstruido por la multitud de montañeses y selvícolas que contemplaban extasiados el ru-

giente mar que tenían á sus piés. Circuló la noticia entre ellos de la aproximacion de su señor, le abrieron calle, le dieron pruebas del respeto y amor que le profesaban, y recibéndolas del afecto que aquel les tenía, se fueron retirando, dejándole libre el puerto.

El conde se sentó sobre el duro granito del muro que resguardaba la parte Sur de Tarifa. Desde allí contempló el Estrecho que tenía delante, el Mediterráneo que se extendía á su izquierda, y el Océano que, elevándose á su derecha, intentaba caer sobre su compañero de enfrente. Estaba anocheciendo, soplabá viento de mar, negras nubes recorrían el espacio, y las olas cual corpulentos montes, unas se estrellaban en el célebre Peñon, y otras en la muralla sobre que estaba sentado el Temerario, si bien las más llegaban al Estrecho, de Levante á Poniente y viceversa, formando una lucha de encontrado oleaje, que cubría toda aquella superficie marítima de blanca espuma que dejaban las ondas al chocar unas contra otras.

El conde observó con avidez el sublime, áun cuando medroso cuadro que tenía delante, fijó su vista en lontananza, en el sitio donde parecía unirse el agua con el cielo, cruzó las manos y exclamó:

—¡Acaso en estos momentos atraviesa mi adorada Blanca ese piélago inmenso, cuya fuerza y poder excede á cuanto abarca nuestra pobre imaginacion! ¡Sobre unas débiles tablas se apoyará el diminuto pié de ese ángel, corriendo sobre el inseguro y furioso Mediterráneo que intentará esconderlo entre sus altaneras ondas! Vientos, mares, poder misterioso que les das movimiento, apiadaos de la huri, de su infeliz esposo; dejadla que llegue á mis brazos siquiera un solo instante, ¡áun cuando luego nos arranqueis la vida! ¡Concededme que vuelva á contemplar su faz de querube, á estrechar su mano de serafin, á oír su voz angelical, arrobadora, incomparable! ¡Qué os ha hecho la hermosa cristiana? Detened vuestro furor, calmad vuestro enojó, y si es solo

una víctima lo que anhelaís, cebaos en mí! Aquí me teneis, dispuesto me hallo á perecer; pero ella!.... morir ella!.... calmaos, vientos y mares ¡me asusta vuestro incomprendible furor!

Y el enamorado esposo dejó rodar por sus mejillas dos ardientes lágrimas, apartó la vista del mar, cubriéndose el rostro con las manos, embargado por una pena, por un dolor que le atormentaba cruelmente.

Alí, que se hallaba cerca de Pedro con los brazos cruzados, fijo en él, se aproximó más todavía y le dijo:

—Señor, que estás delirando.

Lara separó de la frente sus negros, lasos y ensortijados cabellos, y clavó una mirada llena de fuego en el africano, replicándole:

—Déjame.

—No puedo; me encargó mi señora que no me separase de tí.

—Bien; ¿qué pretendes?

—Cuestionar contigo, que ahora tengo yo razon.

—Sepárate á un lado y déjame.

—Te he dicho, amo mio, que Doña Blanca está buena, y llegará á tus brazos tan hermosa y pura como la dejaste.

—Cuentos de maga, Alí.

—O verdades de profeta, señor.

—¿Por qué no me dejas, africano?

—Porque no quiero que lllore un valiente en el campo de batalla, un... Si me permitieras decírtelo...

—Habla.

—Un cobarde, qué duda de la Providencia.

—¡Miserable!

—Lo que tú quieras, amo mio; pero un cobarde que duda de la Providencia. Yo tambien amo, señor, á una mujer hermosa, no tanto como la tuya, que tú vales más que yo; pero muy bella, amo mio; la ingrata me desprecia, su negro corazon solo tiene odio para el noble africano... Sufrí mu-

cho, es verdad, mas pedí á Dios que ablandara aquel pecho empedernido, y poco despues me dijo la maga: «no suspires, Alí, que tuya será.» Y como creo en Dios y no dudo de sus profetas, tengo la seguridad de que será mia, y pienso en ella, rio y aguardo tranquilo el dichoso momento en que la Providencia la traiga á mis brazos.

—Terrible es la leccion, hijo del Desierto.

—La verdad amarga siempre, señor; pero de mí no esperes otra cosa, que no sé mentir, ni podria engañarte á tí, que tanto te amo.

—No es tan amarga como tú juzgas, mi querido leopardo... Ahora creo que Dios me la traerá sin peligro... Ruge, inmenso y terrible Océano, álzate sobre la superficie de la tierra, que ya no te temo. Nada supone contra tu poder la débil tabla que sostiene á mi esposa; ¡pero infinitamente menos supones tú ante el poder divino que la defiende! ¡Agita tus ondas; atruena el espacio; ayúdadle, aquilones del Sur; vuestro iracundo coraje me inspira ya desden! Alí, abandónemos este furioso elemento, y corramos á la moderna catedral de Tarifa, donde daré gracias al cielo por la merced que acaba de otorgarme.

Amo y escudero se dirigieron al templo, se prosternaron ante la cruz del Redentor, fija en el mismo sitio donde el dia antes se veneraba al falso profeta Mahoma, retirándose cuando terminaron su oracion al palacio que servia de alojamiento al ilustre caudillo. En él pasó la noche conversando primero con sus amigos de Osuna y durmiendo despues.

Al ser de dia se levantó y dió algunas órdenes que fueron inmediatamente obedecidas; luego revistó su ejército, quedando complacido de las pocas bajas que tenía, con relacion á lo que habian hecho, y del aspecto brioso y marcial de todos aquellos valientes. Concluido este acto regresó al alcazar pidiendo el almuerzo. Al sentarse á la mesa, en compañía de todos los grandes de Osuna, llamó á D. Ricardo y le dijo:

—En cuanto concluya este acto reconoceré los hospitales y las obras que he mandado construir; comeré á las dos y á las tres marcharé á Sevilla, seguido de Macías y de cien caballeros que serán elegidos por vos. Quedais de gobernador en Tarifa hasta tanto que el rey D. Sancho nombre al que os ha de sustituir; á su presentación en esta plaza se la entregais, regresando inmediatamente al Saucejo con todos mis caballeros y vasallos. Esta ciudad es hoy la llave que encierra nuestra honra; cuidad que el enemigo no entre y la manche. Vigilad asimismo á mis soldados, velad por ellos y sed tan noble en vuestro proceder que no tenga yo el más leve motivo de queja. Cuando vayais á tomar alguna medida recordad que me representais y no haced nada que yo reprobese por indigno ó ruin. Si quereis aventajarme en generoso y caritativo, entonces olvidaos de mí, acordándoos solamente que en ese punto vuestro poder es ilimitado. Si hubiera algunos locos que pretendiesen, no arrancaros la plaza, que eso no se le ocurrirá á nadie defendiéndola mis leones del Saucejo; mucho ménos, algunos capaces de atentar contra la tranquilidad de Tarifa ó mi escudo de armas, contais el número despues que estén todos tendidos en tierra; pero derribando únicamente á los que hagan armas, jamás al que implore compasion. Mientras permanezcan aquí los vasallos del conde de Lara, no habrá un solo hambriento ni desnudo de los vencedores ni de los vencidos, de los cristianos ni de los marroquíes. Si subiese mucho la cuenta y os faltara dinero, que vendan estados míos hasta que os sobre. Preferiria dar mi condado y grandeza antes que tolerar un mendigo en donde yo mande ó gobierne. Para vos Tarifa es ahora el Saucejo. ¿Me habeis comprendido bien?

—Sí, señor.

—Si temeis que algo se os pueda olvidar os lo dejaré escrito.

—Descuidad, gran señor; son mis ideas, mis pensamientos, mis deseos; no tendreis queja de mí. Estoy seguro que

no os podré aventajar en generosidad ni esplendidez, pero en este punto no estaré muy distante de vos. Y si alguno se atreviese á hacer armas, ya os mandaré el número de los muertos que será igual al de los traidores. Id tranquilo, que el aliento del padre queda en los hijos, celosos siempre de la honra de su señor.

Lara estrechó la mano de D. Ricardo, y dirigiéndose á los grandes de Osuna, les dijo:

—Señores, en nombre del rey os doy las gracias por el noble, valeroso y desinteresado apoyo que me habeis prestado; libres estais ya de vuestro compromiso, el cual ha sido coronado con la inmarcesible gloria que todos deseábamos; en consecuencia, quedais en aptitud de permanecer en Tarifa, de regresar á Osuna ó de acompañarme á la córte.

Estas frases de Pedro produjeron un continuado murmullo que dió por resultado ponerse de acuerdo los grandes, contestándole uno:

—Conde amigo, la mayor honra para nosotros ha sido la de guerrear á vuestro lado, la de merecer vuestro elogio. Quisiéramos acompañaros á Sevilla y no abandonaros hasta que os encerraseis en vuestro castillo del Saucejo.

—Con mucho gusto, señores; mi alcázar de Sevilla es grande y todos hallareis en él comodidad y cariño; por consiguiente, á las tres en punto partiremos.

Concluyó el almuerzo, se levantó Lara y seguido de Ali y de varios de los jefes de su ejército, fué reconociendo otra vez los dos hospitales de heridos y despues las obras mandadas construir. Despues visitó el templo católico, volvió al puerto, contempló el mar, cuyas olas continuaban como en la tarde anterior, miró con fria indiferencia la espuma que cubria el Estrecho y la extension del Mediterráneo y se retiró á su palacio, encargando á D. Ricardo nuevas obras y reparaciones en la ciudad. Seguidamente se cubrió con el traje de guerra, que le servia á la vez para camino, y sentándose en un divan, le preguntó á Ali:

—¿Qué hora es? novel caballero.

El negro se asomó á un balcon, miró al sol y le dijo:

—Poco más de la una, señor.

—Pronto comeremos y acto continuo partiremos á Sevilla.

—En ella, amo mio, encontrarás la recompensa á tanto afan, peligros y molestias como lleva consigo la guerra.

—Lo dudo, mi buen leopardo. Supongo que aludes al recibimiento que me preparan los sevillanos, y á los obsequios que los reyes me harán; pero uno y otros me son indiferentes; quiero tener á mi lado y en el Saucejo á doña Blanca; y todo lo que no sea esto me causa tedio.

—¿Quién sabe! Es más probable que el cariño de un pueblo entero, la tierna solicitud de tus amigos los monarcas de Castilla y grandes del reino, y alguna sorpresa, que unos ú otros te preparen, destruya ese indiferentismo y haga palpitár de júbilo tu ardiente corazón.

—Mientras no vea á mi esposa, todo, Alí, me ha de cansar, no lo dudes.

—Los zegríes pasan, amo mio, por ser los primeros jinetes del mundo; su carrera asombra; todos ellos admiran y respetan á la heredera de su jefe; por consiguiente habrán volado. Es de suponer que doña Blanca tiene por lo ménos tanto deseo como tú de hallarse al lado de su esposo; y siendo un modelo en el arte de equitacion, y más audaz que Pedro el Temerario, seguirá á los musulmanes y hasta irá delante de ellos con la rapidez de la exhalacion. Y si á esto unimos el que pueden muy bien serle favorables los vientos, acaso en Sevilla...

—Hay mucha distancia, negro, y hace poco que salieron en su busca.

—¿Quién sabe, señor, la maga?...

—¿Qué dice esa mujer? ¿qué me anuncia? ¿cuándo cree que llegará la condesa?

—¿No dudabas ayer de sus palabras? ¿no decias que eran cuentos de maga?

—Contesta, Alí.

—La hija de las Alpujarras no marca el día, pero asegura que la verás muy pronto bella, pura, angelical.

—¡Quiera el cielo que no se equivoque!

—Difícilmente, amo mio.

—¿Cómo no se descubrió á mí el caballero de la cruz roja, cuando ofreció hacerlo en el momento que terminase la guerra?

—Querrá que seas solo el objeto de los aplausos y bendiciones del pueblo sevillano.

—Eso no puede ser, Alí; en el palenque hizo más que yo; en Ecija le debí la vida y D. Sancho el trono; y en Cuenca me libró otra vez de morir, salvando el ejército, y coronando la victoria conseguida por mí con nuevos laureles. En Tarifa mucho se le debe tambien; y durante la guerra, es indudable que su genio lo ha elevado sobre todos nosotros.

—Es muy modesto, señor.

—No importa; si el pueblo me aplaude, si me rinde culto, el conde de Lara batirá palmas, se inclinará ante ese valeroso incógnito, declarandó á la faz del mundo que ha sido el héroe de las terribles luchas concluidas con la toma de Tarifa.

—La accion es digna de tí; pero á nada conduce, toda vez que el público desconoce al encubierto.

—Algún dia sabrá quien és y podrá ensalzarlo.

—En el momento que levante su celada ó arroje su casco y presente su faz, sobraré con esto para arrancar plácemes y aplausos.

—¿Qué tiene el rostro de ese hombre para inspirar ovaciones?

—Una frente donde brilla el genio de la gloria. ¿No es bastante?

—¿Sabe el pueblo que es héroe?

—Amo mio, las dos; los grandes de Osuna y los jefes de tu ejército te esperan sentados á la mesa.

—Vas aprendiendo mucho, Ali.

—Me falta tanto para alcanzarte, que temo no llegar nunca.

—¿Vuelves á adularme?

—Tornó á decirte la verdad.

—Vamos al comedor, que al llegar á Sevilla te armará caballero el invicto rey de Castilla y de Leon.

—¿Murmurarán los amigos de S. A.?

—Fino es tu oído; escucha, y si hablasen mal del soberano...

—¿Podré con todos?

—Sí.

—¿Y si fuesen tan altos?...

—Donde tú no llegues alcanzo yo; y ten en cuenta, mi leal vasallo, que el conde de Lara hace suya la causa de sus servidores. Comamos.

—Y corramos á Sevilla; puede que la ingrata al través de mi título me vea un poco ménos negro de lo que Dios me hizo.

Pedro se sentó á la mesa en union de los principales jefes de su ejército y de los grandes.

A las tres en punto se despidió de D. Ricardo, montó á caballo, y al frente de su escolta y de los hijos de Osuna salió del morisco alcázar, hallando á los montañeses y selvícolas que en correcta formacion se extendian desde el palacio hasta los campos de Tarifa. Lara y los que le acompañaban, cruzaron por entre aquellas dos hileras de leales y valientes soldados, los que victoreaban al primero, haciéndole á la vez la más tierna despedida. Poco á poco fueron atravesando calles, plazas y arrabales, despues el campo hasta que se alejaron de la ciudad. Cuando se hallaba en el punto donde estuvo acampada la reserva de los sitiadores, se detuvo el conde, volvió la cabeza y contempló á Tarifa, sobre cuyas altas torres vió con noble orgullo ondular veinte banderas en todas las que lucia su escudo de armas. Desde

allí, y en silencio, dió el postrer adios á la plaza y metiendo espuelas á su caballo, gritó:

—¡Señores, á Sevilla, á escape!

Y como un torbellino desaparecieron en el mismo instante confundándose con los árboles y los montes.

Su leal corazón le indicaba claramente con sus continuados latidos la aproximación de un acontecimiento grande. Sigámosle á la metrópoli donde indudablemente le espera una recompensa mayor para el virtuoso, fuerte é incompatible doncel, que los aplausos, ovaciones y coronas que le prepara el pueblo sevillano.

CAPÍTULO XXXVI.

Recibimiento y festejos.—Alí armado caballero.—El baile.—La corona.—
Sorpresa.—Los esposos.

El pueblo sevillano que veía en el conde de Lara el áncora de salvacion para aquel desgraciado país, oyó la noticia de sus repetidos triunfos con entusiasmo indecible; le cantó romances, lo aclamó, y hasta hubiera deseado elevarle altares; pero se contuvo con ánimo de esperar su regreso y demostrarle entonces lo mucho que lo admiraba.

La grandeza, que encontró en su espada y valor la salvacion del trono, vidas y hacienda, lejos de tenerle envidia ó encono, bendecia su nombre, mirando en él la verdadera egida de ellos, sus hijos y parientes. Así es, que en vez de oponerse á los festejos que el pueblo preparaba, dispuso otros más esplendidos.

A unos y á otros les sobraba razon para obrar así. Al desnudar la espada el brioso doncel de Castilla, estaba su patria assolada por asesinos que mataban en las poblaciones, en los campos y hasta en los montes. La vida del rey se hallaba en peligro; su dinastía muy expuesta; la guerra civil empezaba; la anarquía triunfante, y en un caos todo el país, no viéndose otra cosa que traiciones, robos y malda-

des. Y al regresar el famoso caudillo, quedaban Castilla y Leon en tranquila paz; la virtud tenía su trono, se premiaba la noble accion, y nada habia que castigar, pues los pocos malévolos que aún existian, ahogaban cuidadosamente sus perversos instintos. Sentado el rey sobre su trono era obedecido y respetado por toda la nacion, imperando la ley do quier.

El cambio no podia ser más notable ni más honroso para el que tuvo la suerte de hacer trocar la faz de un pueblo entero. ¿Qué extraño que grandes y chicos, ricos y pobres, y en la ciudad como en el campo, se aplaudiese al noble guerrero que tanto hizo por su país, que de tal modo expuso su vida, fortuna é intereses?

Los reyes, pareciéndoles poco acojer con alegría los festejos que se preparaban al conde, estimularon para que sus vasallos dieran á aquella funcion la solemnidad posible, contribuyendo en secreto con dinero y en público con palabras y órdenes.

En el instante que se recibió la noticia de la toma de Tarifa, el entusiasmo popular rayó en delirio y desde aquel momento ya nadie pensó ni se ocupó de otra cosa que del regreso del conde. Se cerraron los talleres, los balcones se colgaron, y discurrió el pueblo por las calles, preguntándose unos á otros cuándo hacia su entrada el famoso caudillo; pero ignorándolo todos, apostaron emisarios á la distancia de quince leguas, y de este modo lograron su intento, que era saber con alguna anticipacion la hora en que llegaría. Dejemos á estos y sepamos qué es del Temerario.

Como impulsado por una fuerza que le impelia á correr, aguijoneaba á su caballo el vencedor de Cuenca y de Tarifa. No se explicaba el por qué, pero es lo cierto que se hallaba agitado por una impaciencia terrible.

—¡Corramos más!—exclamaba de continuo.—Este camino no se concluye nunca.

Los que le acompañaban le miraban con sorpresa, oprimidos.

mian los ijares de sus corceles y le seguían sin comprender la causa que obligaba al conde á marchar de aquel modo.

A la mitad del camino se le presentó un sevillano montado sobre un ligero potro jerezano y le preguntó:

—¿Sois el señor conde de Lara?

—¿Qué quereis?—le dijo este deteniéndose.

—Gran señor, el pueblo de Sevilla me encarga os ruegue tengais á bien indicarme cuando entrareis en la córte.

—Mañana al medio dia; pero decirle de mi parte, que le estimaria suprimiese toda clase de festejos relativos á mí. Allí tienen al rey, único á quien debèn aplaudir y respetar.

—Gracias, señor—le contestó el sevillano, metió espuelas y desapareció, dejando admirados á los de Lara con su veloz carrera.

—Bien galopa ese ginete, pardiez—exclamó Pedro.—Veamos si podemos imitarle.

Y partieron, pero no tan deprisa como aquel, pues ellos y sus caballos iban cargados de acero, mientras que el paisano tapaba el lomo de su caballo con solo una manta sujeta con la cincha, llevando él un traje de lana excesivamente ligero.

Serian como las dos de la tarde del dia siguiente, cuando Pedro, Alí, los grandes de Osuna y la comitiva de uno y otros, penetraron en la amena campiña de Sevilla, distinguiendo al poco tiempo las torres de la capital. Iban por la orilla del Guadalquivir, subieron una cuesta de fácil acceso, y al llegar á la eminencia contemplaron el casco de la ciudad y un inmenso pueblo que les esperaba. El conde sonrió agradecido, pero sin vanidad alguna; llegó al principio de las masas populares, y un grito entusiasta, unánime y placentero lo saludó, siendo la señal para que estallase el volcán de un cariño acrecentado por espacio de muchos dias. Palomas, flores y coronas le arrojaban á su paso, y los epítetos de valiente, invencible y arrogante se oían do quier, asomando las lágrimas á más de un curtido rostro de aque-

llas gentes pobres, pero aficionadas á rendir homenaje á la virtud y al heroismo.

El conde puso á su caballo al paso, se alzó la celada y recibia con agrado aquellas muestras de respetuoso cariño, sin que el necio orgullo pudiera empañar su hermoso y varonil semblante.

De este modo penetró en la ciudad; las campanas se echaron á vuelo, veinte músicas tocaban himnos en loor del guerrero, cien danzas rodeaban á su comitiva y ochocientos arcos le indicaban el camino que debia seguir hasta su palacio; estando todo el piso cubierto de hojas de flores sobre las cuales caian ahora multitud de coronas que de todas partes iban arrojando al caudillo. Caballeros, nobles, hidalgos y pecheros, hombres y mujeres, ancianos y niños, todos se disputaban la honra de contemplar aquella mirada de águila, aquel rostro tan fiero en el combate, tan apacible y bondadoso ahora. Y cual rugientes olas se movian las masas populares, confundiendo sus aclamaciones con el sonido de las campanas, el eco de las músicas, las voces de los cantores, el ruido de las pisadas, apagándose tan revuelta confusion en la inmensidad del espacio.

Lara notó con sentimiento que solo su nombre se hallaba esculpido en los arcos, en las calles y en los edificios públicos, sin que se hubiesen acordado para nada del verdadero héroe, del incógnito de la cruz roja. Varias veces quiso hablar á las masas, pero le fué imposible hacerse oír, prohibiéndoselo la atronadora gritería con que le victoreaban y aclamaban. Por fin llegó á la gran plaza que llevaba su apellido y de la que ocupaba todo un frente su espléndido palacio; el pueblo no habia podido penetrar en esta, por impedirlo los vasallos de la grandeza sevillana, los cuales tenian tomadas por orden de sus amos todas las avenidas. En ella no habia arcos, flores ni guirnaldas; reinaba un profundo silencio; pero en su centro estaban los grandes y caballeros principales de la corte, con traje de etiqueta, descubiertos

y con un paje cada uno detrás teniendo el birrete de su señor.

Al ver el Temerario aquella reunion de las primeras personas del pais, echó pié á tierra, se hizo quitar el casco y se dirigió á ellos con los brazos abiertos. Todos le alargaron los suyos y en esta ocasion lo hicieron con tanta sinceridad como cariño. Fué una escena muda, tierna, interesante, que humedeció los ojos del guerrero y llenó de orgullo á aquellos poderosos de la tierra que se creyeron honrados al aspirar el poderoso aliento de un compañero que supo elevarse sobre ellos como el águila por encima de los montes.

Rodeado el conde de todos, exclamó:

—Señores, declaro solemnemente que existe un hombre más digno que yo de los aplausos y festejos que se me hacen; tiene más talento, ha guerreado más y ha sido el verdadero héroe. Ignoro cómo se llama, quién es, pero se le conoce con el nombre de *el caballero de la cruz roja*. Yo os ruego, amigos míos, que lo hagais público, que así es la verdad, pues nunca fué noble ni propio de nosotros recibir unos aplausos que deben dirigirse á otro. Yo, conde de Lara y grande del reino, me inclino ante ese héroe, lo aplaudo y reconozco la superioridad que tiene sobre mí.

Los grandes le demostraron que él no era ménos acreedor, lo justa de aquella ovacion, ofreciéndole hacer públicas su manifestacion y modestia.

En este instante se presentó un mayordomo del rey, diciendo al caudillo, de parte de SS. AA., que ambos estaban há más de una hora esperándole á veinte pasos de allí, en el estrado de su propio palacio. Lara volvió á estrechar á sus amigos y partió al alcázar solo, pues los grandes detuvieron á Alí, dándole la mano y colmándole de elogios, felicitando además á los de Osuna y á los caballeros del conde.

Este subió á su morada y hallándose efectivamente con D. Sancho IV y doña María Alfonsa de Molina, fué á incli-

narse, pero el rey le contuvo, abrazándose á él, llorando y dirigiéndole las más tiernas frases.

—Os debo—exclamaba—la tranquilidad del país, el sosiego, el trono y más que todo mi honra. Habeis sufrido una sentencia de muerte, atravesasteis Castilla, vencisteis ejércitos, aniquilasteis á todos mis enemigos; y como si esto no fuera bastante, me regalais á Tarifa, nuevo y brillante florón que realzará mi corona. No puedo daros la púrpura real que merecen esos robustos hombros que tanto poder les otorgó el Hacedor, que nada quereis aceptar de vuestro rey; reciban pues del amigo en este amoroso abrazo todo el afecto y cariño que encierra para vos mi corazón.

La reina, que conocia mejor aún que su esposo lo que valia el Temerario, le contemplaba con solícito interés, dejó que D. Sancho lo abrazase y elogiara, y alargándole despues su mano, le dijo:

—Bien hicisteis en mandar que os quitasen el casco, que de tener aquí mi corona real se la hubiera dado á mi esposo para que la fijase en vuestras sienes.

Las breves frases de la entendida doña María significaban más que cuantos elogios prodigarón hasta entonces al afortunado vencedor. Este oprimió su mano, la miró con respetuoso interés y la dijo:

—Las coronas que ostentan mis reyes ninguna otra cabeza las merece ni podria sostenerlas; y me fundo, entre otras cosas, en que Dios, que es la suma sabiduria, las colocó en vuestras sienes. Si os llegará á sobrar alguna, cerca teneis, señora, un pariente ó amigo más digno de ella que yo.

Lara pronunció sus últimas palabras con marcada intencion; pero la de Molina que tenia mucho talento, se apresuró á preguntarle.

—¿Os referís al caballero de la cruz roja?

—Sí, señora.

—Mi pariente ó amigo, como vos querais, ciñe otra me-

jor; una igual á la vuestra, invencible caudillo; la de la gloria adornada con el genio que á ambos os eleva sobre todos los nacidos en Castilla y Leon.

—Gracias, señora; comparándome á ese hombre y elogiándome vos, me elevo efectivamente mucho más alto de donde creí llegar.

—¿Tanto vale mi pariente y amigo?

—¿Es las dos cosas?

—Las dos.

—Mucho; su heroismo no tiene parecido.

—Pienso, conde, que mañana no podreis sostener esa idea.

—¡Ignoro el fundamento!

—¿Quereis hacer una apuesta?

—¡Con vos!

—¡Qué tiene de extraño!

—Que todo cuanto yo poseo es de mis reyes, por lo cual me expongo á ganar y á no perder.

—No importa, apostemos.

—Apostemos, si así lo desea V. A.

—Oidme: si en todo el dia y la noche de mañana sosteneis públicamente que el heroismo del incógnito es tan grande que no tiene parecido, me habreis ganado mi corona real, la que guardareis entre vuestras joyas como un recuerdo de vuestra reina; pero si llega un momento en ese periodo en que no podeis sostenerlo, mia será una de las dos que os van á regalar mañana.

—¡No os comprendo, señora! ¿Quiénes me van á regalar dos coronas?

—La grandeza os entregará una de un valor inmenso, pues toda ella se compone de brillantes y esmeraldas, y el pueblo os dará otra de oro, diamantes y rubies. Hé visto ambas, y son riquísimas.

—La primera no me pertenece; será para el caballero de la cruz roja. La otra la acepto por no desairar á un pueblo tan noble y generoso; queda hecha la apuesta sobre la últi-

ma; de este modo tendré dos, una régia y otra popular.

—Os vais á quedar sin ninguna, conde.

—Gran talento admiro en V. A., mas en esta ocasion...

—Os va á ganar una corona que lleva engastado el amor de todo un pueblo.

—Os vais á quedar sin la vuestra.

—Conde, positivamente perdeis.

—Señora, no admite duda que gano. Señor, ¿qué le parece á V. A.?

—Que ganais, perdiendo esa corona.

—El plazo es brève; pero ya anhelo que termine, pues no comprendo el misterio.

En este instante los interrumpió Ali, el cual llegó, y besando la mano de sus reyes, le dijo á D. Sancho.

—Gran señor, me mandastes que me presentara ante tu alteza en cuanto regresara, y ansioso de obedecerte, aprovecho esta ocasion.

—¡Dicen que has hecho prodigios de valor!

—Al lado de mi amo no es posible tener miedo.

—Tu maza, Ali, es tan célebre ya como la mejor espada.

—Cuando pueda usar esa, la manejaré como aquella.

—Recuerdo efectivamente que te he ofrecido armarte caballero.

—Creb lo mismo, gran señor.

—¿Tienes padrino ya?

—El mejor que existe en Castilla.

—Entonces será el conde de Lara.

—Sí, alteza.

—Pues mañana á las doce te armaré caballero.

—Y yo, con permiso de V. A., le cedo uno de mis señorios, dejándole la eleccion—añadió el Temerario.

—Opto por el de tu cariño; me basta con ser caballero y vivir á tu lado, amo mio.

—¿Y si tienes hijos?

—Serás su padrino y con eso les sobra.

Los reyes, el conde y Alí continuaron hablando media hora más, en cuyo instante se retiraron aquellos entre los grandes que les esperaban en un salon contiguo, siendo victoreados en el tránsito por la multitud que les abrió calle y les fué siguiendo hasta que los dejó en el real alcázar.

Despues que el conde despidió á unos y á otros, estrechó á su tío D. Juan, y en union de este y de sus amigos de Osuna, se sentó á la mesa, despojado ya del traje de guerra.

El repique de campanas habia cesado; pero no así las músicas, los cantares, ni las danzas. Reunido ahora el pueblo en la gran plaza de Lara atronaba el espacio, aumentando cada vez más su delirante entusiasmo.

El conde comia, le era agradable tan sincera y magna ovacion, sintiendo palpar su corazon á impulso de un agradecimiento, hijo de la innata nobleza de su alma.

¡Feliz el hombre que, como Pedro de Lara, consigue hacerse amar por un inmenso pueblo, que ébrio de júbilo, demuestra con franqueza y lealtad el cariño que le inspira su ídolo! ¡Ay de los que, escondidos entre los muros, tapices y sedas de espléndidos alcázares, cierran los oidos á ese rumor sordo, continuado, terrible, que los maldice y lanza sobre ellos el anatema! Ni la placentera orgía, festin, ni las tiernas frases de la astuta sirena, podrán ablandar su empedernido corazon, ni abrirlo para dar paso á la expansion y dicha; entre los manjares, vinos, melodías y livianas beldades sentirán el peso de aquella maldicion que roe la conciencia, debilita el ánimo y sirve de rémora al placer que en vano pretende libar! Oro, riquezas, todo les hastía, cansa y molesta, ¡porque en todas partes ven escrito el anatema! Jamás conseguirán, como el conde de Lara, la dulce alegría, las tiernas y agradables impresiones que él recibe en estos momentos en que sazona y come los manjares con el ardiente fuego del aura popular.

Alí, que no perdonaba ocasion para recordar á su amo que no debia juzgarse tan desgraciado como suponía serlo

algunas veces, se acercó á su oído y con marcada intención, le preguntó:

—Señor, ¿te son indiferentes esos rumores que llegan hasta aquí? ¿te causan tedio?

—No, antes al contrario, me enternecen y halagan, negro.

—Eso decia yo en Tarifa, ¿recuerdas?

—¿Quién habia de suponer tal entusiasmo y cariño?

—Cualquiera que no fuese tan modesto como tú. En verdad, amo mio, que yo veia entonces lo que acontece ahora, porque comprendia que tú mereces mucho más de lo que oyes á pesar de hacer ellos cuanto les es dable.

—¡Calla insensato!

Alí selló sus labios, sonriendo maliciosamente por la causa que motivaba el diálogo que acabamos de copiar.

Dió fin la comida, y el conde encargó al africano que mandase á palacio los trofeos cogidos al enemigo en Tarifa, mientras él se disponia á devolver á los reyes la honrosa visita que le hicieron no há mucho; entrando seguidamente en su despacho. Solo allí, se fué poco á poco entregando á profundas meditacionés, en las que permaneció hasta que vino á distraerle la tímida voz de un hombre vestido de montañés, que con acento entrecortado le dijo:

—Gran señor, si nos permitiéseis...

Pedro alzó la frente y vió á la puerta de su estancia á Juan, el de la cabaña próxima á la cueva de los bandidos apresados por Alí y los zegríes, que era el que acababa de dirigirle la palabra, el cual iba acompañado de Borja, el que, como recordarán nuestros lectores, quedó en Sevilla, herido por dos de los *quinientos*, encargado despues de enterar al rey D. Sancho de cuantas noticias necesitase sobre los rebeldes del torneo.

Lara sonrió al contemplar lo compungidos que presentaban sus rostros aquellos dos arrepentidos y enmendados bandoleros, diciéndoles:

—Pasad, que tenia deseos de veros á ambos. Empezaré

por tí, buen Juan. Te ví en las cercanías de Cuenca, mas desaparecistes y nada he vuelto á saber hasta este momento.

Tú no eres muy aficionado á la guerra ¿es cierto? y de ellos de los montañeses.

—Señor, no tornasteis á verme por otra desgracia mayor que la de temer yo la muerte.

—No te comprendo, Juan; ¿hay algo peor que ser cobarde?

—No lo soy, señor; que fui el primero en acometer á vuestros enemigos, adelantándome á los leones del Saucejo. Tenia que purgar algunos pecadillos, y....

—Entiendo.

—Como yo no alcanzo la experiencia de aquellos valerosos montañeses, avancé demasiado, y me tiraron varios botes de lanza, teniendo la desgracia de que no se perdiera uno.

—Es decir, que te hirieron.

—Me dejaron por muerto. Ved, señor, como están mis brazos y pecho; todo son agujeros.

—Fortuna ha sido que pudieras sanar de tan graves lesiones.

—Sí, mas la mano derecha la tengo inútil; la izquierda no me sirve para nada, y respecto de las piernas... en cuanto á las piernas, señor, soy hombre perdido; en andando veinte pasos dicen que no quieren más y me caigo. Aquellas ilusiones de vivir entre vuestros montañeses desaparecieron como la bruma.

—¡Pobre Juan! ¿Quién te trajo de Cuenca?

—Vuestros criados, por orden de los encargados del hospital de sangre. ¡Qué cuidado tan exquisito han tenido con nosotros, qué esmero, qué solícito interés! Han hecho milagros, y dia y noche velaron por nuestras vidas como pudiera verificarlo un padre con sus hijos.

—No hacian mas que cumplir mis órdenes.

—Ya lo sé, noble señor; pero os obedecen admirablemente.

—Siento tus dolencias, desgraciado Juan; quédate en este

palacio, que nada te faltará en él. Anda si puedes; sino te estás quieto ó en cama; come con mis vasallos, duerme cerca de ellos y no pienses en otra cosa que en Dios y en restablecerte. Quedas de sirviente mio, con la obligacion de no hacer nada. Retírate y déjame solo con Borja.

El ex-bandido, con los ojos húmedos por el agradecimiento, se inclinó ante el conde, y besando la diestra con que este le ayudaba á levantarse, salió del despacho, apoyándose en las paredes, y bendiciendo la hidalguía de su nuevo señor.

—Acercaos Borja—exclamó Lara.—¿Curasteis de vuestras heridas?

—Suelo resentirme de ellas, pero no estoy mal, señor.

—Me alegro. ¿Qué hicisteis durante mi ausencia?

—Dí á S. A. cuantos datos y noticias me pidió, obediéndole, segun me encargasteis.

—¿Les falta algo á vuestros hijos?

—No, señor; gracias al conde de Lara, reciben buena educacion y les sobran comodidades.

—¿Qué deseáis ahora de mí? sed franco.

—Una ocupacion ó destino en que os pueda ser útil ganando á la vez lo necesario para mis hijos y para mí.

—¿Quereis formar parte de los caballeros que me sirven en este palacio?

—Eso colmaria mis deseos con exceso.

—Pues marchad entre ellos y ajustaros por el tiempo que gustéis.

—Por toda la vida, gran señor! ¿Cómo podria pagaros?...

—Imitando la conducta de vuestros compañeros.

—No tendreis queja de mí, ¿Me permitís besar vuestra mano?

—No, estrechadla.

—Gracias, inimitable señor.

Y Borja salió tambien de la estancia, vertiendo lágrimas de agradecimiento.

—Alí—gritó el Temerario.

—Os obedezco, amo mio.

—¿Fueron los trofeos á palacio?

—Sí, señor.

—Pues, partamos.

El conde se embozó en un finísimo manto de graña, el negro en otro de cachemir, y ambos se dirigieron al real alcázar, tapados hasta los ojos para no ser descubiertos; y por entre inmensa multitud, que aún continuaba aclamándole con tanto afán como al principio. Era ya de noche; Sevilla estaba completamente iluminada, y el ambiente que se respiraba iba perfumado con las flores que cubrían todo el piso de la ciudad.

Con mucho trabajo pudo el conde entrar en el palacio de su rey, siendo al momento recibido por este. Después de hecha la entrega de todos los trofeos cogidos al enemigo, se encerraron ambos, y frente el uno del otro, exclamó el monarca.

—La reina, mi señora, sentirá no poderme acompañar en este instante, mas la disculpa el que se halla discutiendo acaloradamente con el caballero de la cruz roja, y vuestros amigos, el príncipe Muza y Abenamar Abencerraje.

—Dejadla, señor, que S. A. vuestra señora, está mejor acompañada que vos.

—Eso es cuestionable, conde; pero no es ocasión de disputar. Supongó que deseareis nos ocupemos de asuntos de Estado.

—Lo creo conveniente, señor.

—Sea en buen hora. Recibí el pliego que me mandó el rey de Aragon por vuestro conducto, las seguridades que me dió aquel despues, hallándose la cuestion completamente resuelta. Los Cerdas deploran ya en un encierro lo torpe de su conducta, y los monarcas de Aragon, Navarra y Francia formaremos en breve una alianza que librará á Castilla y Leon de invasiones extranjeras. Tengo en mi poder, y apri-

sionados, á D. Lope de Haro y á una docena de sus parciales, únicos traidores que quedaban en mis reinos; me falta solo atraer á mi hermano D. Juan, el cual pasó el Estrecho, en direccion de Marruecos, en el instante que llegó á sus oídos la noticia de vuestra aproximacion á los muros de Tarifa. Perverso y cobarde es el infante; pero no debemos inquietarnos por él; pues se halla completamente inútil para llevar á cabo lo que le aconsejan sus instintos malévolos. Nada acontece por otra parte en el país, que merezca una discusion en los momentos en que debe molestaros el cansancio y la fatiga. Todo lo tenía perdido, todo me lo dáis ganado; y si esto acrecienta en mí una viva satisfaccion, bien sabe Dios que la amengua el que nada necesiteis de mí.

ob —Esta noche vengo decidido á demandaros varias gracias.

ob —Hablad, conde amigo; todo os lo concedo.

ob —Deseo, en primer lugar que mandeis lo antes posible á Tarifa un gobernador y vasallos que la defiendan; pues mis pobres montañeses anhelan regresar á su país y es muy justa la pretension.

ob —Antes que vos llegarán al Saucéjo; pues mañana mismo saldrán en su relevo cuatro mil soldados al mando de la autoridad que vos designeis. Hé aquí la lista de los que pretenden defender la plaza.

El conde cogió un pergamino que le alargó D. Sancho y lo dejó en el mismo instante, exclamando:

ob —No admite duda, el más leal, el más valiente y el más desinteresado es D. Alonso de Guzman.

—¡Que me place! Esa misma era mi opinion. Al ser de día partirá al frente de mis vasallos. ¿Qué más deseais?

ob —Dejad en libertad á D. Lope de Haro y á esos doce desgraciados que áun conservan la vida; si agradecidos á tal merced se arrepienten, nada se habrá perdido; pero si volviesen á conspirar, entregad sus cabezas al verdugo; que el que tanto reincide, mejor está en el cementerio que en un calabozo.

—Mañana quedarán libres y hasta les invitaré al sarao que habrá por la noche. Pedidme otra cosa.

—Por último, ruego á V. A. me permita ir á recibir á mi esposa con la cual ansío retirarme á mi castillo del Saucejo. Eso es todo, señor.

—Bien me pesa, que ese todo no sea nada; mas ¡qué he de dar yo á quien todo le sobra! Conde amigo, mañana por la tarde comeréis conmigo; por la noche asistiréis á un gran baile que doy en vuestro obsequio y en el cual recibireis las dos coronas que la grandeza y el pueblo os regalan; descansaréis en mi alcázar despues del sarao, partiendo cuando gustéis. De no poderos tener siempre á mi lado, como quisiera, idos, que prefiero vuestra dicha á la mia, vuestra tranquilidad y sosiego al bien que me proporcionarían vuestros consejos y amistad. Solo os ruego, que no volvais á marchar de mis reinos; vuestra permanencia en Castilla basta para acallar torpes pasiones é inícuá ambición.

—Encerrado en mi feudal vivienda, pienso no salir de ella hasta que mis deudos ó parientes hagan conducir mis restos á Sevilla, donde reposan las cenizas de mis antepasados.

—Me alegro; quiere decir que si necesito de vuestra sabia experiencia os visitaré en el Saucejo, que la distancia no es larga.

—¿Me dais vuestro permiso para retirarme?

—Sí, que estareis cansado.

—El cielo vele por V. A.

—Os espero á las doce, con Alí y vuestro tío D. Juan; y no pensad en volver hasta el dia siguiente. Pueden venir por la noche los grandes de Osuna y todos vuestros caballeros de Sevilla.

—No faltarán.

—Id con Dios.

Salió Pedro, se incorporó con su leopardo, regresando al alcázar con las mismas dificultades que habian ido. Aquel

noble pueblo no se cansaba de victorear y festejar al modesto caudillo.

Amo y criado buscaron el lecho, y arrullados con los ecos de las dulces melodías, de los vítores, de los himnos, de las canciones, de aquel conjunto que formaba la bendición de un pueblo entero, se fueron quedando dormidos. Al cerrar los ojos, el Temerario exclamó:

—¡Cuán grata es el aura popular! imposible parece que haya hombres capaces de medrar sacrificando á esas infelices masas tan desgraciadas, tan nobles, tan agradecidas!

—Escalera, señor—le dijo Alí medio dormido,—escalera humana hacen de esas pobres gentes, á quienes pisotean para subir. ¡La lechúza chupó siempre la sustancia de esas palomas!

—Ya lo sé, negro, por eso maldigo al miserable hipócrita que, escalando la sociedad en que vive, se eleva adulando y mintiendo para concluir siendo el verdugo de los que llamaba hijos ó hermanos. Gracias, hidalgo pueblo, á serme posible daría por tu felicidad toda mi sangre.

—Tú no has nacido para monarca, mísero montaraz—le dijo Alí.

—¡Qué feliz sería si mi adorada Blanca partiese conmigo esos sinceros aplausos de la multitud! ¡Mi esposa, mi idolatrada esposa! ¡la única mujer que estrecharon mis brazos! ¡el ángel que ahogó mis penas y me hizo ver el mundo como á edén donde libaba la ventura!... ¡Blanca!... ¡Ay! ¡qué ausencia tan cruel!

—¡Mañana á esta hora no dirás eso, dichoso marido! Yo... tu pobre negro aún!... pero tú...

—¡Qué dices de mañana!... Alí, Alí, ¡Soñaba!... Su sueño me desveló; mas es indispensable dormir. En un letargo quisiera pasar lo que resta de tan larga y penosa separación.

Poco despues dormian ambos. Las voces del pueblo fueron apagándose poco á poco hasta quedar la ciudad en tranquila calma.

—Al siguiente día abrió los ojos el conde y exclamó:

—¡Alí!

—Señor—dijo el africano entrando,—ha cambiado completamente la decoracion; el pueblo ha trasladado los arcos á las calles que conducen desde tu alcázar al del soberano, ha cubierto el piso de flores, y ya no son veinte músicas y cien comparsas; ahora ascienden á doscientas. Oyes cómo te victorean?

—Sí; pero no comprendo por qué hoy!...

—Ha mandado el rey que dure tres días la funcion; y lo peor es que han puesto mi nombre en un arco.

—¿Qué han escrito?

—Al valeroso Alí, escudero del primer guerrero del mundo.

—Te hacen justicia.

—Gracias, amo mio. Sabes que temo perder hoy la serenidad, al verme objeto de toda la córte?

—¿Por qué? Si tal sucediera... pero á bien que tu color disimulará la emocion, ¿es cierto?

—Por desgracia, no es fácil que noten si estoy ó no pálido.

—Vísteme, almorcemos y nos iremos á palacio.

Cuatro horas después salian Pedro de Lara, Alí, los grandes de Osuna y cien caballeros de los que servian al primero, en dirección de palacio. Todos iban vestidos con traje de córte, y á ninguno le ruborizaba asistir al acto de armar caballero á un negro, cuyo valor y lealtad conocian y admiraban. Antes al contrario, caminaban gozosos, declarando que el africano merecia sobradamente aquella honra.

El pueblo, formado en dos apiñadas hileras, los victoreaba, exclamando:

—¡El valeroso negro! Bravo, caballero Alí, ganastes de mil modos ese título. Bastaba con el amor que profesas á tu señor, y sobraba con tus mazazos para elevarte á grande. ¡Viva el conde de Lara! ¡Viva su negro! ¡Gloria y honor al

más noble de los héroes! ¡Vivan los guerreros que le acompañan!

Oyendo exclamaciones idénticas unas, y otras análogas, penetraron en el real alcázar Pedro y el africano, brillando en los labios del primero paternal sonrisa y en los ojos del segundo lágrimas, hijas del agradecimiento que le inspiraban las frases que le dirigia la multitud.

Media hora mas tarde, reunida la corte y sentados los reyes en el trono, fué Alí armado caballero con toda la solemnidad posible, pues los monarcas, en obsequio al conde, dispusieron que este acto fuese una excepcion de los practicados en iguales circunstancias.

Concluido, pronunció D. Sancho un discurso encareciendo el valor y lealtad del nuevo caballero, hasta el punto de citar lo como modelo que debia imitarse.

Alí escuchaba y veia, mas se hallaba bastante conmovido, dirigiendo continuamente miradas penetrantes y tiernas al caballero de la cruz roja, al príncipe Muza y muy particularmente á su señor. Rodeaban el trono, además de los citados, toda la familia real y cuantos grandes residian en Sevilla, incluso los de Osuna, varias damas, palaciegos, los cien caballeros que acompañaron al Temerario y algunos otros de los que se hallaban al servicio del rey: estaban colocados del modo siguiente: Debajo del solio y sentados, los soberanos, el hermano del rey de Granada y todos los infantes; los varones á la derecha de D. Sancho y las hembras á la izquierda de doña María. Alí y su padrino el conde se hallaban enfrente del trono, de pié y á tres pasos de la grada; y la grandeza, caballeros y damas en derredor, tambien de pié y en ala, empezando por la derecha del rey, y concluyendo en la izquierda de la reina; siendo de notar que el caballero de la cruz roja estaba en estos momentos á la cabeza de los grandes, como si fuera el primero de ellos, y por consiguiente al lado del príncipe Muza.

Terminado el discurso de S. A., besó el nuevo caballero

las diestras de sus reyes, dándoles las gracias en un breve y sentido discurso. Luego, y según costumbre, debía estrechar las manos de cuantos grandes, nobles y caballeros estaban presentes; en consecuencia se dirigió al conde como primer grande y padrino suyo; mas fué tal la emoción que sintió al coger su mano, que cayó de rodillas, y agolpándose las lágrimas á sus ojos, exclamó:

—Gran señor, todo te lo debo...

Y el llanto ahogó su voz. Lara lo levantó del suelo, y abrazándole tiernamente, le dijo:

—Alza, valiente caballero; el que se iguala á mí en el campo de batalla, puede estar á mi lado en la corte y en todas partes; y el que abriga un corazón tan noble y leal, entre mis brazos; que si nacistes negro, vales más que tres cuartas partes de los blancos que conozco.

A pesar de lo grave de aquella escena, todos, incluso los monarcas, la presenciaron conmovidos, interesando la figura del agitado africano.

Luego que este se tranquilizó, fué á dirigirse al caballero de la cruz roja, pero se levantó Muza, se interpuso entre ambos y lo estrechó también, dejándole que se llegara al incógnito, al cual se acercó, inclinó levemente y con disimulo una rodilla y le besó la mano que aquel le alargó. Los restantes grandes, nobles y caballeros, á imitación del príncipe y del Temerario, lo fueron abrazando.

De este modo concluyó aquel acto solemne, en el que dió una prueba más D. Sancho IV de su afición á la justicia y de la gran amistad que profesaba al conde de Lara.

Este, cuando se retiraron los que no estaban convidados á comer, se acercó á Macías, y le preguntó muy quedo:

—¿Habeis oido los aplausos que el pueblo ha tributado á Alí, y reparasteis bien en el acto que acaba de terminar?

—Sí, señor.

—Pues montais inmediatamente á caballo, partiendo á mi castillo del Saucejo. En él existe, como sabeis, una dama,

que trata á mi noble africano con una dureza impropia de su buen talento. Avisais á los ancianos, que en breve regresarán los hijos del Saucejo, que se hallan en Tarifa, y esto os servirá de disculpa para que no supongan que yo os envío, y podais de una manera hábil y discreta enterar á la dama de cuanto habeis visto y oido referente á Alí. Lo contais tambien delante de su tio, y si mis restantes servidores de la fortaleza formasen coro con vos cuando elogieis al negro, no se perderia nada.

—Comprendo, señor, y llevaré á cabo vuestro plan tal como deseais.

—No perded tiempo.

—Marcho ahora mismo.

Sin despedirse, y menos enterar á ninguno de la comision que llevaba, montó á caballo Macías, y seguido únicamente de un criado del conde, se dirigió al Saucejo.

Quedaron en el real alcázar el conde, los grandes de Osuna, Alí y los restantes caballeros de aquel, todos los cuales estaban convidados á comer con D. Sancho. En diferente mesa y habitaciones se sentó el rey con estos, mientras la reina lo verificaba en un extremo del palacio, teniendo al caballero de la cruz roja á su derecha, al príncipe Muza á la izquierda y en ala á los jefes de tribu y principales caballeros moros y cristianos que obedecian á los dos primeros y los siguieron á la guerra. En ambos festines reinó mucha animacion y alegría; el de la cruz roja, contra su costumbre, estuvo jovial y placentero como jamás; mientras el conde de Lara, su antítesis en esta ocasion, permaneció durante la comida ensimismado y triste. Desde que se hallaba separado de Blanca conseguia entregarse solo por un momento á la expansion, pero inmediatamente inclinaba la cabeza, quedando meditabundo y pesaroso. El rey hubo de comprender la causa que motivaba el triste estado de su amigo, y le dirigió algunas bromas, á las que contestaba el guerrero con sonrisa más triste aún que su semblante.

La comida tuvo su término, y cogiéndose el monarca al brazo del conde, se encerró con él en su despacho y le dijo:

—Sevilla entera goza hoy por vos; y el héroe de tal función suspira y pena ¿por qué ese dolor, amigo mío?

—Todos, gran señor, rien y gozan porque tienen corazón, á mí me falta y lloro, que lo guarda un ángel y tarda en traérmelo.

—Ya vendrá, y áun cuando merece el ardiente amor que le profesais, no se justifica debidamente esa amargura en un ídolo á quien todos miramos hoy.

—Gracias, señor; quiero reír, deseo mostrarme placentero y agradecido á tan inmerecida distinción, á tanto obsequio como me hacen desde el poderoso rey de Castilla y de Leon hasta el último de sus vasallos; y no obstante, mis esfuerzos son inútiles; lejos de doña Blanca todo me causa hastío, desventura y daño! Cuanto más dulces y melodiosas son las voces y los sonidos de los instrumentos, mas excitan mi melancolía; quiero animar mi decaído espíritu, anhelo demostrar mi agradecimiento y que vean en mi faz el sello de un placer que en vano intento libar; y lejos de conseguirlo, se agolpan las lágrimas á mis ojos, sufre mi alma y una voz argentina, embriagadora hiere mi oído y comprime mi ser, gritando: «¡Pedro! ¡Pedro!» ¡y es mi esposa, señor, que suspira por mí, y acaso me llama desde luengas tierras! ¡Es, alteza, que no tengo corazón, que se quedó Blanca con él y me dejó en su lugar la esencia del tormento y la amargura!

—¡Con que no tenéis corazón! ¡pardiez, no dicen eso nuestros enemigos!

—Acostumbrado á la guerra, mataba por instinto, y á veces sin saber lo que hacia. Ved ahí, señor, la causa de haber estado en dos ocasiones tan expuesto á morir.

—¿Recordais como yo me encontraba al llegar vos de Jerusalem?

—Sí, padéciais una afección al hígado, según opinión de los magos.

- Me encontraba muy malo, conde.
- Os hallé efectivamente bastante decaído.
- Y no obstante eso, fué suficiente vuestra presencia para que sanase en el acto.
- De lo cual debemos deducir, que no existía tal enfermedad y sí una afección moral.
- Lo mismo exactamente que vos tenéis.
- Acaso.
- Conde amigo, favor por favor; vos me curasteis á mí, os voy á curar yo.
- Imposible, alteza.
- ¡Oh! ya lo vereis.
- ¿De qué modo?
- Esperad. ¡Ola! ¡mayordomos!—gritó el rey, presentándose el momento varios palaciegos.
- Avisad á S. A., la reina mi señora, á los grandes y á cuantos estén convidados al baile, que este ya no es á las diez de la noche, sino á las ocho en punto; añadiendo, que la entrega de las coronas al conde de Lara, se verificará á las ocho y media. Decid además á mi esposa, que una causa grande me obliga á tomar esa medida, de acuerdo con mi justicia mayor.
- Los palaciegos marcharon y el rey continuó:
- La música, la animación del baile, la grandeza, vuestros reyes, y muy particularmente la corona, os van á curar, amigo mío.
- ¡Ojalá, gran señor! ¡y si bien agradezco tanta distinción y favores, serán inútiles para desterrar mi melancolía, para sanar mi mal! ¡Un hombre sin corazón carece de vida y ese no podeis dármelo vos!
- Os lo voy á dar. ¿Quereis hacer otra apuesta conmigo?
- Gracias, señor; vais á perder y tengo bastante con la corona de vuestra esposa.
- No importa; vuestro condado contra todos mis brillantes.

—Buena estaria la casa real sin una sola de esas piedras!

—¿Teneis miedo?

—De ganar; mas ya que lo quereis, me llevaré al Saucejo todas vuestras alhajas; pero con una condicion: que me habeis de ayudar á fijar sobre las sienes del incógnito la corona que me va á regalar la grandeza.

—Bien, ¿mas y si se presenta como hasta aquí con el casco y la celada caida?...

—Si creeis que no hay una causa poderosa que lo prohiba nos pondremos de acuerdo y cuando yo tenga ya la corona le arrancais de pronto el casco y entonces se la dejo.

Sancho meditó y soltando una carcajada, exclamó:

—Lo apruebo, amigo mio; puede que esta intriga ayude á que desecheis vuestra tristeza.

—Imposible; mas tengo gran señor empeño en ponerle yo mismo la corona que ganó en los campos de batalla con heroismo sin igual. En los llanos de Cuenca me arrojó una y esta es otra razon para que yo se la devuelva hoy.

—Se va á reir mi esposa cuando le refiera vuestra magnífica idea. Si me permitieseis un instante, desearia enterarla con tiempo...

—Id, señor.

—¿Me esperais aquí?

—No intento moverme, toda vez que pensais honrarme lo que queda de tarde y durante la noche.

Salió el monarca y Lara viéndose solo apoyó la frente en sus manos y se entregó, como de costumbre, á tristes ideas. Como habia dicho muy bien, no encontraba nada que halagara su mente, ensanchase su espíritu y le prestase alegría. Al principio de recibir la sin igual ovacion que le tributaba Sevilla, sintió ese placer que engendra, en almas como la suya, el agradecimiento; pero luego aumentaba su abatimiento la música, las voces, las danzas y los festejos. Así es, que en este instante más que el héroe de aquella fiesta, se parecia al que preside un duelo. Miraba la rica pedrería

bordada en su preciosa túnica de terciopelo, movía la cabeza en sentido negativo, y una sonrisa desdeñosa y triste asomaba á sus finos y sonrosados labios. Un tinte pálido daba magestad á su aristocrático semblante, el fuego de sus ojos parecía apagado, siendo todo en él bello y varonil, melancólico y taciturno. Era, en fin un rey que disimulaba mal el dolor que le causaba la pérdida de un hijo ó de una esposa amada; todo lo cual lo presentaba aún más simpático é interesante.

Abstraído en sus profundas meditaciones, como hemos manifestado, no llamó su atención lo mucho que tardó en regresar el monarca; el cual lo halló según acabamos de describir. D. Sancho le miró detenidamente, y sonriendo con malicia, le preguntó:

—¿Llorais? gigante de Sancho el Bravo.

—No me faltaba mucho, gran señor.

—Son cerca de las ocho, conde.

—Mucho habeis tardado, alteza.

—Hablaba con la reina el incógnito, y hasta hallar un pretexto para que mi esposa me oyese sola...

—¿Acepta el plan?

—Con mucho gusto; dice solo que os compadece, pues os quedais esta noche sin ninguna de las dos coronas que os regalan y sin el condado.

—Mucha seguridad teneis.

—Antes de una hora vereis en qué la fundamos.

Los dos siguieron hablando hasta que vinieron á anunciarles que los salones se habian llenado con los muchos convidados que acababan de llegar. Aún cruzaron algunas frases, se cogieron del brazo y penetraron acto continuo en las estancias destinadas al baile.

D. Sancho no habia perdonado medio ni sacrificio alguno para que la funcion fuese digna del objeto á que la destinaba. Se adornaron con más lujo las régias habitaciones; cien pebeteros exhalaban riquísimos aromas, rivalizando con el

azahar de los naranjos, la variedad de flores y las muchas plantas odoríferas que se veían do quier, en las que reflejaban la luz de tanto brillante y piedras preciosas como ostentaban las damas y caballeros. En estos instantes imitaba á un paraíso soñado, la espléndida mansion de los reyes de Castilla. Bellísimas mujeres luciendo sus galas y su blanca epidermis, más hermosa que aquellas; arrogantes donceles de briosa apostura; guerreros de ardiente mirada; cortesanos de finísimos modales, y todos con tierna sonrisa en los labios se dirigían al conde, el cual sin fuego en los ojos ni aliento en el pecho, inclinaba la frente, recibiendo tanta enhorabuena y plácemes con su mortificadora pena. ¡Imposible parecía que el héroe de Cuenca y de Tarifa fuese aquel gigante tan abatido, lánguido, descolorido y macilento! Intentaba reír, anhelaba demostrar su agradecimiento con frases y accion, mas no podía; le faltaban palabras y fuerza, y era que le sobraban amargura y dolor. ¡Qué le importaban á él las cien bellas, los quinientos caballeros que le adu- laban y miraban con asombro, si no estaba allí, si no veía al ángel á quien dió corazon y vida!

Por fin llegó el momento señalado por el rey; penetraron una tras otra, la comision nombrada por la grandeza y la elegida por el pueblo, llevando la primera en una bandeja de oro la corona que debían ofrecer al conde; y la segunda en otra de plata, la que tambien le regalaban. Ambas eran, como dijo la reina, de un valor inestimable.

En este instante se reunieron en torno de Pedro cuantas personas existían en los salones.

Las dos comisiones pronunciaron respectivamente, con un pequeño intervalo de una á otra, y por boca de uno de sus individuos, un discurso elogiando los merecimientos de Lara, concluyendo por rogarle que aceptase aquel presente.

El rey, cogió la del pueblo y se la puso al Temerario, mientras este tomó la otra y despues de dar las gracias á las comisiones, exclamó:

—Grandes de Castilla y de Leon, nobles y caballeros que me rodeais, oid: Me juzgaria dichoso con poseer esta corona que me regala la grandeza de mi país; no por lo que vale, sino por lo que dice; pero de aceptarla para mí, daria una solemne prueba de insensata ambicion y de torpeza. Permittedme que á vuestra vista, y solo como un acto de justicia, la fije sobre las sienes que debe estar, únicas que la merecen; sobre el hombre que me enseñó á guerrear, á mandar ejércitos y á vencer.

Calló Lara, el rey desapareció y un murmullo confuso y prolongado le respondió:

—Ese es el caballero de la cruz roja; la accion es digna de Lara, pero hace bien en ofrecer á ese héroe encubierto la corona que tiene en su mano.

A estas sordas voces siguió un continuado silencio. Estaban todos los convidados de ambos sexos en el gran salon de embajadores, formando un círculo completo, fijas todas las miradas en el conde. Este en cuanto concluyó de hablar, no viendo en torno al incógnito, á la reina ni al rey, fué á dirigirse en su busca cuando se abrió el círculo y penetraron doña María Alfonsa de Molina, cogida al brazo del caballero de la cruz roja, y detrás D. Sancho, el príncipe Muza y los caballeros moros y cristianos del ejército del encubierto. Al verlo Lara, exclamó:

—Vos solo mereceis esta corona.

Y alargó el brazo para ponérsela, á la vez lo sujetó la reina mientras el rey y el príncipe le arrancaron el casco.

A este acto siguió un grito exhalado por hombres y mujeres, pintándose en los rostros de cuantos convidados habia, la más grande admiracion. Al conde de Lara se le cayó la corona de la mano y se restregó los ojos, creyendo que dormia. Los convidados habian dicho en su grito:

—¡La Heroína Zegrí!

Pedro, con voz parecida á un trueno, exclamó:

—¡Blanca; esposa mia!

Y sus piernas flaquearon. El rey lo sostuvo, y abriéndole los brazos lo unió á la Heroína, quedando ambos enlazados, sin poder expresar frase alguna. Damas y caballeros lloraban, participando al parecer de la ternura que embargaba á los esposos.

No era aquella escena para continuarla allí; así es, que entre todos los individuos de la familia real y Muza, rodearon al guerrero y á su varonil compañera, y abrazados tambien á ellos se los llevaron á una cámara inmediata, dejándolos solos por algun tiempo. A la puerta quedaban el escudero de doña Blanca, que era el señor de Márcia, abrazado tambien al buen Alí, llorando ambos de alegría, más que por el cariño que se profesaban, por la dicha de sus señores.

Cuando Pedro y la Heroína se hallaron solos, se cogieron de las manos, se estrecharon, y mirándose con ardiente amor, apenas encontraban palabras con que expresar el placer que experimentaban.

Renunciamos á describir el fin de tan interesante y hasta sublime cuadro; juzguen nuestros lectores la embriaguez que sentirian aquellas almas tan tiernas, puras y ardientes; al hallarse reunidas despues de tanto azar y peligro como acababan de correr. La abnegacion del conde al exponer su vida tantas y tantas veces lejos del sér que más amaba, y la fortaleza de su esposa sin descubrirse en todo ese tiempo al único hombre por quien sentia loco frenesí, temerosa de que este no le dejase velar por su vida; recibian en este instante una recompensa digna de tales sacrificios y padecimientos.

Media hora despues entraron el rey y la reina, llevándose la última á doña Blanca.

—Márcia! mi querido Rueda!

Gritó Lara y abrió sus brazos recibiendo en ellos á su antiguo maestro y escudero. Luego se echó dos pasos atrás y le preguntó:

—Lázaro Rueda, señor de Márcia; ¿y mi honra?

—Pardiez—le contestó el viejo guerrero—la niña es tierna y sumisa contigo; pero leon invencible para con los demás. He sido lebrel que no la perdió de vista un solo instante; y si alguno!... voto á!... perdóneme V. A. señor; pero era inútil, hijo mio, es ella más valiente que tú y que yo; tan virtuosa como tú é infinitamente más que yo. Qué fortaleza de alma, Pedro; qué corazón! Vamos, si vuelves á hacerme esa pregunta... voto á!...

—Perdona, amigo mio; ¡la amo tanto!

—Yo lo creo, casi tanto como yo. Vale esa dama... no, ese héroe... tampoco... Yo no sé lo qué es... vestida de mujer es más hermosa que todas; á caballo y con la espada no hay ejércitos para ella. Su talento parece divino; su temple de alma celestial; y más fuerte que todos los hombres, llora al ver un mendigo, rie al abrir los labios un niño, y con su pequeña mano me da unos bofetones...

—Muza y Abenamar Abencerrage entraron en este instante, dieron la enhorabuena al conde y lo estrecharon; este les dijo:

—Príncipe, jefe de la tribu abencerraje, ahora comprendo por qué no viviais y caminabais á mi lado; ahora sé lo que debo á vuestra amistad, nobles granadinos.

—Nada, Pedro—le contestó Muza,—solo hemos cumplido con nuestro deber; la Heroína velaba por tí, y nosotros por tu esposa, que áun cuando su genio supera á todo elogio, es muy hermosa, y en esta tierra hay muchos villanos. Nadie se atrevió á llegar á su tienda, pero si alguno lo intentara, con su vida hubiera pagado la accion. Es hija y heredera además del jefe de la tribu zegrí, y no podiamos tampoco negarnos á seguirla.

—Ahora todo lo comprendo, amigos míos; en un sueño me revelaron la verdad, creí en ella, y al poco tiempo hizo la fatalidad que todo lo viese al contrario de como era; no dudé de vosotros, porque tengo sobradas pruebas de vuestra lealtad y cariño hácia mí, mas me ofusqué y padeci lo in-

decible; no obstante lo cual, recibo en este momento la recompensa á todos mis sufrimientos. Esposa, nobleza incomparable de amigos, cuanto me rodea me sonríe y hace dichoso. ¡Cuán bondadoso hallé siempre á Dios para conmigo!

—Alí, que há tiempo aguardaba la ocasion de presentarse á su señor, debió encontrarla, pues acercándose le preguntó:

—¿Me perdonas?

—Hipócrita, ¿por qué no me digiste la verdad?

—Cuando ella manda, el negro no tiene voluntad.

—Ni yo tampoco; has hecho bien; obedécela siempre, y no temas disgustarme.

Dos pajes hicieron sentar al conde de orden del rey; arreglaron su melena y le pusieron la corona que le regaló el pueblo de Sevilla. Poco despues regresó la reina y doña Blanca, vestida ya está última con un precioso traje de aquella y más encantadora que nunca. Doña María se la entregó á Lara, diciéndole:

—Ahí teneis á vuestra esposa, que ciñe la corona que os regaló la grandeza; yo os cedo la del pueblo, pues os la he ganado.

—Y yo el condado de Lara, que habeis perdido—añadió el rey.

—Cierto; perdí ambas cosas, y me hallo dispuesto á entregáros las.

—Los dos deseábamos poderos regalar algo, por eso hicimos la apuesta.

—Se lo agradezcó á V. V. AA., pues declaro haber perdido la corona y mi título.

El monarca dió el brazo á su esposa, Lara á la suya, y ambos salieron á los salones, seguidos de aquellos de quienes estaban rodeados. D. Sancho habia dado la orden de que rompiera el baile, mas á pesar del mandato y de convidarles la música, todos permanecieron quietos aguardando el regreso de los condes de Lara. Estos se presentaron, y

un aplauso unánime los recibió, no oyéndose otra cosa que: — ¡La Heroína Zegrí! ¡Qué hermosa es! ¡El genio de la gloria brilla en su frente mucho más que los brillantes que la adornan! ¿Recordais lo que hizo en el torneo? ¡Es más hábil que su esposo, más serena y más audaz!

Doña Blanca fué durante el baile el punto donde se dirigian todas las miradas y elogios; por eso ella pretendió no darse á conocer hasta pasados los tres dias de fiestas; mas contra su voluntad le arrancaron el casco, y vieron su bella faz; es indudable que si no eclipsó la gloria de su esposo, la amortiguó bastante, con lo cual gozaba el noble caudillo, pues agradecia más un aplauso dado á la Heroína, que cuantos pudieran dirigirlé á él. Ambos fueron obsequiados por todos, sin excepcion alguna, los colmaron de elogios, y concluyó por fin el baile, siendo desde el principio hasta este momento la admiracion y objeto del entusiasmo de las damas, los grandes, los caballeros, y los nobles.

Los dos tenian habitacion dispuesta en el real alcázar, á la que fueron acompañados de SS. AA.

La música cesó, los convidados se retiraron; quedó en silencio el palacio, y los condes de Lara, solos ya en su dormitorio, oraron, acabando de pasar el resto de la noche medidos por una dicha que solo halla en el mundo la virtud, lealtad y amor.

Todo hastía y cansa en la vida por el exceso, evitad este, y gozareis siquiera sean esos instantes en que algunos consiguen adormecer sus penas.

Desde la cumbre de su elevada posicion, descendieron al campo de batalla Pedro el Temerario y la Heroína Zegrí. Abandonaron sus palacios, poderío, comodidades, bienestar y felicidad, para dormir casi á la intemperie, sobre la lona de un estrecho catre, rodeados de enemigos, y expuestos á morir á cada instante á mano alevosa, sedienta siempre de la ardiente y noble sangre que circulaba por sus venas. Mantenian ejércitos con sus propios intereses, y daban por

último al país sus vidas, dinero y vasallos; y concluida tan terrible lucha pasaron á Sevilla á recibir, por boca de su querido rey, el permiso para encerrarse en su castillo feudal. Por dar paz y tranquilidad á su patria se sacrificaron ellos, gastaron una inmensa fortuna, vertieron su sangre, y al cabo de tanta gloria conseguida á costa de tales sufrimientos y desembolsos, solo anhelan esconderse y vivir ignorados.

Lo mismo exactamente hacen hoy los grandes patricios que admiramos en... El óptico se equivocó; los cristales llegaron imperfectos á nuestros ojos, y nada vimos. ¡Qué desgracia para los que somos miopes y para esos grandes hombres á quiénes no podemos elogiar!

¡El mal seguirá medrando,
el bien, de la patria huyendo,
los más, callando, callando,
¡y los ménos, viendo, viendo!...

CAPÍTULO XXXVII.

La hermosa Alboraya.—Despedida.—Al Saucejo.—Alí y sus dos prometidas.

A la mañana siguiente todos los habitantes de Sevilla comentaban el acontecimiento que habia tenido lugar la noche anterior en el real alcázar. Los grandes, caballeros, nobles y el pueblo referian con orgullo que la esposa de Pedro el Temerario era la primer heroína conocida hasta entonces. El valor de esta incomparable mujer, su destreza, talento y genio entusiasmó nuevamente á aquellas masas, las cuales recorrian la capital cantando himnos, aplaudiendo y victoreando á la Heroína Zegrí. El amor y fidelidad de doña Blanca para con su esposo formaban otra nueva causa que obligaba á los sevillanos á elogiarla más y á que citar su preclaro nombre con un respeto y admiración muy propios de la hidalguía castellana.

Este acontecimiento dió lugar á que se alzasen nuevos arcos, y á que en todos ellos figurase en primer término el nombre de la esposa del Temerario. Al tercer dia de fiesta y regocijo era mayor que nunca el júbilo de los habitantes de la metrópoli. Solos D. Lope de Haro y sus doce restantes compañeros se creyeron humillados y extraordinaria-

mente abatidos, al saber que en el torneo de Sevilla y en la Plaza Mayor de Ecija fueron vencidos y aniquilados por una mujer tan bella, como audaz y entendida. En su despecho no comprendian que fué el heroismo de la Zegrí, y no la débil mano de la mujer el que los venció en todas partes; otros hombres ménos malvados y más pensadores se hubieran alegrado ver en el caudillo contrario una encantadora belidad, ante la que tuvieron que prosternarse; mas para esta clase de séres solo existía loca ambicion, necio orgullo, insensatez sin igual y una torpeza tan grande como sus crímenes. Era, sin embargo, tan fatal la posicion é impotencia á que se veian condenados, que su enojo de ahora no tuvo otra consecuencia que la de obligarles á inclinar las frentes y á esconderse en el rincon del hogar doméstico, avergonzados, pesarosos y entregados por completo al más cruel remordimiento: ¡terrible castigo que continuaban recibiendo por sus inauditos hechos!

Lara y su bellissima esposa dejaron el lecho, y se cubrieron con preciosos trajes de seda que realzaban más y más la arrogante y varonil figura del caballero y los encantos de la incomparable dama. Sus despejadas frentes solo demostraban bondad; sus labios alegría, y sus rostros ese placer íntimo, profundo, que se siente en el corazon, en todo nuestro ser, y sale á la faz radiante y tan marcado que no admite disimulo.

—Esposa mia— exclamó el Temerario estrechando una mano de Blanca.—concluyó nuestra larga y última separacion; ni el primer trono de la tierra, ni la muerte amenazadora me obligarian á dejarte otra vez. ¡Tuyo desde este momento hasta la eternidad! Mis ojos cesarán de verte cuando se cierren sin vida y para no volverse á abrir. No quiero más glorias, batallas, ni aplausos: desde que tenía doce años hasta hoy que paso de los veintinueve, no he hecho otra cosa que guerrear, combatir por mi patria y elevarla. Mi piel tiene cincuenta agujeros; bastan ya; desde hoy solo me ocuparé

de la herida que tú, hermosísima Blanca, hicistes en mi corazon; herida, esposa mia, por la cual sale un raudal de amor, de loco frenesí. ¡Cuánto he sufrido!... Ingrata, tan cerca de mí, y no dejarme siquiera oír ese acento que imita al de los ángeles; ¡tu voz dulce, argentina, embriagadora! ¡Pedro! ¡esa sola frase hubiera bastado para hacerme feliz!

La Heroína miró á su esposo despidiendo sus ojos chispeantes ráfagas del fuego en que aquel se abrasaba; le echó los brazos al cuello y con voz que conmovió hasta las fibras del corazon del conde, le contestó:

—¡Ingrata me llamas! Ingrata, á la que te ha salvado la vida dos veces; á la que velaba mientras tú dormias; á la que vertia un mar de lágrimas cuando tú caminabas al patíbulo con la arrogancia del héroe, con el valor del temerario, con la abnegacion del mártir!... Miento, esposo mio; no fué tu existencia lo que salvé, era la mia; no velaba por tí, fué por mí; porque teniendo tú mi vida, alma y corazon, al pe-
recer Pedro de Lara acababa mi existencia. Con la diestra empuñe por desgracia mia una espada mortifera, y en la izquierda oprimia de dia y de noche un agudo puñal que esperaba solo la noticia de tu muerte para atravesar mi pecho. Dios que tanto nos ama defendió nuestras vidas y quiso que en tranquila paz anduviésemos lo que nos resta de existencia. Pedro, amor mio, no hablemos más del pasado; pensemos únicamente encerrarnos en nuestro castillo del Saucejo y de dicha en dicha, correr por nuestros estados formando un sólo sér, con una voluntad. Tú como hombre has hecho más que todos los caudillos juntos de este país; yo como mujer te he ayudado y ambos hemos combatido siempre por otro. No quiero más luchas, que me duelen los ojos de tanto llorar, el corazon de sufrir y el alma de padecer. ¿Oyes esos aplausos que nos da la multitud? pues no son un obsequio, no; los hemos comprado muy caros; cada palmada te cuesta á tí una gota de sangre y á mí una lágrima!... ¡Basta pues de amarguras, y si no nos elogian, me-

que te hace digno de todo nuestro afecto. Alí, quiero tu suerte, desearia que fueses feliz como yo lo soy; y como no basta para ello con riquezas, títulos y honores, preciso será que nos ocupemos de aquello que pueda ayudar á tu dicha.

—Mi felicidad reside cerca de vosotros, mi desgracia lejos; tenedme al lado y seré dichoso, despedidme y me vereis desgraciado.

—Bien, pero puedes permanecer junto á nosotros teniendo una compañera á quien ames y de quien seas correspondido. En una palabra, mi buen Alí, me ha enterado el conde de que adoras á Beatriz de Calatrava, jóven agraciada, vanidosa, pobre y á la que no gusta el color de tu piel.

—Mi señor te dijo la verdad.

—Conozco á esa dama y no es digna de tí, africano; vale el caballero, el poderoso Alí infinitamente más que ella. ¿Qué has hallado en esa mujer para enamorarte? ¿Crees por ventura que áun cuando llegase á amarte serias dichoso al lado de un sér que le falta talento, educacion y le sobran tanta vanidad, orgullo é insensatez? Alí, los condes de Lara conseguirán imposibles para tí, pero temen que por atender á un capricho, á una pasion abrigada sin estudiar el objeto que la inspiró, hagan tu desgracia, guiados por el mejor desco. Olvida, amigo mio, los desdenes de esa mujer; piensa en su hermosura; en las cualidades que acompañan á esta; cura las heridas que causó en tu amor propio, y si todavía insistes en ofrecerla tu mano se casará contigo.

El negro inclinó su cabeza, se contrajo su semblante y meditó. Dos lágrimas asomaron á sus ojos, cruzaron su rostro y rodaron hasta el suelo. Luego alzó la frente y como arrojando de sí un peso que le atormentaba, contestó con resolucion:

—Tienes razon, señora; desde hoy en adelante solo desprecio tendré para esa ingrata.

—No, Alí; la cuestion es muy grave y debe tratarse con más aplomo y reflexion. En llegando al Saucejo hablaremos

con Beatriz mi esposo y yo, la estudiaremos mejor y si nos hubiésemos equivocado, te unirás á ella. Entre tanto, tratemos de otra, pues bueno es que compares, y ya que tan rico te vamos á hacer, que tanto te has elevado, y siendo así que existen tantas mujeres, elige negro, elige, que tuya será aquella que encuentres mejor.

—Sí, sultana, hablemos de otras.

—¿Recuerdas á la hermosa Alboraya, hija de Alahor Abencerraje?

—Sí; tu doncella y amiga convertida á la religion católica y de cuyo bautismo fuisteis vosotros padrinos, llamándose desde entonces Elena de Lara.

—¿No te parece más bella que Beatriz?

—Sí.

—Pues si la hubieras tratado más, si conocieses su talento, la nobleza de su alma y pudieras apreciar el mérito de su conjunto no hallarias punto de comparacion entre la hija de Calatrava y Alboraya. No obstante su debilidad femenil, lo impresionable que es y la ternura que abriga su alma, se vistió de paje, me siguió á la guerra y ha partido conmigo penas y sinsabores. Repara luego en ella y verás cuán hermosa ha regresado; ni el sol, el aire, las fatigas, ni el insomnio curtieron ni afearon su bella epidermis. Ha vuelto más esbelta, más encantadora que fué.

—Elena es efectivamente una granadina que llama la atencion por sus encantos, finos modales y elegancia.

—¿Y cuán desgraciada es!

—¿Qué dices, señora?

—Que ama á un hombre el cual no se ha dignado fijar en ella la atencion.

—Extraño es; que la niña merece un príncipe. ¿Cómo se llama el doncel?

—Alí.

—¿Doña Blanca!... Será posible!... ¡Me parece un sueño!... ¡Alboraya me ama y yo no me atreví á fijarme en

ella por temor de ofenderla!... Beatriz á su lado podia honrarse sirviéndola de esclava.

La condesa oprimió un timbre, apareciendo poco despues una bellísima jóven, de unos veinte años de edad, la cual preguntó:

—¿Qué quieres, Blanca?

—Acércate, Elena; mi pobre Alí me hablaba ahora de tí, haciendo justicia á las dotes que la Providencia, pródiga siempre con sus hijos, se dignó concederte. Está triste, porque ama y no sabe si es correspondido: su lealtad, valor y nobleza merecen de tu parte un sacrificio; en mi obsequio, hija mia, habla con él y si te fuera dable aminora sus penas, que ya es caballero y puede estar á tu lado.

La Heroína Zegrí miró á los jóvenes, sonrió con malicia y desapareció, yendo en busca de su esposo. Al partir quedaba Elena de color de carmin, sin accion ni movimiento.

El negro fué á hablarla y le faltó la voz; que es de audaces campeones no temer á los hombres, y temblar ante esos ángeles que el cielo deposita sobre la superficie del globo para hacer la dicha del que sabe y comprende el tesoro que encierra una beldad como Elena de Lara.

Doña Blanca halló al conde en la cámara de la reina hablando con SS. AA. Al verla, doña María la sentó á su lado, le cogió una mano y comenzó á mirarla con la ternura de una madre, pues sabido es lo mucho que la de Molina amó siempre á su ahijada, Fátima Zegrí cuando mora, y Blanca de Molina al bautizarse. Los cuatro conversaron sobre los acontecimientos que acababan de tener lugar, concluyendo por aprobar unánimes el plan sometido á la régia sancion por el pueblo de Sevilla. Este se reducía á que tuviese efecto una funcion en el mismo sitio que se construyó el palenque donde intentaron asesinar al rey.

La grandeza y la plebe deseaban solemnizar la victoria conseguida allí, con juegos de cañas, corridas de caballos y suertes hábiles, propias de la época.

En cuatro horas hicieron el circo, levantaron los palcos, adornaron estos y concluyeron los preparativos necesarios.

El rey, la reina y los condes de Lara se excedieron al ofrecer alhajas de gran valor para los premios de los campeones.

Pasó la mañana, comieron los cuatro, acompañados del príncipe Muza y de Abenamar Abencerraje, y seguidamente marcharon al palenque entre la grandeza de Sevilla y de Osuna. El pueblo les esperaba formando calle desde el alcázar hasta el sitio de la lidia, y aún cuando victoreó bastante á los monarcas y á Pedro, la mayor parte de sus aplausos fueron dirigidos á la Heroína Zegrí. El entusiasmo que demostró al ver la hermosa faz de la amazona rayaba en delirio, promoviéndose acaloradas disputas por defender, unos que era más valiente que bella y otros lo contrario.

Coronas, ramos y flores caían á sus piés sin cuento, rivalizando en hacer tales obsequios los nobles, las damas y el pueblo. El partido favorable á los condes de Lara lo componían ahora cuantos residían en Sevilla; el contrario, trece traidores que debían vida y libertad al Temerario, únicos que permanecían encerrados por miedo de que les echasen en cara haber sido vencidos por una mujer, no comprendiendo la imposibilidad de hallar un hombre capaz de sobreponerse á la Heroína Zegrí.

A las cuatro en punto dieron principio los juegos, durando hasta las siete. Llego el momento de entregar los premios, y al alzarse las celadas los combatientes se oyó un aplauso general, hijo de la alegría que experimentó el pueblo al reconocer á los dos héroes de aquella función, y entre los cuales quedaron la mayor parte de los regalos. El primero fué Ali y el segundo Lázaro Rueda, señor de Márcia. Un negro y un blanco que contaba más de cincuenta años, sobrepujaron en destreza, habilidad y denuedo á los doscientos caballeros que habían tenido por competidores. Ambos se presentaron ostendiendo el escudo de armas de Lara y parte de

la arrogancia que demostraba en las lides el poderoso maestro y señor á quien seguian.

El rey aplaudia como su pueblo, exclamando con júbilo:

—El negro y ese viejo pueden llevar sobre su pecho vuestras armas, conde de Lara!— Bien imitan á su señor.

La reina y doña Blanca entregaron los premios á los dos vencedores y siguiendo estos la costumbre de depositarlos en las damas de sus pensamientos, se acercaron ambos á la Heroína Zegrí, inclinaron una rodilla y exclamaron:

—Reina de la hermosura y del heroísmo, acepta este presente debido á una destreza que triunfó, porque ni tú ni tu esposo tomasteis parte en la lidia.

Otro aplauso se oyó dirigido á los que, prescindiendo de las damas á quienes amaban ofrecian á la Heroína tan honroso regalo.

El conde que estaba al lado de su esposa, la dijo:

—Dos son á obsequiarte; más vale así, pues de uno solo pudiera tener celos.

—¡Celos el conde de Lara!... ¡Celos mi esposo!... ¿Y quién podría inspirártelos?

—Nadie, Blanca mia. Sobre mí esta tu virtud, tu dignidad y sobre estas Dios á quien amas más que á mí y que al resto de los hombres.

Concluido el torneo regresaron á palacio siendo por el camino tan victoreados como anteriormente.

Ya en el alcázar y en torno de ellos toda la nobleza sevillana, aprovecharon los condes de Lara esta ocasion para despedirse de los reyes y de cuantos grandes, caballeros y damas estaban presentes. Esta escena, que duró mas de una hora, hizo derramar abundantes lágrimas, siendo D. Sancho y doña María Alfonsa de Molina los que más vertieron.

Protestas, juramentos, tiernos abrazos, apretones de manos y ofrecimientos íntimos, cerraron el cuadro, y cuando se hubieron agotado las palabras, dieron principio los suspiros, partiendo en aquel momento los condes, Alí, Márcia,

el príncipe Muza, los jefes de tribu y los caballeros moros y cristianos que formaban las escoltas de los ya citados, y de los grandes de Osuna que tambien acompañaban á aquellos.

Eran más de quinientos y todos tristes y cabizbajos se encaminaron al alcázar de Lara por entre las oleadas de una multitud incansable en aplaudir á los vencedores de la Plaza Mayor de Eciija, de Cuenca y de Tarifa.

La noche fué extendiendo sus negras sombras sobre la adornada ciudad de Sevilla y poco á poco se apagaron las luces, las voces de los cantantes y las melodías de las músicas, volviendo todo á su anterior estado normal.

Únicamente en el palacio del Temerario existia ese movimiento y animacion efecto de la mucha gente reunida, diferentes en idioma, usos y costumbres, pues la mayor parte eran musulmanes.

Lara dió la órden de partir al Saucejo antes de amanecer, evitando de este modo que salieran á despedirle é interrumpiesen su marcha con lágrimas, que entristecerian á su feliz esposa.

Despues se rodeó de los grandes, moros y cristianos, cenó con ellos, pasando en su compañía poco más de una hora. Y luego se retiró con su esposa buscando el descanso y la satisfaccion de encontrarse solo con ella y poderla hablar y contemplar detenidamente sin testigos. Durmieron no obstante lo indispensable, se vistió ella con traje de amazona, á él le pusieron una armadura y se dispusieron á marchar; pero antes bajaron al panteon, orando algun tiempo en el altar que existia en el mismo.

Acto continuo saludaron á su tio D. Juan, dejándole al frente del alcázar y se despidieron del viejo Rodrigo y de cuantos caballeros y vasallos quedaban en Sevilla para la custodia del palacio. Montaron inmediatamente á caballo y henchidos sus corazones de júbilo se dirigieron al Saucejo.

Marchaban delante Lara, la Heroína, Muza y Abenamar con los grandes de Osuna; en pos Alí y Márcia. Por una de-





J. VALLEJO dib. y lit.

Lit. de J. DONON Malru

— Pronto mis montañeses saldrán de entre esas breñas.

ferencia del conde seguían á estos los zegríes; continuaban las damas, pajes y esclavos que acompañaron á la guerra á doña Blanca, los servidores de Pedro, y concluían mezclados y confundidos los abencerrajes, alabeses, almoraides, vanegas, y los cien caballeros que trajo el Temerario de Tarifa.

De este modo se pusieron en marcha hácia el castillo feudal del conde, alegres todos, satisfechos y ostentando la aureola de gloria que acababan de conquistar.

Distaban de Osuna catorce leguas y habiendo salido á las tres y media de la madrugada quería el Temerario llegar á su castillo antes de la noche, lo que no era difícil toda vez que no iba allí persona que dejase de estar acostumbrada á mayores fatigas.

En Mairena se detuvieron á almorzar y en Márcia comieron dando más de una hora de descanso á los caballos.

Por fin distinguieron los montes del Saucejo y poco después vieron las torres de la feudal fortaleza. Lara miró á su esposa cambiando con ella una mirada placentera. Sus corazones latieron con violencia, se ensancharon sus espíritus, exclamando Pedro con alegría:

—Pronto mis montañeses saldrán de entre esas breñas.

Y no se equivocó; apenas comenzaron los caballos á trepar por el escabroso camino, tocó la campana del castillo y se fueron llenando las alturas de montañeses, selvícolas, caballeros y criados.

El día antes habían llegado los que componían el ejército que quedó en Tarifa y en estos momentos salían á recibir á su señor.

Los grandes de Osuna y los de la comitiva que llevaban se despidieron allí, comprometiéndose el conde ir á la ciudad el domingo próximo para celebrar en ella las victorias conseguidas.

Los restantes moros y cristianos continuaron en dirección al castillo sin otras interrupciones que las indispensables,

motivadas por las cuestas, vueltas y descensos que se veían obligados á subir y bajar por entre aquellos riscos, porque caminaban ahora.

Cerca de anohecido penetraron en la fortaleza, en la que habia sobradas habitaciones para todos.

El príncipe Muza y los suyos demostraron al conde su deseo de partir á Granada al siguiente dia, á lo cual este no se opuso en vista de la imperiosa necesidad que tenían de regresar cerca de Mahomad II.

Cenaron pues, y descansaron de la fatiga del dia. La Heroína Zegrí y su esposo respiraban por fin las brisas perfumadas con las matas odoríferas de aquellos montes, por los que tanto suspiraron durante la larga separacion que se vieron obligados á tener. Cuando los dos se hallaron solos, se cogieron de las manos y unidos á la vez corazones, almas y pensamientos entraron en la capilla del castillo, cayeron de rodillas y prosternados ante Dios, le dieron las gracias, bañando el llanto sus semblantes. Terminado el ascético rezo buscaron el lecho, y en él el tranquilo sueño, propicio siempre á los séres, cuya conciencia no molesta con sus punzantes recuerdos.

A la mañana siguiente se levantaron demostrando sus bondadosos rostros la apacible calma que reinaba en sus almas. Satisfechos, alegres y placenteros mandaron á decir al príncipe Muza y á Abenamar Abencerraje, los cuales aguardaban el momento de ser recibidos, que podían pasar cuando gustasen. Los granadinos penetraron en la estancia de los condes, saludaron á estos, diciéndoles el hermano de Mahomad II:

—Tendremos á dicha almorzar con vosotros y el sentimiento de partir al levantarnos de la mesa; mi hermano lo quiere así y es indispensable obedecerle, pues de lo contrario pasaríamos con mucho gusto á vuestro lado lo que resta de la presente egira.

El conde los estrechó con cariño, contestándoles:

—Amigos míos, sería completa mi felicidad si os pudiera tener en mi casa el resto de la vida. Partid cuando gustéis, que es justa vuestra demanda, y á seros posible, honrad amenudo este castillo donde la amistad tiene un templo y vosotros os sentais en su altar. Tanto os debo, que cuanto poseo sería poco á pagaros; pero entiendo que vuestros hechos cerca de mi idolatrada esposa no tienen precio. En este momento entrega mi servidumbre á las vuestras, ricos presentes que nada pagan, pero que recuerdan que vuestro amigo Lara os estima y os espera siempre con los brazos abiertos. Algo va tambien para vuestro hermano el rey, nada vale, mas le acompaña la seguridad de que mi espada no se desnudará nunca para el monarca á quien obsequio en esta ocasion, y esto es algo.

—Conde, nada debe el que da su amistad; mas la seguridad de que nunca has de ser enemigo del rey de Granada, es estimada por nosotros como la posesion de nuestros estados; pues tal seguridad nos los garantiza. Los tres nos juramos cariño eterno; al servir uno á otros lo hace á sí propio y gozará al verificarlo, que somos nobles, y en el cumplimiento de un sagrado deber no hay sacrificio, no existen molestias. Cruzábamos nosotros los campos, los montes, los ejércitos; nuestros caballos parecian águilas, nuestras espadas terribles guadañas, y creíamos que era solo un paseo militar la carrera, y un sueño los cadáveres y la sangre que dejábamos en pos. El duro lecho, la escasez de alimentos, y hasta la falta de agua, nos hacia sonreir. Defendíamos á un ángel; este era el corazon de Lara, y en tí residian nuestra esperanza, cariño y amistad. Por la vida de la Heroína, por la tuya, por la honra de los dos hubiéramos dado las nuestras, las de nuestros vasallos; el universo entero, á ser de nosotros y exigirnoslo la suerte. En el paraíso nos hubiera recompensado Alá una accion que nada tenía de extraña, por más que gente ruin la llame sacrificio.

—¡Qué alma tan generosa y grande!

—Acaso se proponga únicamente imitar á la tuya.

—Ven á mis brazos, príncipe; llega, Abenamar. ¡Qué consuelo recibo estrechando séres tan privilegiados! ¡Abrazalos, Heroína Zegrí, que la honra no mancha nunca al honor!

—No puedo, esposo mio, que juré no estrechar á nadie mas que á tí; y una mujer debe cumplir su palabra como cualquier hombre. Les debo tanto como tú; les regalaria mi hacienda y cuanto tengo; pero si alguno tocase mis brazos, le segaria la garganta.

—Dice bien, que basta mirarla para comprender que nos quiere como tú.

—No faltes, esposa mia, á lo que hayas jurado; yo los abrazaré por tí.

Y formando un grupo tierno, interesante, partieron al comedor, donde almorzaron como cuatro hermanos, saboreando como manjar más exquisito el mútuo cariño que se tenían y demostraban.

A pesar de su categoría, títulos y honores, sirvieron á la mesa los caballeros Márcia y Alí, viéndose recompensados por tal amabilidad con algunos epigramas de la Heroína y bromas del conde, dirigidas, muy particularmente, contra el grave y mesurado Lázaro Rueda, el cual sacó además manchado é inútil su precioso traje de seda con la sustancia que contenian los platos que solia torcer amenudo doña Blanca, cuando los iba á retirar.

Concluyó el almuerzo, volvieron á abrazarse, y se dispusieron á marchar todos los musulmanes. Lara entonces, bajó á los patios donde se hallaban los zegríes, y los fué estrechando uno por uno, en tanto que cien de sus caballeros les daban alhajas y oro en cantidades grandes. Luego se despidió tambien de los abencerrajes, alabeses, almoradies y vanegas; mandó formar á todos sus vasallos, pasando por medio los musulmanes, despues de estrecharse por última vez el conde, Muza y Abenamar. Aquel permaneció sobre los muros de

su castillo hasta que perdió de vista los mantos blancos y los turbantes granadinos. La Heroína hizo también una tierna despedida á los árabes, saludando y elogiando uno tras otro á los zegríes, los que besaban la túnica de doña Blanca, llorando y con indecible pena; el genio de la hija de su jefe, los atraía y conducía de tal manera, que hubieran ido con ella al fin del mundo. Esta poderosa tribu era la más valiente, sóbria y audaz; connaturalizados sus individuos con la guerra, solo hallaban goce luchando y venciendo; y en pos de la Heroína consiguieron la gloria á que podía aspirar el más valiente. Marcharon tristes y pesados, animándoles solo la esperanza de que la Zegrí podría necesitarlos y volverlos á llamar.

Pedro y su esposa se dirigieron á una de las principales estancias de la fortaleza, y se sentaron, preguntando el primero.

—¿Te parece, Blanca mía, que nos ocupemos de nuestro leal Alí?

—Sí, contestó ella—ese noble africano todo lo merece. Haz cuanto puedas en su obsequio, y en breve veremos quién ha conseguido más de ambos; porque yo también me he ocupado de él.

—¿Te marchas?

—Sí.

—¿Dónde vas?

—Supongo que intentas hablar con el tío y la sobrina.

—Ciertamente.

—Pues entre tanto me ocuparé en preparar otra escena aún más tierna é interesante que la que tú promoverás aquí.

—¿Nada más me dices?

—No.

—Adios, ingrata Heroína.

—Adios, leal vencedor de Albarracín.

—¿Te refirieron la escena?

- Poco despues de haber terminado.
- Era una desgraciada viuda...
- Una víbora que espantó el noble leon con su poderoso aliento.
- ¡Vale tanto la huri!...
- Es tan caballero el doncel!...
- Todo lo merece ella.
- ¡Buena leccion le distes á la enlutada!
- ¿No tuvistes ocasion de imitarme?
- Felizmente, no; que de intentar alguno manchar tu honra, le hubiera costado la vida.
- Manos torneadas y pequeñas tienes, pero tan ligeras y hábiles que se atreven á segar gargantas.
- ¿Nos ocupamos de Ali?
- Adios.
- Adios.

El enamorado conde, ignorando la escena que tuvo lugar entre Ali y su esposa, hizo comparecer ante su presencia á D. Lope y á doña Beatriz de Calatrava. Ni el tio ni la sobrina habian visto aún á los dueños del castillo que habitaban ahora; así es que al presentarse, comenzaron por darle la enhorabuena y elogiar sus gloriosos hechos de armas.

Lara les hizo sentar á su lado, y en la persuasion de que estaban bien preparados, segun le indicó Macías, les dijo, cuando terminaron los cumplimientos:

—No obstante mi derecho de vasallaje, siento haberos violentado al rogaros que pasaseis á mi castillo, donde no dudo que os habrán servido como á su dueño.

—Así es la verdad, gran señor—contestó el tio.—Lejos de haber sufrido violencia nos juzgamos dichosos y honrados al obedecer sumisos vuestro mandato.

—Gracias, caballero. Supe que por causa de esta dama murió un hidalgo de Osuna, y aun cuando está bien muerto, soy el justicia mayor de Castilla, el señor de dicha ciudad, y necesariamente debo velar por la tranquilidad y sosiego.

Calló Pedro y miró á los otros, los que, con el rostro de color de carmin, inclinaron las frentes, sin hallar nada que responder. El conde continuó:

—Ahora bien; tengo entendido que uno de mis caballeros ama á vuestra sobrina; lo creo digno de ella, pues es tan rico como yo, su alma abriga una nobleza que pocas la igualan, lo estima el rey y lo protege el conde de Lara. Si doña Beatriz corresponde á su amor se unirán pasado mañana, habitarán este castillo y comerán á mi mesa. Yo os ruego que seais francos; sé que el color de Ali podrá no agradar á la vista; en cambio, su corazon no tiene rival y al casarse llevará una fortuna y será mi segundo en el castillo y al frente de mis vasallos.

Tio y sobrina se miraron, y no contestando nada ella, se apresuró á replicar D. Lope:

—Alí, señor conde, es valiente, noble y todos le respetan; posee una fortuna que unida á vuestra proteccion lo hacen digno de aspirar á la mano de una dama más poderosa que mi sobrina. Yo no hallo inconveniente... si ella le ama...

—Yo—contestó la niña, con algo de desden y ese amaramiento que de tan sabido creemos inútil describirlo—yo no sé si con el tiempo podré amarle. ¡Es tan negro!...

—Como todos los de su país—añadió el conde con algo de enojo.—Nadie os obliga, Beatriz; le habeis tratado, conoceis sus hechos y debeis saber si merece ó no vuestro amor.

—¡Hoy no, pero más adelante, quién sabe!...

En este momento se oyó una carcajada burlona y hasta sarcástica, lanzada por la condesa á muy pocos pasos de allí. Los tres dirigieron su vista á la puerta de la estancia, pero nada vieron. El conde continuó:

—Eso no es decir nada, hija mia; de vuestras palabras se puede deducir, aunque no de un modo positivo, que jamás llegareis á amar al caballero Ali; y en la duda, opto por terminar esta escena dejándoos en libertad de que os

caseis con otro, pues no entró jamás en mis cálculos sacrificar á una dama.

—Eso ya es llevar las cosas á un extremo... ¡yo no digo!... Aunque negro es guapo, muy valiente, todos le elogian, y andando el tiempo...

Al concluir doña Beatriz, se oyó una voz dulce, sonora, que preguntó:

—Esposo mio, ¿me das tu permiso para entrar?

Los tres se levantaron, Lara exclamó:

—Blanca, amor mio, ¿qué te detiene? ¡Aun cuando estuviese acompañado de todos los monarcas del mundo! llega; ¡qué me importa el universe entero comparado contigo!

—Es que vengo acompañado de una hermosísima dama.

—No será tanto como tú; si bien la juzgo muy bella puesto que tú la elogias.

—Me sigue tambien el caballero más gentil y valiente de Castilla y de Leon, exceptuando el conde de Lara.

—El valor y gentileza de ambos unidos quisieran parecerse á tu heroismo. Llegad los tres, que el anuncio de un ángel solo ventura podrá traer á mi casa.

Blanca penetró por fin llevando cogida de la mano derecha á la hermosa Elena, y con la izquierda al arrogante Alí. Pedro miró á los tres y exclamó:

—Bella es efectivamente la dama, y lo sería más si no estuviese tan cerca de tí. El caballero vale mucho tambien que áun cuando negro su color, superan su frente y corazon á todos los blancos que conozco. Acercaos hijos; ¿qué queréis? la una es amiga y compañera de mi esposa, el otro lo es mio; si pedís gracia tenerla por concedida, que todo es poco para lo que tanto quiero.

El tio y la sobrina saludaron á la condesa cuando entró; pero esta les contestó con un desdeñoso movimiento de cabeza que les hizo palidecer; luego soltó las manos de sus protegidos, cayeron ambos de rodillas á los piés del conde, exclamando aquella:

—Esposo, el sacerdote aguarda en la capilla del castillo; echa tu bendición á nuestros amados protegidos y partamos con ellos al templo, pues antes de media hora deberán estar enlazados. Son dignos el uno del otro; tú lo has hecho rico á él, yo á ella; si el primero es negro, la segunda no miró el color de su piel, sino la grandeza de su alma, su talento; el tesoro de fuego y amor que Dios depositó en su ardiente corazón.

Sorprendido el Temerario, retrocedió dos pasos, miró á los amantes y preguntó á su esposa:

—¿Se quieren ellos?

—¡Se aman con delirio! Los traigo casados desde Sevilla. Há mucho tiempo que mi hermosa Elena, que tiene gran talento, suspiraba en silencio por él, pero no con tal disimulo que yo dejase de comprenderlo. Mi pobre Ali lo ignoraba, y como la dama vale tanto y él es tan modesto, no se atrevió á dirigirle una mirada por temor de ofenderla; pero yo le descubrí el secreto, y por fortuna suya y nuestra, puesto que anhelamos su dicha, le alargué la mano y lo saqué del limbo, donde solo residen inocentes, para trasladarlo á un eden en el cual este ángel lo hará dichoso. Échales la bendición, Pedro, que estará cansada mi querida Elena.

—¡Hijos!...

Exclamó el conde; los bendijo y los estrechó contra su pecho, añadiendo:

—¡Dios os haga tan felices como á mí!

—¡Y como á mí!

—¡Qué talento tienes, Blanca!

—¡Qué bueno eres, Pedro! mas no me elogies delante de esos señores, pues supondrán que me adulas.

—¿Dices que el sacerdote espera?

—Hace tiempo.

—¿Serás tú la madrina?

—Y tú el padrino.

—¡Oh, con mucho placer!

El conde miró á los novios y notó efectivamente que ambos se amaban; y que Elena era infinitamente más bella que Beatriz. Satisfecho de su reconocimiento, se volvió al tío y la sobrina, diciéndoles:

—Mi amigo Ali, por una equivocacion sin duda, dirigió frases amorosas á vuestra sobrina, señor Calatrava; pero nunca pensó unirse á ella, segun veo, toda vez que podia aspirar á la mano de una gran señora, como lo es doña Elena de Lara; mas siendo él tan rico y generoso, basta que haya puesto sus ojos una vez en Beatriz, áun cuando fuese por equivocacion, para que la dote en cuatro mil ducados. Salid de mi castillo, que mañana os llevarán el dinero.

—Señor, es demasiado...

—Aceptad, Calatrava; notad que una dama pobre y tan vanidosa, como vuestra sobrina, sin ese regalo no se casará nunca.

Los condes cogieron de la mano á sus ahijados; hicieron una cortesía al tío y á la sobrina y se dirigieron á la capilla, en tanto que estos bajaron la cabeza y comprendiendo entonces la torpeza á que dieron lugar los desdenes de Beatriz, partieron de la fortaleza, suspirando amargamente por la indisputable dicha que los necios dejaron escapar.

Alí se unió á Elena seguidamente, recibiendo los abrazos y parabienes de cuantos caballeros y jefes se hallaban en el castillo. El acto se celebró con la mayor pompa, permaneciendo en la capilla hasta el momento de marchar á la mesa, en la cual les aguardaba un espléndido banquete. Al llegar al comedor estrechó Lara al recién casado, diciéndole:

—Bien ha recompensado la condesa tu ingrata conducta para conmigo durante la guerra, dichoso africano; pues te ha dado por esposa á la granadina mas bella y entendida de la primer tribu musulmana.

—Todo se lo debo á su talento, amo mio...

—Me llamo Pedro, Alí; deja ya ese tono y ocupa tu posicion.

—Todo se lo debo, amo mio, á su talento y afecto; todo te lo debo, señor, puesto que ambos sois un mismo sér; por eso Ali, áun sentado en un trono no dejará de llamarte amo y señor, y á tu esposa lo mismo; y te he de vestir y desnudar, y cuanto tú quieras; que el necio orgullo no tiene cabida en mi pecho.

—¿Se lo has dicho á tu esposa?

—¡Quién lo duda!

—¿Y qué contestó?

—Que se alegraba, pues ella queria seguir tambien vistiendo y desnudando á la condesa.

—Márcia, y tú ¿no añades nada?

—Hijo mio, voy envejeciendo ya, y como nadie podrá quitarme el haber sido tu maestro y haberte enseñado cuanto sabes, por cuya razon me debes cuanto eres, dejo á Ali que me reemplace; y quiere decir, que continuare entreteníendome en recibir los platos y bofetones con que me obsequia amenudo tu señora. Bien se conoce que yo no la eduqué!

—Por eso sin duda es más hábil y valiente que los dos.

—No lo creas; es tan atrevida porque tiene tu aliento, que es el mio; el que te di cuando á los doce años de edad te llevaba al campo de batalla y en medio del enemigo te enseñaba á vencer.

—No se puede negar que eres valiente y que fuistes mi maestro; pero tan pedante, Márcia, que todos mis caballeros se están riendo de tí.

—Déjalos; cuentan pocos años, y la juventud, efecto de su insensatez, llama chochees á la verdad. Cuando tengan mi experiencia y mis años, entonces pensarán como yo.

El banquete que se daba en aquel momento en honor de los recién casados, estuvo animado, reinando en él alegría, expansion y una confianza ilimitada. Por la noche vinieron músicos de Osuna, varios convidados en damas y caballeros, para asistir al baile con el cual quiso el conde que se acabase de celebrar la boda de Ali. Este, dichoso y feliz

cual nunca miraba á su esposa con acendrado amor y se preguntaba á sí mismo si llegaría á quererla tanto como á sus amos.

También aquella fiesta dió fin, los convidados se fueron retirando, los desposados buscaron el lecho, y el castillo volvió á su anterior calma y tranquilidad.

Todos los caballeros y vasallos del conde que contraían matrimonio, llevaban sus esposas á la morada del generoso señor; resultando de esto que tenía Lara en su casa más de cuarenta desposados, entre los cuales reinaba una paz octaviana. Márcia era el ménos feliz de los casados que existían allí, pues se unió con una mora díscola, aún cuando bella, que si bien se hizo cristiana, amenazaba continuamente á su marido con que iba á renegar, sabiendo que era lo que más le exasperaba. No obstante, la Heroína solía reprenderla, y aunque no por mucho tiempo, se enmendaba dejando de cuestionar con Lázaro.

La virtud y ejemplo de los amos hacia que los demás les imitasen, y bien puede decirse que aquella fortaleza era un modelo de honradez donde imperaba el cariño lo mismo en los casados que entre los que se hallaban solteros.

CAPÍTULO XXXVIII.

D. Manrique de Lara y Mahomad Zegri. Conclusión.

Los condes de Lara asistieron con todos sus vasallos y servidumbre á la gran fiesta que en albricias de las victorias conseguidas, celebró la grandeza, nobles y pueblo de Osuna. Allí fueron tan obsequiados y aplaudidos como en Sevilla, fijando en la Plaza Mayor dos estátuas que representaban á los esposos, ostentando el genio de la gloria; detrás de estas figuras estaba la de Ali enseñando el emblema de la lealtad y el del valor.

Al terminarse la función y cuando se hallaban Pedro y la Heroína cenando en su palacio de Osuna, con ánimo de volverse al siguiente dia al Saucejo, entraron cuarenta musulmanes y en pos D. Manrique de Lara, Mahomad Zegri y todos los individuos que les acompañaron á Jerusalem. Los ancianos anegados en llanto estrecharon á sus hijos sin poder expresar al pronto frase alguna, embargados por un placer el más grato que sintieron nunca. Luego oyeron la historia de los acontecimientos que acababan de tener lugar, vertieron nuevas lágrimas, rieron despues, y por último bendigieron á Dios, que bondadoso les devolvía á aquellos pedazos de su corazon.

Lara y Blanca abrazados á sus padres pasaron cuatro horas felicísimas. A la mañana siguiente regresaron todos al Saucejo.

Nueve meses despues dió á luz la Heroína un hermoso niño que era un vivo retrato del conde. La alegría que este acontecimiento produjo en los padres, en los abuelos y en todos los individuos de la fortaleza, fue indecible. Los montañeses se excedieron en fiestas y regocijo al saludar por primera vez á su infantil señor; Alí, que era muy dichoso con Elena, compuso varias estrofas que cantó acompañado de caballeros y damas, y Márcia perdonó á su esposa jurándole no volver á cuestionar con ella en gracia al recién nacido, al que llamaba su nieto.

El africano tambien tuvo hijos que si no fueron blancos tampoco puede decirse que eran mulatos, pues sacaron un moreno subido, gracioso y agradable. Elena lo amaba cada dia más y él llegó á ser tan feliz como el conde.

Amos y criados, ancianos y jóvenes, varones y hembras disfrutaban en el castillo de esa calma apacible que deja entrar amenudo al placer y que es la única felidá á que se puede aspirar en este valle de lágrimas.

El admirable ejemplo de tolerancia, mansedumbre, amor á Dios y respeto á la ancianidad y á todo lo sagrado, de los condes de Lara, fueron imitados por sus vasallos y la gracia del Eterno se vió constantemente entre aquella gran familia, donde sin rebajarse gerarquías ni faltar el inferior al superior, ni el menor al mayor, se miraban como hermanos y de este modo vivian contentos, siendo aquella inmensa fortaleza un gran pueblo donde nada escaseaba de cuanto pudiera apetecer el deseo que no traspasa los límites de lo justo y razonable.

Lara gobernaba sus estados como un rey más bondadoso que justiciero, más espléndido que bondadoso. Todo cuanto tenía era de sus vasallos; no reconocia clase ante la ley y sumiso á los fallos del consejo de ancianos, sometía sus pro-

pías acciones al juicio de aquellos severos magistrados en quienes depositó su poder. Le llevaban á firmar una sentencia y si la pena le parecia dura ó excesiva, corria unido á su esposa en busca de los jueces y les rogaba con la mayor ternura rebajasen el castigo, pidiendo esta gracia con sumision y con el interés de un padre. Si los ancianos se negaban á atender su súplica entonces bajaba la cabeza y firmaba. Más de una vez, al verificar esto, dejó rodar dos lágrimas sobre el pergamino que rubricaba.

¡Pedro, gran señor—exclamaban al verlo los jueces— queda perdonado ese criminal! ¡Qué alma tan noble! ¡Oh! ¡todo lo que quieras ménos verte llorar!

D. Sancho IV y su esposa trasladaron la córte á Toledo con objeto de estar más en el centro de sus reinos. Vivió el rey diez años más sin ser molestado por extraños, y áun cuando entre los grandes todavía hubo algunas cuestiones, se corria la voz de que iban contra ellos el conde de Lara y la Heroína Zegrí y al momento se encerraban en sus castillos calmando sus enojos y ahogando la torpe ambicion que les agujoneaba.

D. Lope de Haro atentó nuevamente contra el monarca y fué muerto en union de sus doce compañeros en la cámara real por el tío de Lara, que cayó sobre ellos con D. Ricardo y los caballeros que aquel dejó en Sevilla.

El infante D. Juan siguió siempre conspirando hasta que murió pobre, desgraciado y maldito; sin conseguir otra cosa que demostrar su impotencia, cobardía y perversa índole.

Los malvados comienzan á recibir en este mundo el castigo que á su muerte se prolonga por una eternidad. Amad á Dios, imitad al conde de Lara, á la Heroína Zegrí y á sus vasallos, y los grandes y los chicos podreis ser una gran familia tan dichosa como la encerrada en el castillo feudal del Saucejo.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA.

CAPITULO PRIMERO.

	PAGINAS.
La edad media.—Sancho IV el Bravo.—El punto de vista más delicioso de Europa.—Los náufragos.—La muerte.—La mano de Dios.—La galizabra marroquí.—El liberto y su compañero.—Hambre, sed, tristeza, cansancio y congoja.—Sorpresa, juramento y temeridad.—Osuna.—El Saucejo.—Invocación.—Pen-samiento atrevido.—Los selvícolas y los montañeses.—Mágico silencio.—Pedro el Temerario.	5

CAPITULO II.

Preparativos.—El figonero.—Los habitantes de Osuna.—Sorpresa.—Asalto.—Lucha terrible.—Exterminio.—Victoria y perdon.	27
--	----

CAPITULO III.

La maga.—La rebelion.—A Sevilla.	44
--	----

CAPITULO IV.

El conde de Lara, Sancho IV y doña María Alfonso de Molina.—Sorpresa.—Misterio.	65
---	----

CAPITULO V.

Historia de Lara.	71
---------------------------	----

CAPITULO VI.

El incognito y los reyes de Castilla y de Leon.—Continúan los misterios.—Lara y su mayordomo — Escena muda.	89
---	----

CAPITULO VII.

Incendio.—Lara y los cortesanos de Sancho IV.—Contraste.	97
--	----

ÍNDICE

CAPITULO VIII.

- Ovacion.—Otro encubierto.—Nuevos misterios.—De Sevilla al monte.—La cueva.—Los bandidos.—Otra vez la maga, los zegríes y el de la cruz roja. 417

CAPITULO IX.

- Asalto.—Prision.—Pruebas de lo ofrecido por Ali.—Bandidos nobles y bandidos pecheros. 437

CAPITULO X.

- Sueño de Lara.—La hechicera, el hechizo y la verdad soñada.—Dudas, incredulidad. 454

CAPITULO XI.

- Relato de la batida.—Insultos hijos de la desesperacion.—Temeridad de Lara.—Fin de catorce bandidos. 459

CAPITULO XII.

- Sobriedad de un conde.—A Osuna.—El encubierto.—Llanto de un esposo. 471

CAPITULO XIII.

- Preliminares.—Emisario régio.—Contratiempo.—Salida acelerada. 491

CAPITULO XIV.

- Tio y sobrino.—La antevíspera del domingo.—El torneo. 207

CAPITULO XV.

- Los ajusticiados.—Régia visita.—Reconocimiento. 225

CAPITULO XVI.

- Los tres barcos genoveses.—El torneo.—La muerte.—Fuga precipitada. 239

CAPITULO XVII.

Consecuencias de la revolucion.— Los ambiciosos ni se arrepienten ni se enmiendan.—Regreso. 265

CAPITULO XVIII.

Nuevos misterios.—El leopardo y el leon.—El infante D. Juan y sus parciales. 271

CAPITULO XIX.

La marcha.—Régia despedida.—Las torres de Ecija.—Emboscada.—Ali. 299

CAPITULO XX.

El calabozo, el prisionero y sus terribles guardias.—El monje Basilio.—El verdugo. 315

CAPITULO XXI.

Momento terrible.—La carrera.—El pueblo.—El tajo y el hacha.—El brinco salvador.—Confusion.—Espanto.—La muerte más asoladora que nunca. 351

CAPITULO XXII.

Relacion del negro.—Mensaje.—Cesion. 345

CAPITULO XXIII.

Ecija.—El rey.—Determinacion acertada.—Partida. 361

CAPITULO XXIV.

Los montañeses del Saucejo.—Incertidumbre.—El campamento.—Los dos ejércitos. 369

CAPITULO XXV.

Cuenca.—El guante de Ali.—Preliminares de una batalla. 391

CAPITULO XXVI.

Embajada régia.—El caballero rechaza la traición.—Horas antes del combate y de la victoria. 401

CAPITULO XXVII.

El combate.—Momento decisivo.—Victoria completa.—Huida y dispersión. 417

CAPITULO XXVIII.

Descanso.—El príncipe Muza.—El rey moro de Granada y el conde de Haro. 457

CAPITULO XXIX.

De Cuenca á Albarracín.—Una dama.—Lealtad de Lara. 451

CAPITULO XXX.

Otro encubierto.—Régia visita.—La voluntad de Lara.—El convenio de Albarracín. 467

CAPITULO XXXI.

Banquete.—Régia despedida.—Otra vez á Ecija.—Los monjes de San Basilio. 485

CAPITULO XXXII.

Continúa la marcha.—Osuna.—Los amores de Ali.—El consejo de ancianos y las familias de los montañeses y selvícolas. 501

CAPITULO XXXIII.

Ronda.—Tarifa en el siglo xiii.—El cerco.—Sorpresa prevista. 517

CAPITULO XXXIV.

Un parlamentario marroquí.—Tregua.—Muza.—Los asesinos.—Sorpresa.—Batalla y toma de Tarifa. 559

CAPITULO XXXV.

Hidalguía del gran cristiano.—Seguridades.—A Sevilla. . . . 559

CAPITULO XXXVI.

Recibimiento y festejos.—Alí armado caballero.—El baile.—La corona.—Sorpresa.—Los esposos. 575

CAPITULO XXXVII.

La hermosa Alboraya.—Despedida.—Al Saucejo.—Alí y sus dos prometidas. 607

CAPITULO XXXVIII.

D. Manrique de Lara y Mahomad Zegrí.—Conclusion. 629

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

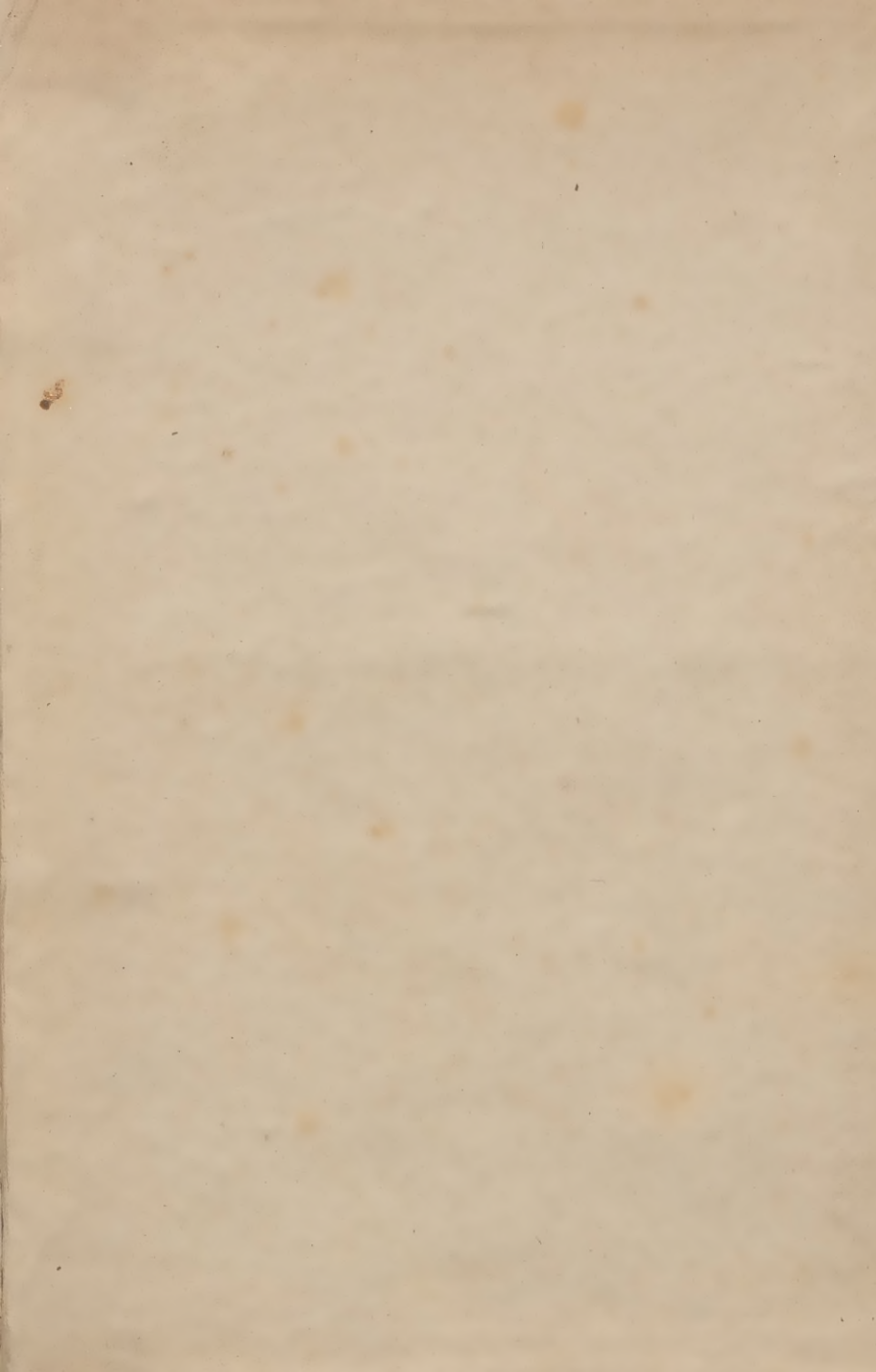
	<u>PAGINAS.</u>
Primera ó sea la portada.	3
Segunda.	65
Tercera.	154
Cuarta.	252
Quinta.	335
Sesta.	443
Séptima.	496
Octava.	617

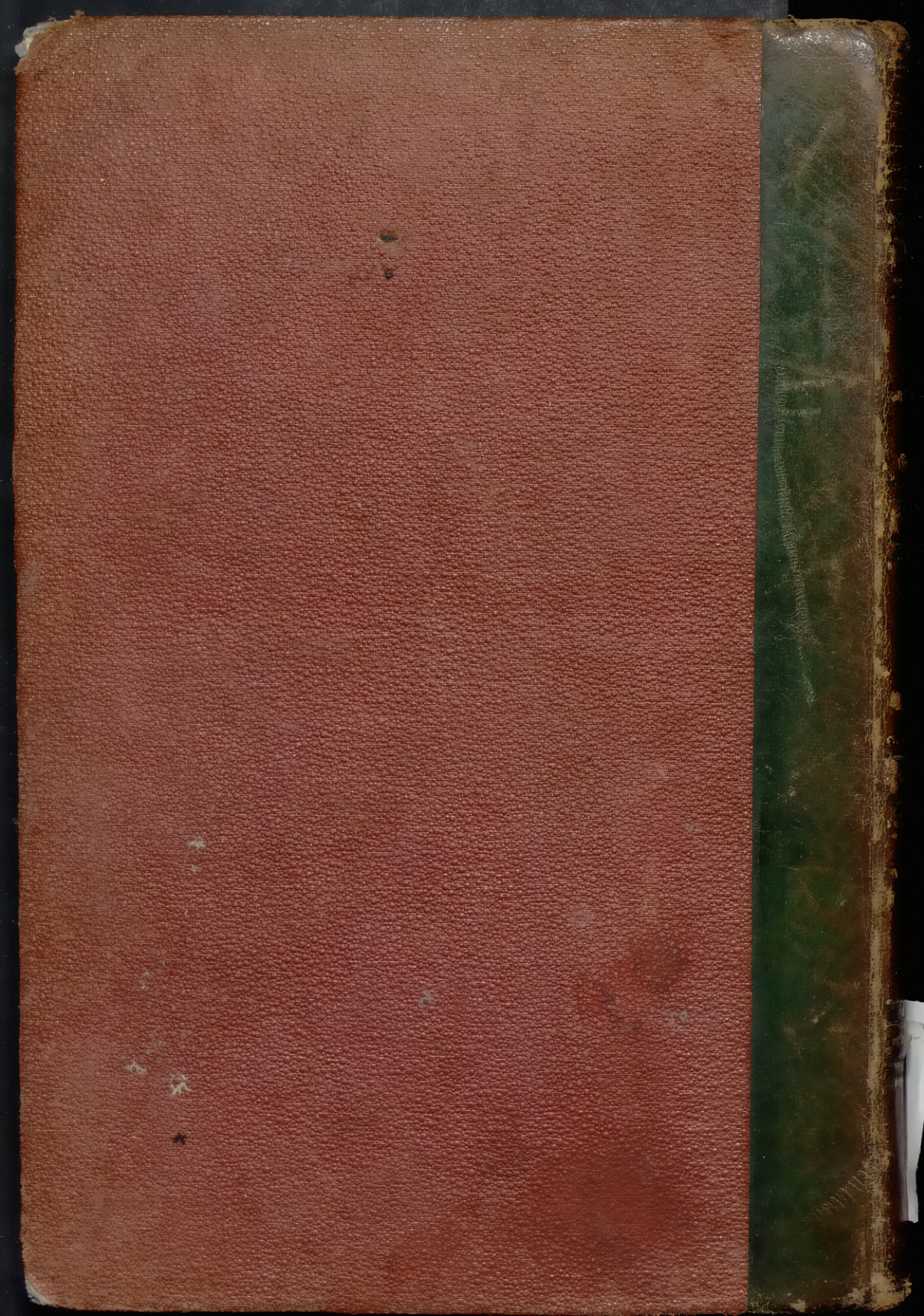
PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

PAGINAS

3	Primera ó sea la portada.
65	Segunda.
154	Tercera.
252	Cuarta.
335	Quinta.
413	Sesta.
496	Séptima.
617	Octava.





HEROINA

ZEGRI

G 41575